

Meditaciones sobre la Santísima Virgen María



Ildefonso Rodríguez Villar

PUNTOS BREVES DE MEDITACIÓN
SOBRE LA VIDA, VIRTUDES
Y ADVOCACIONES LITÚRGICAS
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

ILDEFONSO RODRÍGUEZ VILLAR

¡A JESÚS POR MARÍA!



*Quien busca el buen vino
Lo halla en la viña
Quien quiere el buen trigo
Lo tiene en la espiga...*

*Quien a Jesús busca
Lo encuentra en María.*

ÍNDICE

A MANERA DE PRÓLOGO.....	15
--------------------------	----

PRIMERA PARTE

1: MARÍA EN LA MENTE DIVINA.....	17
2: MARÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	18
3: MARÍA INMACULADA. — SUS TESTIMONIOS.....	20
4: MARÍA INMACULADA. — EL MISTERIO.....	22
5: MARÍA INMACULADA. — SU GRANDEZA.....	23
6: MARÍA INMACULADA. — EL PRIVILEGIO.....	25
7: MARÍA INMACULADA. — SU HERMOSURA.....	26
8: MARÍA INMACULADA. — SU SANTIDAD.....	28
9: MARÍA INMACULADA. — LA REDENCIÓN.....	29
10: NATIVIDAD DE MARÍA.....	31
11: NATIVIDAD DE MARÍA.....	32
12: NATIVIDAD DE MARÍA.....	34
13: EL NOMBRE DE MARÍA.....	36
14: EL NOMBRE DE MARÍA.....	37
15: PRESENTACIÓN DE MARÍA.....	39
16: PRESENTACIÓN DE MARÍA.....	41
17: PRESENTACIÓN DE MARÍA <i>SU VIRGINIDAD</i>	43
18: DESPOSORIOS DE MARÍA.....	45
19: LA ANUNCIACIÓN. — LA VIRGEN ORANDO.....	46
20: LA ANUNCIACIÓN. — RETIRO DE MARÍA.....	47
21: LA ANUNCIACIÓN. — LA EMBAJADA DEL ÁNGEL.....	49
22: LA ANUNCIACIÓN. — EL AVE MARÍA.....	50

23: LA ANUNCIACIÓN. — CONDUCTA DE MARÍA. — SU HUMILDAD	52
24: LA ANUNCIACIÓN. — LA PUREZA VIRGINAL.....	53
25: LA ANUNCIACIÓN. — LA ESCLAVA DEL SEÑOR	55
26: LA ANUNCIACIÓN. — LA MADRE DE DIOS.....	56
27: LA ANUNCIACIÓN. — LA ESCLAVITUD MARIANA	58
28: LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA. — SU FIESTA	59
29: LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	62
30: VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SANTA ISABEL	63
31: LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SAN JUAN	66
32: EL CÁNTICO DEL «MAGNÍFICAT»	68
33: EL «MAGNÍFICAT»	69
34: EL «MAGNÍFICAT»	71
35: EL «MAGNÍFICAT»	73
36: EL «MAGNÍFICAT»	75
37: EL «MAGNÍFICAT»	77
38: EL «MAGNÍFICAT»	78
39: LA EXPECTACIÓN DEL PARTO	80
40: CAMINO DE BELÉN.....	82
41: EL NACIMIENTO	84
42: PRIMEROS ADORADORES	86
43: PURIFICACIÓN DE MARÍA.....	88
44: LA PRESENTACIÓN DEL NIÑO	90
45: PROFECÍA DE SIMEON.....	92
46: PROFECÍA DE SIMEÓN SOBRE MARÍA	94
47: LOS SANTOS INOCENTES	96
48: LA HUÍDA A EGIPTO	98
49: EN EL DESTIERRO	99
50: VIDA EN NAZARET	101
51: LA CASA DE NAZARET	103

52: VIDA DE NAZARET.....	105
53: VIDA DE NAZARET.....	107
54: VIDA DE NAZARET.....	109
55: VIDA DE NAZARET.....	111
56: VIDA DE NAZARET.....	113
57: VIDA DE NAZARET.....	115
58: VIDA DE NAZARET.....	117
59: LAS BODAS DE CANÁ.....	119
60: MARÍA EN LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS.....	121
61: MARÍA Y LA PASIÓN.....	123
62: MARÍA Y LA EUCARISTÍA	125
63: MARÍA Y LA AGONÍA DEL HUERTO	127
64: MARÍA EN LOS TORMENTOS DE LA PASIÓN.....	129
65: EN LA CALLE DE LA AMARGURA	132
66: EN EL CALVARIO. — LA CRUCIFIXIÓN.....	134
67: EN EL CALVARIO. — LA TERCERA PALABRA.....	136
68: MARÍA Y LA MUERTE DE JESÚS.....	138
69: SOLEDAD DE MARÍA	141
70: MATER DOLOROSA	144
71: MARÍA Y LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.....	147
72: MARÍA Y LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	149
73: MARÍA Y LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.....	152
74: ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA.....	154
75: MUERTE DE MARÍA.....	157
76: SEPULTURA Y RESURRECCIÓN DE MARÍA	159
77: SU ASUNCIÓN GLORIOSA	161
78: SU CORONACIÓN EN EL CIELO	164
79: LA TRIPLE CORONA: A) LA DEL PODER	166
80: TRIPLE CORONA: B) DE SABIDURÍA.....	168

81: TRIPLE CORONA: C) DE AMOR.....	170
82: MARÍA, MEDIANERA UNIVERSAL DE TODAS LAS GRACIAS	172

SEGUNDA PARTE

1: LA FE DE LA VIRGEN	178
2: LA FE DE LA VIRGEN	180
3: LA FE DE LA VIRGEN	182
4: LA FE DE LA VIRGEN	184
5: LA ESPERANZA EN MARÍA	187
6: LA ESPERANZA EN MARÍA	189
7: LA ESPERANZA. — SUS FUNDAMENTOS	191
8: LA ESPERANZA. — SU OBJETO.....	193
9: LA CARIDAD.....	196
10: LA CARIDAD. — CARACTERES DEL AMOR	198
11: LA CARIDAD. — OTROS CARACTERES DEL AMOR.....	201
12: LA CARIDAD. — AMOR A JESÚS.....	203
13: LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO	206
14: LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO	208
15: OBRAS DE MISERICORDIA	211
16: PRUDENCIA	213
17: PRUDENCIA EN LAS OBRAS	216
18: PRUDENCIA EN LAS PALABRAS.....	218
19: JUSTICIA	221
20: FORTALEZA.....	224
21: TEMPLANZA	226
22: HUMILDAD	228
23: HUMILDAD	231
24: POBREZA	234
25: POBREZA	236

26: OBEDIENCIA	238
27: OBEDIENCIA	241
28: LA CASTIDAD	243
29: LA CASTIDAD	246
30: LA CASTIDAD	248
31: LA MODESTIA	251
32: LA MODESTIA	253
33: MORTIFICACIÓN	256
34: MORTIFICACIÓN	259
35: ESPÍRITU DE SACRIFICIO.....	261
36: ORACIÓN.....	264
37: ORACIÓN.....	266
38: ORACIÓN.....	269
39: ORACIÓN.....	272
40: ORACIÓN.....	275
41: ORACIÓN.....	278
42: LABORIOSIDAD.....	281
43: PACIENCIA Y RESIGNACIÓN.....	283
44: MANSEDUMBRE.....	286
45: DULZURA.....	288
46: DULZURA EN LA FAMILIA	291
47: LA CONDESCENDENCIA	293
48: LA GRATITUD.....	296
49: LA GRATITUD.....	299
50: LA GRATITUD.....	301
51: CORRESPONDENCIA A LA GRACIA	304
52: LA VIDA DE LA GRACIA.....	307
53: FIDELIDAD A LAS DIVINAS INSPIRACIONES	310
54: FIDELIDAD EN LO PEQUEÑO	313

55: DE LA VIDA DE DETALLES	316
56: VIDA DE FERVOR.....	318
57: NOBLEZA DE PENSAMIENTOS.....	321
58: VIDA DE CIELO	324
59: SERVIR A DIOS	327
60: EMPLEO DEL TIEMPO	329
61: SENCILLEZ EN LA VIRTUD	332
62: LA ALEGRÍA SANTA	335
63: IGUALDAD DE ÁNIMO	338
64: LA PERSEVERANCIA.....	341
65: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	344
66: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	347
67: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	350
68: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	353
69: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	356
70: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	359
71: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	363
72: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	366
73: EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	369
74: LA OMNIPOTENCIA SUPLICANTE	373
75: LA SANTIDAD.....	376

APÉNDICE

PARA EL MES DE MAYO	381
NOVENAS A LA SANTÍSIMA VIRGEN	387

MEDITACIONES PARA LAS FIESTAS LITÚRGICAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

VIRGEN DEL CARMEN	389
VIRGEN DE LAS NIEVES	392

VIRGEN DE LAS MERCEDES	395
VIRGEN DEL ROSARIO.....	397
LA DIVINA MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	400
VIRGEN DEL PILAR	402

ORACIONES DIARIAS

OFRECIMIENTO DE OBRAS.....	405
A LA SANTÍSIMA VIRGEN	405
AL ÁNGEL CUSTODIO	405
ORACIÓN PARA PEDIR AL SEÑOR LA SANTA PERSEVERANCIA.....	406
MÉTODO PRÁCTICO PARA EL EXAMEN MARIANO	406

RESEÑA DEL AUTOR

Ildefonso Rodríguez Villar, Ex-Rector del Santuario Nacional de la Gran Promesa del Corazón de Jesús y Canónigo de la S. I. C. M. de Valladolid, descansó en la Paz del Señor y en el Regazo de la Santísima Virgen el día 10 de enero de 1964.

Su vida (1895 – 1964) desde los albores de su Sacerdocio por espacio de 47 años estuvo consagrada por entero al servicio de la Iglesia «ALTER CHRISTUS». Trabajó incansablemente en la formación de los jóvenes Seminaristas y en la Unión Apostólica del Clero. Fue de los primeros promotores de la Acción Católica. Dirigió el fomento catequístico y el movimiento misional. Fue recto, piadoso, recogido, lleno de amor y celo a la Santa Madre Iglesia. En fin con su áureo libro de *Meditaciones de la Virgen*, logró contagiar a los demás su ardiente devoción Mariana.

Su labor humana y sacerdotal en los diversos campos en que desarrolló su múltiple apostolado fue fecunda en bienes para la Iglesia. En una época en que nadie hablaba ni pensaba en esta clase de trabajos apostólicos, él fue, puede decirse, el primero que se entregó a las tareas de organizar y promover la Acción Católica, las Obras Misionales Pontificias, las Vocaciones Sacerdotales, Religiosas, etc. No hubo en Valladolid ninguna obra de apostolado seglar querida por la Iglesia, que no contase con el aliento, la presencia y muchas veces la dirección de D. Ildefonso. A los demás nos fue muy fácil continuar después por aquel camino, en que se trataba de recoger lo que él y otros habían sembrado.

Pero acaso lo más notable de todo es que, junto a esta clase de trabajos los cuales por su índole tantas veces nos exponen a un activismo peligroso, D. Ildefonso mantuvo siempre en Valladolid «la tónica de la espiritualidad sacerdotal más delicada, por su gran finura de espíritu que le distinguía». Nos dio ejemplo espléndido a todos de lo que tiene que ser un Sacerdote de Cristo. Deja en Valladolid un hueco muy difícil de llenar. Cuantos le hemos conocido y tratado, tendremos que dirigir a él nuestro recuerdo en muchas ocasiones, para seguir sus pasos de Sacerdote enamorado de su vida de unión con Dios. La Santísima Virgen a quien tanto amó le habrá hecho fácil su entrada en el Cielo.¹

¹ De una carta del Excmo. Sr. Obispo de Astorga D. Marcelo González a los

Fue «loco enamorado de la Santísima Virgen». El conocimiento de Ella así como sus tratados los tenía tan asimilados, que hacía vivirlos en sus escritos y palabras.

Su dirección espiritual fue llena de unción y espíritu Mariano. La paz sobrenatural y la luz de la fe orientaban a las almas hacia una vida interior intensa, basada en el espíritu de mortificación y sacrificio. Esto mismo que aconsejaba a los demás, lo llevaba él como norma de vida. Siempre delicado de salud trabajó en su ministerio apostólico como si estuviera bien.

Su amor a la Santísima Virgen era natural, sencillo, pero «intenso» siempre dispuesto a que las almas que a él acudían en busca de orientación para su vida de perfección encontraran en la Virgen el «modelo ideal» para ayudarlas más fácilmente. ¿Qué extraño es, que se reflejara en todos los pasos de su vida exterior, el recogimiento en su porte y el amor tan «extraordinario» a la pureza y castidad, si vivía tan íntimamente su vida de «esclavitud Mariana»? Y qué extraño, que la Santísima Virgen al final de su vida, le regalara con aquel gozo que experimentó (dicho por él mismo) en medio de tanto como sufrió en los últimos días de su vida.¹

Antiguos Alumnos de la Universidad Pontificia de Comillas en la Revista «Unión Fraternal».

¹ Sacado de «Esbozo de una Semblanza».

«CARTA DEL VATICANO»



N. 231459

Dal Vaticano, li 27 de Enero de 1951

N. 231459

Muy Ilustre Señor:

El Augusto Pontífice ha recibido el ejemplar que Le ha dedicado de su libro «Puntos breves de meditación sobre la vida, virtudes y advocaciones litúrgicas de la Santísima Virgen» y me ha dado el encargo de significar a V. la benevolencia con que lo ha acogido.

La obra que V. ha escrito con tanto celo por el bien de la juventud, y de cuya aceptación da prueba su larga tirada, lleva a las almas los sublimes ejemplos de María y las enseña a reflexionar sobre ellos para que imiten y vivan sus virtudes. Esto lo obtiene su libro y ello debe ser para V. motivo de íntima satisfacción.

El Santo Padre ha visto con particular agrado su publicación y le felicita por ella, deseoso de que se multipliquen los buenos frutos que produce. Al expresarle Su reconocimiento por el filial homenaje, Su Santidad pide al Señor colme de gracias su ministerio sacerdotal y le envía de todo corazón la Bendición Apostólica.

Con las seguridades de mi distinguida consideración
soy

de V. seguro servidor

M. I. Sr. Dr.

D. Ildefonso Rodríguez Villar

Canónigo de la S.I. Catedral

de VALLADOLID

A la dulce memoria de mis queridos padres,
que ya gozan en el Cielo de aquel amor a la
Santísima Virgen, que tanto interés tuvieron
durante toda su vida en inculcárselo a sus hijos.

A MANERA DE PRÓLOGO

Las pocas pretensiones de la presente obrita están claramente expresadas en su mismo título *PUNTOS BREVES DE MEDITACIÓN*, porque eso, y sólo eso, contienen.

No son meditaciones explanadas, sino únicamente unos *PUNTOS* que se indican con brevedad, dejando su desarrollo al trabajo del entendimiento y de la voluntad del que medita.

No hay que olvidar que en la meditación, este trabajo personal de verdadera asimilación, es absolutamente indispensable, ya que de lo contrario, la meditación se convertiría en mera lectura piadosa.

Y digo trabajo, porque creo que es la palabra más adecuada para expresar lo que debe ser la meditación; pues muchas almas se quejan de no saber meditar y es que creen que en la meditación, las han de llover del Cielo las inspiraciones, luces y consuelos, sin esfuerzo alguno de su parte, y no se convencen, de que estas gracias las concede el Señor, ordinariamente, en razón directa de nuestro trabajo y del empeño y fervor que pusimos al hablar con El.

Ésta es, pues, la razón por qué expresamente no he querido dar unas meditaciones completas en su desarrollo, sino únicamente indicadas en breves puntos, que no ahorren el trabajo fructuoso de la meditación, sino únicamente sirvan de guía o de norma directiva en la misma.

Por este motivo se advertirá que los pensamientos que se proponen, van en forma cortada y separados por guiones o puntos suspensivos, que no son otra cosa, sino signos para hacer resaltar alguna idea, a veces una palabra, en la que se debe fijar la atención.

Y así mismo, ya que son puntos cortados y razonamientos indicados nada más, no se ha de pasar de corrido por ellos, pues si es verdad que no el mucho comer, sino el digerir y asimilar es lo que alimenta, así se ha de procurar mediante la consideración y la aplicación al caso particular y concreto de cada uno, asimilar el

punto que se medita, deteniéndose todo lo que sea necesario, según aquella sabia norma de San Ignacio, «en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga» y así sucederá, que una sola meditación, dará con frecuencia materia para varios días.

En cuanto a la disposición de la materia, se sigue el orden lógico de los pasos principales de la vida de la Santísima Virgen, pero de tal modo, que puedan servir a la vez a modo de *Novenas de preparación* para sus más importantes festividades y así se distribuyen, como puede verse en el índice, para los días de las Novenas de la Inmaculada, de la Natividad, de la Visitación, de la Vida de Nazaret, de los Dolores, de la Asunción de la Virgen y, en fin, de la Santa Esclavitud, que puede valer para la fiesta de la Anunciación, así como para todo el mes de mayo, terminando con las dedicadas a considerar particularmente las *Virtudes* de nuestra Inmaculada Madre.

Sólo me resta, para concluir, hacer mías las palabras de San Ligorio en el prólogo de su magnífica obra *Las glorias de María*. Si, por ventura, te pareciere que al escribir estas meditaciones me he fatigado en vano por haber ya otras muchísimas mejor expuestas y ordenadas, te responderé con aquellas palabras de un célebre escritor eclesiástico: «El alabar a María es negocio inagotable; es como una fuente abundante que cuanto más de ella se saca, tanto más se llena y mientras más se llena, tanto más se dilata»; como si dijera: que la Santísima Virgen es tan grande y tan sublime, que cuantas más alabanzas recibe, tantas más la quedan por recibir.

San Agustín, abundando en este mismo sentir, dice: «que no bastarían a alabarla como se merece, todas las lenguas de todos los hombres, aunque todos sus miembros se trocaran en lenguas».

Valladolid, Fiesta de la Inmaculada Concepción del año 1940.

PRIMERA PARTE

MEDITACIÓN 1.^a

MARÍA EN LA MENTE DIVINA

1.º *La idea de María en la eternidad.* — Todos hemos existido desde la eternidad en la mente de Dios... a todos nos conocía perfectamente... en ti en particular pensaba y ya entonces, cuando faltaban muchos millones y millones de años para tu existencia en este mundo... ¡El ya te amaba!... Con razón dice S. Juan «amemos a Dios porque Él primeramente nos ha amado». — Si esto se dice de todos y puedes decirlo particularmente de ti ¿qué dirás de María? — Ella ocupaba la mente de Dios más y mejor que todos los demás. — Después de su esencia, que es el pensamiento principal de Dios, lo primero que sus ojos ven es a María... a Ella... antes que a nadie... por Ella, a todos los demás. — Si por un imposible Dios pudiera olvidarse de todos y dejar de conocernos a todos, no podría dejar de ver y de mirar en su entendimiento a María, por la participación que en Ella hay de Dios... por la unión que tiene Ella con la divinidad. — En fin, es la idea más grande de Dios, después de la que El tiene de sí mismo.

2.º *La idea de María en la creación.* — Cuando un artista quiere expresar en sus obras lo que en su mente concibió, primero se ensaya en el barro para después modelar la imagen con toda perfección. — Esa es la creación entera... un ensayo de Dios hasta que llegó a formar a María, como la obra maestra de sus manos. — Ella viene a ser como un resumen de toda la creación. — Las gracias y bellezas repartidas en otros seres, se encuentran acumulados y sublimados en María. — Y así al formar Dios a su Madre, parece como que se fue inspirando en todo lo que había hecho para hacerla muy superior a todas las criaturas. — Se inspiró en los serafines, para abrasarla en amor... se inspiró en los ángeles, para su pureza... en los patriarcas como Abraham para fortalecer y robustecer su fe... en Ruth, para su modestia... en Judit, para su valor... pero... para darla su corazón de Madre, no pudo inspirarse en nada... No hay nada que pueda compararse y asemejarse con el corazón de la Virgen... fue necesario que Dios mirase a su mismo corazón para darla un corazón semejante al suyo... y así, con ese corazón amara a Dios y a los hombres como Él mismo nos amaba.

La Iglesia la aplica estas palabras tan magníficas que resumen esta misma idea: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras antes que crease cosa alguna. — Aún no existían los abismos, ni habían brotado las fuentes de las aguas, aún no se habían asentado en su base los montes, ni los ríos, ni había hecho la redondez de la tierra. — Cuando Él preparaba los cielos,

estaba yo ya presente. — Cuando ponía leyes a los astros, y a los mares, con Él estaba yo concertándolo todo y eran mis delicias regocijarme continuamente en su presencia».

Por eso, puedes ver a María siempre que mires los seres de la creación... el azul del cielo, te recordará su manto... las estrellas, la orla que lo adornan... el sol, su luz sin sombras ni manchas... la luna, su plácida hermosura... el mar, la inmensidad de su gracia... las flores, su belleza y aroma incomparable, y así... puedes ir discurriendo y como verdadero enamorado, ver en todo la imagen de María, como Ella lo es de Dios.

3.º *La idea de María en ti.* — Dios ha querido que tú también la imites en esto. — El desea que esa idea sea también la idea central de tu entendimiento, y la que dé calor y movimiento a la vida de tu alma. — Ella fue predestinada antes que ninguna otra criatura a la gracia... a la gloria... y a la dignidad incomparable de Madre de Dios... pero después de Ella, hemos sido predestinados los demás también, a la gracia que nunca nos falta... a la gloria si correspondemos a esta gracia... a la dignidad incomparable de llamarnos y ser hijos de Dios y hermanos de Jesucristo... pero esta altísima dignidad está ligada íntimamente con María. — ¡Ella es tu Madre!..., ¡Ella la que te dará el ser de hijo de Dios!

Por tanto, toda tu dignidad y gloria ha de venir de Dios, pero por medio de María. — ¿Comprendes ahora porqué el Señor quiere que sea Ella la idea dominante de tu vida? — Y... ¿es así en realidad?... ¿cómo cumples con este magnífico plan divino?... Procuras de veras que sea María la idea directriz y motriz de todos tus actos?... ¿Realmente tratas de hacerlo todo pensando en Ella..., viéndola a Ella en todo..., procurando acomodarte a Ella, siendo una imagen suya viva y perfecta, adquirida por el ejercicio de la imitación?

Pide al Señor gracia y a María ayuda y protección, para hacerlo así en adelante... pues siendo Ella tu *constante obsesión*, no sabrás *ni* podrás nunca prescindir de Ella, como es el deseo de Dios. — ¡Que no llegues en tu locura a estropear o inutilizar este plan de Dios por tu amor propio, o por cualquiera otra pasión que te estorbe para así ver... y así conocer... y así amar a tu Madre...!

MEDITACIÓN 2.ª

MARÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1.º *Profecías.* — La Profecía es la palabra de Dios sobre una cosa futura..., sólo Dios puede conocer con certeza el porvenir... La Profecía es signo de la divinidad.

A) La primera profecía sobre la Virgen la hizo directamente el mismo Dios en el Paraíso: «una mujer quebrantará tu cabeza» — así dice a la serpiente infernal. — Penetra en la hermosura de estas palabras; ¡qué bondad la de Dios! castiga y a la vez perdona... en el mismo instante que nos condena a la muerte, nos profetiza un Mesías libertador y una mujer que pisoteará al demonio. — ¡Qué alegría pensar que el demonio ha de estar

siempre a los pies de María! ¡Qué seguridad saber que ni a Ella ni a sus hijos podrá nunca dañar! Párate a dar gracias al Señor y enhorabuenas a María por el triunfo y la gracia que con él nos mereció. Saca la conclusión de que cuanto más esté unida tu alma a María, más tendrás al demonio sujeto a tus pies. — ¡Qué rabia le dará el saber que una Mujer... y por esa Mujer todos los demás, han de quebrantar siempre su cabeza!

Igualmente se puede considerar la gran profecía de Isaías que siglos antes dijo que «de la vara de Jessé brotaría una flor sobre la cual descansaría el Señor»... Jesús es el fruto bendito, María la blanca flor. — En otra parte anuncia su virginidad. «He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo que se llamará Emmanuel». — Son las dos coronas de la Virgen: su maternidad divina junta con su divinidad.

Así podríamos recorrer otras muchas profecías... así libros enteros como los Salmos de David... el Cantar de los Cantares de Salomón... que encierran profecías magníficas de María, pues así multiplicó Dios sin cesar las profecías sobre Ella, al igual que sobre su Hijo.

2.º *Símbolos.* — Aún son más numerosos. — El Paraíso terrenal con el árbol que daba la vida, es la Santísima Virgen verdadero Paraíso donde Cristo, árbol de vida, brotó. — El Arca de Noé que se salvó del naufragio. — La paloma del arca que por no descansar en el cieno de la tierra, vuelve blanca al arca con el ramo verde en su pico. ¡Qué hermosas imágenes de María! — La escala de Jacob que junta el cielo con la tierra. — La vara de Aarón que florece en la oscuridad del Tabernáculo y en presencia de solo Dios. — El Arca de la Alianza, fabricada con maderas incorruptibles y que encerraba los grandes misterios. — La zarza ardiendo, y que ardía con un fuego divino sin consumirse, rodeada de la majestad de Dios. — Estos y otros mil y mil símbolos que hay en las Sagradas Escrituras, revelan la hermosura, la dignidad, la grandeza y excelencia de María... No parece sino que Dios sacaba partido de todas las cosas, para refrescar en los hombres la memoria de su Madre, y hacer que vivieran esperando en Ella.

3.º *Las figuras.* — Todas las mujeres célebres del Antiguo Testamento figuran a María. — Eva, madre de la humanidad, pero para su perdición... María será la verdadera Madre para salvación nuestra. — Abigail, que con su hermosura encanta y enamora a David... es María enamorando al mismo Dios. — Jael, que traspasa con un clavo la cabeza de Sísara enemigo del pueblo de Dios... es la Santísima Virgen aplastando la cabeza del demonio. — Judit, matando a Holofernes y librando a su pueblo del tirano... imagen es de María por la que todos nos libramos de Satanás. — Ester ante el trono del Rey intercediendo por su pueblo... significa a la Santísima Virgen, que sin cesar pide e intercede por nosotros ante el Trono de Dios... y así sucesivamente podríamos recorrer todas las figuras grandes del

Antiguo Testamento y en todas veríamos a María.

Abístrate ante el amor de Dios a María. — Mírale tan enamorado de Ella que se complace en hablar incesantemente de Ella en profecías... símbolos... y figuras. — Parece que es el pensamiento dominante... la obsesión de Dios... ¿Y tú eres así con tu Madre? — ¿Estás así de enamorado y encantado de Ella? — ¿Es Ella el pensamiento central de tu entendimiento? — ¿Piensas en Ella... hablas de Ella?... ¿La ves en todas partes?... ¿Te unes a Ella?... ¿Vives en Ella y de Ella?... ¿Sabes hacer algo sin Ella? — Reflexiona, examina y saca la debida consecuencia de amar así con locura a tu Madre querida.

MEDITACIÓN 3.^a

MARÍA INMACULADA. — SUS TESTIMONIOS

Llegado el tiempo dichoso fijado por Dios para la salvación del mundo, fue concebida la Santísima Virgen, pero no como los demás hombres, sino pura y sin mancha, sin contraer el pecado original. — Meditemos los testimonios que nos aseguran esta consoladora verdad.

1.º Dios. — Recuerda el pecado de Adán y Eva y el castigo del Señor. — Maldice Dios a la serpiente con estas palabras: «Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella quebrantará tu cabeza y tú estarás siempre bajo sus pies». — En estas palabras considera tres cosas: 1.^a, que una mujer prodigiosa y su descendencia se vengarían de la serpiente; 2.^a, que entre la Mujer y la serpiente habría enemistades perpetuas, y 3.^a, que el demonio quedaría vencido por la victoria de esa Mujer. — Pues bien, si María no hubiera sido Inmaculada y hubiera tenido algún pecado, no hubieran sido perpetuas esas enemistades, ya que el pecado es un acto de amistad con el demonio... y además, no sería Ella la vencedora sino la vencida, pues en el pecado el que triunfa es el demonio; y el hombre, el esclavo que queda derrotado. — Nota bien, que esa victoria es de la Mujer y de su descendencia, y que esta descendencia es su Hijo Jesucristo; y nosotros, que somos hermanos de Cristo... somos descendencia de María, pues es nuestra Madre. — Luego, con Ella y por Ella, debemos luchar contra el demonio y así imitaremos más su pureza inmaculada, al luchar y vencer a Satanás.

2.º *El ángel.* — En aquellas palabras «Dios te salve, la llena de gracia», el Ángel llama a la Virgen claramente Inmaculada porque... ¿cuándo y cómo se llenó María de gracia? — Precisamente en su Inmaculada Concepción... Esta plenitud es prodigiosa... es única... es de siempre. — De no ser así, el ángel no hubiera dicho esas palabras, pues muchos santos ha habido muy santos y con mucha gracia de Dios, pero con esa plenitud ninguno: al menos, al momento de nacer, por el pecado original no tenían gracia alguna. — Pero María no es así, en todo momento y siempre, es la llena de gracia... luego nunca con

pecado, ni siquiera el original. — Por tanto, al llamarla el ángel «la llena de gracia», la llama Inmaculada. — Saborea estas dulcísimas palabras y da gracias al ángel por haber hecho este panegírico tan hermoso de María Inmaculada.

3.º *La Iglesia.* — Diecinueve siglos suspiró la Iglesia por este Dogma. — Contempla el magnífico desfile: son los Santos Padres, los Doctores, los escritores eclesiásticos, los místicos y ascéticos, los santos todos y en especial los más enamorados de María, los que han tejido sin cesar una corona de alabanzas a su Inmaculada Concepción. Son las vírgenes de la Santa Iglesia, que por imitar su pureza inmaculada, se consagraron a Ella, y a imitación suya, con voto de virginidad. — Mira cuántas son y qué hermosas... ¡qué ejército tan escogido!... es el ejército blanco de María Inmaculada. — Fue todo el pueblo cristiano que la aclamaba hasta en sus cantares, pura y limpia en su Concepción. — No ha habido Dogma más hondamente sentido, ni más comprendido por todos que éste. — Y fue entonces, cuando después de diecinueve siglos, el Papa Pío IX, recogiendo ese anhelo y esas alabanzas, teje con ellas la corona definitiva de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. — Detente a contemplar así a María, como el objeto de las alabanzas de toda la Iglesia en este misterio, y mira cómo se cumplen sus palabras: «me llamarán Bienaventurada todas las generaciones»...

4.º *María.* — Ella misma confirma las palabras infalibles del Papa. — Es la Virgen blanca del Lourdes que después de diez y siete apariciones, por fin se declara a aquella niña y la dice: «Soy la Inmaculada Concepción». — Las fuentes milagrosas, los millares de peregrinos, los enfermos innumerables, las plegarias incesantes y los cánticos perennes de Lourdes, son un eco de estas palabras y una confirmación de la definición pontificia. — ¡María es Inmaculada en su Concepción! Recuerda esta historia de Lourdes y también tú en espíritu únete a este coro de alabanzas que allí sin cesar se entonan a María Inmaculada.

5.º *Nosotros.* — *Dios*, el Ángel, el Papa, María misma, son los testimonios que proclaman este Dogma... y nosotros ¿qué haremos?, ¿alegrarnos, gozarnos en él?... No basta... Podemos y debemos tomar parte en él... María Inmaculada es una Capitana con su ejército, en contra de la serpiente y el suyo. — Tenemos que alistarnos en las banderas de María y luchar contra el pecado en todas sus manifestaciones: tibieza, ingratitud, amor propio... sólo así seremos imitadores de María Inmaculada. ¡Guerra, pues, al pecado por María Inmaculada!

MEDITACIÓN 4.^a

MARÍA INMACULADA. — EL MISTERIO

Medita bien lo que significa y representa este misterio y procura ahondar en él, pues es muy provechoso conocerlo a fondo.

1.º *Estado de la humanidad antes del pecado.* — Recuerda lo que era y lo que hubiera sido el hombre sin el pecado de Adán. — ¡Plan sublime y magnífico el de Dios! — Terminada la creación de los demás seres, el Señor quiere nombrar y crear un Rey de aquella creación, y piensa en el hombre... con qué cariño le forma en su cuerpo... con sus propias manos... no con su palabra, como a las otras criaturas. — Y, sobre todo, cómo le infunde el alma, espiritual, inmortal, imagen y semejanza de su divinidad. Esto es poco, recuerda el paraíso terrestre, lugar de delicias y palacio de ese hombre... la vida feliz, sin penas, amarguras, sufrimientos, dolores, lágrimas, etc..., nada de pena, todo era alegría y satisfacción. — En su alma puso la integridad o sujeción de las pasiones a la razón... la ciencia infusa para saberlo todo sin trabajo ni estudio, y sobre todo, la gracia santificante para que fuera santo siempre. — El destino le la humanidad, ser feliz y ser santa sirviendo y amando a Dios sin cesar..., su fin, sin pasar por la muerte, trasladarse al Cielo, para alabar allí a Dios eternamente. — ¡Magnífico, sublime, divino, el plan le Dios! — Detente a meditarlo, a saborearlo y gustarlo como si fuera real y efectivo.

2.º *La caída.* — Vino el pecado y con él todos los males. — El autor del dolor y del sufrimiento no fue Dios... Él no nos hizo para sufrir, fuimos nosotros mismos al pecar. — El maldito pecado, causa de todo mal. — Contempla las tristezas, angustias, dolores y tormentos del corazón humano, desde Adán hasta ahora... mira las enfermedades asquerosas, dolorosas y repugnantes que afligen al hombre, y sobre todo, la muerte con sus sufrimientos y agonías, con su humillación y corrupción del sepulcro... ¡qué cuadro más horrible! — Todo por aquel pecado. — Compara aquel plan felicísimo de Dios y este estado tan lastimoso del hombre. — Ahora, pasiones brutales que nos asemejan a las bestias..., pecados de todas clases aun los más bajos y degradantes... pérdida de la santidad, de la inmortalidad y de la vista de Dios... y más que nada, el infierno como término de esta vida tan triste, pues el cielo se cerró con aquel pecado y ya nadie podía entrar en él. Medita bien esto, y deduce de aquí lo que será el pecado cuando Dios justo así lo castiga.

3.º *Universalidad de este pecado.* — Lo peor de este pecado es que fue universal para todo el género humano. — Adán en el Paraíso no era una persona particular, era la fuente de la vida que se había de propagar a todos los hombres..., representaba a la humanidad..., allí en él, estábamos todos incluidos. — Todo lo que Dios le dio, no fue sólo

para él, sino también para los demás..., todos habíamos de ser iguales a él. — Esto no es una injusticia ni una crueldad. — Si un padre es inmensamente rico, ricos serán sus hijos..., pero si ese padre dilapida su hacienda y se queda sin nada, aunque no tengan culpa, sus hijos nacerán en la pobreza, ¡esto es natural!... Así fue con nosotros. — Nadie más rico que Adán, nosotros también debíamos serlo, así lo quiso Dios... pero todo lo perdió él y nacimos sus hijos desnudos en el cuerpo y en el alma, ¡qué pena!, pero es la verdad.

4.º *María Inmaculada.* — Contempla ahora el alma de María al entrar en el mundo. — También ella debía ser como nosotros y nacer como nosotros... pero Dios la exceptúa y Ella sola... la única... nace tal, cual se formó en las manos del Señor... pura... limpia... sin mancha... inmaculada. — Detente a admirar esta hermosura y a felicitar a María por ser inmaculada. — Mira a los ángeles acompañándola con palmas y celebrando su entrada en este mundo que no es una derrota como en nosotros, sino un triunfo sobre la serpiente. — Canta con los ángeles alabanzas a la Virgen, al verla así tan hermosa aparecer en la tierra. — No ha habido, ni habrá flor más blanca que el alma de María en su concepción. — Piensa además, cómo por no pecar, no debió de sufrir, ni padecer, ni morir, pero Dios quiso que fuera así, para ser como su Hijo, que por amor se abrazó a la Cruz. Esto es: en Ella, el sufrimiento no fue como en nosotros por castigo, sino por amor a Dios, para ser como Jesús... y por amor a los hombres, para servirnos de consuelo. — Dale gracias por ello, y anímate a sufrir como Ella y a amar la Cruz también como Ella.

MEDITACIÓN 5.ª

MARÍA INMACULADA. — SU GRANDEZA

Aunque por tratarse de un misterio no podemos profundizar en él, pues nos perdemos en su inmensidad, no obstante, es muy dulce y consolador meditar las razones que a nuestro entendimiento se le alcanzan fácilmente, para convencernos de cómo María tuvo que ser Inmaculada.

1.º *Reina de los ángeles.* — María tenía que reinar sobre los mismos ángeles y ellos honrarse y alegrarse con tal Reina. — Pero ¿cómo habían de tener por tal a una criatura menos pura y perfecta que ellos?... ¿una criatura que aunque por poco tiempo hubiera sido esclava del pecado, esto es, esclava de los otros ángeles que se rebelaron contra Dios? — Esto no es posible, la razón humana se resiste a admitir este absurdo. — Luego no hay más que sostener que María tuvo que ser pura, santa e inmaculada.

2.º *Hija del Padre.* — Es la Hija predilecta de Dios y por lo mismo la destinó a una grandeza que, fuera de la suya, no hubiera otra igual. — Quiso juntarla todo lo más posible con la divinidad, de suerte que sin llegar a ser Dios, porque esto no es posible, fuera la que más se acercara a

Dios. Ahora bien, si Dios y el pecado son las cosas más opuestas, ¿cómo María había de acercarse tanto a Dios y a la vez tener en su corazón mancha de pecado?... Otro absurdo que no podemos admitir y que nos demuestra su Inmaculada Concepción.

3.º *Madre del Hijo.* — De María, Jesús había de tomar la carne y sangre que como hostia pura y santa ofreciera en la Cruz por la humanidad, pues ¿cómo había de ser pura y santa esa hostia si en su origen estuvo manchada de pecado?... Además, nadie ha podido, elegir madre..., todos hemos tenido la que Dios nos dio..., pero en Cristo no fue así. — Él se eligió y formó su Madre como quiso... ahora bien, pudiendo formarla bellísima, pura y santísima en su concepción, ¿la iba a preferir manchada y esclavizada al pecado?... El pueblo cristiano hace muchos siglos decía: «Si no pudo, no es Dios; si pudo y no quiso, no es Hijo; digan, pues, que pudo y quiso»... esto es, no pudo ser por falta de poder, pues Dios todo lo puede, y si pudo formar en gracia a Adán y Eva ¿por qué no a María? Si pudo y no quiso, no demostró un amor digno de un buen hijo a su madre, pues la privó de una belleza y hermosura que precisamente era la que Ella más amaba. — Luego, no tuvo más remedio que hacerla Inmaculada.

4.º *Esposa del Espíritu Santo.* — La vida del Espíritu Santo es la gracia santificante y tanto quiso a María, que se desposó con Ella, y la dio su gracia en toda su plenitud... «la llena de gracia». El mismo fue el que misteriosamente y con una operación llena del poder y de la pureza infinita de Dios, formó en el seno de María la habitación para el Hijo de Dios... ¿es posible que una unión tan perfecta e íntima entre María y el Espíritu Santo..., una operación tan santa y divina como la encarnación del Verbo... todo eso fuera a hacerse en una carne manchada de pecado?... ¿Sería esto digno de Dios? — David preparó para hacer un templo a Dios, lo mejor que encontró en la tierra... y el Espíritu Santo para formar aquella viva habitación del Verbo ¿no había de juntar lo mejor del Cielo? — Pues entonces, no pudo haber ni sombra de pecado, ya que esto repugnaría en extremo al Hijo de Dios.

5.º *Nosotros mismos.* — Si amamos un poco a María ¿no nos gozamos en verla Inmaculada y en ese misterio no vemos como resumida toda la belleza de María? — Si Dios nos hubiera dado a nosotros libertad y poder para dar a María lo que quisiéramos, ¿no la hubiéramos hecho así... Inmaculada... purísima... y santísima?... ¿nos hubiera gustado verla sucia y manchada por el pecado?... ¿Diríamos que la amábamos de veras entonces? Luego, convéncete que ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo, pudieron hacer otra cosa más que darla la pureza Inmaculada que posee. Termina dando gracias a Dios por haber hecho así a María... y la enhorabuena a María por ese privilegio... y el parabién a toda la humanidad por tener una Madre así y sólo así.

MEDITACIÓN 6.^a

MARÍA INMACULADA. — EL PRIVILEGIO

Detengámonos hoy a considerar este privilegio grandioso que Dios concedió a María en su concepción, para que comprendamos algo del valor que encierra y de la razón por la cual tanto le estima la Santísima Virgen.

1.º *Fue un privilegio único.* — Figúrate al demonio que a la entrada del mundo, según van pasando los hombres a comenzar la vida, a todos marca con el sello del pecado..., en todos pone su asquerosa baba inmundada de serpiente infernal..., así hemos nacido todos..., a los ojos de Dios como algo sucio, asqueroso, repugnante, por esa mancha del demonio. — Piensa bien lo que significa ese *¡todos!* — Recuerda a los santos más grandes, a los más amantes y más amados de Dios..., mira pasar por tu imaginación a los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, vírgenes... y todos tienen que decir ton David. «Fui concebido en la iniquidad y en pecado fui engendrado»... ¡Qué pena! ¡Qué dolor! ¡Qué espectáculo tan triste!

Pero mira cómo cambia la escena. — Ahora es todo lo contrario..., contempla a esa alma purísima que brota de las manos de Dios, y burlando al demonio entra en el mundo victoriosa, mientras los ángeles la acompañan y la cantan «Toda hermosa eres María, y no hay en Ti mancha alguna». — Repite muchas veces: todos menos Tú... donde todos caen, Tú no caes... donde todos mueren, Tú vives... donde todos se manchan, Tú permaneces pura e Inmaculada. — Privilegio gloriosísimo por ser único.

2.º *Privilegio grande.* — Porque por él aparece grande, muy grande, nuestra Madre querida ante los ojos de Dios, de los ángeles y de nosotros mismos. Si todos nacióéramos en gracia, no encontraríamos en este privilegio una de las razones más principales para enaltecer la figura de María. — Ella misma se refería, sin duda, a este privilegio, cuando decía que el Señor había hecho en su alma grandes cosas y que para hacerlas había tenido que poner en juego toda la fuerza de su brazo poderoso. — Y así es: dice la Historia que Ciro penetró en Babilonia desviando las aguas del río Éufrates entrando por el cauce seco, así tuvo que hacer Dios, desviar la corriente del pecado original que corría por el cauce de la generación humana para que entrara en él la Santísima Virgen sin contaminarse con sus aguas. — Además, demostró su grandeza al hacer a María objeto de una Redención especial. — Todos hemos sido redimidos por Cristo y ésta es nuestra gran gloria... pero María, si no pecó, no fue redimida... luego, nosotros ¿hemos recibido de Cristo más que Ella? ¿Tenemos una gloria que Ella no tiene? Nada de eso. — Muy al contrario. — Hay dos Redenciones: una *liberativa*, que levanta a los caídos y da vida a los que habían por el pecado muerto; así fuimos nosotros redimidos. — Otra es *preventiva*, la que previene para que uno no caiga; ésta es la de

María... en virtud de la Redención de Cristo y por la previsión de sus méritos divinos alcanzó Ella sola la gracia de no caer... Su Redención es, pues, más perfecta que la nuestra y, por tanto, también en esto nos aventaja... ¡Qué grandioso así considerado es este privilegio!

3.º *Privilegio divino.* — Sólo Dios pudo obrar semejante prodigio de hermosura y de gracia... Dios como legislador que es, está por encima de todas las leyes, y por eso Él solo tenía poder para disponer de esta ley universal. — Este privilegio es una excepción, pero que no podían hacerla los hombres, no estaba en sus manos... únicamente pudo hacerla Dios. — Recuerda cómo por medio de Josué detuvo el sol, por medio de Moisés dividió las aguas del mar, y por medio de sus ángeles impidió que las llamas del horno de Babilonia hicieran daño a los tres jóvenes hebreos..., ese mismo Dios hizo que las aguas del pecado se dividieran ante María y no la tocaran lo más mínimo. Todo aquello fue una figura de este milagro inmenso del poder y amor de Dios. — Por eso el triunfo de María Inmaculada es un triunfo de Dios..., este privilegio es verdaderamente divino y La gloria de la Inmaculada, es una gloria divina.

4.º *Nuestro privilegio.* — También nosotros participamos de este privilegio. — Nacimos en pecado, pero en seguida tuvimos el privilegio de ser bautizados y nuestras almas quedaron ya entonces puras e inocentes, semejantes a la de María. — La gracia bautismal nos hizo bellísimos y hermosísimos ante Dios... por eso al celebrar con alegría y meditar con gozo en la Concepción Inmaculada de María, debemos celebrar y meditar la nuestra a la vida de la gracia, para preguntarnos ante el ejemplo de María: «¿Sigo yo con aquella pureza inmaculada de mi bautismo?... ¿La he perdido?... ¿no la he sabido apreciar? — Pedir perdón a María y su ayuda para vivir siempre esa vida de pureza y castidad de su Purísimo Corazón.

MEDITACIÓN 7.ª

MARÍA INMACULADA. — SU HERMOSURA

En todos sus misterios y advocaciones es María la misma, la Reina de la belleza y de la hermosura..., pero, sin duda, que algo hay de especial en éste de la Inmaculada, porque todos la consideramos en él como singularmente bella y hermosa. — Veamos esta hermosura.

1.º *Hermosura de la tierra.* — Para conocer esta hermosura era necesario saber toda la que Dios pudo y era conveniente que hiciera con María. — Mira la hermosura de la tierra... Hubo un tiempo en que nada existía... era el caos, la oscuridad, la nada... Pero un día dijo Dios «*fiat*», y aparecieron la luz, el firmamento, las flores, los árboles, el sol para el día y la luna para la noche, los mares con los peces, y los aires con los pájaros, los bosques, los montes y los valles con animales de todas las especies. — Detente a considerar la

hermosura y belleza de esta creación..., pondera su variedad en todo, en flores, en animales... y su orden admirable, cada cosa con su fin, con su destino, aunque nosotros lo ignoremos.

2.º *Del Paraíso terrenal.* — Pero esto le pareció poco, y separó el Señor en la misma tierra, una parte en la que plantó un verdadero paraíso de delicias..., magnífico, espléndido... en él reunió todas las mayores bellezas de la creación.. , los colores y matices más hermosos en animales y plantas..., los frutos más dulces y sazonados..., los ríos más poéticos y fecundos..., en fin, todos los mayores bienes sin ningún mal... nada había de malo, nada producía mal, ni daño alguno. — Representa este cuadro en la imaginación todo lo mejor que puedas, pues siempre será muy inferior a aquella magnífica realidad.

3.º *De la creación insensible.* — Todo esto en la creación sensible. — Pero ¿y en la insensible que no vemos? — Imagínate si puedes, lo que será el Cielo — aquel paraíso magnífico, que no es un paraíso terrenal, ni en su comparación vale nada toda la tierra — . Recuerda aquello de que «mi el ojo vio, ni el oído oyó, etc.»... — Piensa, en fin, que todo lo de la tierra es algo pasajero, y aquello eterno..., esto terreno y aquello celestial..., esto una cárcel y un destierro, aquello la Patria y el lugar del gozo y de la bienaventuranza. ¡Qué será el Cielo! ¡Qué de hermosuras encerrará aun prescindiendo de la vista de Dios!... ¡Qué de cosas, que nosotros no podemos rastrear, ni imaginar, ni sospechar siquiera!...

4.º *El Rey de la creación.* — Pues bien, ahora pregúntate... y todo eso ¿para qué y para quién? — ¿A quién destinó Dios toda la creación? — La tierra para el hombre, y el paraíso terrenal para el justo e inocente..., esto es, todo eso para una criatura que muy pronto se iba a rebelar contra Él y desobedecer a sus mandatos... ¿Y el Cielo?... Para sus ángeles..., para sus cortesanos y servidores, entre los que había de encontrar también traidores e ingratos, que igualmente se rebelaran y desobedecieran a su Majestad, pretendiendo en la locura de su soberbia, arrojarle a Él de su trono para hacerse ellos dioses. ¡Todo lo de la tierra para los hombres! ¡Todo lo del Cielo para los ángeles!

5.º *Belleza de María.* — Sigue preguntando a tu alma: ¿qué crees tú que haría para María y para Jesús? — Si puesto a dar gusto a los hombres y a los ángeles hace Dios todo eso, ¿qué hará para dar gusto a María, a quien amaba más que a toda la creación entera? — Y si eso hizo para habitación de sus siervos, ¿qué haría para habitación y palacio de su Hijo que no quiso otro paraíso que el seno de María? — Piensa cómo Dios deja gustoso su Palacio del Cielo por morar en María. — ¡Qué pureza daría a aquella sangre que había de correr por las venas de su Hijo!... ¡Qué carmín a aquellos labios que tantas veces habían de besar las mejillas de su Hijo!... ¡Qué brillo a aquellos

ojos que se habían de extasiar contemplando los de su Hijo!... ¡Qué manos las que habían de sostener al que sostiene con las suyas a la creación entera!... ¡Qué corazón tan puro, tan delicado, tan tierno!... Toda la ternura de los corazones de todas las madres allí se reunió... Sigue así contemplando y extasiándote ante la belleza de María Inmaculada y verás que toda belleza y hermosura terrena, no merece ni siquiera ese nombre, en su presencia.

MEDITACIÓN 8.^a

MARÍA INMACULADA. — SU SANTIDAD

Todo lo que ayer meditábamos se reducía a la belleza corporal y física de la Santísima Virgen, pero ¿qué comparación puede haber con la hermosura de su alma? — Detengámonos hoy en ella y tratemos de sondearla un poco.

1.º *La santidad en la tierra es gracia* — ¿Y quién la ha tenido mayor que María? — ¿De quién se ha dicho que la ha poseído en su plenitud? Un alma en gracia es el espectáculo más bello que podemos imaginar en la tierra..., es la imagen de la hermosura del mismo Dios. — Qué santidad la de algunas almas tan grandes como ha habido en la Iglesia de Dios!... la de Santa Mónica que supo formar a un San Agustín..., la de Santa Isabel que convirtió todo su Reino a Dios..., la de Santa Teresa de Jesús a quien la dijo el Señor, que sólo por ella hubiera creado el mundo con todas sus maravillas. — Recuerda los nombres de Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Pablo de la Cruz, Francisco de Asís, Santa Cecilia, que conversaba a diario con los ángeles... Santa Inés que no tuvo más mancha que la de su sangre derramada en aras de su virginidad... y así miles y miles de santos y santas que perfuman a diario el jardín de la Iglesia. — Junta toda esa santidad y toda esa belleza y hermosura de esas almas... y compárala con la de María. — Ella en su Concepción tuvo más santidad y gracia que todos juntos..., donde los demás terminan, Ella empieza: ¿qué será María?

2.º *Santidad de María.* — La razón es, porque todos, como dice San Juan, «tuvieron que ir a lavar sus vestiduras en la sangre del Cordero». — ¡Ah! si tuvieron que lavarlas, es porque estuvieron manchadas, siquiera por algún tiempo..., pero el alma de María no tuvo necesidad de ser lavada, porque nunca se manchó lo más mínimo. — En un jardín, cogemos una rosa, la más encendida y aromática... al examinar sus pétalos, vemos polvo, briznas, manchas quizá..., quizás en su cáliz se esconde algún insecto, algún gusanillo... En el jardín de la Iglesia ocurre lo mismo. — Hay muchas, muchísimas flores: azucenas de pureza, lirios de candor, rosas encendidas de amor divino, violetas de humildad..., etc., pero todas en su raíz tienen gusano; todas tienen la baba de la serpiente...; son flores de jardín donde hay un áspid que a todas inficiona. — Sólo María es flor de pétalos blancos, sin polvo y

sin espinas: rosa de huerto cerrado..., pura más que el mismo sol, que también tiene manchas..., por eso de Ella, dice la Iglesia, que «comparada con la luz, es más pura y brillante»... ¡Qué hermosísima el alma de María!

3.º *La santidad y belleza del alma es amor.* — Por eso se encuentra en su grado perfecto en el Cielo. — El amor es unión, es participación de Dios, y ¿quién mejor que María? — Mira a los ángeles, a los querubines y serafines que se abrasan en ese fuego de caridad y de amor... ¡Cómo amarán!... ¡Cuál será su hermosura!... Dicen los ascetas y santos que si viéramos a un ángel, creeríamos que era Dios y le adoraríamos... que su vista sería suficiente para causarnos la muerte de alegría... que podríamos sólo con mirarlo ser bienaventurados por tiempo ilimitado, sin que nos cansáramos de ver aquel espectáculo. ¡Qué será un ángel! — Sin embargo, esto no es nada... María Inmaculada participa de Dios, tiene más fuego de amor que todos ellos juntos... porque al fin ellos son siervos y esclavos de Dios... María es la Madre del Señor y la Reina del Cielo y de los ángeles todos... ¿Qué será María?...

Mírala cual la pintó Murillo después de mucho orar y comulgar. — En un pedazo de Cielo, envuelta entre nubes de celajes azules, con las manos sobre el pecho, la mirada fija en Dios, elevándose hacia el Cielo como a quien no le pesa el cuerpo, que a nosotros tanto nos arrastra hacia la tierra, calzada de la luna, vestida con la blancura de la nieve y el azul del Cielo, prendidas de su manto las estrellas y rodeada de ángeles que con palmas y rosas en las manos contemplan atónitos aquella belleza; ¡qué retrato tan bellissimo!... y, sin embargo, ése fue el pintor del retrato..., pero el pintor de la realidad no fue Murillo, ni pudo ser otro que el mismo Dios... y puesto Dios con todo su poder y amor a pintar y hermopear el alma de María, ¡qué cuadro habrá hecho?... ¿Qué será la Inmaculada?... *Tota pulchra es...*, díla muchas veces con el alma extasiada ante Ella... Toda hermosa eres, Madre mía... Y todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza... Dame el participar de esta hermosura... que de esta belleza de pureza y virginidad me enamore para así imitarte en algo... y para ello te doy desde ahora alma, vida y corazón... ¡mírame con compasión, no me dejes, Madre mía!... y si no me dejas, en tus brazos de Madre participaré le tu belleza y contigo iré a gozar de ella en el Cielo...

MEDITACIÓN 9.ª

MARÍA INMACULADA. — LA REDENCIÓN

Veamos hoy, en fin, a la Santísima Virgen tocando parte en la Obra de la Redención humana con Cristo Jesús y cómo tomó parte en esa obra, precisamente por ser Inmaculada.

1.º *La Obra de la Redención.* — La más importante de Dios — mucho más que la creación. — Para crear bastó una palabra... Para redimirnos fue necesario que el Hijo de Dios en persona bajase a

efectuarla. — Y... ¿de qué modo? — del más humillante para Dios y más ventajoso para nosotros. — Porque Dios, al humillarse en la Redención, no sólo nos redimió, sino que acortó la distancia que separaba al hombre de Dios, y se hizo igual a nosotros para que nosotros fuéramos iguales a Él. — ¡Qué bondad!..., ¡Qué amor! — Pues bien, en esta obra tan grandiosa de Dios, tan verdaderamente divina, de tal modo quiso el Señor asociar a la Santísima Virgen, que viniera a ser la solución de los «dos conflictos divinos», como los llama San Agustín, que parecían insolubles a la sabiduría humana.

2.º *Primer conflicto divino.* — La ofensa del hombre había sido de alguna manera, infinita en su malicia, porque el ofendido era infinito y la ofensa depende de la persona ofendida. — Por tanto, sólo una obra infinita podía dar debida satisfacción y reparación justa a este pecado. — Obras infinitas nadie puede hacer sino Dios..., luego Él solo podía redimir al mundo. — Pero la Redención había de efectuarse por medio del sacrificio que es la destrucción de una cosa en honor de Dios, y por tanto, si Dios no puede sufrir, ni padecer, ni morir, ni destruirse, Dios no podía ser la víctima o la hostia de ese sacrificio. — Conflicto divino... Imposibilidad absoluta..., por una parte la víctima no puede ser sino Dios, por otra, Dios no puede ser víctima... ¿qué hacer?, ¿dónde encontrar la solución? — Fue necesario todo el poder y la sabiduría de Dios..., toda la santidad y amor del Espíritu Santo, para que por su medio se llevara a cabo la magnífica solución, y en efecto, «en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen formó el Espíritu Santo de la purísima sangre de esta Señora un cuerpo perfectísimo», etc... Medita despacio estas palabras del Catecismo y verás cómo la solución de todo, fue la Santísima Virgen Madre de Dios, en cuyo seno el Verbo se hizo carne. — Ya tiene Dios una Madre; ya tiene cuerpo que Ella le ha dado, y sangre para ofrecer por la redención del mundo..., ya puede ser víctima..., ya puede efectuarse la Redención, gracias a María.

3.º *Segundo conflicto.* — Pero esta víctima tenía que ser sin pecado, porque iba a redimir al mundo y pagar por el pecado. — Mas si esa víctima había tomado su carne y sangre de María, sería una víctima humana, como nosotros, y nosotros nacemos en pecado. — ¿También aquella víctima nacería como nosotros en pecado? — No puede ser, eso es un absurdo. — Entonces, ¿cómo solucionar esta dificultad? — No hay más que una solución..., la que supone un milagro inaudito, un prodigio extraordinario, un privilegio único... y como para Dios no hay imposibles, Él lo quiso y se hizo... Y María Inmaculada, sin pecado concebida, es la solución que da a Dios la carne pura y la sangre limpia que puede ser víctima santa del sacrificio de la cruz. — Por Cristo somos redimidos, pero Cristo nos redime por medio de María Inmaculada. — ¡Gloria al Redentor! ¡Gloria a la Corredentora!

Por eso, María que tanta parte tuvo en esta obra de la Redención, no podía faltar cuando se llevó a cabo en la Cruz. — Y si no estuvo presente con su Hijo en sus predicaciones apostólicas, ni fue testigo de todos sus milagros, ni le acompañó en sus horas de triunfo, pero a la hora del sacrificio apareció junto a su Hijo y tan unida con Él que mientras su Hijo sufría las punzadas de las espinas, las sacudidas de los azotes, el golpe de la muerte, allí estaba Ella, sufriendo todo eso en su corazón, bebiendo con Jesús hasta las heces el cáliz de la Pasión..., uniéndose con Él en el ara de la Cruz, como dos víctimas de un mismo sacrificio..., como dos hostias que se inmolan en un mismo Altar..., pero Hostias y víctimas agradables a Dios por ser santas, puras, inmaculadas.

Da gracias a la Santísima Virgen al verla así cooperando tan eficazmente a nuestra salvación... y al ver cómo la solución de todo, es su pureza inmaculada, enamórate cada vez más de esta preciosa virtud tan del agrado de Dios y tan querida de la Santísima Virgen.

MEDITACIÓN 10

NATIVIDAD DE MARÍA

1.º *Nuestro nacimiento.* — El día de nuestro nacimiento lo celebramos y festejamos como día de alegría. — Es costumbre de familia alegrarse con el nacimiento de un niño..., y mucho más si es el primero de los hijos... ¡qué alegrías! ¡qué enhorabuenas no reciben sus padres!... Y, sin embargo, ¡cuántas veces deberíamos llorar! ¡Cuántas veces deberíamos dar un pésame mejor que una felicitación! — Pregunta ante la cuna de un niño recién nacido, qué porvenir le espera, y a todo lo dulce y agradable tienes que contestar con duda e incertidumbre..., no lo sabes... Sólo puedes asegurar que tendrá que sufrir y esto ciertamente. — Nadie le enseña a llorar..., es lo único que aprende sin maestros, y esas lágrimas ya no se secarán más en sus ojos y en su corazón.

¿Y en el orden espiritual? Lo mismo..., tampoco hay razón para enhorabuenas y felicidades. — Apenas comienza a vivir y ya es esclavo del demonio..., manchado de pecado, aunque parezca inocente..., privado del Cielo..., si ahora se muere, el Cielo no será para él. — Recibirá el bautismo y con él la gracia, pero... ¿cuánto le durará?... Bien se puede asegurar que cuanto le dure su inconsciencia... apenas tiene uso de razón y ya comienza a pecar. — ¿Te has fijado cómo se conoce que ya tiene uso de razón? — Precisamente en que ya tiene malicia para pecar... ¡Qué pena! Pero es así. — Bien pensado, pues, no hay nada más triste que el nacimiento de un niño... El dolor, las lágrimas, la incertidumbre, el pecado, la concupiscencia rodean su cuna... ¿Dónde está el motivo para alegrarnos?...

2.º *Cómo obra la Iglesia.* — La Iglesia obra de modo completamente distinto. — Nunca celebra el nacimiento de sus hijos como el mundo; en cambio, cuando el mundo se viste de luto, ella se alegra en

el día de su muerte. — Fíjate cómo en todos los santos conmemora el día de su muerte y le llama el nacimiento para el Cielo y establece en ese mismo día su fiesta; en cambio, pasa en silencio el día en que nació a este mundo. — Principios diametralmente opuestos. — El mundo considera las cosas con ojos terrenos y celebra el comienzo de esta vida. — La Iglesia atiende, sobre todo, a la vida celestial y no le importa el nacimiento en la tierra, sino en el Cielo. — ¿Quién tiene más razón? — Convéncete de que el punto de vista de la Iglesia es el verdadero..., el día en que se nace, es día en que comienza el dolor, la enfermedad y la muerte. — Nacemos condenados a morir y padecer. — En el día de la muerte, da principio la vida verdadera que no tendrá ya muerte, ni fin..., ni dolores, ni sufrimientos..., sino una eternidad dichosa, feliz y bienaventurada. — Ésta es la vida. — El nacimiento para esta vida eterna, es el único digno de ser celebrado.

3.º *Nacimiento de la Virgen.* — Sin embargo, ésa es la regla general. — Pero tiene una excepción. — La Iglesia misma así lo reconoce. — Ella que nunca celebra el nacimiento terreno de sus hijos¹, llega un momento en que por una excepción extraordinaria se viste de alegría, se transforma y manifiesta en grandes efusiones de ternura y contento inmenso, que no puede reprimir, y establece una fiesta especial para celebrar un nacimiento. — ¡El nacimiento de la Santísima Virgen! — La mujer predestinada para ser Madre de Dios aparece sobre la tierra con su alma santa e inmaculada..., con la misma pureza y santidad con que salió de las manos de Dios... y su vida terrena es vida de gracia..., no es una vida celestial sino verdaderamente divina. — Por eso, la Iglesia, la celebra y a todos nos invita a celebrarla con estas palabras: «Con alegría grande celebramos la Natividad de la Santísima Virgen María, pues su nacimiento ha llenado de gozo el universo mundo.» Alégrate y corre a felicitar a tu Madre querida.... La única que merece ser felicitada en su nacimiento..., la única que trae con su vida terrena el germen de la vida de la gracia para sí y para todos los demás.

MEDITACIÓN 11

NATIVIDAD DE MARÍA

La Natividad de la Santísima Virgen constituye un motivo de alegría universal para la tierra y para el Cielo. — En su nacimiento se alegran Dios, los ángeles, los santos y la Iglesia toda.

1.º *Gozo de Dios.* — Es la obra maestra de sus nanos. — Al ver el Señor, dice el Génesis, las cosas que había creado, le parecieron muy

¹ También celebrará la natividad de San Juan Bautista, por su relación con el Mesías y haber nacido ya santificado; pero el Bautista no es de los hijos de la Iglesia.

buenas y se gozó en ellas. ¡Cómo, pues, se gozaría al ver a María! Penetra aún más en este pensamiento. — Recuerda cómo el hombre pecó y con su pecado toda la creación y el plan de Dios se trastornó. — Ya no podía el Señor mirar con gusto a la tierra..., no tenía donde posar sus ojos... Por todas partes se labia extendido el reino del pecado. — Pero aparece María y todo cambia. — Vuelve Dios a ver hermosa la creación, la tierra, los hombres..., ya no se aparta su vista de ellos, con asco y repugnancia. — Otra vez ve su imagen perfecta y pura en María y por María contempla restaurada esa imagen en los demás. — ¡Qué gozo el de Dios al ver a María en su nacimiento! — ¡Qué alegría al contemplarla tan pura, tan santa, tan llena de gracia!

Mira al Padre Eterno gozándose con el nacimiento de su Hija predilecta..., al Hijo al ver ya en la tierra a la que dará el nombre dulcísimo de Madre ¡cómo la miraría y la contemplaría y se gozaría en Ella!... Al Espíritu Santo que tanto empeño tuvo en que esta niña chiquitina tuviera ya más gracia y hermosura y pureza y santidad que todos los demás santos juntos. ¡Con qué cariño y amor inmenso fue colocando una por una todas las virtudes en el corazón de su Esposa querida! — Recórrelas y verás como todas allí las encuentras.

2.º *Gozo de los ángeles.* — Después de Dios y juntamente con Él, se alegraron los ángeles. — Ha nacido su Reina y Señora, la que, después de la divinidad, constituirá el espectáculo más bello del Cielo. — Comparan a esa niña con todas las bellezas del Cielo y reconocen que después de Dios ninguna puede compararse con Ella. — Trae ahora a la memoria aquella rebelión de Lucifer en el Cielo. — Parece ser que fue porque Dios les hizo ver que un día tendrían que adorar a su Hijo hecho hombre, y reconocer como Reina suya a la Madre de ese Hijo, y que la soberbia de Lucifer creyó verse humillada ante esa Mujer a quien consideraba inferior, y no quiso admitir esa prueba, y lanzó el grito de rebelión que arrastró a tantos ángeles al infierno. — Mira, pues, al demonio lleno de rabia y desesperación, ya que, al ver a María, no tiene más remedio que confesar que es incomparablemente más hermosa que él, y, por tanto, la falta de razón que tuvo al rebelarse de aquel modo.

Por otra parte, mira a los ángeles buenos gozándose ahora más que nunca de haber sido fieles a Dios, pues en premio no reciben ninguna humillación, sino que es para ellos una gloria tener a María por Reina. — Míralos gozosos e impacientes, no pudiendo contener su entusiasmo y bajando en legiones inmensas a la cuna de María..., queriendo ser todos los primeros en venerarla y ofrecerle sus homenajes. — En cambio, oye los rugidos que lanza la serpiente infernal al sentir sobre su cabeza el peso de un pie que la aplasta, y eternamente tendrá ya desde hoy que sentir este quebrantamiento de su cabeza que tanto la humilla; ella, con todo su orgullo eternamente aplastada sin poderlo evitar, por el delicado pie de una niña. ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación!

3.º *Gozo de los Santos en el Limbo.* — ¡Pobres almas las que estaban encerradas en aquel destierro del Seno de Abraham! — A pesar de ser almas justas y santas, no podían gozar de la gloria del Cielo. — Míralas: son las almas de los grandes Patriarcas, Profetas y figuras todas excelsas del Antiguo Testamento. — Siglos y siglos pasaron y el día de la libertad no llegaba nunca. ¡Qué largas se hacen las horas, qué eternos los días cuando se espera con anhelo una cosa que no acaba de llegar! ¡Cuál sería, pues, el ansia de aquellas almas!

Pues bien, contéplalas en el día de hoy cuando el Señor las comunica que ya llegó a la tierra la Mujer predestinada... que ya llegó a nacer la Madre del Mesías prometido y profetizado... que, en fin, ya vivía la Capitana que con su Hijo habría de darles la libertad. — ¿Quién podrá explicar aquel gozo y los cantos de agradecimiento que entonarían al Señor al mismo tiempo que de alabanza y bienvenida a la Santísima Virgen? — Ahora sí que iban a contar las horas..., poco tiempo de prisión y en seguida la libertad eterna..., pero esa libertad traída por una Niña encantadora que acababa de nacer. — Enardécete de entusiasmo al ver este gozo tan grande en Dios, en los ángeles y en los justos, y una vez más únete a ellos para con ellos cantar alabanzas ante la cuna hermosísima de María.

MEDITACIÓN 12

NATIVIDAD DE MARÍA

Si es grande la alegría de Dios y de los ángeles en el Nacimiento de María, no debe ser menos la nuestra, pues al fin es a nosotros a quien más de cerca toca la Santísima Virgen, por ser de nuestra naturaleza misma y por ser nosotros los que más hemos de participar en los beneficios de su dichoso nacimiento.

1.º *Alegría nuestra.* — El nacimiento de la Santísima Virgen es el fin de la triste noche..., noche de siglos en que yacía sepultada la humanidad... Isaías decía que estaba en sombras de muerte, pues tan triste era esa noche del pecado, que no hay nada con qué compararla como con las tinieblas negras y terribles de la muerte. — Mira desfilar así a toda la humanidad, sin ver ni un rayo de luz..., en medio de esas oscuridades. — ¡Qué triste es la noche! — ¡Qué sería una noche de muchos días, de muchos años, de siglos!... En medio de esa noche brillaban como estrellas las almas buenas con resplandores de santidad..., pero toda esa luz reunida, junta toda esa claridad, no era nada... era insuficiente para disipar las tinieblas. — ¿Ves lo que pasa con las estrellas en una noche oscurísima?... No es posible con la luz que ellas dan, hacer nada..., no podemos dar un paso seguro, sino todo ha de ser a tientas y con mucho miedo de tropezar y caer.

Pero, si en medio de esa oscuridad vemos la luz de la alborada que se extiende cada vez más y aumenta su claridad y su luz, a medida que la aurora avanza, ¡ah! entonces sí que sentimos la alegría y el gozo que

consigo lleva la aparición de la luz y del sol. — Así, así apareció María en medio de aquellas tinieblas de muerte..., como la aurora de Dios..., como la dulce alborada tras de la cual vendría en seguida la luz del sol divino, a alumbrar a toda la tierra.

Al venir la luz de la aurora, las fieras y las alimañas nocturnas huyen, y se esconden en sus guaridas; en cambio, las avecillas inocentes cantan y trinan; las flores puras abren sus capullos y exhalan sus aromas, y todas las cosas se visten de hermosos colores. — Así, al nacer María, los demonios huyen..., los ángeles cantan, las virtudes florecen y todo el mundo se ilumina y se alegra. — ¡Qué hermoso! ¡Qué poético! ¡Qué magnífico fue este amanecer!

2.º *Tu alegría.* — Y tú, en particular, ¿no has de participar de esta alegría? Lo que sucedió en el mundo, ¿no se repite en el corazón de todos y cada uno de los hombres?... ¿No lo sientes tú en el tuyo? — ¿No ves esas noches de pecado..., esas sombras de muerte inundando tu corazón? Y ¿no ves la luz, la única luz que puede iluminarte, que puede guiarte, que es Cristo y que te viene por medio de María? — ¿No sientes cómo es Ella la aurora de tu vida?

Imagina un arrenal seco, sin flores, sin plantas, sin vida..., pero, si en él ponemos un oasis, pronto surgirá una palmera, con sus ramas y sus frutos. Mira una vid estéril y agria, que no produce más que agrazones amargos..., pero si en ella se injerta una rama sana, dulce, producirá dulces y ricos frutos. — Ésa es tu alma..., un arrenal, un sarmiento seco..., si puede producir algo, es gracias a ese injerto en Cristo, por medio de María. — Si no es tierra estéril, es por la Santísima Virgen, que siembra en tu corazón ese oasis dulcísimo de Jesús.

Recuerda la nubecilla de Elías, imagen de María, que fecundó aquella tierra seca y la hizo producir... Así María ha fecundado la tierra y por Ella han brotado azucenas de vírgenes..., lirios de castidad..., rosas de purísimo amor..., así brotarán en tu corazón. — Pero no lo olvides sólo con Ella y por Ella. — Sin Ella, tierra seca..., arrenal estéril..., rama podrida..., ¿cómo no alegrarte en este nacimiento tan glorioso y tan benéfico para tu alma?

3.º *A Jesús siempre precede María.* — En fin, este nacimiento nos recuerda esta dulcísima verdad, de que María ha de ir siempre antes de Jesús. Dios quiso que en la naturaleza no naciera el sol de repente, sino que le precediera la hermosa claridad del alba. — Lo mismo ha querido en el orden de la gracia. — No quiso que apareciera en el mundo el Verbo hecho carne, sin que viniera antes como espléndida aurora, la niña Reina de los ángeles, concebida sin mancha. — No quiere que salga y luzca el sol de Justicia, Cristo Jesús, sin que antes nazca en las almas espiritualmente, la Madre de la Gracia. — No quiere, en fin, establecer su reino en este mundo sin que antes tenga su trono en él María. — María es, por tanto, siempre la aurora de Jesús. —

No te empeñes en conocer y amar a Jesús, sin estudiar bien a fondo y amar con cariño filial a María. — Examínate, pues, en este punto tan interesante... Mira si real y prácticamente lo haces todo *con María y por María*, para dar gusto a Jesús... si sabes imitar a María y vaciándote de ti, llenarte de Ella, para así poder revestirte y llenarte de la misma vida divina, que Jesús quiere dar a tu alma.

MEDITACIÓN 13

EL NOMBRE DE MARÍA

1.º *Importancia del nombre.* — Es uno de los primeros actos que se realizan al nacer un niño, el de imponerle un nombre. — Todos recuerdan con cariño la fiesta de su nombre, y suele celebrarse con solemnidad semejante, y a veces aún mayor que el mismo cumpleaños. — Es una de las fiestas de familia, donde al celebrarse el santo del padre o de la madre, se ponen de relieve las suavísimas expansiones y las alegrías profundas de los hijos. — Recuerda estas fiestas y las que con motivo de tu mismo santo habrás celebrado..., felicidades, obsequios, regalos, visitas... etc., todo esto es lo propio de este día. — Pues bien, hoy meditamos en la fiesta del nombre de María..., la fiesta del día del Santo de la Santísima Virgen... ¡Gran día, gran fiesta debe de ser para sus devotos, para sus hijos amantes!

Piensa, además, que la importancia del nombre depende de la conformidad con la persona, esto es, que cuanto mejor la represente, más apto será aquel nombre. — En el mundo, muchas veces se imponen los nombres por capricho de los padres; por recuerdos de familia... nunca se atiende a que sea digno y represente adecuadamente a la persona. — Pero en María no fue así. — No era conveniente que se la impusiera cualquier nombre, sino uno que reuniese todas las gracias y maravillas que Dios había encerrado en Ella. — Por eso nadie podía darla un nombre completo y adecuado sino el mismo Dios... ¡y ese nombre es María!

2.º *Grandeza de este nombre.* — Ya se comprende cuál será esta grandeza si es Dios el autor del mismo. — Tanto más, si Dios nos dio en él un como resumen de lo que es la Santísima Virgen. — Cuando el Señor elegía a uno para algo extraordinario, lo primero que hacía era darle o cambiarle el nombre, para que ese nuevo nombre que Él le daba correspondiese al altísimo fin que destinaba a aquella persona. — Así cambió el nombre de Abraham..., impuso el nombre de Isaac... por medio de un ángel, designa a Zacarías cómo se llamará el precursor y le dice que será Juan... El mismo Cristo, al fundar la Iglesia y elegir entre los apóstoles al que será su cabeza y fundamento, a Simón, también le cambia el nombre y le llama Pedro. — Ahora pregúntate ¿qué vale la dignidad e importancia del oficio confiado a Abraham, a Isaac, al Bautista y a San Pedro, en comparación de la dignidad y del destino de María? — ¿Quién pudo, pues, darla un

nombre digno de esta grandeza sino el mismo Dios?

Nosotros pudimos llamarnos de muchas maneras, y como ahora, por voluntad de nuestros padres, tenemos este nombre actual, pudimos tener otro muy distinto. — Pero la Santísima Virgen no fue así..., se llamó María y no pudo tener otro nombre, porque el mismo Dios no encontró otro modo mejor de llamarla. — Mira, pues, qué grande y magnífico y sublime es este santísimo y dulcísimo nombre. — En cierto modo puedes decir que vale tanto cuanto la misma Santísima Virgen, puesto que a Ella representa. — Por eso el Evangelio que tan pocas palabras dice de la vida de la Santísima Virgen, no omite este detalle de tanta importancia, y expresamente dice: «y el nombre de la Virgen era María». Así dice San Pedro Damiano «que el nombre de María fue sacado desde la eternidad de los tesoros mismos de la Divinidad, cuando en el Cielo fue decretada la Redención mediante la Encarnación del Verbo».

3.º *Utilidad.* — Deduce de aquí cómo debemos de respetar y venerar este santísimo nombre y cómo después del nombre de Jesús no hay otro ni más santo, ni más dulce, ni más útil, para nosotros, que el nombre de María — Si el nombre de Jesús es santificador, también santifica el nombre de María si sabemos pronunciarlo con todo el respeto y amor que se merece. — He aquí por qué después del nombre de Dios y el de Jesús, es el más popular de todos — Las madres lo enseñan a sus hijos..., los enfermos y atribulados así la llaman..., los moribundos, de este modo la invocan... ¡Cuántas Iglesias! ¡Cuántas ermitas en todo el mundo levantadas en honor del nombre de María!... ¡Cuántos pecadores sólo con esta invocación se han convertido!... ¡Cuántos milagros efectuados con la invocación del nombre de María! — No hay nada más dulce a las almas santas, ni más provechoso a las pecadoras, que juntar esos dos nombres benditos de Jesús y María y pronunciarlos e invocarlos muy a menudo para acostumbrarse a sacar de ellos la inmensa utilidad que su frecuente repetición lleva a las almas. — ¿Lo haces así tú? — ¿Te has preocupado de estudiar la importancia y la grandeza divina de este santísimo nombre? — ¿Lo dices muchas veces con verdadero fervor, especialmente en las tentaciones, dificultades, contrariedades y penas de la vida? — ¿Lo tienes sobre todo bien grabado en el fondo de tu corazón?...

MEDITACIÓN 14

EL NOMBRE DE MARÍA

Si este santísimo nombre no puede sernos indiferente, antes bien debe interesarnos mucho el saberlo conocer y pronunciar con fervor, es muy importante el que nos detengamos a examinar y meditar lo que significa. — Es muy difícil acertar con su verdadero significado... Se dan más de trescientas significaciones del mismo, y fue providencia del Señor el que este

nombre significase muchas cosas y muy buenas todas, para darnos a entender que en la Santísima Virgen se recopilan todas las excelencias y perfecciones. — De todas estas interpretaciones veamos las más probables, que son las siguientes:

1.º *Hermosa*. — Mejor aún «la *Hermosura*», por excelencia. — Como si quisiera significar que Ella sola es «la hermosura» y que toda otra fuera de Ella no existe más que en apariencia. — «Hermosa como la luna», la canta la Iglesia, porque así como en las oscuridades de la noche, donde todo es feo y triste, aparece la luz plácida, serena y bella de la luna, destacando en medio de las tinieblas y brillando más que todas las estrellas juntas... así María destaca y descuella por su blanca hermosura y la comunica a todos los que de Ella quieren participar.

También la dice *Tota pulchra*. Toda hermosa — fíjate en esa palabra *Toda*, esto es, que en Ella no hay nada que no sea hermoso; su cuerpo, su alma, sus ojos, sus sentidos, su corazón... todo; porque en Ella no hay nada feo, ni manchado con ninguna cosa que mancille esa hermosura. — Piensa en lo que el mundo llama hermoso y te convencerás de que no conoce siquiera lo que es la hermosura. A una belleza corporal, muchas veces artificial, siempre aparente, pues es algo exterior nada más... a eso llama hermosura..., con esa hermosura se contenta..., no conoce otra. En cambio, mira a María y siempre y en todo momento la verás hermosísima, y *Toda hermosa*; ¡qué bien, pues, la cuadra este nombre de María, si María significa eso!

2.º *Señora y Dominadora*. — Y qué cierto es que es verdadera Señora — nunca fue esclava, ni sirva del demonio... del pecado... de las pasiones. Sólo esclava del Señor..., pero por eso mismo Reina y Señora. — El pueblo cristiano así lo entiende y por eso la llama *Nuestra Señora*. — Recuerda cómo es *Señora de los ángeles* que se glorían en poderla servir. — Los ángeles fueron muchas veces sus criados; en la Anunciación, en la huída a Egipto, en la cueva de Belén..., en el mismo Calvario, ángeles de dolor fueron a sostenerla y a llorar con Ella. — Es *Señora de los demonios*, que la temen al oír tan sólo su nombre, huyen. — Ante este unto nombre doblan las rodillas los Cielos, la tierra y los abismos. — El demonio teme a la Señora, aún más que a Jesús, pues así Dios lo quiso, para que la humillación fuera mayor y más admirable el triunfo de María. — Es, en fin, *Señora los hombres*. — *Pero* Señora y Reina de Misericordia. — Jesús ha dividido su reino y su cetro, y, quedándose Él con la justicia como Juez que es e vivos y muertos, ha dado a María el poder de la misericordia. — Su Majestad y grandeza no ofende, no aterra, sino que arrastra amorosa, pero violentamente, aunque sea muy dulce esta violencia. — Mira si no sientes en ti esto mismo al ponerte a los pies de esta *Gran Señora*. — Por eso es Reina y Señora de

corazones. — Nadie sino Ella, tiene derecho a mandar en nuestro corazón. — Examina si es Ella la que realmente manda y dispone como Señora absoluta de tu corazón.

3.º *Mar y estrella del mar.* — El mar es el conjunto de todas las aguas de la tierra y del cielo, que caen por medio de la lluvia y a él van a parar. Así, dice el Génesis, que al crear Dios la tierra, reunió todas las aguas en un punto y las llamó el mar. — Del mismo modo sucedió con María; todas las gracias que el Señor repartió entre todas las criaturas, ángeles y hombres, las reunió en María... y por eso, es el mar de gracias, donde se encuentran todas las que queramos buscar.

Del mar se levantan las nubes, que luego caen en forma de lluvia para fecundar la tierra; así derrama María del océano inmenso de sus gracias, las que hacen fructificar a las almas en virtud y santidad. Las aguas del mar son amargas, como fueron amargas las penas del corazón de María, verdadero mar de amargura, pues sufrió más que todos los corazones juntos en la Pasión de su Hijo. — Por eso, se la llama Reina de los Mártires; por haber padecido más que todos ellos. — En fin, es *Estrella del mar*. Porque es la luz que guía a los navegantes de este mar del mundo..., del mar de las pasiones, en el que fácilmente podemos naufragar..., en el que navegamos generalmente a oscuras, pues en todo instante nos ciega el amor propio y la fuerza de la pasión dominante. — Ella es la estrella que está en lo alto para que siempre la podamos mirar..., siempre la podamos encontrar. — Por eso la colocó Dios tan alto, para que desde cualquier parte la veamos. — Pero por eso mismo también, no la podemos ver si no levantamos los ojos..., cuanto más los bajas a ver cosas de la tierra, menos la encontrarás. — ¿Ves, qué bien la cuadra a la Virgen este nombre en todos y cada uno de estos significados? — ¿Comprendes, pues, por qué sólo a Ella la conviene nombre tan excelso? — ¿Trabajo por imitarla y tenerla siempre delante, repitiendo sin cesar este dulcísimo nombre, como el amante no gusta sino en repetir constantemente el nombre de la persona que ama?

MEDITACIÓN 15

PRESENTACIÓN DE MARÍA

Tan tierno y delicado es este misterio de la vida de la Santísima Virgen, cuan sumamente práctico por las grandes enseñanzas que encierra para nuestras almas.

1.º *Prontitud en seguir la vocación de Dios.* — He aquí una de las enseñanzas más admirables de este paso. — Contempla a la Virgen niña, de edad le tres años, desprenderse de sus padres, subir corriendo las gradas del Templo, sin volver siquiera a vista hacia atrás y ofrecerse al servicio de Dios en el Santuario. — ¡Qué detalles más divinos! — ¡A los tres años! — Profundiza bien en esto... Qué prisa se da la Virgen por consagrarse al Señor! Por un milagro excepcional, María, a esa edad, tenía todo el uso de su razón, y con esa razón, deliberadamente,

dándose cuenta de lo que hacía ¡a los tres años! corre al Templo. — No tenía ningún peligro en su casa, que era de santos. — No repara en su tierna edad, en que aún son tan necesarios los cuidados de un padre y sobre todo de una madre. — No piensa en el dolor que va a causar a sus padres... ni la preocupa el nuevo género de vida que desconoce. — Todo eso, son razones de ¡a prudencia humana... Ella ha oído la voz de Dios e inmediatamente corre a seguirla ¡cuanto antes mejor! — Todo le parece demasiado tarde y por eso, sube corriendo las gradas del Santuario. ¡Qué lección de fervor nos da esta Niña! Compárate con Ella y mira si así sirves tú al Señor. ¿Qué haces con las inspiraciones y llamamientos de Dios?... ¿Los sigues con esa prontitud?... ¿Te arrojas así de ciegamente, sin pensar en nada, así de confiadamente, sin preocuparte por nada... como María en brazos del Señor, y dejando a Él el cuidado de todas las cosas? — ¡Cuándo llegaremos a este desprendimiento de todo..., hasta de nosotros mismos..., de nuestro modo de ver las cosas..., de nuestro propio parecer..., para obrar sólo como Dios quiere!...

2.º *Consagración de María.* — Penetrada en el Templo, se ofrece al Señor, y a Él se consagra para ser toda suya, y para siempre. — ¡Cómo haría la Santísima Virgen esta consagración y cómo se complacería el Señor en ella! — Recuerda las veces que tú también has dicho algo semejante a Dios... ¡Cuántas veces te has consagrado a Él!... y también le decías que querías que tu alma fuera *toda suya y para siempre.* — Pero ¡qué diferencia entre tus palabras y las de María! — Las tuyas habrán causado más de una vez al Señor gran pena, al ver lo mal que luego cumplías tu ofrecimiento. — En cambio, ¡qué gloria para Dios la que se derivaría de este ofrecimiento tan perfecto de la Santísima Virgen, tan total, y tan perpetuo!

Considera cómo a María la seduce este pensamiento ¡ser de Dios!... Ya lo era desde el primer instante de su concepción..., nunca dejó, ni había de dejar jamás de serlo..., bien lo sabía Ella, pues no ignoraba la gracia que había recibido del Señor... y, no obstante, aún quiere, si esto puede ser, tener más unión con Dios..., ser más de Dios. — ¡Qué ejemplo para ti! — Tú, que tienes más necesidad que Ella (porque tienes más miseria) de esta unión, ¡qué poco la estimas! ¡Qué poco la buscas prácticamente! ¡Qué poco trabajas por adquirirla! ¡¡¡Ser de Dios!!! Que sea éste tu único pensamiento, tu único anhelo. — Pídeselo hoy le este modo a María.

3.º *La vida del fervor.* — De aquí deducirás que al Señor no le agrada que se le sirva de cualquier modo, sino como la Santísima Virgen, con fervor — al fervor se opone la tibieza, que es el estado en el que insensiblemente se cae, cuando no se hacen esfuerzos en la vida espiritual. — Sólo con hacer las cosas rutinariamente, sin espíritu de abnegación, de vencimiento, etc..., de la pereza, de la desgana, iremos

a parar a la tibieza —. ¡Qué asco y qué repugnancia produce a Dios la tibieza! Dice que al tibio le arrojará, como se arroja con náuseas un alimento que no se tolera. — ¡Llegar a causar náuseas a Jesús! — ¡Provocarle repugnancia! — ¡Qué miedo! ¡Qué santo temor debe causarte este pensamiento! — ¿Estás tú cerca de ese estado?... ¿Vigilas bien tu conducta para encontrarte muy lejos de él? — Mira mucho el ejemplo de María. — No parece sino que Ella tenía ese mismo miedo. — Como si Ella tuviera ese peligro, obra con energía, con decisión, con prontitud, con fervor. — Pues si Ella sin tener ningún peligro así obró, ¿cómo debemos nosotros obrar? — No es tiempo de dormirse. — Basta de perder gracias y más gracias de Dios como se pierden e inutilizan por la maldita tibieza. — Guerra a la tibieza, a la flojedad, a la rutina para, a imitación de tu Madre querida, llegar a conseguir de veras que tu alma sea *Toda de Dios*.

MEDITACIÓN 16

PRESENTACIÓN DE MARÍA

Muy digna de meditarse es la vida de la Santísima Virgen en el Templo, pues es una continuación de su ofrecimiento al Señor y, por tanto, también en esa vida podemos encontrar grandes enseñanzas para nosotros.

1.º *Vida de oración*. — El Templo es llamado con razón *casa de oración*. — En todo lugar podemos orar a Dios, pero el Templo es el sitio propio de la oración. — Por eso María no se contenta con aquella comunicación que con Dios tenía desde su casa, sino que quiere ir al Templo a llevar allí una vida más de oración. — Contempla a esa Niña toda pureza, inocencia, candor, postrada en el Templo y orando y hablando con Dios, ¡qué trato y qué comunicación tan íntima y tan mutua de Dios a Ella y de Ella a Dios! — ¡Qué oración más fervorosa!

Examina ante ese ejemplo las cualidades de la oración: humildad, atención, confianza y perseverancia y recórrelas una por una ante esa Virgencita postrada en tierra y verás qué modelo más acabado de oración encuentras en Ella. — Después, ponte a su lado, y compara tu oración con la suya. — ¿En qué se parece? — ¿Te das cuenta de que estás en la Casa de la oración y que vas al Templo a eso..., a orar, a tratar con Dios y únicamente a eso? — ¿Sabes orar en compañía de la Santísima Virgen y tenerla a Ella por verdadera maestra de oración?

San Buenaventura dice que María oraba cada día siete veces al Señor y en esas oraciones le hacía siete súplicas: 1.º, amarle con todo su corazón... 2.º, amar al prójimo en Dios y por Dios... 3.º, tener un odio implacable a todo pecado y a toda imperfección... 4.º, una humildad profunda, y con ella las demás virtudes, especialmente la pureza inmaculada... 5.º, la gracia de poder conocer al Mesías prometido... 6.º, ser muy obediente a los sacerdotes representantes de Dios, y dejarse dirigir por ellos para así hacer siempre su divina voluntad... 7.º,

que el Señor mandara cuanto antes al Redentor para la salvación del mundo. — ¿No te parece que también tú debes pedir con preferencia algo semejante? — Detente ante esas peticiones y verás cómo en todas ellas encuentras algo que pedir al Señor, a imitación de María...

2.º *Vida de santificación.* — El templo es también casa de santificación. — Dios llevó allí a María para prepararla a su altísimo destino de ser Madre de Dios. — Más tarde Jesús, antes de su vida pública, también se retirará al desierto..., dejará su casa y se irá lejos del mundo, para allí tratar más con Dios. — Imagínate la vida de recogimiento interior y exterior junto con la práctica de la mortificación que llevaría la Santísima Virgen en el Templo. — Es imagen de la vida interior del alma. — ¡Cuánto nos gusta la vida exterior!... Aunque sea buena, nos agrada más y creemos que hacemos más por la gloria de Dios cuando exteriormente trabajamos más, y nos movemos más, y sin embargo, toda vida de apostolado que no se funde en esta vida interior, es completamente inútil. — Dios no la bendice y no fructifica. — Es muy hermoso trabajar por los demás, pero antes hay que trabajar por nosotros mismos. — Pide a María mucho amor al retiro, a la soledad, al vencimiento y abnegación propia, a la mortificación..., en fin, a esa vida interior del alma.

3.º *Vida de trabajo.* — En Dios y para Dios. Siempre lo había hecho así, ahora en el Templo, especialmente, todo su trabajo iba a ser para Dios.

Mira también a esta Niña dedicada con afán al trabajo del aseo y limpieza de las cosas del culto, ¡qué amor y qué devoción no acompañaría a su trabajo! — Todas las cosas, aun las más pequeñas, que se hacen por Dios, tienen un valor inmenso. — Nada hay pequeño si se hace en servicio suyo. — Aprende a elevar a Dios todo trabajo y toda obra de tus manos, para que así aumentes en amor y en méritos ante Él, sabiendo que nada de esto quedará sin altísima recompensa.

4.º *Tu vida en el Templo.* — Recuerda el paso de Cristo arrojando a los profanadores del Templo... era la suma bondad y amor, y, no obstante, en esta ocasión, con grande energía, hasta con una santa ira y encendido celo, a latigazos purifica aquella morada de la oración que es la Casa de Dios. ¡La Casa de Dios! — ¡Qué bien lo comprendió la Santísima Virgen! — ¡Qué dignamente supo vivir en ella! — Pero tú ¿imitas siempre a la Virgen cuando estás en el Templo?... ¿O estás imitando a aquellos que tanto enfado y desagrado causaron al Señor?... ¿No tienes nada que corregir en tu respeto a la casa de Dios, o en tu modo de hablar con Él? — ¿Haces tus oraciones alguna vez, sin atención, trabajando poco por desechar las distracciones voluntarias que tengas?...

Piensa, además, en el otro Templo, en el de tu corazón, donde Dios quiere sobre todo vivir..., hablar contigo y ser adorado de ti. — Si está en

los demás templos, es precisamente por morar en estos otros Templos vivos de las almas, que es donde Él más quiere comunicarse con nosotros. — ¿Sabes retirarte a la soledad del santuario de tu alma y allí conversar con Dios? — ¿Te portas siempre con la dignidad debida a la morada del Señor a quien llevas en tu corazón? — Saca de aquí una gran devoción a este santuario. — Visita mucho a Jesús en sus Templos y Sagrarios..., pero no olvides y no dejes de visitarle con más frecuencia en tu propio corazón.

MEDITACIÓN 17

PRESENTACIÓN DE MARÍA

Su Virginidad

No podemos terminar las meditaciones de la Presentación de la Santísima Virgen, sin dedicar una especialmente a su virginidad, ya que fue en este día y en este momento cuando hizo su voto de virgen al Señor.

1.º *El voto de virginidad de María.* — No es dogma de fe que hiciera este voto. — El dogma sólo nos dice que fue siempre virgen antes del parto, en el parto y después del parto. — No obstante, la Iglesia reconoce con sus doctores y Santos Padres, que María se quiso unir al Señor con este voto. — La tradición nos dice que fue en el Templo cuando fue presentada a los tres años. — Contempla la escena como mejor te la puedas imaginar... ¡María en el Templo..., delante de Dios... y del Cielo entero, que admira atónito este espectáculo! — Los ángeles no saben qué va a ocurrir, pero adivinan algo grande cuando Dios se detiene a mirar y a contemplar a aquella Niña... y de repente, la Niña pequeñita, abre sus labios, expresión de su corazón y pronuncia su voto de virginidad al Señor. — ¡Qué maravilla la de este voto de María! ¡Qué harían los ángeles! — ¡Qué cánticos entonarían en loor de aquella benditísima Niña! — Dios... ¡qué haría Dios al escuchar el voto!... Todo lo que pienses es nada para comprender las gracias que el Señor derramaría sobre la Santísima Virgen en este instante. ¡Cuántos pecados de impureza hay en el mundo!... Piensa cómo habrán ofendido al Señor... ¡Qué pena tan profunda habrán causado en su corazón!... Sin embargo, mayor fue la alegría y la complacencia de Dios en el voto de María, que puede ser la pena que la impureza del mundo le cause. — Ella sola fue capaz de darle con este acto, una gloria que le compensara de toda la que le quitan los pecadores con sus inmundos pecados.

2.º *Valor de la virginidad.* — Deduce de aquí lo que será esta virtud misteriosa para Dios y para María. — Sin consejo, sin mandato de nadie, sin ejemplo que imitar, María parece adivinar lo que es la virginidad delante del Señor y sabiendo que es su gusto y su gloria, se abraza decidida a ella. Veía que esta virtud, por lo desconocida que era, no era apreciada..., que todas sus compañeras y su familia la

considerarían como una deshonra..., que el ser virgen le había de costar grandes sufrimientos, disgustos, desprecios quizá, y..., no obstante, no duda. — Dios lo quiere y también Ella... todo lo demás lo deja confiada a sus manos. ¡Qué ejemplo de desprendimiento y generosidad para nosotros cuando nos damos a Dios tan a medias, que si es necesario un sacrificio costoso, ya se lo regateamos y hasta llegamos a negárselo!

Pero el Señor preparaba la recompensa. — Nunca queda Dios atrás... y a la generosidad corresponde con nuevas gracias y favores divinos. — Parecía que María renunciaba a ser Madre del Mesías..., que esto ya no sería posible en Ella, como se lo dijo después al ángel. — Y, sin embargo, el premio de aquel voto de virginidad no fue otro sino elegirla a Ella y designarla para Madre de Dios. — ¡Qué grande es Dios premiando! — Pero sobre todo, ¡cuando premia la virginidad y la pureza! — ¡Qué será esta virtud cuando así arrastra y enamora el corazón de un Dios!

3.º *Tu pureza virginal.* — Medita las grandezas de esta virtud para que deduzcas las gracias que has de dar al Señor al infundirte ese amor a ella — ¡ser virgen! — Es ser como los ángeles en la tierra..., pero aún con más mérito, pues los ángeles son vírgenes porque carecen de carne y por lo mismo, no pueden menos de serlo..., pero tú, con cuerpo carnal y corruptible..., sujeto a todas las concupiscencias..., en medio de un mundo corrompido, sobre todo por la impureza..., con la lucha constante de las pasiones que el demonio levanta alrededor de ti..., y a pesar de todo..., ser tu alma pura..., ser casta..., ser virgen..., eso, aunque parezca exageración, es ser más que ángel..., es ser la imagen de María y el retrato más fiel de su pureza..., es ser Esposa del Señor.

Hasta ahí llega su predilección, hasta amar a las almas vírgenes como Esposas tuyas..., a las que regala con dones y caricias divinas..., a las que reserva un premio en el Cielo tan singular que sólo ellas lo han de gozar..., pues formando la corte de la Virgen de las Vírgenes, seguirán de cerca siempre al Cordero inmaculado, cantando el canto de la virginidad que tan sólo ellas han de cantar. — ¡Gloria a la virginidad! — ¡Gloria a María que nos enseñó esta divina virtud y que tan magníficamente practicó! — Que este entusiasmo por esta virtud y por María Virgen, nos anime en todas las dificultades, nos dé fuerzas para llevar la vida de mortificación de penitencia y de fervor necesaria, para que nuestra pureza, nuestra virginidad pueda sostenerse lozana, sin marchitarse hasta el fin de nuestra vida. — ¡Qué así sea, Madre mía!

MEDITACIÓN 18

DESPOSORIOS DE MARÍA

Desde los tres años vivió María en el Templo hasta los quince, en que por orden y disposición de los sacerdotes, según la costumbre judía, fue desposada con San José. — Como en María no hay nada vulgar y no hay cosa que no nos enseñe a nosotros algo, veamos cómo hay mucho que aprender, meditar y copiar en este momento de su vida.

1.º *Confianza en Dios.* — He aquí la primera lección. — Inspirada por Dios había hecho la Santísima Virgen su voto de virginidad al Señor..., había renunciado a la misma posibilidad del matrimonio con ese voto, y todo por ser esa la voluntad de Dios..., ahora los sacerdotes en nombre de Dios la dicen que la voluntad divina es, que tome un esposo. — Medita qué hubieras hecho en semejante caso tú. — ¡Cómo nos cuesta ceder de nuestro pensamiento! — ¡Y, sobre todo, cuando estamos convencidos de que tenemos razón!

Sin embargo, medita en la conducta prudentísima de la Santísima Virgen. — Nadie más segura que Ella de que su voto de virginidad era de Dios. — Tampoco podía dudar, de que humanamente hablando, el matrimonio y el voto eran dos cosas completamente imposibles... ¿Qué hacer?... ¿Guiarse por sí misma?... ¿Empeñarse en su parecer y despreciar el de los sacerdotes?... Obedece y confía. Esa es la solución; una obediencia ciega..., una confianza ilimitada en el Señor... Él lo había hecho... Él ponía dificultades y hasta contradicciones verdaderas..., a Él le tocaba solucionarlas... ¡Qué ejemplo tan difícil de practicar y, no obstante, qué hermoso y magnífico y qué agradable al Señor! — ¿No te pones a discutir, o a dudar o a juzgar a tu manera las disposiciones o consejos de tus superiores? — Mira en qué te pareces entonces a la Santísima Virgen.

2.º *La unión virginal.* — Pero Dios, para quien no hay nada imposible, buscó la solución de este conflicto, mediante la unión virginal de María y José. — María no podía quedarse sola, y mucho menos aparecer con su Hijo, sin estar desposada, pues ignorando el mundo su concepción milagrosa y la obra del Espíritu Santo, la hubiera tomado por una adúltera. — La sabiduría de Dios, encuentra el modo de salvar el honor de María, dándole un esposo y al mismo tiempo conservar su virginidad con un desposorio virginal. — ¡Qué bien hace Dios todas las cosas! — ¡Qué infinita es su sabiduría y qué soberana su Providencia! — Necedad y locura la nuestra cuando queremos que todo nos salga en la forma, en el tiempo y en la medida que nosotros juzgamos o queremos, y no confiamos en el desarrollo del plan divino que ignoramos.

Contempla ahora a aquellos dos esposos vírgenes. — San José fue elegido por los sacerdotes, porque entre todos los aspirantes a la

mano de María, sólo Él era virgen; así lo demostró el Señor haciendo que florecieran lirios y azucenas en la vara que con este fin habían colocado en el arca de la Alianza. — Sin embargo, no es creíble que San José hubiera hecho voto de virginidad..., ni siquiera lo conocería... Por tanto, mira a la Santísima Virgen en el mismo día de su desposorio, dar cuenta a San José de aquel voto que Ella hiciera al Señor, y cómo San José admirando la virtud purísima de la Virgen no quiso ser menos y él también, a imitación de su Esposa, consagró con otro voto su virginidad al Señor. — ¡Qué pensamiento tan hermoso es éste, el de creer que el primero que por María hizo voto de virginidad fue San José!

Desde entonces, comprendió cuál era su destino... ser el custodio y guardián de la pureza virginal de María. — El Arca de la Alianza tenía un velo que le guardaba de las miradas curiosas..., ese velo fue imagen de San José, que así ocultó y guardó el gran misterio que se encerraba en el Arca del Nuevo Testamento, que era María.

3.º *Conclusión práctica.* — Afiánzate en la confianza en el Señor. — Pídele perdón por tus muchas desconfianzas. — No dudes nunca de que, aunque no veas a dónde van a parar las tribulaciones y pruebas a que el Señor te somete, aquello es lo que más te conviene. — No te empeñes en saberlo todo y en conocer con detalles el plan de Dios sobre tu alma. — Déjate guiar, aun cuando parezca que todo sale al revés de como tú crees debía de ser. — Mira a San José haciéndose más virgen, cuanto más se acerca a María; y no olvides que el mirar a María..., que el acercarte a Ella..., el abrazarla y el unirse con Ella..., será también para ti fuente de pureza, aumento de castidad, amor cada vez grande a la virginidad.

MEDITACIÓN 19

LA ANUNCIACIÓN. — LA VIRGEN ORANDO

1.º *Cómo ora.* — Con santa curiosidad atisba por la ventanilla de la casa de Nazaret y sorprende a María en su oración. — ¡Qué espectáculo! — Mírala en su porte exterior, sin exageraciones, ni dramáticas posturas...; de rodillas..., postrada hasta pegar con su frente en el suelo..., las manos juntas o cruzadas ante el pecho..., los ojos bajos y modestamente recogidos o levantados para fijar su vista en el Cielo. — Penetra hasta ver su fervor interior; ¿habrá cabida en Ella para las distracciones, pensamientos inoportunos, cansancios, tibiezas, aburrimientos, etc., etc.? — Mírala bien, es tu Maestra de oración..., los ángeles se pasman y asisten regocijados a la oración de María. — Dios se complace en Ella, y se comunica a Ella, con un aumento de gracias..., de beneficios y concesiones que hace al mundo por la oración de María. — Y tú ¿no aprenderás a copiar en ti algo de este fervor de tu Madre?...

2.º *Qué ora.* — Jesucristo más tarde nos enseñará que hemos de pedir «el reino de Dios y su justicia», y esto pide María..., que venga ya el Salvador..., que envíe Dios al Mesías..., que acelere cuanto antes la hora de la Redención..., tanto, tanto lo pide, que Dios complacido no lo puede negar..., y por la oración de María, acelera y adelanta la hora. — Recuerda las Bodas de Caná. — También allí dice Cristo «aún no ha llegado mi hora», pero por la intercesión de María se adelanta y hace el milagro. — Piensa en Dios cambiando su plan y adelantando la hora de enviar a su Hijo..., la de manifestarse en Caná públicamente con su primer milagro..., la de redimir al mundo en la Cruz..., la de resucitar tan de mañana el domingo de Resurrección, y todo..., porque María lo pide con su oración...

3.º *Por qué ora.* — Porque la oración no es sólo útil, sino necesaria. — No tenía Ella necesidad para sí —ni la tuvo Cristo— y, sin embargo, la oración de Jesús y la de María es sin intermisión. — La primera vez que hablan los Evangelios de María, la presentan orando... y en la oración, recibe la visita del ángel...; la última vez que la mencionan los evangelistas, es para decirnos que en el Cenáculo era Ella la que enseñaba a los apóstoles a orar, y a prepararse para recibir con la oración al Espíritu Santo. — María comienza su historia orando y la termina orando. — ¡Qué ejemplos te pone Dios para imitarla! — Además, con la oración se prepara para ser la Madre del Mesías, y por eso, en medio de la oración, recibe la visita del ángel. — Toda la obra de la Encarnación está relacionada con la oración de María.

4.º *Tu oración.* — En presencia de este sublime modelo piensa: a) Lo necesaria que es para ti la oración; las pasiones, los pecados, las imperfecciones y miserias propias, te recuerdan esto sin cesar. — b) Los frutos que tú podrías conseguir si fueras alma de oración..., la comunicación con Dios y el gusto de las cosas espirituales..., la misma perfección y santidad de ahí depende. c) Cómo oras y cómo debes de orar si te comparas con María..., falta de fervor..., atención interna y externa..., tus cansancios y rutinas..., pretextos para dejarla o acortarla quizá, cuando más falta te hace. — d) Examina tu oración vocal cómo rezas el Oficio Parvo..., la coronita, el Rosario..., tus oraciones marianas, etc.

Pide para ti un gran espíritu de oración; y para el mundo, que por la oración de las almas buenas dé el Señor vida, y forme muchos hijos de María.

MEDITACIÓN 20

LA ANUNCIACIÓN. — RETIRO DE MARÍA

1.º *La vida de recogimiento.* — Es la vida que renuncia a todo lo exterior, no usando de ella más que lo indispensable para vivir interiormente. ¡Qué desconocimiento práctico hay de la vida interior!

¡Cuánta confusión de ideas al creer que todo consiste en hacer y trabajar mucho, aun con buen fin, pero exteriormente, no dando importancia a la vida verdadera del alma que es la vida interior! — Nunca será fructuosa una obra exterior, ni para ti, ni para los demás, si no está bien basada en la vida interior. — Nadie da lo que no tiene, y ¿cómo vas a dar vida, fervor, santidad a otros si no la tienes para ti? — Dios se comunica a las almas sólo en el retiro, en el recogimiento. — Su voz, dice la Sagrada Escritura, es como el «silbo de la aura tenue» y si hay mucho ruido de cosas exteriores..., esa voz no se oye. — Por eso, nadie más interesado en alborotar con esos ruidos que el demonio, para que no se oiga la voz del Señor. — En fin, la virtud no crece sino como las plantas de invernadero, bien protegida de la atmósfera exterior, que es muy fría y heladora. — Nunca la virtud criará canas en el bullicio del mundo.

2.º *El modelo de María.* — ¡Qué amor al retiro de su casita! — Nadie la ve, ni se da cuenta de lo que hace..., pero Dios se complace en aquel recogimiento, y allí la va a buscar. — El ángel no se la aparece en las calles, en las plazas, ni siquiera en el Templo públicamente, sino en la soledad, en el retiro de Nazaret. — Allí es donde siente que es más toda de Dios, y Dios todo de Ella. — Allí, sin testigos, es donde tienen lugar las grandes e íntimas comunicaciones entre Dios y Ella. — Allí se efectúa el gran misterio de la Encarnación. — Su retiro es perpetuo. — Si sale de su casa es por caridad, como en la Visitación... o por espíritu de obediencia, como al ir a Belén, Egipto, al templo de Jerusalén, etc... Nunca emprende viajes por puro recreo, por pasatiempo.

Contéplala en la calle y observa su recogimiento interior, manifestado en la modestia de sus ojos y de todos sus ademanes. — Asiste a las visitas que hace por verdadera necesidad. — ¡Qué conversaciones y qué palabras salen de su boca! Persuadida de que es Templo de Dios, no se disipa con el trato social, sino que aun en medio del mundo, no abandona su retiro interior. — Finalmente, mírala en las ocupaciones de su casa aun en los días de ahogo, de mucho trabajo, cómo sabe santificarlo con la presencia de Dios, que ni por un momento pierde... y así todo en Ella contribuye más y más a aumentar su intensísima vida interior.

3.º *Tu recogimiento.* — ¿Has aprendido a conversar con Dios en la soledad del santuario de tu alma? — Examina tu vida interior y exterior, y mira si ésta se derrama de tal manera hacia fuera, que sea a costa de la otra. — Detente a considerar tu amor y afición a tu casa, a tu retiro o a la calle. Considera tus visitas y conversaciones en ellas... ¿Son frívolas?... ¿Contra la caridad?... ¿Disipadas?... Tu recogimiento en todas partes y en todo momento..., en amistades..., diversiones y pasatiempos... Mira, qué importancia das al día de Retiro

mensual..., al retiro de los Ejercicios... ¿Deseas que llegue ese tiempo santo?... ¿Lo aprovechas para crecer más cada día en tu vida interior?...

Fomenta y aumenta lo que en esta materia encuentres en tu conducta de bueno. — Corrige enérgicamente lo defectuoso... examina muchas veces el aumento o disminución de tu vida interior.

MEDITACIÓN 21

LA ANUNCIACIÓN. — LA EMBAJADA DEL ÁNGEL

1.º *El Ángel ante María.* — El Ángel de la Encarnación, es uno de los espíritus más grandes y hermosos que rodean el Trono de Dios. — Contéplale tan magnífico, tan sublime, tan brillante y encantador, que al decir de muchos nos parecería el mismo Dios. — Considera la importancia de la embajada que lleva a María y la dignidad de la misma, cuando el Señor no se la encarga a un hombre, como lo solía hacer en otras ocasiones, en que fueron sus embajadores Moisés, Elías, Eliseo, los profetas y patriarcas, etc..., sino que es un ángel y de los más elevados el que envía a la Santísima Virgen. — Así convenía que la que era más que ángel por su original pureza, fuera visitada por un ángel del Señor. — Y ¡cómo la visita! — Entra el Ángel en la habitación de María y la ofrece sus respetuosas reverencias — él que nunca se había postrado más que ante el trono de Dios... ahora se postra ante las plantas de María — ¿qué vería el Ángel en Ella? — Acostumbrado a ver las maravillas del Cielo... ¿qué podría ver de maravilloso en la tierra?... Y, sin embargo, al ver a María, queda asombrado, lleno de pasmo y admiración. — Después de la belleza y hermosura de Dios nunca, ni en el mismo Cielo, había él visto algo semejante a aquella Virgen escondida en su retiro de Nazaret. — Y el mundo no la conocía..., y es que para conocerla, hay que mirarla con ojos de ángel, no con ojos de tierra.

2.º *El saludo.* — «Dios te salve, la llena de gracia!»... «El Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres». — Es fruto de esta admiración... es una explosión de entusiasmo..., cada frase viene a ser un desahogo de cariño y de amor. — ¡Cuánto ama el Ángel a María!... Parece que no acierta a acabar su saludo de alabanza. — Esas palabras, en boca humana, hubieran parecido una adulación ridícula y desde luego una apasionada exageración: pero ¿qué decir de las palabras de un Ángel que no puede adular, que no puede mentir, ni exagerar? — ¿Qué será María?

3.º *La Embajada.* — El Ángel expone su objeto: la Concepción y el Nacimiento de un hijo que será el Mesías. — Pide a María su consentimiento. — Toda la creación, los hombres, los ángeles..., el mismo Dios habla ahora por boca del Ángel. — Todos esperan con anhelo, con impaciencia, la respuesta de María...; momento sublime,

grandioso..., de esa palabra pende la Redención..., la salvación de la humanidad. — El Ángel va delineando la figura del Mesías..., se llamará Jesús..., será el Santo de los Santos..., será el Hijo del Altísimo, y a la vez el Hijo de María. — ¡María será verdadera Madre de Dios! — Por vez primera se oyen en este paso, los deliciosos nombres de Jesús y de María. — Ésta, ha sido hasta ahora la doncellita humilde y escondida de Nazaret. — Desde este momento será María, la Madre de Jesús. En esta embajada del Ángel, se encierra toda la fe, todos los deseos, todas las esperanzas de la humanidad; asimismo todas las grandezas y todas las riquezas de gracias de que María se veía colmada desde su Inmaculada Concepción. — Eternamente memorable será la embajada del Ángel a María.

4.º *Tu presencia ante María.* — ¿Te presentas tú ante Ella con ese entusiasmo, fervor y cariño como el Ángel?

¿Sabes estudiar, apreciar y reverenciar como él a tu Madre? — El Ángel una vez..., tú muchas veces puedes conversar con María. — ¿Lo haces así, viviendo constantemente en su presencia..., haciéndolo todo con Ella y por Ella? — Piensa en las embajadas que Dios a ti también te envía por medio de sus ángeles..., el de tu Guarda..., de tus superiores..., de la Virgen..., a veces Él mismo directamente... ¿Cómo recibes estas inspiraciones, llamamientos, toques al corazón?...

Pide a Dios ojos de ángel para conocer y estudiar bien a tu Madre..., para amarla con locura..., para vivir siempre para Ella. — Pídele deseos de cooperar a la gracia, recibiendo sus inspiraciones con espíritu de fe, vengan de donde vinieren y procurando seguir las en todo. — Invoca al Ángel de la Anunciación y al Ángel de tu Guarda.

MEDITACIÓN 22

LA ANUNCIACIÓN. — EL AVE MARÍA

1.º *Ave.* — Es la palabra de saludo afectuoso, pero el Ángel la emplea en sentido de parabién y enhorabuena. — La Iglesia nos dice en sus himnos que es lo contrario de *Eva*, para indicarnos que así como por *Eva* nos vino la muerte, por *María* nos vendrá la vida. — En este sentido la enhorabuena del Ángel debe extenderse a toda la humanidad. — Da a *María* la enhorabuena por este paso de su vida, y dátela a ti, pues por *Ella* en este día, tu alma ha sido hecha hija de Dios...

2.º *Llena de gracia.* — Y bien llena — a todos los demás santos y aún a los ángeles se les dio por partes... sólo a *María*, la plenitud y totalidad de la gracia. — En esta plenitud se había de diferenciar de las demás criaturas. — Sería necesario conocer lo que es la gracia para entender estas palabras del Ángel. — Piensa lo que es la gracia para los demás..., es un ser divino, algo de Dios, que se comunica al

hombre para divinizarle, pues realmente le da el título de hijo de Dios y le confiere el derecho de heredar del Padre Eterno..., pues si es hijo de Dios, es heredero del Cielo. — Ahora piensa, si esto hace la gracia en los demás y así los santifica y diviniza..., ¿qué haría en la Virgen, al darla la plenitud total y completa de la misma? Si Ella la tiene toda, a Ella hay que acudir, si queremos participar de la gracia. — Mas si estaba ya llena ¿cómo pudo aumentar en su vida la gracia?... Es un misterio. — Un vaso lleno, ya no admite más agua; pero para Dios no hay imposibles. — Dios pudo dilatar y aumentar en cada momento ese vaso preciosísimo de su alma, y así, estando siempre lleno, pudo siempre aumentar la gracia que encerraba.

3.º *El Señor es contigo.* — Esto es, más contigo que conmigo, diría el Ángel... y más que con todas las criaturas. — Está contigo poseyéndote totalmente. — No hay nada en María que no esté poseído y no sea de Dios. — También Dios está con nosotros..., pero ¡qué a medias! — No dejamos a Dios que nos domine totalmente como María. Además, contigo, siempre, desde la eternidad. — En ti pensaba y contigo se deleitaba, aún antes de crear alguna otra cosa. — Contigo para siempre, y por eso quiere, unirse tan íntimamente que seas tú su Madre y El sea tu Hijo. — Piensa cómo Jesús quiere también esto contigo y para eso te busca y te llama y se une a ti por la gracia y más íntimamente por la comunión...

4.º *Bendita entre las mujeres* — Porque así como por una mujer entró en el mundo el pecado, por ti entrará la gracia y la redención. — Todas las generaciones recordarán a Eva para maldecirla..., todas te recordarán a Ti para bendecirte. Aquella fue la mala madre, la madrastra que dio muerte a sus hijos... María la verdadera Madre, que nos da con amor la vida. — La humanidad entera reconcentró contra la mujer todos sus odios; la trató con desprecio y crueldad. — María es la que rehabilita y ensalza de tal modo a la mujer, que llega a ser la criatura más elevada y la que ocupa el puesto más alto en el Cielo...

5.º *Bendito el fruto de tu vientre.* — Palabras, no del Ángel, sino de Santa Isabel, pero tan ligadas a las del primero, que la Iglesia las junta en una sola oración. — Palabras gloriosas para María, porque dicen lo que es y será su Hijo. — Al fin, si Ella será dichosa y bendita por todos, será por su Hijo. — En ese fruto bendito, encontraremos todos, la salvación. — Eva nos perdió, dándonos el fruto del pecado. — María nos salvará, dándonos ese fruto de santificación que se llama Jesús...

Reza siempre con mucha veneración el Ave María. — Cuida de su rutina en el Rosario, etcétera... No olvides de saludar a María en el Ángelus. — Siempre que lo reces, acuérdate de este grandioso misterio de la Anunciación y pide a María que te llene de gracias, que el Señor

también quiera estar contigo y así que te haga partícipe de su dicha y bendición eternamente.

MEDITACIÓN 23

LA ANUNCIACIÓN. — CONDUCTA DE MARÍA. — SU HUMILDAD

1.º *La turbación.* — A las palabras del Ángel contesta María con su turbación. — Mírala, encendido el rostro por el carmín de la vergüenza..., escucha el latido nervioso y apresurado de su corazón..., penetra en su disgusto profundo, íntimo..., parece que se pregunta a sí misma, asustada, y esto ¿a. qué viene? — El Ángel la había dicho la verdad, pero la había herido en su humildad. — Más tarde reconocerá Ella públicamente la certeza de las palabras del Ángel, y aún repetirá que todas las generaciones la llamarán «Bienaventurada»..., pero no para engrandecerse, sino para alabar a Dios. Más ahora es Ella... Ella misma el objeto de la alabanza, y por eso, naturalmente, espontáneamente, se asusta y se sobrecoge..., se pone en guardia como esperando una tentación..., como si Ella, pudiese pecar. — Acude con el Ángel a tranquilizar a María, y dila: «No temas, si Tú no tienes por qué temer, ni asustarte ante las alabanzas..., pero, sin embargo, bien está que te turbes y te asustes para enseñarme a mí la manera de recibir las que me den los hombres; enséñamelo prácticamente, Madre humildísima»...

2.º *Grandeza de esta humildad.* — Penetra y considera lo inmensa que es esta humildad, precisamente en este paso. — Se concibe la humildad de María en Belén, rechazada por todos... en Egipto, huyendo de sus enemigos... en Nazaret, ignorada y escondida en aquella casa de artesanos pobres y casi miserables..., en la Cruz, siendo la Madre de un ajusticiado... pero, ahora, ¡visitada por un Ángel!..., ¡buscada por Dios que la pide su consentimiento y se queda esperando la respuesta!... ¡Alabada y enaltecida hasta la altura más grande!... ¡Qué humildad más inconcebible!

Mucho menos fueron elevados Adán en el Paraíso y los ángeles malos en el Cielo... y, sin embargo, se desvanecieron con la soberbia y cayeron en el abismo. — Pero María sabe que lo que la dicen es de parte de Dios..., que es un Ángel que no puede mentir, y por lo mismo que es verdad todo lo que dice, lejos de envanecerse..., se turba y humilla más y más. — ¡Qué grande, qué simpática, qué atrayente es María por su humildad! — Qué bien sabe Dios buscar la reparación del pecado que empezó por la soberbia, por medio de esta profundísima humildad.

3.º *Humildad verdadera.* — La humildad no es apocamiento; nos hace pequeños ante nuestros ojos..., pero grandes, muy grandes a los ojos del Señor. — Así María, nunca fue más grande a los ojos de Dios que en esta ocasión. — Pero, al fin, la humildad no es de

cobardes y ruines, sino de fuertes y de magnánimos. — Mira a María... turbada, anonadada, ante las palabras del Ángel..., pero conserva su juicio sereno, tranquilo, y... estudia, piensa y obra con decisión. — Eso es la verdadera humildad: conocer la voz de Dios, someter su juicio y propio parecer a ella y seguirla. Y esto, aunque cueste como a María — bien sabía los sufrimientos, dolores y espadas agudísimas que atormentarían su corazón... y, no obstante, se decide a aceptar la propuesta del Señor. — Humilde pero magnánima, viril, valiente. — Ése es el fruto de la humildad.

4.° *Tu humildad.* — ¿Eres tú semejante a María, en la humildad y en la generosidad del sacrificio? — ¿No buscas halagos, sonrisas, palabras humanas? — ¿Buscas lo último, lo penoso, lo humillante? — Cuando Dios te lo da ¿al menos te conformas... o protestas y deseas evitarlo? Piensa mucho en tu nada, pues así como Dios sacó de la nada las grandezas de la creación..., del conocimiento de tu nada, brotará tu grandeza. — Conoce a Dios, que es el todo; concóctete a ti, que eres nada, y la conclusión será la humildad.

Ejercítate en actos de humildad interior y haz muchos actos de humillación exterior. — Agradece y ama a quienes te ayudan a humillarte con desprecios, burlas, etc...

MEDITACIÓN 24

LA ANUNCIACIÓN. — LA PUREZA VIRGINAL

1.° *Reparos de María.* — A las palabras del Ángel María contesta con un reparo, que es un temor. Eva en el paraíso teme al comer el fruto prohibido, pero no teme al pecado, sino al castigo de la muerte. — María, al contrario, lo único que teme al oír al Ángel es faltar a la palabra dada a Dios. Su temor es justo, racional, santo, inspirado en el amor de Dios y a la virtud. — ¿Son así tus reparos cuando oyes la voz de Dios..., o son inspirados por el amor propio que se resiste a someterse a esa voz divina?

2.° *La virginidad.* — ¡Qué amor a la pureza virginal! — Se ofrecen a María glorias inauditas, grandezas inefables... de parte de Dios... por boca de un Ángel... y, no obstante, no se alucina... piensa en su virginidad, y entre la dignidad de ser Madre de Dios y el sacrificio de su virginidad no duda — prefiere la gracia que la santifica, a la gracia que la ensalza y sublima — ¡qué maravilla! — Detente a contemplar en silencio este amor de María a su virginidad... y deja al corazón que se expande en afectos de admiración a tu Madre. — Recuerda su voto hecho a los tres años..., la fidelidad con que siempre le guardó y la prueba a que ahora la somete Dios... y cómo la Virgen prudente, humilde y castísima, triunfa de todo, sacando siempre victoriosa su virginidad. — Con razón Dios, se enamora de María aún más, viéndola tan pura y tan virgen... y lo que Ella cree ser un obstáculo,

es precisamente lo que más arrastra a Dios para elegirla como Madre. — Por ser virgen, por eso es la Madre de Dios.

3.º *La Encarnación por la virginidad.* — Penetra en tan sublime pensamiento y contempla a Dios trazando los planes de la obra grandiosa de la Encarnación a base de la virginidad. — La Redención del hombre tenía dos dificultades insuperables, como ya hemos dicho en otra parte..., recuerda lo que entonces meditabas que *humanamente* no era posible la Redención, porque toda la humanidad no podía satisfacer por el pecado..., era necesario que lo hiciera Dios, pero Dios tampoco podía hacerlo, pues Dios no puede sacrificarse, inmolarsse, padecer, ni morir por el hombre; *divinamente* tampoco era posible. — Pero Dios busca la solución. — Hacerse hombre y así tener ya un cuerpo para sufrir y morir. — Mas este cuerpo, no podía formarse como los demás, porque nacería manchado como todos nacen; sería un cuerpo concebido en pecado y a este cuerpo no se podía unir el Hijo de Dios. — La solución de este conflicto es *María Inmaculada*, sin mancha en su concepción y *María Virgen*, siendo Madre sin detrimento de su virginidad. — Así, Jesús virgen, santo y puro como Dios, también lo será como hombre: porque su Madre también será santa, pura y virgen. — La Encarnación por la Virginitad. — ¡Qué hermosura y qué belleza la de esta virtud!

4.º *Preferencias de Cristo.* — El Señor tuvo un amor tan grande de preferencia a la virginidad, que la dedicó una de sus Bienaventuranzas..., tuvo un discípulo amado y fue... el que era virgen; a él le confió el tesoro de su Madre en la Cruz, como único digno por su virginidad de guardar a la Virgen de las vírgenes. — Se quedó en la Eucaristía y dio a los sacerdotes potestad sobre su Cuerpo y Sangre, pero prefirió que su sacerdocio fuera virgen — eligió almas predilectas para Esposas suyas y éstas son... las vírgenes — en fin, reservó un premio especial que consistiera en acompañar al Cordero a donde quiera que fuera, y en cantar un cántico nuevo que nadie sino ellas podrían cantar, y éstas son... las almas vírgenes

5.º *Tu virginidad.* — Piensa mucho en la gracia tan inmensa que Dios concede a las almas que llama al estado de virginidad. — Si tú eres una de ellas, péntrate bien de ella y procura ser muy agradecida. — Demuestra este agradecimiento en obras, principalmente cuidando, ante todo, de la modestia interior y exterior que necesariamente ha de acompañarla, y esto llevarlo hasta la exageración, en miradas, curiosidades, posturas, vestidos, etc... Segundo, fomentando en ti la humildad, base de la castidad... Muchos por su soberbia han caído después en pecados impuros. — Del mismo modo fomentarás la mortificación y penitencia, que son esenciales en esta virtud... Con tal de conservarla intacta y lozana, todo sacrificio ha de parecerse nada. — En tercer lugar, pide mucho a la Virgen que la imites,

en especial en su amor a la castidad virginal... y, en fin, que te ayude para trabajar con Ella por contribuir a establecer y dilatar en la medida de tus fuerzas por todo el mundo, el Reinado sublime de la pureza.

MEDITACIÓN 25

LA ANUNCIACIÓN. — LA ESCLAVA DEL SEÑOR

1.º *Respuesta de María.* — Representate la escena y asiste a ella en espíritu todo lo más cerca posible..., el Ángel ha terminado ya su embajada; ha cumplido su misión y guarda silencio..., espera la respuesta de María. — Mira al universo todo... al mismo Dios, en este momento solemnísimo..., ¡qué espectáculo más emocionante! — Acércate a María y suplícala que no retarde la respuesta..., dila que todos los hijos, infelices hijos de Eva, que hemos nacido esclavos del pecado, esperamos su palabra de redención y de gracia..., que el mundo todo y el mismo Cielo, están en suspenso esperando su respuesta. — Y, efectivamente, el silencio se rompe... María va a hablar..., el Ángel tiembla de emoción... María se ha postrado en tierra, y del fondo de su alma han brotado estas sencillas y sublimes palabras: «He aquí la esclava del Señor»...

Ahora es el Ángel el que se turba; con todo su entendimiento angélico, no acierta a comprender tanta humildad, tanta santidad. — La Reina de todas las Reinas, la Señora del Cielo y de la tierra, la bendita entre todas las mujeres..., es una esclava..., y Ella lo reconoce, lo cree así, no se avergüenza, no lo oculta. — Ella misma, a la faz de todo el mundo lo proclama, y parece tener gran empeño en que sepamos que con toda su grandeza es siempre la esclava del Señor. — Entra en el Corazón del mismo Dios, ¿qué sentiría Dios al ver esta conducta, al escuchar estas palabras?...

Si a los humildes y pobres de espíritu llena de sus bienes, ¿qué haría con aquella su esclavita?... Con qué gusto la diría: ¿Tú te haces esclava? Yo te hago Reina... y mandarí a todos los ángeles del Cielo que la adorasen en aquel mismo instante como a tal. — Haz tú lo mismo y adora tanta grandeza en tan profunda humildad.

2.º *Esclavitud verdadera.* — Mas no te detengas en esta esclavitud de palabras. — Tú también has dicho a Dios palabras de ofrecimiento, de entrega, de esclavitud a Él, pero, luego... ¿cómo las has cumplido? — Mas en María no es así..., dice lo que siente y obra como dice..., por eso añade «hágase en mí según tu palabra».

Medita mucho y saborea toda la significación de esta palabra *hágase* que es la fórmula de la verdadera esclavitud. — Soy esclava y por eso no tengo nada, ni puedo querer nada, fuera de Dios. — Todo ha de venir del Señor, nada de la esclava. — Por tanto, esa palabra supone una renuncia total, completa, perfecta, absoluta de su ser... Ni voluntad, ni

libertad, ni querer nada, sino sólo lo que Dios quiera y disponga... ¡Qué esclavitud!

Pero aún más, esa esclavitud no se ha de detener ni aún ante el sacrificio por muy grande y doloroso que sea. — María, en este paso, obra conscientemente, esto es, dándose perfecta cuenta del paso que va a dar..., obra sin precipitación..., piensa, discurre, objeta al ángel, pone sus razones y sus soluciones, etc..., luego señal clara de que obra con todo conocimiento de causa; por tanto, conoce ya desde ahora todo lo que ha de sufrir, si ha de ser Madre de Dios..., sabe que la aguardan tormentos que la harán la reina de los mártires..., que será un verdadero mar de amarguras, y, no obstante..., sabe que es esa la voluntad de Dios y le basta. — Hasta que conoce claramente lo que Dios quiere, pone reparos, pero cuando ya sabe el deseo de Dios, no tiene más que una palabra: *Hágase*. — Recuerda las palabras de Cristo en su Pasión, también dice «hágase tu voluntad y no la mía». ¿No es lo mismo que el «hágase» de la Virgen?... ¡Qué coincidencia entre el Hijo y la Madre! — Esta es la esclavitud, esta es la santidad, esta es la única solución que puedes encontrar a tu amor propio. — ¿Eres tú así? — ¿También tienes tú el *hágase* práctico, sobre todo cuando el amor propio se rebela? Pide a María que la imites en el cumplimiento de esta palabra.

MEDITACIÓN 26

LA ANUNCIACIÓN. — LA MADRE DE DIOS

1.º *El «Fiat» omnipotente*. — Pero este «*hágase*» de la esclavitud de María es también la expresión práctica de su omnipotencia. — Apenas pronunciado, el Espíritu Santo, como lo dijo el Ángel, la cobijó con su sombra protectora y llevó a cabo la obra de la Encarnación; en aquel momento se efectuó lo de «*el Verbo se hizo carne*» y comenzó a habitar entre nosotros. — ¡Oh palabra de poder inmenso! — La pronuncia la omnipotencia de Dios, y brotan de la nada los mundos. — La dice María en el abismo de su humildad y aún obra más maravillas que el Creador. — Aquel *fiat* saca de la nada las cosas. — Este *fiat* saca al mismo Dios de su Cielo..., de su eternidad..., para que, sin dejar de ser Dios, comience a ser hombre. — Contempla a la Santísima Virgen y mira al Espíritu Santo cómo organiza en la inmaculada sangre de María el cuerpo de Jesucristo, para que ese cuerpo y esa sangre que toma de la Virgen, fuera la materia del sacrificio que para redimir al mundo ofreciera más tarde en la Cruz. — Adora tan augusto misterio, da las gracias a Jesús y a María por él.

2.º *La divina maternidad*. — Y María, en este instante, queda convertida en verdadera Madre de Dios. — Dignidad altísima y maravillosa. — Es infinita, porque infinita es la dignidad de su Hijo. Es un parentesco real y físico con el Hijo de Dios. — Desde este momento,

Dios está en María, no en imagen, no con su gracia, sino con su persona misma divina; hay entre Dios y María una verdadera identidad en cuanto que la carne y sangre de su Hijo, son carne y sangre de María. — Es la unión más íntima y sublime que puede darse entre una criatura y Dios. — Por ella María, al ser Madre de Dios, adquiere la más alta autoridad..., la autoridad de mandar a su Hijo..., adquiere el más alto privilegio..., el de un derecho especial al amor de su Hijo... y a recibir de El todos los bienes de gracia y de gloria con el poder de comunicarlo a los demás.

En esta maternidad divina se funda la verdad de que Ella es nuestra Mediadora — y una Mediadora omnipotente — porque participa por gracia de la omnipotencia que Dios tiene por naturaleza y, además, es por esta maternidad la dispensadora de todas las gracias, ya que se ve claramente que Dios no quiere comunicarse a los hombres directamente, sino por medio de María, como lo hizo en la Encarnación. — Magnífica, sublime y divina esta maternidad; nunca llegaremos a sondear toda su profunda y altísima magnificencia. — Dios puede crear más mundos, más ángeles, otros seres infinitamente más perfectos, pero no puede hacer una Madre mayor que la Madre de Dios.

3.° *La vida de la Madre de Dios.* — Era una vida en este tiempo de íntima unión con Dios — según el cuerpo y según el alma. — La vida íntima de Madre e Hijo. — Una sola vida. — Un mismo latido en ambos corazones. — Qué recogimiento tan intenso y tan profundo para reconcentrar toda su vida en su Hijo. — Todo lo que hacía era con Él y por Él; veía con los ojos de su Hijo; amaba con su corazón; sus gustos eran los de El. — De ahí que fuera una vida de los más íntimos, puros y perfectos sentimientos de amor y gozo hacia Dios a quien encerraba en su seno. — Si el Cielo consiste en la posesión de Dios, María ya gozaba entonces de esta posesión aún más íntima..., aún más perfecta que la de todos los ángeles y bienaventurados en la gloria. — Era, pues, una vida toda divina, toda gloriosa, toda santificadora por la unión con su Hijo.

4.° *La Madre de Dios es mi Madre.* — Pero también tenía unión conmigo. — Dios quiso que su Madre fuera también mi Madre y me amó ya desde entonces como tal. — Ella deseaba entonces ardientemente que su Hijo ya naciera y redimiera al mundo pensando en mí. — Ella quería ya entonces, lo mismo que ahora, tenerme a mí como a verdadero hijo — como a su Jesús — que yo me uniera con Ella, como estaba Jesús, para que yo como Jesús... participara de aquella vida. — Qué dicha la mía — tener una Madre que ha merecido ser la Madre de Dios! — Por Ella adquirimos un parentesco con Jesús. — Jesús y yo somos hermanos. — Piensa mucho en esto y. agradece estas maravillas de amor a la Madre y al Hijo.

Imita a María en esta maternidad divina uniéndote íntimamente como

Ella a Jesús. — Haz práctica esta unión, uniéndote antes con la Santísima Virgen para vivir completamente esta vida. — Procura que tu alma sea hija verdadera, de palabra y de hecho de tan gran Madre.

MEDITACIÓN 27

LA ANUNCIACIÓN. — LA ESCLAVITUD MARIANA

1.º *Concepto de esclavitud.* — Debo penetrar bien en el significado estricto de esta palabra. — El esclavo es un ser que depende de otro de tal modo, que todo lo que es y todo lo que tiene no le pertenece a él, sino al dueño que le posee. — No dispone de nada ni de nadie, ni de sí mismo. — Carece de libertad..., no puede hacer sino lo que el amo le ordena. — Carece de voluntad..., no puede querer o no querer, sino acomodando sus deseos a los de su señor. — Carece de personalidad... más que persona es una cosa... El amo puede hacer de él lo que le plazca..., venderle a otro dueño..., regalarle..., castigarle aun sin razón... matarle aunque sea por capricho..., nadie podrá pedirle cuentas de lo que ha hecho el señor con él..., es su esclavo, puede hacer de él lo que se le antoje.

Esta esclavitud hecha de un hombre a otro hombre es brutal, indigna, degradante, prohibida por Dios, abolida por Cristo... Pero si se hace a Dios y el hombre se esclaviza voluntariamente a Él, es lo más grande, lo más digno y hermoso que se puede dar. — Es la práctica perfecta de la más profunda humildad cuya fórmula es esta: «Todo es de Dios, nada mío»; luego «todo para Dios, nada para mí». — Y así mi cuerpo con sus sentidos, mi alma con sus potencias — todos los actos y movimientos de mi ser, sensaciones, pensamientos, afectos, amores... si hablo, si callo, si río, si sufro, si ando, si duermo, si oro, si como... todo por Dios y para Dios — ¡sublime esclavitud! — es la más alta santidad. — Cuanto más viva yo y obre yo independiente de Dios, más faltas y más imperfecciones habrá en mí. — Cuanto más viva Dios en mí y obre Él conmigo, más perfección tendré.

2.º *Esclavitud de amor.* — La razón de todo esto es que, esta esclavitud no es forzada sino voluntaria y amorosa. Dulce tirano es el amor, pero es tirano que esclaviza. — Por eso si es desordenado, la esclavitud será a las criaturas y ésta es la primera esclavitud, pero... si es ordenado y dirigido a Dios, es la segunda que nos santifica y diviniza. — Nadie más esclavo del amor, que Cristo. — ¡Qué tirano tan divino fue para El el amor! — ¡Qué de cosas y de sacrificios le obligó a hacer! — ¡Qué locuras tan sublimes no está haciendo ahora mismo por los hombres..., por mí! El amor esencialmente es unión e imitación. — Si amo a Jesús, he de imitarle en esta esclavitud de amor. — El se dio por ella todo a mí. — Yo tengo que darle *todo* a El... si no, no amo de veras... Mas ¿cómo hacer esto prácticamente?

3.º *Por María, con María, en María, para María.* — He aquí la solu-

ción fácil, hermosa, divina. — Nada más fácil que amar a una madre. ¡Qué será amar a tal Madre! — Pero ¿qué hijo ama más a su madre..., el hijo mayor que deja la casa paterna para vivir ya libremente a su antojo, o el hijo chiquitín que depende en todo de su madre? De ella se alimenta, de ella aprende las primeras palabras..., habla y piensa lo que ella le enseña..., de su mano da los primeros pasos..., para ella son sus sonrisas y caricias infantiles y todos sus sentires y amores..., a ella corre instintivamente en cualquier peligro, ¿no es esta una esclavitud? — He aquí mi esclavitud con María. — Tengo que vivir como hijo suyo, dependiendo en todo de Ella, de suerte que mi intención sea siempre la suya (por María)..., los medios que emplee en todos mis actos serán los suyos siempre (con María)..., me he de esconder en su corazón para vivir con esa presencia suya como si realmente viviera (en María)... y, en fin, viviendo de este modo, todo lo dirigiré de tal suerte que redunde no en gloria mía, ni en provecho mío, sino únicamente para su gloria y su servicio (para María).

4.º *El divino molde.* — Quiere esto decir que me he de anegar y perder en Ella, como una gota en el océano o como la masa en el molde. — María es el molde de Dios. — Él quiere hacernos semejantes a Jesús y para eso nos da el molde. — Basta vaciarnos en él y seremos perfectas imágenes de Cristo, al ser semejantes a María. — Piensa bien lo que significa «vaciar» de ti, para llenarte de María y piensa que hasta que no lo hagas, ni eres esclavo ni amas de veras a María.

En fin, piensa en el premio. — Parecerte a tu Madre ¿te parece esto poco? — Enamorar como Ella a Dios. — Por ser esclava, fue Reina y Madre de Dios, así será contigo. — Dios no se deja ganar en generosidad, por eso no podemos concebir qué premio dará al que se da todo y tan perfectamente a El, en la santa esclavitud. — Pero no pienses siquiera en el premio. — Renuncia a él. — No quieras más premio que amar íntimamente a Jesús y a María y acertar a parecerte a ambos.

Empieza y continúa sin desalientos la práctica de esta esclavitud. — Pide mucho la ayuda de María. — Examínate diariamente y pregúntate con frecuencia si realmente te vas vaciando de ti mismo. Acuérdate de María en las ocasiones del amor propio. — Lleva examen particular sobre esto. — Renueva la presencia de imitación al dar la hora. — Nunca más pensar en si te gusta o no, esto o lo otro, sino *únicamente* si lo quiere o no tu Madre querida.

MEDITACIÓN 28

LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA. — SU FIESTA

Todo lo que tiene este misterio de la Santísima Virgen, de incomparable y grandioso, se lleva a cabo por medio de la embajada de un ángel, será

pues, muy provechoso comparar esta embajada con las que el Señor tan frecuentemente a nosotros nos envía.

1.º *La Embajada.* — Dios envía al ángel en forma visible para anunciar a la Santísima Virgen su elevación a la dignidad de Madre de Dios. — A lo que parece, el ángel apareció en forma humana, como un joven hermoso y rodeado de resplandores celestiales. — Así convenía para el fin tan excelso a que iba destinado..., a tratar del asunto más grande que jamás se ventiló entre el Cielo y la tierra, entre Dios y los hombres.

También Dios quiere muchas veces tratar con nosotros algo relacionado con su gloria y con el bien de nuestras almas, y lo trata por medio de sus ángeles aunque en forma invisible. — ¡Cuántas veces será nuestro fiel Ángel de la Guarda, el que en nombre de Dios nos inspira algo que no hacemos caso! — ¡Si le viéramos visiblemente no obraríamos así! — ¿Por qué no verle con la fe?...

Con ojos de fe también vemos a esos otros que en representación de Dios también nos hablan, Superiores..., Directores espirituales..., predicadores..., las buenas lecturas y los buenos ejemplos..., las mismas humillaciones y tribulaciones..., todo eso ¿qué otra cosa es para ti sino como embajadas que el Señor te envía para comunicar contigo?... ¿Cómo las recibes? — Examina y medita el recibimiento de María al Ángel y compáralo con tu conducta.

2.º *El saludo del Ángel.* — En el mismo saludo del Ángel considera no sólo las alabanzas que dirige a María, sino las verdades tan gloriosas y magníficas que la recuerda. — La dice que es *llena de gracia* y que *Dios está con Ella* y, en fin, que es *bendita entre todas las mujeres.* — Mira cómo de este modo quiere el ángel prepararla a que correspondiendo a esos favores del Señor, dé su consentimiento a su embajada y no ponga obstáculos al plan de Dios. — Así nos habla también a nosotros el Señor. — Muchas veces y de muchas maneras, especialmente con sus luces interiores, nos habla al corazón y nos hace sentir las gracias que de El hemos recibido..., la obligación que tenemos de corresponder a ellas, y trabajar con ellas, y nos alienta con la esperanza de los frutos riquísimos de gracias y de gloria que con esta correspondencia podemos conseguir.

Mas, nosotros ¿qué hacemos? ¿Cómo recibimos estas inspiraciones del Cielo? Y si alguna vez conseguimos enfervorizamos y trabajar con más entusiasmo en nuestra santificación, ¿no es verdad que otras muchas no hacemos nada, perdemos el tiempo porque prácticamente desperdiciamos esas ilustraciones y llamamientos del Señor?

3.º *Cómo lo recibe María.* — Mira cómo la Santísima Virgen así preparada por el ángel recibe claramente el mensaje de Dios en su parte más principal: «Serás la Madre de Dios porque darás a luz al

Santo de los Santos». — María escucha y lejos de correr llena de vanidad a dar su consentimiento, con gran prudencia y humildad, examina esas palabras y mira a ver cómo pueden estar conformes con la voluntad del Señor manifestada antes en el voto de su virginidad.

Aprende esa prudencia de la Santísima Virgen. — Mira qué fácilmente creemos que es un ángel y que es cosa de Dios, cuando se nos ofrecen cosas que redundan en provecho nuestro, o en nuestra gloria, y en seguida nos lanzamos tras de lo que nos agrada..., y quizá no sea el ángel de la luz, sino el de las tinieblas..., a lo mejor no es una inspiración, sino una tentación. Examina, medita y consulta, para que así aciertes en todo y sepas imitar esta prudencia de la Santísima Virgen.

4.º *El consentimiento.* — Contempla ahora a María dando su consentimiento, una vez convencida de que es cosa de Dios. — Fíjate bien cómo obra el Señor. — Él pudo hacer todo esto sin contar con la voluntad de la Santísima Virgen y, sin embargo, no quiere forzar su libertad. — De este modo obra con nosotros. — Dios no quiere corazones forzados, ni amores a la fuerza. — Quiere almas que libre, voluntaria y generosamente se entreguen a Él. — Para crearte, no contó contigo, pero, en cambio, para salvarte y santificarte, es necesario que tú des voluntariamente tu consentimiento. — No te hará santo violentamente y contra tu voluntad. — Él te dará su gracia y su ayuda, pero... en ti está el santificarte con ella o el desperdiciarla y abandonarla.

Por tanto, de ti y *sólo* de ti (convéncete de ello) depende el que te santifiques o no. — ¿No te basta este pensamiento para una meditación muy provechosa, especialmente al compararte con María, que ahora y siempre dio su libre y generoso consentimiento a la obra de Dios?

Valor y generosidad. — Nunca, pues, vacilar ante las inspiraciones y embajadas que el Señor nos envía. — No detenernos ante la voz de Dios, sino para examinarla con prudencia y para no confundirla con las asechanzas del enemigo, pero... jamás detenerse por flojedad y cobardía, por amor propio y soberbia..., por miedo a la humillación y al sacrificio. — María no atiende tanto a la corona de oro que la ofrece el ángel, como a la corona de espinas. — Sabe que el ser Madre de Dios significa tener su corazón siempre atravesado con una espada de dolor... y valiente y decidida la acepta «hágase en mí según tu palabra». Pues bien, si quieres que tu alma sea de veras hija de Dios y esposa de Cristo y si aspiras a la corona del Cielo, has de amar ahora el sacrificio, la mortificación, la crucifixión de la carne y de tus pasiones. — Ante el ejemplo de María, Reina de los Mártires, no dudes en ser tú también mártir de amor..., acepta y abraza con generosidad ese sacrificio por María y con María.

MEDITACIÓN 29

LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Es el testimonio que da Dios para confirmar la concepción milagrosa de María, por eso es un misterio grandioso en la vida de la Santísima Virgen y muy consolador para sus hijos y devotos.

1.º *El Misterio.* — Acabado el misterio de la Encarnación, tiene lugar inmediatamente el de la Visitación, porque tienen una íntima unión entre sí. — Parece que en la Anunciación es el Cielo el que por medio del ángel, saluda a María con el más hermoso y bello saludo, y reconoce en Ella a la Madre de Dios y a la Reina de los Cielos. — El Señor no quiere que la tierra permanezca indiferente ante este hecho, y prepara un saludo y un testimonio de María en la tierra. — El arcángel habló en nombre del Cielo... Santa Isabel en nombre de la tierra. — Sus palabras y sus sentimientos y sus alabanzas son algo nuestro, allí estábamos en ella representados nosotros para felicitar a María.

Alégrate de esta disposición del Señor, que ya quiso que nosotros entonces por medio de Santa Isabel, nos asociáramos al júbilo que Cielos y tierra sintieron ante la Encarnación del Verbo y la Maternidad divina de María. — Imagínate, pues, que eres tú mismo el que hablas y repites con todo entusiasmo y fervor las alabanzas de su prima a la Santísima Virgen.

2.º *La Visitación en María.* — Fue un acto de cortesía y de delicadeza. — Comprendía la Virgen la felicidad que tendría Santa Isabel cuando, después de tantos años de esterilidad, pues ya era de edad avanzada, Dios la había concedido la gracia de tener un hijo. — ¡Qué alegría no habría en aquella casa! — ¡Qué contento tan grande el de Isabel cuando así vio que Dios oía la oración constante que con este fin siempre le hacía! — La Virgen lo sabe, y no duda en ir a participar de esta alegría y más aún en aumentarla, corriendo a darla personalmente su enhorabuena.

Nunca la cortesía, la urbanidad y menos aún la delicadeza están reñidas con la santidad. — Nada de exageraciones ridículas y falsos cumplimientos del mundo..., pero tampoco nada de groserías y conductas egoístas que no nos permitan hacer lo que debemos con los demás. — Piensa en este ejemplo tan delicado y tan cortés de la Santísima Virgen, y te convencerás cómo la urbanidad y educación bien entendidas y bien practicadas, son una gran parte de la santidad, y a veces se confunden con ella. Medítalo bien y examina tu modo de proceder ante este modelo de la Santísima Virgen, en un punto tan práctico y tan frecuente...

3.º *Fue un acto de obediencia.* — No es sólo la cortesía, ni mucho menos, el deseo de cerciorarse de la verdad de las palabras del ángel, pues María no dudó ni vaciló en su fe. — Tampoco va a ver a

su prima para comunicarla el misterio que en Ella se ha efectuado y que la ha elevado a la dignidad de Madre del Mesías. — Muy al contrario, lo oculta y esconde aún al mismo San José, a quien no dice ni una palabra del secreto que existe entre Dios y Ella.

María, pues, va a casa de Isabel por obediencia... es un impulso interior, una inspiración del Señor que a ello la incita, y no duda..., sino que inmediatamente sigue esa inspiración. — Era aún muy niña..., el camino largo y penoso..., su estado muy delicado y... no obstante, Dios lo quiere y en seguida lo ejecuta. — Dice el Evangelio: «levantándose corrió presurosa»... ¡Qué amor tan grande a la obediencia!... ¡Qué confianza en ella! — No sabía la Santísima Virgen cuál era el fin que Dios pretendía con esa visita... ignoraba todo lo que había de pasar en aquella casa y... sin embargo, ni lo pregunta ni la inquieta..., lo único que la interesa es abandonarse al Señor y obedecer ciega y prontamente. — Ya sabe Dios dónde la guía y la conduce.

4.º *Pero sobre todo fue un acto de caridad.* — Es la única vez que dice el Evangelio que María «corrió con apresuramiento». — Parece que no está conforme esta prisa con la calma y tranquilidad de su carácter... ¿Por qué será, pues?... Únicamente por el fuego de la caridad. — Tiene en su seno virginal al Verbo que es Dios, que es caridad... y este fuego la abrasa y la hace correr hacia donde la caridad la llama. — San Pablo decía «que la caridad de Cristo le urgía» y le espoleaba y así no se daba punto de reposo..., y quería recorrer el mundo entero para llevar a todas partes la llama de su caridad... Pues ¿cómo sería la caridad de María? — ¡Que deseo el suyo de que Jesús cuanto antes comunicase su gracia y empezara su obra santificadora en las almas! — Y así corre y vuela con gran prisa para dar un desahogo a esa caridad divina que la abrasa...

Ahora piensa, y compara tus visitas con esta de la Santísima Virgen. — ¿Son siempre de delicada cortesía, por obediencia o inspiración de Dios, y sobre todo con espíritu de caridad, procurando hacer con ellas un bien al prójimo?... ¡Cuántas visitas de pasatiempo en las que se pierde el tiempo o se mezcla la crítica..., la murmuración..., el falso disimulo que nos hace decir lo que no sentimos!... ¡Cuánta hipocresía en todas estas visitas hechas con espíritu de mundo!

Examina bien tus conversaciones en ellas, y los motivos de las mismas, y promete a María edificar a tu prójimo, desterrando de tu boca palabras que ofendan a los demás, y teniendo siempre presente la ley de la caridad practicada tan hermosamente por la Santísima Virgen.

MEDITACIÓN 30

VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SANTA ISABEL

Tres meses estuvo el Arca de la Alianza en casa de Obededón y Dios

bendijo a aquella casa derramando sobre ella gracias y prodigios inmensos. ¿Qué extraño, por consiguiente, que en la casa de Zacarías donde estuvo otros tres meses el Arca divina llena del maná del Cielo, la colmara el Señor de bendiciones?... Veamos cómo así fue con Santa Isabel y San Juan.

1.º *La Visitación en Santa Isabel.* — Qué dulce es pensar que por medio de la Santísima Virgen quiso Jesús llevar a cabo la primera santificación de las almas como lo hizo con Santa Isabel y su hijo! — Comprende, pues, de una vez, que la santificación de tu alma tampoco la llevará a cabo el Señor, sino en la medida que tú te entregues a María.

Considera después el recibimiento que haría Santa Isabel a su prima. ¡Qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Qué satisfacción! — Nunca había sentido nada semejante. — Imagínate cómo la agasajaría y qué de cosas inventaría para hacer a la Virgen agradable su estancia en aquella casa. — ¿Qué hubieras hecho en semejante ocasión? — ¿No te da una santa envidia esta mujer que tiene la suerte de ser la primera en ofrecer sus obsequios a María? ¿No será mejor imitarla? — También la Virgen quiere visitar tu corazón, morar en tu alma... ¿Te acuerdas de agasajarla?... ¿o la dejas sola sin pensar que la tienes dentro de ti?... Cuando así obras, bien comprendes que cometes una grosería incalificable. — Atiende a María..., acompaña a María..., sirve a María. — ¡Estar al servicio de María! ¡Ser útil a la Santísima Virgen! — Piensa bien lo que esto significa y verás qué pensamiento más dulce y más práctico.

2.º *Fue llena del Espíritu Santo* — Apenas María saludó a Santa Isabel cuando ésta quedó llena del Espíritu Santo — ¡Oh palabras fecundas de María!... ¡qué eficaces son, pues sólo un simple saludo suyo ya sirve para llenar de gracia y santidad a aquella alma! — Como las flores derraman por todas partes su aroma, así María derrama y comunica a quien a Ella se acerca, la gracia y hermosura de que está repleta.

Pídela que guarde para ti alguna de esas palabras tuyas que te santifiquen..., que no las emplee todas con otras almas, aunque las merezcan y aprovechen mejor que tú..., que precisamente por tu gran miseria, necesitas más que otras de Ella, y que confías no te dejará.

Piensa además cómo han de ser las palabras que salgan de tu boca..., palabras de edificación y santificación para el prójimo..., nunca palabras ociosas..., inútiles..., perjudiciales, que desedifiquen o contribuyan a hacer pecar o faltar en algo a los demás.

3.º *Alabanzas de Santa Isabel.* — Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, lo primero que hizo fue conocer la concepción divina de María por la que era Madre de Dios, y prorrumpió en alabanzas hacia Ella. «Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre».

Mira cómo la grandeza de María se conoce *únicamente* con la luz del Cielo..., *únicamente* con la oración..., *únicamente* pidiéndoselo mucho al Señor llegaremos a saber algo de lo que es María. — Sin esa luz sólo podemos rastrear un poquito su hermosura y santidad casi infinita.

Medita, además, el misterio de esa exclamación de Santa Isabel al ver así a su prima tan grande y tan excelsa. — Qué vería en ella cuando dice el Evangelio, que no se pudo contener, y exclamó en voz alta, como quien da un grito de sorpresa y de gozo que no es posible reprimir.

Fíjate que las palabras que pronuncia son las mismas del ángel: «Bendita entre todas las mujeres», y admira esta coincidencia de bendecir y alabar sobre todas las criaturas a la Reina de Cielos y tierra..., ¡admirables los juicios de Dios cuando así dispone las cosas!... ¡Qué pasaría en el corazón de María al verse descubierta en su divina Maternidad por su prima, y al escuchar las mismas palabras del ángel, en su boca? — ¡Los ángeles y los hombres..., la tierra y el Cielo, todos unidos en una misma alabanza! Y es que el autor era el mismo..., el que inspiró al ángel y a Santa Isabel, fue el Espíritu Santo, Esposo enamorado de María, que así se vale de todas las criaturas para sublimarla y enaltecerla...

4.º *Su humildad.* — Las otras palabras encierran un afecto de profunda y muy simpática humildad. — «¿De dónde a mí, dice, que la Madre de mi Dios venga a visitarme?» Santa Isabel estaba unida a María con lazos de parentesco, era mayor que Ella y además, era muy santa y, no obstante..., reconoce que no tiene méritos para recibir una visita de la Santísima Virgen... Y tú ¿la merecerás?... ¿Tienes alguna razón para pedir a María que no te deje y te acompañe y te visite?... Sí, tienes una razón muy poderosa y es la apuntada antes..., el ser tan pequeño..., tan ruin..., tan miserable, debe darte motivos para confiar más y más en María, pues como Madre cariñosa, cuidará con más esmero de los hijos débiles, raquíticos, enfermizos, y será mayor su gloria, si logra darles la vida que necesiten.

Cuál será la gloria de María si logra, a pesar de tus faltas, ingraticudes y miserias, hacer de ti un alma santa. — Confía, pues, en Ella y pídelo que lo haga así. — Finalmente, profetiza Santa Isabel que será bienaventurada porque ha creído las palabras del Señor. — Eva no creyó al Señor y nos llevó a la ruina... María creyó y con esta fe se realizó la Encarnación y la Redención nuestra.

Da gracias a la Virgen por esta fe suya que nos ha salvado y pide imitarla en este mismo espíritu de fe sencilla, para seguir sus palabras y creer siempre en sus inspiraciones, pues esa fe es la humildad y desconfianza de sí mismo... y a la vez la obediencia y entrega a la voluntad del Señor con la que hemos de reparar la desobediencia de Eva

y conseguir participar de los frutos de la obediencia de María..

MEDITACIÓN 31

LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SAN JUAN

Si fueron admirables los efectos causados en Santa Isabel con la visita de su prima, e inmensos los dones y gracias que por Ella recibió, no lo fueron menos los que llegaron hasta el hijo de sus entrañas. — Por eso hoy hemos de meditar en la Visitación de María considerada en San Juan.

1.º *Sus efectos.* — El primer efecto en el niño Precursor al sentir dentro del seno de su madre la presencia de la Virgen, fue de una íntima alegría, hasta el punto de manifestarla de modo prodigioso, mediante aquellos saltos que la madre sintió que el niño daba lleno de alegría y gozo extraordinarios. — El espíritu de Dios es paz, alegría y gozo del corazón. — Podrás sufrir y tener disgustos y sufrimientos muy penosos y dolorosos quizá..., pero con Jesús..., en presencia suya y de tu Madre querida... todo se endulzará. — No busques felicidad y alegría fuera de Jesús, ni aun en este mundo la podrás encontrar en otra parte.

Además, este gozo del niño al oír la voz de María y al sentir cerca a Jesús, significa la alegría del despertar del mundo a la venida del Redentor. — La noche es siempre triste..., el despertar de la naturaleza es alegría, vida y poesía inefable. — Contempla una vez más al mundo sumido en la noche eterna del pecado..., pero míralo despertar..., ya pasó la noche..., ya viene el día, y el dulce despertar de tan horrible sueño, causa a la humanidad, felicidad y alegría inmensa — Eso significa San Juan dando aquellos saltos de gozo — Son los primeros saltos de una dicha que será eterna, para todos los hombres que quieran aprovecharse de la venida de Jesús.

Piensa en un encarcelado que está en triste y oscuro calabozo, cargado de cadenas y condenado a muerte... ¿cómo recibirá el amanecer del día de su libertad, en el que se romperán sus cadenas y vivirá vida de luz y alegría?... Así sintió San Juan como representante de la humanidad, el gozo de todos los hombres que por Cristo habían de ir a la vida del Cielo...

2.º *Santificación de San Juan.* — Este es el fin principal de este misterio. — Dios quería santificar a su Precursor y como Jesús no podía ir por sí mismo, va en el seno purísimo de María. — Advierte detalles importantísimos en esta misteriosa santificación. — San Juan ha de preceder a Jesús, pero ha de ser por el camino de la santificación. — Sólo en ese camino le pueden encontrar las almas. — Únicamente cuando trabajas en ese sentido, podrás decir que vas con Jesús.

Una vez más medita la prontitud y celeridad que hay que darse para servir a Dios. — Nada de dilaciones..., ni de dejar las cosas para más adelante..., todo eso es tibieza y frialdad. — A Dios sólo se le sirve aprisa y sólo se puede ir por su camino de santidad, avanzando siempre y siempre corriendo. — Fuera el detenerse y pararse, ni mucho menos dar pasos hacia atrás. — ¿Ves el ejemplo de santificación en San Juan? — ¡Qué prisa se da Jesús para ellos... ¡Aún no ha nacido y ya quiere que sea un santo! — Ah, ¡qué dicha! — ¡Si nosotros hubiéramos podido decir otro tanto! Pero ya que no se nos concedió esta gracia de nacer santificados, ¿no es éste un motivo más para no perder el tiempo que para ello se nos concede?

El tema de la predicación del Bautista sería aquel magnífico: «He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo»; ¿cómo pronunciaría estas palabras aquél que fue el primero en sentir la verdad de las mismas, pues ya en el seno de su madre le había perdonado su pecado y le había santificado? — «Yo no soy digno de desatar la correa de su zapato», diría también más tarde, esto es, yo no soy nada ante Él, pues todo lo que soy, lo soy no por mí mismo, sino únicamente por El. — Aplícate esto y te convencerás de ello... Fuera de El no eres más que podredumbre y miseria... Sin El nada habría agradable en tu alma... Todo lo que somos es por El... Si hay algo bueno, algo digno y grande en nosotros, es únicamente por Él. — El Precursor es el primer experimento victorioso que de su poder y bondad hace Jesús. — Luego repetirá esto en todas las demás almas...

3.º *Todo por María.* — Pero repite una y mil veces y penetra todo el sentido de estas palabras. — Todo esto se hizo en el Precursor y se hace en las almas *por María.* — Aquí aparece por primera vez como el instrumento de las maravillas de Dios..., ejerciendo su altísima función de Mediadora de las gracias. — El primer rescate del alma de San Juan, se verifica con María y por María. — Al sonido de su palabra, en el momento mismo de hablar a su prima, ni antes ni después, se efectúa esta primera liberación de San Juan del poder del demonio. — Parece que sus palabras fueron como una sentencia de perdón... y de victoria sobre Lucifer. — Pudo el Señor haber llevado esta santificación de un modo más oculto y silencioso, pero quiso revelar el poder y oficio de su Hijo, que venía a salvar al mundo, y a la vez revelar a María como mediadora de esa gracia de santificación y salvación.

Jesús, pues, será siempre el manantial, pero María el canal por donde corra ese agua de gracia hasta llegar a nosotros. — Por tanto, San Juan Bautista fue el primer hijo de María por la gracia. — A imitación suya lo queremos y debemos ser nosotros también, como todas las almas santas lo han sido. — ¡Cuándo nos convenceremos prácticamente que sólo nos haremos santos cuanto más adelantemos en el amor y la imitación de la Santísima Virgen! — Pídeselo hoy por medio del Bautista para que así

sea no sólo el Precursor de Jesús, sino también el de María...

MEDITACIÓN 32

EL CÁNTICO DEL «MAGNÍFICAT»

Fue la respuesta que la Santísima Virgen dio a las alabanzas que la prodigara Santa Isabel, y por lo tanto, es muy digno este cántico sublime de ser bien meditado y conocido por todos los devotos de María.

1.º *Excelencia y sublimidad del Magnificat.* — Bastaría saber que brotó de labios de nuestra Madre, para que no nos fuera una cosa indiferente..., pero mucho menos ha de sernos si consideramos sus circunstancias. — Se trata de un cántico que María llena del Espíritu Santo y de la alegría divina de que se sentía poseída, al verse Madre de Dios, dirige en alabanzas al Señor. — Se ha dicho que es el cántico de alabanza a la Redención. — ¿Quién podía cantar la Redención mejor que María? — Fuera de Dios, nadie había digno de enaltecer y sublimar esta obra... la más excelsa del Señor... ni los mismos ángeles del Cielo... y por eso fue la Santísima Virgen la que de un modo público y oficial pregonó a todas las generaciones el poder y el amor que en la Redención humana el Señor había acumulado.

2.º *Es el cántico de amor y agradecimiento de María.* — ¡Cómo palparía su corazón de emoción profundísima al ir expresando con sus labios purísimos lo que en su alma encerraba! — Como se contempla una joya riquísima guardada en cofre de inmenso valor..., como se admiran las reliquias milagrosas de los santos guardadas en sepulcros suntuosos y venerados..., así debes contemplar y admirar esta joya, esta reliquia que María guardaba en su corazón y que hoy descubre con este cántico a la humanidad.

No podemos llegar nunca a comprender toda la fuerza de expresión que Ella supo dar a estas palabras. — Cuanto más medites en ellas, más tesoros encontrarás..., pero no creas que entenderás jamás todo su hermosísimo significado. — Sería necesario amar como sólo María puede y es capaz de amar... tendríamos que conocer los misterios que sólo Ella llegó a penetrar. — Mira, con cuanto fervor y devoción debes frecuentemente repetir este cántico, pues sabes que es el desahogo del corazón amoroso de María y la síntesis de su agradecimiento a Dios. — Especialmente cuando tengas que dar gracias al Señor por alguna gracia o beneficio particular que te haya concedido ¿podrás hacerlo con otras palabras mejores que con estas mismas del *Magnificat*? — ¿Habrá nada que tanto agrade al Señor como el repetir este cántico que le recuerda el amor intenso de quien lo inventó y por primera vez lo pronunció?...

3.º *Es el cántico que encierra la oración sublime de María.* — ¡Cuántas veces habrás deseado saber cómo oraría la Santísima

Virgen!... Pues aquí tienes un ejemplo maravilloso de su altísima oración. Aquí no hay suposiciones ni imaginaciones..., son las palabras mismas de Ella, con las que en esta ocasión habló con Dios..., pero en voz alta para que de Ella aprendiéramos a derramar nuestro corazón en presencia del Señor.

Un día, los Apóstoles le pidieron al Maestro que les enseñara a orar, y Él les compuso la oración del *Pater Noster*. — Por eso no hay oración alguna comparable con esa, pues está hecha por el mismo Dios. — Imagínate que tú le pides a María algo semejante y Ella, maestra de oración, te enseña y te canta su precioso *Magnificat*. — De suerte que si el *Pater Noster* es la oración de Jesús, el *Magnificat* es la oración de María. — Por tanto, después de aquélla y del Ave María que se une como una misma cosa al «Padre nuestro», no debe haber ninguna oración mejor para ti que la misma oración de María, la de su cántico del *Magnificat*...

4.º *Palabras de María*. — Finalmente, en este cántico tenemos las palabras más largas de María. — En el Evangelio sólo se nos citan algunas palabras sueltas de Ella, pero son tan pocas..., que para sus hijos y devotos no podían bastar. — Mas en el *Magnificat* tenemos, no un extracto o una idea, sino las mismas palabras suyas, y además, todas las que Ella pronunció.

Y todo esto no se hizo sin razón profundísima, pues parece que nos quiso con ello indicar qué corta era en palabras cuando hablaba con los hombres y hasta con los mismos ángeles, no perdiendo el tiempo en decir palabras ociosas, sino las necesarias y convenientes. — En cambio, mira cómo se alargó cuando se puso a hablar con Dios. — Aquí no mide el tiempo, ni las palabras, sino que deja al corazón expansionarse cuanto quiera. — Medita la cautela y prudencia que supone lo primero y el amor y fervor de lo segundo.

Imítala en esta cautela para hablar con los hombres, así como en este amor al tratar con Dios, y lejos de cansarte, alarga tu oración con Él, y gusta más de su conversación que de las de la tierra. — Pídelo, en fin, que sea para ti esta oración y este cántico, infinitamente querido por ser de Ella y por ser inspirado por el Espíritu Santo, para que así lo digas tú con la devoción y fervor que Ella lo dijo delante del Señor...

MEDITACIÓN 33 **EL «MAGNÍFICAT»**

Son tan admirables y llenas de sentido las palabras del *Magnificat* que encierran un conjunto maravilloso de alabanzas, de agradecimiento y virtudes tan prácticas, que no es posible pasarlas de largo, sino detenernos a saborear sus dulzuras y a estudiar sus enseñanzas.

1.º *Engrandece mi alma al Señor*. — Es el fin del hombre... alabar y engrandecer al Señor. Obligación dulcísima, pero al fin obligación. —

Dios todo lo ha creado para su gloria, pero la gloria propiamente sólo se la puede dar en la tierra el hombre... la gloria es un conocimiento seguido de la alabanza... no podemos alabar si no conocemos.

Y como las demás criaturas no tienen conocimiento, parece que nos dan a nosotros ese encargo, de que en ellas veamos y conozcamos a Dios, para que en nombre suyo le alabemos. — Este es nuestro oficio..., recoger esas notas de bondad, sabiduría, poder, hermosura y caridad, que Dios ha ido depositando en las criaturas y con ellas formar el himno de la gratitud que debemos entonar en alabanza de Dios. — ¡Oficio magnífico y sublime! ¿Cómo lo cumples? — ¿Sabes alabar a Dios? — ¿Trabajas por conocerle para mejor amarle? — Piensa que cuando no lo haces faltas a tu deber..., eres una nota discordante que desafina horriblemente en ese concierto de alabanzas..., no sabes torpemente interpretar el cántico que te confía la creación entera. — Y todo por tu culpa... ¡qué vergüenza! — Mira a María. — Son sus primeras palabras recoger las alabanzas y grandezas que Santa Isabel la dice para dirigir las a Dios... A El solo la gloria y el honor... ¡qué hermoso comienzo de este magnífico cántico!

Además mira cómo María engrandece al Señor con toda su alma y corazón. — Nosotros, a lo más, le engrandecemos con la lengua, pero no con todo nuestro ser. — Cuando pecamos, aunque sea venialmente, empequeñecemos a Dios en nosotros..., parece como que le disminuimos y llega a desaparecer con el pecado mortal.

Todos los santos engrandecieron a Dios con sus obras, y cada día le aumentaban con su santidad; pero no siempre..., también ellos tuvieron faltas e imperfecciones..., también algo alguna vez empequeñecieron al Señor en sus corazones. — Sólo María es la que nunca, ni un momento dejó de engrandecerle y siempre... sin cesar... fue creciendo y aumentando a Dios en su purísima alma. — Por eso dice en presente: «Mi alma engrandece», no dice engrandeció o engrandecerá... sino ahora y siempre engrandece. — Parece que esa es su ocupación perpetua... su oficio principal..., como si no tuviera otro...

Abístrate en este ejemplo y piensa en ti comparándote con María. — ¡Oh! si siempre engrandeciéramos al Señor, o al menos, si nunca le empequeñeciéramos, ¿cuál sería ya nuestra santidad? — Poco podemos y poco valemos, pero con eso poco y del modo que podemos, propongamos alabar y engrandecer al Señor como María...

2.º *Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.* — María se alegra y se goza, mejor aún, se encuentra como inundada de un gozo infinito. — ¿De qué se goza? — No de cosas terrenas... ni de algo corporal. — Es un gozo íntimo, espiritual, que tiene por objeto al mismo Dios. — Se goza y alegra en Dios... en la posesión plena y perfecta de Dios.

Santa Isabel la recuerda sus grandes gracias y privilegios, y aunque

son motivo suficiente para alegrarse y gozarse en ellos, no obstante, parece que no repara tanto en los dones, como en el autor y dador de los mismos. — San Agustín decía al Señor: «No me des tus cosas, sino a Ti mismo»... esto es lo que aún con mayor razón indica la Virgen en estas palabras. — No sabemos buscar a Dios y por eso no acertamos a gozar de Él. — ¡Qué dulzuras no ha comunicado siempre a los que le han amado! — ¿Cuáles serían las que derramaría en la Virgen? — ¿qué extraño, pues, que su alma benditísima saltara de gozo y de alegría divina?

Mas repara que, no dice sólo que su gozo está en Dios, sino en Dios Salvador. — Esta es la raíz y fundamento de la alegría espiritual y del gozo eterno que esperamos..., por eso, porque es El nuestro Salvador. — Estábamos condenados a las tristezas y amarguras eternas del infierno. — Gracias a nuestro Salvador se han convertido en gozo y alegría sempiterna... ¡Qué alegría sentirá el alma al ver allí a su Creador!..., pero sobre todo, ¡cuando vea a su Salvador y Santificador!... Porque, ¿de qué hubiera servido crearnos, si no nos hubiera salvado y santificado?

Gózate con la Virgen con este pensamiento y alégrate por tener un tan grande y sublime Redentor y Salvador. — Fíjate cómo también este gozo ha de ser en el espíritu, esto es, un gozo purísimo, sin mezcla de nada carnal, y, por lo mismo, cómo de este gozo has de cuidar por ser verdadero. — Aunque el cuerpo sufra con la penitencia y mortificación, si el espíritu se goza y alegra, esto es lo único que te importa.

Finalmente, piensa que el gozo de María no fue en Sí misma, sino sólo en Dios..., es decir, nada de gozo egoísta, que busca su comodidad y complacencia, sino gozo de amor..., que se alegra de amar y ver amado el objeto de su amor, aunque por este amor sufra y padezca. — María miraba en sí misma y allí veía a Jesús en sus mismas entrañas y esta vista causaba su gozo en Dios.

Tú también puedes mirar dentro de ti a Dios, y en tu corazón debes encontrarle..., cuanto más le veas así, más gozo sentirás. — Aplica también esta vista a la Sagrada Comunión. — ¿No tienes a Jesús como le tenía María, dentro de ti? — ¿Sabes, como Ella, mirarle?... ¿Sabes gustar del gozo y de la alegría de su presencia real?... ¿Le miras así muchas veces al día?

Pide a la Santísima Virgen te enseñe a mirar a Jesús..., a estrechar contra tu pecho amorosamente a Jesús..., a deleitarte con las dulzuras divinas de Jesús..., en cuya comparación son amargas todas las dulzuras de la tierra...

MEDITACIÓN 34

EL «MAGNÍFICAT»

1.º *Porque miró la pequeñez o humildad de su esclava.* — Es admirable la lección práctica de humildad que aquí nos da la

Santísima Virgen. — Acaba de ser saludada por el ángel de parte de Dios..., acaba de ser elevada a la dignidad de Madre suya..., acaba de ser bendita entre todas las mujeres por Santa Isabel... y Ella, empeñándose en abismarse en el profundo de su humildad..., reconoce que no es más que una simple esclava del Señor.

Con esto, nos dice, que todo lo que hay en Ella, es de Dios, pues todo procede de que Dios la ha mirado... y «mirar» en lenguaje bíblico significa mirar con buenos ojos y amar... Y así, todo procede de esa mirada de amor de Dios hacia Ella..., pues, de lo contrario, no hubiera pasado de ser una de tantas hijas de Eva.

Medita mucho en estas palabras y empápate de esta verdad, que si lo es aplicada a María, mucho más lo es si te la aplicas a ti. — Tú, ¿qué eres?... y, sobre todo, ¿qué eres delante de Dios?..., ¿qué tienes tuyo y qué tienes de Dios?... Si Dios te pidiera todo lo que te ha dado, y que por lo mismo es suyo, en el orden de la naturaleza y de la gracia..., bienes físicos y espirituales..., dones interiores y exteriores..., ¿qué te quedaría?... Sólo una cosa: el pecado..., ese, es exclusivamente tuyo. — Todo lo demás, es de Dios. — Por tanto, ¿no puedes decir que Dios te ha mirado con buenos ojos y que por eso te ha colmado de bienes y te ha dado cuanto posees?

Mira, pues, cómo con mayor razón que la Santísima Virgen, debes no sólo reconocer, sino practicar la humildad, ya que esto es lo único justo y racional que te corresponde.

Además, considera cómo María nos enseña que el fundamento de todos los bienes del Señor y de todas las gracias que de Él recibimos, es exactamente la humildad... y así dice, que por eso alaba al Señor y se regocija en su Salvador porque ha mirado la pequeñez de su esclava. — De este modo estarás muy lejos de alabarte por nada, como lo hizo aquel fariseo del Evangelio, quien achacaba a sus méritos todas sus buenas obras..., sino al contrario, estarás a cada instante reconociendo la bondad y misericordia, de Dios que te levanta del polvo y de la miseria, a la altura de la santidad..., y tanto más alto te subirá el Señor, cuanto tú más te empeñes en vivir una vida rebajada y escondida en tu humildad.

2.º He aquí que por esto roe llamarán bienaventurada todas las generaciones. — Es una confirmación de lo anterior. — El humilde enamora al corazón de Dios, y Dios no repara en medios para levantarle y ensalzarle. — ¡Cuánto no ha ensalzado y sublimado a todos los santos! — Pero sobre todo a María. — ¿Quién más humilde que Ella?... Pues por eso, la llamarán bienaventurada todas las generaciones... ¡Ella se humilla y Dios la ensalza.

Contempla esta divina porfía; María empeñándose en rebajarse delante de Dios..., y Él levantándola por encima de todos los hombres..., de todos los ángeles... y esconderla en los mismos secretos altísimos de la divinidad. — ¡Nadie tan humilde como María..., nadie más elevado que

Ella! — Si examinas su humildad, te pierdes porque no llegas hasta el profundo de su abatimiento... Si meditas en su exaltación, tienes que dejarlo por imposible, pues también se te pierde de vista y no alcanzas a seguirla en el vuelo de su alma levantada por Dios. ¿Qué será la humildad?... ¿Qué verá en ella Dios, cuando es la condición indispensable para agradarle? — Si María no se hubiera hecho esclava, no sería ahora Reina y Señora y Madre del mismo Dios.

No sólo, pues, la soberbia y vanidad es algo irracional..., porque carece de todo fundamento..., sino desde el punto de vista de un santo egoísmo, es completamente inútil e infructuosa. — Nada consigue el soberbio..., todo lo alcanza el humilde. — ¿Comprendes cómo hasta por conveniencia propia, debiéramos trabajar por adquirir esta mágica virtud... y desterrar todo asomo de la asquerosa soberbia?—¡Con cuánta razón San Bernardo llamó al *Magnificat* el «éxtasis de la humildad» de María!..., pues de esa virtud, hizo brotar todas sus grandezas y maravillas.

Mira, por fin, que estas palabras encierran una profecía...; dice que «la llamarán bienaventurada»... Habla de un futuro que debía desconocer, y, no obstante, con toda seguridad afirma que así será. — ¡Qué dulcísimo es, para nosotros, ver el exacto cumplimiento de estas palabras! — Reúne los títulos de María..., los santuarios y templos de María... ¿Conoces alguna iglesia que no tenga uno o varios altares de María?... ¿Hay población, grande o pequeña, que no posea su Virgen y la celebre su fiesta con alegría y esplendor? — Repara en el mes de Mayo..., piensa en el día de la Inmaculada..., recuerda las fiestas principales de la Virgen... y verás al pueblo cristiano correr a las plantas de María. — Sube al Cielo y mira a todos los santos reconociendo su santidad por María..., y a todos los ángeles, que juntamente con los hombres, no cesan de llamar bienaventurada a María... ¡Qué espléndida confirmación la de esta profecía!...

MEDITACIÓN 35

EL «MAGNÍFICAT»

1.º *Porque ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso y su santo nombre.* — ¡Qué mal entendemos la humildad!... Creemos que consiste en decir al exterior palabras en contra nuestra..., en no reconocer lo bueno que hacemos..., en no ver las gracias que el Señor nos concede..., y nada de esto es la humildad.

Escucha a María: «me llamarán bienaventurada todas las generaciones». — «Ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso»..., y no obstante, esto es humildad. — No olvides que humildad, es verdad y sencillez y sinceridad. — Reconoce lo bueno que en ti haya, pero no para alabarte por ello...; esto es la soberbia. — Comprende la obra de Dios tan grandiosa e inmensa en tu corazón..., pero que eso te sirva para alabarle más..., para corresponderle mejor..., para amarle con mayor fervor y

entusiasmo cada día, como consecuencia natural de tu agradecimiento. — ¿A qué cosas se refería la Virgen, al decir que había hecho en ella Dios grandes cosas?... ¿En qué pensaría cuando decía estas palabras? — Piensa tú y trabaja por adivinarlo, recorriendo, como Ella recorrería, los favores y dones que del Señor había recibido.

Recuerda su predestinación desde la eternidad..., su existencia como algo gratísimo y dulcísimo en la mente divina. — Y luego, el privilegio inefable de su Concepción Inmaculada, con todas las gracias infinitas inherentes al mismo..., pasarían por su imaginación, y tendría presente, todas las maravillas que en su corazón quiso el Señor acumular, y recordaría el saludo del ángel..., el misterio de la Encarnación del Verbo... y entonces, saltaría a su vista el milagro de los milagros, el que Ella, ¡criatura!..., ¡esclava del Señor!... fuera a la vez verdaderamente ¡Madre suya!... Y cómo para eso fue necesario hacer algo muy grande y desconocido en el cielo y en la tierra, esto es, el ser Madre sin dejar de ser Virgen. — Por eso, extasiada María al ver todo esto..., penetrando en el valor y significado de todo ello..., con gran fervor exclama: «Ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso».

¿Lo ves bien?... todo, todo lo atribuye al poder de Dios..., ¡al Todopoderoso!..., ¡a la santidad de Dios!..., ¡a su santo nombre! — Dios, con su santidad y bondad y misericordia divina, determinó hacer todo esto... y con su poder infinito lo hizo.

Haz una aplicación de estas palabras a tu alma. — ¿No puedes también tú decir que ha hecho en ti cosas grandes el poder y, sobre todo, la bondad de Dios?... ¿No es un efecto de su bondad... (sin méritos de ninguna clase por parte tuya)... todo lo que el Señor te ha dado tan generosa y amorosamente? — Detente y también recuerda todo esto, desde tu nacimiento hasta ahora...; recuerda, sobre todo, las veces que te ha perdonado tus pecados..., que te ha transformado de un abismo de miseria que eras, en un abismo de gracia y hermosura. — Reconócelo así, que esto no es soberbia... Pero alábele a Él como María. — Bendice su poder..., glorifica su bondad..., adora con amor su santo nombre.

2.º «*Y su misericordia se extiende de generación en generación para con los que le temen*». — Otro detalle delicadísimo de la humildad. — María se goza en extender esta misericordia del Señor, que ha tenido con Ella, a todos los demás. — Cuanto ha hecho de grande en su alma, hará con todos los que le temen...; nada de querer ser la única...; se complace en publicar la participación que todos pueden tener en esta bondad de Dios. — ¡Qué humano es el querer ser los primeros!..., ¡y mucho más ser los únicos! — La verdadera humildad, no es exclusivista..., ni ambiciosa..., ni menos envidiosa del bien ajeno...; eso será muy humano..., pero María es ¡divina! y por eso no es así, ni piensa tampoco así...

Además, dice, que esta misericordia y bondad será para los que le

temen. — No se refiere al temor servil, propio de siervos, sino al temor reverencial y filial de los buenos hijos. — Es aquel temor santo de Dios, de quien dice la Escritura Santa, que es el principio de la sabiduría... y, por lo mismo, el comienzo de la santidad y el fundamento del amor. — ¡Teme y ama!..., son dos cosas inseparables para Dios... Debes, pues, temer con amor, y debes amar con temor. — Temor de ti..., de tus pecados y recaídas..., de tu miseria..., de tu poca gratitud y correspondencia... ¡Qué bueno es Dios para los que le temen!... ¡Qué será para los que le aman! — Teme su justicia, pero sobre todo ama su bondad...; confía en su misericordia, y verás cómo se cumplen en ti las palabras de María.

Gózate de tener un Dios tan misericordioso, que no niega a nadie su misericordia, y trabaja con toda tu alma por extender, con tu oración..., con tu penitencia..., con tu amor, este reino de la bondad y de la misericordia, no sólo a tu alma, sino al mundo todo, como Dios quiere... a todos, a justos..., a tibios..., y hasta a los grandes pecadores, donde aún no brilla esta inmensa misericordia del Señor.

MEDITACIÓN 36

EL «MAGNÍFICAT»

1.º «*Hizo obras poderosas con su brazo*». — Aquí ensalza la Santísima Virgen el poder de Dios, que se manifiesta especialmente en algunas de sus obras. — Todas son fruto de ese poder infinito de Dios, pero en algunas se manifiesta más claramente esa omnipotencia. — Miraría la Santísima Virgen los Cielos, y vería las estrellas inmensas..., luminosísimas..., incalculables en su número..., con una vida y movimiento incesante... en medio de un orden sapientísimo. — ¡Qué obra más hermosa, el Cielo de las estrellas para ver en ellas la omnipotencia de Dios! — ¿Y la tierra?... con sus plantas y animales..., con sus valles y sus montes..., con sus ríos y sus mares..., etc. — Recorre con tu imaginación todo y pregunta: ¿no será esto obra del brazo poderoso de Dios? — ¿Quién, sino Él, podía concebir, ni hacer algo semejante?

Y vería al hombre... y a los ángeles... y a toda la corte lucidísima que rodea el trono de Dios..., y, sobre todo, se vería a Sí misma... ¿Dónde vio mejor la fuerza del brazo poderoso de Dios que en la obra de su corazón y de su alma purísima e inmaculada?

Pondera bien lo que esto quiere decir. — Pues al hacer Dios todas sus obras, parece como que las hizo sin esfuerzo alguno..., con su palabra..., con su querer...; pero en las obras de la Encarnación, a nuestro modo de entender, ¿no es cierto que no las explicamos sino como obras en las que Dios tuvo que poner toda su omnipotencia y hacer, como si dijéramos, un gran esfuerzo?

Para la creación no tuvo ninguna resistencia que vencer...; todo lo hizo

de la nada. — Y el esfuerzo es tanto mayor, cuanto mayor es la resistencia que se opone a nuestro trabajo. — Pues si en la creación, la resistencia fue nada, porque las cosas antes no eran nada..., en la Encarnación no fue así..., aquí era el mismo Dios... Tuvo que hacer fuerza a la divinidad..., tuvo que hacer violencia a Sí mismo para empequeñecer y achicar y anonadar ¡al mismo Dios!..., y así poderlo encerrar en un cuerpo humano y en el seno de María.

Y tuvo que hacer la obra única y nunca más repetida, de coger a una mujer y hacerla Madre suya... y vaciar en Ella todos los prodigios y maravillas de toda la creación... y hacerla Inmaculada... y Virgen y Madre a la vez. — ¿Todo esto no supone un esfuerzo inmenso del brazo poderoso de Dios? Tan grande es este esfuerzo, que llegó a agotar su poder... Dios podrá hacer mil mundos..., miles de seres..., millones de ángeles y de cielos mejores..., más espléndidos, más hermosos que los actuales. — Pero..., no pudo hacer una obra de mayor grandeza que a su Madre..., pues no puede haber Madre más grande que la Madre de Dios.

¿Y no podrás tú aplicar esto mismo a la Sagrada Comunión?... ¿No es otro esfuerzo de su brazo?... ¿No se agota ahí también la sabiduría y el poder y hasta el amor de Dios?... Con ser omnipotente..., ¿puede Dios darte algo más grande que lo que te da en la Sagrada Comunión?

2.º «*Desbarató a los soberbios en su mente y en su corazón*». — He aquí otra prueba del poder de su brazo. — Su omnipotencia se manifiesta en las obras de la misericordia y de la bondad..., pero también en las de su justicia. — Y así como para los humildes es toda su misericordia, así su justicia se emplea con los soberbios — Cómo recordaría la Santísima Virgen la diferencia de su exaltación hasta el trono de Dios, para ser Reina y Emperatriz del Cielo, con la caída tan ruidosa de Lucifer desde las alturas hasta el mismo infierno. — Ella subió por su humildad, éste cayó por su soberbia.

Y nota bien, que dice «a los soberbios de mente y de corazón». — Aquí se refiere, claramente, a la soberbia interna, no precisamente a la externa, que es una fatuidad... Es más refinada la interior..., esto es, aparecer humilde al exterior, e interiormente tener asentada la soberbia en el corazón y la mente. — Y lo peor de esta soberbia es, que es tan sutil y tan fina, que penetra hasta lo más íntimo sin apenas darnos cuenta.

Fíjate en esta distinción: *soberbia de mente*... es el propio parecer..., el no querer ceder..., el desear siempre que se nos dé la razón..., el no sufrir una contradicción..., en fin, en no transigir en especial, cuando creemos que tenemos la razón... y luego la *soberbia de corazón*..., ¿qué ha de ser esta soberbia sino el maldito amor propio que tan profundamente arraiga en nuestro corazón?

Pide a la Santísima Virgen te libre de esta doble soberbia, de la mente y del corazón, y así por su mediación verte libre de la justicia divina, que, según la misma Virgen, tan duramente ha de castigar esta soberbia

interna...

MEDITACIÓN 37

EL «MAGNÍFICAT»

1.º «*Arrojó de su sede a los poderosos y ensalzó a los humildes*». — Así como en el verso anterior expuso lo que el Señor hace siempre con los soberbios de mente y corazón, así ahora nos habla de la manifestación de esa soberbia por medio de la vanidad, el orgullo, el hambre de mandar...; éstos son los poderosos de la tierra..., los que mandan y no gustan de obedecer. — He aquí por qué la obediencia es hermana inseparable de la humildad. — La una y la otra convienen en ese espíritu de sumisión y de sencillez que tanto agrada a Dios. ¿Cuántos poderosos no había entonces en la tierra?...; con luz del Cielo los veía la Santísima Virgen a todos ellos gozándose en sus palacios..., mandando a sus siervos y esclavos que ante ellos se postraban como si fueran dioses...

Pero escucha la frase enérgica de María...: a esos, el Señor les arrojará de sus tronos, y de sus sillas y asientos de vanidad, y con desprecio los abandonará. — ¿Qué poco propias parecen de la dulzura y compasión de María estas expresiones?... Y es que nosotros no podemos comprender todo lo que odia Dios esa fatua vanidad de la tierra. — Ni siquiera la mira, ni la guarda ninguna consideración. — Para buscar Madre, no la busca entre ellos, sino entre los humildes..., y cuando ya nace en Belén, manda a los ángeles a anunciar la gran nueva a los pastorcillos sencillos... y de aquellos grandes y poderosos, ni se acuerda... ¡Qué terrible debe de ser este desprecio de Dios!... ¡Qué espantoso ese castigo que con palabras tan fuertes María anuncia!

Examina cómo andas de espíritu mundano en cualquiera de sus manifestaciones..., en cualquiera de sus grados, aunque te parezca muy pequeño..., mira a tu alma y si quieres ver lo lejos que estás de esta fatua soberbia y vanidad, mira dónde te encuentras y qué altura alcanzas de obediencia..., de sumisión y humildad..., y así comprenderás lo cerca que estás del gran premio que María anuncia para los humildes. — Para éstos, la exaltación, el encumbramiento..., un trono muy alto en el Cielo. — Compara esas dos expresiones de la Santísima Virgen: la del castigo del desprecio para los poderosos..., la de la sublimación gloriosa de los humildes y sencillos.

2.º «*Llenó de bienes a los hambrientos y dejó vacíos a los ricos*». — Pero..., ¿todavía más? — No acierta la Santísima Virgen a acabar con la humildad...; ¡cuánto la ama! Porque estas palabras son una confirmación o repetición de las anteriores. Aquí habla de otra manifestación de la humildad, que es la pobreza..., y de la soberbia, que es la abundancia y el regalo. — La pobreza real y actual..., y la pobreza de espíritu. — Jesús quiso nacer y vivir y morir abrazado a

ella. — ¡Si supiéramos cuánto agrada a Jesús, cómo la apreciaríamos!

Pero, al menos, hemos de buscar y apetecer la pobreza de espíritu. — No apegarse a nada..., no desear ni envidiar nada..., no querer los regalos y comodidades de las riquezas..., gozarse de que algo nos falte, y no salga todo a nuestra medida y conforme a nuestro gusto... Y, en fin, en el afán de despojarnos de todo..., ¡llegar a despojarnos de nosotros mismos!

Sólo un corazón descarnado..., despojado de todo..., desnudo de todo lo que es suyo..., puede agradar a Dios. — El Señor quiere que nos revisitamos de El, pero para eso hemos de desnudarnos de nosotros mismos.

Cuando echamos una pasta en un molde, si queremos que coja todas sus formas y dibujos, hace falta que el molde esté bien limpio de todo...; las adherencias que tenga impedirán que se copien perfectamente todas sus líneas. — Pues bien: María y Jesús quieren moldearse en tu corazón..., para que sea una copia exacta de Ellos. — Pero no admiten compañía, porque no hay ninguna digna de María y de Jesús... Es necesario, indispensable de todo punto, que limpies bien el corazón..., que le desprendas y le arranques, aunque sea con violencia... y aún con dolor, de todo lo que no sea Jesús y María. — En especial, piensa en esto en el momento de comulgar, y no olvides que Jesús y tú no cabéis juntos en el corazón... Si quieres que Él entre, tienes tú que salir... Él se basta a Sí solo para llenarlo. — Esa es el hambre de que habla María. — Vete con hambre verdadera de Jesús, a recibirle y sentirás la verdad de esas palabras: «a los hambrientos les llenó de bienes». — Pero a los otros..., a esos, nada...; les deja con lo suyo, y como lo suyo no es nada, los deja completamente vacíos...

MEDITACIÓN 38

EL «MAGNÍFICAT»

1.º *Recibió o socorrió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia.* — Recuerda aquí la Santísima Virgen la gran misericordia efectuada con Israel. — Era un pueblo esclavizado a los Faraones, y el Señor milagrosamente le sacó de aquella esclavitud y le llevó a través del desierto...; allí le alimentó con un maná del Cielo, y, después de sacarle triunfante de sus enemigos, le llevó a la rica tierra de promisión. — En fin, le tomó como cosa suya..., le hizo su pueblo escogido..., y le cuidó como a un miembro de familia, con cariño y providencia admirables.

Aplica todo esto, punto por punto, a lo que Dios ha hecho contigo y verás en ello una sombra de la realidad. — Te sacó del cautiverio del demonio, infinitamente peor que el de los Faraones..., te protegió y protege sin cesar en el desierto de esta vida..., te alimenta con el verdadero maná divino de su mismo Cuerpo y Sangre... y te conduce de

su mano cariñosamente a la tierra prometida, que es el Cielo.

Pero aún más: a Israel le dio título de siervo o doméstico suyo — ¡gran favor, por cierto, servir a Dios! — , pero a ti te llama y te da título y honores de hijo..., de hermano de Jesucristo..., de heredero de su trono... ¡Qué realidad tan sublime y magnífica! — No dudes que, aunque María habla sólo de la misericordia de Dios con Israel, también pensaba en la que haría contigo y también la tenía muy presente.

Lo que no dice la Santísima Virgen es la correspondencia de Israel al Señor...; bien lo sabes: dureza de corazón..., desconfianza de Él en el desierto..., un total olvido de Dios en las delicias de la tierra de promisión, llegando a buscar otros dioses para adorarlos... y, finalmente, rechazando a su Hijo cuando vino a salvarnos y dándole muerte cruelísima de Cruz... Todo eso sacó Dios de su misericordia para con aquel pueblo. — Mas... ¿también en esto será figura tuya?... ¿Tú también habrás imitado a Israel en esta enorme y negra ingratitud?... ¿También podrá decir de ti el Señor que de su viña elegida, que era Israel, no sacó más que agrazones silvestres, agrios y amargos?... Por lo menos en algunas ocasiones, reconoce con humildad y con santa vergüenza que así ha sido..., pero promete firmemente que ya no será más así...

2.º Como lo había prometido a Abraham y a sus descendientes, por todos los siglos. — Qué bien cumple Dios su palabra! — Así lo prometió a Abraham y a sus hijos los demás grandes Patriarcas del Antiguo Testamento... y, como lo prometió, lo cumplió. — No ignoraba El, lo que aquel pueblo iba a hacer con sus beneficios, y, no obstante..., no se echa para atrás y deshace su promesa. — ¡Qué fiel es el Señor!

Pero mira, como dice la Virgen, que esta fidelidad y exactitud de Dios, es por todos los siglos..., esto es, que como cumplió lo prometido entonces, también lo cumplirá en lo que prometa después.

Y, efectivamente, según San Pablo, esta fidelidad de Dios se manifiesta en tres cosas: a) en no dejar al demonio que nos tienta más de lo que nosotros podemos resistir, pues es bien claro que si le dejara, nadie le vencería..., ¡tanta es su astucia!, ¡tanto su poder y sabiduría!;

b) es fiel en no abandonarnos durante la tentación...; no es como las amistades terrenas, que en las pruebas y dificultades de la vida, en especial en la más terrible, la de la muerte, nos dejan solos y nos abandonan..., no nos sirven para nada. — Mas el Señor no es así: cuando es mayor la tentación y la necesidad, tanto más nos asiste con su ayuda y con su gracia..., de tal modo, que nos da ésta a medida de aquélla, sin que nunca nos falte Él..., a pesar de que tantas veces le dejamos nosotros;

c) en fin, es fiel en darnos un premio eterno, si hemos sabido, con su gracia, luchar y vencer...; esta fidelidad de Dios, es el fundamento de nuestra esperanza... ¡el Cielo!..., ¡la posesión de Dios!... y esto

ciertamente, pues su palabra no faltará...; ¡qué consuelo y alientos nos da en la vida esta mirada a Dios..., al Cielo..., a la corona que nos aguarda!...

Mira qué debes decir al Señor ante este ejemplo suyo de fidelidad que te recuerda la Santísima Virgen. — ¡Qué pena y qué vergüenza que tú tantas veces hayas sido infiel e inconstante en tus palabras y promesas al Señor! — Si hubieras cumplido sólo la mitad de las cosas que tantas veces le has prometido, ¿cuál sería ya tu santidad para estas fechas? — Pide a María la gracia de la exactitud..., de la fidelidad..., de la formalidad y constancia en el cumplimiento de tus palabras.

3.º *Resumen y conclusión.* — ¡Qué sublime el canto del *Magnífica!* — ¡Qué hermosísima la oración de María! — ¡Cuántas cosas abarca! — ¡El canto de la gratitud de su alma a Dios! — ¡El canto de la Redención, con el que publica las maravillas y grandezas que en esta obra hizo el brazo poderoso del Señor y su misericordia! — ¡El canto, en fin, de la humildad! — Fíjate bien que es en lo que más insiste. — Claramente nos señala el camino que hemos de seguir..., no hay otro... Ni Ella ni Jesús encontraron, ni siguieron tampoco otro... ¡Lánzate generosamente por él!... ¡A imitar a Jesús y a María en su humildad!... Ten, por tanto, una devoción tierna y fervorosa a este sublime cántico y diariamente repítele en la Comunión para dar gracias al Señor..., al mismo tiempo que te examinas de tu fidelidad en la promesa que hoy le haces de seguirle en la humildad.

MEDITACIÓN 39

LA EXPECTACIÓN DEL PARTO

La Iglesia celebra esta Expectación de la Santísima Virgen con una fiesta especial que la dedica en el tiempo santo del Adviento. — Es fiesta genuinamente española, establecida probablemente por San Ildefonso, quien en los maitines de media noche de esta fiesta, mereció ser revestido por la Santísima Virgen de una preciosa casulla que trajeron los ángeles del Cielo.

1.º *Vida de la Santísima Virgen en este tiempo.* — Considera esta vida bajo dos aspectos: uno interior y otro exterior... Bajo el aspecto interior, la vida de María es de una absoluta compenetración con su Hijo. — Madre e Hijo no vivían una vida semejante, sino *una misma vida*, una sola vida. — No se puede concebir mayor dependencia que la de Jesús en el seno purísimo de María. — De Ella recibía toda su vida..., de Ella dependía toda su vida... ¡Qué misterio! ¡Dios depende de una criatura!...

Penetra en lo más profundo de esa intimidad divina entre María y su Hijo y aprende: recogimiento con el que María reconcentraba en Jesús sin cesar todo su ser...; *fervor y amor*, con él vivía únicamente para Jesús... Ella veía más con los ojos de su Hijo, que con los suyos

propios..., amaba con el corazón de su Hijo y todos sus gustos eran dárselos a El. — ¡Qué amor no sentiría tan perfecto y tan puro hacia el Dios que encerraba en su seno!..., *vida de gozo y alegría* inexplicable, porque todas las cosas divinas son gozosas y producen la dicha y felicidad, pero mucho más la posesión de Dios, como la tenía entonces María...; no tenía que envidiar para nada la gloria de los bienaventurados del Cielo...

En fin, una *vida de deseo y de ansia infinita*, con las que sin cesar estaría en oración, haciendo violencia a Dios, para que acelerara cuanto antes la hora de revelarse al mundo. — La hora de la Redención..., esto sobre todo, es lo que más caracteriza este momento de la vida de María. — ¡Qué dulce es pensar que en virtud de esta sublime y fervorosa oración, el Padre Eterno adelantó la hora de la Redención del mundo y nos envió a su mismo Hijo a salvarnos!...

2.º *Su vida exterior*. — Qué admirable es la Virgen en todo!... Con una vida interior tan intensa y tan divina como llevaba entonces, no dejaba traslucir nada al exterior. — Exteriormente una dulce calma, una simpática sencillez, una muy amable serenidad. — Nadie sospechaba lo que pasaba por su interior..., nadie, ni siquiera San José... ¡Qué santa avaricia la de María!, ¡cómo guarda para Sí el tesoro y no le confía a nadie! — Ni la ambición, ni la soberbia, ni el amor propio, ni el deseo de alabanzas, la lanzan a comunicar a nadie su secreto..., ni a darse importancia delante de los demás, creyéndose superior a todos, aunque en verdad lo era... ¡Qué humildad más práctica!, ¡qué sencillez tan preciosa!... Cuántas veces el mérito nuestro se evapora, porque le destapamos delante de los demás y no sabemos guardar nuestras cosas sólo para Dios..., o al menos peligra, porque imprudentemente las exponemos a los ojos de los hombres, buscando más o menos directamente alguna alabanza..., alguna estima de ellos...

3.º *La vida del hijo*. — Contempla en este momento la vida de Jesús..., oculta y escondida como en un sagrario en el seno de María. — ¡Qué oscuridad y silencio el de esta vida de Jesús!..., ¡qué debilidad e invalidez la de Jesús!... *Todo* lo espera, todo lo recibe de su Madre... y, no obstante, desde allí está dirigiendo al mundo..., está siendo la alegría de los ángeles y, sobre todo, está de día en día santificando más y más con su presencia, con su contacto, a su querida Madre. ¡Qué misterio!..., ¡qué vida más activa la de María con su Hijo y la del Hijo con su Madre!...; pero toda, vida de actividad interior...

4.º *Tu vida*. — Esa debe ser, sobre todo, tu vida. Eso es vivir..., vivir para Jesús, dándole todo a Jesús como María. — Esa es la dulzura, y el encanto, y la perfección que encierra la vida interior... Aprende y pide esta vida a Jesús y a María. — Examina cómo te encuentras con

relación a ella. — Mira si te gusta ese silencio..., esa oscuridad..., esa sencillez exterior de que va acompañada..., y si despliegas en tu interior ese fervor, y ese amor de María, para ver siempre y tratar con Jesús en lo más íntimo del alma.

Especialmente después de comulgar, ¿por qué ese contacto de Jesús y esa presencia suya, semejante a la que tuvo en el seno de su Madre, no produce en ti la santidad que en Ella? — Para ello hay que vigilar los sentidos, las potencias, mortificándolos sin cesar y reconcentrándolos en el interior, para que vean allí a Jesús y se acostumbren a tratar con Él, allí precisamente en lo más íntimo del corazón

Por último, mira cómo aquí tienes un modelo perfectísimo de esclavitud Mariana. — Es Jesús el primer esclavo de María. — De Ella depende toda su vida... Así debe ser la tuya..., una vida entregada por completo a María, sin acertar, sin poder hacer nada sin Ella...

MEDITACIÓN 40

CAMINO DE BELÉN

1.º *El empadronamiento.* — Éste sirve de ocasión para el viaje a Belén y para ejercitar las más bellas y difíciles virtudes en la Santísima Virgen, cuales son la sumisión y la obediencia. — Contempla a María, en compañía de San José en su pobre casita de Nazareth..., pobre, pero nada falta. — Ella ha ido preparando con gran cariño todos los detalles para el Nacimiento de su Hijo, que se aproxima..., la cunita hecha por San José..., los pañales que Ella misma ha confeccionado..., en todo hay pobreza, pero mucho cariño y amor... y el amor suple e inventa muchas cosas para mejor recibir a su querido Niño.

De repente, oyen un rumor primero, y luego se confirman en la certeza de tal rumor...; todos tienen que ir a empadronarse al lugar de su origen, y Ella y José descienden de David y de la real ciudad de Belén... ¡Qué contratiempo!... ¿Cómo iban a ir de viaje, ahora, en esas circunstancias..., cuando de un día para otro espera el divino Nacimiento?... Y todo por el antojo y soberbia de un hombre, de un tirano, que así lo ordena... ¿No habría medio de burlar tal disposición..., o por lo menos de dilatarla?... ¿por qué no esperar un poco tiempo hasta que pase ese día dichosísimo?...

Y, sin embargo, la Santísima Virgen ni habla, ni critica, ni protesta... Con el corazón herido, acata la divina voluntad..., confía en el Señor..., se arroja en sus brazos y se lanza inmediatamente a la obediencia. — ¿Quién tuvo jamás mayor disculpa para no obedecer que la Santísima Virgen en esta ocasión? — Si se hubiera rebelado y no hubiera obedecido, ¿quién la podría tachar de imperfecta?... ¿No diríamos que habría obrado muy bien... y que hubiera sido una imprudencia ponerse de viaje en aquella ocasión?... No obstante, María no atiende a la prudencia

de la carne..., antes es obedecer sin pensar en más... ¡Qué sumisión de voluntad y de juicio!

Nota bien esto, que es la parte más difícil de la obediencia... A María la sobran razones para no obedecer..., pero obedece ante todo y por encima de todo..., y es que ante la obediencia, no hay nada... ¡Qué lección más difícil, más penosa y más práctica nos da María!...

2.º *El viaje*. — Es largo, unas cinco jornadas...; es duro por el camino tan malo y la incomodidad de hacerlo todo en una caballería...; es molesto por la época..., en diciembre, con frío, vientos desagradables, lluvias y hasta nieve. — Acompaña un poco tiempo a la Santísima Virgen..., mírala abrigada con un manto oscuro y echado un velo sobre su rostro. — San José a su lado, no la quita ojo y cuida de que el jumentillo vaya por la parte mejor del camino...; adivina aquel rostro que se esconde bajo el velo..., todo él pureza, modestia..., recogimiento..., belleza y hermosura celestiales y, sobre todo..., santidad.

Otros viajeros pasan junto a Ellos, haciendo el camino más rápido y cómodamente. ¡Qué diferencia! — Todos irían criticando, maldiciendo aquella orden del César. — María va como transfigurada, como extasiada, pensando en el tesoro que lleva consigo...; no la importa la vida exterior que la rodea. — En el viaje y en su casa, en todo momento vive con Jesús y para Jesús.

¡Qué oración haría la Santísima Virgen en este camino! — Contempla a los ángeles que se disputan el honor de acompañarla, y tú también detente a acompañarla lo mejor que puedas en esas jornadas... Ahora ayúdala a bajar del asno..., colócala al abrigo de cualquier palmera, llévala agua..., algo que te pida..., ponte a su servicio, y ruégala que aunque lo hagas mal muchas veces, no te desdeñe, sino que te admita en su compañía... No la niegues nada, que todo se lo merece...

3.º *Belén*. — Han llegado, por fin..., es hora de descansar. — José va en busca del mejor sitio que su pobreza le permite..., pero otra vez la mano del Señor que les prueba con el sufrimiento de la más dura mortificación. — Ni posadas, ni amigos, ni nadie, les abre sus puertas. ¡Qué horrible!... Después de cinco días de camino... y en vísperas de dar a luz a su Hijo, no hay dónde hospedarse... ¿No es para perder la paciencia y para murmurar y para dar lugar a todos los nerviosismos a que nosotros nos entregamos?... ¿No es esto ya demasiado?

Ni una palabra, otra vez se arroja en brazos de Dios y a esperar lo que El quiera. — Si al fin ha de triunfar siempre su voluntad, ¿por qué no la aceptamos con más resignación y alegría, sobre todo cuando nos prueba con algo desagradable? — Mira a María entrar en aquel establo de bestias...; su delicadeza..., su amor maternal, se rebelarían. — ¡Qué asco!... ¡Allí iba Ella a pasar la noche!... ¡Allí iba a dar a luz a su Hijo!...

¡Qué dominio el suyo!... ¿Esa es la voluntad de Dios? Pues esa es la suya también.

Póstrate a los pies de esta Virgen purísima, y pídele perdón de tu soberbia, de tu amor propio con el que tantas veces te has opuesto a la voluntad de Dios... y pídele una sumisión y obediencia como la suya, para obedecer sin réplica y sometiendo hasta con alegría, no sólo la voluntad, sino tu juicio, a tus superiores, aun cuando creas que te sobre la razón.

MEDITACIÓN 41

EL NACIMIENTO

1.º *Ingratitud de los suyos.* — Mira cómo se cumplen al pie de la letra aquellas palabras: «vino a los suyos y los suyos no le recibieron». — ¡Qué ignorancia de las cosas de Dios! — ¡Si ellos hubieran sabido lo que iba a pasar en aquella noche!... Pero he ahí el mérito de la sumisión y resignación en las manos de Dios..., no pensar en el por qué, ni en el para qué, dispone el Señor las cosas de ese modo.

Por otra parte, aquellos pudieron tener disculpa de su ignorancia..., pero nosotros, ¿no tenemos miles de pruebas para conocer las cosas de Dios y saber quién es El y dónde se encuentra?

Pedir perdón al Señor de las muchas veces que ha querido entrar en nuestro corazón, y nosotros no le hemos admitido...; de las muchas veces que Él ha deseado hacer algo..., quizá algo grande, con nosotros y lo hemos estorbado. — En fin, temamos y temblemos, pues no sabemos la responsabilidad que de esto tenemos y la cuenta que hemos de dar a Dios por ello.

2.º *El Nacimiento.* — Si el olvido y el abandono y el desprecio fue el modo cómo los suyos recibieron a Jesús, contempla ahora a María..., penetra en el interior de la cueva y... mira con santa curiosidad todo lo que allí pasa. — Iluminada por el Espíritu Santo, ha comprendido María que el momento del Nacimiento de su Hijo ha llegado... y, naturalmente, aunque cansada del penoso y largo viaje, no quiere descansar.

Ahora más que nunca, se entrega a fervorosísima oración... Sus ardientes anhelos y fervorosos suspiros, hacen una violencia irresistible al corazón de Dios... Se deja vencer por la oración de María, y cuando Ésta ha llegado al grado más elevado de aquel éxtasis de amor, el Espíritu Santo hace que de repente..., de un modo milagroso..., al abrir María sus ojos, se encuentre entre los pliegues de su manto..., blanco como un copo de nieve..., bello más que los ángeles..., al Hijo de Dios e hijo suyo. — María Virgen antes del parto, es virgen sin mancilla en el parto..., como el rayo del sol sale por un cristal, sin romperlo y sin mancharlo..., así nació el Hijo de María.

Acércate mucho, sin miedo alguno, y contempla aquella escena. — Jesús va a recibir la primera adoración, y con ella las primeras caricias de una Madre... María adora a su Dios allí vivo... real y físicamente presente..., pero como Madre, se cree con derecho a tomar a aquel Niño y estampar en sus mejillas delicadas sus primeros besos... ¡Qué besos más ardientes!..., ¡Qué abrazos más efusivos!..., ¡Qué caricias más tiernas!... Excita tu imaginación, que todo será nada, para pintar esta escena.

Jesús no siente la pobreza del establo..., ni el frío de la noche..., porque lo primero que han visto sus ojos al abrirlos a la luz de este mundo, ha sido el rostro de su Madre. — Recuerda el encanto de un niño pequeño cuando sonrío al contemplar algo agradable para sus ojuelos, y piensa cómo sería la sonrisa de Jesús al ver a su Madre tan pura..., tan bella..., tan hermosa. — Madre e Hijo parece que no se hartan de contemplarse mutuamente... y esta mirada de María, es consuelo y alegría para Jesús... y la mirada de Jesús es aumento de gracia y santidad para María.

Con qué respeto y devoción, y al mismo tiempo ternura y delicadeza irá la Santísima Virgen envolviendo aquel cuerpecito de su Hijo en los blancos y pobres pañales... y con qué dolor y pena tan profundos, le colocaría en las pajas del pesebre... Ella fue la primera que meditó en esta verdad que tenía delante de sus ojos... ¡Dios en un pesebre!... ¡Dios abrazado con la pobreza tan estrechamente, que ni casa, ni habitación tiene para nacer!... ¡Qué será la pobreza cuando así aparece inseparablemente unida al Hijo de Dios! Pide a María que te la dé a conocer, para que ames esta virtud.

3.º *El Hijo Primogénito.* — Dice el Evangelio, que María dio a luz a su Hijo Primogénito... Si fue primogénito, esto es, el primero, es porque luego debió tener otros hijos, y así es por dicha nuestra. — Jesús es el primero..., es el hermano mayor..., pero luego vinimos nosotros, que también somos hijos de María. — ¡La Madre de Dios es nuestra Madre!... Jesús es nuestro hermano... ¡Hermanos de Cristo!... ¿Lo has pensado bien?... ¿Te has detenido a considerar lo que esto significa de parte de Dios y de parte tuya? — De parte de Dios, es el colmo de la bondad y del amor para contigo...; de parte tuya, es la mayor gloria y dignidad a que puedes aspirar..., es el título dulcísimo que ni a los ángeles ha querido dar... María es Reina de los ángeles, pero no es Madre suya como lo es nuestra. — Así, ante la cuna de Jesús..., en presencia de esta Madre, medita y saborea estas dulcísimas verdades...

4.º Acércate antes de terminar a María y pide la por unos momentos te deje en tus brazos a su Hijo..., recreáte con El..., abrázale y mímale con toda clase de caricias... y, sobre todo, estréchale tan fuertemente, que le metas hasta lo más hondo de tu corazón. —

Suplécate que cambie su cuna y pesebre por tu corazón, que allí le darás más abrigo y calor. — En fin, pide al Niño que te enseñe a amar a su Madre... Pide a la Madre que te enseñe a amar a Jesús.

Piensa que la vida de Jesús comienza mirando a María y... también en la Cruz termina mirándola a Ella... ¿No querrá decirte con eso que Él quiere que toda tu vida se deslice también bajo la mirada de María?... ¡Qué dulce es pensar que así vivimos alumbrados y consolados con la luz de los ojos de María!... Aprende a mirar a María y a recordar que Ella siempre te mira sin cesar...

MEDITACIÓN 42

PRIMEROS ADORADORES

1.º *Los Pastores.* — Son los elegidos por Dios como los representantes de la humanidad, para hacerles la primera manifestación de Jesús. — La razón de ser ellos los elegidos, fue su sencillez...

Jesús Niño se comunica a los corazones sencillos como de niños. — La sencillez encuentra a Dios por los caminos más simples y más directos. — La sencillez es fe que todo lo cree, como los pastores..., es obediencia ciega, como la de aquéllos.

Los pastores, ni siquiera se enorgullecieron por ello..., oyen la voz del ángel y aceptan con sencillez la invitación...; es todo lo contrario del amor propio, que todo lo quiere pensar y calcular a su modo. — Pon la dosis de amor propio de tu corazón en los pastores y no hubieran ido a Belén..., a lo mejor hacían el ridículo..., a lo mejor era mentira..., etc. — Así habla el amor propio. — ¡Qué distinto de la fe, de la obediencia y de la humildad propias de la sencillez! — ¿Cómo está esta virtud en tu corazón?...

2.º *Alegría de la Virgen.* — ¡Qué alegría recibiría la Santísima Virgen cuando les vio y escuchó lo que le contaron! — En premio de su fe y sencillez, María toma a Jesús, se lo enseña... y se lo da..., para que se recreen con el Niño. — ¡Qué premio el de la sencillez y el de la obediencia! — ¡Poseer a Jesús!... Pero advierte que quien da a Jesús es María.

Es la primera manifestación de Jesús y quiere que sea por medio de su Madre... Es la primera entrega que hace de Sí mismo a los hombres y se entrega por medio de María. — Eva comió el fruto prohibido..., se lo enseñó a Adán..., se lo dio y nos perdió... María enseña el fruto de su seno purísimo a los pastores... y en ellos a todos los hombres, se lo da y nos salva.

Jesús es el Salvador, pero por medio de María..., ni se recibe sino de María..., ni hay otro camino para llegar a Él sino María... Nunca se halla a Jesús sin María, como dice San Buenaventura. — Y por tanto, no es

posible aislar a Jesús de María... Hallaremos a Jesús en brazos de María, como los pastores y al postrarnos como ellos a los pies de Jesús, también nos postraremos, a la vez, a los pies de María...

3.º *Los Reyes Magos.* — Una revelación especial les lleva a Belén..., una estrella aparece en el Cielo y una inspiración suena en su corazón... y dóciles a este llamamiento, se ponen en camino. — Mira qué docilidad y qué prontitud en su obediencia... En seguida lo dejan todo..., patria, casa, familia, comodidades, por emprender un camino largo y sumamente penoso. — Humanamente esto era una locura... Convéncete de una vez, que para el mundo y para la prudencia de la carne, parecen locuras las cosas de Dios... y, no obstante, tú debes amar y buscar esas divinas locuras. — Recuerda el momento de ocultarse la estrella... ¡Qué dudas!..., ¡Qué vacilaciones!..., ¿Se habrían equivocado?... ¿No sería mejor volverse para atrás? Piensa qué hubiera sido de los Magos, si así lo hubieran hecho. ¡Qué lástima!..., estar a las puertas de conseguir su destino y al fin de su viaje... y volverse perdiéndolo todo... ¡Qué imagen más perfecta de tu inconstancia!... No olvides que sólo el que persevera, triunfa y que la constancia es distintivo del amor...

4.º *Llegada a Belén.* — Mírales ya en Belén. El triunfo es completo..., la estrella vuelve y les guía hasta la misma cueva donde está el Niño. — Otra dificultad. Ellos, Reyes que buscan un Rey, ¿van ahora a entrar en una cueva de animales?, ¿van a adorar a un Niño que no tiene más cuna que un pesebre? — He aquí el mérito de la fe: no se guía por apariencias y cree lo que no ve... A través de aquella pobreza, los Magos descubren la divinidad y la adoran.

Contéplales en el momento de ofrecerle sus dones y medita en su significado... Aquí todo habla de sacrificio y todo nos anima a él... Sacrificio por amor, que representa el oro... Sacrificio por la oración, que simboliza el incienso... Sacrificio por la mortificación y penitencia exterior, que significa la mirra. — Sólo por el sacrificio se encuentra a Jesús. — Sólo el sacrificio es el don que agrada a Jesús.

5.º *La Madre con el Hijo.* — Dice el Evangelio: «y encontraron al Niño con su Madre, María. — No despreciemos este detalle... Otra vez tenemos que el Evangelio nos lo recuerda: «el Niño está con su Madre»... María aquí aparece instruyendo a los gentiles por primera vez... Por Ella entran los Magos y con Ella el mundo pagano, en el Cristianismo. — A Ella debemos nuestra fe... Aprendamos a adorar y amar a Jesús siempre en los brazos de su Madre y por medio de Ella, ofrezcámosle hoy al Niño querido, nuestros dones y nuestro corazón.

Pensemos que también para nosotros hay una estrella..., una vocación que hemos de seguir a pesar de todas las dificultades..., aunque llegue a ocultarse y no veamos el término a donde vamos a parar. — Seamos fieles en seguir esa vocación y constantes a toda prueba. — No

desechemos ninguna inspiración del Cielo, que tantos bienes nos puede traer.

En fin, veamos que para nosotros hay también otra estrella que siempre luce y brilla..., que nunca se oculta... y que si queremos, siempre la podemos seguir... Esta estrella es María, nuestra Madre querida. — Ella nos guiará y nos alentará en los momentos difíciles.— No tienes más que levantar los ojos y mirarla y siempre la verás alumbrando los pasos de tu vida y guiando los movimientos de tu corazón: — «Mira a la estrella siempre, invoca a María», dice San Bernardo.

MEDITACIÓN 43

PURIFICACIÓN DE MARÍA

Es este paso de la vida de la Santísima Virgen, uno de los más hermosos, donde resplandece, de modo admirable, la heroicidad de sus virtudes.

1.º *El recogimiento.* — Así mandaba la ley que las madres estuvieran recogidas cuarenta días en sus casas antes de su purificación legal... ¡Con qué gusto cumpliría la Santísima Virgen esta parte de la ley! — ¡Qué amor el suyo al recogimiento y a la oración, pero sobre todo, ahora, que tenía consigo a su Hijo!... ¿Qué podía buscar y apetecer fuera de su casa, si en ella lo tenía todo?... Piensa que algo semejante debe ocurrir contigo...; trabaja por tener a Jesús en tu corazón, y después que lo tengas, ¿qué más quieres..., qué más deseas? Luego si algo apetece, es señal de que no tienes a Jesús, no sabes gozar de su presencia...

2.º *La pureza.* — Recuerda que María fue concebida sin mancha..., que siempre fue pura y limpia más que el sol..., que nunca pudo manchar ni con la más pequeña imperfección su belleza y hermosura inmaculada... y, sin embargo, aquí aparece ¡purificándose! — ¡Qué ejemplo para ti!... Ella, la que no tiene mancha, la que no tiene nada que purificar, quiere purificarse. — Esto es, que ama tanto esta limpieza de corazón, que parece que aún no está contenta, y desea, si pudiera ser, purificarse más y más. ¡Ah!, ¿amas así tú la pureza santa?... ¿Con ese espíritu procuras frecuentar la santa confesión y los demás medios que la Iglesia te pone para santificarte y limpiarte?... Y si Ella no está contenta de su pureza, y aún quisiera, si pudiera ser más, ¿lo estás tú de la tuya?... ¿Lo estará María al verte a ti y mirar tu alma?... ¿encontrará allí la limpieza que Ella desea?... Medita mucho en esto, avergüénzate y pide a María este amor a tan delicada y preciosa virtud como es la pureza, hasta llegar a apasionarte por su hermosura, como Ella lo estaba.

3.º *La obediencia.* — No estaba obligada a esta ley. — Ella bien lo sabía. — Toda su concepción y parto milagroso, había sido obra del Espíritu Santo. — Ella había sido saludada como la «Bendita entre todas las mujeres», y de Sí misma había dicho «que la llamarían

bienaventurada todas las generaciones» por las maravillas que en Ella obrara el Todopoderoso... y a pesar de toda esta grandeza no se considera exceptuada de la Ley. — No quiere privilegios cuando se trata de obedecer... y obediente como una mujer cualquiera..., como si en Ella no hubiera nada de extraordinario..., se somete gustosa a la Ley común, y así..., pasados los cuarenta días, con toda presteza se pone en camino hacia Jerusalén, para ser, con su Hijo, modelo de obediencia.

Mira cómo este ejemplo nos confunde..., qué diferencia de este modo de obedecer de la Virgen al nuestro..., cuántas veces, sin razón, nos creemos dispensados de obedecer y eso que la obediencia no nos exige ni humillaciones ni sacrificios... como los que a María exigió en esta ocasión..., porque lo que hace heroica esta obediencia de María, fue el sacrificio que la exigió tan humillante como ahora veremos.

4.º *La humildad.* — He aquí lo principal y lo incomprensible de este misterio. — María es en todo extraordinaria, pero por eso había de ser extraordinaria su humildad.

Recuerda el amor de María a su virginidad..., cómo ante el ángel del Señor, estuvo dispuesta a dejar de ser Madre de Dios antes que dejar de ser virgen...; es para Ella la ilusión más divina de toda su vida... y, sin embargo, ahora por la humildad, llega a sacrificar hasta las apariencias de su virginidad... apareciendo como una mujer manchada que necesita ser purificada. — Parece que por amor a la humildad, se despoja de todo, hasta de ese concepto y gloria exterior de su virginidad... y se humilla hasta no aparecer ni Madre de Dios..., ni Virgen..., sino una mujer inmunda... ¡Qué admirable y sublime es esta virtud en María! ¡Qué obediencia más humillante para Ella, y, sin embargo, con qué alegría obedece! ¡Con qué gusto se humilla!

Mírala bien, tanto más grande, cuanto más humilde. — Contéplala confundida con todas las demás mujeres y como una de tantas..., pero mira cómo Dios no la confunde..., bien la distingue; es el lirio de candor, pero a la vez la violeta escondida de la más sublime humildad... ¡Qué gloria recibiría el Señor con el ejercicio de estas virtudes! ¡Cuánto se gozaría en Ella!

Medita profundamente..., compárate con Ella..., pon a sus plantas tu soberbia..., tu orgullo..., tu amor propio..., trabaja por imitarla.

5.º *Su pobreza.* — No puede llevar la ofrenda de un corderillo que llevaban todas, y únicamente para las más pobres se permitía llevaran dos palomitas...; la pobreza siempre es humillante, pero mucho más cuando aparece delante de los demás. — María no se avergüenza de ser pobre y de que la tengan por tal, y la desprecien como se desprecia a los pobres... ¡Qué dichosas se hubieran considerado aquellas palomitas si hubieran podido comprender para lo que valían!... ¡Para ser la ofrenda del sacrificio de María!

Ofrécete tú a María como ofrenda de su sacrificio. — Dila que quieres consagrarte a Ella..., pero para que tu sacrificio valga algo, ha de ser imitándola a Ella, siendo como Ella. — Dedícate a copiar estas virtudes en tu corazón, y especialmente las que más te cuestan..., las más humillantes..., las más sacrificadas. — Ejercítate mucho en ellas.

MEDITACIÓN 44

LA PRESENTACIÓN DEL Niño

1.º *María entra en el Templo.* — Ya ha sido purificada y ya es considerada digna de entrar en el Templo. ¡Con qué respeto y devoción entraría en él! — Sabía que era el lugar de la oración, donde Dios se comunica con las almas..., la morada del Señor, aunque allí sólo estaba en símbolo y figura... y, no obstante, María reverencia y admira aquel Templo donde residía la majestad de Dios más que en parte alguna... ¿Qué hubiera hecho si hubiera entrado en nuestros templos?... ¡Qué lección para tus faltas de respeto tan frecuentes en el santo lugar! Al entrar Ella, con su Hijo en los brazos, santificó aquel lugar. — Nosotros vamos al Templo a santificarnos... Ella fue con su Hijo a santificar el mismo Templo.

¡Qué recuerdos para Ella!; en aquel mismo Templo fue presentada por sus padres a los tres años..., allí había pasado los primeros años de su niñez..., allí había hecho después de muchos ratos de oración su voto de virginidad al Señor... ¡Cuántas cosas decía aquel Templo a María!

Y a ti, ¿nada te dice? ¿No recuerdas las gracias..., los sacramentos..., las inspiraciones..., las comuniones que en el Templo recibes?... ¿Te olvidas de que ante la imagen de la Virgen has recibido tantas manifestaciones del amor que Ella te tiene? — Ama, ama mucho el Templo: debe ser para ti el lugar más deseado de todos...; en ninguna parte has encontrado a Dios como allí. — Ten, sí, mucho amor al Templo... y al mismo tiempo reveréncialo. — No consientas en ti cosa que desdiga de la santidad de él...

2.º *Sacrificio de María.* — Pero, sobre todo, el Templo es el lugar por excelencia del sacrificio, y allí va María a ofrecer al Señor el más hermoso y más penoso de los sacrificios...

Según la Ley, se habían de ofrecer al Señor, todos los hijos primogénitos y rescatarlos mediante la limosna de cinco siclos de plata. — Jesús y María no se creen libres de esta Ley y pasan por su cumplimiento. — Jesús es presentado al Eterno Padre y rescatado por su Madre... ¡Qué sencillez y qué hermosura en este misterio tan sublime! — Pero misterio todo él de sacrificio...; no lo olvides, el sacrificio es inseparable de Jesús..., el Niño se ofrece voluntariamente a su Padre como víctima de expiación... Hoy repetiría las palabras del Salmo: «no te agradaron los sacrificios de animales y por eso vengo yo, aquí me tienes».

Mas este sacrificio, no lo hace El solo..., con Él está su Madre, y es Ella la que le presenta al Eterno Padre para el sacrificio.

Recuerda el sacrificio de Abraham dispuesto a inmolarse a su hijo, por cumplir la voluntad de Dios. — Dicen algunos, que esta orden se dio al padre y no a la madre, porque hubiera sido incapaz de hacer ella misma este sacrificio... Pues bien, aquí es la Madre la que conscientemente..., dándose cuenta perfecta de lo que hacía..., Comprendiendo todo el significado y el alcance de esta ceremonia... ofrece a su Hijo para un sacrificio que más tarde se había de consumir. Este es el ofertorio de aquella primera Misa que Cristo dijo en la Cruz. ¡Cuántas veces en aquel día de su pasión y muerte se acordaría la Santísima Virgen de este día y de este momento!...

¡Qué bien aceptó el Padre Eterno este ofrecimiento y cómo no se contentó, como en el caso de Abraham, con la intención, sino que exigió su cumplimiento exacto hasta lo último!... ¡Qué generosidad y qué amor por parte de María y de Jesús!

Dales gracias por este ofrecimiento, pues a él debemos nuestra salvación. — Ofrecete tú también al sacrificio, sea el que sea..., ofrécete como víctima de expiación y de amor... y alégrate si el Señor se digna aceptarte este ofrecimiento y quiere que te consumas sacrificándote. — Ten mucha generosidad en prometer y luego en cumplir lo que prometes, como María y Jesús...

3.º *La Mediación de María.* — Mira en este misterio una confirmación de la mediación universal de María. — Jesús tomó carne humana en el seno de María. — En la Cruz será inmolado en unión de María, que estará junto a ella. — En la presentación hay algo más..., quiere Jesús que María le lleve y que Ella misma, en el Templo, le ofrezca al sacrificio. — Es decir, que aquí aparece la Santísima Virgen como el sacerdote que toma la hostia en sus manos para sacrificarla. Ella es el altar del sacrificio, donde se inmola su propio Hijo...; su corazón y sus brazos son el ara donde se consume la víctima... ¡Qué grande y magnífica es esta cooperación de María a la obra de la Redención! ¡Qué confianza no debe inspirarnos, pues así la vemos unida con Dios y en la obra más grande de Dios que es la Redención!

Imítala en sacrificarte en tu corazón... y en ese altar inmola todo lo que la desagrada, para que así no haya nada desordenado en él...

4.º *El Rescate de Jesús.* — Por último, piensa que la última parte de la ceremonia, era el rescate. Jesús es rescatado por su Madre, pero no para Ella..., no para gozar de su hijo..., sino para criarle y conducirlo como siervo y esclavo nuestro..., que por nosotros algún día daría la vida. — Esto es, que en ningún momento podemos ver ni mezcla de egoísmo en lo que hacen la Santísima Virgen y su Hijo..., sino amor puro y desinteresado, que no mira para sí, sino para los

demás...

Ya sabía Ella que todos los trabajos que en su crianza había de pasar, no serían en bien propio, sino para nosotros... y, no obstante, se ofrece al trabajo, para darnos a nosotros este bien. — ¡Qué gratitud hacia Jesús y hacia María!, y ¡qué enseñanzas para tu egoísmo, que siempre se mezcla en todas tus acciones! Buscar a Dios y al prójimo y nunca a ti mismo. Este debe de ser tu ideal...

MEDITACIÓN 45

PROFECÍA DE SIMEÓN

1.º *Simeón* era un varón *justo*, dice el Evangelio, *temeroso de Dios* y que esperaba la consolación de Israel... de este modo, con la santidad de su vida, se había preparado y hecho digno de ver y conocer al Mesías... El Espíritu Santo le había prometido interiormente en su corazón, que no moriría sin que fuera así... Sólo esa promesa fue bastante para estimularle a ser un santo... ¿No te bastan a ti las promesas regaladísimas de Jesús para lo mismo?... ¿No sabes que con la santidad poseerás a Jesús y a María en vida y en muerte y en la eternidad?... ¿Qué más quieres?... ¿Qué otro bien mayor puedes apetecer?... ¿Por qué, pues, no te decides a la santidad, como lo hizo Simeón, sólo por merecer la dicha de ver y tener en sus brazos a Jesús y conocer a su Madre Santísima?

2.º *La Revelación*.—Y llegó, efectivamente, el día. — Iluminado Simeón por la luz del Cielo, en aquella Mujer confundida con todas las demás..., como una de tantas..., reconoce a la Madre del Señor, y en el Niño que lleva en brazos, al Mesías verdadero. — Fíjate bien, por María conoce a Jesús..., por la Madre al Hijo...; siempre, siempre lo mismo..., nunca Jesús sin María.

Entonces Simeón, se adelanta y pide el Niño a la Madre... ¡Con qué respeto tomaría en sus brazos al Niño Jesús!... ¡Con qué fervor le miraría y le estrecharía entre sus brazos, mientras se abismaba en alegría y amor! — Mira a aquel santo viejo sosteniendo en sus brazos al que con los suyos sostiene toda la creación... ¡Qué bien empleada dio toda su vida de austeridad y santidad por el placer de este momento!... ; sólo con esto se daba por bien pagado... y por eso, entusiasmado, entona aquel cántico hermosísimo de agradecimiento al Señor: *Nunc dimittis*... «¡Señor!, ahora ya puedes disponer cuando quieras de tu siervo»...

Después de ver a María y de tener a Jesús, ya no quiere más en este mundo..., está seguro que en todo él, no habrá nada semejante..., ya todo le cansa, todo le hastía...; ya no quiere ver más y desea morir.—Y tú, que ves con la fe diariamente a Jesús y le tocas y te alimentas de Él, ¿por qué tienes gusto de otras cosas que no son Él?... , ¿por qué no has muerto a todas las cosas, incluso a ti mismo, para vivir sólo de Él y sólo para Él?

3.º *La Profecía* — Y entonces, lleno del Espíritu Santo, dirigiéndose a María, la dice: «He aquí que Éste será causa de ruina y resurrección para muchos en Israel y señal de contradicción»... ¡Qué efecto causarían estas palabras en la Santísima Virgen!... ¡Cómo las meditaría para comprender bien su íntimo y misterioso significado, ya que veía claramente que eran palabras dictadas por el mismo Dios! — Trata de comprender tú, como María, este último significado... ¡Jesús, causa de ruina y de salvación para muchos!..., es decir, desde ahora ésta será la única razón de salvación y condenación de la humanidad... Todo el que se salve, será por Jesús...; todo el que se condene, será por ir contra Jesús.

Por tanto, es salud y vida para quien lo desea... Él llama a todos..., a todos busca..., por todos muere y derrama su sangre..., para todos funda su Iglesia y en ella coloca sus Sacramentos, fuentes de vida y de salud... Él es, por consiguiente, el único Salvador del mundo.

Todas las almas que se han santificado y han adquirido la posesión gloriosa del Cielo..., todas lo han conseguido por Él...; ni una sola lo hubiera podido hacer por sí misma. — Pero, en cambio, todo el que no quiera aprovecharse de la sangre de Jesús, se perderá irremisiblemente, ésta será la razón de la condenación eterna de los malos.

Penetra en el corazón de María y trata de comprender lo que pasaría por Ella, al escuchar estas palabras...; aquel corazón vio de repente todo lo que Jesús estaba haciendo e iba a hacer por todos los hombres..., le vio desangrado en la Cruz, muriendo por todos... y a la vez vio a la inmensa mayoría de los hombres no aprovecharse de esos méritos y gracias de Jesús...; vio cómo pisoteaban su sangre... y vio cómo esa sangre eternamente clamaría venganza contra ellos y eternamente pesaría sobre sus cabezas.

Da gracias a Jesús y pídele sea salud y no ruina para ti, y al mismo tiempo procura sentir pena y dolor, como la Santísima Virgen, a la vista de tantas almas para quienes Jesús será su perdición.

4.º *Señal de contradicción*. — Finalmente, añade Simeón: «será señal de contradicción». — Ante Jesús no hay términos medios: o con Él o contra Él. — Ya se ve esto, en su nacimiento... Pastores y reyes le adoran, pero Herodes le busca para la muerte...; su presencia no es nunca indiferente..., siempre excita o amores o rencores y odios enconados.

La historia de la Iglesia confirma, en los veinte siglos, esta verdad...; siempre ha habido discípulos fieles que le siguen hasta la muerte y fariseos que le calumnian y tratan de perseguirle con odio implacable... ¡Cuántas almas enamoradas de Jesús!... ¡Cuántas desgraciadas que no viven más que para ultrajarle!...

Convéncete de esta verdad... No hay, realmente, términos medios: el que no está con El, está contra Él. — Fuera, pues, tibiezas y

claudicaciones e inconstancias...; abrázate a El..., júrale un amor intenso y eterno. — Pide a la Virgen te lo dé así a sentir y... sobre todo, a practicar, para que toda tu vida sea un continuo acto de amor a Jesús.

MEDITACIÓN 46

PROFECÍA DE SIMEÓN SOBRE MARÍA

1.º *La espada del dolor.* — Simeón añade a María estas espantosas palabras: «Y también a ti, una espada traspasará tu alma»... He aquí profetizada la parte que la corresponde a María en los sufrimientos y dolores de su Hijo... ¡Una espada de dolor que constantemente ha de atravesar de parte a parte su corazón!

Ya, la Santísima Virgen en la Anunciación al oír la propuesta del ángel, tuvo revelación de los sufrimientos terribles que acompañarían a aquella dignidad de Madre de Dios... y, no obstante, valiente y generosa, pronunció su *fiat*, con lo que aceptó todo lo que el Señor quisiera enviarla.. ¡Qué sentiría al ver cuán pronto se iba a realizar ese *fiat!*... La espada de dolor la veía no como algo lejano y futuro..., sino que ya se la metía muy adentro y la empezaba a hacer sufrir. — Penetra junto con esta espada..., por esa misma herida..., hasta lo más íntimo de ese corazón purísimo... y trata de averiguar la intensidad de aquel profundísimo dolor...

2.º *Dolor profundo.* — Y así considera que este dolor es tanto mayor cuanto más previsto... Si Dios hubiera ocultado a María esta espada y este dolor... y sólo la hubiera permitido sufrir cuando llegase el momento del Calvario... al menos treinta y tres años hubiera pasado tranquila, gozando sin temor alguno de la presencia de su Hijo. — Mas el Señor quiso que también María imitara, en esto, a su Hijo.

Jesús, no sólo había de sufrir en la Cruz...; la Redención comenzó ya en Belén y, por eso, desde el pesebre hasta su muerte en el Calvario, no tendrá un momento sin sufrimiento... Así debió ser María, y para eso, la espada se la clava en el día de hoy... y ya no dejará un momento de atravesar su corazón.

Los pecados de los hombres iban a ser constantes... ¿Qué extraño que fueran continuos y constantes los sufrimientos de Jesús y María?... Piensa en esto muchas veces... Ellos no dejan de sufrir, porque los hombres no dejan de pecar...

3.º *Dolor incesante.* — Un mal previsto y cierto, es suficiente para acibarar todas las alegrías... El enfermo desahuciado, aunque sea larga su enfermedad y tenga momentos sin dolores, no los tiene sin sufrimientos... Sólo el verse incurable y destinado a la muerte, ya es suficiente para no gozar de nada, ni tener la más mínima alegría. — Si nosotros no temblamos ante el pensamiento de nuestra muerte, es porque no nos convencemos de que pronto tenemos que morir, y

vemos la muerte lejana.

Pero no fue así en María... Ella no dejaba un solo momento este día y este pensamiento... y por eso ya, desde ahora, no tendrá un solo goce... aunque sea tan legítimo y tan santo como los que tenía con Jesús... que no esté amargado con este recuerdo. — Contempla a María en Belén..., en Nazareth..., en Egipto..., pinta en tu corazón cualquiera de aquellas escenas tiernas y delicadas entre Madre e Hijo... y cuando veas que la Madre se extasía en la belleza y encantos y hermosura de Jesús..., cuando más goza con Él..., de repente un recuerdo..., unas palabras..., una espada la atormentan... El recuerdo, las palabras y la espada de Simeón.

Y así siempre; al abrazarle contra su pecho..., al peinarle su hermosa cabellera..., al sentarle a la mesa y darle de comer..., al contemplar la delicadeza de aquel hermosísimo rostro y la luz encantadora de aquellos ojos... y el carmín precioso de aquellas mejillas, ¡qué horror!... ¡Cómo vería Ella las salivas, bofetadas, azotes, clavos, etcétera..., que iban a herirle tan bárbaramente!

Y esto un día y otro día, y hasta en sueños de noche, ¡cuántas veces la imaginación la atormentaría con estas escenas!... Con gran generosidad ofréctete a sufrir renunciando, si así Jesús lo quiere, hasta a los mismos gustos y goces espirituales como María renunció toda su vida.

4.º *Dolor sin alivio*. — Por último, piensa que no había nada que la aliviara el dolor de esta espada..., ni el tiempo, que todo lo cura..., ni la esperanza de que no llegara a efectuarse. — Era la voluntad de Dios, y sabía que tenía que cumplirse necesariamente y por lo mismo cada día que pasaba, lejos de cicatrizar la herida, la aumentaba cada vez más y más, pues veía acercarse el momento del sacrificio...

Y a pesar de eso, lejos de acobardarla, también Ella, generosísimamente, de día en día, aumentaba el deseo de que llegara ese instante, no sólo por ser esa la voluntad de Dios, sino por bien nuestro. — Su dolor y sus penas son muy grandes, pero aún es mayor su caridad y su amor...; ¡cuanto más sufre por nosotros, más nos ama!

Adora los juicios y disposiciones de Dios que así quiere, con el sufrimiento, probar a los suyos y a veces cuando menos se piensa. — María fue al Templo llena de gozo en su Hijo...; este gozo aumenta al ver la revelación magnífica que Dios hace de El por medio de Simeón, llamándole «la luz y la salvación de los hombres»... y cuando más embebida está en este dulcísimo placer y divino contento..., la espada de dolor, por medio de las palabras de Simeón, se clava en su corazón... ¡Pobre Madre!, ya no ve en Jesús a su Hijo..., ya no ve más que una víctima que será destinada al sacrificio...; ¡el cordero de Dios que será inmolado por el mundo! — Acércate a María... dila palabras de consuelo y prométela no aumentar con tus pecados sus dolores... sino aliviar con el desagravio y reparación del amor, su penetrante espada de dolor.

MEDITACIÓN 47

LOS SANTOS INOCENTES

Este paso es la primera prueba de la profecía de Simeón. — Pasan Pocos días, quizá pocas horas, y ya Jesús aparece públicamente como señal de contradicción... Herodes le busca para la muerte. — La espada de dolor se clava en el corazón de María, causándola tormentos indecibles... Meditemos en este paso...

1.º *Herodes*. — ¿Quién era? Un tirano cruelísimo, célebre por las matanzas que hizo... sólo en su familia, a su esposa, a dos de sus hijos..., y a dos tíos suyos... y cinco días antes de morir, cuando estaba roído de gusanos, hace matar a otro tercer hijo. — Es un ejemplo claro de lo que es un alma víctima de una pasión... Herodes era esclavo de su ambición... y todo le parecía poco para conservar su corona y sostenerse en su trono. — Apenas oye que ha nacido un Niño Rey, concibe en seguida la idea de matarlo, y al verse burlado de los Magos, da la orden espantosa de matar a todos los niños menores de dos años.

Escucha los gritos y lamentos de aquellas mujeres..., imagínate las escenas de dolor y de rabia y desesperación que tendrían lugar, al llevarse a cabo esta orden por los soldados de Herodes...; mira la sangre de aquellos niños inocentes... y corre a ver la angustia y sobresalto de María. — ¡Cómo estrecharía Ella contra su corazón como si quisiera guardarlo y esconderlo en él a su Niño querido!..., sobre todo cuando oyera los gritos de otras madres y viera que la matanza ya había empezado... ¿Quién podría comprender las horas de angustia que pasaría su corazón?

Pues bien, piensa ante este espectáculo de sangre y de dolor lo que es una pasión..., hasta dónde puede llegar..., qué efectos más lamentables y espantosos puede producir. — ¡Qué mala es una pasión que se desborda!..., ciega por completo y arrastra al precipicio..., hace que se tema lo que no hay que temer, y que no se tema lo que se debe.

Mira a Herodes cómo teme a un Niño pequeñito y pobre, y no teme la crueldad y el pecado que comete. — La pasión empuja al hombre a todo, hasta el crimen, y nunca se detiene, ni dice jamás basta. — Además, cuando se satisface, no consigue nada, no nos da nada..., ni dicha, ni felicidad. — ¿Qué consiguió Herodes con esta orden?...

Piensa bien en esto, en lo infructuosa que es siempre la pasión, y, sin embargo, cómo nos dejamos fácilmente arrastrar por ella. — Examina si alguna quiere desbordarse en tu alma, y sujétala bien..., domínala para que ella no te domine a ti...

2.º *Los niños*. — Qué simpáticos y atractivos aparecen estos niños, primicias de los mártires...; humanamente hablando, son dignos de lástima, pero mirados con ojos de fe, qué dichosos son. Apenas

nacen, y ya son santos. — La Iglesia los canoniza y celebra su fiesta en los días de Navidad. — Son almas inocentes que gozan en el Cielo de todos los premios concedidos a la inocencia..., a la virginidad... y al martirio.

En un momento, la espada del tirano segó sus vidas, pero Dios les dio otra mucho mejor que nadie se la podrá quitar... y todo ¿por qué?... Porque murieron por Jesús..., en sustitución de Jesús..., por causa de Jesús..., esa es la razón de su dicha, como es la razón de toda felicidad. — Trabajar..., sufrir..., sacrificarse... y hasta morir por Jesús..., he ahí lo único grande..., lo único que puede hacernos felices ahora y siempre.

¿Qué hubiera sido de estos niños si no hubieran muerto por Jesús?... Ni hubieran sido santos..., ni glorificados con ninguna corona... Probablemente obreros..., pastores..., soldados... quizá verdugos de los que tomaron parte en la Pasión de Jesús..., eso hubieran sido..., pero, en realidad, mira lo que son, sólo por acercarse a Jesús... y a la Santísima Virgen. ¡Cómo les miraría Ella! ¿No guardaría en su corazón un recuerdo y un cariño, y un agradecimiento especial, hacia aquellas víctimas que morían por su Hijo?... ¡Cómo olvidarse nunca de ellos!

Óyelo bien y grábalo profundamente en tu corazón... Si quieres que la Virgen te recuerde y nunca te olvide, y Jesús te premie..., acércate a Él, ámale y sufre y sacrificate por Él...

3.º *El Niño Jesús.* — Aquí nos enseña Jesús cómo los planes de los hombres son nada ante su poder y sabiduría..., cómo inutiliza todo lo que Herodes concibe y ordena

Además nos enseña, al rodear su cuna de lamentos y gritos de dolor de los niños inocentes, que la mortificación es inseparable de su vida... y que todos, aún los mismos inocentes, deben ir por ese camino..., de suerte que la misma inocencia debe ir acompañada de la penitencia.

Mira, cómo todo cambia en un momento; lo que era dolores y desgracias, se cambia en alegría y gloria. El siempre triunfa, aunque sea perseguido... ¿Quién no se anima a seguirle, pues vemos en sus manos pequeñas el poder para jugar con el destino de los hombres aunque sean perversos?

Termina pidiendo a la Santísima Virgen luz para reconocer tus pasiones... y fuerzas y energías para dominarlas..., no para matarlas, que las pasiones pueden ser muy buenas. — Mira el ejemplo de Herodes..., con qué decisión obra y se lanza a todo..., cómo no retrocede ante nada... si esto lo hubiera hecho por lo bueno, ¡qué santo no hubiera sido! — Nadie más apasionado que Jesús y María... Procura lanzar hacia ellos tus pasiones, y así ámalos con pasión..., con locura..., con ambición..., con santa envidia de los demás... y verás qué fácilmente vences las dificultades que se encuentran en el camino de la santidad...

MEDITACIÓN 48

LA HUÍDA A EGIPTO

1.º *La orden de partida.* — Dios se vale de la crueldad de Herodes para disponer una prueba dolorísima a la Sagrada Familia... Siempre ocurre lo mismo, pero no lo advertimos. — Todo procede de la mano de Dios... o El lo permite para bien nuestro, aunque entonces no lo veamos... ¡Que difícil es cuando no se ve el fin de una prueba o de una tentación, resignarse a ella!... Mira el ejemplo de la Sagrada Familia.

Están en lo mejor de la noche..., descansando de las fatigas del día, que en una pobre casa no serían ni pocas ni pequeñas... San José había de trabajar todo el día para ganar el pan...; la Santísima Virgen, sin poder tener el lujo de una criada que la ayudara, todo lo tenía que hacer por sí misma...; así, que al llegar la noche, caerían en el lecho rendidos y agobiados... ¡Qué bien ganado tenían el descanso!

Contempla la escena y mira cómo en aquellos pobres lechos sobre el mismo suelo, descansan los personajes más grandes que ha habido en la tierra... las almas más santas. Quizá, quizá, María duerme con sobresalto..., el más pequeño ruido la despierta... y aunque con fía en la providencia del Señor, su corazón vela con cuidado...; no puede olvidar lo que ha oído de Herodes, y hasta en sueños, la imaginación la pinta las escenas de horror que han comenzado ya... o al menos han de comenzar al día siguiente con la matanza de los niños.

Ella por de pronto no deja al suyo..., duerme abrazada a Él y ¡qué tranquila y confiadamente duerme Jesús en los brazos de María!... : no hay cuna más blanda, ni más apetecida para Él... ¡Qué bien se debe estar en brazos de María!... ¿Por qué no tratas de probarlo?...

Mas he aquí que de repente un ángel turba el sueño..., despierta a José y de parte de Dios le da la orden de partir para el destierro. — San José acepta las disposiciones de la divina providencia, pero tiembla al tenérselo que comunicar a María. — Esta recibe, con nueva resignación, la orden del Señor y dando un abrazo más fuerte y un beso más ardoroso a su Hijo, se dispone a obedecer inmediatamente.

Trata de comprender el disgusto, la contrariedad y la pena, que este doloroso despertar produjo en María y... sin embargo, ¡qué dominio!, nada de enfados..., ni protestas. — ¡Qué ejemplo para ti!... Piénsalo bien...

2.º *Detalles de la huída.* — Con ser tan dura esta orden del Señor, no quiere suavizarla, sino al contrario, aún es más penosa y difícil en sus detalles...

Levántate, y ahora mismo, sin esperar a que amanezca, ni a que pase el tiempo..., ni a que lo pienses... Dios lo quiere, no hay nada que esperar ni hacer, más que cumplir su divina voluntad. — *Toma al Niño y a su*

Madre..., la huída es penosa y difícil, pero lo es más cuando hay que huir con otras personas. — No basta huir él solo, ha de ser con la Madre y el Niño, y esto aumenta las dificultades extraordinariamente... y huye, como si fueran malhechores que se aprovechan de la oscuridad para esconderse. — ¿No había otro medio más que el huir?... ¿No podía Dios haber ocultado al Niño de otro modo?... ¿No salvó a Moisés de una orden semejante a la de Herodes sin acudir a la huida?...

Parece que busca Dios lo más penoso y doloroso para los suyos. *Vete a Egipto...* Humanamente hablando, esto es un disparate. — Egipto está muy distante, unos diez días de camino...; en ese tiempo le pueden muy bien descubrir los soldados de Herodes y acabar con el Niño...; es, además, una región desconocida y hasta idólatra, y, por tanto, ellos allí no podrían estar... ¿No habría otra región que reuniera circunstancias más favorables? — Y, por último, ¿por cuánto tiempo?... Tampoco se les dice: *estate allí hasta que yo te avise*; esto es terrible. — Si fuera para pocos días, llevarían sólo lo más preciso, pero si va a durar quizá años, ¿qué llevarán?... ¡Qué dudas, qué incertidumbre que aumentan su pena y dolor! — Quizá María no pudo contenerse, y gruesas lágrimas derraman sus purísimos ojos, pero no pierden la serenidad..., la tranquilidad..., ni menos la conformidad con Dios.

3.º *La obediencia.* — Párate a considerar esta sublime obediencia. ¡Con qué exactitud..., con qué rapidez! — Inmediatamente se ponen en camino, mira la diligencia en cumplir la voluntad de Dios, y al mismo tiempo la humildad, sin poner ningún reparo..., ni hacer la más mínima observación. — Además, obedecen con gran constancia...; en todos los días que dura el camino, obran de la misma manera..., no se cansan..., no se impacientan... Y todo, ¿por qué? — Pues, porque en todo momento ven la voluntad de Dios..., saben que es orden suya y les basta.

La Providencia de Dios es sabia y es justa y es bondadosa, y sabe muy bien lo que ordena... ¡Qué admirable lección de humildad, de sumisión y de paciencia en todas las contrariedades!... ¡Qué sublime ejemplo de obediencia!... No te disculpes cuando no obedeces..., no digas que no tienes un ángel que te diga claramente la voluntad de Dios... Sabes que no es cierto...; ese ángel es para ti tu superior..., tu Director, que en nombre de Dios te habla... ¿Por qué cuando no te agrada..., cuando no ves la razón de lo que te dicen..., cuando crees que está equivocado, obedeces tan mal?... ¿Quién será, al fin, el equivocado, él al mandar o tú al dejar de obedecer? — Mira a María en este paso y contesta...

MEDITACIÓN 49

EN EL DESTIERRO

1.º *Incomodidades del camino.* — Considera las incomodidades del camino..., tan largo y tan peno so..., quizá, al menos los primeros

días, no se atreverían a viajar de día, y esperarían a la noche para no ser vistos. — Mira a la Santísima Virgen abrazada a su Hijo, del que no se separa ni un instante, llena de temores y sobresaltos, ocultándose en alguna cueva con San José, durante las horas de luz, y aprovechando la oscuridad para huir... ¡Qué poco y qué mal descansarían en estos días!

Recuerda el viaje a Belén lleno de incomodidades..., pero, al fin, era un viaje pacífico..., ahora es un viaje de huida... y de una persecución mortal. — ¿Cuántas veces al tener un contratiempo o molestia has pasado una mala noche sin dormir... y te parecía que era noche eterna, que las horas no pasaban?... Compara eso con las noches de la Santísima Virgen en su huida a Egipto, con tantas y tantas incomodidades...

Párate a pensar qué comerían, si no pudieron sacar gran cosa, ni abundaban tampoco en provisiones..., ni se les dio tiempo para prepararse... ¡Si al menos les hubieran dado un día para preparar lo necesario para el camino!... ¿Y dónde dormirían?... ¿en el duro suelo?... ¿bajo algún árbol?... ¿dentro de alguna cueva sucia y llena de alimañas ?

Compara tu delicadeza con lo que ahora sufre la Santísima Virgen..., mucho más delicada que tú, y piensa si ante Ella tendrás valor para quejarte cuando algo te falte..., cuando no salen las cosas a tu gusto..., cuando tengas que sobrellevar alguna molestia...

2.º *En Egipto.* — Por fin, llegaron, ¿pero adónde? No se sabe..., es de suponer que no se quedarían en el primer pueblo..., que esperarían algunos días antes de instalarse, a orientarse y enterarse de aquellas gentes... Quizá fue en la oración, donde a San José o a la Santísima Virgen, se les reveló el sitio donde quería el Señor...; quizá lo dejó Dios a su prudencia, como hace muchas veces, para que el hombre ejercite también esta hermosa virtud. — Por fin, se instalan en las cercanías de Heliópolis, donde había algunas familias de judíos...

Detente a ver aquella instalación... En Belén aunque pobre, tenían su casita y el taller de San José..., pero ahora nada...; todo lo tienen que mendigar. — Mira a la Santísima Virgen, así, materialmente pidiendo limosna para todo...; carecerías de todo y todo lo habrían de pedir.

Probablemente contarían su desgracia y la persecución de Herodes, de la que iban huyendo, aquellas familias de judíos... y alguna de ellas conmovida con este relato, les admitiría en su casa, hasta que buscaran mejor acomodo. — Después, poco a poco y a fuerza de muchas privaciones, lograrían poner su casita y hasta un poco de taller a San José... y ya comenzarían a poder vivir del trabajo de éste.

Ofrece una vez más tu corazón para albergue y morada de la Santísima Virgen... y ten envidia de aquellas buenas gentes que así ayudaron y consolaron a la Sagrada Familia en aquella tribulación... ¿Por qué no

aspiras tú a dar este consuelo a Jesús, María y José cuando ahora buscan también almas donde albergarse y no las encuentran?. ¿No ves que, al mismo tiempo, sería la mayor felicidad de tu corazón?...

Por último, mira cómo el Señor les da a la vez que este sufrimiento, grandes consuelos...; trabajan, sufren, pero con alegría y confianza en Dios.

Duró la estancia en Egipto varios años. — Es evidente, que allí Jesús manifestó los primeros encantos de su niñez..., allí balbuceó las primeras palabras... allí llamó por vez primera a la Santísima Virgen con el nombre de Madre..., allí rezó las primeras oraciones que Ella le enseñara... y ¡cómo se extasiaría la Santísima Virgen viendo a su Hijo juntar sus manecitas y orar con gran fervor y devoción!...

Allí vistió la primera túnica infantil..., allí tuvo sus primeros juegos y travesuras a las orillas del Nilo... ¡Cuántas veces traería a la Santísima Virgen flores de loto que allí crecen, y Ella se lo pagaría con un ardiente, beso!... ¡Qué consuelo da el Señor a los que por El se sacrifican!... ¿Qué Madre sufrió más?... Pero ¿quién más feliz que esta Madre a la vez?

3.º *El regreso.* — Y un día aparece otra vez el ángel, y les manda regresar. — Ha muerto Herodes..., todo terminó ya... ¿Por qué no pensar que todo se pasa y todo se acaba? — San José, prudentemente, no quiere volver a Belén, por si acaso Arquelao, el hijo de Herodes, es como su padre... Un ángel otra vez se le aparece, y le dice que ha obrado bien, y que permanezcan en Nazareth...

Nunca la prudencia es enemiga de la obediencia. — Propón, humildemente tus deseos, y hasta tus dificultades si las tienes... y luego espera, como San José, indiferentemente la respuesta. — Pero nada de empeñarte en salir con la tuya... y enfadarte y disgustarte cuando no te dan la razón. — Prudencia, sí..., pero a la vez sumisión y obediencia.

MEDITACIÓN 50

VIDA EN NAZARET

1.º *Importancia de esta vida.* — Es una vida aparentemente ordinaria..., oculta..., sin valor alguno. — No hay nada en ella que llame la atención externa de los demás. — Pasa desapercibida para todos los vecinos de Nazaret. — No busques lo ruidoso..., lo llamativo..., lo que dé que hablar. La oscuridad, el silencio..., lo vulgar, es lo que acompaña a esta vida... y, sin embargo, piensa que Nazaret es la escuela de la santidad..., es la casita de Nazaret el taller donde se forman las virtudes todas..., es lo más grande y hermoso que existe en la tierra a los ojos de Dios. — Todos los santos han ido a Nazaret a aprender estas lecciones y no es posible vivir vida de perfección, sin estudiarlas o imitarlas.

Por otra parte, es la vida más larga de Jesús. Él es nuestro Maestro y

nuestro Modelo... pero de Maestro sólo estuvo tres años... y ¡treinta! de Modelo. — Más quiso enseñar con su vida práctica que con su predicación.

Nada, pues, te debe ser más familiar y conocido que la vida de Nazaret...; allí has de encontrar la solución de todo y para todo. — Pregúntate y examínate si así lo haces..., si te acuerdas mucho de la vida oculta de Nazaret..., si has logrado que te enamore..., si, en fin, piensas todos los días, y muchas veces en ellos, en la vida de fervor que reinaba en aquella casita...

2.º *Vida de orden.* — Esto es lo primero que se ha de considerar: el orden que reinaba en aquella Familia. — Contempla a la Santísima Virgen modelo de orden..., a San José le tocaba ganar el pan con el sudor de su trabajo... pero a la Madre le correspondía el dirigirlo y ordenarlo todo... y ¡qué admirablemente lo hacía!

El orden consiste en que cada cosa ocupe su puesto, y todas las acciones se hagan reglamentadas y sujetas a un fin... No es orden guiarse por el gusto o disgusto, sino hacerlo todo a su debido tiempo, con placer o con fatiga..., cuando agrada o cuando desagrada... atendiendo sólo a lo que se debe. — Si sigues tus inclinaciones y te guías por tus impresiones, un día tendrás gran fervor..., tendrás ganas de todo y lo harás todo muy bien... otro día, si te falta esa sensibilidad, no tendrás ganas y no harás nada... o lo harás todo mal y de mala gana... ¿No te ocurre esto con frecuencia?... Mira el ejemplo de la Santísima Virgen y contéplala, víctima de su deber... cumpliendo con perfecta exactitud en todo momento, sea lo que sea...

3.º *La constancia.* — De aquí se deduce la necesidad de la virtud de la constancia o de la perseverancia..., que es consecuencia de lo anterior. La inconstancia brota precisamente de la falta de orden..., de no cumplir con lo ordenado y reglamentado. ¿No tienes el convencimiento de que la constancia es el elemento esencial del amor?... ¿Que un amor de días..., de temporada..., cuando tenemos gusto..., eso no es amor?

Pues mira cómo te encuentras en punto a constancia, y verás cómo va tu amor... y comprenderás que tu constancia dependerá de tu orden y de tu reglamento, que debes cumplir con fidelidad...

4.º *La rutina.* — Sin embargo, hay que evitar una dificultad... Si la falta de orden engendra la inconstancia, el obrar siempre con él, puede producir la rutina..., esto es, el hacer las cosas por costumbre..., mecánicamente..., maquinalmente... y esto lleva a la indiferencia..., a la tibieza espiritual, porque se hacen las cosas sin gusto y sin provecho.

No confundas, por tanto, el orden con la rutina..., el reglamento con la costumbre mecánica. — ¡Cuánto aprovecharías, si lo que haces porque

tienes que hacerlo, según tu reglamento, lo hicieras con verdadero fervor! — La rutina, es la polilla de la vida espiritual. — Todo lo echa a perder..., gran parte del valor y a veces todo el valor de tus obras se evapora por la maldita rutina.

Mira a la Virgen en Nazaret...: orden, método, reglamento, con gran exactitud, con perfecta constancia, pero sin rutina de ninguna clase. ¿Por qué? Porque todo lo hacía en presencia de Jesús. — La presencia de Dios..., la presencia de María..., son el gran remedio para combatir la rutina.

5.º *Ventajas.* — Pondera brevemente las inmensas ventajas del orden. — «Guarda el orden y el orden te guardará a ti», decía San Agustín. — Por tanto, toda tu vida espiritual, dependerá de ese orden y método de tus cosas. — Además, en la vida de orden, se ejercitan, sin querer, las más hermosas virtudes: la obediencia, no haciendo tu voluntad, sino lo ordenado y dispuesto...; la humildad, porque el amor propio se resiste a entrar por el aro del orden...; la vida de esclavitud, porque obras sin libertad, siendo esclavo de tu deber ordenado..., y, finalmente, la mortificación y penitencia, pues es la mayor de todas... Recuerda lo de San Juan Berchmans: «la vida común (esto es, la del orden y del reglamento), ésa es mi mayor penitencia», y como premio de la vida de constancia y perseverancia..., la vida del verdadero amor.

Mira ante el ejemplo de María cuánto tienes que hacer en esta materia...; pídelo te dé a conocer su enorme importancia, y la gracia de imitarla con esa exactitud ordenada de Nazaret, que convierte la vida ordinaria y vulgar, en fuente de gran santidad.

MEDITACIÓN 51

LA CASA DE NAZARET

1.º *Vida de obediencia.* — Es una consecuencia del orden. — Cuando todos mandan, o cuando nadie obedece, no puede haber nada ordenado...; es, por tanto, necesaria la vida de obediencia, donde ha de haber vida verdaderamente ordenada y regulada. — Nazaret, modelo de orden, lo es también de obediencia.

La importancia de esta vida nos la da el Evangelio... Casi no dice nada de la vida de Nazaret..., fue la parte más larga de la vida de Jesús, y toda ella la resume en dos palabras..., pero en estas palabras hace resaltar que la vida de Nazaret fue vida de obediencia sobre todo. — *Jesús, estaba sujeto a sus padres...* María a José... José, a la voluntad de Dios. — De suerte, que allí todos obedecían y ni un momento hacían su voluntad propia, sino la de Dios, por medio de la obediencia.

Penetra bien en este pensamiento, y pide a la Santísima Virgen un conocimiento práctico de él: que sólo con la obediencia podremos cumplir la voluntad de Dios. — Ése es nuestro fin, servir a Dios...; el que sirve,

debe hacer la voluntad de su señor...; luego tenemos que hacer siempre la voluntad de Dios.

Pero esta voluntad, a veces es oscura y difícil de conocer...; otras, el amor propio nos ciega, para que no la veamos...; otras, es el demonio el que se empeña en oscurecerla, con tentaciones y astucias diabólicas, y así apartarnos de la fuente y causa de la santidad, que es el cumplimiento de esa voluntad de Dios. — ¿Qué hacer entonces?... ¿Dónde buscar la solución?... ¿Cómo acertaremos con lo que Dios quiere?... Sólo con la obediencia. — Con ella, no se cumple la voluntad de un hombre, sino de Dios, que por él nos manda.

2.º *El modelo.* — Y la gran lección práctica es Nazaret... Jesús y María no ven en la obediencia algo accidental y pasajero, sino esencial y permanente... y por eso toda la vida de Jesús será modelo de obediencia...

Ante todo y sobre todo, obedecer...; ese era su plan y su programa de vida. — Y sin embargo, ¿quién era Él... y a quién obedecía?... Ahora, a sus padres, que, aunque muy santos, distaban infinitamente de su santidad... ¡Cuánto mejor sabía Él siempre lo que tenía que hacer y, no obstante, no quiere saber más de lo que le manda la obediencia! — Y la Santísima Virgen, con tal modelo delante, ¿qué haría ante los deseos y disposiciones de su esposo?...

Quédate un día entero a vivir en aquella casita y verás, desde la mañana a la noche, una paz inalterable..., una tranquilidad celestial... Pues bien, todo eso es por la obediencia. — ¡Qué espectáculo para los ángeles del Cielo, que estarían extáticos y pasmados al ver esta sumisión de los más superiores a los más inferiores!... Y, sin embargo, ¡qué dependencia más completa y total y absoluta de la voluntad del que representaba a Dios, aunque fuera inferior!...

3.º *Cualidades de esta obediencia.* — ¿Cómo se obedecía allí?... Con prontitud exterior y con alegría interior. — No olvides estas dos partes de la obediencia...; no basta hacer exteriormente lo que te mandan..., es indispensable el espíritu de sumisión interior..., el rendimiento de juicio y la sumisión de voluntad.

Además, allí se obedecía en todo: en lo agradable y en lo desagradable..., en lo grande e importante y en lo pequeño... hasta en los más pequeños detalles. — En la obediencia, todo es importante...; un solo detalle puede desvirtuarla. — Hay que obedecer, totalmente, sin que al obedecer pongas algo de tu voluntad propia... Piensa en esto: ¿cuántas veces obedeces a tu modo..., cuando tú quieres..., cuando a ti te parece..., cuando a ti te gusta?... Quieres obedecer, pero a la vez hacer tu gusto..., cumplir la voluntad de Dios, pero sin dejar la tuya... ¡Qué lástima! ¡Qué obediencia tan pobre! ¡Qué poco le agrada a Dios! — Mira a Jesús..., contempla a María y aprende.

En fin, una obediencia *sobrenatural*, con espíritu de fe, mirando a Dios y no a quien manda. — Mira en el superior, una imagen de Cristo, y ya sea esta imagen hermosa o grosera, no te debe importar...; no obedezcas por simpatías..., por cariños y afectos..., por agradecimiento..., por no disgustar al superior que te manda...; todo eso es muy humano... Obedece a Dios y solo a Dios... nunca a los hombres como tales, sino en tanto en cuanto representan a Dios.

4.° *Frutos de la obediencia.* 1.° La gloria de Dios..., pues por la obediencia, el alma va directamente a Dios. — 2.° El sacrificio y mortificación que supone...; no hay nada más meritorio que este sacrificio en el que ofreces a Dios tu libertad y tu voluntad. — 3.° La posesión de Dios...; así es como Dios te posee y es tu Dueño y Señor; de lo contrario, serás tú y no Él quien te posea. — 4.° Con la obediencia vienen otras muchas virtudes: la humildad..., el vencimiento propio..., la vida de fe..., la alegría y la paz de la conciencia tranquila, son frutos de la confianza en Dios que trae consigo la obediencia.

5.° *Tu obediencia.* — Examina ahora ante Jesús y María tu obediencia... ¿También haces que la obediencia sea en tu vida algo accesorio y pasajero..., obedeciendo a temporadas..., cuando te sale así..., o te viene bien..., o tienes ganas..., o te agrada lo que te mandan?... O al contrario, ¿trabajas porque sea tu obediencia lo más esencial y permanente .en tu vida espiritual, obedeciendo siempre..., en todo..., con detalles..., prontamente..., con sumisión de juicio y de voluntad..., con espíritu de fe? — ¿Obedeces con alegría, deseando que te manden algo, aunque te cueste, y dando así libertad y confianza a tu superior, para que te mande?... ¿Cómo la Virgen y San José se hubieran atrevido a mandar nada a Jesús si no hubieran visto el placer y la alegría que le causaba la obediencia?

Pide a la Santísima Virgen, que ya que quieres vivir su vida de esclavitud, comprendas que ésta consiste, antes que nada, en la *vida de obediencia*... Fíjate bien: no en obedecer alguna que otra vez, sino en la vida de obediencia..., o en la obediencia por toda la vida.

MEDITACIÓN 52

VIDA DE NAZARET

Otra característica de la casa de Nazaret, fue su humildad y oscuridad y así se llama a esta vida la *vida oculta* de Jesús.

1.° La soberbia con todos sus derivados: el orgullo, la vanidad, el amor propio, la afición desordenada, por la que buscamos tan fácilmente la alabanza y la gloria de los hombres..., todo esto es innato en los hombres. — Todos padecemos la misma enfermedad... ¿A quién no le agrada ser estimado y alabado?... ¿A quién no le

duele, sobre todo en algunos casos, el menosprecio..., la indiferencia..., la frialdad con que es acogido por los demás? — Recuerda casos prácticos de tu vida y verás cuántas veces has sentido esto..., mucho más cuando tenías derecho a esperar otra cosa... Es consecuencia del pecado original...; a todos nos mancha y a todos nos deja heridos con esta misma herida. — Comienza por persuadirte que entras muy de lleno en todo esto y cuanto más te creas libre de ello... más metida está, y más profundamente, tu alma en la soberbia y ambición. — Debes, pues, convencerte prácticamente de la necesidad que tienes de corregir y de curar esta enfermedad.

Además, piensa en lo necia y ridícula que es...; se trata de buscar la estima y alabanza de los hombres y esto, ¿qué es?... , ¿qué vale?... , ¿no ves cuántas veces los hombres se engañan en sus juicios... , otras juzgan con pasión..., con prejuicios y hasta con hipocresía?... ¡Cuánta falsedad en el corazón humano!... ¡Qué pocos dicen con sinceridad y nobleza lo que de ti sienten!.. ¿Y esto es lo que tanto buscas y tanto te gusta?... ¡Qué tonto y qué necio eres al dar importancia a esta vanidad que no es más que palabras..., humo..., nada!...

2.º *El ejemplo de Nazaret.* — Mira al contrario en aquella casita que lección te dan más provechosa en este punto... ¡Cómo allí se pisotea y se desprecia todo esto!... Jesús se esconde y oculta, en aquel pueblecito de Nazaret que no era conocido..., ni siquiera una vez se le nombra en la Sagrada Escritura hasta este momento... Jerusalén era una gran ciudad... Belén, la ciudad de David..., pero Nazaret, nada, una aldea de cuatro casas, miserable y desconocida de todos... Allí vivió María..., allí vive ahora el Hijo de Dios.

Jesús, también se oculta y esconde por las condiciones de sus padres, que eran unos pobres..., que no llamaban la atención de nadie..., que eran como unos humildes aldeanos... que ni siquiera en Nazaret brillaron y ejercieron cargo alguno.

En fin, también se oculta, por sus ocupaciones, que eran las de una casa pobre, donde los niños ya tienen que hacer recados..., ayudar a sus padres, etc..., y después de mayor, no se dedicó a estudios o alguna otra ocupación elevada, sino a las labores de un artesano..., de un carpintero que ni siquiera, con su oficio, hacía cosas preciosas de arte, sino vulgares..., rudas y ordinarias.

Mira a Jesús, así, ocultándose y escondiéndose... contempla a María con toda su hermosura y santidad, enterrada en aquel pueblecito, donde nadie la apreciaba nada más que como una buena vecina...; mírala ocupada en las cosas más bajas y ordinarias...; es la perla que se oculta en el fondo del mar. — No parece sino que Dios, celoso de que se la robaran, así la escondía y guardaba...

3.º *Tiempo que dura.* — Pero, además, recuerda el tiempo que esto dura..., hasta que fue necesario salir a predicar...; sino allí hubieran

pasado toda su vida... ¡Qué lección más práctica! El Hijo de Dios no tiene prisa por dejar su escondite, y sólo lo deja por la obediencia y la gloria de su Padre. — ¿No te parece que humanamente hablando estaba allí perdiendo el tiempo?... Si en vez de tres años hubiera predicado seis o diez o quince, ¿no hubiera sido mejor?... ¡Cuántas almas hubiera convertido!... ¡Qué de cosas no hubiera enseñado al mundo!... Pero allí, en Nazaret, ¿qué hacía tanto tiempo?... ¿No era incompatible el dejar pasar así los días, con su obra de Redención?... Parece hasta indigno del Mesías Redentor, el pasarse ¡treinta años! sin hacer nada, al parecer, en su oficio de Redentor..., que era el fin que traía a este mundo. — Y, sin embargo, la sabiduría de Dios no pensaba de ese modo. — Quería darnos la lección suprema de la humildad, enseñándonos prácticamente a combatir la soberbia y la vanidad nuestra... ¡Qué lección más dura y qué poco la aprovechamos!...

4.º *Oscuridad y silencio.* — Penetra bien delante de Dios el valor de la oscuridad y silencio. — A la vista de Jesús y de María así abrazados con ella, tu corazón no debe desear otra cosa.

El demonio desea que tus cosas se vean para que el ladrón te las robe o para que su mérito se evapore... Un perfume destapado pierde su fuerza...; un imprudente que exhibe sin cuidado sus alhajas y riquezas, fácilmente las pierde...; todos procuran esconder su dinero...; no se publica ni se dice a nadie lo que se tiene...; ¿por qué no obrar así de prudentemente en la vida espiritual?

Es arduo y áspero el trabajar en silencio..., sin que nadie nos vea..., sin que nadie se entere...; es duro hacer el bien sin esperar alguna recompensa..., ningún agradecimiento... Recuerda cómo te ha costado esto y quizá por ello te has llevado verdaderos disgustos... Es, en fin, muy doloroso vernos aislados..., no comprendidos ni estimados..., pero mira a Nazaret..., contempla a Jesús en aquella vida que sólo interrumpe por la predicación y que continúa ahora en la Eucaristía... soledad..., silencio..., oscuridad, esa es su vida. — Mira a María y pídelas te dé a participar de la hermosura de esta vida y de los encantos que encierra... para las almas que enamoradas de ella quieren ocultarse a los ojos de los hombres, para vivir sólo para Dios.

MEDITACIÓN 53

VIDA DE NAZARET

Vida de trabajo. — Consecuencia de la vida de pobreza de la Sagrada Familia, es la vida de trabajo que allí tenía que reinar...; eran pobres y no tenían más remedio que comer de su trabajo...; San José, en su oficio...; María, en sus ocupaciones domésticas..., y el Niño, ayudando a ambos..., todos allí trabajaban. Meditemos, que algo nos quieren enseñar con este trabajo.

1.º El trabajo es una ley de la creación: es, por tanto, algo natural en el hombre... La pereza, la ociosidad, es completamente irracional... Como el ave para volar, así el hombre ha nacido para trabajar, dice Job en la Sagrada Escritura. — En el mismo Paraíso, Dios quiso que el hombre trabajara y, para eso, para trabajarlo y cultivarlo, se lo dio el Señor. — Es, además, un castigo, y por eso tiene el carácter de tal, y ocasiona fatiga...; la fatiga, es propiamente el castigo del pecado, no el trabajo mismo. — Todos hemos pecado, luego nadie puede estar exento de esta pena. — Trabajos físicos y morales..., en el cuerpo y en el alma..., para comer y para conservar la vida y hasta para gozar..., siempre hay que trabajar.

Convéncete que éste es tu deber, y que no puedes dejar de cumplirlo... Cuanto más trabajes, más racional eres..., más semejante a Dios, que es la misma actividad por excelencia..., la más grande..., la que más produce.

2.º *La virtud.* — Pero, sobre todo, es una virtud: a) porque el trabajo es una penitencia verdadera... y una penitencia muy santa y muy hermosa, porque ha sido elegida e impuesta por el mismo Dios... y porque, además, es universal para todos y en cada momento. — Quizá puedas eximirte de otras penitencias, pero no de trabajar...; aún el enfermo, en una forma o en otra, está trabajando; b) porque si la ociosidad es madre de todos los vicios, él trabajo lo es de las demás virtudes...; es evidente que al ocioso tienta mucho más y mejor el demonio...; el trabajo, cuanto más duro, y penoso, mejor...; sirve admirablemente para prevenir las tentaciones..., para debilitar las pasiones..., para quitar ocasiones al enemigo que se desconcierta ante un alma ocupada; e) en fin, es una virtud de expiación o reparación... Satisfacer por el pecado..., adquirir grandes méritos..., preservarte de las caídas, he ahí los grandes frutos del trabajo.

Da gracias a Dios que en una cosa tan necesaria como ésta, puso tantos provechos con que estimularnos... y a la vez endulzar la pena de este castigo. — ¿Quién llamará castigo a una cosa tan provechosa como ésta? ¿Quién no se abrazará gustoso con el trabajo, si ha de servirle de fuente de gracias y merecimientos incalculables?...

3.º *El trabajo en Nazaret.* — Por lo mismo, no es posible que falte el trabajo en Nazaret..., y el trabajo, en su más estricto sentido... No sólo es trabajo la ocupación..., el no perder tiempo..., sino, sobre todo, trabajo significa una cosa laboriosa..., difícil..., costosa..., ruda..., que requiera esfuerzo..., sudor..., molestias grandes. — Así, así fue el trabajo en Nazaret...; nada de poesías ni de idilios en aquel trabajo... No era un trabajo para hacer algo..., para matar el tiempo..., para pasar el rato..., era para comer..., ¡para vivir! — Vivían del trabajo..., eran unos pobres trabajadores..., unos jornaleros.

Mira a San José y al Niño con el trabajo monótono..., pesadísimo...,

aburrido de una carpintería. — Y de una carpintería de aldea, donde no se hacen más que cosas toscas..., ordinarias..., vulgarísimas. — Mira a aquellas manos divinas, que fabricaron el mundo, encallecidas ahora, con el duro trabajo. — Y a la Santísima Virgen lo mismo... También Ella, después de las labores de la casa, aún las más bajas y viles... lavar, barrer, fregar, etc., cogería el huso para hilar y ganarse hilando, también su jornalito. — Piensa y medita.

¡La Virgen a jornal!... No se ocupa en labores primorosas...; sus finas y delicadas manos no bordan en oro y sedas..., ni trabajan en blondas y encajes..., sino en trabajos ásperos y mortificantes...

4.º *Tu trabajo.* — Así debe ser tu trabajo. Bien está evitar la ociosidad, teniendo siempre alguna ocupación, pero no lo olvides, que no siempre toda ocupación es trabajo. — Distingue dos clases de trabajo en que has de ejercitarte: el espiritual y el corporal. — Hay que trabajar en el alma, para vencer las pasiones..., dominar el genio y carácter..., pisotear el amor propio..., para no distraerse y hacer fructuosa la oración..., para ejercitarse en la práctica de las virtudes..., para llevar una vida intensamente espiritual... y, sobre todo, para ser constante y perseverante en ella. Todo esto es trabajo y, sin él, nada se puede hacer. — Propón trabajar muy de veras en este trabajo, aunque te resulte pesado..., cansado..., molesto.

Además, el corporal, trabajando en el cumplimiento de tus deberes..., no buscando aquello que más te gusta, o te distrae..., sino lo que debes; según la voluntad de Dios y para la mejor gloria de Dios.

Finalmente, esto mismo aplícatelo a tus obras de celo y apostolado. ¿Buscas las que más lucen y brillan o las que más provecho causan en las almas?... ¿También en esto te gusta trabajar con comodidad?... ¿También aquí te guías por lo que te agrada o desagrada?... ¿También eres inconstante en este trabajo? Mira a Jesús..., contempla a María ¡tantos años! trabajando, y aprende esta lección..., sigue ese ejemplo. — Pídeles gracia para hacer con Ellos esa penitencia hermosísima del trabajo... diario..., costoso..., aburrido..., monótono...

MEDITACIÓN 54

VIDA DE NAZARET

1.º *Vida de oración.* — Es la oración, la unión del alma con Dios..., la comunicación y el trato con Él. — Por eso no hay nada más esencial: Dios es *el todo* y tú *la nada*. — Él es el Señor y el Dueño inmensamente rico..., poderoso..., lleno de bondad...; tú el pobre..., miserable..., reducido a la mayor impotencia. — Es natural, es indispensable, que acudas a Él, pues sin Él nada tendrás..., nada podrás hacer. — Ese acudir a Él, ese pedirle lo que necesitas, es la oración. — ¡Qué amor tan grande el del Señor al darte un remedio tan

fácil..., tan sencillo..., tan eficaz, para remediar tus debilidades y miserias. — Si los enfermos tuvieran una medicina tan fácil que con sólo acudir al médico ya se curaran, ¿habría enfermos en este mundo?

Piensa en nuestra locura inmensa, cuando no apreciamos en lo que vale, el medio divino de la oración... cuando no la utilizamos como debemos..., ni con la frecuencia que la necesitamos. — No ha habido santo alguno sin oración... y a mayor espíritu y vida de oración, mayor santidad. — Podrá haber santos sin grandes y extraordinarias cosas de milagros..., profecías..., austeridades..., éxtasis y raptos..., pero no sin oración. — Sin embargo, no mires a los santos..., entra en la escuela de oración donde ellos aprendieron esta lección..., y la escuela es Nazaret.

2.º *Oración continua.* — Allí se vivía una vida continua de oración. — Por encima de todas las virtudes, destacaba ésta. — Más aún, ésta es la que daba vida y carácter a todas las demás. — En muchas casas hay pobreza como en Nazaret..., hay oscuridad..., hay trabajo..., pero todo eso con aquel espíritu de oración, no lo hay en ninguna. — Todo se hacía en virtud de la oración y como fruto de ella...; de ahí que en Nazaret se oraba sin cesar... ¡Cómo santifica la oración las cosas más pequeñas!...; todo deja de ser pequeño e indiferente, cuando se hace con este espíritu de oración. — El comer..., el dormir..., el jugar y el divertirse..., el sufrir o gozar..., el trabajar y el descansar, es entonces una verdadera oración. — Y ¡cómo endulza ésta todas las cosas amargas de la vida!

Contempla a María trabajando afanosa..., cansada..., fatigada..., abrumada..., sudorosa..., y todo para apenas poder dar de comer a su Hijo querido..., para no salir de su pobreza nunca...; mas no se enfada..., no se impacienta..., esa es la voluntad de Dios, y la acepta, no resignada, sino gustosa y contenta..., satisfecha..., alegre...; todo lo hace con Dios y por Dios.. , es decir, todo lo hace orando..., todo lo convierte en oración. — Por eso es feliz...; no cambiaría su suerte por nadie..., no dejaría su pobreza por las mayores riquezas y comodidades... ¡Ah!, si conociéramos bien cómo todo se transforma con la oración!

3.º *Oración fervorosa.* — Mira, además, y contempla a la Santísima Virgen en los momentos especialmente dedicados a la oración. — No ya sólo interrumpe su trabajo para levantar su corazón..., purificar su rectísima intención y renovar su incesante presencia de Dios, sino que varias veces al día dedicaba varios ratos exclusivamente a la oración y contemplación. — Mírala y examínala bien; ¡cómo oraría en su porte exterior y en su interior!... Levanta tu espíritu y tu imaginación al Cielo, y allí verás al Cielo todo, y especialmente a Dios, gozándose con la oración de María..., recibiendo la gloria que esta oración le da..., comunicándose con Ella y aumentando sus gracias y merecimientos. — ¿Será así tu oración?... ¿También darás

con ella gloria a Dios..., alegría a los ángeles... y merecerás que El se comunique contigo y te dé sus gracias y lo que necesitas? ¿Por qué sacas tan poco fruto de la oración?... ¿No debías ya tener mucha santidad?... ¿Es que tu oración es como la de María, fervorosa..., humilde y constante?...

4.º *Oración en común.* — Y no sólo María, sino todos en aquella casa oraban..., y oraban en privado y en común. — ¡Qué espectáculo tan hermoso el de la Sagrada Familia en oración!... ¡Cuánto agrada al Señor la oración en familia... la oración en común... ¿Te persuades bien de esto? — El mismo Jesús, después de practicarlo así en Nazaret, y más tarde con sus discípulos, claramente nos lo enseñó y aconsejó...: «donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo».

El hombre es social por naturaleza..., todo lo hace con los demás..., ha de vivir con la familia..., con la sociedad, ¿por qué no santificar esa vida con la oración? — Si tienes amistades para tratar..., conversar con ellas..., ¿por qué no para llevaros mutuamente a Dios?... Si se dice que en la unión está la fuerza, y el hombre se une a los demás cuando quiere conseguir algo... o hacer un esfuerzo que solo no podría.... ¿por qué no ha de ser así en la vida espiritual? — Mira a la Iglesia cómo fomenta la oración y la vida espiritual en común. — Las Órdenes religiosas no son otra cosa. — ¿Por qué no tratas de hacerlo así y en lo que puedas fomentar la oración..., la mortificación..., la conversación y vida espiritual en la familia..., en las amistades..., en la sociedad que te rodea?...

MEDITACIÓN 55

VIDA DE NAZARET

1.º *Vida de crecimiento.* — Los evangelistas, tan parcos en hablar de la vida de Nazaret, no se callan este detalle de Jesús y dicen que «el Niño crecía y se desarrollaba»... y juntamente también con Él sin duda, había de crecer su Madre. Pensemos en este misterioso crecimiento...

En cualquier clase de vida, el crecimiento es algo esencial... En la vida vegetativa, ¿cómo conoces que una planta ha agarrado bien y tiene vida?...; en que crece y aumenta. — En la vida animal, lo mismo; ¿qué sería de un animal..., de un cuerpo humano que naciera y no creciera, ni se desarrollara?... Sería un monstruo, o no viviría... El crecimiento es señal de vida. — Convéncete de este principio de que la vida es esencialmente crecimiento. — Pues bien, la vida espiritual, aunque muy interna, es también vida y, por consiguiente, requiere también crecimiento. — Crecer es aumentar..., es adquirir una nueva perfección... Por eso en la vida espiritual, no cabe detenerse, no es posible estancarse. — Comprende ahora aquello de que en esta vida del espíritu, el no ir adelante, es ya ir hacia atrás..., detenerse..., pararse por la

tibieza o frialdad, es retroceder. — No te engañes miserablemente; si no avanzas, das pasos hacia atrás...; si no aumentas, pierdes de día en día...

2.º *El modelo.* — Jesús crecía. — Aparece creciendo y aumentando... y es el único que no podía realmente crecer. — Todo lo tenía y poseía desde la eternidad en grado infinito...; no era capaz de adquirir nuevas perfecciones. — No obstante, quiere ser nuestro modelo y enseñarnos prácticamente a crecer... y así quiso manifestarse como si realmente creciera.

El sol, es siempre el mismo, en realidad no aumenta ni crece, y, sin embargo, desde la luz de la alborada hasta el mediodía, aparece como si ciertamente aumentase y creciera su luz... Así Jesús cada día aumentaba una perfección más o un grado mayor de ellas, como si efectivamente en ellas creciera y se perfeccionara... ¿Qué será el crecimiento para Jesús cuando, siendo el único que no podía crecer, quiso aparecer de ese modo?...¿No querrá que tú le imites y trabajes por tu crecimiento verdadero?... Y la Santísima Virgen, ¿no crecía también?... Si Ella fue la que aprovechó mejor las lecciones de Jesús..., ¿olvidaría ésta?... ¿No es dulce pensar, y, además, es cierto, que después de Jesús, nadie ha crecido tanto en gracia y hermosura de alma delante de Dios y delante de los hombres, como Ella?...

3.º *En qué crecía Jesús.* — a) En su cuerpo: era el único crecimiento de que era capaz... El cuerpo tierno y delicado del Niño, se fortalecía y robustecía cada vez más y más, para ser apto y útil en los trabajos apostólicos..., en su predicación..., en los sufrimientos de su Pasión. — Por tanto hasta el crecimiento físico y natural, era para Él, algo que se dirigía a su fin de Redentor..., al mejor cumplimiento de la voluntad de su Padre..., al bien de las almas. — Aprende a dirigir a ese fin también tu salud..., tus fuerzas..., tu vida toda, aún bajo el punto de vista corporal y físico...;

b) *Crecía en sabiduría.* — Esta era doble: una humana, con la que aparentaba conocer cada vez más y mejor lo necesario para la vida..., para su oficio..., para ayudar a sus padres. — Además, conocía cada día mejor lo que eran los hombres por los que se iba a sacrificar..., lo que era el corazón humano, y este conocimiento le hacía sufrir, al ver su inconstancia..., su egoísmo..., su incomprensión del verdadero amor..., y compararía los corazones de todos los hombres y en todos vería algo semejante, y también... ¡en el tuyo!..., ¡qué pena! — La otra, era la sabiduría divina, que cada vez se revelaba más, como en el Templo se reveló admirando a los Doctores... ¡Cómo aprovecharía la Santísima Virgen estas lecciones!..., y tú, ¿cómo oyes las cosas de Dios y las inspiraciones tuyas?... ¿Cómo las cumples y te aprovechas de ellas?

c) *Crecía en santidad.* — De día en día, hacía obras más del agrado de su Padre, y más provechosas para nosotros... ¡Qué rectitud y pureza de

intención!... ¡Qué amor, sobre todo, en sus obras! — Empápate bien de esa santidad creciente de Jesús, que así va creciendo hasta el fin de su vida..., hasta la Eucaristía..., hasta la Cruz...

4.º *Tu crecimiento.* — Has crecido en tu cuerpo como Jesús, pero en tu alma, ¿qué has hecho cada día..., cada mes..., cada año?... ¿Notas que vas creciendo y aumentando?... ¿Procuras crecer en el conocimiento de Jesús y en el de su Madre?... ¿Trabajas por ahondar y penetrar en el fondo de esos dos corazones..., en las finezas de ese amor para imitarles en el tuyo?... ¿Aumentas de veras en fervor..., en santidad..., en amor a Jesús por medio de María?

Si la vida es crecimiento, ¿puedes decir que tu alma vive?..., ¿o desgraciadamente en lugar de crecer ha ido decreciendo y menguando?... ¿No era antes más inocente..., más sencilla..., quizá más fervorosa? — ¿No han ido cada día aumentando tus pasiones..., tu amor propio..., tu carácter... en lugar de crecer tus virtudes? — Pide mucho a la Santísima Virgen esta gracia del crecimiento... que Ella te enseñe a crecer tan rápidamente, como Ella lo hizo para que no sea tu alma algo monstruoso o esté a punto de morir. — Insiste mucho con Ella, para que todos los días, especialmente en la Comunión... ya que es uno de los mejores medios de alimentarse y crecer... te dé con su Hijo, un empujoncito que te haga correr en el camino de la santidad.

MEDITACIÓN 56

VIDA DE NAZARET

Pérdida del Niño. — Es el momento culminante de la vida oculta — hasta parece estar en contradicción con ella. — Jesús, escondido..., obediente y sumiso..., ahora se manifiesta... parece independizarse. — Meditemos los profundos misterios de esta conducta en sus relaciones con María.

1.º *Subida al Templo.* — Jesús ha cumplido ya doce años..., ya no es un niño pequeñito..., es el bello adolescente que arrastra con su belleza irresistible y con el encanto de su incomparable simpatía. — Mírale bien..., contémpale así hermosísimo..., déjate arrastrar de Él. — Ya es a los doce años sujeto de la Ley..., debe ir como tal a Jerusalén tres veces al año a celebrar las fiestas rituales. — María se lo diría así al Niño, muchos días antes, y Él comenzó a gozarse en el viaje, aunque ocultó las circunstancias del mismo.

Llegado el día, José y María toman al Niño y se ponen en camino. Sígueles..., escucha lo que dicen..., mira lo que hacen..., con qué fervor van al Templo a orar..., a ofrecer el sacrificio al Señor.

Compara este viaje con los anteriores...; ahora no hay las inquietudes y sufrimientos del viaje a Belén..., ni los sobresaltos y temores del de Egipto...; van contentos y alegres y..., sin embargo, en este viaje les aguardaban amarguras mucho mayores que en ningún otro. — Adora los

designios de Dios..., respeta su voluntad santísima, que así prepara la prueba del dolor para los suyos, cuando menos se espera.

2.º *En el Templo.* — Mírales llegar al Templo..., es la casa de su Padre..., es el lugar donde mora Dios y habla y se comunica a las almas... ¡Qué dolor le causaría ver los abusos que en él se cometían!... ¡Qué poco respeto por parte de aquellos moradores que allí mismo habían instalado sus mercancías!... ¡Con qué ganas haría lo que más tarde había de hacer al arrojarlos a latigazos!... Pero no era llegada su hora. — Piensa lo que hace sufrir a Jesús cualquier falta que se corneta en el lugar santo.

Una vez dentro, Jesús el primero y con El, María y José, se pondrían en oración... Es la primera oración que hacía en el Templo. — Ponte junto a El..., muy cerca de la Virgen y mira cómo su Madre no le quita ojo, para aprender de Él a orar y tratar con Dios... ¡Qué diría a su Padre!... ¡Qué fervor el de su corazón!... ¡Cómo se lo comunicaría a la Santísima Virgen y Ésta se sentiría invadida de un fervor y amor especial!

Luego asistirían a todas las ceremonias... ¡Con qué atención seguirían el desarrollo de aquella liturgia! — Nada de curiosidad tonta..., ninguna pregunta innecesaria..., ningún comentario..., ni risas, ni bromas sobre lo que contemplaban... ¿Es así cómo tú asistes siempre a los actos de culto?... ¿No te gusta comentar o reír... cuando algo te llama la atención?

Y cuando el Niño viera el cordero pascual y asistiera a su inmolación, viendo a los sacerdotes recoger su sangre en vasos de oro para verterla sobre el altar de los holocaustos, ¿qué sentiría en su corazón?... Ninguna cosa le representaba mejor a Él, y a su sacrificio de Redentor, que aquel corderito inocente. — Bien comprendía que aquella sangre era muy pobre e insuficiente para borrar los pecados y desagrar a su Padre, y una vez más repetiría: «Padre mío, aquí estoy y yo seré el que quite los pecados del mundo.» Y la Madre, adivinaría todo lo que pasaba por Jesús... ¡Estaba tan acostumbrada a leer en aquel corazón!... Y Ella también renovarían con su Hijo el deseo del sacrificio para la salvación de los hombres...

3.º *La pérdida.* — Y parece que Dios la escuchó..., la aceptó el sacrificio y quiso darla a beber del cáliz de la amargura. Al regresar a casa de vuelta de Jerusalén, el Niño se perdió..., sin culpa de nadie. — María, confiando en José...; José, no dudando de que el Niño iba con María, pues sabía que no acertaban a estar separados ni un momento...; el hecho es que el Señor permitió que al llegar al fin de la primera jornada, se encontraron sin el Niño... ¡Qué horror! ¡Qué espantoso dolor!..., ¡qué impresión la del corazón de la Virgen!

Y cuando se fuera convenciendo de que ni aquí, ni allí, ni en este grupo ni en el otro se encontraba..., y preguntando a todas las caravanas que regresaban, se persuadiera de que había perdido a Jesús..., ¿qué sería aquel sufrimiento?... ¡Oh espada de Simeón, qué bien penetras y qué

duramente hieres el corazón de María!... ¡¡¡María sin Jesús!!!... ¡La Madre sin su Hijo!... Todo lo que pienses es nada..., no es posible que penetres en este dolor... Era necesario tener el amor de María..., saber lo que para Ella era Jesús..., su Hijo..., su Dios..., su todo... ¿Qué hubieras hecho tú en semejante caso?... ¿Desahogarte contra los demás?... ¿Echar la culpa a otros?... María, ni una palabra de queja a San José... Él ha obrado muy bien...; ha sido Ella la confiada..., la imprudente..., sólo en sí misma encuentra la falta. — Mírala llorando sin exageraciones dramáticas, pero demostrando un dolor profundísimo de su corazón. — Corre a consolarla..., a alentarla..., prométela tener parte siempre en su dolor, y, ofrécete a buscar con Ella a Jesús... y a no aumentar con tu conducta sus dolores y sufrimientos, pues todo lo que sufre es por ti...

MEDITACIÓN 57

VIDA DE NAZARET

1.º *Hallazgo del Niño.* — Tres días tardaron en encontrarlo. — ¡Qué días más largos!... ¡Qué noches, sobre todo! — Durante el día, el ir de una parte a otra..., el preguntar aquí y allí..., en cierto modo la distraía a la Virgen en su inmenso dolor, pero al llegar la noche..., cuando tuviera que retirarse a su posada..., cansada y agotada por el sufrimiento y cansancio del día..., ¿qué haría?... ¿en qué pensaría al verse sola?... ¿cómo correría su imaginación y la pintaría a Jesús quizá sufriendo ya su pasión y muerte por los hombres? — Acompaña en esta noche espantosa a la Virgen..., trata de comprender la intensidad de su dolor al perder a Jesús..., para imitarla, si alguna vez te encuentras en caso semejante y también tú pierdes a Jesús... o te pones en peligro de perderle.

Y, por fin, amaneció el día de la dicha y del gozo. María y José han regresado a Jerusalén y corriendo fueron al Templo, y allí encontraron su vida, al ver a Jesús tranquilamente entre los Doctores. — ¡Qué efectos tan variados y distintos en el corazón de María en esta ocasión!... : de alegría inmensa por haber encontrado a su Hijo sano y salvo..., de agradecimiento al Señor que le concedía de nuevo la posesión de su Jesús..., de admiración y de asombro al ver al Niño siempre tan modesto y humilde, y ahora disputando públicamente y enseñando a los doctores de la Ley... ¿Qué significaba todo aquello?

2.º *Las quejas maternas.* — Y , efectivamente, sin poderse contener, con un afecto sumamente maternal, en cuanto María tuvo consigo a su Hijo, le pregunta: «¿Por qué has hecho esto con nosotros? ¿No sabías que tu padre y yo íbamos a pasar muy mal rato buscándote?» —María no acababa de salir de su asombro...; todo, en aquel día, era extraordinario. ¿Cómo Jesús..., su Jesús hasta entonces tan sumiso y obediente que jamás les causó el más pequeño disgusto ahora ha hecho esto?... ¿No había caído en la

cuenta que iban a sufrir muchísimo con ello?... ¿Cómo explicar todo esto? — Se adivina fácilmente el sufrimiento y la tortura de aquel corazón de madre que ahora quiere desahogarse. — Y Jesús, que hasta entonces nada dijera, ahora, por respeto a su Madre, habla y la explica su conducta: «¿No sabíais que debía ocuparme en las cosas de mi Padre?»

Son las primeras palabras que cita el Evangelio de Jesús... ¡Qué hermosas! y ¡qué misterio tan profundo encierran!... Todo lo que ha hecho, ha sido ordenado por el Padre, y ante aquella voluntad divina, no cabe más que obedecer, aunque la obediencia sea amarga y cueste sufrimientos, como en este caso. — Bien sabía Jesús el dolor de María y de José...; también su corazón sufría al verlos a ellos sufrir..., pero el Padre lo quería, y Él también lo quiso...

3.º *Nuestro modelo.* — Jesús nos da aquí ejemplos de altísimas virtudes..., nos enseña a obedecer a Dios antes que a los hombres..., a seguir nuestra vocación y sus divinos llamamientos en todo momento y en todas las circunstancias..., aunque tenga que sangrar el corazón. — Hay que oír las llamadas de Dios donde El quiera..., cuando El quiera... y en la forma que El mismo elija.

Además, hemos de obedecer como Dios se merece, con prontitud..., con energía..., con exactitud. — Muchas veces es necesario para obedecer, una gran firmeza de voluntad con que vencer las dificultades que se presentan...; mira el modelo, y ahí verás ese valor y firmeza que necesitas. — Jesús no endulza a sus padres el dolor del sacrificio..., no les prepara para esta separación..., no da un paso para ir a su encuentro..., cuando ya le han encontrado, no les consuela con palabras dulzarronas y cariñosas...; simplemente les dice la verdad, y les expone la voluntad de su Padre, superior a ellos y a quien todos deben obedecer. — María y José lo comprenden..., bajan la cabeza y ya no hablan ni preguntan más. — Medita mucho en este paso tan extraordinario y pide a Jesús esta firmeza y este valor, para obedecer así con toda exactitud al Señor.

También María es modelo de grandes virtudes. — ¡Qué bien lleva con su dolor la dura prueba!... Detente a considerar su paciencia..., su sumisión a la voluntad divina..., su humildad, creyéndose indigna de tener a Jesús y culpable de su pérdida...; su perseverancia y actividad en buscarle...; ¡hasta el fin del mundo hubiera ido Ella si fuera necesario!...

4.º *Buscar a Jesús.* — Aprende tú también aquí a buscar a Jesús. Le puedes perder por el pecado..., pero a veces aún sin pecado, Jesús se oculta para probarte, como hizo con su Madre... Es entonces cuando el demonio se aprovecha a tentarte con el desaliento..., el cansancio..., la desconfianza..., la desesperación. Eso jamás.

Mira a María... no encuentra a Jesús en seguida, pero no para hasta

hallarlo. — Eso debes hacer tú... El sufrimiento o el dolor de tu sacrificio, no deben quitarte ganas y alientos para buscar a Jesús...; al contrario, entonces debes echarle más de menos, como María..., y como María, no vivir ni descansar hasta merecer con tu diligencia..., fervor... y perseverancia, encontrarlo.

Y cuando se encuentra así a Jesús, ¡qué contento y alegría para el alma!... ¡Cómo brotan espontáneamente las palabras del Cantar de los Cantares: «encontré al que ama mi alma..., le guardaré bien y ya nunca le soltaré»! Pide a María el saber cumplir la voluntad de Dios..., el no merecer nunca que Jesús te castigue con marcharse de tu corazón y ocultarse de ti...; en fin, que sepas trabajar sin descanso en su compañía para con Ella, y por Ella ir siempre a Jesús..., vivir con Jesús... y buscarle sin cesar hasta encontrarle

MEDITACIÓN 58

VIDA DE NAZARET

1.º *María y Jesús.* — Tratemos de considerar y sondear lo mejor que podamos, la situación que durante aquellos treinta años de la vida privada, tuvo María con relación a su Hijo.

Lo primero, fue eso..., una relación maternal... ¡María era la Madre, y Jesús el Hijo de Dios, era el Hijo de María!... y gustaba tener con Ella las relaciones de un buen hijo con su madre. — María, pues, tuvo que prestarle los mismos servicios que una madre presta a su hijo. — Y el Niño, como los demás niños, tuvo que depender de su Madre de tal suerte, que la vida de los dos, era una sola vida..., pues María vivía toda para Jesús, y Jesús vivía de María su Madre... ¡Qué dulcísima es esa compenetración de vida entre Madre e Hijo!

No hay un solo paso en la vida de Jesús, que no tenga repercusión en el corazón de María... Será a veces una alegría..., un anhelo..., otras un sobresalto..., un cuidado..., una caricia... o un esfuerzo y trabajo para alimentarle, vestirle y educarle igual que pasa con las demás madres..., sólo que de una manera más cariñosa y cuidadosa. — Nadie, ni los hijos de reyes y emperadores, han tenido nunca más exquisitos cuidados como los que tuvo Jesús recibidos de su Madre amantísima.

2.º *El Hijo de Dios.* — Por otra parte, María veía en Jesús, no sólo a su Hijo, sino también a su Dios... y de ahí que todo su cariño, con ser tan grande, estaba mezclado de sumo respeto y veneración... ¡Qué pensamiento más sublime y magnífico el de suponer que Dios puso en el corazón de la Virgen todo el amor..., todo el cariño..., toda la ternura que todos los hombres juntos debieron tener para con Jesús!... ¡Que Ella sola amó a su Hijo más que toda la humanidad entera!... ¡Que Ella, ya desde entonces, supo reparar con su amor ardiente, todos los olvidos e ingratitudes de todos los hombres, que por ignorancia o malicia no le querían recibir! — María, entonces,

encerraba y representaba en su corazón a toda la humanidad...; en nombre de ella, ejercía sus funciones de Madre, pues su Hijo no era para Ella, sino para todos..., a todos nos pertenecía por igual...

3.º *Vida íntima.* — Por último, en cuanto a este oficio maternal de María, piensa que las circunstancias de su vida hicieron que ésta fuera todo lo más estrecha e íntima que imaginarse puede. —

Su pobreza, no les permitía tener personas a su servicio y, por tanto, Ella misma tuvo que cuidar directa y personalmente a su Hijo, hasta en sus más mínimos detalles... Providencia fue de Dios, que no quiso que otras manos sino las inmaculadas de María, tocaran el Cuerpo de Cristo. — Mírala cómo vivía pendiente de su Hijo... Toda para Él. — Cómo se multiplicaba por atenderle...; no se ahorra trabajos ni fatigas por cuidarle... Ella misma le alimentaba..., le vestía..., le lavaba.. , le llevaba en sus brazos. — Ella lo hacía todo, y no consentía que nadie la relevara, ni aún la ayudara en estos oficios de Madre... Y ciertamente, ¿quién lo podría hacer como Ella?...

Por esta misma razón de ser la Madre de Dios, tuvo la Santísima Virgen que cooperar y tomar parte en todos los misterios de la vida oculta. — Ante todo, nada pasaba desapercibido para Ella..., todo lo observaba atentamente..., todo lo grababa en su corazón, según dice el Evangelio... y, sobre todo, lo meditaba y rumiaba a solas, para sacar el fruto debido a todo lo que veía hacer..., hablar o sufrir a Jesús... ¡Qué meditación tan provechosa!... ¡Cómo profundizaría en la sublimidad de aquellos misterios!... ¡Qué horas de placer más espiritual las que pasaría meditando en la infancia o vida oculta de Jesús!... ¡Qué de cosas no sabría Ella!.. ¡De cuántas fue Ella el único testigo! Si no se borran fácilmente del corazón de una madre las cosas de sus hijos, ¿cómo se conservarían todas estas cosas en el corazón de María?...

4.º *Nuestro modelo.* — Mira a María como el modelo que nos enseña a conocer..., a estudiar..., a meditar en Jesús. Contéplala a Ella, en esta continua meditación. — Jesús la absorbía toda su actividad..., la llevaba toda su vida..., la ocupaba todos los instantes... y ¿cómo no? — Ella tenía ante sus ojos al objeto más querido de su corazón...; al ver el rostro de su Hijo veía a su Dios..., y se gozaba en los encantos de aquel Niño..., con la belleza de aquel joven después, todo lleno de gracia y simpatía... ¡Cómo se extasiaría al verlo dormir plácidamente en su pobre cunita!

Ella pudo hacer con el rostro de Jesús todo lo que quiso...; mirarlo..., besarlo..., examinarlo, hasta sabérselo de memoria. — Y en aquel Niño pobre y necesitado de todo, veía siempre lo infinito y lo eterno..., la omnipotencia y la majestad..., la sabiduría increada de la divinidad. — Ella vio, paso a paso, el desarrollo y crecimiento de aquella santísima Humanidad... y pudo observar ¡cómo el rostro de Jesús cada vez se parecía más a Ella!... y todos se lo decían así... y al oírlo y al verlo, su

corazón se inundaba de un gozo inefable. ¡Oh Madre dichosa, la más feliz de las madres!...

Y ¡qué bien sabía corresponder su corazón a estas preciosas observaciones!... ¡Cómo de todo esto sacaba sentimientos de admiración, de gozo, de amor y alabanza a Dios, porque a Ella, su esclava, la había elegido para ser la Madre de su Hijo! — ¡Qué oraciones haría entonces por todos los hombres... y también por ti! — Sin cesar, se ofrecía a Jesús por nosotros..., nos ofrecía y presentaba a nosotros ante Jesús, y le pedía para nuestro bien, miles de gracias... y, en fin, ofrecía a Jesús al Padre Eterno por la salvación de la humanidad!

Éstas fueron las ocupaciones de María durante los treinta años de su vida en Nazaret. — Piensa y Medita mucho en esta vida tan íntima de Madre e Hijo... y pídeles un hueco para vivir con Ellos y participar de ese silencio..., de esa paz y calma y felicidad de Nazaret. — Píde a Jesús, que tú también te parezcas, como Él, a María, pues que también eres hijo de Ella... y que aprendas como Ella, a estudiarle a Él, para conocerle, amarle y servirle, como María, convirtiendo a Jesús en el único objeto que constantemente llene tu entendimiento... tu imaginación... y, sobre todo, tu corazón.

MEDITACIÓN 59

LAS BODAS DE CANÁ

Terminada la vida privada de Nazaret, da Jesús comienzo a su vida pública... y la primera manifestación milagrosa de ella, fue el prodigio observado en Caná por intercesión..., casi podemos decir, por mandato de su Madre...

1.º *La invitación.* — No se sabe a punto fijo quiénes fueron aquellos esposos...; parecen ser unos parientes de la Santísima Virgen, con los que sin duda tenía Ella grande y estrecha relación, pues la pareció conveniente aceptar la invitación de asistir a sus bodas. — Nota bien cómo la invitación, en primer lugar, fue hecha a la Santísima Virgen... Jesús lo fue a causa de María..., esto es, fue invitado por ser Hijo de María. — Nunca olvides esta circunstancia, de que siempre le gusta a Jesús aparecer acompañado de su Madre. — ¡Con qué gusto entra Jesús en el corazón en el que sabe se encuentra ya su Madre! — Ten esto presente, sobre todo al ir a comulgar...; la mejor preparación es María.

Además, repara en otras circunstancias: cómo Jesús y María nos dicen que la virtud siempre ha de ser amable..., no rara ni extravagante... ¡Qué simpática es esta presencia de María y Jesús en un banquete de bodas! — No está reñida la vida espiritual con las expansiones buenas..., con las diversiones santas..., con las fiestas de familia..., especialmente cuando se tiene cuidado de que en ellas estén Jesús y María santificándolas con su presencia...

2.º *El banquete.* — Se sientan a la mesa... Fíjate en Jesús y en María... Se llevan los ojos de todos... sin afectación..., sin exageraciones..., sin remilgos tontos y necios, pero ¡qué urbanidad y educación!... ¡Qué formas más correctas y exquisitas las suyas en medio de una gran sencillez y modestia!..., ¡Qué buena compañía de la virtud, es la urbanidad y la educación!..., cuando no es ridículamente exagerada.

Y entonces llegó a faltar el vino. — Preocupados con lo que comían y bebían, seguramente que nadie cayó en la cuenta de que el vino escaseaba. — Fue María la que en seguida lo advirtió... ¡Qué mirada la suya más fina y penetrante!... Nada se la escapaba..., seguramente que los criados disimulaban, para que no se viera la falta, pero para los ojos de María no hay disimulos. — También Jesús lo vio, pero no hizo ni dijo nada..., dejó obrar a su Madre..., quería que fuese cosa suya.

3.º *Las palabras de María.* — Y el corazón de María no lo pudo sufrir... Ella, invitada por aquellos esposos, ¿no iba a hacer nada por ellos si podía remediarlos en aquel apuro?... ¡Qué corazón el suyo!... Nadie la dice nada, y es Ella, la que al ver un sufrimiento y un disgusto, se lanza a remediarlo. — Aprende delicadezas, y bondad y misericordia de María..., al mismo tiempo que confía en Ella, pues también contigo obrará del mismo modo.

Y entonces, volviéndose a Jesús, le dice: «No tienen vino»... ¡Qué palabras!... ¡Qué sencillas y cuánto encierran!... No son un mandato, ni siquiera una súplica, sólo encierran la exposición de una necesidad. — Ella no duda de que Jesús lo remediará. — No es necesario que pida y ordene, basta que dé a entender su deseo y Él la comprenderá. El deseo de la Madre es ley y mandato para el Hijo. — Jesús, sin embargo, parece rechazarla en esta ocasión y la contesta: «¿Qué nos importa a ti ni a mí, de este asunto?»... Como si dijera: «nosotros no damos el banquete, y por lo mismo no es cosa nuestra, allá se lo entiendan ellos».

Además, esto parece una pequeñez..., que falte el vino cuando todos han bebido hasta saciarse..., a última hora...; ¡si hubiera sido al principio!... y tratándose de una cosa puramente material, sin provecho espiritual de ninguna clase, ¿a qué venía ahora el empeño de hacer milagros?... Y como si fuera esto poco, Jesús añade: «aún no ha llegado mi hora»... no es éste el momento propicio..., ni la hora determinada por mi Padre para hacer milagros y manifestarme con prodigios...

4.º *El milagro.* — Todo esto debió acobardar a María. — Había fracasado en su primer intento. Las dificultades que Jesús ponía eran tales, que lo mejor era callar. — Así parece que hubiéramos juzgado vista la cosa con ojos humanos... Pero María no lo entendió así, y como si Jesús hubiera contestado todo lo contrario, demostrando estar dispuesto a todo lo que Ella quería, se pone a mandar y llamando a los criados, les dice: «Haced cuanto mi Hijo os diga»... Y

con esto Jesús queda comprometido...; ya no tiene más remedio que hacer algo..., y por voluntad de su Madre, obra su primero y gloriosísimo milagro de la conversión del agua en vino.

5.º *El poder de María.* — Muy grande fue el milagro del vino, pero aún es mayor este milagro del poder de María. — Parece que Dios no se propuso otra cosa, en esta ocasión, que el de demostrarnos la fuerza de este poder de María. — Todo lo que Jesús dice..., todas las dificultades que pone, no sirven más que para enseñarnos clarísimamente esto mismo. — Sobre todo aquello de «no ha llegado mi hora»... y hasta los planes de Dios parecen cambiarse a voluntad de María... ¡Qué cosa más admirable!... ¡Qué será María delante de Dios cuando tanto es su poder!

La hora de la Encarnación se aceleró por las súplicas fervorosas de María...; por Ella se adelantó también la hora del Nacimiento, como premio a aquella expectación y deseo suyo de ver al Redentor ya nacido...; ahora también se adelanta la hora de su manifestación pública. — Si se encarna, es en María...; si nace, es del seno de María...; si vive treinta años oculto, está escondido con María...; si empieza su vida pública y obra su primer milagro, es cuando quiere María... ¿Qué es esto que nada se hace por el Hijo de Dios sin María?... ¿No te espanta y admira esta disposición de Dios de asociar a María a todas sus obras?...

Pues si así es, tu misma salvación y santificación de Ella dependen..., de Ella han de venir..., a Ella se la debes confiar. Y ¡con cuánta seguridad debes confiárselo todo a Ella! — Mira la seguridad con que Ella confía en su Hijo... Era el primer milagro..., aún nunca le había visto hacer prodigios y, no obstante, ¡qué fe!..., ¡qué confianza la suya!..., ¡con qué seguridad manda y llama a los criados!

Lánzate sin miedo en brazos de Madre tan poderosa..., exponla tus miserias..., tus necesidades..., que la que no sufrió la falta de vino..., menos sufrirá la falta de virtudes en tu corazón, si a Ella acudes y a Ella la pides el remedio.

MEDITACIÓN 60

MARÍA EN LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Una vez pasada la escena de las bodas de Caná, la Santísima Virgen se oculta en el Evangelio y ya no aparece hasta el trágico desenlace de la vida de Cristo en su Pasión y muerte de Cruz... No obstante, pensemos lo que los Evangelistas y nuestro corazón nos dice que haría la Virgen durante los tres años que duró la predicación de Jesús.

1.º *Unión en espíritu con su Hijo.* — No se puede dudar que ante todo la vida de María fue o continuó siendo de unión perfectísima con su Jesús.

Representátele el momento de la separación... ¡Qué triste y que

resignada, María hace con Jesús la última comida... Le prepara los vestidos..., las sandalias para el camino..., le acompaña un trecho largo..., pero ya Jesús no quiere que la siga más...; se abrazan los dos, y se separan... ¡Qué dolor y qué amargura para María!... ¡Qué soledad la de Nazaret...; la casa..., el taller..., la recordaban tantas cosas, y ahora ¡todo vacío!..., ¡todo en silencio!..., ¡todo entristecido! — Sin embargo, María no se separa definitivamente de Jesús...; sin Él no sabe vivir...; le deja de ver y acompañar corporalmente, pero no espiritualmente. — En espíritu, María estará día y noche donde está Él, sin acertar a pensar otra cosa más que en lo que Él hace..., lo que a Él le ocurre..., lo que Él se cansa..., sufre... y trabaja... ¡Qué fuerza más grande la del amor!... Hace que no se separen las almas ni aún con la misma muerte... ¿Es así tu amor a Jesús?... ¿Imitas a María en esta compenetración con Él?...

2.º *Cooperación a su obra apostólica.* — Desde su retiro de Nazaret, María cooperó y muy activamente, al apostolado de Jesús. — Mientras El predicaba y trabajaba y caminaba..., María oraba..., y suplicaba... y sufría..., y con su oración y mortificación continua, ¡cuántas conversiones no conseguiría de las almas que escuchaban a su Hijo!... Si convirtió el agua en vino por su intercesión, ¿no serían también por su intercesión muchos de sus milagros..., muchas de sus conversiones?

Es cierto que Jesús no necesitaba de las oraciones de su Madre para hacer fructificar su predicación..., pero quiso asociar a la Santísima Virgen y valerse de sus oraciones, para enseñarnos cómo la vida activa debe de ir acompañada de la contemplativa..., que muchos de los frutos que consiguen los predicadores de la verdad, no dependen tanto de sus palabras como de las oraciones quizá de almas ocultas, que sólo Dios sabe y conoce... ¡Qué hermoso apostolado! — Entusiásmate con él...; no podrás predicar ni hacer maravillas..., ni obrar milagros, pero puedes, como María, mortificarte en el silencio..., orar..., suplicarle..., sufrir por las almas... y algún día conocerás el fruto de ese magnífico apostolado. — Mira tu modelo en la Santísima Virgen. — Verdaderamente que bajo este aspecto bien puede ser llamada «Reina de los Apóstoles».

3.º *Consuelos y sinsabores.* — Toda esta parte de la vida de María está llena de consuelos y de muy dolorosos sinsabores.. Al fin, esa es la vida del hombre, un conjunto de penas y alegrías, de lágrimas y sonrisas..., más de aquéllas que de éstas...; así fue en María. — Qué consuelos los suyos cuando oyera los prodigios que obraba Jesús..., cuando viera Ella misma a las muchedumbres seguirle..., escucharle..., aclamarle...; al conocer a los apóstoles y discípulos que le acompañaban..., al tener noticias de sus triunfos sobre las almas pecadoras convirtiéndolas..., de los escribas y fariseos confundiéndolos, etc.

En fin, qué consuelo cuando Ella misma le pudo escuchar algún sermón

portentoso... y cuando cansado de su trabajo se retirara de cuando en cuando a su casita de Nazaret a descansar... Ella le limpiaría el sudor de su rostro..., le serviría la comida por sus mismas manos preparada..., tendría a solas sus ratitos de conversación santa..., espiritual..., amorosa. — ¡Qué feliz se sentiría María con aquel Hijo!...

Mas ¡ay!, ¿cuáles serían sus sinsabores y sobresaltos cuando supiera la envidia, la rabia de sus enemigos..., la perfidia en sus preguntas..., cómo le vigilaban y acechaban sin cesar..., cuando le arrojaron de la Sinagoga..., cuando le quisieron despeñar de lo alto de un precipicio..., cuando cogieron piedras para apedrearle?... ¿Cómo sufriría al conocer la dureza de aquellos corazones..., la malicia que encerraban..., la misma torpeza de los Apóstoles y discípulos que no acababan de conocerlo?...

4.º *La voluntad de Dios.* — Finalmente, fue una vida de cumplimiento exacto de esta voluntad. — Sin esto, no hay santidad. — Recuerda las dos veces que Jesús habla de su Madre en la vida pública... Una, cuando le dicen que su Madre le llama, y responde: «¿Quién es mi madre? Quien hace la voluntad de mi Padre, es mi madre..., mis hermanos y mis parientes.» Otra, cuando aquella mujer dice: «Bienaventurado el seno que te llevó»..., y El responde: «Más lo es quien oye la palabra de Dios y la sigue.» Aprende esta lección. — Esto es lo único grande para Dios...; su misma Madre no lo sería, si no fuera por esto... No bastaba que Ella le hubiera llevado en su seno..., ni le hubiera dado el ser que tenía...; era necesario que se distinguiera «en el cumplimiento exacto de la voluntad de Dios», por eso es grande..., dichosa..., bienaventurada.

Eso significan esas palabras..., eso te enseñan a ti. — No podrás imitar a María en ser la Madre de Dios..., pero podrás y deberás imitarla en seguir fielmente la divina voluntad. — Pídelas esta gracia, luz para conocer siempre la voluntad de Dios y no la tuya, y fuerza para seguirla sin vacilar...

MEDITACIÓN 61

MARÍA Y LA PASIÓN

PRELUDIOS DE PASIÓN. — LA DESPEDIDA

1.º *La hora.* — Llegó la llora señalada por el Padre para consumir el sacrificio, y el Hijo obediente ni un momento siquiera la retarda. — No ignoraba lo que significaba la llegada de esta hora, y lejos de echarse para atrás cobardemente, con inmensa alegría, a la vez que con profunda pena, se lanza al sufrimiento todo de la Pasión. — Y el primer paso que da es el despedirse de su Madre. Imposible pintar ni imaginar esta escena.

Jesús ha llamado a solas a la Santísima Virgen y la ha comenzado a exponer la voluntad de su Padre... Escucha estas palabras..., adivina las

razones que la daría para explicar su decisión de ir a la muerte y para tratar de consolar su corazón herido. — El Padre lo había decretado..., era necesario para satisfacer la justicia divina..., para redimir al mundo..., para destruir el imperio del pecado... ¡Qué concepto formaría del pecado la Virgen, cuando comprendió que tanto iba a costar borrarlo!

Penetra mucho en esa razón que es la causa de todo... ¡Qué será el pecado!... ¡Cómo irritará al corazón de Dios cuando no se aplaca si no es con el sacrificio de su propio Hijo! — Y ya para prevenirla..., ya para que Ella tomara también desde entonces como suyos los sufrimientos que iba a padecer..., la daría cuenta detallada de toda la Pasión..., de su prisión en el Huerto..., de la traición de Judas..., de las injusticias de los tribunales..., de las escenas del Pretorio... Temblándole la voz le contaría el tormento horrible de la flagelación..., el de la coronación de espinas..., el del camino del Calvario cargado con la Cruz..., el de la crucifixión... y, en fin, cómo después de las tres horas de espantosa agonía, en ella había de morir escarnecido..., insultado hasta sus últimos momentos... ¡Cuántas horas amargas tuvo Jesús que pasar en su pasión!; pero no fue ésta una de las menores... ¡Cuánto tendría que sufrir por ser El, el verdugo que así laceraba el corazón de su Madre, clavándola cada vez más, con cada palabra suya, la espada del dolor...

2.º *La Virgen* — Y, efectivamente, cuál sería el dolor de María cuando oyó todo lo que su Hijo la dijo. — Naturalmente se estremecería a cada nuevo tormento que oía había de padecer... ¡Cómo lo había Ella de permitir!... ¡Cómo lo había de tolerar!... ¿Por qué no morir antes?... ¿Cómo el Padre Eterno no usó con Ella del beneficio que concedió a San José, llevándole de este mundo antes de presenciar estas escenas?

Pero al mismo tiempo que estos afectos naturales, sentiría que era esa la voluntad de Dios... y, sobreponiéndose este afecto sobrenatural, no sólo admitiría resignada todo lo que su Hijo la ofrecía de dolor y de sacrificio... sino aún contenta y gozosa se abrazaría ya desde este momento con su Hijo dolorido y quebrantado para seguirle hasta la muerte... ¡Qué dolor tan intenso el de este corazón de Madre!... Pero aún admira más la fortaleza y valor con que a imitación de su Hijo se lanza a padecer. — Piensa..., piensa mucho en esto...; ante este ejemplo, medita tus cobardías ante cualquier sufrimiento que se te presenta..., avergüénzate..., pide perdón..., pide gracia para cambiar y tener gran generosidad... y participar de esta fortaleza de Madre y de Hijo...

3.º *La bendición*. — Y entonces, Jesús pide humildemente de rodillas a su Madre su bendición para ir a padecer. — Considera las circunstancias que hacen más penosa la despedida de dos corazones y verás que nunca la ha habido semejante a ésta. — El amor y la unión de corazones, era en Jesús y María algo tan extraordinario como no se puede pensar más..., pues ¿cómo se arrancarían y

despegarían el uno del otro en esta amarguísima despedida?...

Por otra parte, la separación era para ir a sufrir y a padecer. — Y el colmo de su sacrificio fue no sólo el aceptar resignada este dolor y quebranto, sino consentir en él y admitirlo con alegría y satisfacción... y por eso Jesús pide que muestre este su beneplácito dándole su bendición... ¡Cómo temblaría de emoción la mano de María al levantarla para bendecir a su Hijo si sabía que con ella le daba licencia para entregarse a las tormentas y a la muerte misma!

4.º *Tu hora.* — Piensa que tú también tienes tu hora..., también llega para ti la hora del sufrimiento..., de la prueba..., del dolor... y luego llegará la hora de la muerte... ¿Cómo te preparas para estas horas decisivas en tu vida?... ¿y en especial para la última? — ¿Vives realmente para aquella hora?... ¿Desperdicias ahora las que el Señor te da, para santificarte aunque sea a costa de sacrificios?... ¿Eres cobarde y huyes de ellos?

Mira a Jesús..., contempla a María y aprende el camino del sacrificio y el de la mortificación. — No olvides el detalle de Jesús al pedir la bendición a su Madre. — También quiere que para todo pidas la bendición y el beneplácito a quien debes, para no hacer nunca ni siquiera en el sacrificio tu propia voluntad. ¡Cuántas veces eso será la mayor mortificación..., la que quizá más te humille..., la que más te cueste... y, por lo mismo, la que Jesús más te pide y más quiere de ti!...

MEDITACIÓN 62

MARÍA Y LA EUCARISTÍA

No sabemos qué parte tomó María en la institución del Santísimo Sacramento, ni si estuvo en el Cenáculo aquella noche, ni si comulgó o no, con los Apóstoles; de todos modos son muy íntimas las relaciones que entre María y la Eucaristía existen.

1.º *El don de María.* — La Eucaristía es el don de María por excelencia. — El hombre tiene necesidad absoluta de Dios. — Por un instinto natural, busca a Dios y cuando no lo encuentra se lo fabrica con sus manos como hacen los pobres paganos con sus ídolos... Dios nos concedió a nosotros la gracia de satisfacer a esta necesidad..., primero, por medio de la Encarnación, y luego, por la Eucaristía.

Bajó del Cielo a la tierra a hacerse uno como nosotros y así poderle ver, conocer y amar... Era poco... El quería más, y quiso humillarse hasta el punto de que pudiéramos tocarlo..., comerlo... y alimentarnos de El... y esto no unos días... o una temporada..., sino siempre. — Por la Encarnación, tomó un cuerpo humano y vivió entre los hombres, pero muy poco tiempo. — Sólo vivió en Palestina y unos treinta y tres años... ¿Qué era esto para toda la humanidad?...

Por eso, inventó el modo de estar con todos y cada uno realmente

presente..., íntimamente unido..., con la unión más perfecta que existe, que es la de la alimentación, por la cual lo que comemos se hace una sola cosa con nosotros... y esto para siempre..., hasta el fin de los siglos. — Por tanto, la Eucaristía es una Encarnación continuada..., es la aplicación práctica de la Encarnación a todos y cada uno de los hombres..., es el modo que Dios tiene de satisfacer a la necesidad que todos tenemos de Él.

Ahora pregúntate: y ese don de la Encarnación, ¿quién nos le dio?... El Padre Eterno, pero por medio de María... Jesús encarnó y nació, pero por María... Ella fue la que dio al mundo a Jesús... Luego si la Eucaristía es la continuación de la Encarnación, es bien claro que es la continuación del don de María. — Ella continúa dándonos diariamente a Jesús como un día nos lo dio en el portal de Belén. — Adán nos perdió por comer el fruto que le dio la mujer. «La mujer que me diste por compañera me ha dado el fruto y he comido»... Así pecó Adán... Nosotros podemos decir lo mismo: «Señor, la mujer que nos has dado por Madre nos ha dado y nos está dando el fruto bendito de su seno y por eso vivimos..., de Él nos alimentamos»...

2.º *El sacramento de María.* — Así se puede llamar a la Eucaristía. — En los demás Sacramentos, no tiene Ella parte alguna. — En éste la tiene y muy principal. — La carne de Cristo, dice Santo Tomás, no es más que la carne virginal de María. — Ella, pues, es la que facilitó la materia divina de este sacramento. — La Virgen, con su *fiat*, trajo al Hijo de Dios del seno del Padre al suyo immaculado... El sacerdote, en la consagración, repite un milagro semejante, y a sus manos baja el mismo Hijo de Dios, pero ya hecho Hijo de María. — Las palabras del sacerdote son, pues, como una repetición de las de María... El prodigio que ellas obran, es como el prodigio y la continuación de las maravillas de Nazaret. — Así se ha dicho que la Eucaristía es una continuación de la obra de María.

Esta obra consistió en amar y adorar a su Jesús como a su Hijo y como a su Dios. — Jesús se hizo Niño para arrastrarnos, con su encanto y amor, al amor de Dios. — Pero de hecho, ¿cuántos conocieron y amaron a aquel Niño Dios? — María fue el modelo de las almas enamoradas de Jesús... Ella le amó con toda la intensidad. ¡Y qué grande era! — Ahora, en la Eucaristía, Jesús se hace pan y alimento de los hombres... ¿Para qué?... También para buscar nuestro amor. — Se anonadó al hacerse hombre...; más aún se anonada al hacerse pan... y en ese anonadamiento, apenas si tiene otro cariño y amor verdadero que el de su Madre. — Sólo Ésta, con su amor, es capaz de compensarle esa humillación y anonadamiento. — Al amar a Jesús en la Eucaristía, piensa que estás continuando la obra de amor que María comenzó en Belén... Ahora, como entonces, la mayor parte de los hombres no le conocen..., ni le aman..., ni le agradecen lo que por ellos hace... Ahora también, como entonces, hace falta quien supla esa ingratitud..., esa enorme falta de

amor. — Entonces fue María..., ahora debes ser tú, con Ella y a imitación de Ella...

3.º *El consuelo de María.* — ¡Qué tristeza produciría todo esto en el corazón de la Santísima Virgen!..., cuando Ella viera a aquel Niño precioso y encantador, desconocido de unos..., despreciado de otros... y hasta perseguido en su misma cuna... cuando Ella considerara en su Hijo al Hijo de Dios... ¿qué sufrimiento sería el suyo al verle así tan escondido que nadie le daba el culto de adoración que merecía?

Es evidente que Jesús, ni en su vida privada..., ni en la pública..., menos aún en su pasión y muerte, recibió los honores divinos a que tenía derecho... y la Santísima Virgen tendría en ese un verdadero tormento. — Pues bien, la Eucaristía es la que puede consolar a la Santísima Virgen..., aquí puede Jesús ser honrado en aquel cuerpo..., en aquella misma carne y sangre que tomó de María...; ahora, la Santísima Virgen, queda ya satisfecha y consolada cuando ve a las almas acercarse a honrar..., a adorar..., a amar la Hostia sacrosanta de nuestros altares. — ¿No querrás dar este consuelo a tu Madre y a la vez este honor debido a Jesús?... ¿Crees que en tu vida eucarística así lo haces?... ¿Está tu alma contenta de ella?...

4.º *La Comunión de María.* — Si no es cierto que María comulgara en el día de la última cena, no se puede dudar de que, al menos, muchas veces después, comulgara da manos de San Juan. — ¡El apóstol virgen dando la Comunión a la Virgen de las Vírgenes!... ¡Qué espectáculo más sublime!... ¡Qué comunión!... ¡Con qué gusto entraría Jesús en el alma de María!... ¡Qué bien se encontraría allí!... Si ya había antes elegido El su purísimo seno para encarnar..., ¿cómo no elegir ahora su corazón para morar en él? — Y la Virgen bendita, ¿cómo se prepararía?... ¿Qué acción de gracias?... Si un San Luis pasaba toda la semana pensando en la comunión y empleaba tres días en prepararse y otros tres en dar gracias..., ¿qué haría María? Imítala en su fervor..., comulga tú también — con María y como María —. Pasa así tu vida metido de lleno en la Santísima Eucaristía...

MEDITACIÓN 63

MARÍA Y LA AGONÍA DEL HUERTO

1.º *Camino del monte Olivete.* — Jesús ha acabado ya sus misterios sacrosantos e inefables del Cenáculo. — Ya se acerca por momentos la hora, y valiente y decidido, sale con dirección a Getsemaní. — Bien sabe que no volverá más. — Puede contar las horas que le quedan de libertad. — Es cuestión de pocos momentos y ya habrá dado comienzo el drama sangriento. — Y porque lo sabe, sufre amarguras indecibles en su corazón. — «Triste, muy triste está mi alma hasta la

muerte»..., razón tenía para esta inmensa tristeza... Veía a los judíos tratando su venta, como si se tratara de una cosa vil y despreciable...; veía, en especial, a Judas, llevando hasta lo último su traición...; veía todo lo que le aguardaba y aunque era Dios..., era hombre y por eso sufría amarguras indescriptibles en su amante y tierno corazón.

También las sufre María. — Su Madre le acompaña en espíritu y participa de sus sufrimientos..., de sus temores..., de sus amarguras...; quizá tuvo revelación de lo que Judas tramaba..., quizá tuvo conocimiento de cómo estaban decididos aquella misma noche a dar el golpe decisivo... y su corazón se destrozaba de dolor, al saber y contemplar cada una de estas cosas. — Apartada estaba de Jesús corporalmente, pero ¡qué unida en su espíritu!... ¡Cuán admirablemente penetraba Ella en la razón y la causa de la tristeza de aquel divino Corazón!...

2.º *La oración.* — Llegado al huerto, Jesús deja a sus Apóstoles y se retira Él solo a una cueva a hacer oración, — Todo el, peso de aquella negra y triste noche cae sobre El. — Mírale postrado en tierra..., caído y abrumado con una carga que no puede soportar... ¡Son los pecados de todos los hombres!... ¡Son los tuyos!... ¡Cuánto pesan sobre Jesús!... Y le producen una angustia que va creciendo cada vez más y más, hasta convertirse en verdadera agonía... ¡Qué lucha la que se entabla en su corazón! — Mírale bien y trata de penetrar algo siquiera en sus horribles sufrimientos.

Después mira a lo lejos, en la casa de Betania..., o en el mismo Cenáculo..., una escena semejante. — La Santísima Virgen también ha caído postrada en oración...; su corazón late al unísono con el de su Hijo... y no puede hacer otra cosa que la que Él hace... ¡Qué noche más espantosa!... ¡Qué largas se hacen sus horas!... No es posible dormir..., ni intentar siquiera descansar..., es noche de luchas y agonías..., es noche de oración... ¡Qué oración más fervorosa..., más tierna..., más llena de amor para con nosotros la de María! — No pide al Padre Eterno que perdone a su Hijo, ni rehúsa el cáliz del sufrimiento..., pide tan sólo el cumplimiento de su voluntad, que Ella acepta aunque sea tan penosa. — Pide para el mundo perdón..., pide por todos y cada uno de nosotros..., pide que aquellos sufrimientos de su Hijo, que ya han empezado, no sean inútiles para las almas..., que sepamos aprovecharnos de su Pasión y de su muerte... y de las grandes gracias que con ella nos mereció...

Y Jesús sigue agonizando..., ya su corazón no resiste tanto dolor y se expansiona lanzando con violencia la sangre al exterior... Su sudor frío y abundante de agonía, se convierte ahora en un sudor de sangre... ¡sangre divina!... que corre en abundancia por su cuerpo..., empapa sus vestidos y llega hasta la tierra.

Contempla a los ángeles del Cielo atónitos ante esta escena..., pero, sobre todo, mira a María. — Ella también lo ve..., adivina a su Hijo cadavérico... a punto de morir de amargura y de dolor... y derramando, a fuerza de sufrimientos, la primera sangre de su Pasión... ¿Qué haría la Santísima Virgen? — En medio de su pena de Madre, reconoce en aquella sangre la sangre de un Dios, y corre a recogerla devotamente..., a besarla..., a adorarla..., a empaparse en ella. Ella es la primera que se aprovecha de aquella divina sangre... Todo lo que ha recibido..., su pureza inmaculada... la plenitud de su gracia..., su inmensa santidad..., todo ha sido en virtud de esta sangre divina.

Los Apóstoles se duermen en la oración... María no duerme..., no desperdicia estos momentos tan provechosos... no abandona a su Jesús ni un instante. — Podrá quejarse de que en su agonía ninguno de sus predilectos discípulos le acompañó..., pero no así su Madre. — Desde su retiro, sigue paso por paso el desarrollo de esta escena... y toma parte en la amargura de Jesús, bebiendo con El el cáliz del dolor...

3.º *Prendimiento.* — Terminó ya la oración y Jesús, decidido..., valiente y generoso..., llama a los Apóstoles y delante de ellos, sale en busca de sus enemigos, no para hacerles frente y defenderse..., sino para entregarse en sus manos.

Mira a Jesús atado violentamente..., fuertemente por sus verdugos..., penetra en su interior y mira a otro verdugo, que es el amor, atarle aún con mayor violencia..., ¡esas sí que eran ataduras!...; como que era víctima y esclavo de ese amor... ¡Cuánto nos amó! — Al verle a sí atado la Santísima Virgen, aumentaría la zozobra y la ansiedad de su corazón... ¿Qué iba a ser de Él?...; ¿Qué iban a hacer con su Jesús? — Contéplale tú así atado también *por ti*..., fíjate bien lo que esto significa, ¡por ti!...; no sólo que se deja maniar para sufrir por ti..., en lugar de ti..., por tu causa..., sino que ese *por ti* quiere decir que eres tú también quien le atas las manos. — ¿No caes en la cuenta de esta verdad?

No hay nada que tanto ate las manos a Jesús como la ingratitud..., la frialdad..., la tibieza..., la falta de correspondencia a sus gracias..., en fin, ¡el pecado! — Calcula si puedes, las muchas veces que Jesús habrá querido darte grandes gracias..., nuevos favores y beneficios..., y tú, con tu conducta, le atabas las manos... El quería santificarte y tú no le dejabas..., le ponías dificultades. — Átate, pues, a Él de pies y manos por el amor...; átale con esas ataduras amorosas para nunca perderle y repite lo del Cantar de los Cantares: «Ya encontré al que ama mi alma, le ataré bien y no le soltaré». Suplica a la Santísima Virgen que así te lo conceda.

MEDITACIÓN 64

MARÍA EN LOS TORMENTOS DE LA PASIÓN

1.º *En la flagelación.* — Pasada la noche en oración..., confortada y

alentada con la misma..., con los ojos llorosos y el semblante desencajado... al ser ya de día, sale la Santísima Virgen de su retiro para ir en busca de su Hijo. — No la sufre el corazón asistir, a sus sufrimientos desde lejos..., quiere ir con Él a donde Él vaya. — No sabemos detalles de este paso, ni cuándo ni en dónde, encontró a su Hijo. ¿Fue ya en casa de Pilatos?... ¿Quizá al ir o al volver de Herodes?... ¿Cuando le estaban posponiendo a Barrabás? — Fuera cuando fuese, tuvo que ser un encuentro violentísimo para su corazón. — Apenas si conocía a su Hijo...; mentira la parecía que en tan pocas horas hubiera podido perder tanto... y desfigurarse como estaba. — La cara hinchada por la horrible bofetada en casa de Anás... y por los golpes que durante la noche le dio la soldadesca, no dejaba entrever la belleza divina del «más hermoso de los hijos de los hombres».

Y, sin embargo, todo aquello había sido el comienzo...; los tormentos horribles y bárbaros comenzaron en la flagelación. — Consta por revelaciones particulares, por ejemplo a Santa Brígida, que la Santísima Virgen asistió personalmente a este tormento. — Párate y detente a considerar lo que este paso diga a tu corazón... y ante todo pregúntate: ¿qué sentiría la Santísima Virgen cuando oyera la sentencia de azotes?... ¿Cuando viera los preparativos para ejecutarla en seguida... y escuchase los gritos salvajes con que aquellos sayones se animaban unos a otros... y hacían apuestas sobre quién lo iba a azotar mejor y más bárbaramente? — Ponte junto a la Virgen...; mírala, intensamente pálida..., con el corazón queriendo saltar del pecho por la violencia con que late..., apartando los ojos por no ver aquello... y abriéndolos sin acertar a dejar de mirar lo que tanto la interesaba..., en lo que la iba la misma vida.

Y, efectivamente, ve traer, entre empujones y golpes, a su Hijo y con violencia y desvergüenza inaudita le comienzan a desnudar. — Nunca llegarás a comprender lo que pasó entonces por el Corazón de María. — Sería necesario que supieras lo que era para Ella, la modestia y la pureza... para que pudieras rastrear algo, de lo que sintió al ver a su Hijo desnudo ante aquella muchedumbre... y si encima, al verle así, le insultaron..., se mofaron y rieron de si le acompañaron con bromas groseras..., con chistes soeces... ¡imagínate qué sentiría la Santísima Virgen y cómo aumentaría su dolor!

Ya está atado a la columna... y los sayones a ambos lados..., a una señal, empiezan uno tras otro a descargar golpes con toda su fuerza. — Jesús se estremece..., aprieta sus labios para no romper en gritos de dolor..., levanta sus ojos al Cielo con una mirada de indecible sufrimiento... y María lo ve todo... y ya no puede más.

Según las revelaciones, a los primeros golpes cayó desmayada, sin sentido... Acércate a Ella..., sosténla en tus brazos, pero a la vez no dejes de mirar a Jesús y admírate de cómo no te desmayas tú y mueres

de pena al ver esto. — Ya han pasado dos..., cuatro..., seis verdugos...; ya se han cansado de azotar a Jesús..., ya su cuerpo es una llaga continua y horrorosa que deja ver los huesos... Mira, mira mucho ese cuerpo deshecho y piensa: *¿por qué... y por quién* está así Jesús?. — Recuerda los pecados de impureza y pregúntate: *¿quién merecía ese castigo?...*, *¿sobre quién debía haber descargado esta espantosa y durísima disciplina?*

2.º *Coronación de espinas.* — Jesús trata de descansar y tomar algún aliento, pero..., no era día de descanso y tenía que sufrir aún mucho más. — El infierno inspira a aquellos soldados la burla de su coronación. — Oye las carcajadas y aplausos con que es acogida la idea, y mira cómo todos se dan prisa a ponerla en práctica... Uno trae un pedazo de púrpura sucio y roto..., otro prepara el cetro de caña..., los demás tejen la corona... y otra vez desnudan a Jesús.

Contéplale sentado en aquella piedra...; con el jirón de púrpura sobre los hombros y la caña en las manos. — Ha llegado el momento de coronarle... Con burlas y bromas infernales, le colocan, con grandes ceremonias, la corona en su cabeza... y en seguida la aprietan fuertemente y le golpean con palos la misma..., ¡Qué sería aquello!... Jesús, instintivamente, cierra y aprieta los ojos y de ellos brotan lágrimas mezcladas con la sangre que por toda la cara y cabeza corre con gran abundancia... *¿Es posible imaginar tormento más atroz?*

Ahora contempla la sacrílega comedia que hacen con Él...; está coronado de Rey..., hay que rendirle homenaje... y doblan sus rodillas ante Jesús y unos le dan una bofetada..., otros le escupen..., quién le tira del manto y le dice una asquerosa gracia..., quién, en fin, le quita la caña y le golpea la cabeza con ella... *¿Asistiría la Santísima Virgen a esta escena?...* *¿Tuvo, al menos, conocimiento de lo que se estaba haciendo con Jesús?...* *¿Cómo tenía corazón para sufrir estas cosas?...* fue un milagro, sin duda, que no muriera de dolor.

Por lo menos, ciertamente, debió presenciar la escena del *Ecce Homo*. — Asiste tú a ella con la Santísima Virgen. — Imagínate cómo sería..., qué ocurriría en aquella plaza a la vista de Jesús... y oye la gritería de la multitud que le pide para la muerte. — Habla con la Virgen... *¿qué la dices tú?...*

3.º *La condenación.* — Y, efectivamente, Pilatos, cobardemente, accede a estos gritos y le condena a muerte. — La gente oye la sentencia y aplaude... La oye María..., la oyes tú... y *¿qué haces?...* ¡Jesús condenado a morir! — El muere y *¿tú puedes vivir?...* *¿Cómo recibirían Jesús y María esta sentencia?...* *¿Cómo la recibes tú, si piensas que de ella depende tu salvación?...* ¡Qué afectos de gratitud y de inmensa alegría y al mismo tiempo de profundo dolor, deben llenar tu corazón!

Mira a Jesús, sin poderse tener en pie, hacer un esfuerzo supremo... y

lanzarse con avidez al encuentro de la Cruz que le traen los sayones. — Mírale bien cómo se abraza con ella, cual si fuera algo muy deseado o querido. — No quiere, no, que nadie se la lleve y Él mismo se la carga sobre sus hombros... ¡Qué generosidad!... ¡Qué amor el suyo tan verdadero!

Escucha lo que la Virgen te quiere decir..., te habla, sin duda alguna, oye bien lo que te dice: Que reconozcas por tu Rey a Jesús..., que El sea el único que reine en tu corazón..., que nadie, ni tú mismo, ocupe el lugar que a Él solo corresponde...; que tengas generosidad en el sacrificio..., que no sólo aceptes, sino busques y ames la cruz...; que ella será tu dicha y tu felicidad..., que la llesves con constancia y hasta lo último..., que Ella te ayudará. — En fin, que veas lo que es el pecado, y repares los tuyos con la penitencia y el fervor..., al mismo tiempo que desagravias a Jesús por los pecados de todo el mundo. — Que no sea tu alma cobarde..., ingrata..., infiel ante un amor como el de Jesús... ¿Lo escuchas bien?... ¿Lo entiendes?... Y ¿qué la respondes?...

MEDITACIÓN 65

EN LA CALLE DE LA AMARGURA

1.º *Jesús cargado con la Cruz.* — Jesús vuelve de nuevo a tomar sus vestidos, deja la púrpura y la caña, pero no la corona. — Es Rey y como Rey va a morir, por eso su corona no cae de su cabeza. — Ya tomó, abrazándose a ella, la Cruz..., y el cortejo se puso en marcha. — Rodeado de soldados y verdugos que le insultan... y maltratan sin cesar..., de una muchedumbre inmensa que le maldice..., y se goza en verle sufrir... y de dos ladrones criminales, camina Jesús.

Contéplale...: esa respiración fatigosa que oyes, es la suya..., no puede más... El reguero de sangre que deja en el camino, dice cómo lleva su cuerpo..., todo hecho una llaga por los azotes... La Cruz es muy pesada...; no es el peso material de ella..., sino todo lo que con ella ha cargado sobre sí..., ¡es el peso de todos los pecados de los hombres!... ¡Qué peso más espantoso! — También tus pecados van en aquella cruz oprimiendo a Jesús... y no puede con ese peso... ¡Qué extraño, si es tan grande!

No obstante, nadie le alivia... Mira a todas partes y no encuentra una sola persona que le alivie su Cruz. — Te mira a ti, a ver qué haces ante este cuadro, y a lo más, encuentra palabras bonitas..., hermosos deseos..., pero prácticamente, ¿cuánto haces por aliviar el peso de la cruz de Cristo? — ¿Te acuerdas de esto en tus caídas... en tus faltas frecuentes? Mira a la Santísima Virgen; Ella sola..., Ella, ¡la única!, que no arrojó el peso de sus pecados, que nunca tuvo, sobre la Cruz de su Hijo. — Ella, ¡la única! que puede y sabe consolarle..., aliviarle y ayudarle. — Ponte junto a Ella..., imítala y pídelas que te enseñe a consolar y a aliviar a Jesús.

2.º *El acompañamiento que lleva Cristo.* — A) Unos le cargan la cruz: los judíos, los fariseos, los soldados y verdugos. — También ellos llevan la cruz..., la cruz de sus pecados. — No hay remedio, o se lleva la Cruz de Cristo o la cruz de Satanás, que es más afrentosa y más pesada. — B) Otros llevan la cruz con Cristo, y son los ladrones, pero no la llevan por Cristo, ni por amor a Cristo, sino a la fuerza, con rabia y con desesperación. — C) En tercer lugar, está el Cirineo, quien lleva la cruz de Cristo y carga con ella... ¡Qué dicha la de este hombre!... No la conoció al principio..., por eso tampoco acepta su carga voluntariamente..., más poco a poco fue conformándose, y terminó por llevarla con gusto y alegría, y esto le santificó. — Así la cruz, aunque sea involuntaria e impuesta a la fuerza, puede servir para santificarnos.

D) Otro grupo es el de las piadosas mujeres... Éstas acompañan a Cristo, se compadecen de Él...; quisieran aliviarle y quitarle aquella carga si pudieran..., pero su compasión es incompleta por ser puramente humana... Ven en Cristo al hombre desgraciado..., no ven en Él a Dios que sufre...; por eso no comprenden ni penetran en la causa por la que padece. — Jesús se la dice: son vuestros pecados, llorad por ellos..., así me consolaréis..., sólo así.

E) Por último, mira el grupo que acompaña a su Madre. — Esta sí que sabe llevar la Cruz con Cristo y como Cristo... ¡Qué parte toma María en su pena y dolor!... ¡Qué sufrimiento más igual el de los dos corazones!... Igual en todo..., en la intensidad que ya no puede ser más..., en el motivo, que son nuestros pecados, que a ambos tanto afligen y tanto cuestan...; en el modo, que es por puro amor..., divino e infinito amor del Hijo que se refleja todo lo que puede en la Madre.

Elije: Tienes que llevar la Cruz..., tienes que acompañar a Cristo en el camino del Calvario..., no puedes eludir esta obligación..., sólo tienes libertad para elegir la forma y el modo de llevar la cruz... ¿En qué grupo quieres figurar? — Pide a la Virgen te admita en el suyo, en compañía de aquellas santas mujeres. — Ponte junto a Ella..., muy cerca de Ella... y ahora, a sufrir..., a llevar la cruz que Dios te dé. — Nunca la lleves a solas..., no acertarías a llevarla y sería sumamente penosa... A su lado todas las cruces son pequeñas..., todos los dolores se endulzan.

3.º *El encuentro.* — Contempla en silencio este devotísimo paso. — No es posible expresarlo con palabras...; deja a tu corazón que hable y sienta todo lo que pueda y sea capaz de sentir. — Mira el sentimiento de aquella Madre que anhela acercarse a su Hijo..., quiere verlo más de cerca..., cambiar con Él una mirada..., una palabra..., una muestra de afecto y de cariño maternal. — Y, efectivamente, en medio de la calle de la Amargura, le sale al encuentro..., le tiende sus brazos..., le quisiera arrancar, si fuera posible y llevarle consigo. — Jesús levanta sus ojos y ve a su

Madre...; se encuentran las dos miradas... ¡Cuántas cosas se dirían con ellas!... ¡Qué bien se entenderían! — Los Corazones se compenetraron y cada uno aumentó más su dolor con la vista del otro. — Bien lo sabía María y, no obstante, no rehúye el encuentro. — Quizá no creyera ver tan desfigurado a su Hijo... ¡Cuán grande sería su dolor al contemplar aquel rostro divino tan asquerosamente tratado y tan horriblemente desfigurado! — Sólo Ella, con su mirada de Madre, lo pudo conocer. — Aprende generosidad ante el hecho de ver a María salir al encuentro de Jesús, que tanto dolor la había de causar. — No dudes..., no vaciles..., sal generosamente al encuentro del dolor..., del sufrimiento..., que allí te espera Jesús..., allí encontrarás indefectiblemente a Jesús.

MEDITACIÓN 66

EN EL CALVARIO. — LA CRUCIFIXIÓN

1.º *Preparativos de la Crucifixión.* — Contempla la llegada al Calvario. — Agotado..., pálido..., ensangrentado..., ha llegado sin vida Jesús después de su dolorosísimo *Viacrucis*, en el que, agobiado por la fatiga y el dolor, varias veces cayó en tierra. — También han llegado los verdugos, que sin perder tiempo, comienzan a preparar lo necesario para la crucifixión de Cristo y los ladrones. — Mira, sobre todo, a su Madre querida. — ¡Ella también ha subido a la cumbre!... Sabe lo que la espera y valiente y decidida, sé abraza con todo. — La escena de ajusticiar a un hombre, por muy criminal que sea, siempre es algo horriblemente impresionante... ¡Qué sería en el corazón de la Virgen, que era a la vez su Madre! — No te apartes de Ella... deja a la inmensa muchedumbre que por odio o por curiosidad sube también al Calvario...; muy cerca de la Virgen, para que escuches todos los latidos de su corazón, asiste a este espectáculo.

Los verdugos despojan brutalmente a Jesús de todos sus vestidos..., renuevan sus heridas, que una vez más manan sangre en abundancia y queda así desnudo, a la vista de todo el mundo... ¡Qué vergüenza para Jesús!... Oye las risotadas y las groserías con que los soldados y verdugos, y aún su mismo pueblo le saludarían al verle así. — ¿Cómo escucharía todo esto la Santísima Virgen? — ¿Qué pasaría por su purísimo corazón al ver de este modo a su Jesús?

En seguida es tendido con violencia sobre el madero..., y cogiéndole con fuerza una mano, descargan sobre ella el primer martillazo... Mira el estremecimiento del cuerpo de Cristo, al sentir un dolor tan atroz...; mira sus labios, que se aprietan, conteniendo el quejido que de ellos se escapa...; sus ojos, que no pueden contener las lágrimas, se elevan al Cielo..., mira a su Padre y su pensamiento se dirige a ti y te dice: «Por ti» — En seguida, otro y otro martillazo... y así hasta que clavan las dos manos y los dos pies a la Cruz... ¿No ves el corazón de la Virgen completamente traspasado?... Todos los golpes han descargado a la vez

sobre Ella...; no ha oído los martillazos, los ha sentido igual que su Hijo... También Ella se estremecía..., también miraba al Cielo..., también pensaba en ti... Y tú, ¿en qué y en quién piensas?... ¿Qué sientes?... ¿Qué dices?... ¿Qué haces al ver así a Jesús y a María?...

2.º *En la Cruz.* — Ya clavado, es llevado o arrastrado en la Cruz hasta el hoyo donde se ha de fijar. — Levantan la Cruz y la dejan caer, chocando violentamente. — El dolor de Jesús es indecible...; ahora es todo el peso de su cuerpo el que pende de los clavos, pero el choque de la Cruz al caer en el hoyo aún lo hizo mayor. — Jesús se estremece convulsivamente, y la sangre corre por toda la Cruz a torrentes... Ni un solo movimiento pasa desapercibido a su Madre..., ni un solo dolor se la oculta... Todo lo ve..., todo lo comprende..., todo, como su Hijo, lo sufre en silencio.

Una vez más con María y junto a María, contempla este cuadro... ¡He ahí a tu Rey!, suspendido entre el Cielo y la tierra..., crucificado como un criminal entre dos de ellos..., abandonado de su mismo pueblo, que se goza en verle sufrir... Mírale bien. — Di a la Virgen que te le enseñe para que sepas mirar a Cristo Crucificado. — Mira aquella frente divina que se inclina bajo el dolor insoportable de la corona de espinas..., aquellos ojos cegados por la sangre que les inunda..., aquel pecho que se levanta oprimido por la fatiga que le ahoga..., aquel cuerpo todo descoyuntado..., dolorido..., aquellas manos y pies manando arroyos de sangre... Mírale bien. — Es Jesús. ¡Tu Jesús!... ¡Tu Rey!... ¡Tu Esposo!... ¡Tu Salvador!

3.º *Los insultos.* — Y, sin embargo, parece que no hubo nadie de los que rodeaban a Jesús, que no presenciasen este espectáculo sin una alegría y gozo satánico, que se exteriorizó en los más horrendos e inconcebibles insultos... ¿Qué más querían sus enemigos? — Habían triunfado por completo... Tenían a Jesús en la Cruz a punto de expirar... y, sin embargo, quieren aprovechar aquellos momentos de agonía para hacerle aún sufrir más..., hasta lo último..., insultándole sin cesar... ¡Qué tiranía la de la pasión cuando esclaviza al corazón del hombre!... Nunca se satisface..., siempre exige más, aunque sea brutal, inhumana, completamente irracional...; las pasiones no tienen entrañas.

Así fue aquella muchedumbre..., aquellos judíos..., aquellos sacerdotes apasionados contra Cristo. — No le perdonan ni aún en su agonía, y se ceban en Él con los más groseros insultos..., se burlan de El como *Profeta*, que había dicho que destruiría el Templo y en tres días lo reedificaría...; como *Hijo de Dios*, ya que así El se había llamado...; como *Mesías y Rey*, que había tenido poder para salvar a otros, pero no a Sí mismo..., y le añadían: «Si bajas de la Cruz, creeremos en ti...» ¡Cuán dolorosas fueron para Jesús aquellas burlas..., en aquellos solemnísimos momentos..., viendo, además, la ingratitud y desprecio de Dios que suponían!

Y Jesús, callaba... y sufría, saboreando en su corazón la amargura infinita de su tristeza y de los dolores. — Y para María, ¿qué serían aquellos insultos?... No es posible expresarlo ni comprenderlo... ¡Qué valor el suyo! — Junto a la Cruz..., muy cerca de su Hijo, todo lo más que se puede..., permanece de pie ¡*Stabat Mater!* — Recta e inmóvil, con las manos apretadas sobre el pecho, como conteniendo el corazón, que quería saltar de dolor..., con los ojos fijos en Jesús... no acierta a mirar a otra parte..., es mucho lo que tiene que leer en aquel libro de su Cuerpo, escrito con su propia sangre.

Contempla a la muerte que poco a poco se va acercando ya a Él..., y María, más fuerte que la muerte, no huye, sino que permanece sin moverse... ¡*Stabat Mater!* — Oye las blasfemias..., los insultos de aquellos tigres que no respetan el dolor de una Madre que ve morir a su Hijo...; quisiera gritarles y decirles: «Ya basta, ¡fieras!, dejadle ya, es mi Hijo..., tened piedad de mi dolor.» — Pero calla, como Jesús...; ahoga en su corazón la angustia y aunque toda la naturaleza se conmueva... y las piedras choquen y se rompan, y la tierra tiemble... Ella allí estará: *Stabat.* — Medita esto mucho y promete a tu Madre, ser fiel a tus deberes..., no apartarse de ellos jamás, aunque sean tu Cruz..., aunque supongan para ti el mayor sacrificio..., que también de ti se pueda decir: *Stabat...*

MEDITACIÓN 67

EN EL CALVARIO. — LA TERCERA PALABRA

1.º *María y la agonía de Jesús.* — Mira a aquel grupo de piadosas mujeres que junto a la Cruz, quieren acompañar a Jesús en su muerte. — Es sin duda, la mayor prueba de amor a Cristo, seguirle hasta la Cruz..., crucificarse con Él..., morir con Él. — Entre todas ellas, la Capitana y modelo, es la Santísima Virgen. — Quizá sin Ella, no se hubieran atrevido las demás mujeres a subir al Calvario..., quizá no hubieran tenido valor para asistir a aquella espantosa escena... María, con su ejemplo, las alienta y sostiene... ¿Por qué tú, en tus sufrimientos, no miras a María para aprender de Ella a estar al pie de la Cruz?

Entretanto Jesús, ha entrado en su última agonía. — Poco tiempo le queda ya, y lo quiere aprovechar para cumplir, como siempre, a la perfección, con todas las obligaciones de su oficio: Es *Rey* y desde la Cruz reparte coronas eternas, como lo acaba de hacer con el buen Ladrón. — Es *Pontífice y Sacerdote Sumo*, y por eso ruega por sus enemigos y pide y otorga perdón de sus pecados. — Es *Hijo de María*, y como hijo mira por Ella, no abandonándola en aquella hora. — Es *Maestro* y mira por el discípulo fiel que allí está... y hasta por todos los demás que cobardemente le abandonaron.

¡Qué ejemplo el de Cristo!... En esos momentos de dolor..., de sufrimiento inaudito..., de crucifixión y de muerte..., cuando ya puesto en

agonía parece que sólo debía acordarse de Sí mismo... es cuando mira por todos y se acuerda de todos. — Compara tu egoísmo con esta caridad tan desprendida... ¿Qué haces tú en tus enfermedades..., en tus dolores..., en tus aflicciones?... Buscar consuelos, quejarte de que no te atiendan, etc.

Además, aprende la fidelidad a tus obligaciones... Ni siquiera entonces Jesús se dispensa de cumplir con sus deberes... ¡Qué vergüenza! Cuántas veces la más ligera indisposición, una pequeña molestia, ya es suficiente para abandonar tú los tuyos...

2.º «*He ahí a tu hijo*». — Fue entonces cuando Jesús, mirando a su Madre, dice estas palabras señalando a San Juan y en él a todos nosotros. — Penetra en el corazón de la Virgen y contempla el estremecimiento de dolor que sintió al escucharlas... ¡Pobre Madre! ¡Cuánto sufre!... Aquellas palabras son ya una despedida. — Jesús se va y... para siempre...; por eso esas palabras son un adiós supremo a su Madre... Jesús, que era su vida y su todo, va a desaparecer..., lo va a perder no como cuando era niño para volverlo a encontrar, sino para siempre en este mundo... Ya será una madre sin hijo...; ya todo se desvanece en su corazón.

Pero Jesús la da un hijo nuevo: «He ahí, desde ahora, a tu hijo»... Mas esto, lejos de consolarla, la atormenta más... Una madre no quiere por hijo más que al suyo verdadero..., no lo cambia ni por nada ni por nadie... Pero mucho menos cuando hay tanta diferencia de un hijo a otro... Juan era el discípulo fiel y amante, pero, al fin, era el discípulo, y su Hijo era el Maestro... Juan era hijo del Zebedeo, y su Hijo era el Hijo de Dios... Juan no era su Jesús.

Finalmente, Ella ve que con Juan, y con el mismo derecho que él, se la dan por hijos a todos los discípulos..., los cobardes, los egoístas, que en el momento supremo huyen y dejan solo al Maestro..., y además, a todos nosotros... ¡Vaya una herencia que la deja Jesús!... ¡Qué carga tan pesada!... ¡Qué maternidad más humillante! — Mira a tu corazón, compárale con el de Jesús y comprende el dolor de María en este cambio.

Sin embargo, no lo rechaza. — Para ser Madre de Dios, se la pidió su consentimiento... Jesús no la pregunta si quiere o no, ser Madre nuestra... Conoce su corazón y le basta... No duda en cargar sobre El, este peso de ser Madre de todos los pecadores. — Mira tú, la humildad de María, repitiendo con inmenso dolor al pie de la Cruz, las palabras que un día dijera con inefable alegría: «He aquí la esclava del Señor... Hágase en mí según tu palabra»..., y así acepta todo lo que el Señor la envía. — ¡Ah!, si siempre dejáramos a Dios libres las manos, para que dispusiera a su voluntad de nosotros, y aceptáramos todo lo que El amorosamente nos manda..., ¡cuánto sería el adelantamiento en nuestra santidad!...

3.º «*He ahí a tu Madre*». — Todo lo que tienen de penosas y

dolorosas las primeras palabras para María, tienen de dulces y consoladoras para nosotros las segundas. — Ya tenemos Madre... y ¡¡qué Madre!!..., y Madre para siempre, sin que nadie nos la pueda quitar.

Dios ha puesto en el mundo a la madre, para que sea la encarnación más expresiva de su Providencia... El hombre necesita de madre... La mayor desgracia terrena que nos puede ocurrir, es perder la madre... Sin ella todo es triste..., todo vacío..., nadie puede llenar el puesto y suplir a una madre.

Jesús se abrazó en la Cruz con todas las penas, hasta la separación de su Madre, pero te la dio a ti para que nunca te falte. — Y esta Madre bendita, nunca falta... ¡Cuánta verdad es esto!..., sobre todo cuando perdida la madre de la tierra, se siente más la necesidad de su maternidad. — ¡Cuándo podremos agradecer a Jesús lo que nos dio al pie de la Cruz!... ¡Qué generosidad la suya!... Al ladrón le da un Reino, a nosotros ¡su propia Madre!... ¿Qué sentiría San Juan al escuchar esto? — El Calvario se le convirtió en un Paraíso. — ¡Qué bien le pagó Jesús su fidelidad en amarle hasta la Cruz! — Subió al Calvario como discípulo... y bajó como hijo de María... y hermano de Jesús... ¡Con qué gozo entraría en posesión de esta herencia tan rica..., que ni en el Cielo la tiene Dios mayor!

Y eso te lo puedes tú aplicar. — *¡La Madre de Dios es mi Madre!*, puedes decir. — Y como la palabra de Dios es eficaz, hace lo que dice, María es, en verdad, tu Madre y te ama con un amor igual al de Jesús. — Tú también debes ser de verdad, hijo de María..., pero para eso has de amarla como Jesús la amaba... ¿Es así? — Tienes obligación de parecerle a Jesús para ser digno hijo de tal Madre..., para ser hermano suyo..., pues es natural que los hermanos sean parecidos. — Compárate con Jesús... y con humildad y vergüenza pídele perdón de las veces que no has amado a la Madre de los dos..., que la has deshonrado con tu conducta... y pide a esta Madre, que aunque alguna vez te olvides de ser su hijo..., Ella no se olvide de que es tu Madre y nunca te abandone...

MEDITACIÓN 68

MARÍA Y LA MUERTE DE JESÚS

1.º *Últimas palabras.* — A) Era cerca del medio día cuando crucificaron a Jesús... y, no obstante, las tinieblas se apoderaron de la tierra... El sol se ha oscurecido para no iluminar aquella espantosa escena del Calvario... Y es entonces cuando en medio de aquel silencio y de aquellas tinieblas que envolvían la tierra, Jesús abre sus labios y lanza este grito: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» — Escucha bien estas palabras..., procura que resuenen en lo más hondo de tu corazón y pide a la Santísima Virgen, a cuyo lado estás,

que te haga comprender el misterioso significado de este abandono de Jesús.

Detente un buen rato a meditar en él y piensa... ¡Jesús abandonado!... ¡Jesús solo!... ¡Qué desolación la suya al verse solo en el Calvario... y en el Sagrario... y en tantas almas donde no se le hace caso!... ¿Eres tú una de ellas?... ¿Qué impresión recibiría la Santísima Virgen al escuchar esta amorosísima queja de su Hijo? — Tú no puedes quejarte..., por muy grandes que sean tus sufrimientos, nunca tu alma está sola. — Jesús quiso ser desamparado, para que tú no lo fueras. — Por su abandono, Dios no te abandonará jamás... y eso que ¡cuánta razón tenía para ello..., para cansarse de ti..., al ver tu inconstancia..., tus caídas y recaídas..., tu falta de amor! — Abrázate a la Santísima Virgen junto a la Cruz, y pídelas por su Hijo que nunca, nunca te deje..., que no te desampare... y prométela nunca dejar a Jesús y tener gran devoción en acompañarle en sus soledades.

B) A medida que pasan los instantes, crecen los dolores de Jesús, pero hay uno que le arranca una especial queja... No se quejó en la flagelación..., ni en la coronación de espinas..., ni siquiera en la misma crucifixión..., y, no obstante, se queja de la sed. «*¡Tengo sed!*»... ¡Cómo sería este tormento!... ¡cuál sería el de su Madre al escuchar estas palabras!... No agua, sino la sangre toda de sus venas le hubiera dado, más..., no puede..., sólo puede verle sufrir y sufrir con Él. — Pero aún faltaba más. — La burla y el escarnio juntos con la brutalidad de aquellos sayones, se atreven a darle como alivio de su sed ¡¡¡hiel y vinagre!!!... Estruja tu corazón y di con franqueza: ¿qué encuentra Jesús en él?... ¿Sangre limpia de egoísmos y llena de puro amor... o hiel amarga de ingratitudes y vinagre repugnante de tibiezas..., frialdades, inconstancias..., etc...?

C) Se acerca el momento supremo. — La Santísima Virgen, que no cesa de mirar a su Hijo, ha visto ya en su rostro las señales de la próxima muerte...; se estremece al ver que el desenlace ya está encima... Entonces ve a Jesús levantar penosamente sus ojos por última vez y exclamar: *Todo está consumado*... y en seguida en un supremo esfuerzo de energía, gritar: *Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu*... ¡Qué palabras!... Si las odas se grabaron en el corazón de su Madre, ¿cómo penetrarían éstas por ser tan magníficas, y por ser las últimas que pronunció?

El Maestro terminó sus enseñanzas, con una lección sublime... y cerró el libro de su vida. — ¡Qué dicha poder entregar el alma a Dios, diciendo...: «todo está consumado»..., todo lo que me encargaste en este mundo..., todo lo que pretendías de mí..., todo lo que tenías derecho a esperar de mi alma..., todo, en fin, mis obligaciones todas..., las he cumplido y he consumado mi vida hasta el fin, en tu servicio..., para tu

gloria! ¿Por qué no ha de ser así, si así debe únicamente ser?

Termina este punto suplicando a la Santísima Virgen te ayude a consumir de este modo la vida..., a terminar así tu carrera..., para que, al fin de ella, sin avergonzarte, puedas poner tu espíritu..., ti alma toda, en manos de Dios por medio de María.

2.º *La muerte de Jesús.* — Y así, con la majestad y dignidad propias de un Dios, Jesús inclina la cabeza y... muere. — En el mismo momento, la tierra se estremece..., se rasga el velo del Templo..., las piedras chocan y se abren los sepulcros... y resucitan muchos para dar testimonio de su divinidad... y en medio de aquella trágica y espantosa conmoción de la creación entera, la Santísima Virgen, serena..., firme..., valerosa..., no se asusta..., no corre.. , no huye.. , se abraza a la Cruz y deposita en los pies de Jesús muerto, el beso más puro..., más dulce..., más tierno, que jamás una madre haya depositado en el cadáver de su hijo.

Abismada de dolor, había seguido los pasos todos de su agonía... y ahora, al verle morir, lejos de acobardarse y caer abrumada con el peso de su dolor, se eleva sostenida por la gracia hasta dar su consentimiento al sacrificio espantoso..., y abrazando y besando la Cruz que tanto la hacía sufrir, ofrece al Padre Eterno la inmolación de aquella víctima divina, por la salvación de todos los pecadores de la tierra.

Penetra bien en el corazón dolorido de aquella Madre..., la más afligida de todas las madres... y verás en él, el altar viviente donde se inmoló el Cordero divino, a fuerza de dolores y de sacrificios espantosos... y, no obstante, aquel corazón destrozado, está tranquilo cumpliendo en todo momento la voluntad de Dios, que así la exigió este sacrificio. — No lo olvides; nadie se verá libre de la Cruz... No te empeñes en volverla la espalda, que se te hará aún más pesada... Abrazate con ella... y cuanto más dolorosa y pesada sea..., bésala con más cariño... Ten generosidad con quien la santificó con su muerte... y muere a ti mismo, crucificándote con valor en la cruz que Dios te envíe..., pues ella y sólo ella te santificará... según aquellos versos, que nunca has de olvidar y debes repetir cuando llegue la ocasión:

«Sin Cruz no hay gloria ninguna,
ni con cruz eterno llanto.
No hay Cruz que no tenga santo
ni santo sin Cruz alguna»...

3.º *Jesús herido en su Corazón.* — Jesús ya había muerto. — Pero allí estaba su Madre, que podía continuar sufriendo por Él. — Y así fue. — Uno de los soldados hundió su lanza en el costado de Cristo para más cerciorarse de su muerte... y el golpe fue tan fuerte, que atravesó su corazón. — Aquel golpe ya no atormentó al Hijo, pero ¡cuánto debió hacer sufrir a la Madre al sentir en su corazón que la

lanza le atravesaba juntamente con el de Jesús! ¡Con qué amor recogería Ella aquella sangre!... ¡¡la del Corazón de su Hijo!!... ¡la última que ya le quedaba!..., ¡la última que se derramaba por la salvación del mundo!

El costado abierto de Cristo, es un misterio para nosotros sumamente consolador. — Por aquella herida, como por una anchurosa puerta, podemos entrar, como lo han hecho las almas amantes..., a escondernos dentro del Corazón de Jesús... y allí establecer nuestra morada. — Esta dichosa herida, rompe el velo que le ocultaba... y aquel divino Corazón..., el que tanto amaba a los hombres, quedó descubierto..., patente a todos..., para que le viéramos..., le adoráramos..., para que en él, de una vez aprendiéramos toda la lección sublime del amor. Es imposible saber lo que es amar, sin penetrar en el secreto de ese Corazón... ¡Eso es amor!... — ¡Ésa es la única escuela!..., ¡ése el único modelo!

Podemos suponer que la Santísima Virgen, llena de dolor, al contemplar aquella atroz herida, pero más llena de admiración, se quedó extática... al ver Ella antes que nadie aquel Corazón... Nunca lo había visto y ahora contempla su hermosura encantadora. — Seguramente que no pudo contenerse y cayó de rodillas para adorarle... y repararle por todos los que allí mismo y por todos los siglos le habían de ultrajar. — Éste fue el primer acto público de la devoción y culto al Corazón de Jesús..., y María la primera adoradora y reparadora del Divino Corazón. — Aprende de Ella, esa devoción salvadora y santificadora. — María es la depositaria de los tesoros de este Corazón... Ella tiene la llave. — Pídelas que te meta muy dentro y cierra bien la puerta, para que nunca salgas de aquel Corazón, donde los tibios se hacen fervorosos, y éstos llegan a ser santos...

MEDITACIÓN 69

SOLEDAD DE MARÍA

1.º *Jesús muerto en brazos de su Madre.* — Imagínate aquel cuadro. — Pendiente de la Cruz el cadáver de Cristo..., lleno de largos manchones de sangre cuajada..., cubierto de heridas..., materialmente deshecho..., sin belleza ni hermosura..., ni casi figura humana...; labios exangües..., ojos sin vida...; aquello no es más que eso, ¡un cadáver!... y es ¡¡el Hijo de Dios!! ¡qué misterio!

A los pies de la Cruz, un grupo de almas buenas, llora sin cesar. — Grande, muy grande es su dolor..., pero ¿cómo compararlo con el de aquella Madre que llora la pérdida de su Hijo... ¡Pobre Madre!... ¿Qué va a hacer ahora sin su Hijo? — Quizá, en medio del dolor, comenzó a preocuparla la sepultura de su Hijo..., pero, ¿cómo y dónde?... ¿si Ella no tenía sepultura, ni medios para comprarla?...; ¿si sus amigos se habían ocultado unos... y otros se habían hecho enemigos?... ¿A dónde acudir?... ¿Quién bajará a su Jesús de la Cruz?... ¡Qué consuelo en

medio de su pena, cuando ve a aquellos santos varones que van a cumplir este piadoso oficio!... ¡Qué agradecimiento no guardaría Ella en su corazón!

Y, efectivamente, con gran cuidado le bajan de la Cruz y depositan el santo Cuerpo, en brazos de María. — Póstrate en espíritu junto a esa Madre, y medita con Ella..., porque ¿qué meditación haría la Virgen entonces?... ¿Cómo iría recordando ante la vista de aquel Cuerpo, todos y cada uno de los tormentos de la Pasión? — Ahora recordó todo lo pasado..., las escenas de Belén..., los idilios de Nazaret..., los días felices en que Ella cuidaba de su Hijo, como ninguna madre lo ha podido hacer. — Ahora entendió de una vez, lo que significaba la espada de Simeón, que toda la vida llevó atravesada en su Corazón. — Ahora comprendió lo que era ser Madre nuestra... ¡Madre de los pecadores!, que así habían puesto a su Hijo... Y ¿a esos precisamente iba Ella a amar?... ¿A esos querer como a hijos, cuando así habían hecho sufrir a su Jesús?... ¡Oh, qué dolorosa maternidad!... Y, sin embargo, besando, una a una aquellas heridas, iría repitiendo: «Soy la esclava del Señor..., hágase en mí tu divina voluntad».

Haz tú esta piadosísima meditación con María..., vete con Ella quitando aquellas espinas una a una..., con mucho cuidado, como si aún sufriera con ellas Jesús... Limpia aquellos ojos y aquel rostro afeado con tantas salivas... y sangre..., toca aquellas manos y pies agujereados... y besa, besa aquel costado abierto... y no apartes tus ojos de aquel corazón que se ve por la herida, sin vida..., sin latir..., sin movimiento..., pero no sin amor... y en cada herida, recuerda tus pecados... y mira lo que has hecho con ellos.

2.º *El santo entierro.* — Los santos varones Nicodemus y Arimatea, juntamente con las piadosas mujeres y la Santísima Virgen, comenzaron a ungir y vendar aquel cuerpo sacrosanto. — Contempla este embalsamamiento y mira cuán amorosa y delicadamente, van limpiando aquellas heridas y ungiéndolas con bálsamo y perfumes... Tal vez la Santísima Virgen se reservó limpiar y ungir la sagrada cabeza... y Ella misma cubriría aquel rostro divino con el más fino lienzo... ¡Qué dolor el suyo al echar su última mirada sobre aquel rostro que Ella sabía de memorial... ¡Cuánto se había embelesado contemplándolo!

Y así dispuesto el cadáver, es conducido a la sepultura. — Forma parte de aquella tristísima procesión, que ya casi de noche, acompaña por última vez el Cuerpo de Cristo... ¡Cómo iría la Santísima Virgen! ¡Qué penoso es el momento de arrancar el cadáver de una persona querida, de casa para llevarlo a enterrar!... ¡Qué camino tan largo y, al mismo tiempo tan corto, el que hay que recorrer en el entierro! — Por una parte, se desea llegar cuanto antes y acabar de una vez con aquel tristísimo momento..., por otra, se teme llegue el instante de la separación total...,

del último adiós... ¡Cuál sería el sufrimiento del corazón de aquella Madre en estos momentos!

Y cuando ya, colocado en el sepulcro, fue la piedra cerrando la entrada y ocultando el santo cuerpo, ¿quién podrá explicar lo que pasaría entonces por el alma de la Virgen?... Ahora sí que se quedó definitivamente sin Hijo... ¿Quién la arrancaría de aquel lugar si Ella no podía vivir sin Él? — Tampoco tengas tú prisa en marcharte... Detente muy despacio, y allí ante el sepulcro de tu Jesús, en compañía de la Virgen tu Madre, piensa en el término de todas las cosas que es el sepulcro. — Cristo quiso pasar por esa humillación, para servirnos de ejemplo en nuestra muerte y sepultura.

Pero no, no es humillante la muerte, si es como la de Cristo..., ni lo es el sepulcro, aunque el cuerpo se deshaga entre gusanos, si es semejante al de Jesús. — ¡Muerte gloriosa!... ¡sepulcro dichoso el de las almas santas!... ¿Por qué no aspirar a eso?

Recuerda, además, que diariamente sepultas a Jesús en tu corazón... y no olvides que su sepulcro quiso que fuera nuevo..., limpio..., y donde nadie, sino El, fuera colocado. — Compara y examina estas circunstancias, para que veas si así es tu corazón. — Piensa si en él, encuentra Jesús aquellos aromas y perfumes de virtudes, simbolizados en los que ungieron su cuerpo y con los que ahora especialmente Él quiere regalarse en tu alma... y pide a la Santísima Virgen, sea Ella la que supla tu pobreza miserable, y te enseñe a guardar y a sepultar, mientras dure tu vida, a Jesús en tu corazón..., para que nunca su presencia falte en él...

3.º *La vuelta del Calvario.* — El Salvador queda allí en el sepulcro descansando..., pero María no podía descansar, ni sosegar... se consideraba sola..., huérfana..., desamparada y desterrada..., sin familia..., sin hogar..., y así, acompañada de aquellas almas piadosas, pero sintiendo en su corazón la frialdad de la más espantosa soledad, emprendió el regreso hacia su morada.

Todos los que la acompañaban, con el corazón encogido, pensaban, sin embargo, en el corazón destrozado de aquella Madre, que se volvía sola..., ¡sin su Hijo! — Sigamos con Ella este camino de dolor.

Ha vuelto a subir al Calvario para emprender el regreso... ¿Qué sentiría a vista de la Cruz desnuda..., vacía..., manchada de la sangre de un Dios?... Mírala arrodillarse ante ella y abrazarla... y adorarla.

Ya no es instrumento del suplicio..., ya no es algo odioso..., horrible..., maldito. — Ve en ella el árbol de la vida, del que se ha desprendido, ya maduro, el fruto de salvación... Es la llave del Cielo..., es la espada que vencerá a todos los enemigos de Cristo, que a sus pies irán a estrellarse..., es el arma de combate de todos los cristianos..., es la locura de todos los santos, que no podrán vivir sin ella, ni lejos de ella... sino subidos..., abrazados..., crucificados en ella...; es, en fin, la balanza

donde se pesarán las acciones de todos los hombres y la causa y razón de su condenación o de su salvación. — ¡Oh Cruz bendita!... ¡Oh Cruz divina!... ¡Qué requiebros amorosos la diría la Santísima Virgen!... ¡Cómo se desahogaría en dulcísimas lágrimas y en abrazos tiernísimos con ella! — Abrázate tú también y enamórate de aquella Cruz, regada con la sangre de Cristo y las lágrimas de la Madre. — Que sea para ti, como decía San Pablo, tu mayor gloria y bienaventuranza.

Y levantándose, continuó su camino... ¡Qué recuerdos al llegar a la ciudad maldita..., la ciudad deicida!... Sus calles manchadas aún de la sangre de su Hijo... ¡Cuántas veces se postraría a besaría!... ¡Cómo iría recordando todos los pasos de la pasión!... Aquí las caídas..., allí la calle de la Amargura, donde le encontró...; más lejos, donde salió con la Cruz a costas...; entre sombras, el palacio de Herodes, donde le trataron como a un loco..., más allá el de Pilatos..., la plaza donde gritaba la muchedumbre..., el balcón del *Ecce Homo*..., el patio de la flagelación... ¡¡Pobre Madre! — ¡Cómo iría recorriendo uno a uno estos pasos! — Acompaña muchas veces a la Virgen en esta devota meditación, y ten mucho gusto en hacer muy bien el Santo Vía-Crucis con frecuencia y acompañando a la Santísima Virgen... Ella es tu modelo en esta hermosa devoción...

MEDITACIÓN 70

MATER DOLOROSA

1.º *La Reina de los mártires.* — El dolor es la ley universal que abarca a todos los hombres sin excepción. — El niño, sin que nadie se lo enseñe, gime y llora, y así, entre llantos y gemidos, se deslizará toda su vida. — No podemos huir del dolor..., nos espera donde menos lo creíamos..., quizá cuando son mayores nuestros goces y alegrías...; generalmente éstas son preludio de las lágrimas. — Cuando te venga un fuerte alegrón piensa en algún fuerte dolor o físico o moral..., del cuerpo o del alma..., de dentro o de fuera..., que te ha de venir. — Es locura querer alegar la vida huyendo del dolor. — Cuando menos punzan sus espinas, es abrazándose con generosidad con él... saliéndole al encuentro..., teniéndole gran amistad..., sobre todo, santificando y sobrenaturalizando todo dolor y sufrimiento.

Jesús quiso ser el Varón de dolores y su Madre la Reina de los mártires. — Esos son los modelos..., éstos los únicos que alivian, con su ejemplo, nuestros sufrimientos, y nos enseñan a santificarnos con ellos. — ¡Bendito el dolor! — Así dijo Cristo: «dichosos los que lloran..., los que sufren..., los que padecen». — No tengas lástima del que sufre mucho, sino del que no sabe sufrir. — Cristo asoció a su Madre a todas sus glorias y grandezas, y por eso la hizo compañera de todos sus sufrimientos. — Al que Dios más ama, más le hace sufrir, para elevarle, como a su Madre, después a mayor gloria y grandeza. — ¡Cuánto sufrío

María al pie de la Cruz!... ¡Pero qué grande es María precisamente al pie de la Cruz!... ¡Qué perla faltaría en su corona, si no tuviera la del dolor! — Por tanto, fue necesario que si era Reina, fuera Reina del dolor y del martirio. — Si fue Reina del dolor, debió sufrir más que nadie... Su martirio duró toda su vida.

A nosotros, nos envía Dios los dolores uno a uno y nos oculta los futuros...; sólo sufrimos los presentes. — A María la reveló ya desde el principio, todo lo que había de sufrir para no ahorrarla sufrimientos... sino más bien quiso que aquella espada la atormentara toda la vida.

Piensa en sus dolores: cuánto sufrió con la ingratitud..., la traición..., el abandono..., el desamor de que fue objeto su Hijo. — Belén..., Egipto..., Nazaret..., Jerusalén..., el pesebre y el Calvario..., el Templo..., el palacio de Herodes y de Pilatos..., Son todos los lugares en que su corazón se desgarró ¡tantas veces! — Hasta la pérdida de Jesús quiso sufrirla... para enseñarnos a nosotros a sufrir y a buscarle si le perdemos pecando. — Detente a enumerar y ponderar estos dolores.

2.º *Dolor humano y natural.* — En todos estos dolores, considera su parte natural y humana. — La medida de todo dolor, es la intensidad del amor. — Sólo nos duele dejar o perder lo que amamos. — A mayor amor, mayor dolor. — Con esta regla, trata de medir el dolor de María... Era un dolor de madre y con esto se dice todo... Es el amor más puro..., más noble..., menos egoísta que en la tierra existe, ¡el amor de una madre! — Por eso, Dios no ha querido que tengamos más que una...; ella sola basta para llenar toda nuestra existencia de cariños inefables..., de besos calientes..., de amores que llenan por completo el corazón... ¡Cómo ama una madre! — Y, ¿cómo amaría la Virgen a su Hijo? — Dios quiso juntar en su Corazón todas las ternuras de todas las madres para que con ese amor amara a su Hijo. — No merecía menos el «Hijo de Dios»... y el que quiso llamarse por excelencia el «Hijo del hombre». — Pues, ¿cuál sería su dolor..., su sufrimiento en la pérdida de su hijo?

Piensa, además, que el Hijo que perdía era único, que no le quedaba otro con quien consolarse..., que ese Hijo único era el mejor de todos..., que amaba a su Madre, como ningún hijo ha amado a la suya. — Por otra parte, siendo inocentísimo como era, lo perdía como si fuera un criminal...; que no era una enfermedad..., un accidente desgraciado..., sino una traición..., una ingratitud..., una enorme y horrible injusticia, la que le arrebatava la vida... y que eso se llevaba a cabo en medio de atroces tormentos... y en su misma presencia.

Piensa en aquella íntima unión que entre Jesús y María existía, hasta el punto que en verdad el Hijo era la vida..., el todo de la Madre... y comprende por aquí algo, la intensidad de su dolor de Madre.

Además, es cierto que la sensibilidad tiene muchos grados..., que no es igual en todas las personas... y que a mayor sensibilidad, mayor fuerza

de dolor. — María era de una delicadeza exquisita..., de un organismo perfectísimo y por lo mismo de una sensibilidad extraordinaria... ¿Cuál sería, pues, el dolor de su corazón al ponerse en contacto con la ingratitud..., con la injusticia..., etcétera? — Recuerda lo que a ti estas cosas, que habrás pasado en grado muy inferior, te han hecho sufrir, y deduce lo que pasaría por el alma de la Virgen. — Detente en cada una de estas circunstancias... Medita muy despacio cada uno de estos motivos... y te convencerás de que con mucha razón, la Santísima Virgen puede aplicarse aquellas palabras de Jeremías: «Mirad y ved, si hay dolor semejante al mío.»

3.º *Dolor divino y sobrenatural.* — No podemos abarcar toda la intensidad del dolor humano y natural de María... ¿Cómo podremos, pues, darnos una idea ni siquiera aproximada, de su dolor sobrenatural? — María sufría al perder a aquel que era su Hijo..., al verle padecer y morir... pero sobre todo sufría porque en Él veía a su Dios.

¿Quién ha conocido como Ella a Dios?... ¿Quién le ha amado como Ella?

Recuerda los incendios de amor de tantas almas santas..., de los mismos ángeles y serafines...; todo es nada en comparación del amor de María a su Dios. — Pues, ¿cómo sentiría las ofensas..., los insultos..., los tormentos que los hombres le dieron? Si como Madre todos repercutían en su corazón..., como Madre de Dios, ¿qué sería?

Consta que ha habido almas que han muerto de dolor de sus pecados, considerando lo que con ellos ofendieron a Dios. — Pues, ¿cómo María no murió de dolor a la vista de aquellas ofensas gravísimas que el pueblo escogido infirió a Cristo en su Pasión?

Además, María sufrió todos estos tormentos indecibles, sin consuelo espiritual de ninguna clase... Los mártires sufrían con alegría abrazados al crucifijo... La vista de Jesús crucificado, alentaba a los penitentes y anacoretas en sus austeridades..., pero para María, el Crucifijo..., la vista de Cristo crucificado, era precisamente su mayor tormento... El mismo que a otros iba a consolar, era el verdugo que atormentaba el corazón de su Madre. — Sus dolores no fueron físicos... Nada padeció en su cuerpo de tormentos y castigos..., pero por eso mismo, fue más intenso su dolor, al ser todo él interno..., puramente espiritual..., ¡verdaderamente divino!

En fin, el colmo del dolor de la Virgen, fue no sólo el asistir..., el autorizar con su presencia el sacrificio de su Hijo..., sino que tuvo que llegar a desearlo. — Dos hijos tenía María: el hijo inocente... y el hijo pecador, que somos nosotros, — Si quería que viviera el Hijo inocente, no podía salvarse el hijo pecador...; si quería la salvación de éste, debía desear el sacrificio del otro... ¿Qué hacer? — Como Madre, debía de querer tanto como a Jesús... y tuvo que llegar a querernos más que a El..., porque sabiendo que esa era la voluntad de Dios, quien no perdonó

a su propio Hijo..., también fue la suya, y tampoco Ella le perdonó. — Por eso, allí estuvo al pie de la Cruz, muerta de dolor..., deseando..., hasta gozándose en la muerte de Cristo para salvarnos a nosotros... ¡Cuánto amor!, pero también, ¡cuánto dolor!... ¡Cuánto costamos a María ser hijos suyos!

Y si lo que cuesta es lo que se aprecia y ama, ¿cuánto nos amará ahora, pues tanto la hicimos sufrir? — Pero ya basta..., basta ya de ingratitudes..., no hagas ya sufrir más a tu Madre..., sino ámala aún a costa de tus sufrimientos y de tu vida misma.

MEDITACIÓN 71

MARÍA Y LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

1.º *Sepulcro glorioso.* — Por el pecado entró la muerte en el mundo...; todos los hombres han de morir porque son pecadores. — Sólo Jesús y María estuvieron exentos de esta ley, y, no obstante, quiso Dios que pasaran por la humillación de la muerte..., pero no debían quedar en el sepulcro..., ni podía allí corromperse una carne tan limpia de toda mancha.

Además, Cristo murió, pero no fue vencido por la muerte..., sino, al contrario, la muerte se convirtió en principio de vida... y de vida eterna, para que todos los que en Cristo murieran, no murieran de veras... sino pasaran a la vida de la inmortalidad. — Por eso, su triunfo sobre la muerte había de manifestarse necesariamente con la resurrección gloriosa de su cuerpo. — El que había predicho tantas veces su muerte... otras tantas predijo su resurrección. — Tenía que demostrar su divinidad y poner el sello a su predicación, con ese dominio sobre la vida y la muerte, propio y exclusivo de Dios.

Todas las grandezas humanas van a parar a un sepulcro..., por muy grande que sea el poder de un hombre, un día caerá sobre él, la losa de una sepultura, que diga: «aquí yace»..., «aquí está». — Pero hay un sepulcro glorioso, donde triunfante de la muerte, se leen estas palabras: «Resucitó, no está aquí.» — ¡Qué gloria tan grande la de Cristo en su Resurrección!... ¡Qué triunfo el suyo sin precedentes y sin igual!... Sólo Él podía hacerlo. — Pero esta gloria de Jesús, tiene que ser también gloria de María. — Nada de cuanto a Él se refiere, es ajeno a su Madre. — Estuvo asociada a Él en el Calvario...; los dolores del Hijo fueron dolores de la Madre... Justo era que sus triunfos y goces y alegrías, fueran también para la Santísima Virgen. — Y no sólo para Ella, sino para todos nosotros también. — ¡Cuánto no debe consolarnos el triunfo de la Resurrección de Cristo! — Si no hubiera resucitado, nuestra fe sería inútil...; los enemigos hubieran triunfado definitivamente de Él..., de su vida y de su obra. — Pero con su Resurrección nos da el argumento más firme de nuestra fe..., la razón más sólida de nuestra esperanza. También nosotros hemos de morir..., también nosotros, hemos de resucitar. —

Pero, ¿cómo?... ¿Será nuestra muerte santa..., nuestro sepulcro glorioso..., nuestra resurrección triunfante?... A estas preguntas sólo tú puedes y debes responder..., de ti solamente depende. — Pide a Jesús y a María sea así..., que así lo esperes por sus méritos..., que también quieras ahora asociarte a sus dolores, para participar un día de sus triunfos.

2.º *Aparición de Jesús a su Madre.* — No es de fe..., ni consta en el Evangelio, pero es cierto. — La naturaleza y la gracia, exigen este encuentro entre Madre e Hijo. — No podemos dudar de que la Virgen lo esperaba, con una fe viva e inquebrantable. — Los Apóstoles llegaron a dudar de la Resurrección... María esperaba, con una certeza infalible, el cumplimiento de las palabras de su Hijo. — Por eso, Ella no fue al sepulcro..., sabía que era inútil y que allí ya no estaba Jesús.

Piensa ahora en esta santa impaciencia, que en especial al comenzar el día tercero, invadiría el corazón de la Virgen. Los minutos se la harían eternidades..., la daba el corazón de madre, que su Hijo ya se aproximaba, y el corazón de una madre nunca se equivoca en cosas de sus hijos. — Recuerda a la madre de Tobías, saliendo a diario al camino, para ver si regresaba su hijo. — Es necesario conocer el corazón de una madre y, sobre todo, el de aquella Madre, para hacerse cargo de su deseo e impaciencia por ver al Hijo resucitado. — ¿No será dulce pensar que también ahora, con sus deseos vehementes..., con sus fervientes súplicas..., hizo que se acelerara la hora de la Resurrección, como lo había hecho en la Encarnación... y en las bodas de Caná al adelantar el momento de la manifestación pública de Jesús?

En fin, llegó el instante dichoso que no es posible imaginar. — Contempla a la Virgen aún en su soledad..., sumida en el océano de las tristezas... Sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, ya no tienen lágrimas que dar. — Y de repente, una explosión de luz divina..., un cuerpo gloriosísimo con vestiduras más blancas que la nieve... y, sobre todo, una voz dulcísima..., muy conocida, que llama y repite mil veces: ¡¡¡Madre!!! — ¿Qué lengua podrá explicar estas efusiones de Hijo y de Madre en aquellos instantes? — Deja a tu corazón sentir las y que se pierda y se abisme en este mar de dicha..., de felicidad..., de gloria verdadera... ¡Qué bueno es Jesús para los que le aman! — Un poco de padecer y sufrir con El, y luego cuánto goce y satisfacción sin fin. — Compara con estos goces y alegrías, las que el mundo ofrece, y verás si merecen siquiera este nombre, las mentiras que él nos da.

También aplica ahora, la regla del amor y del dolor: cual es el amor, es el dolor..., y cual es el dolor, así es la alegría después. — ¿Cómo sería la alegría de la Virgen si así amaba a su Hijo?... Si así sufrió en su muerte, ¿qué sería verle ahora glorioso..., triunfante..., resucitado, para nunca más morir? — Ahora de nuevo, iría Ella recorriendo las heridas de su

Cuerpo..., y las adoraría con la felicidad que la produciría verlas tan gloriosas. — Recórrelas también tú con Ella, y una vez más detente en aquel costado..., en aquel Corazón... ¡Qué horno!... ¡qué volcán de fuego!... Entra muy adentro y allí abrásate..., consúmeme en santo amor a Dios.

3.º *Efectos de esta aparición.* — A) Una alegría tan grande y tan viva, que fue milagro de Dios que la Virgen no muriera sin poderlo resistir. — Una alegría espiritual y divina, de la que no se saciaba el alma de María, semejante a la del Cielo, que nunca llega a cansar. B) Una compenetración más íntima y profunda, que Dios la concedió, con su divino Hijo, como premio a su fidelidad y generosidad en el sacrificio...; de suerte que sin llegar a convertirse en Dios, fuera no obstante la participación más grande que de la divinidad pudiera darse a una criatura. C) Un conocimiento aún más claro..., una contemplación más sublime, de lo que era su Hijo, y de su obra grandiosa de la Redención. — Sin duda, que Jesús la reveló entonces altísimos secretos..., sus planes y proyectos..., su Ascensión a los Cielos después de unos días..., la fundación de su Iglesia y la parte que Ella debía tener en tal obra...: en fin, grandes secretos del Cielo y las muchas almas que ahora iban a entrar en él.

También tú, te has de alegrar con este grandioso triunfo de Cristo... y con este gozo de tu Madre. — Repítela la felicitación de la Iglesia: *Regina coeli laetare, alleluia...* Pídelas que te dé alguna partecita de su felicidad, si ahora no, al menos algún día en el Cielo..., y, en fin, no olvides que, según San Pablo, de la Resurrección de Cristo, hemos de sacar grande asco y hastío de las cosas de la tierra, que ni pueden ni merecen llenar nuestro corazón... Que busquemos lo de arriba..., que suspiremos por la otra vida, viviendo ahora despegados de ésta, y, que el espíritu de fe..., la vida de fe, sea la que sobrenaturalice todos nuestros actos, para darlos un valor que por sí mismos nunca tendrían... y que de este modo llegarán a constituir la gloria de nuestra corona en el Cielo.

MEDITACIÓN 72

MARÍA Y LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1.º *Preludios de la Ascensión.* — Jesús resucitado no debía ya permanecer en este mundo. — Como Dios, nunca dejó el Cielo, su morada..., pero como hombre, tenía derecho a la posesión del trono que había ganado con su Pasión, con su muerte y con su triunfo sobre el pecado. — La Ascensión es el complemento de su glorificación, pues con ella debía adquirir la plenitud de la gloria, al entrar en el Cielo. — El pecado había cerrado las puertas del Cielo... Cristo las debía abrir de nuevo. — Solo a Él le correspondía este honor. — Para eso había bajado del Cielo. — La obra ya estaba terminada. La Redención se había consumado. — Los hombres ya

podían volver a mirar al Cielo como a su verdadera patria. — El mundo no es más que un destierro completo. — El Cielo, nuestro fin..., nuestra meta..., nuestro descanso.

Ya habían pasado los cuarenta días de preparación a esta solemnidad. — Cristo había hecho múltiples apariciones para confirmar la fe de sus discípulos, y la realidad de su resurrección. — ¡Cuántas veces en estos cuarenta días, no visitaría a la Santísima Virgen! — Ya no convivía con Ella como antes de morir..., pero qué consuelo para la Virgen al recibir, quizá diariamente, la visita de su Hijo. ¡Cómo se renovarían todas las alegrías y gozos del día de la Resurrección! — ¡Cuántas gracias la concedería su Hijo y cuántas cosas la enseñaría en aquellas dichosas visitas!

Suplica a la Santísima Virgen que tú también sepas así visitarla, para acompañarla y consolarla.

Pídelas que te enseñe alguna de esas muchas cosas que Ella sabe y que a ti te convienen..., que te regale con alguna de aquellas gracias que la dio su Hijo en aquellos días...

2.º Realización de la Ascensión. — Jesús se aparece por última vez a sus Apóstoles y discípulos, y les conduce al monte de las Olivas. — Allí empezó su Pasión..., allí juzgará un día al mundo..., allí quiso que se efectuara su Ascensión. — ¡Qué recuerdos traería a todos la presencia de aquel lugar! — ¡Qué pensaría la Santísima Virgen entonces! — ¡Qué cambio tan enorme! — ¡Qué escena la de hacía cuarenta días y la que tenía ahora a la vista! — Si aquellas piedras, testigos de su agonía... y de su sudor de sangre..., si aquellos olivos que presenciaron su prendimiento pudieran hablar, ¿qué dirían ahora? — Nunca olvides esto en tus luchas..., dolores y sufrimientos...; todo pasa y pronto... y muchas veces lo que fue causa o instrumento de nuestro dolor, lo es de nuestra alegría... y lo será siempre de nuestro triunfo..., de nuestra gloria y felicidad en el Cielo.

Delante, pues, de todos aquellos que le acompañaron y la Santísima Virgen, de la que especialmente se despediría..., haciéndola ver con más claridad que a los demás, cuán conveniente era que se fuese al Cielo... comenzó a transfigurarse..., su rostro resplandeció como un sol..., sus ojos brillaron con amorosa luz..., sus manos se levantaron solemnes para bendecirles, y de sus llagas, hermosísimas y gloriosísimas, comenzó a salir un suavísimo olor que les confortaría el corazón. — Todos se despidieron de El..., quizá besando las llagas de sus manos y de sus pies... La Santísima Virgen se adelantaría a tocar y besar por última vez la dulcísima llaga de su Costado... y así, suavemente..., lentamente..., con movimiento al principio casi imperceptible..., con los ojos fijos en su Padre que le llamaba..., comenzó a elevarse de la tierra y subir a los Cielos.

Mira a los Apóstoles quedarse extáticos contemplando aquel

espectáculo...; parecen ignorar en qué va a terminar aquello..., pero, sobre todo, contempla a la Santísima Virgen siguiendo con sus ojos a su divino Hijo... ¡Con qué ansia!... ¡Con qué dulce envidia se quedaría mirándole!... Una nube lúcida le envolvió y los Apóstoles ya no le vieron más. — Para María no habría nubes... Sus ojos maternales atravesarían todas las que se interponían..., salvarían todas las distancias... y vería la entrada triunfal de su Hijo en el Cielo, entre el tropel de almas sacadas del Limbo de los Justos... y el cántico glorioso de los ángeles todos. — Alégrate con este triunfo de Jesús, del que participa la Santísima Virgen y suplícala por su intercesión y por los méritos de su Hijo, que también tú participes del mismo en el Cielo.

3.º *Efectos de la Ascensión.* — A) En la Santísima Virgen: un gozo grande..., una alegría inmensa... una satisfacción cual sólo Ella, como Madre de Jesús, podía sentir...; un amor cada vez más intenso a Dios, al ver completa y terminada la obra amorosísima de la Redención. — ¡Cuál sería su agradecimiento a Dios! — Pero al mismo tiempo, ¡qué pena!, ¡qué tristeza la suya al verse separada de Jesús!... Ya no sólo no viviría con Él..., sino que ni volvería a verle..., ni a recibir sus visitas... ¡Qué pesada se la haría la vida!... ¡Qué largo e insoportable el destierro!... Y esta separación debería durar años y años..., sin aquel Hijo por quien tan tiernamente había vivido... Sólo quien ama puede apreciar este sacrificio de la Santísima Virgen. — Mas Ella se sujeta a él generosamente..., como lo había hecho en el Templo y en el Calvario. — Una vez más agradece esta caridad de la Santísima Virgen en favor nuestro.

B) *En los Apóstoles.* — Los efectos fueron de admiración y de gozo inmenso. — No se saciaban de mirar al Cielo... Esta mirada les infundía gozo y valor a la vez... ¡Cuántas veces en sus trabajos y sufrimientos esta mirada al Cielo les alentaría!

Además, se aumentó su fe en gran manera, al ver el fin glorioso que habían tenido las cosas de su Maestro. — Ahora comenzaban ya a conocer cuál era y dónde estaba su reino... Igualmente su esperanza se confirmó con la promesa del Espíritu Santo y con la palabra que les dio de llevarles adonde Él iba. — En fin, la caridad se dilató, aumentándose en su corazón el aprecio y amor que le tenían, pues ahora es cuando se convencieron de cuánto les había amado su Maestro.

C) *En nosotros.* — Pide a la Santísima Virgen algo semejante en tu corazón; que te afiances en la fe..., en la esperanza del Cielo..., en la caridad y amor hacia Jesús. — Que te enseñe a mirar al Cielo como los Apóstoles... sobre todo, en las cosas arduas de la vida... y que te ayude a despegarte de todo lo terreno, poniendo tu corazón sólo en Dios y en el Cielo... que es lo único que debe llenarte. — Esto te animará al trabajo..., al sacrificio..., a la exactitud en el cumplimiento de tu deber... y te llenará de santa alegría, pues como dice el Kempis: «El que piensa y espera en

el Cielo, no puede tener en la tierra un solo momento de verdadera tristeza.»

MEDITACIÓN 73

MARÍA Y LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

1.º *Preparación.* — Los Apóstoles y discípulos se retiraron al Cenáculo para prepararse allí, con la Santísima Virgen, a la venida del Espíritu Santo. — Examina esta preparación:

A) Primero se retiran, porque el retiro y la soledad es donde Dios se comunica con las almas. — A Dios no le gusta hablar en medio de las cosas del mundo... y si habla, con ese ruido no se le oye... ni se entiende bien su voz. — Ama mucho el retiro..., el silencio, la soledad de tu alma, donde quiere el Señor hablarte. — Por eso, esta soledad no sólo ha de ser exterior..., sino interior, acallando otros pensamientos..., negocios..., impresiones..., asuntos que traigas entre manos. — Mira si no será esa, muchas veces, la razón de tus faltas en la oración, y el poco provecho de la misma... ¿Sabes retirarte exterior e interiormente?... ¿Sabes poner silencio en tu alma a todo lo que sea ajeno a la oración?

B) *Se retiraron a orar todos a una...* La oración es la solución para todo. — Cristo nunca se dispensaba de ella. — Oró en el Cenáculo..., en el huerto..., en la Cruz misma. — Orando encontró el ángel a la Virgen en su Anunciación. Los Apóstoles, por indicación de la Virgen, se retiran a orar. — También a ti te llama diariamente... ¿Cómo respondes?... ¿Eres alma de oración?... ¿Acudes a ella a buscar luz..., consuelo..., fuerza?...

C) *En compañía de la Virgen.* ¡Qué dichosos los Apóstoles que pudieron orar junto con la Virgen! Ella dirigiría la oración... Ella daría ejemplo de fervor... Sólo con mirarla a Ella, se disiparía el cansancio..., la tibieza..., las distracciones. — Pero ¿es que tú, si quieres, no puedes hacer lo mismo?... ¿Por qué no oras con María..., mirando a María..., aprendiendo de María? ¿Haz un poco de examen y pregúntate si al comenzar... y al continuar... y al concluir la oración la haces con la Santísima Virgen. — Aprende aquí también a tener devoción a la oración común... ¡Cómo agrada a Dios!..., ¡cuán provechosa es!

D) Finalmente, fíjate en la constancia. — El Espíritu Santo no descendió sobre ellos hasta pasados diez días en continua oración. — ¡Pronto nos cansamos de orar! — Queremos conseguirlo todo en seguida... y si no, viene el desaliento..., la desilusión. — ¡Qué falta de perseverancia! — Pídesela a la Santísima Virgen. — Que no un día..., ni dos..., sino siempre, sea tu oración fervorosa y así será eficazmente santificadora...

2.º *La venida.* — Y cuando así estuvieron preparados, es cuando vino el Espíritu Santo el día de Pentecostés, en forma de fuego. — Penetra en el Cenáculo y contempla el estupor y espanto de los Apóstoles, al oír aquel viento impetuoso..., al ver que la casa toda

temblaba y parecía venirse a tierra..., al percibir aquella lluvia misteriosa de lenguas de fuego, que se posaban sobre cada uno de ellos... y después, el gozo inmenso al sentirse llenos del Espíritu Santo y de sus dones y gracias... y, sobre todo, del amor encendido y abrasador que es el divino Espíritu.

Y ¿qué sentiría la Santísima Virgen?... Ella fue la primera en comprender la llegada del Espíritu Santo... y, sin asustarse por aquellas señales violentas que le acompañaron, se recogió fervorosamente en su interior, para mejor recibirle. — ¡Que gusto no recibiría, por decirlo así, el Espíritu Santo al encontrar un alma tan bien dispuesta como la de María!... Si ya la había dado antes la plenitud de su gracia..., ¿qué más podía hacer con Ella el Espíritu Santo en este día? — Milagrosamente aumentaría su capacidad..., dilataría los senos de su alma..., ensancharía todo lo posible su corazón..., para tener la satisfacción de volverla a llenar de nuevas gracias..., de nuevos privilegios..., de nuevo y más encendido amor...

Póstrate ante tu Madre querida y admira esa grandeza inmensa..., casi infinita y divina, de que la ves revestida hoy al recibir al Espíritu Santo... Mírala hoy, si cabe más pura..., más blanca..., más resplandeciente..., más santa..., más llena de amor a Dios y a los hombres. — Si ahora se le apareciera el arcángel, no hay duda que enmudecería..., pues en su lenguaje angélico, no encontraría expresiones para saludar dignamente a María. — Haz que salte de gozo tu corazón, ante esta consideración y pide a tu Madre un poquitín de lo muchísimo que Ella tiene y posee.

3.º *Efectos*. — A) «Todos fueron llenos del Espíritu Santo». Con qué generosidad se nos da este llamado «Altísimo don de Dios». — Y ¡qué transformación causa en las almas! — Mira a los Apóstoles, en un instante, trocados en otros hombres... son los mismos que huyeron hace unos días cobardemente... o negaron a Cristo como San Pedro... o dudaron de las palabras del Maestro, como los de Emaus y Santo Tomás. — Pero ahora, de cobardes se vuelven animosos y valientes..., de débiles y miserables, en fuertes e invencibles..., de ignorantes y rudos, en dóciles y muy sabios..., de envidiosos, que no aspiraban más que a los primeros pues tos, en corazones llenos de ardiente caridad. ¡Oh mudanza extraordinariamente milagrosa!

B) «...y en seguida empezaron a hablar»... Esto es, a predicar..., a trabajar por las almas..., a comunicarlas el fruto del don que habían recibido. — Es propio de la caridad del Espíritu Santo difundir el bien por todas partes. — Pero comprende que esa actividad para ser fructífera, ha de ser inspirada y dirigida por el Espíritu Santo; de lo contrario, será completamente inútil y hasta a veces perjudicial.

C) «...hablaban las grandezas de Dios». Las almas llenas de Dios no saben hablar de otra cosa. — ¿De qué iban a hablar los Apóstoles así encendidos e impulsados por el Espíritu Santo? — Examina si te gusta

hablar de Dios..., si en esas conversaciones encuentras complacencia..., y por ahí deducirás la cantidad que tienes de espíritu de Dios...; porque cada espíritu mueve a hablar como es él...: el del mundo, cosas mundanas y terrenas...; el espíritu carnal, cosas bajas y rastreras...; el espíritu propio, las cosas personales de cada uno, el yo a quien hace salir a relucir a cada paso...

4.º *El Espíritu Santo en ti.* — No olvides que tú también has recibido al Espíritu Santo en el Bautismo, que te hizo hijo de Dios... en la Confirmación, al confirmarte en la fe y tomarte bajo su protección..., en todos los Sacramentos, mediante la infusión de la vida divina por la gracia santificante... No olvides tampoco que el Espíritu Santo, habita en las almas como en su Templo vivo, y por tanto, que le tienes muy cerca..., en tu mismo corazón..., que es El, quien te sostiene... y ayuda... e ilumina y guía como de la mano por el camino de la perfección. — Agradécele su caridad inagotable, que no se cansa de ti..., ni de tus ingratitudes. — Prométele corresponder mejor a sus dones divinos..., trabajar más... y cooperar con más interés a la obra de la gracia. — Encomienda esto a la Santísima Virgen, para que sea Ella la que prepare tu corazón, como preparó el de los Apóstoles... haciendo más fructuosa y perenne la venida del Espíritu Santo.

MEDITACIÓN 74

ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA

No sabemos nada de cierto, pero es fácil adivinar cuál sería la vida de la Santísima Virgen en sus últimos años.

1.º *Vida de oración.* — Siempre tuvo la Virgen vida de oración, ya que nunca perdió la presencia de Dios, ni antes ni después de la Encarnación. Pero, al fin de su vida, esta oración tuvo que ser aún todavía más intensa si cabe. — ¿Cómo iba Ella a estar ni un momento sin pensar en su Hijo querido?... no le recordaría sin cesar?... ¿No estaría incesantemente acordándose de sus palabras... de sus milagros..., de su predicación..., de su Pasión y muerte..., de su Resurrección y Ascensión..., de su amor, en fin, a los hombres?

Dice el Evangelio que María guardaba todo lo que decía Jesús, ya desde Niño, en el fondo de su corazón, y que a solas lo meditaba... Pues, ¿sería posible que viviera ahora sin esta meditación Ella, que no vivía sino de Jesús y para Jesús?

Por otra parte, ya había terminado sus obligaciones de Madre... Las ocupaciones de la casa, ya no la llevaban tiempo..., vivía amorosamente cuidada, en casa de San Juan. — Por tanto, todo el tiempo lo emplearía en hablar y conversar con su Hijo y con su Dios. — Es muy natural suponer que con gran frecuencia, quizá a diario, visitara los lugares santificados por su Hijo. — Acompaña en estas visitas y la verás entrar

en el huerto de los olivos y allí pasar largo rato recordando y contemplando la agonía de Jesús en aquella cueva... Mírala luego subir al Calvario..., después de recorrer una a una las estaciones del Vía-Crucis, y postrarse en el lugar de la crucifixión... y besar la losa del santo sepulcro... y volver una vez más, por aquel mismo camino de amargura, que en el día de su soledad Ella recorrió.

Pide a la Santísima Virgen que te deje subir con Ella y seguirla en estos pasos... singularmente cuando haces el Vía-Crucis, o meditas en la Pasión. — Piensa, pues, ¡cuán devota y amorosa sería esta oración de la Virgen!... y avergüénzate de la tuya..., ¡tú, que tienes mucha más necesidad de orar y meditar que Ella!...

2.º *Vida de fervor.* — Si no hay santidad sin fervor..., ¿cuál sería el de la Virgen, ya que su santidad fue tan elevada?... ¿Concibes ni siquiera la posibilidad de que hiciera algo de cualquier manera..., desganada..., a la fuerza..., tibiamente? — Mírala más bien esforzarse en todo momento por servir a Dios como verdadera esclava suya, cada vez más y mejor..., aumentando su caridad..., su rectitud de intención..., su interés sumo en cada obra.

En la vida de perfección, sólo el detenerse es ir hacia atrás... Pues imagínate el continuo crecimiento de las virtudes en la Virgen y... ¡cómo correría por la cumbre altísima de la santidad!... Avergüénzate ante Ella y piensa: Ella siempre pura..., siempre santa..., siempre llena de gracias..., aspira, sin embargo, a más y mejor, sin detenerse, sin decir nunca basta... ¿Y tú qué haces?... Responde con franqueza lo que diga tu corazón...

3.º *Vida Eucarística.* — Ciertamente que su vida tuvo que ser, en estos años, eminentemente eucarística... ¡Quién pudiera comulgar como Ella comulgaba! — Si la Comunión es la unión más íntima del alma con Dios, ¿cómo la haría Ella?... ¿No la parecería que de nuevo se renovaba la Encarnación... y que al recibirle en la Comunión, otra vez sentía la presencia efectiva, real y verdadera de su Hijo? — No dudes que ni un solo día podría pasar sin comulgar..., que la Comunión sería para Ella, el acto central de cada día y... que las horas todas la parecerían pocas, para prepararse y darle gracias.

Y si una comunión bien hecha, basta para hacer santos, ¿qué haría en el alma de la Virgen? — Calcula los efectos que ha producido en tantas almas buenas... ¡Cuántas ha habido enamoradas..., locas de amor por la Eucaristía!..., y comprende si puedes, lo que sería la Santísima Virgen. — Tú también debes centrar toda tu vida en la Eucaristía. — La Comunión..., la visita al Santísimo..., deben ser los actos más importantes de ella...; pero acuérdate de la Santísima Virgen..., imítala..., ruégala..., hazla dulce violencia para que no te deje y te enseñe a comulgar con fervor...

4.º *Vida de sacrificio.* — A) *En la obediencia,* no sólo a la ley evangélica, sino a todo lo que San Pedro y los Apóstoles ordenaban en bien de la Iglesia. — Nunca se exceptuó..., ni se creyó dispensada de nada..., la primera en obedecer y sujetarse a todo..., viendo en los que mandaban a los representantes de Dios... y en sus mandatos, la voluntad divina.

B) *En la pobreza,* viviendo de limosna, como su Hijo había vivido, y contentándose con lo que los Apóstoles distribuían a las viudas y a los demás fieles..., sin consentir que se hiciera con Ella distinción de ninguna clase. — Muchos creen que tanto amó a la pobreza, que había visto practicada con tanto fervor y amor por su Hijo, que fue la primera en hacer voto de la misma..., siendo el modelo de las almas que después, a imitación suya, eligieran voluntariamente este modo excelente y santificador de vida.

C) *En la mortificación,* guardando la templanza y abstinencia de modo admirable y celestial, como dice San Ambrosio... comiendo siempre manjares ordinarios y añadiendo frecuentes ayunos y penitencias, como Ella misma lo reveló a Santa Isabel. — Del mismo modo consta, que dormía lo más indispensable para vivir, pasando gran parte de la noche en vigilia, para poderse entregar más a la oración. — En cada uno de estos puntos haz un poco de comparación entre tu vida y la suya... y comprenderás qué poco espíritu de mortificación es el tuyo... y cómo te engañas cuando crees haber hecho mucho en tus pequeños sacrificios.

5.º *Vida de pureza y castidad virginal.* — Siempre Virgen, parece que al fin de su vida quiso aún mostrarse más enamorada de esta flor virginal. Como si en ella quisiera dejarnos el recuerdo más perfumado de sus virtudes..., su testamento para nosotros el más querido y digno de ser imitado. — Esa es nuestra Madre..., «la Virgen de las Vírgenes»... a coro la Iglesia la llama «*la misma virginidad*» cuando dice: «Santa e inmaculada Virginidad, no sé con qué palabras te pueda alabar dignamente.» Imita en tu Madre aquella modestia exterior en sus ojos..., en sus palabras..., en todo su semblante... y con esa modestia, esconde avaramente en el fondo de tu alma el tesoro de tu pureza y castidad...

6.º *En fin, vida de caridad y amor a las almas.* — Pidiendo por todos, en especial por los pecadores..., ¿no se deberían a estas oraciones aquellas primeras conversiones milagrosas que obraron los Apóstoles?... ¿Cómo pediría por los perseguidores?... ¿Cómo lo haría por Saulo para llegar a hacer de él un San Pablo? — Además, este amor a las almas se manifestaba ayudando a todos con sus palabras..., enseñando los misterios de la Fe que Ella tan bien conocía... y alentando a los fieles en especial con su ejemplo... ¡Qué predicación tan eficaz para todos la de su vida!... ¿Por qué no es así la tuya?... Suplica a la Virgen que se interese por ti... y pida al Señor

por ti, para que te alcance el saberla imitar en algo de su vida santa, pura e inmaculada.

MEDITACIÓN 75

MUERTE DE MARÍA.

1.º *Realidad de su muerte.* — María murió en realidad, aunque no estaba sujeta a la muerte. — Ésta es castigo del pecado, y, por lo mismo, no pudo ser castigo del alma santísima y purísima de María. — Ella no tuvo ni pecado original..., ni actual..., ni mancha de la más pequeña imperfección. — No obstante, Dios quiso que muriera..., para imitar así a su Hijo, que también murió...; para aumentar aún más sus merecimientos, pasando por esa humillación tan terrible y repugnante que no había merecido...; sobre todo para servirnos de ejemplo y consuelo en nuestra muerte.

Fue muy conveniente que Cristo muriera para satisfacer abundantemente por nosotros..., para vencer con su muerte la muerte del pecado..., para demostrarnos que era verdadero hombre, igual que nosotros, capaz de sufrir..., de sentir..., de padecer..., de morir como los demás..., para experimentar en sí, las angustias de la muerte, y servirnos de admirable ejemplo de fortaleza y paciencia en nuestra agonía. — Por tanto, si fue conveniente que Cristo muriera, ¿no lo había .de ser también que muriera su Madre?... Si muere el Redentor, ¿no había de morir la Corredentora?

Piensa ante esta realidad de la muerte de María, la realidad de la tuya... Tú sí que realmente tienes que morir..., necesariamente tienes que morir..., pues si la muerte entró en el mundo por el pecado..., tus pecados han merecido mil muertes... Con ella debes satisfacer lo que ofendiste a Dios pecando...

2.º *Muerte de amor.* — María murió de amor. — Esta fue su enfermedad de toda su vida. — Santa Teresa de Jesús moría, porque no moría de amor... La Beata Imelda murió en un éxtasis amoroso... Y así otros santos, no pudiendo resistir la fuerza del fuego del amor que les abrasaba, tuvieron que morir..., pues ¿qué pasaría en la Virgen?... Lo admirable es que viviera... Eso era un milagro continuo... Pues naturalmente, debía morir.

¿No has visto árboles cargados de fruto que no pueden sostenerlo?... Así fue la Santísima Virgen..., árbol riquísimo que no pudo sostener el fruto de aquella preciosísima alma que, cargada desde el primer instante de la plenitud de la gracia, fue creciendo y aumentando sin cesar, ni un solo momento de su vida... ¿Cómo pudo aquel cuerpo, aunque tan puro..., tan santo..., tan inmaculado..., sostener aquella alma que ya, desde su misma concepción, se elevaba con fuerza irresistible hacia el Cielo?

Además de esto, ¿cuál sería la dulcísima y a la vez violentísima fuerza con que Jesús atraería al alma de su Madre?... y ¿cuál el anhelo de esta blanquísima paloma por volar a su Jesús? — No hay duda que para Ella se escribieron aquellas palabras: «¡Ay! y cuánto se prolonga mi destierro... Por cuánto tiempo he vivido con los moradores de Cedar y ha estado mi alma peregrinando en esta vida»... Otras veces, con más ardor que David, exclamaría: «Como el ciervo corre a la fuente de las aguas, así mi alma te desea a Ti, mi Dios... ¿Cuándo será que venga y me presente delante de Ti?»... En fin, hablando con los ángeles les diría aquello del Cantar de los Cantares: «Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalén, que si encontráis a mi Amado le digáis que estoy enferma de amor»...

Y así se fue encendiendo por momentos, cada vez más, aquel volcán que ardía en su alma, hasta llegar a consumirla y abrasarla por completo... ¿No te da envidia?... ¿Por qué no amar así a tu Dios?... ¿Por qué no dejarte abrasar por Él, si Él quiere encender en tu alma este divino fuego?... ¡Qué vergüenza pensar que todo depende de ti..., que la culpa de que así no sea, está en ti... y sólo en ti...

3.º *Agonía dulcísima.* — Dios ya no pudo resistir más, y decidió condescender a estos amorosos anhelos. — Según la tradición, envió al ángel San Gabriel con este anuncio dulcísimo: «Dios te salve, la llena de gracia, mucho más que en el día de la Anunciación... el Señor ha escuchado tus vivas ansias y me manda decirte que te dispongas a dejar la tierra, porque quiere ya coronarte en el Cielo... Ea, prepárate y date prisa porque todos los ángeles suspiran por tener en su compañía a su Reina y Señora.» — Contempla de nuevo a la humildísima Virgen al escuchar esta embajada... Otra vez se postra en tierra..., otra vez repite: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí su deseo.»

Ahora mira al discípulo amado... Se ha dado cuenta de que María se va al Cielo..., no puede ni pensarlo... ¿Qué va a hacer si le quitan aquella joya?... Acostumbrado a aquellas miradas maternas..., a aquellos mimos amorosísimos..., ¿cómo va a vivir?... Difícil es comprender cuál sería su dolor... Él, que la había recibido como un tesoro en el Calvario... y que como un avaro la había guardado con tanta solicitud..., con cuidados y desvelos diarios... y ahora, la muerte, ¿todo se lo iba a arrebatar?

Añade a esto el dolor de los demás Apóstoles y discípulos..., el de los cristianos todos y, en particular, el de las piadosas y santas mujeres en cuya compañía había vivido. — Triste, muy triste y espantosa, fue para todos esta agonía... Sólo para Ella fue dulcísima... y procuraría endulzársela a los demás, diciéndoles: «No lloréis, porque os conviene que yo me vaya, para atenderos desde el Cielo... Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»... ¡Qué promesa tan dulce para

nosotros!, y ¡cuánta verdad es que María está siempre con nosotros!...

4.º *Muerte felicísima.* — La Iglesia no se entristece..., ni celebra exequias en este aniversario de la muerte de María. — Se viste de gozo y alegría y celebra con gran solemnidad esta muerte como una magnífica fiesta... Es preciosa la muerte de los santos, dicen las Sagradas Escrituras. — Pues, ¿qué diremos de la de María? — San Juan Damasceno dice que el mismo Cristo la dio la última Comunión, diciéndola: «Recibe, Señora y Madre mía, de mis manos el Cuerpo que tú me diste y que en tu preciosísimo seno se formó»... Y que la Virgen, respondería: «Hijo mío, en tus manos encomiendo mi espíritu»... Y el Señor, entonces, hizo salir a aquella benditísima alma de su cuerpo... y la tomó en sus manos, mientras la regalaba con aquellas palabras: «Ven, hermosa mía, paloma mía, ven, que ya pasó el invierno de este valle de lágrimas; ven del Líbano y serás coronada.»

Así murió María..., como únicamente podía morir..., con la muerte del amor, de la que, como dice San Francisco de Sales, «murieran los ángeles si éstos fueran mortales». ¿Quién nos diera una muerte semejante?... No olvides que la muerte es imagen de la vida. — Quieres morir como María..., pero, ¿vives como Ella?... De su parte no te faltará ayuda y protección...; que no falte de la tuya, la devoción constante y verdadera a la Virgen, que te asegure una santa y dulce muerte. Pídeselo así diariamente con gran fervor a tu querida Madre...

MEDITACIÓN 76

SEPULTURA Y RESURRECCIÓN DE MARÍA

1.º *Sepultura.* — El triunfo de María no había terminado con su santísima y envidiable muerte. — Semejante a su Hijo en todo, también debía de serlo en la gloria de su sepulcro y en el triunfo de su Resurrección. — El hombre, al morir, cae vencido por el poder inexorable de la muerte, que le lleva a corromperse y a deshacerse en un sepulcro. — Por eso es tan frío..., tan triste..., tan humillante para nosotros el sepulcro. — Pero no fue así para María...; su sepulcro no tuvo nada de repugnante y repulsivo. — Si es muy corriente ante el cadáver de una persona que ha muerto en olor de santidad, sentir gusto y cierto atractivo..., ¿qué no ocurriría ante aquel cuerpo muerto, sí..., pero siempre virgen e inmaculado de María?...

Representátate como mejor puedas la escena que se desarrollaría en el entierro de la Virgen. — ¡Qué pena y qué desconsuelo para todos, al ver cerrados aquellos dulcísimos ojos..., enmudecidos aquellos labios que tantas palabras de consuelo pronunciaron..., inmóviles aquellas virgíneas manos que tantas bendiciones y gracias habían repartido... y a la vez qué consuelo..., qué satisfacción..., qué gusto recibirían todos ante la

placidez... y el brillo sobrenatural de aquel cadáver..., con el perfume que exhalaba..., con el aroma que despedía y todo lo embalsamaba!

Mira a los Apóstoles y a todos los allí presentes, besar reverentes aquellas manos y aquellos pies... y despidiéndose de aquellos sagrados despojos, acompañarla al lugar de su sepultura...; encender antorchas..., quemar perfumes..., esparcir flores..., mientras los ángeles dejan oír sus celestiales cánticos, no de luto..., ni de llanto..., sino de gloria triunfal.

Y así colocada como su Hijo, en un sepulcro nuevo, la dejaron los Apóstoles, quedando como guardianes del mismo, los ángeles del Cielo. — Quédate tú también a acompañar el santo cuerpo... y forma parte de los coros de los ángeles para cantar, con ellos, las alabanzas a tu Madre. — Pídelas que también, con los ángeles, las puedas cantar un día en el Cielo...

2.º *Incorrupción del cuerpo inmaculado.* — El triunfo de María sobre la muerte exigía la incorrupción del sepulcro. — Esta gracia singular ha concedido Dios a muchos cuerpos de santos... ¿podría negársela a su Madre?... Con mucha razón dice el Damasceno: »¿Cómo iba a entrar la corrupción en un cuerpo de donde brotó la vida?«

María, se ha dicho, que es un Cristo comenzado por tanto, ¿cómo iba Él, que ya estaba en el Cielo, sentado a la diestra del Padre..., rodeado de la majestad de la gloria divina..., a permitir que aquel cuerpo, que era algo suyo, fuera invadido de la corrupción del sepulcro?

Además, la corrupción del cuerpo tiene su razón de ser en el pecado...; éste es la semilla de aquélla... Por consiguiente, María concebida sin pecado original..., preservada de toda mancha... y hasta de la sombra del pecado, tuvo que carecer de la más mínima corrupción... y, sobre todo, ¿cómo podía unirse la pureza virginal de aquel cuerpo inmaculado, con esa sucia y asquerosa corrupción?... ¿No merecía un premio especialísimo, aún aquí en la tierra, aquel cuerpo que fue el primero en consagrarse a Dios con el voto de virginidad? — El Arca del Testamento fue fabricada de madera incorruptible..., y aquello fue sólo una figura... La realidad es el alma y el cuerpo incorruptible de María..., Arca verdadera del Nuevo Testamento. — Suplica a la Virgen te dé a participar de esa incorruptibilidad del pecado, que es la que a ti más te importa...

3.º *La Resurrección.* — Mas la misma incorrupción, era aún poco para terminar el triunfo definitivo de la Santísima Virgen. — Este complemento no podía ser otro, que la nueva vida de una resurrección gloriosa..., de una inmortalidad comunicada por el alma a su cuerpo, para vivir una vida que fuera como la de Cristo..., para nunca más morir. — Si hemos dicho que María es un comienzo de Cristo..., y que por lo mismo no es posible separar a esta Madre de su Hijo..., resulta que era natural que Cristo terminara aquel estado de violencia, por decirlo así, en que Él se encontraba con relación a María... al estar separados los dos, haciendo que resucitara cuanto

antes,.. y que de nuevo se juntaran en el Cielo, los que tan íntimamente habían vivido unidos aquí en la tierra.

Además, el cuerpo de la Santísima Virgen, no fue en Ella, como en nosotros, ocasión de pecado..., ni en él se desbordaron jamás las pasiones..., ni, en fin, hubo en él, la más pequeña rebeldía contra el espíritu... ¡Qué armonía! ¡Qué conjunto tan ordenado y perfecto formaron siempre el cuerpo y el alma de María!... ¡Qué obediencia!... ¡Qué sumisión tan completa la de aquella carne purísima a aquel espíritu tan endiosado!... Pues justo era que no estuvieran separados ahora... sino que en premio de esa sumisión, volviera Dios a unirlos para que juntos continuaran sirviendo y alabando al Señor. Imagínate, por tanto, aquel dichosísimo instante en que por la virtud y omnipotencia de su Hijo divino, el cuerpo de la Virgen, recibiendo de su alma una vida nueva, se levanta vivo..., glorioso..., triunfante del sepulcro... ¡Qué gozoso estaría aquel sacratísimo cuerpo, viéndose unido, ya inseparablemente, a aquella alma benditísima!... ¡Cuál sería su hermosura..., si ya era tan hermosa, aún en su cuerpo, antes! — Contempla el estupor de los Apóstoles cuando de mañana, según costumbre en aquellos días, fueran a visitar el sepulcro y se encontraran tan sólo con el perfume que su cuerpo allí había dejado... ¡Cómo se renovarían en ellos la impresión de la Resurrección de Cristo!... ¡Cómo se alegrarían de que así hubiera resucitado a su Madre! — Alégrate también tú..., da otra vez la enhorabuena al Hijo y a la Madre, y pídeles de nuevo participación en aquella su unión inseparable... y eterna..., prometiéndoles no apartarte jamás de ellos, ni en las penas, ni en las alegrías..., ni en la lucha, ni en el triunfo.

MEDITACIÓN 77

SU ASUNCIÓN GLORIOSA

1.º *La Inmaculada y la Asunción.* — Son dos misterios de la vida de la Santísima Virgen, que tienen entre sí íntima relación. — La Iglesia señala a los dos y les hace resaltar sobre todos los demás, conservando estas fiestas como de precepto, aun después de haber suprimido otras de la Virgen. — La Inmaculada y la Asunción, son el principio y el término de la vida de María en la tierra... y estos extremos están tan unidos entre sí, que el uno viene a ser como la causa o razón del otro... Si es Inmaculada, no puede quedar en el sepulcro..., necesariamente ha de subir al Cielo. — La Concepción Inmaculada, es un privilegio..., una excepción de la regla general del pecado con el que todos nacemos. La Asunción, es otra excepción de la regla general, que todos hemos de seguir en nuestra muerte. — Por eso, María, más que morir, lo que hace es dejar su mortalidad en la tumba... y así como fue concebida a la gracia a través de la muerte del pecado, venciendo al demonio..., así fue concebida a la gloria a través de la muerte del cuerpo, pero venciendo a la muerte. — No fue

esclava del pecado nunca, ni en su Concepción, por eso fue Inmaculada...; no pudo ser esclava de la muerte jamás, por eso fue subida al Cielo en cuerpo y alma... Así, pues, la Asunción de la Santísima Virgen, es el complemento necesario de su Concepción Inmaculada.

2.º *El Dogma de la Asunción.* — Ya es por dicha nuestra un Dogma de fe. — Siempre fue creencia universal de la Iglesia esta verdad, de suerte que no se podía negar sin pecar gravemente, al decir de Suarez, de temeridad imprudente, por ser un error teológico contrario al sentir unánime de la más antigua y constante tradición de los Santos Padres. — Éstos vieron siempre de una manera clara, aunque implícita, contenida la Asunción de la Virgen en los textos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Por eso, la Iglesia siempre celebró esta festividad con gran solemnidad... preparándose con el ayuno y la abstinencia... y continuando la fiesta por ocho días consecutivos. — Para el corazón cristiano nunca pudo haber ni la posibilidad de duda. — La Ascensión de Jesús a los Cielos, tiene relación directa con su Pasión... etc... pues bien, si la Pasión dolorosa remató para Jesús en la gloria de su Ascensión..., para María, que tan unida estuvo a su Hijo en el Calvario, había de rematar en el triunfo de su Asunción.

Todos hemos de resucitar... y esperamos en su gracia, que hemos de subir al Cielo... Pero, ¿no será justo que María se adelante y como Madre nos prepare nuestra casa y morada de hijos en el Cielo?... ¿No es Ella la Capitana?... Pues debe ir siempre delante del ejército. — Fue la primera en la gracia..., en la santidad..., en la pureza..., en el voto de virginidad...; pues ¿qué cosa más natural que lo fuera en la Resurrección y Asunción?

De no ser así, ¿no hubiera obrado, podríamos decir, injustamente Cristo con su Madre, al negarle los honores que a los cuerpos muertos de los demás santos concedió?... ¿Dónde está el cuerpo de María..., dónde sus reliquias..., dónde el sepulcro magnífico..., la urna riquísima donde se guardan sus restos? — No existe nada de esto..., ni puede existir... Concluye, pues, con un acto de fe y de agradecimiento al Señor, que inspiró al Papa Pío XII la definición de este Dogma... el cual en un acto, hasta entonces no igualado en la Historia Eclesiástica, por la afluencia de peregrinos de todo el mundo... y la asistencia inusitada de Prelados y Príncipes de la Iglesia, declaró con palabra infalible, ser una verdad revelada por Dios que la Sma. Virgen al terminar su vida en la tierra, subió en cuerpo y alma a ocupar el sitio que la corresponde en el Reino de Dios. — Felicita a tu Madre y felicítate a ti, al verla tan justamente glorificada en el cielo y en la tierra.

3.º *La Gloria de la Asunción.* — Contempla por última vez aquel sepulcro, de donde va a brotar de repente, como una explosión de luz en medio de las tinieblas, la vida triunfante de la muerte. — En los

tres días que aquel cuerpo inmaculado estuvo en la tumba, fue guardado y custodiado por ángeles enviados por Dios desde el Cielo, como escolta de honor a la que iba a ser dentro de poco coronada como Reina de todos ellos. — Oye aquellas músicas celestiales que para honrar a aquel cuerpo virginal, entonarían los ángeles sin cesar. — Escucha aquellas exclamaciones que hacían dulce violencia al Señor, repitiendo las palabras del Salmo, que parece escrito para esta ocasión: «Levántate, Señor, a tu descanso, Tú y el Arca de tu santificación»... Levántate a las alturas de tu Trono..., siéntate a la diestra de tu Padre, que es el lugar que te corresponde..., pero lleva contigo al Arca Santa donde estuviste encerrado..., donde fue depositado el infinito tesoro de tu santidad...; glorifica ya esa carne bendita y esa sangre pura, que sirvieron para formar tu cuerpo sacrosanto... y te dieron materia para ofrendar a tu Padre, la hostia de reparación y santificación, por los pecados del mundo entero.

Y, en efecto, llegó el momento dichoso en que Dios quiso dar cumplimiento a estos deseos del Cielo... y por orden suya, bajó el alma de María a unirse de nuevo con su cuerpo... y aquel cuerpo, así vivificado con la vida de la inmortalidad, comenzó a remontarse al Cielo, según dice la Iglesia, como naturalmente se remonta a las alturas la nube de humo del incienso.

Párate a contar el número sin número de ángeles que, en legiones apretadas, bajan del Cielo para acompañar el triunfo de María...; sus músicas e himnos de gloria, hienden los aires con las más suaves y dulces armonías... El gozo que experimentan, es inexplicable. — Dios ha aumentado hoy su gloria y felicidad... ¡Qué cortejo tan hermosísimo! — Todos brillan con nueva luz en este día y..., no obstante, en medio de ellos..., como la luna entre las estrellas, destaca el brillo..., el esplendor..., la purísima hermosura de la Virgen, que de la mano de su Hijo (quien quiso en persona bajar a buscarla y hacer con su presencia más solemne..., más grande el triunfo de su Madre)..., va lentamente dejando la tierra..., pisando las nubes... y atravesando las más altas esferas... llega a las mismas puertas del Cielo, donde nuevos ángeles, impacientes, salen a esperar la llegada de aquella magnífica procesión, que sube de la tierra al Cielo.

Así acaba la escena de la tierra y comienza la gloria del Cielo. — Agrupa en tu imaginación todo cuanto de grande y espléndido puedas imaginar, porque todo será nada, comparado con esta sublime y grandiosa realidad. — Mírate con tanta pequeñez..., con tanta miseria..., ante la grandeza de tu Madre... y levántate con Ella, sobre las cosas de la tierra... Trata, en especial, de imitar la humildad que tuvo en esta vida, para que luego, con Ella y como Ella... sea tu alma ensalzada y sublimada en la otra.

MEDITACIÓN 78

SU CORONACIÓN EN EL CIELO

1.º *La entrada en el Cielo.* — ¿Quién podrá, desde aquí abajo, conocer lo que allí pasaría al entrar la Virgen en el Cielo? — Recuerda a Judit, cuando con la cabeza de Holofernes en sus manos, llega a Betulia y todos en masa corren a su encuentro..., encienden antorchas en señal de alegría... y a gritos la aclaman y la bendicen, diciendo: «Bendita eres del Señor Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra, y bendito el Señor que te ha hecho tan grande con esta hazaña, que ya nunca faltarán alabanzas en tu honor»... Esta es la figura... cambia ahora a Judit por María..., a Betulia por el Cielo..., a sus habitantes por los ángeles..., a sus voces y aclamaciones por las de aquellos espíritus bienaventurados... y así te darás cuenta de la realidad de aquella magnífica entrada.

Imagínate, escuchar a su llegada otra vez, aquel diálogo que se entabló entre los ángeles cuando la Ascensión del Señor: «Abrid, gritarían los ángeles que la acompañaban, vuestras puertas, príncipes de la gloria... y vosotras levantaos, puertas eternas, y dad paso a la Reina del Cielo»... E inmediatamente las puertas todas se franquearon... y entonces, con inexplicable pompa y majestad..., entraría en aquella gloriosa Corte la nueva Soberana.

Mira a todos los cortesanos del Cielo correr a porfía a contemplar a la nueva Reina y al verla tan hermosa..., unos a otros se preguntarían...: «¿quién es ésta que del desierto del mundo, lugar de abrojos y espinas, se levanta a estas alturas, no sostenida por manos de ángeles, sino apoyada en los brazos del mismo Dios?»... Y otros responderían: «Es la Madre de nuestro Dios y de nuestro Rey..., la santa de los santos..., la pura..., la Inmaculada..., la obra más hermosa de la Creación entera..., la que va a ser coronada como Reina nuestra.» Escucha cómo entonces, tomando todos en sus bocas angélicas las palabras del arcángel San Gabriel, responderían en un coro unísono..., formidable..., que haría temblar de emoción y entusiasmo al Cielo todo, diciéndola: «Dios te salve, la llena de gracia..., bienvenida seas a esta gloria a llenarla con tu hermosura y santidad..., porque Tú siempre estás con Dios y Dios siempre contigo...; por eso, eres la bendita entre todas las criaturas y vas ahora a sentarte en el trono más alto..., el más cercano que puede existir junto a Dios.» Únete a los ángeles..., alégrate con ellos..., más que ellos aún..., pues si ellos la llaman Reina..., tú la puedes llamar Madre..., y ten un santo orgullo, al ver a tu Madre, más espléndida que la aurora..., más bella que la luna..., más clara y brillante que el sol..., temible como un ejército en orden de batalla..., aclamada por todas las jerarquías y coros angélicos..., al verla así entrar en la gloria...

2.º *La Coronación.* — Todo esto, con ser tan hermoso, no era al fin más que la entrada..., ya que la gran apoteosis se verificó cuando el

Dios del Cielo, saliendo a su encuentro, la invita a sentarse en el trono que a su dignidad de Madre de Dios correspondía... y a ser coronada como Reina. — «Ven y serás coronada», la diría, con la corona preparada desde la eternidad. — Recuerda las palabras de San Pablo, cuando hablando del Cielo, decía que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre podía llegar a comprender, lo que Dios tenía preparado para los que le aman»... Pues, ¿quién podrá llegar a imaginarse lo que tendría preparado para la que desde el primer instante de su Concepción, ya le amó más que todos los santos y ángeles juntos? — Escucha la respuesta que a esto da la Iglesia, cuando dice: «Fue exaltada sobre todos los coros de los ángeles.» De suerte que no haya trono más elevado que el suyo..., constituyendo, por sí sola, una jerarquía aparte..., la más grande..., la más sublime de todas..., la que más gloria ha de dar a Dios por toda la eternidad.

Piensa, además, que Dios da el premio según los méritos..., que conforme sea el grado de santidad de un alma, así será el de la gloria... y abístrate en el mar sin fondo..., verdaderamente inmenso..., para nosotros inconmensurable e infinito de las gracias y méritos de la Santísima Virgen... y así te podrás dar una idea de la inmensidad e infinidad también inconmensurable de su gloria en el Cielo. — Mírala modestísima..., recogida en su interior..., avanzar de la mano de Dios..., subir las gradas de su Trono..., sentarse en él... y allí ser coronada por el Padre, con la corona de Potestad...; por el Hijo, con la corona de Sabiduría..., y por el Espíritu Santo, con la corona de Amor. — Mírala coronada por la pureza más que angélica de su corazón..., de su espíritu..., de su cuerpo inmaculado...; por la obediencia más perfecta...; por la humildad más profunda...; en fin, por aquella su caridad ardiente que la hizo vivir y morir de amor de Dios.

3.º *El Homenaje.* — Y así coronada, recibe el homenaje de todos los habitantes del Cielo. — El Padre la ensalza como a su Hija predilecta, y María le adora...; el Hijo abraza a su Madre, y la Madre le corresponde con sus ternezas y cariños...; el Espíritu Santo se une inseparablemente con su purísima Esposa, y María le devuelve todo el amor de su corazón..., y en seguida, llegarían las vírgenes y la saludarían como a Virgen de Vírgenes...; los mártires como a Capitana, que al pie de la Cruz les había dado ejemplo de sufrimiento y de martirio...; los profetas, la reconocieron como a la mujer prodigiosa que ellos anunciaron...; los patriarcas, como al objeto de sus esperanzas y santas impacencias...; los ángeles, con todas sus jerarquías como a su Reina y Señora..., y llegarían Adán y Eva, y la bendecirían por lo bien que había sabido reparar su pecado..., pues por Ella habían dejado de ser sus hijos, hijos de maldición... y su prima Santa Isabel... y sus padres queridos San Joaquín y Santa Ana... y su mismo esposo San José.

Mira a la humildísima Virgen así exaltada y sublimada, repitiendo sin cesar su cántico de agradecimiento a Dios: *Magnificat*... ¡Qué bien se entienden ahora aquellas palabras: «Porque miró la humildad de su esclava..., por eso ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso... y así me llamarán bienaventurada todas las generaciones»...

No te contentes con admirarla en su grandioso triunfo..., ni en cantar su poder y grandeza... Aprovechate de Ella y pídelas que te enseñe el camino de la más profunda humildad, e imitación suya, pues María, coronada en el Cielo, es la encarnación y el cumplimiento más exacto de las palabras de Dios: «El que se humilla, será ensalzado»...

MEDITACIÓN 79

LA TRIPLE CORONA: A) LA DEL PODER

María fue coronada con la triple corona del Poder, de la Sabiduría y del Amor... — Detengámonos a considerar la grandeza y hermosura de esta triple corona.

1.º *Omnipotencia de Dios*. — Recuerda, ante todo, el poder infinito de Dios... Con razón se le llama Omnipotente... Todo lo puede..., no hay nada que se oponga a su voluntad. — A veces nos parece que los hombres también pueden mucho. ¡Cuántos inventos y qué sorprendentes!... ¡Cuánto ingenio y poder se ve en ellos!... Y, no obstante, ¡qué ridículo es el poder de los hombres comparado con el de Dios!... Cuando parece que pueden más, es cuando su impotencia se manifiesta en las dificultades que encuentra en su camino y que muchas veces no pueden vencer... ¡Cuántas veces queremos una cosa y no podemos conseguirla!..., y, al contrario, ¡cuántas veces la queremos detener o evitar y nos es imposible!... Ante un sepulcro, piensa en el poder de los hombres y te reirás de esta palabra... No se pudo detener la muerte..., no fue posible alargar un minuto aquella vida..., no hubo fuerzas capaces de evitar la descomposición de aquel cadáver, reducido ahora a un esqueleto asqueroso...

En cambio, mira el poder de Dios, sin límites de ninguna clase. — Lo que quiso, hizo..., y lo hizo todo, cuando quiso y como quiso..., sin más limitación que su voluntad divina. — No le costó la creación entera esfuerzo alguno..., no se cansó ni fatigó lo más mínimo..., no necesito que los ángeles le ayudaran..., ni fue preciso mucho tiempo...; todo fue de repente..., instantáneo..., de la nada hizo brotar mundos... sólo con quererlo...; si quisiera que volvieran a aparecer nuevos seres más grandes..., más numerosos que los actuales..., no hacía falta más que otro acto de su voluntad.

Él todo lo conserva..., todo está en sus manos. De suerte, que para reducir a toda la creación a la nada, no tenía más que retirar sus manos..., dejarnos un instante solos. — Todo el poder de los hombres no

es capaz de crear..., de sacar de la nada ni una hierba..., ni una hormiguita..., ni de aniquilarla..., ni reducir ninguna cosa a la nada. — Por eso los ángeles rodean su trono temblando ante tal poder y majestad. — Todos le obedecen reverentes y están pendientes de su más mínimo deseo, para ejecutarlo en seguida. — Mira a los elementos todos: ¡qué poder el del fuego..., el del agua..., el del aire!... ¡Qué fuerza tan gigantesca la del mar!... ¡Qué movimientos tan complicados los de esos mundos inmensos que se mueven en los espacios!... Todo, todo..., la vida y la muerte..., la salud y la enfermedad..., el tiempo y la eternidad..., todo le está sujeto..., en todo domina..., todo le obedece...

2.º *Omnipotencia de María.* — Pues bien, mira ahora esta omnipotencia toda entera... traspasada, por decirlo así, o comunicada a la Santísima Virgen. — El Padre Eterno se goza en coronar, con corona de poder, las sienes de la Virgen...; la eleva a la altura de su misma omnipotencia... y la da parte en los secretos de su potestad. — Ya María tiene todo poder sobre las criaturas del Cielo, de la tierra y de los abismos. — Dios quiso premiarla todos sus trabajos y desvelos con los que había cuidado de su propio Hijo mientras duró su vida en este mundo... y no encontró nada mejor que darla un don que en cierto modo la igualara, si así podemos hablar, a su misma divinidad..., y este don fue el de la corona de suprema potestad... para que así como Dios era omnipotente por naturaleza, María lo fuera también por gracia. — Ahora sí que la podemos llamar, con toda verdad, Emperatriz del Cielo..., Reina de la tierra..., Señora de todo lo creado... ¡Qué consuelo para tu alma pensar en que tu Madre es una Reina tan poderosa!... ¡Qué santo orgullo no debes tener por ello!... ¡Qué confianza no debe inspirarte!

Porque, ¿qué adelantaremos con que Ella quisiera ayudarnos en nuestras miserias, si no podía?.. ¿No es esto lo que pasa mil veces a las madres con sus hijos?... ¿Cuántas y cuántas cosas no sueña una madre para su hijo y no pasa de ser un sueño, porque no puede dárselo?... ¿Iba a ser así María?... ¿Cómo poner en Ella nuestra esperanza si dudábamos de su poder?... Pero no, no lo dudes; como Madre quiere..., como Reina puede... Luego no es posible dudar de su ayuda..., de su poderosísimo patrocinio.

3.º *Cómo usa de su omnipotencia.* — Mira efectivamente cómo de hecho usa sin cesar de su poder en favor nuestro. — Su omnipotencia no es un título de gloria tan sólo..., no es algo meramente honorífico..., sin vida..., sin utilidad práctica...; nada de eso. — Ni un momento está inactivo el poder de María..., no abusa de su poder..., no lo emplea caprichosamente... la medida de su poder es su voluntad..., pero esta voluntad está inseparablemente unida a la voluntad divina. — Puede todo lo que quiere..., pero ni quiere ni puede querer más que lo que quiere Dios. — Y como Dios quiere

salvar al mundo..., quiere santificar las almas..., en eso, sobre todo, ejercita Ella toda la fuerza inmensa de su poder... ¡Cuántos pecadores por Ella se han arrepentido!... ¡Cuántos santos a Ella deben su santidad!... ¡Cuántas gracias no han dado sus manos a los que en Ella han confiado!

Da gracias a Dios por esta magnífica corona que ha colocado en la cabeza de la Santísima Virgen, pues si para Ella es corona gloriosa, es para ti provechosísima. — Alégrate, con tu Madre querida, al verla de este modo exaltada hasta participar del poder del mismo Dios... y repite muchas veces: «La Reina del Cielo es mi Madre». — No te olvides nunca, pero, sobre todo, cuando más necesidad tengas, de que con Ella nada te faltará... y que para ayudarte hará todo lo que sea necesario..., pues hasta milagros y prodigios no la importan, ya que nada la cuesta hacerlos. — Que esta confianza aliente toda tu vida, y nunca te dejes llevar del desaliento...

MEDITACIÓN 80

TRIPLE CORONA: B) DE SABIDURÍA

1.º *El Verbo Divino*. — Es el Hijo de Dios..., la Segunda Persona de la Santísima Trinidad..., la Sabiduría de Dios...; por eso es el Verbo, esto es, la Palabra increada de Dios. — Esta es la razón por qué a Él se atribuye especialmente el don de la Sabiduría, aunque de hecho este don sea común a las tres divinas Personas.

Pues bien, este Hijo de Dios, es a la vez Hijo de María... Por consiguiente, ¿qué cosa más natural que al coronar a su Madre, se apresurara a colocar en aquella magnífica corona, su don peculiar de la Sabiduría?... Y ¿cuál es y cuánta es esta Sabiduría?... ¿Cómo responderá el hombre a esta pregunta?... El hombre más sabio es aquel que se da cuenta y sabe cuánto es lo que ignora...; sabe que no sabe nada...

Por todas partes nos rodea el misterio..., no sólo en el orden sobrenaturales, en el cual, sin la revelación divina, nada sabríamos..., sino en el mismo orden natural... ¡qué poquito es lo que saben los hombres! — Mira a un montón de médicos..., muy eminentes en su ciencia..., desconcertados ante el proceso de una fiebre, cuyos pequeños microbios no aciertan a conocer y menos a combatir... conocemos los efectos de muchas cosas..., de la luz..., del calor..., de la electricidad..., pero su esencia verdadera es, la mayor parte de las veces, un misterio. — Levanta los ojos a Dios y contempla aquella Sabiduría que todo lo sabe..., todo lo conoce..., lo de ahora, presente..., lo pasado y lo futuro..., lo actual y lo posible..., lo que será y lo que no será... Escucha a San Pablo: «Todas las cosas están abiertas y patentes a sus ojos..., aún los secretos más ocultos de los corazones». Y el Salmista, había dicho antes: «Él cuenta la multitud de las estrellas y a cada una la llama por su

nombres — Los pensamientos más íntimos y veloces de tu entendimiento..., los afectos más profundos de tu corazón..., todo, todo lo ve..., lo sabe y lo conoce perfectamente...; lee en nuestra interior con tal facilidad, que para El esta lectura es sencillísima. — Pero más que nada, piensa en cómo será esta sabiduría para la que no tiene secretos la misma esencia infinita de Dios..., y la conoce desde la eternidad... ¿Cómo, pues, podremos nosotros ni vislumbrar de lejos siquiera, lo que es esta divina sabiduría?...

2.º *Sedes sapientiae.* — Pues ahora trata de abismarte en el misterio incomprensible de la comunicación de esta Sabiduría, que hace el Verbo divino a la Santísima Virgen.

Un día regaló Dios un átomo de esa sabiduría suya a un hombre, y fue el más sabio de todos...: el gran Salomón... Pues ¿cuál será la sabiduría de la Santísima Virgen, después de admitida al conocimiento de los arcanos de la divinidad... de tal modo que para Ella tampoco, en cuanto es posible decir esto de una criatura, haya secretos en Dios, que Ella no sepa y conozca?... ¡Cómo comprendería entonces todo el plan de la creación..., y el de la Redención, en todos sus más mínimos detalles!... ¡Qué bien entendería ahora el por qué de todas las cosas que había vivido Ella en la tierra... y la razón de ser de todos los acontecimientos que entonces pasaron!... ¡Cómo alabaría a Dios al ver la infinita Sabiduría que todo tan magníficamente lo había concebido y dispuesto con tanto orden..., tanta armonía..., aunque ésta, muchas veces, no apareciera a los ojos del pobre entendimiento humano!

Piensa, además, cómo el Señor la infundió todo el conocimiento necesario para ayudar a nuestras almas..., de suerte que Ella sepa las asechanzas astutas del enemigo..., el tiempo y la fuerza de sus tentaciones..., nuestras miserias y necesidades..., nuestras vacilaciones y desalientos... y nuestros buenos deseos y rectas intenciones. — Si pecamos, ¡qué vergüenza!, pecamos a vista de nuestra Madre, ante cuyos ojos no hay nadie que se oculte... Si obramos bien, es Ella la que lo ve... y lo lleva en cuenta para premiarnos algún día.

3.º *La Maestra de nuestra fe.* — Por eso a Ella hemos de acudir a pedirle la luz de la fe...; es la Maestra nuestra..., aún antes de subir al Cielo, ya ejercitó este oficio con aquella naciente Iglesia en el Cenáculo... ¡Cuántas cosas no enseñó Ella a los Apóstoles...! ¡Cuántas dudas no disipó!..., ¡Cuántos detalles de la vida de Cristo no les dio a conocer — ¿Cómo sabríamos, si Ella no lo hubiera contado, las escenas de la Anunciación entre Ella y el Ángel..., las del Nacimiento en Belén..., las de la huida a Egipto y las idílicas y felices de Nazaret? — Se puede decir que los Apóstoles tuvieron conocimiento del misterio de la Encarnación por María.

Pues ¿qué hará ahora desde el Cielo con la sabiduría y conocimiento tan claro que posee de todos los dogmas de nuestra fe? — Es nuestra

Maestra de oración y de unión y trato con Dios... ¡Qué bien vivía Ella esta vida en la tierra!... Pero, ¿cómo será la que vive en la actualidad..., ahora que está metida, según nuestro modo de concebir, en la misma esencia de Dios, cuanto es dado a una criatura?

Es nuestra Maestra en todas las virtudes..., sabe muy bien las dificultades que nos rodean..., conoce muy bien la violencia de las tentaciones que tenemos que sufrir..., la fuerza exaltada de nuestras pasiones desbordadas..., no ignora nuestra debilidad y miseria...; por eso a Ella tenemos que acudir. — Nadie mejor nos enseñará lo que hemos de hacer..., el plan de combate..., nuestra línea de conducta. ¡Qué seguridad da a los soldados el saberse bien conducidos por un experto y valiente caudillo!... Así debes confiar en tu Madre, Maestra y Capitana.

En fin, conoce todas nuestras desgracias..., nuestros pecados..., ingratitudes y rebeldías..., los sufrimientos y penalidades que esto nos causa..., los castigos que nos acarrea... Pues vete a recordárselos a Ella con gran humildad...; no te disculpes..., ni trates de ocultarla nada, porque es inútil. — Pídelo perdón y gracia de arrepentimiento. — Que te dé un poco de luz..., algo de su sabiduría y del conocimiento que Ella tiene para que te conozcas bien... y conozcas a Dios... y así, de ese conocimiento, brote en tu corazón, el agradecimiento de una profunda humildad y el amor de una encendidísima caridad.

MEDITACIÓN 81

TRIPLE CORONA: C) DE AMOR

1.º *Dios es amor.* — Es la dulcísima y exactísima definición de Dios. — Así lo define el discípulo del amor..., el que debió aprender esto al compás de los latidos del Corazón de Cristo, que él tuvo la suerte de escuchar en la última Cena. — Todo lo que de Dios se puede decir, parece que se condensa en esa palabra divina. — Es la vida más esencial de Dios, o mejor, el término de esa vida.

Porque la vida de Dios, como la de los espíritus puros, no consiste más que en el conocer y en el amar. — Pero en cierto modo, el conocimiento se dirige al amor como a su término..., como a su necesario complemento. — Si Dios es un entender infinito..., eterno..., incesante..., sin interrupción..., es también y, sobre todo, el amor por esencia. — Se ama porque se conoce...; así quiere Dios también ser conocido por los hombres.

A un alma santa la dijo: «Llámame el Señor..., el Omnipotente..., el Creador..., pero más que nada llámame el Amor..., es el nombre que más me gusta y que más quiero entiendas de Mí.» — Mira cómo, efectivamente, todas las manifestaciones de su vida para con nosotros, son otras tantas expansiones de su amor. — La creación..., la conservación..., la Encarnación..., la Redención..., no se entienden ni se explican sin el amor. — Por tanto, si el amor es la vida de Dios, necesaria

y esencialmente se ha de encontrar en las tres divinas Personas. — Sin embargo, se da este nombre especialmente al Espíritu Santo..., porque así, por vía del amor, procede del Padre y del Hijo.

Pues bien, si el Padre corona a María con su Omnipotencia, y el Hijo la da participación de su Sabiduría..., justo era que el Espíritu Santo, al coronarla, la introdujera en el seno, que es origen y fuente de todo amor. — Contempla a tu Madre querida, hermosísima con la magnífica corona de la Omnipotencia... y con la de la Sabiduría..., pero mírala ¡cómo brilla ahora con la fuerza interior del fuego del Amor divino, que la abrasa con violencia semejante, con que las tres divinas Personas se abrasan en aquel flujo y reflujo de las olas del amor, en que viven completamente anegadas!

2.º *Reina del Amor.* — Y ahora, constituida así como Reina del Amor, trata de penetrar en su corazón... y si Dios es amor, comprenderás a vista del Corazón de María, que es Ella la que más se le asemeja, porque no hay nadie que ame como María. — Recuerda lo que ya se ha dicho de aquel amor que tuvo a Dios en la tierra, que fue causa de su dichosa muerte... Si entonces ya fue tan intenso, ¿qué será ahora?

Dios tenía derecho al amor del corazón del hombre... y le pidió y le exigió tal amor..., pero el hombre, ¡ingrato!, se lo negó. — Fue necesario que Dios se buscara un corazón, que le compensara de aquella falta de amor..., que él solo le llenara más que todos los corazones juntos... y le amara con amor más perfecto y verdadero... y ese corazón, donde descansa el amor de Dios... y encuentra sus complacencias de una manera satisfactoria y digna de El, es después del Corazón de Jesús, el Corazón Inmaculado de María.

Gózate de que Dios se vea correspondido así, como se merece, por el amor de la Virgen. — Dale a tu modo el parabién y la enhorabuena... pues gracias a ese amor, no resulta una cosa inútil, por decirlo así, la creación del hombre, ya que no le rinde el fruto debido. — Junta todo el amor de todos los santos y ángeles del Cielo... y a la vista de ese conjunto hermosísimo, di con la Iglesia: «Sus fundamentos, en los montes más elevados»... Es decir, todo eso es nada, comparado con el Corazón de la Virgen...; donde todos acaban, Ella empieza...; lo que para los demás es la cumbre, para Ella es cimiento... ¡Qué gusto, qué alegría da el pensar que hay un corazón que así ame a Dios!

Pero ¿y qué diremos del amor que nos tiene a nosotros?... Nos ama con amor de Madre y esto basta...; todo lo que signifique ternura y encantos maternos, se encuentra intensificado, casi hasta lo infinito, en María. — Contempla ese amor natural de madre..., *sobrenaturalizado* en María aquí en la tierra... y ahora míralo *divinizado* por el Espíritu Santo... y comprenderás que es imposible saber cómo es este amor. — Avergüénzate al pronunciar esta palabra y convéncete que sólo mirando

a Dios y en Él a María, es como se sabe algo de lo que este nombre significa. — Compara tu amor, el amor de las criaturas, con este amor... ¡A qué cosas, Dios mío, llamamos los hombres amor!...

3.º *Frutos de este amor.* — Ante todo, la certeza y seguridad de su Patrocinio. — María ya no puede dejar de amarnos..., aunque nos vea indignos de su amor..., aunque, hijos ingratos, la lleguemos a dejar y a despreciar, posponiéndola a otros amores terrenos. — Su amor divinizado, nos atenderá en todos los instantes difíciles de nuestra existencia... No olvides, que si tiene conocimiento y sabe perfectamente todas nuestras necesidades por su corona de Sabiduría... y si la sobra poder para remediarlas con su Omnipotencia..., tampoco la falta la voluntad de hacerlo así, por su Amor. — Repite muchas veces el título de «Reina y Madre de misericordia». — Si es Reina, *sabe y puede...*; si es Madre de bondad, *quiere* remediarnos y ayudarnos...; luego así será. — ¿No sientes que tu corazón te lo confirma y te dice que así ha sido hasta ahora?

Además, Ella, con ese amor suyo, te enseña a dirigir y encauzar el tuyo a Dios. — Has de amarlo sobre todas las cosas..., con una intensidad apreciativamente suma..., esto es, que prefieras perderlas todas, antes que ofenderle. — El demonio procurará estorbar con mil medios y pretextos esta dulcísima obligación... ¿quién te puede ayudar a cumplirla?... Tu Madre... primen con Su ejemplo, que debes procurar imitar...; segundo, amándola a Ella, pues por su unión con Dios... amarla a Ella es amar a Dios. — No tienes disculpa para dejar de amar a Dios..., pero, ¿la tendrás para dejar de amar a tu Madre y Reina?... Haz que tu alma la ame como hija y esclava suya... y no consientas que nadie te aventaje en este amor.

MEDITACIÓN 82

MARÍA, MEDIANERA UNIVERSAL DE TODAS LAS GRACIAS

1.º *Qué es y en qué consiste la Mediación.* — Mediación, es hacer de medio entre dos extremos..., como la aurora entre la luz y las sombras. — Es participar de algún modo y representar a las dos partes, tomando a ambas como cosa suya. — Según San Belarmino, es ser *juez y árbitro*, que administre justicia entre las partes litigantes...; es ser *mundo de paz*, proponiendo las condiciones a que deben sujetarse los dos enemigos, para que entre ellos vuelva la perdida amistad...; es ser *favorito regio* que interpone su valimiento ante el Monarca, para conseguir perdón y favor para el que ha ofendido al Rey...; es, en fin, ser *mártir de la caridad*, que inmola su vida en justa satisfacción a la persona ofendida.

Aplica estos puntos a Jesucristo y comprenderás con cuánta verdad

decía San Pablo: «Que Él es el único Mediador entre Dios y los hombres... y que no tenemos otro.» Cristo, por su triple carácter de *Mesías o Enviado* del Padre..., de *Sacerdote Eterno y Redentor del mundo*, es, ciertamente, el verdadero Mediador..., el Ángel de la Paz, que aplaca la ira de Dios irritado contra el hombre al dar a Aquél, con su vida, cumplida satisfacción de los pecados de éste, — Pero mira también cómo después de Cristo... y con Cristo y por Cristo..., no sola ni aisladamente considerada, sino por la unión que con Él tuvo como Madre suya..., por la parte que tomó en la obra de la Redención..., siendo verdadera Corredentora de los hombres..., es también María, Mediadora perfecta entre Dios y nosotros.

Es *Madre de Dios y Madre nuestra* y así, une en Ella estos dos extremos... y como Madre de misericordia que es, resuelve y sentencia siempre a favor de los pecadores. — Es *Reina de la Paz*, y así la consigue para sus hijos rebeldes a Dios, que por el pecado le declararon la guerra. — Es la *Omnipotencia suplicante*, y por eso, dice San Bernardino de Sena, que «todas las cosas están sujetas a María, hasta el mismo Dios, bastando sólo una palabra suya para conseguir lo que desea». — Es, en fin *Mártir de la caridad y Reina de los mártires*, que mereció este título al inmolarse, juntamente con su Hijo, al pie de la Cruz..., ofreciendo al Padre Eterno, la víctima divina y constituyendo con Ella un solo sacrificio...

2.º *Dispensadora de todas las gracias*. — María es la que dispensa y administra toda la gracia..., de tal manera, que al decir de San Ligorio: «Dios quiere que todas las gracias nos vengan por María»... y San Bernardo, exclama: «Considera con qué afecto quiere Dios que honremos a esta nuestra Reina..., pues en Ella ha puesto la plenitud de todo bien, para que todas las gracias de esperanza y salvación, nos vengan por Ella». — Dios es el autor de todo bien y toda gracia, en todos los órdenes...; son riquísimos e infinitos sus tesoros..., pero la llave que los encierra, la ha entregado a María.

Es Ella, como la Madre de la casa bien administrada y regida, donde el padre gana el pan..., pero la madre es la que lo reparte a sus hijos. — No dudes que todos los bienes, hasta los puramente temporales, te han de venir sólo por mano de María. — La unión íntima e indisoluble entre Cristo y María, exige esta «universalidad» de su acción mediadora. — San Pablo llama a Cristo *Segundo Adán*, el *Adán celestial*; pues bien, la Iglesia llama a María la *Segunda Eva*. — Cristo es la Cabeza del cuerpo místico, pero María, en frase de Pío X, es el «Cuello» que une a la Cabeza con el cuerpo..., y que transmite toda la vida de la cabeza a los otros miembros.

Pero para ser efectiva y práctica esta universalidad de la Mediación, se requieren tres condiciones: Primera: Posesión total del don. — Segunda: Voluntad para darlo. — Tercera: Poder para ello.

Pues bien, no se puede dudar que María posee todas las gracias..., la gracia inicial en su Concepción, ya fue mayor que la de los ángeles y santos...; la gracia de la santificación completa, porque es verdaderamente según el ángel, la «llena de gracia» al ser hecha Madre de Dios...; la gracia final en María, fue incalculable, ya que no dejó de crecer un momento en gracia. — Ella es la única que se llama «Emperatriz» y es coronada como «Reina de cielos y tierra».

La segunda condición y tercera, es que María *quiere y puede* darnos todas las gracias... Ya hemos dicho que es evidente, pues se sigue de sus dos títulos dulcísimos de «Madre y Reina». — Luego, María, es por dicha nuestra el canal por donde toda gracia de Dios baja hasta nosotros.

3.º *La Mediación en el Evangelio.* — A) Como Corredentora aparece en la Encarnación, donde con su consentimiento, acepta el sacrificio de ser la «Madre Dolorosa del Varón de Dolores»...; en la Presentación del Niño, donde ofrece a su Hijo y renueva su oblación generosa, oyendo de labios de Simeón, la dolorosa profecía de la espada que atravesaría su corazón... En la Cruz, se asoció de tal modo a su Hijo, que ambos fueron dos hostias de un mismo sacrificio.

B) *Como Mediadora* que intercede y consigue y reparte gracias, aparece claramente en la Visitación a Santa Isabel, donde el Bautista es santificado en el seno de su madre, por la presencia de la Santísima Virgen... En las bodas de Cana, se hace el milagro a ruegos y casi podemos decir, por imposición de María, llegando a adelantar la hora de la manifestación de su Hijo... En el Cenáculo, el día de Pentecostés, María prepara y dispone a los Apóstoles para recibir al Espíritu Santo, esto es, coopera a la obra santificadora de la gracia en el alma de los Apóstoles...

4.º *Dios lo quiere.* — Concluye, pues, que es Dios quien claramente manifiesta su voluntad. — Pudo redimirnos sin María, y no lo quiso... Luego, aunque pueda, tampoco quiere santificarnos sin María. — Grande es la devoción que debemos tener a nuestra Madre por miles de razones y motivos, pero difícilmente encontraremos uno que tanto nos deba mover a ello como éste..., pues en cierto modo, como ves, abarca a todos los demás. — Por amor y gratitud a esta excelsa Mediadora..., hasta por conveniencia y utilidad propia, debemos tenerla grandísima devoción. — Sin Ella no conseguiremos acercarnos a Jesús..., no es posible que acertemos a hablarle..., nuestras súplicas sin María, no pueden ni merecen ser atendidas. — Dios se nos da por medio de Ella..., pues por Ella debemos ir nosotros a Dios... y darnos y entregarnos totalmente a Ella para que Ella nos lleve a Dios... ¡Qué camino tan fácil..., tan seguro..., tan hermoso y consolador! — Anímate... y de una vez para siempre ponte en sus manos... Da a tu Madre las llaves de tu corazón..., para que Ella disponga de ti como quiera..., que siempre será como más te

convenga. — Pídeselo así..., suplícala te dé alguna parte de las gracias que Ella tiene..., pero en especial, pídelala la de saber amar con Ella y por Ella, al Señor en vida y en muerte..., en el tiempo y en la eternidad...

SEGUNDA PARTE

ADVERTENCIA

Acabarnos de recorrer los principales misterios y los más importantes pasos de la vida de la Santísima Virgen, y en todos ellos hemos visto las virtudes que en grado máximo Ella practicó, de suerte que con lo dicho, no sólo tenemos ya materia inagotable de meditación, sino ejemplar inexhausto de imitación con el que sabiéndolo copiar y aplicar a los casos prácticos de nuestra vida, habremos adquirido fácilmente las virtudes que más falta nos hacen.

Es decir, que a primera vista parece que está completamente demás, esta segunda parte dedicada a las virtudes de la Virgen María. Porque, ¿es posible separar las virtudes de la Virgen de su preciosa vida, o estudiar o meditar ésta prescindiendo de aquéllas?... Esta separación es un absurdo, y tratar de desarticular la vida de la Santísima Virgen y separarla de sus virtudes, sería lo mismo que pretender destrenzar la trama de un riquísimo tapiz, para examinar uno por uno sus hilos, lo que equivaldría a destrozarlo por completo.

No es éste, por consiguiente, el fin de esta segunda parte, sino únicamente el poner más de relieve y hacer destacar de un modo aún más claro y evidente si no todas, porque esto no es posible, al menos las virtudes más importantes y a la vez más necesarias para nosotros, de nuestra Madre querida.

Y como esto hay que hacerlo mirando una vez más a la vida santísima de la Virgen, no es extraño que muchos conceptos, muchas aplicaciones y consecuencias de las que en la primera parte se meditaron, vuelvan ahora a repetirse.

Pero esto, lejos de ser un inconveniente, es una gran ventaja; pues si como ya se ha dicho, la repetición y la insistencia es uno de los ejercicios más fructuosos de la oración mental, mucho más lo será cuando la materia de que se trate sea tan dulce y tan hermosa y a la vez tan inagotable como la presente, de suerte, que aunque bajo diversos aspectos la consideremos y repitamos, nunca debe llegar a cansarnos y muchísimo menos a parecernos inútil y sin provecho.

Tanto más, cuanto que si amamos de veras a nuestra Santísima Madre hemos de gozarnos en repetir, una y mil veces, lo que contribuya a más y mejor conocerla y estimarla, así como a publicar y a alabar su hermosura y grandeza, como la madre cariñosa no se cansa de repetir a su querido hijo, y aun con las mismas palabras, siempre las mismas ternezas. Yes que, como hace mucho tiempo dijo hermosamente el gran orador Lacordaire: «el amor no tiene más que una palabra, que diciéndola siempre, no la repite nunca».

MEDITACIÓN 1.^a

LA FE DE LA VIRGEN

1.º *¿En qué consiste?* — La Fe esencialmente consiste en creer una cosa sólo porque Dios nos la ha revelado. — Comprende la importancia y el mérito de esta definición. — No hay que creer porque lo entendamos o lo demostremos con evidencia, como sucede con las verdades humanas..., sino que hemos de someter nuestro juicio... y nuestro parecer... y nuestros sentidos... y nuestra razón misma..., a la palabra de Dios. — Él lo dice y ya basta para que creamos sin buscar ni desear más razón que esa. — ¡Qué humildad!..., ¡Qué sumisión!... ¡Qué confianza en Dios supone el acto de fe! — Por eso tanto agrada al Señor..., por eso también tanto le ofende el pecado de incredulidad.

Piensa la injuria que se hace a una persona cuando dice algo y no se la cree... Sencillamente estamos dudando entonces de su veracidad y juzgamos o que nos engaña con malicia, o al menos se engaña y se equivoca en lo que dice. — Es decir, que cuando no creemos a alguien, es porque le tenemos por ignorante y no sabe lo que dice..., o por mentiroso, que trata de engañarnos.

Aplica esta regla al acto de fe divina, y comprende la enormidad del pecado y de la ofensa que para Dios supone el que el hombre tenga a Dios por ignorante o por mentiroso, y por eso no le crea. — ¡Qué horrible desvergüenza!... ¡Qué espantoso atrevimiento! — La fe, por tanto, es una virtud sobrenatural... infundida por Dios en el alma..., cuyo objeto es el mismo Dios. — Por eso se la llama virtud teologal..., que nos da a conocer a Dios no por medios humanos... ni con las luces de la razón, sino por la influencia de la divina gracia. — ¿Qué extraño, siendo esto la fe, que se encontrara en grado tan heroico en la Santísima Virgen? — Dios tuvo complacencia especial en infundir esta hermosísima virtud en su Madre Santísima... para que nos sirviera de modelo. — María cree siempre... con sencillez..., con confianza..., sin vacilaciones ni dudas, en la palabra de Dios.

2.º *Un caso de fe.* — Es fácil encontrar ejemplos de éstos en la vida de María. — Recuerda uno de ellos: el Ángel de la Anunciación pone a prueba su fe..., la dice de parte de Dios que concebirá y dará a luz un hijo... Ella, la Virgen, ¿podía ser Madre? — Naturalmente esto es imposible... Sin embargo, no duda..., no vacila... En cuanto conoce la voluntad de Dios, cree en El y acepta todo lo que el ángel la dice. — Compara esta fe suya con la incredulidad de Zacarías... días antes que a Ella, se aparece el mismo ángel a Zacarías y le anuncia el nacimiento del Precursor. — Zacarías, duda..., no cree con firmeza al Ángel... y Dios le castiga..., le deja mudo. — Zacarías no tenía más razón para dudar, que su ancianidad... María tenía la de su

virginidad. — A Zacarías se le anuncia un hijo que será el Precursor del Mesías... A María el mismo Mesías... y, sin embargo, Zacarías duda... y María cree.

Recuerda el caso maravilloso de la fe de Abraham. — Dios le dice que será padre de una gran descendencia... y para eso le anuncia un hijo, Isaac..., pero a la vez le manda que le sacrifique aquel hijo único que tiene... ¿Cómo se va a multiplicar su descendencia de este modo?... Abraham, no obstante, cree sin vacilar la palabra de Dios..., se dispone al sacrificio... y merece, por ello, ser llamado «Padre de los creyentes».

Imagen es ésta de la fe de María... Dios la ha inspirado su voto..., único..., desconocido hasta entonces, de la virginidad. — Sabe que esto significa renunciar a la posibilidad de ser Madre del Mesías, que era el anhelo santo de todas las mujeres judías... María, por agradar a Dios, renuncia generosamente y se hace Virgen... Pero ahora el Ángel le anuncia su gloriosa maternidad, y María..., sin dudar ni vacilar..., pregunta si es esa la voluntad de Dios, y en cuanto la conoce, la abraza y cree firmemente todo lo que se la dice. — Ella no sabe cómo puede ser eso..., su razón choca con la unión de la virginidad y la maternidad..., pero somete su criterio..., su parecer..., su razón misma... y cree con firmeza y sencillez... ¡Qué fe más grande la de María!

3.º *Consecuencias.* — Si tuvierais fe, dice Cristo, traspasaríais los montes... La fe es la que hace los milagros. — En el Evangelio, el Señor parece que se recrea en hacernos ver que era la fe la que obraba los prodigios. — Así dice: «Vete, tu fe te ha salvado.» Y otras veces: «Sea como tú has creído.» En María, obró el milagro de los milagros...; su fe atrajo al Hijo de Dios, de los Cielos a su purísimo seno... Así lo dice Santa Isabel cuando la Visitación: «Bienaventurada Tú, porque has creído...» Así también sucederá en ti. — Una fe de esta clase, será en ti la fuente de las grandes bendiciones... y de las gracias extraordinarias del Señor. — Él las derrama abundantísimamente en el que de este modo en Él cree y en Él confía. — Pero comprende bien el valor de la fe de la Virgen y compárala con la tuya... ¿También imitas en esto a tu Madre?... ¿Es sencilla tu fe y crees firmemente no ya sólo los dogmas y verdades reveladas, sino todo lo que el Señor, de una o de otra manera, te dice?... ¿O eres de los que creen que es cosa de Dios, lo que les agrada... y desechan lo que les disgusta?

Dios te hablará, además, directamente a tu alma por medio de sus inspiraciones, y también te hablará por medio de tus Superiores y representantes suyos... ¿Los oyes y los crees? Y si los crees, ¿sabes someter tu voluntad y tu parecer propio al suyo..., aunque no entiendas el cómo ha de ser..., ni el por qué de lo que te dicen? — ¿Imitas a tu Madre en esta sumisión a lo que te dicen de parte de Dios y la aceptas... aunque te cueste..., aunque te humille? — Termina pidiendo a la

Santísima Virgen una fe semejante a la suya, y una docilidad grande, cuando oigas la voz de Dios que te llama, para que le creas y le sigas en todo momento..., sin vacilar ni un instante.

MEDITACIÓN 2.^a

LA FE DE LA VIRGEN

1.º *Oscuridad.* — Dios ha querido rodear a la fe de una oscuridad en medio de su certeza e infabilidad, que la haga más meritoria. — La fe es cierta, con una certeza que se funda en el mismo Dios..., que no se engaña ni puede engañarnos; pero la fe es oscura..., muy oscura a veces..., tanto que nunca podremos, en esta vida, llegar a comprender las verdades que nos enseña. — Por eso, esas verdades se llaman misterios... El misterio es una verdad tan inaccesible a la razón humana, que no puede, sin la revelación divina, conocer siquiera su existencia..., y aún después de conocer por la revelación, su existencia, no puede llegar a penetrar lo que es en sí misma..., ni explicarse cómo puede ser así.

Todavía hay más... Es de tal clase la verdad revelada, que en ocasiones no sólo hemos de creer lo que no vemos..., sino lo contrario de lo que vemos. — Recuerda el Dogma de la Eucaristía, donde todos los sentidos te aseguran la existencia del pan, que según la fe ya no existe, sino únicamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. — Éste es, sin duda, el sacrificio más meritorio que nos exige la fe. — Si no fuera así, ¿dónde estaría el mérito?... ¿Sería meritorio creer lo que Dios nos enseña si fueran cosas fáciles de entender..., de ver y comprobar con los sentidos o con la razón?... Pues bien, mira ahora a María. — Tampoco a Ella la faltaron las grandes oscuridades que hicieron tan meritoria su fe...

2.º *El Nacimiento.* — Aparece Jesús como un niño en todo igual a los demás. — Sabía la Virgen que era el Hijo de Dios, pero... ¿qué pruebas tenía delante?... Más bien todo lo contrario... Un niño pobre..., desvalido..., llorando igual que todos..., que no sabía hablar..., ni andar..., ni hacer nada por sí mismo..., teniendo necesidad del sustento..., del cuidado..., del sueño, como los demás...; perseguido y abandonado por todos..., etc. ¿Todo esto eran señales de divinidad?... ¿Pero el Hijo de Dios iba a nacer así? — El pesebre..., el portal..., los animales que le acompañan, ¿esto es digno de un Dios?... ¿Cómo es posible esto?... ¿No estará equivocada?... ¿No se habrá forjado una ilusión que no puede ser?...

3.º *En la vida oculta.* — Así continúan en esta vida las oscuridades para María. — Jesús aparece como un pobre aldeanito..., ignorante, sin dar una sola muestra de su poder y de su sabiduría. — Más tarde será el obrero de un taller de carpintero, que tiene que pasar por ser un simple aprendiz, y poco a poco llegar, en el colmo de su perfeccionamiento... a ser ¡un oficial de carpintero!... ¡Vaya una carrera!... ¡y un puesto más

lucido para el Rey del trono de David!..., ¡para el Mesías prometido!..., ¡para el Hijo de Dios!

Y cuando el Niño se perdió, ¡qué oscuridades en medio de aquellas aflicciones que entonces atormentaron el corazón de María!... Tantas fueron estas oscuridades, que aún después de encontrar al Niño, y escuchar sus palabras, dice el Evangelio que María no las entendió.

4.º *En la vida pública.* — Es cierto que en ella se ven detalles y luces claras de divinidad. — Pero a la vez, ¡qué oscuridades! — ¡Qué sombras por todas partes! El pueblo le cree y le sigue..., pero los sabios..., los sacerdotes y pontífices..., los fariseos y maestros de la Ley, le persiguen a muerte..., los discípulos y apóstoles, son gente completamente ignorantes..., unos pobres hombres... al fin, ellos mismos se avergonzarán de haber sido apóstoles suyos y le dejarán... y le abandonarán y renegarán de Él. — Sus enemigos lograrán cogerle... y castigarle duramente... con castigos infamantes y propios de esclavos, ladrones y gente vil...; las bofetadas..., las salivas..., los azotes..., la corona de espinas..., la Cruz... y en ella la muerte, escarnecido..., deshonorado..., vencido por completo por sus enemigos. — ¿Éste es el Hijo de Dios?... Ellos mismos lo dicen: «Si fuera Hijo de Dios bajaría de la Cruz», y triunfaría de todo y todos.

5.º *Fe inquebrantable.* — A pesar de todas estas cosas capaces de hacer vacilar a cualquiera..., María no duda ni un momento..., cree en la palabra del Ángel y en ella la voz de Dios que la revela quién ha de ser su Hijo... Adora los misterios sacrosantos y profundísimos de la vida y de la muerte de Jesús..., trata de sondear las enseñanzas altísimas de su predicación... y aunque adornada de gracias especialísimas en el orden natural y en el orden sobrenatural... y a pesar de las revelaciones y luces tan extraordinarias que Ella sola recibió, no obstante, como criatura que es al fin, no puede llegar a comprender los insondables e infinitos abismos de la divinidad... y humildemente se abraza con la fe ciega, que la hace admitir gustosa y alegremente todo lo que Ella no ve y no comprende, dentro de los planes de la providencia divina. — Admira esta humildad tan simpática y tan natural de María en sus actos de fe, dispuesta en todo momento a dejarse guiar por la voluntad de Dios, y a someter y a rendir su juicio con prontitud a la misma... y, finalmente su confianza Dios, que la hacía abandonarse en sus brazos, aunque no viera ni entendiera a dónde... ni por dónde la llevaba.

6.º *Nuestra fe.* — Mira cómo así debe ser nuestra fe..., fruto de nuestra humildad..., de nuestra obediencia... y de nuestra confianza en Dios. — Todos los pecados contra la fe, brotan de alguna de estas tres raíces...; la falta de estas virtudes explica la historia de todas las herejías contra la fe. — Acuérdate de esto, sobre todo, en las oscuridades ordinarias que acompañan a la fe, y en las

extraordinarias que a veces Dios permite en las almas. — Si practicas esas virtudes a imitación de María, no dudes que triunfarás... No olvides tampoco esto en las dudas contra la fe que has de sostener... la soberbia..., la confianza en uno mismo..., el hábito de criticarlo todo y enjuiciarlo todo conforme a un criterio personalísimo..., es lo que ha cegado a muchos y les ha hecho perder la fe. — Pide a la Santísima Virgen, en esta lucha tan fuerte en nuestros días, que su ejemplo te enseñe... y te aliente para salir tu alma airosa y triunfante de ella.

MEDITACIÓN 3.^a **LA FE DE LA VIRGEN**

1.º *Racionabilidad.* — En medio de sus oscuridades, y a pesar de exigirnos el admitir verdades que no entendemos ni comprendemos, nuestra Fe es sumamente racional. — No denigra al hombre..., ni le hornilla..., ni rebaja su dignidad... antes, al contrario, le sublima y dignifica grandemente, haciéndole conocer cosas que sin ella jamás conocería... ¡Qué horizontes más amplios... y más grandiosos no abre la Fe ante los ojos del entendimiento humano!... Meditando esto, San Jerónimo exclama: «Estas cosas fueron desconocidas para Platón..., el elocuente Demóstenes las ignoró..., todos los filósofos y sabios antiguos no pudieron ni vislumbrar un poquito de ella... y cualquier parvulito de nuestras escuelas, sabe, con su catecismo, infinitamente más que todos ellos juntos.» — No, no es irracional nuestra Fe...; es algo que está sobre nuestro entendimiento, y por eso no llegamos a comprender todo lo que nos enseña...; pero no es algo que sea contra la razón, como dicen los impíos. — Dios nos pide que admitamos, sin dudas y sin vacilaciones, sus palabras... y por eso hemos de creer ciegamente..., pero no imprudentemente. — Fe pronta y ciega, no es una fe brutalmente impuesta e irracional.

2.º *Causas.* — La razón de esto es: A) Porque no debe extrañarnos que no lleguemos a entender, aún aquello que conocemos por la Fe, por ser verdades tan grandes..., tan infinitas..., tan divinas..., que, naturalmente, no pueden entrar en nuestro entendimiento. — Piensa qué pequeñito sería nuestro Dios, si le pudiéramos meter en nuestra inteligencia... y abarcar toda su esencia con la luz de nuestra razón. — Escucha aquello de Santa Teresa, que decía que «aquellas verdades más difíciles y oscuras, las creí a ella con más firmeza y con mayor devoción, porque en ellas reconocía un carácter más propio de la grandeza infinita de Dios»... ¡Qué extraño que esta grandeza sea para nosotros incomprensible! Si hemos de estar por una eternidad viendo sin cesar cosas nuevas en la esencia de Dios sin agotarse nunca..., ¿cómo vamos ahora a querer entenderlo y abarcarlo todo?... Eso sí que sería algo absurdo e irracional...

B) Por otra parte, Dios no nos manda creer tan a ciegas, que nos prohíba examinar los motivos y fundamentos de nuestra Fe... Antes bien, esto es muy del agrado de Dios, para que así sepamos qué es lo que creemos y por qué creemos. — Tenemos entre otros, los milagros y las profecías de Jesucristo, que fueron hechas en confirmación de estas verdades y que nosotros debemos meditar y estudiar con frecuencia..., pues aparte de las doctrinas y consecuencias prácticas que de su meditación podemos deducir, sirven admirablemente para demostrar el origen divino de los dogmas de la Fe que la Iglesia nos manda creer; y C) en fin, para hacer más racional el acto de nuestra Fe, pensemos que Dios no nos manda creer, sino aquello que con autoridad infalible, ha sido declarado verdad dogmática y revelada, por la Iglesia Católica..., es decir, que debemos creer porque Dios lo ha revelado..., pero sabemos que Dios lo ha revelado, porque la Iglesia así nos lo dice y enseña..., y, en fin, la Iglesia al enseñarnos esto, es completamente infalible..., sabe muy bien lo que dice... y no se engaña ni puede engañarnos... Luego, ¿puede haber nada más racional que el acto de nuestra Fe?...

3.º *Propiedades.* — De todo esto se deduce claramente que para que sea nuestra Fe completa y racional, ha de ser una Fe: A) *sencilla y humilde*, no tratando de escudriñar lo que es imposible conocer, ni pretendiendo demostrar lo que es superior a nuestra razón... «Bienaventurados los que no vieron y creyeron», dijo Cristo. — Hay que creer sin ver...; por eso la Fe se representa con los ojos vendados.

B) *firme*, como asentada en la infabilidad misma de Dios, que nos la revela..., y en la infabilidad de la Iglesia, que nos la enseña... ¿Dónde habrá firmeza y seguridad mayor que ésta?

Si vieras, por ejemplo, ante tus ojos a Jesús en la Hostia, ¿tendrías razón mayor para creer en su presencia real, que la que tienes por la Fe, aún sin verle con los ojos?... Qué razón tiene más fuerza..., ¿tus ojos o la palabra de Dios?...

C) *universal*, que se extienda a todas las verdades reveladas..., todas, aún las más inaccesibles para nosotros, tienen la misma autoridad de Dios, que las da fuerza y confirma su certeza... ¿Por qué, pues, admitir unas y rechazar otras?... ¿Por qué dudar ni siquiera de una sola porque no se la entiende?...;

D) *prudente o ilustrada*. Hemos de ser cristianos de conciencia ilustrada..., que sepan distinguir los dogmas de la Fe, de los que no son más que piadosas tradiciones populares... o leyendas. ¡Cuántos hay que encuentran dificultad en creer a Dios que nos enseña, y no la encuentran en creer cualquier superchería!...

E) en fin, ha de ser *viva y práctica*, de suerte que la Fe vaya siempre acompañada de las buenas obras, aunque sea a costa de sacrificios...

4.º *El modelo.* — Ahora examina y aplica todo esto al gran modelo que tenemos en la Virgen. — *Fe sencilla y humilde...* Recuerda de nuevo lo que hemos dicho de su Fe con el Ángel..., de su Fe en Belén..., en la vida toda de Cristo. ¿Quién te enseñará mejor a creer, con esta sencillez, que María en todos esos pasos de la vida de su Hijo? — *Fe firme...* Contéplala al pie de la Cruz..., de pie, como para demostrar la firmeza de su Fe... Cuando todos vacilan..., dudan..., huyen..., Ella como una roca firme..., serena..., de pie..., creyendo entonces más que nunca en la divinidad de su Hijo. — *Universal y constante...* ¿Cómo no había de ser así, si nunca dudó de que su Hijo era el Hijo de Dios?... Recuerda las bodas de Caná...; aún no había visto hacer ningún milagro a su Hijo..., oye sus respuestas que denotan el poco interés que tenía entonces de hacer milagros, y, no obstante, no duda de su poder y de su amor... y obra con una Fe ciega y con una confianza ilimitada en su Hijo... Si así obró en esta ocasión, ¿cómo obraría en otros momentos? — *Fe ilustrada...* No pone dificultades..., pero pregunta al Ángel hasta conocer bien la voluntad de Dios..., y una vez conocida, pero antes no, cree con firmeza. — No entiende lo que dice Jesús al encontrarle con los Doctores..., pero conserva sus palabras en su corazón para estudiarlas a solas y meditarlas..., rumiarlas... y tratar de entenderlas. — Así debe ser nuestra Fe...; que estudie..., que medite..., que sepa bien lo que cree..., que conozca la palabra de Dios y la admita con firmeza... y la practique con decisión...

MEDITACIÓN 4.ª

LA FE DE LA VIRGEN

1.º *Vida de Fe.* — No basta lo dicho sobre la Fe de la Santísima Virgen..., es necesario detenernos a considerar cómo la fe informaba toda su vida, de suerte que todo lo hacía con aquel espíritu de Fe, del que dice San Pablo que vive el justo. — Y es que la Fe no debe ser algo inactivo y muerto..., sino que de tal manera ha de penetrar y saturar la vida cristiana, que debe regular y ordenar todos sus pensamientos y acciones..., todos los actos interiores y exteriores...; de lo contrario, la Fe será un capital muerto, que nada producirá. — Dice el mismo Apóstol, que sin la Fe nadie puede agradar a Dios, ni salvarse...; pero esto ¿no se ha de entender sobre todo de la «*vida de Fe*»? — Penetra bien en lo que esto significa y supone.

Tener Fe es creer todo lo que Dios ha revelado..., pero vivir *vida de Fe* es hacer que esa Fe pase del entendimiento al corazón... y de éste a las obras de nuestras manos. — Generalmente nos dejamos guiar más de las luces de nuestra razón..., de nuestro amor propio..., de las sugerencias del inundo... o de otras luces o razones menos verdaderas. — El mundo tiene empeño grande en hacernos ver las cosas conforme a su criterio. — Piensa en eso que se llama el «qué dirán»... «el respeto

humano»..., «las exigencias sociales»..., «el no hacer el ridículo»... ¡Qué distinto criterio al de Cristo! Compara las cosas a que llama grandes el mundo..., a las que da una importancia enorme..., con las cosas que verdaderamente son grandes para Dios.

Esta es la vida de Fe..., la que se funda en este criterio divino... y ve y considera todo a través de la luz de Dios..., prescindiendo por completo de juicios humanos..., de pareceres terrenos..., de razones de aquí abajo. — Naturalmente, que vistas las cosas de una o de otra manera, cambian radicalmente de valor ante nuestros ojos...; las apreciamos de manera muy distinta... y, por lo tanto, obramos de muy diferente manera.

Decimos que todo es del color del cristal con que se mira..., es cierto; si todo lo miramos con ojos de tierra, lo veremos bajo..., rastrero..., terreno...; pero si lo miramos con ojos de Cielo..., con ojos de Dios, ¡qué cambio tan grande en todo! — Humillaciones..., sufrimientos..., desprecios..., mortificaciones y penitencias..., obediencias y sumisiones..., pureza..., castidad..., virginidad..., ¿qué es todo esto mirado a la luz del mundo?... Palabras necias que debían desaparecer...; todo eso es algo indigno..., brutal..., estúpido para el hombre..., deprimente de la dignidad humana. — Pero aplica la luz de la Fe..., míralo con luz sobrenatural, y sólo con ella apreciarás algo del inmenso valor..., de la belleza infinita que tienen todas esas virtudes. — Haz lo mismo con las cosas grandes del mundo...: fortuna..., fama..., poder..., mando..., soberbia..., ambición..., regalo y comodidad... y verás lo que es todo esto a la luz de la Fe. — Por eso la vida de Fe es la única verdadera..., la única que puede vivir el alma santa.

2.º *Ejemplo admirable.* — Siendo así, ¿cómo había de faltar esta vida en la Santa de las Santas..., en la Madre de Dios?... María no vivió ni un solo momento la vida de los sentidos..., ni un instante siquiera se rigió por su propio parecer...; hubiera sido una imperfección..., una mancha... y en Ella no podía existir nada de esto.

Detente a considerar cómo en María se dan en forma admirable todos los actos principales de la vida de Fe, cuales son: a) El hacer las cosas todas en presencia de Dios. — b) El purificar la intención en todos nuestros actos, para no obrar sino por Dios y conforme a la voluntad divina. — c) El abandonarse en brazos de Dios, viendo en todas las cosas los planes de la Providencia divina, para nosotros completamente ignorados.

Recorre estos puntos y aplícalos, despacio, a la vida de María: a) *Presencia de Dios...* ¿Quién la tuvo como Ella?... ¿Es que podía vivir ni un instante sin esa presencia?... ¿No veía sin cesar a su Jesús... y en Él contemplaba a la vez a su Hijo y a su Dios? María vivió siempre bajo la mirada de Dios..., tuvo a Dios por testigo visible de todos sus actos... y nunca tuvo que avergonzarse de haber hecho nada indigno de la mirada de Dios. — Un día el Señor dijo a Abraham: «Anda siempre en mi

presencia y serás perfecto»... Éste es el resumen breve y magnífico de la vida de María.

b) *Pureza de intención*... Esto es lo que dice San Pablo: «Ora comáis, ora bebáis..., hacedlo todo a gloria de Dios»..., María no sólo lo hizo todo en presencia de Jesús sino que no vivió más que para Jesús...; no tuvo necesidad de renovar con frecuencia esta pureza de intención, pues ni un momento la perdió...; nada hizo por sí ni para sí...; jamás en sus actos buscó el dar gusto a los hombres..., menos aún a su amor propio...; nunca obró por su gusto o por capricho..., no tuvo en cuenta ni las alabanzas ni las censuras humanas. — Vivió como una esclava..., sin libertad y sin voluntad propia..., tratando sola y únicamente de agradar a aquel Señor, en cuyo servicio quería vivir como la última de sus esclavas...

c) *Abandono de Dios*. Es consecuencia natural de la vida de Fe. — Dios sabe lo que nos conviene mejor que nosotros... Dios nos ama con amor infinito... ¿Por qué, si lo vemos todo así, con ojos de Fe, no confiamos en Él?... ¿Por qué no descansamos en Él y nos abandonamos en sus brazos? Mira este dichosísimo abandono en la Santísima Virgen... Recuerda las pruebas tan duras y tan difíciles de su vida..., el viaje a Belén..., el desprecio de todos..., la huída a Egipto..., la pérdida del Niño..., la Pasión..., la Crucifixión...; jamás vio en todo esto, aunque no lo entendiera..., aunque la hiciera mucho sufrir..., otra cosa que la disposición sapientísima de la Providencia de Dios, que todo lo ordena amorosamente para bien nuestro. — Por eso, se la vio con el corazón dolorido y destrozado..., pero jamás desalentada..., desilusionada..., ni cansada..., ni atemorizada por nada...; todo eso, no sirvió más que para arraigar en Ella, el abandono en Dios y para darnos a nosotros este fuerte ejemplo de vida admirable de Fe.

3.º *Tu vida de Fe*. ¿Es así tu vida? — ¿Tú también obras en presencia de Dios?... ¿No haces nada que te avergüence delante de los ojos de Dios? ¿Vives y obras para agradar a Dios?... ¿Sólo a Él y a su gloria buscas en tus actos?... ¿Realmente es el lema de tu vida todo por Dios y para Dios, nada para ti?... En tus dudas..., dificultades..., sufrimientos..., reveses y fracasos..., en tus tentaciones y luchas, ¿te acuerdas de la Providencia de Dios para ver sus divinas disposiciones y acatarlas tranquilamente..., gustosamente..., aunque sea algo que te desagrade..., que te cueste..., que no entiendas ni veas por qué ni para qué sucede así?... Si, pues, quieres ser hijo de María, obra como Ella...; desde la mañana a la noche hazlo todo con Ella..., por Ella..., en Ella y para Ella..., para que así María purifique tu intención y todos tus actos, dirigiéndolos siempre a la mayor gloria de Dios.

MEDITACIÓN 5.^a

LA ESPERANZA EN MARÍA

1.º *Su necesidad grande.* — Como fruto de la vida de Fe, brota espontáneamente en el corazón, la esperanza. — Si aquélla nos llevaba a conocer bien el valor de las cosas de la tierra y del Cielo..., ésta nos lleva y arrastra a despreciar las primeras y a desear y confiar en la posesión de las segundas. — Dulcísima virtud la de la esperanza. — Virtud completamente necesaria para la vida espiritual. — Sin Fe no es posible agradar a Dios...; tampoco sin la esperanza. — Es la desconfianza en Él lo que más le desagrada. — San Pedro caminaba tranquilamente sobre las aguas sin hundirse..., pero apenas comienza a desconfiar, comienza a la vez a sumergirse y ahogarse. — Santa Teresa de Jesús escribe en su Vida: «Suplicaba al Señor me ayudase, mas debía faltar de no poner en todo la confianza en su Majestad..., buscaba los remedios..., hacía diligencias..., mas no entendía que todo aprovecha poco, si quitada la confianza en nosotros, no la ponemos en el Señor.»

La esperanza y confianza en Dios, establece en nosotros relaciones necesarias y obligatorias para con El...; debemos creer que Dios es remunerador, esto es, que dará según su justicia a cada uno lo que merece, y, por eso, con la esperanza, esperemos y confiemos en que Dios nos salvará..., que nos dará gracia suficiente para ello... y, en fin, nos concederá cuanto le pidamos si así conviene. — La esperanza, por tanto, es un verdadero acto de adoración, por el que reconocemos el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas...: la Providencia de Dios, que todo lo rige fuerte y amorosamente...; la bondad y misericordia de Dios, que no desea más que nuestro bien. — Prácticamente viene a confundirse con aquella vida de Fe que se confía y abandona ciegamente en las manos de Dios.

Recuerda cómo agradaba al Señor esta Fe, y a la vez esta esperanza y confianza en Él, en los milagros todos que obró durante su vida... Parece que la exigía como una condición necesaria, y acomodaba la magnitud del milagro a la magnitud esta confianza. — Acuérdate del centurión, cuando dice: «Señor, no soy digno de que vayas a mi casa..., ni es eso necesario...; di, desde aquí, una palabra y ya basta»... de la mujer enferma, que esperaba obtener su curación con sólo tocar su manto, etcétera, y así en todos los casos, Dios se acomodaba a la confianza que en Él tenían para obrar conforme a ella.

2.º *En María.* — Pero especialmente detente a recordar esta esperanza tan confiada..., tan firme..., tan segura y cierta, en la Santísima Virgen. — Recuerda de nuevo la Expectación del Nacimiento de Jesús sobre todo después de su milagrosa Concepción en su purísimo seno. — La vida de María no era más que una dulcísima esperanza llena de grandes anhelos y de deseos vivísimos

por ver ya nacido al Mesías prometido... En Ella se resumió, acrecentada hasta el sumo, toda la esperanza que llenó la vida de los Patriarcas y Santos del Antiguo Testamento. — Seguía, paso a paso, el desarrollo de todas las profecías, y veía cómo, según ellas, se acercaba ya el cumplimiento de las mismas..., que estaban ya en la plenitud de los tiempos... y como su Fe no dudaba ni un instante de la palabra de Dios, vivía con la dulce y consoladora esperanza de ver y contemplar al Salvador. — Esa era también la esperanza que sostenía la vida del anciano Simeón..., pues ¿cuál sería la esperanza de María?

Pero aún aparece más clara y admirable esta confianza de María en la Pasión y muerte de su Hijo y en la certeza que Ella tenía de su gloriosa Resurrección. — Es, en verdad, muy significativa la conducta de los Evangelistas al narrar, con tanta menudencia, el hecho de la Resurrección de Cristo... y, sin embargo, no dicen ni una palabra de la Santísima Virgen... Cuentan una por una las principales apariciones de Cristo resucitado, y siendo así que, como dice San Ignacio, es de sentido común que a su Madre querida se apareció en primer lugar; no obstante, todos los Evangelistas callan esta aparición.

También resulta extraño que las piadosas mujeres corrieran tan de mañana al sepulcro, a ungir con más calma el cuerpo de Jesús... y la Santísima Virgen no se moviera de su casa y no las acompañara... ¿Cómo explicar todo esto? — Sencillamente por la falta de Fe y de esperanza en los demás y la abundancia de estas virtudes en la Virgen. — El fin principal de los Evangelistas, en estas narraciones, es demostrar el oficio de consolador que Cristo ejerció en su Resurrección, levantando el ánimo caído de todos, y esforzando la confianza debilitada y enferma de aquellos a quienes se apareció. — Pero María no tenía necesidad de esto...; era tan grande su confianza en la palabra de su Hijo..., estaba tan firme en ella, que más que confianza tenía la certeza y seguridad de su Resurrección. — Ésta es la razón por la que no va Ella a embalsamar el cadáver de su Hijo... y por la que los Evangelistas no creyeron necesario decir nada de la aparición de Jesús a su Madre, ya que fue tan distinta y con fin tan diverso de las demás. — Jesús se aparece a María, tan sólo para hacerla partícipe de su triunfo, como lo fue de sus tormentos y de su Pasión..., pero no para animarla y darla fuerzas que nunca perdió, porque no titubeó en su firme esperanza.

3.º *Tu esperanza.* — Mira bien a ese modelo aprende de María a ejercitarte en esta virtud. Examínate bien y analiza tu confianza en Dios..., si es así de sencilla..., segura..., humilde..., verdadera. — Quizá tienes gran confianza, y esto es muy corriente, cuando todo sale bien... y las cosas se presentan conforme a tu voluntad..., pero cuando el sol se oculta en el alma... y vienen las nubes... y la tormenta, quizá fuerte y terrible...; cuando las tribulaciones y disgustos interiores y exteriores te cercan por todas partes..., en fin,

cuando llega esa «noche oscuras, que tantas veces quiere Dios que venga a las almas..., ¿qué hacer?, ¿a quién acudir?...», ¿es el tedio..., la tristeza..., la desgana..., en fin, la desconfianza la que te domina entonces? — Levanta los ojos, mira siempre a Jesús contigo..., a María, tu Madre, que no te abandona en la prueba, a tu lado, y... lánzate confiadamente a cumplir con tu deber, sin retroceder jamás..., una mirada a María y siempre adelante.

MEDITACIÓN 6.^a

LA ESPERANZA EN MARÍA

1.º *Santa desconfianza.* — La virtud está en el término medio solemos decir, pues todos los extremos son viciosos. — Esto que ocurre siempre en todo acto de virtud, muy particularmente ocurre con la esperanza. — Se puede faltar a ella, por exceso y también por defecto. — Por exceso se falta, cuando se abusa de la confianza que debemos poner en Dios y creemos que aunque nosotros no hagamos nada de nuestra parte..., aunque no trabajemos..., ni nos esforcemos..., ni cooperemos a la obra de nuestra santificación con la gracia divina, Dios, que es tan bueno... y tan misericordioso, ya nos salvará... y nos santificará... y nos dará todo lo que necesitemos. — Abuso incalificable es éste que constituye el pecado de tentar a Dios.

El demonio se atrevió de esta manera a tentar a Cristo, cuando le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate al precipicio, Dios enviará a sus ángeles y no te harás daño alguno»... Mas Jesús, le contestó: «No tentarás a tu Dios y Señor.» — Cuántas veces así nos tienta el demonio, haciéndonos creer que podemos obrar de esa manera..., apoyándonos en nosotros mismos, sin miedo a caer.

Piensa en esta falsa confianza..., en esa presunción, y verás que ha sido la causa de las grandes caídas. — San Pedro, no tuvo otra razón para caer... Estaba decidido a seguir a su Maestro..., lo dijo y lo juró... y así lo quiso cumplir... Se creía que se bastaba él solo, y al apoyarse en sí mismo, no encontró más que la enorme debilidad que no podía sostenerse ni ante la voz de una mujer... ¡Qué miserable es el hombre!... Con cuanta razón decía el Apóstol: «El que está en pie, mire no caiga.» Toda nuestra miseria..., todas nuestras caídas..., todas nuestras debilidades y flaquezas..., todo nos está diciendo que tengamos mucho miedo de nosotros mismos..., que no nos creamos nunca seguros..., que aunque nos pareciera que somos mejores que otros, no hay pecado, por grave que sea..., ni crimen por muy repugnante, del que no seamos capaces. — Por lo mismo, no hemos de perder de vista aquella sentencia de San Pablo: «Trabajad temiendo y temblando en la obra de vuestra salvación.»

Cayeron los ángeles en el Cielo..., Adán en el paraíso..., Judas y Pedro en la escuela de Jesús..., muchos que fueron gran tiempo muy santos... y

cayeron de la altura de su santidad..., pues ¿por qué vas a estar tú seguro? Afianza en este principio tu virtud y no olvides que la esperanza verdadera se asienta en esta santa desconfianza propia. — Un incendio destruye en poco tiempo una obra de muchos años... Así puedes tú perder y destruir en un minuto de debilidad, lo que te costó mucho adquirir.

2.º *La verdadera confianza.* — Pero la consecuencia de esta desconfianza propia no es la que quiere sacar el demonio..., la desesperación..., la desilusión..., el cansancio y el tedio..., el maldito desaliento que mata toda actividad y ata nuestras manos, para que no trabajen ya más. — Este es el otro extremo, por el que se peca contra la esperanza. — Pecado de defecto, pero que es tan pernicioso o más que el primero, que peca por exceso. — No, no es eso lo que debemos de concluir al ver nuestra debilidad y miseria...; esto es mirar las cosas sólo por un lado..., hay que mirarlas en toda su integridad — Si me miro a mí solo, puedo encontrar desconfianza..., pero si miro a Dios, ¿cómo no he de alentarme con una confianza segura y una esperanza dulcísima?

San Pablo se miraba a sí mismo y decía: «Yo de mí nada soy y nada valgo»... Luego miraba a Dios y añadía: «Pero todo lo puedo en Aquel que me conforta»..., y entonces se atrevía a desafiar a todos sus enemigos y valientemente les retaba y decía: «¿Quién podrá separarme de la caridad de Cristo?... ¿La angustia?... ¿El hambre?... ¿La persecución?... ¿El sufrimiento?... Estoy cierto que nadie..., no hay fuerza capaz en todo el infierno junto para ello.»

Sólo el hombre y dejado a sus fuerzas, no podría sostenerse..., no hay virtud ni santidad tan grande que, si Dios no la sostuviera, pudiera conservarse y salir vencedora de las asechanzas del demonio... ¡Cuánto puede, desgraciadamente! Pero si Dios está con nosotros, ¿quién podrá en contra nuestra, si entonces tenemos la misma omnipotencia de Dios? — «Es fiel el Señor, dice el Apóstol, y no permitirá al demonio que nos tiente más de lo que podemos»... y, por otra parte, no nos dejará solos en la lucha, sino que Él peleará a nuestro lado, y nos ayudará con su ejemplo y su gracia... Y, en fin, Él nos dará ahora la victoria segura, y luego el premio prometido a los que salgan vencedores... ¡Cómo alienta y consuela todo esto sabiendo que son cosas ciertas e infalibles, que Dios cumplirá fiel y exactísimamente!... En verdad, que podemos decir con la Iglesia: «En Ti, Señor, he esperado..., por eso no seré jamás confundido.» — Nunca, nunca nos pesará esta confianza en Dios.

3.º *Mirando a María.* — Si alguien ha podido confiar en sí mismo..., en su virtud..., en sus méritos..., ha sido la Santísima Virgen... ¿Quién como Ella y semejante a Ella?... Y, sin embargo, es la Virgencita humilde..., modesta..., hasta tímida en cierto punto...; jamás hace alarde de lo que es..., más bien exagera el deseo de

ocultarlo todo..., de callarlo todo. — Oculta a su prima Santa Isabel su concepción milagrosa, pero Dios se encarga de revelársela... Oculta a San José, también, su divina maternidad, y tiene que bajar un Ángel del Cielo a decírselo... Oculta, en fin, a los ojos de todos, su dignidad... y sus gracias... y sus grandiosas prerrogativas...; no se da importancia por nada, no abusa de ninguna de sus gracias...; obra y sirve a Dios como la más pequeña e indigna de sus esclavitas, sin rehusar ningún oficio, ni trabajo de ninguna clase...; no se mira a sí misma..., no se fía ni se apoya en sí misma, sino únicamente en Dios. — ¡Ah, eso sí!... ¡Qué confianza en Dios, cuando llega el momento..., sin exageraciones..., sin aspavientos que llamen la atención..., de la manera más sencilla..., natural e ingenua!... ¡Qué bien sabe demostrar esta dulce confianza en su Jesús!... ¡Con qué seguridad manda a los criados que obedezcan a su Hijo en las bodas de Caná!..., a pesar de las palabras de Jesús. ¡Qué tranquila y qué cierta está de que no quedará mal..., de que no será confundida!... Pide a la Virgen entender así esta virtud de la esperanza, de suerte que ni abuses con la presunción..., tentando a Dios... o abusando de Dios..., ni desconfíes de Él y de su gracia...; que aprendas a desconfiar de ti, para obrar solamente apoyada en Ella y en Dios.

MEDITACIÓN 7.^a

LA ESPERANZA. — SUS FUNDAMENTOS

1. ° *La bondad y misericordia de Dios.* — El motivo y la garantía principal de nuestra esperanza es el mismo Dios con su bondad..., su gran misericordia..., su omnipotencia... y su fidelidad para cumplir todo lo que nos ha prometido. — Toda la creación, es un efecto de la bondad de Dios, que quiso comunicarla y difundirla a sus criaturas..., pero, sobre todo, esto debe decirse de nosotros, ¡qué exceso de bondad en Dios no supone nuestra creación..., sacándonos de la nada..., haciéndonos a su misma imagen y semejanza..., elevándonos al orden sobrenatural de la gracia..., comunicándonos su misma vida!... etc. — Y todo esto, ¿lo iba a hacer Dios para luego abandonarnos y no ocuparse de nosotros para nada?... ¿Quién, pues, no confiará sabiendo que es hechura de Dios?, y ¡tal hechura!

Pero aún más, si consideramos su amor de misericordia para con nosotros. — La misericordia se funda precisamente y se ejercita en nuestra miseria... A mayor miseria de parte nuestra, mayor misericordia de parte de Dios. — Trata, si puedes, de medir tu miseria..., abístrate en ese pozo casi infinito de tu miseria... y ahora levanta los ojos y comprenderás algo de lo que es la misericordia de Dios para con los hombres... y en particular para contigo.

Toda la obra de la Encarnación fue hecha, al decir de San Pablo, para demostrar su misericordia, pero aún más lo demostró la obra de la Redención... y la perpetuidad de la misma en la Eucaristía... ¡Con cuánta

razón, decía San Ligorio: «que la Pasión de Cristo y el Sacramento del Altar, eran los dos grandes misterios de la esperanza y del amor... Mira a todo un Dios hecho hombre... Mírale derramar toda su sangre en medio de los más grandes dolores... y así morir crucificado por puro amor a los hombres... y como si aún no quedara contento, inventar el medio y el modo de repetir este sacrificio... y esta inmolación, no una... ni muchas veces... ni siquiera diariamente..., sino sin cesar..., viviendo en un continuo sacrificio hasta el fin de los siglos.

Mírale, sobre todo, cuando en la comunión se junta tu corazón con el suyo y piensa en esto..., en el sacrificio que supone de parte de Dios entrar allí... y, no obstante, no sólo entra..., sino que quiere entrar..., que quiere que le vayas a recibir... y a buscar... y a comer de El... ¿Puede haber nada que tanto aliente nuestra esperanza como esto?... ¿Qué temer de quién nos ama así?... ¿Por qué no confiar en quien así está tan loco de amor por nosotros?...

2.º *Su omnipotencia y fidelidad.* — Si el amor y la misericordia nos dicen que Dios quiere auxiliarnos y ayudarnos en todo..., su omnipotencia nos dice que puede... y su fidelidad que así lo hace de hecho con todos... — Recuerda que esta omnipotencia causaba aquella seguridad y confianza tan grande en sus Apóstoles... Cuando la barca está a punto de naufragar... saben que Él puede salvarla... Cuando le siguen hambrientos hasta el desierto y le ofrecen aquellos cinco panes, saben que El puede multiplicarlos... Tienen mucha experiencia de su gran poder y por eso confían tranquilamente a su lado.

Pero, además, Dios es fiel y exacto cumplidor de lo que promete y ¡son tantas las cosas que nos ha prometido! que realmente, si las cumple, no tenemos que desesperar, ni desconfiar nunca jamás. — Cuando se despiden de los Apóstoles, éstos se ponen tristes..., se les acaba el motivo de su esperanza..., temen por su porvenir... ¿Qué iba a ser de ellos en adelante?... Jesús les consuela y alienta con sus promesas... «Pedid, les dice, y recibiréis»... «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, se os concederá»... San Pablo, fundándose en estas palabras, añade: «Mantengámonos firmes en nuestra esperanza, pues fiel es quien hizo la promesa»...; y en otra parte: «Mirando las promesas de Dios y sus juramentos, consolémonos al poner nuestro esfuerzo por alcanzar los bienes de la esperanza, que es como un áncora firme y segura para nuestras almas»... En verdad, que cuando se ven las promesas que hizo Dios en el Antiguo Testamento a los Patriarcas..., a su pueblo escogido... y la exactitud con que se sujetó a ellas hasta en sus más mínimos detalles..., se anima y consuela uno viendo la certeza de lo que nos ha prometido: la gracia..., el Cielo..., la posesión y el gozo de la visión beatífica..., pues se convence el alma de que todo esto no son meras palabras, sino una dulce y grandiosa realidad.

He aquí por qué San Pablo, aún en nuestros dolores y sufrimientos, nos

recuerda esta esperanza... y nos dice: «No sufráis como aquellos que no tienen esperanza»... Y San Juan, cuando habla de esto mismo, de tal modo nos alienta, que teme que lleguemos a abusar de esta bondad, generosidad y fidelidad de Dios, y nos advierte: «No os digo todo esto, hijitos míos, para que pequéis con más libertad, sino para que nunca desesperéis y sepáis que en todo momento podéis contar con Cristo, que será nuestro mejor abogado para con el Padre...»

3.º *María, resumen de toda esperanza.* — Y aún quiso Dios hacernos más sensible este fundamento de nuestra esperanza... y para eso colocó toda esperanza en su Madre y en nuestra Madre... ¡Qué motivo para confiar y nunca desesperar... al ver que Dios y nosotros tenemos una misma Madre!... Si nuestra esperanza en Dios se ha de fundar en su misericordia, en su bondad y en su fidelidad..., ¿no vemos claramente que en María ha depositado todos estos títulos, para animarnos mejor a acudir a El por medio de Ella?... ¿Que es mucha nuestra debilidad? ..., ¿inmensa nuestra miseria?..., pero una madre ¿no ama con más predilección al hijo enfermizo y desgraciado?... ¿No lo ha cumplido así María en todas las ocasiones?... ¿No ha brotado del corazón del pueblo cristiano espontáneamente ese saludo de *vida, dulzura y esperanza nuestra*?

Mirando a María, no caben las desconfianzas..., no tienen razón de ser las desesperaciones..., no se explica el más mínimo desaliento. — Es verdad que no debemos abusar de esta confianza maternal que Ella nos inspira... «Fíate de la Virgen y no corras»..., así solemos decir, y es cierto. — Fíate de Ella, pero no creas que ya está hecho todo con esto... Ahora con Ella... y apoyado en Ella..., a trabajar..., a esforzarte por cooperar a la gracia de Dios que te da María, y así, despacito..., sin apresuramientos..., sin correr, lograrás cimentar primero, y luego edificar sólidamente, tu santidad. — No lo olvides, pues: en los sufrimientos, humillaciones, tentaciones, luchas y vicisitudes de la vida..., siempre una mirada a María te alentará..., te dará el consuelo que necesitas..., te animará a trabajar y a practicar las virtudes cuesten lo que costaren.

MEDITACIÓN 8.ª

LA ESPERANZA. — SU OBJETO

1.º *La gracia.* — El objeto primero de la esperanza, es la gracia en todas sus acepciones y en todos sus grados. — La gracia actual..., la habitual..., la final. — Es de fe que nada podemos hacer sin la gracia... Si Dios nos quisiera perder no tenía más que retirar su gracia..., dejarnos con nuestras solas fuerzas y caeríamos irremisiblemente. — Pero Dios nos promete esta gracia suya... y nos la da generosamente y abundantísimamente..., muchas veces aún sin pedirla..., a veces aún sin darnos cuenta... ¡Cuántas gracias recibimos así, sin darnos cuenta de ellas!

No obstante, lo ordinario es que nos conceda el Señor sus gracias por la oración y ésta es nuestra esperanza..., por la cual esperamos confiadamente en estas gracias..., en estos auxilios necesarios, que Dios no nos negará, si se los pedimos...; y que en miles de ocasiones nos los enviará aún sin eso..., sólo por su bondad y misericordia. — Y es tan cierta esta esperanza nuestra, que tenemos obligación de creer que Dios quiere sinceramente la salvación de todos los hombres... y, por lo mismo, que a nadie niega los auxilios indispensables para ello.

Y entre estas gracias, lanillas importante es la gracia final... o la gracia de la perseverancia..., ya que sabemos que «sólo el que persevere hasta el fin se salvará»... y, por otra parte, es también cierto que por eso mismo el demonio redobla sus esfuerzos para dar la última batalla en aquella hora definitiva... ¡Cuántas almas han sentido entonces la tentación de la desconfianza..., de la desesperación! — El demonio, que tantas veces quitó importancia a los pecados cuando se cometían..., ahora trata de exagerarlos, en el sentido de convencernos de que no hay solución..., que el perdón es imposible... y que no queda más que el desesperarse y condenarse. — He aquí, pues, uno de los objetos más importantes de la esperanza cristiana. — El Dios que nos crió..., que nos redimió... y nos asistió con toda bondad en nuestra vida..., no nos dejará ahora..., ni nos arrojará en brazos de Satanás, para que haga lo que quisiera con nosotros. — Sin abusar de esta confianza..., hay que esperar en Dios, que no nos negará entonces su gracia última, con la que salgamos triunfantes de todo.

2.º *El Cielo.* — Es el objeto principal de nuestra esperanza — ¡El Cielo!, ¡la Patria!, ¡la posesión de Dios! — Dijo el Señor a Abraham: «Yo seré tu protector y tu recompensa, grande en demasías... Verdaderamente que es demasiado grande esta recompensa. — No sabemos lo que será su posesión..., pero basta su promesa para que con ella sepamos ya endulzar todas las amarguras de esta vida. — Contempla cuántas son y qué amargas estas penas... Toda la vida del hombre es un tejido continuo de sufrimientos... Así lo dijo Job: «Breve es la vida del hombre, pero llena de muchísimas miserias»... Mirándolo así, con ojos terrenos, el hombre es el ser más desgraciado de la creación. — Es verdad que no fue así creado por Dios..., pero de hecho, después del pecado, no es más que un montón de asquerosa podredumbre. — Con el pecado vino la muerte... y con ésta todo su triste y fúnebre cortejo de dolores..., penas..., amarguras..., contratiempos.

No podemos hacer nada bueno, aún contando con la gracia de Dios, sin un gran esfuerzo para vencer nuestra inclinación perversa, que nos arrastra al mal... Pero si consideramos todo eso como un paso..., como algo que rápidamente terminará y al final de todo contemplarnos a Dios, con cuya posesión hemos de gozar por toda la eternidad..., ¡qué cambio tan grande en nuestra vida!... Ahora un momento de padecer y sufrir...;

para luego, siempre ver a Dios y verle como es en Sí mismo..., sin nubes ni rodeos..., cara a cara..., abismarnos en el océano de su hermosura infinita..., unirnos a Él con lazos íntimos e indisolubles..., amarle con amor ardiente y abrasado... y con ese amor gozar de Dios en una felicidad y dicha inenarrable..., ¿cómo no sentir inundarse de gozo el alma ante esta esperanza?

Con razón decía San Pablo: «No son comparables todos los sufrimientos de esta vida con el más pequeño gozo que nos aguarda en el Cielo»..., porque aquello nadie puede imaginarse lo que es, pues «ni el ojo vio..., ni el oído oyó..., ni en el corazón del hombre cabe, una partícula siquiera de lo que allí Dios tiene preparado». — Sin embargo, por muy delicioso que sea aquel torrente de delicias en el que beberán los bienaventurados..., lo más grande... y lo que más satisface nuestro corazón, es la esperanza de poseer al mismo Dios. — Como decía San Agustín: «No me des tus cosas, sino a Ti mismos..., que mi corazón no se contenta con menos. — Repite, del mismo modo, las palabras de David, cuando suspiraba y decía: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas..., así mi alma te desea a Ti y está sedienta de Ti, Dios mío; ¿cuándo llegaré a eso..., a gozarte de ese modo?»... Esta es la esperanza que alentaba a todos los santos..., la que animó a todos los mártires..., la que sirvió no sólo para endulzar, sino para convertir en inmenso gozo, lo que no era más que dolor y sufrimiento.

3.º *La Santísima Virgen.* — También es Ella el objeto de nuestra esperanza y no sólo porque de Ella también hemos de gozar en el Cielo..., contemplando su belleza encantadora..., la hermosura de su virtud..., la blancura de su pureza..., ¡cómo será todo esto!..., sino, además, porque de Ella ha de venirnos la gracia que necesitamos..., a Ella debemos pedir diariamente..., frecuentemente, la gracia de la perseverancia final... ¡Qué fácil es distraerse en este camino de la vida..., cansarse de luchar y combatir..., huir cobardemente de seguir a Cristo y enredarse en las mallas de nuestros enemigos!...

Pero si sabemos acudir a la Santísima Virgen, entonces... en esos momentos de mayor oscuridad..., de vacilación y cansancio, Ella nos alentará y nos conseguirá la gracia de perseverar... ¡Cuántos han perseverado por Ella, y sin Ella hubieran caído!... ¡Cuántos de esos desgraciados, si la hubieran invocado a tiempo, no hubieran desesperado!... ¿Qué hubiera ocurrido si Judas después de su pecado acudiera a la Virgen y ante Ella llorara su caída?... ¿Hubiera terminado en la desesperación, como terminó?... Además, mira a María viviendo siempre con la vista en el Cielo, sobre todo después de la Ascensión de su Hijo...; no vivía más que de Jesús y para Jesús.

Pídela te dé un poco de esta vida..., que sientas algo de ella, para que así estimes como basura todo lo de la tierra y no vivas más que suspirando por la vida verdadera..., que comprendas bien aquello de

Santa Teresa: «Tan alta vida espero que muero porque no muero»...

MEDITACIÓN 9.^a

LA CARIDAD

1.º *La vida de Dios.* — La caridad es el amor... y el amor es, esencialmente, la vida de Dios. — «Dios es amor», dice San Juan. — ¡Qué palabras tan breves y tan substanciosas!... En ellas se encierra todo lo que es Dios, con su majestad infinita..., con su poder y sabiduría infinita..., con su eternidad infinita... ¡¡¡Dios es amor!!! — Ya está dicho todo con eso.

Pues bien, eso es María. — También Ella participa, en cuanto es dado a una criatura, de la vida de Dios..., pero de modo más excelso..., más perfecto y verdadero que ningún otro ser. — Los ángeles, por ser espíritus puros, no tienen más vida que la de entender y amar..., pero como no dependen de la materia, sus actos son espiritualísimos y perfectísimos... Bajo el punto de vista de su naturaleza, estos actos de los ángeles habían de ser más perfectos que los de María..., como más perfecta era asimismo su naturaleza. — Pero lo que no tuvo por naturaleza, lo tuvo por gracia... y Dios quiso que nadie la aventajara en su amor..., que nadie pudiera compararse con Ella, en cuanto a vivir esa vida de Dios... Sólo Ella había de amar a Dios, más que todas las criaturas juntas..., más que los ángeles..., arcángeles..., querubines y serafines...; sólo de Ella se podía decir que también era el amor...

Y ésta es y debe ser tu vida... A ti te ha dado también Dios un alma inteligente para conocer su bondad..., y un corazón para amar esa bondad..., ya que el corazón no puede por menos de amar todo aquello que el entendimiento le presenta como bueno. — Esta es también tu vida..., también quiere Dios que tú participes de su vida... y se digna ponerse ante ti, como objeto a tu amor... Por tanto, tú también debes ser el amor... Sólo cuando amas a Dios en Sí mismo y por Sí mismo y al prójimo en Dios y por Dios..., sólo entonces puedes decir que vives tu vida propia...; eso es vivir como hombre..., eso es vivir de un modo racional.

2.º *El precepto del amor.* — Por eso mismo, porque es tan necesario este elemento del amor en la vida del hombre, Dios se lo ha impuesto como un precepto... y lo ha colocado a la cabeza de sus mandamientos... y hasta ha resumido en él todos los demás. — El que ama, ya guarda todos los mandamientos..., pues, como decía Cristo, en «el amor está toda la ley y todo lo que dijeron los Profetas.» — San Agustín decía, con sobrada razón: «Ama, y haz luego lo que quieras.»

Esto es, sin embargo, lo extraño, que siendo el amor tan necesario en nuestra vida... y además algo tan dulce y agradable... y, en fin, tan obvio y natural como es el amor a Dios, ya que es bondad suma y hermosura

infinita..., haya tenido el Señor que imponernos este mandamiento... ¡Qué vergüenza para nosotros!... ¿Por qué no puso un mandamiento a los ojos, para que vieran..., a los oídos para que oyeran... o a los pulmones para que respirarán?... Porque sabía que todos estos órganos cumplirían, naturalmente, con el fin para que fueron criados..., pero dudó de nuestro corazón, y aunque fue hecho para amar lo bueno..., lo grande..., lo hermoso, temió Dios que no cumpliera bien con su destino... y ¡con cuánta razón temió esto!... Pues qué, ¿no hemos dejado, miles de veces, el bien único y verdadero..., la fuente purísima de toda bondad y hermosura..., por amar bienes terrenos..., bienes aparentes, no verdaderos..., bienes fugaces y pasajeros, que no podían llenar nuestro corazón ni satisfacer su hambre y su sed de amor? ¡Qué humillación para nosotros el que Dios se haya visto obligado a imponernos como precepto su amor!...

Pero hubo una criatura en la que el amor no fue un precepto...; no amó a la fuerza..., sino que en ella el amor fue, el dulcísimo y naturalísimo acto de toda su vida...; vivió una vida constante de amor... y murió víctima de ese amor, que la consumió totalmente... Esa es tu Madre... ¡¡Qué vida la de María!! Imposible para Ella vivir ni un momento siquiera, sin amar a Dios... Es de lo único que no fue capaz, de apartar su corazón ni un instante fugacísimo de su Dios.

3.º *Cómo se ha de amar.* — Y amó María a Dios como Dios mismo nos lo había mandado..., con todo su corazón..., con toda su alma..., con toda sus fuerzas... Esta es la medida que Dios ha puesto a nuestro amor.

a) *La Santísima Virgen amó a Dios con todo su corazón..., ¡todo!...,* ya está dicho con eso, la intensidad de su amor... no dio al Señor un corazón dividido..., no reservó ni una fibra..., ni una partícula para Sí misma..., ni para dársela a criatura alguna..., ¡todo..., todo entero!..., sin limitaciones ni reservas..., sin titubeos ni regateos..., sino todo y siempre... aquel purísimo corazón, perteneció completa y absolutamente a solo Dios. — Dios no quiere corazones divididos. — Dividir, es matar el amor. — Tiene derecho al amor total del corazón humano... y, sin embargo, parece que el hombre tiene empeño en regatearle ese amor... Divide su corazón entre Dios y las criaturas... y muchas..., muchísimas veces, da a éstas la preferencia..., lo mejor..., la parte mayor para ellas... y luego, lo que sobra..., las piltrafas del amor, para Dios... Y ¡aún creemos que hacemos mucho cuando así le amamos!... ¡Qué asco!... ¡Qué repugnancia no dará a Dios un amor así..., un corazón así!

b) *María amó a Dios con toda su alma.* — Con todas las potencias..., con toda la vida del alma... Su entendimiento, no se ocupó en otra cosa que no fuera Dios o la llevara a Dios... Su memoria, recordaba, sin cesar, y la ponía delante, los beneficios y gracias que del Señor había recibido... Su voluntad, era única en sus aspiraciones..., por-

que no aspiraba si no a cumplir, en todo, la voluntad de Dios y someterse a ella, humildemente y también alegremente... En eso ponía Ella todas sus complacencias. — Y, efectivamente, tener sus delicias y sus complacencias únicamente en el cumplimiento de la voluntad de Dios, eso es en verdad amarle con toda su alma. — Por eso, María pudo un día expresar, con sus purísimos labios, lo que sentía en su corazón... y no encontró otra expresión mejor que ésta: «Mi alma alaba y engrandece al Señor»...; porque verdaderamente, que amaba con toda su alma a Dios.

c) *María amó al Señor con todas sus fuerzas.* — Es consecuencia del corazón y del alma que totalmente ama a Dios. — Pero quiere esto decir, que era tal la intensidad de este amor, que no retrocedía ante nada... estaba dispuesta a todo..., al mayor sacrificio si era necesario para este amor. — Y, efectivamente, Dios la exigió sacrificios como a nadie... y por amor de Dios, de esta manera tuvo que sufrir como nadie, ya que el dolor y el sufrimiento están en razón directa del amor... Y, sin embargo, no la importó nada todo esto... Esa fue la vida de María siempre...; nunca se quejó de sus sufrimientos..., nunca le pareció demasiado grande ningún sacrificio..., nunca dejó de hacer nada, con prontitud y generosidad, de lo que la pedía la voluntad de Dios. — Examina, ante este ejemplo de tu Madre, tu amor a Dios... ¿Es así como le amas?... ¿Puedes decir que cumples con exactitud ese primero y más importante mandamiento? — Pregúntate despacio y responde con sinceridad si tú también puedes decir que amas a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma..., con todas tus fuerzas... y que estás dispuesto a dejarlo todo antes que perderle y dejarle a Él.

MEDITACIÓN 10

LA CARIDAD. — CARACTERES DEL AMOR

1.º *Amor perfecto.* — Es muy conveniente detenerse a analizar este amor de la Virgen a Dios, para ver en él, claramente expresados, los caracteres o cualidades que ha de tener el verdadero y perfecto amor. — En todos los sentidos que se tome esta expresión, era perfectísimo el amor de María... Pero especialmente quiere decir el amor perfecto, que su amor no estaba mezclado con egoísmos de ninguna clase. — Casi no podemos entender lo que esto significa y supone. — Todo amor humano, aún el más puro..., el mismo amor de una madre, es difícil que no lleve algo de este egoísmo. — Amar sólo por amar..., no buscar ni desear en el amor nada para sí mismo..., ¡qué difícil es que exista en la tierra este amor!

El amor perfecto a Dios es, por tanto, un amor que ama por ser Dios quien es..., digno de ser amado con todos los amores de todas las criaturas, pues es el Bien Sumo..., es un amor que no busca nada de recompensa..., no ama a Dios por los bienes o regalos que de Él espera recibir..., ni siquiera por asegurar así la bienaventuranza eterna. — Es

cierto que este amor no es malo y, por tanto, que podemos y debemos amar a Dios también por estos motivos..., pero no es menos cierto que este amor es más imperfecto que el primero..., que es más egoísta..., más interesado..., menos desprendido

María amó a Dios con ese purísimo y perfectísimo amor..., no le amó por lo que de Él había recibido..., ni por lo que de El esperaba. — Antes de que el ángel la ofreciera de parte de Dios la corona de Madre suya, ya Ella le amaba con todo su corazón... y si Dios no se hubiera fijado en Ella..., ni se hubiera acordado de Ella para nada..., ciertamente que no hubiera sido la Madre de Dios..., pero siempre hubiera sido la esclavita que amaba a su Dios y a su Señor, con toda su voluntad y con todas sus fuerzas. ¡Si este amor fue, precisamente, el que tanto enamoró a Dios!...

2.º *Amor apreciativamente sumo.* — Es de absoluta necesidad, que amemos a Dios de este modo... Es lo mismo que dice el Catecismo: «que estemos dispuestos a perderlo todo antes que dejarle y ofenderle»... Es el amor de preferencia que coloca a Dios en primer lugar, y le prefiere siempre a todos los demás amores... No es un amor de sentimiento, sino de predilección. — Distingue bien entre el *sentir* y el *tener* amor...; a veces no nos da Dios a sentir, el gusto del amor, pero no por eso se ama menos, que cuando el alma nada en esas dulcísimas delicias del amor.

No es, pues, necesario sentir la sensación del amor. — Puede uno tener mucho amor y no sentirlo...; puede uno tener más amor a una cosa y sentir más afecto a otra..., pero la prueba del mayor y verdadero amor, estará, si llegada la ocasión de elegir una u otra, está dispuesto a sacrificar la que menos ame...; pues es claro, que ama más a la que elige que a la que abandona. — Una madre puede *sentir* más amor a su hijo que a Dios... fácilmente tendrá un cariño más sensible a su hijo..., pero no se podrá decir que le ama más que a Dios, si está dispuesta a sacrificar a ese hijo, antes que ofender a Dios.

Éste fue el amor de la Santísima Virgen... Fue un amor sumo en el sentimiento y en el afecto..., pero, sobre todo, lo fue en el aprecio y en la predilección... «Hágase en mí según tu palabra.» ¿No ves en esta expresión la voluntad firme, dispuesta a sacrificarlo todo, ante la voluntad de Dios?... Es el corazón totalmente desprendido de sí mismo..., despegado de todo..., sin compromisos con nada ni con nadie..., el corazón que no siente atractivo sino por Dios... ¡Ah!, y no son meras palabras y expresiones bonitas. — Mira a María junto a la Cruz, y dime si su amor es apreciativamente sumo..., si no está sacrificándolo todo..., aún lo más querido... y lo más santo que tenía..., ¡a su propio Hijo!..., por cumplir con lo que el amor de Dios .la pedía...

3.º *Amor triste y doloroso.* — No es posible un amor grande e intenso que no sea a la vez triste, porque necesariamente se ha de

entristecer al ver a quien se ama, despreciado..., desconocido..., injuriado. — El amor de María, tuvo que ser intensamente triste, al contemplar la dureza del corazón de aquel pueblo escogido, que tan mal correspondía a los beneficios de Dios.

Medita su dolor y su tristeza, cuando contemplaba la frialdad y tibieza de los judíos en el templo, profanándolo con sus mercancías...; los abusos de los mismos príncipes de los sacerdotes..., de los fariseos..., de los escribas y rabinos, que daban tanta importancia a las exterioridades de la ley, y su corazón estaba tan lejos de Dios... — ¡Cuál sería el dolor de la Santísima Virgen cuando supo la envidia..., la hipocresía refinada..., la rabia y el odio que anidaba en aquellos sepulcros blanqueados..., que terminó en la persecución enconada de que hicieron objeto a su Hijo!... — Y cuando supo que le habían arrojado de la Sinagoga..., que le quisieron apedrear..., que intentaron despeñarle... cuántas veces diría las palabras de Jesús a la Samaritana: «¡Si conocierais el don de Dios... y quién es el que os habla... y os predica y hace esos milagros y prodigios!»

No le conocían..., pero debieron conocerle... y esto aumentaba, más y más, el dolor y la tristeza del corazón de la Virgen, al ver a su Hijo desconocido..., incomprendido..., pero culpablemente, pues eran ciegos que tenían ojos, y no querían ver...; sordos que tenían oídos, y no querían oír...

Y de parte de los mismos Apóstoles, ¿cuánto no debió sufrir María, al ver la rudeza de aquellos hombres que no acababan de penetrar en la divinidad de su Hijo y en la espiritualidad de su reino?... ¡Ah!, y ¡cómo sufriría con Judas..., con Pedro..., con los demás que huyeron en la Pasión o fueron tan incrédulos en la Resurrección!... — No olvides, pues, estas notas características del amor, y por ellas mide la intensidad de tu amor a Dios.

Mira a tus propios pecados, y si los detestas con verdadera contrición y sientes un gran dolor de haberlos cometido, es que de veras amas a Dios..., pues la contrición no es más que eso, el amor triste y doloroso con que ama el alma avergonzada y arrepentida... y aún más, el que de veras ama a Dios, ha de sentir dolor no sólo por sus pecados propios, sino por los de sus prójimos, y se afligirá por ellos, como si fueran suyos.

No puedes, por tanto, ver con indiferencia que a Dios se le desconozca, y que se trabaje tan poco por estudiarle y comprenderle...; que se le ofenda tanto y de tantas maneras... y por toda clase de hombres. — Los santos tenían su mayor tormento en ver que Dios no era amado como debía por los hombres, y se esforzaban, con su fervor y amor, en suplir tantas injurias, tantos pecados y tanto deshonor... Eso mismo debes hacer tú, en compañía de tu querida Madre la Santísima Virgen, hasta llegar a conseguir que Dios se dé por contento con tu amor, y con él olvide las ofensas de los demás... ¡Qué dicha la tuya si algo de esto

llegaras a hacer con un Dios que tanto ama a los hombres!

MEDITACIÓN 11

LA CARIDAD. — OTROS CARACTERES DEL AMOR

1.º *Amor de complacencia.* — Otros caracteres del amor que debemos a Dios, y del que a Él tuvo la Santísima Virgen, son: la complacencia y la benevolencia, que vienen a ser, como los actos interiores de amor de Dios, en que nuestra alma puede y debe ejercitarse cuando ama. — El amor de complacencia, es el amor que Dios se tiene a Sí mismo..., al contemplar su propia esencia y ver en ella su santidad infinita..., su bondad suma..., no puede por menos de tener una complacencia infinita. — Dios no puede amarnos a nosotros con este amor..., no encuentra en nosotros nada en qué complacerse..., ni siquiera la imagen de su esencia, que nos imprimió en la creación, porque por el pecado, el hombre ha tenido la desgracia de borrarla de su alma. — Sólo pecados..., faltas..., miserias... — Esto es lo único que puede Dios ver en nuestras almas... ¡Qué gusto ni qué complacencia podrá sentir a la vista de esto!... Pero nosotros sí que podemos, y debemos, amar a Dios de esta manera.

Aunque visto a tan gran distancia cual es la que nos separa de Dios, no podemos por menos de contemplar, a poco que le miremos y le estudiemos, su incomparable hermosura..., su santidad..., su poder..., su sabiduría..., su justicia y su misericordia.— De suerte, que así como una madre se complace en las perfecciones y buenas cualidades de su hijo, que su amor de madre muchas veces la hará exagerar y agrandar..., así nosotros hemos de tener complacencia especial en admirar reflejadas en las criaturas todas esas perfecciones de Dios..., deleitándonos al verle y contemplarle tan grande..., tan sublime..., tan magnífico..., gozándonos de que sea como es... y extasiándonos ante la excelencia de todos sus atributos y perfecciones. — Mira cómo esta complacencia es la que constituye la gloria de los santos y bienaventurados en el Cielo, quienes al ver la hermosura de la esencia divina, sienten tal gusto y felicidad, que no pueden contenerse sin prorrumper, en compañía de los ángeles todos, en aquel cántico del *Santo... Santo... Santo...* que ha de durar por toda la eternidad.

Amar, pues, así a Dios, será adelantar en tu alma la gloria del Cielo... ¡Qué excelente modo de amar a Dios es éste, del amor de complacencia!... ¡Qué bien lo ejercitaron los santos, cuando veían a Dios en todas las criaturas, y se extasiaban en la contemplación de una flor..., de las estrellas..., del sol..., etcétera, viendo en todas ellas un reflejo de la belleza de Dios!...

2.º *Amor de benevolencia.* — Es, como su palabra dice, el amor que

quiere el bien... y busca y trabaja por hacer bien a quien ama. — Aquí sí que podemos abismarnos ante el amor de benevolencia tan infinito que Dios nos ha tenido. — Si, todo..., todo lo que tenemos es de El... Si, todo lo que nos ha dado es un bien y para nuestro bien... en cambio, nosotros qué poco amor de benevolencia podemos tener a los que amamos..., por lo menos qué ineficaz es. — ¡Es tan poco lo que podemos darles!... Quisiéramos darles salud..., larga vida..., alegría..., felicidad..., gloria..., riquezas..., gustos..., comodidades..., pero todo esto, no pasa de ser un vano deseo, que no podemos convertir en realidad... Queremos..., deseamos..., pero no podemos... ¡Cuántas veces hemos de contentarnos con demostrar nuestro deseo!... ¡Cuántas tenemos que agradecer ese deseo que se nos manifiesta!

Pero lo extraordinario es, que tratándose de Dios no es así... Aunque parezca mentira, también *podemos y debemos* amar a Dios de esta manera. — Tú, no sólo puedes desear un bien a Dios, sino que puedes dárselo...; tú puedes ser útil a Dios... ¿Es posible esto?, y si es posible, ¿no será el desahogo más perfecto del amor..., saber que podemos corresponder al amor que Dios nos tiene y que le podemos devolver algo de lo mucho que nos ha dado?... ¡Qué dicha la nuestra!... ¡Qué felicidad mayor que ésta para el corazón que ama!... Abístrate y gózate en este dulce pensamiento...

Y ¿qué puedes hacer por El?... ¿En qué le puedes ser útil?... ¿Qué puedes dar a Dios?...

a) *La gloria extrínseca* que le puede venir de las criaturas. — Dios todo lo ha creado para su gloria... y, por lo mismo, las criaturas han de dar gloria a Dios a su modo... Pero este modo es muy imperfecto, ya que ellas no tienen conocimiento ni pueden alabar a Dios, que son las dos condiciones para tributarle la gloria... Luego es el hombre el que en nombre de toda la creación, debe dar a Dios esta gloria de todas las criaturas. — Trabajar, pues, por honrar..., servir..., alabar y glorificar a Dios, es amarle con amor de benevolencia..., es darle a Dios lo que podemos y debemos darle. — Naturalmente, que con eso no añadiremos a Dios ni un grado más de su gloria intrínseca y esencial..., que esto no está en la mano de las criaturas..., pero habremos aumentado su gloria exterior, que consiste en las alabanzas... y homenajes que debe tributarle la creación entera, como a su Señor y Criador...

b) *El celo*, es lo segundo que también puedes dar a Dios..., esto es, buscar almas..., ganar almas... en las que Dios sea conocido..., amado..., alabado y glorificado.

Este celo es tan esencial en la vida del amor, especialmente de este amor de benevolencia, que con razón se ha dicho: «El que no tiene celo, no ama.» — El celo es como la llama del amor...; si hay fuego de amor, habrá llamas de celo... Ése es el que devoraba a los santos todos y les

lanzaba a arrostrar los mayores peligros y la misma muerte, con tal de dar a Dios almas ganadas con sus sacrificios y trabajos. — No niegues a Dios esto, que puedes hacer por El... ¡Trabajar por su gloria!... ¡Hacer que otras almas también le glorifiquen! — Y para eso, animate con el ejemplo de los santos y, sobre todo, con el de tu Madre querida.

3.º *El ejemplo de María.* — ¡Qué amor de complacencia el suyo!... ¡Quién conocía mejor que Ella a Dios para apreciarle y amarle con locura, cada vez más y complacerse en sus perfecciones infinitas!... ¡Quién pudo ver mejor a Dios... y gozar de Dios más que Ella, que en su Hijo veía constantemente a la vez a su Dios!... Por otra parte, nadie causó en Dios un amor de complacencia como Ella

Decíamos que el Señor no veía en nosotros nada digno de complacerle..., pero en María no era así...; nada había en Ella que no agradara y entusiasmara a Dios... ¡Qué gusto tener así a una Madre! — Y, ¿por qué no trabajar por parecernos a Ella... y revestirnos de Ella, para que así también Dios al vernos de ese modo, se complazca en mirarnos?

Y en cuanto al amor de benevolencia..., aún más claramente se echa de ver en María la perfección de su amor. — Ella dio a Dios, lo que nadie pudo darle..., ni en la tierra..., ni en el Cielo, se dio jamás gloria mayor que la que daba el corazón de su Madre Inmaculada. — Recuerda el *Magnificat* y di si hay alguien que haya cantado mejor la gloria de Dios que aquella su divina esclavita. — Por último, enciéndete..., abrázate en el celo que ardía siempre en su corazón, pues ese es el horno donde fueron siempre las almas santas a caldearse..., para de allí ir a abrasarse en el fuego del corazón de Cristo..., y con él correr luego a incendiar y quemar y abrasar a toda la tierra.

MEDITACIÓN 12

LA CARIDAD. — AMOR A JESÚS

1.º *Unión perfecta.* — Muchas veces hemos dicho y con verdad, que María amaba tiernamente a Jesús, porque, al fin, era Hijo suyo..., pero que al mismo tiempo, en su Hijo veía..., adoraba... y amaba a su Dios. — Todos los actos de amor maternal para con su Jesús, eran actos purísimos de amor de Dios... y la unión estrechísima que como Madre tuvo con su Hijo, fue causa de la unión íntima y perfecta de su corazón para con Dios. — No olvides que esto es amar..., darse al amado..., es perderse en El..., es unirse y juntarse... y fundirse con El de tal modo, que sea con El una misma cosa..., una sola vida..., un solo corazón..., una sola alma. — Esto se cumple en María de una manera para nosotros completamente inexplicable... e ininteligible...; nunca llegaremos a penetrar en la intensidad tan íntima y perfectísima de la unión entre María y Jesús..., entre María y Dios.

Durante el tiempo que permaneció Jesús en su purísimo seno..., por un

misterio incomprensible de humildad y de amor por parte de Dios..., la vida de Dios fue la vida de María... La propia sustancia de la Madre, nutre y alimenta a su Hijo, que es Dios y... Dios transmite a su vez a su Madre todas sus ideas y sus sentimientos. ¡Qué revelaciones! ¡Qué afectos! ¡Qué sentimientos! — ¡Qué océano de luz y de amor! — María tiene el Cielo mismo en su corazón..., no tiene que levantar los ojos hacia arriba para orar a Dios, sino recogerse en su interior, porque todo lo tiene allí..., física y moralmente, es una misma cosa con Jesús... Ora con la oración de Dios... vive con la vida de Dios..., ama con el amor Dios..., Dios... ¡Qué cosa más admirable! ¡Qué unión más venturosa!

Detente largo rato a contemplarla y admirarla, y después... pregúntate: y yo, ¿no puedo aspirar a algo semejante? — ¿Dios se ha hecho hombre para unirse de esta manera sólo con la Santísima Virgen, sin damos a nosotros ninguna participación en ese amor..., en esa unión? Bien sabes que no... Dios nos llama a esa divina unión por medio de la vida de la gracia... un corazón en gracia, que se entrega sin reserva a Dios, es un corazón que vive la vida de Dios. — Dios es el que se transfunde en el alma en gracia, y la baña con su luz... y la inunda con su amor... y es Él, el que trabaja y obra y vive en ella.

¿No es esto, además, lo que de una manera real y física ocurre en la Comunión?... ¿Qué significa Comunión, sino unión común..., unión mutua de vida..., de afectos y de sentimientos entre Dios y el alma?... ¿No es esto el cumplimiento exacto de aquello de San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que es Él quien vive en mí»? — Si María en Jesús veía y amaba a Dios, nuestro amor a Dios también puede concretarse en nuestro amor a Jesús... y de ahí que a imitación de María, el perder a Jesús..., el dejar de amarle..., debe ser para nosotros la mayor desgracia...

2.º *El mayor mal que nos puede acontecer...* ¿No lo fue así para la Santísima Virgen? — ¿Pudo Dios buscar tormento mayor que el que Ella sufrió con la pérdida de Jesús? — Recuerda lo que ya has meditado sobre este paso de la vida de María..., la congoja y tortura que destrozó aquel corazón de Madre..., su temor y sus angustias... ¡Qué dudas e incertidumbres tan horribles!... ¿Qué habría sido de su Hijo?... ¿Lo habrían robado..., maltratado..., muerto quizá?... — Según San Ligorio, éste fue el mayor y más amargo de todos los dolores de la Santísima Virgen... o al menos uno de los mayores... ¡Perder a Jesús!... ¡Vivir sin Jesús!... ¿Qué sientes tú ante este pensamiento?

Todos los sufrimientos y todos los dolores juntos, sufridos en compañía de Jesús, no se pueden comparar a este solo dolor... Porque si pierdes a Jesús, ¿quién te va a consolar?... ¿Encontrarás en las criaturas algo que pueda suplir a Jesús? — Aquellas buenas almas que vieron las torturas de la Virgen, también tratarían de tranquilizarla..., la dirían palabras de consuelo y de aliento..., pero todo eso, ¿de qué valía?... ¿Qué la

importaba todo lo que la pulieran decir, si a Ella sólo la importaba una cosa... saber dónde estaba Jesús?

La pérdida de Jesús..., de su gracia..., de su amistad..., es, no lo dudes, la mayor pérdida..., el mayor castigo... ¿Qué mayor infierno que el de estar sin Jesús?... ¿Lo sientes tú así? — Pídeselo sentir más y más a la Santísima Virgen, para que de este modo, vivas lo más lejos posible de toda sombra, aunque parezca pequeña, de pecado; pues con el pecado se pierde a Jesús...

3.º *La mayor diligencia.* — Por tanto, la mayor diligencia será buscar a Jesús, si por desgracia le hubieres perdido... No dejes pasar ni un sólo momento..., ni un instante..., no duermas tranquilamente sin tu Jesús. — ¿Qué hizo María?... ¿Esperó al amanecer y durmió sosegadamente aquella noche?... Mira cómo no acierta ni a comer..., ni a dormir..., ni a descansar...; no la importa ni la vida misma... Por eso, inmediatamente, regresa por el camino andado..., no se da cuenta de las dificultades..., no la importa que sea largo el camino y penosas las jornadas que ha recorrido ya, para volverlas a recorrer...; y en plazas y calles y posadas... y en todas partes... y con todas las personas, demuestra la solicitud que la martiriza y el afán que no la deja vivir. — Ella tuvo que correr mucho, pero tú..., si quieres, qué fácilmente puedes encontrar a Jesús.

Si tienes devoción a María, no será fácil que le pierdas..., pero si le pierdes, Ella te enseñará el camino de encontrarle... En brazos de María, siempre encontrarás a Jesús... Vete a la Madre con dolor..., con arrepentimiento..., imítala a Ella..., desanda el camino que te llevó al pecado..., vuelve hacia atrás..., entra por el camino de la imitación de la Virgen y verás qué pronto encontrarás lo que deseas.

4.º *La mayor alegría.* — Y esa sí que será la mayor alegría..., ¡encontrar a Jesús!... ¿Cuál sería la de la Virgen, cuando ya halló a su Hijo en el Templo?... ¿Cómo se inundaría, de repente, de luz su corazón oscuro y entenebrecido? ¡Qué júbilo para aquel corazón de Madre! — En el Templo, donde Él está sacramentado..., donde Él tiene su trono de amor, quiere que también nosotros le busquemos, y allí le hallaremos... Si está allí precisamente para eso..., para esperarnos... para llamarnos..., para correr hacia nosotros y dárse nos todo, en cuanto le busquemos... ¡Qué locura vivir a espaldas de Jesús cuando tan fácilmente le podemos encontrar..., tan fácilmente retener si queremos!... No lo arrojes de ti y Él no se irá... No te canses de Él, que El no se cansará de ti, si tú no quieres. — Pídeselo muy de corazón a la Santísima Virgen...

Lee, para terminar y saborear despacio, el capítulo VIII del libro II del Kempis, en especial estas expresiones: «Cuando Jesús está presente, todo es bueno y no parece nada difícil..., mas cuando está ausente, todo es duro. — Estar sin Jesús, es terrible infierno..., estar con Jesús dulce

paraíso. — Mientras Él esté contigo, nadie puede dañarte. El que halla a Jesús, halla un buen tesoro y de verdad bueno, sobre todo otro bien. — En cambio, el que pierde a Jesús, pierde muy mucho y más que si perdiera el mundo entero. — ¡Qué pobre es el que vive sin Jesús y qué rico el que está bien con Él.» — Piensa que muy fácilmente puedes arrojar de ti a Jesús y perder su gracia si te apegas a las cosas de la tierra. — Suplica a la Santísima Virgen te dé a conocer y a sentir bien todo esto.

MEDITACIÓN 13

LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

1.º *El mandamiento nuevo.* — El amor al prójimo es la segunda parte del mandamiento primero de la Ley de Dios: *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.* — Más bien se puede, decir, que es un reflejo del amor de Dios..., pues no es posible amar a Dios, sin amar al prójimo. — La medida del amor a Dios, es este amor al prójimo... Mira cómo le amas y así sabrás los grados de tu amor a Dios. — Son muy conocidas las palabras de San Juan: «Si alguno dijere que ama a Dios y a la vez aborrece a su prójimo, ese es un mentiroso»... Y da la razón: «Porque si al prójimo a quien ve, no ama, ¿cómo amará a Dios a quien no ve?»... ¡Qué grabado tenía en su corazón este amor el discípulo que mejor entendía de amor!... Por eso, su predicación se reducía a inculcar siempre este amor... y si le preguntaban por qué no variaba de tema, contestaba: «Porque el amor al prójimo es un precepto del Señor, y si se cumple bien, ese sólo basta.»

Efectivamente, es un precepto del Señor... promulgado por Él en forma totalmente nueva... En la Antigua Ley, se decía: «Ama al prójimo como a ti mismo», pero ahora Cristo, dice: «Amaos unos a otros como yo os he amado»... ¡Qué intensidad tan distinta de amor! Hemos de amar al prójimo hasta el sacrificio..., hasta la muerte... Así nos amó Cristo... ése es el grado de su amor, que nos manda imitar en ese precepto. — Con razón dice, que es un mandamiento nuevo..., pues aunque ya antes se preceptuaba ese amor...; pero es nuevo en el modo..., en la intensidad..., en el grado de amor.

Por consiguiente, es imposible separar el amor sobrenatural del prójimo, del amor de Dios, porque quien ama verdaderamente a Dios, no puede menos de amar todo lo que Él ama... Y ¿cuánto no ama Dios al hombre, si por él ha sufrido... y ha muerto... y ha derramado toda su sangre? — Así se explica, que en todos los santos, cuanto más crecía el amor de Dios, más aumentaba su amor al prójimo.

Cristo quiso poner este amor como distintivo a sus discípulos: «En esto conocerán que lo sois, si os amáis unos a otros»... Y tan perfectamente entendieron esto los antiguos y fervorosos cristianos, que todos les

conocían por eso y los mismos gentiles exclamaban: «Mira cómo se aman mutuamente..., hasta querer morir unos por otros»...

2.º *Cómo nos ama María.* — Piensa ahora cómo será el amor de María a los hombres... Si así era el amor de los cristianos, ¿cómo sería el suyo?... ¿Cómo nos seguirá actualmente amando?... No se puede comprender su amor, sino comparándole con el del mismo Cristo. — Después de Él... y de manera más parecida a la de Él, nadie como María ¿los ha amado. — Es un amor de madre..., ya está dicho todo con esto, pues no hay amor como el de las madres..., pero una madre que reúne en su corazón todas las ternuras maternas que Dios repartió entre las demás. — Cristo mismo, nos hizo hijos suyos al pie de la Cruz... Somos hijos de sus dolores y sufrimientos, pues tanto la costamos y tanto la hacemos sufrir. — Somos hermanos de Cristo, ¿cómo, pues, no nos ha de amar a la vez... y del mismo modo que a su Hijo? — María no puede menos de ver cuánto nos ama Dios... Recorre en compañía de Ella los beneficios que nos da: naturales y sobrenaturales...; la gracia..., la participación de su vida..., la adopción que hace de nosotros como hijos de Dios..., como templos del Espíritu Santo...; la obra de Cristo en la Encarnación y Redención..., su vida..., su sangre..., su divinidad..., los Sacramentos..., la Iglesia..., la Eucaristía..., la Santa Misa..., ¡todo para nosotros!... ¡Únicamente y exclusivamente lo hizo para nosotros! — ¡Todo, todo lo hacía pensando en mí!, podemos decir cada uno... ¡Qué amor el suyo!

Pues así es el de María... Ella no puede ver con indiferencia una cosa tan amada y querida de Dios...; eso solo bastaba, pero mucho más cuando Él se lo manda... ¿Qué va a hacer la obedientísima María, sino abrazarse con esta cruz de nuestra maternidad y empezar a amarnos con todo su corazón..., como había amado a su Hijo?... ¡La Madre de Dios es mi Madre!... luego me ama a mí como ama a Jesús. — Una buena madre no hace distinciones entre sus hijos..., ama a todos por igual... si acaso hace alguna distinción, es con el hijo enfermo..., desgraciado..., miserable..., con aquel que más la ha hecho sufrir. — ¿Podremos decir algo semejante de María?... entonces sus predilecciones serán por nosotros..., y así es en verdad, aunque parezca mentira.

En cierto modo, podemos decir que nos ama aún más que amó a su Jesús. — Mira a la Virgen al pie de la Cruz, y al verla cómo sacrifica a su Hijo..., dime si no será verdad esa afirmación... No duda en autorizar..., en consentir la muerte de Jesús con tal de que nosotros vivamos. — Dios hizo el corazón de la Virgen con una ternura especial, cual convenía para amar a su Hijo... Esa misma delicada ternura de María es para ti..., se emplea en amarte a ti... ¡Qué dicha la tuya!, ¡qué suerte, qué felicidad! — ¿Qué más puedes desear ni anhelar?...

3.º *Tu amor al prójimo.* — Ésa es tu obligación..., amar al prójimo

como Jesús y María te han amado a ti... y te aman sin cesar. — Este amor, ha de ser un amor sobrenatural, es decir, no has de amar precisamente por simpatías..., ni rechazar a nadie por antipatías... Esa razón es muy baja y rastrera..., eso es buscar en el amor tu gusto..., tu complacencia..., tu agrado...; eso es, buscarte a ti mismo...; eso, por tanto, no es amor..., porque amor es darse y comunicarse desinteresadamente.

Por consiguiente, has de amar al prójimo en Dios, es decir, porque es algo de Dios..., imagen viva de Dios. — Has de amarle *por Dios*, porque Él te lo manda y te lo enseña con su ejemplo, para así obedecerle y para mejor imitarle. — Has de amarle *para Dios*, buscando su bien espiritual y tratando de llevarle por el camino que asegure su posesión en el Cielo.

Además, ha de ser un amor universal, esto es, que no excluya a nadie..., a buenos y a malos..., a los que te quieren y a los que te odian..., a los conocidos y amigos, y a los extraños y desconocidos. — Un amor *sacrificado*, como el de Jesús..., como el de María..., por el bien del prójimo... especialmente por su bien espiritual has de sacrificarlo todo..., debe todo parecerte muy poco..., no has de contentarte con hacer lo menos costoso, sino lo que creas más provechoso...; has de pedir y orar por él, y si puedes, debes hacer más..., debes buscarle..., hablarle..., corregirle..., atraerle..., etcétera; en fin, debes practicar aquello de «hacerte todo para todos, para llevarlos a todos a Cristo».

Así entendieron esta lección los santos. — ¿Qué no hizo un Javier..., un Claver..., una Teresa de Jesús..., etc., por el prójimo..., por los pecadores..., por los herejes y cismáticos y hasta por los mismos infieles?... Oye a San Pablo, que dice: «quería ser anatema por el bien de sus hermanos»... A San Francisco de Sales, que escribe estas dulcísimas palabras: «Aprendamos de una vez a amarnos en este mundo, como luego nos hemos de amar en el Cielo... ¡Oh, cuándo llegaré el día en que estemos todos penetrados de dulzura y caridad con el prójimo!... Amemos a nuestros hermanos con todo el ensanche de nuestros corazones». — Estas palabras y estos afectos se aprenden únicamente mirando a Jesús y en la escuela de María.

MEDITACIÓN 14

LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

1.º *Sentimientos y deseos*. — Para hacer más prácticas estas meditaciones de la caridad, detengámonos en aquellos puntos en los que más solemos faltar a la misma. — Y, ante todo, consideremos y examinemos nuestros afectos y sentimientos interiores... es muy fácil faltar en éstos, primeramente fomentando en nuestro corazón afectos de murmuración y envidia para con los demás. — ¡Qué sutil es esta tentación!... se alaba al prójimo por una cosa que ha hecho bien..., quizá mejor que nosotros...; oímos palabras que enaltecen su

simpatía..., su gracia..., su talento..., su belleza..., su habilidad, etc., y brota espontáneamente el sentimiento de emulación en nosotros mismos...; no quisiéramos que fuera así..., que nadie nos llevara la delantera..., que fuéramos los primeros en todo... ¡Qué humano es todo esto..., pero qué miserable!

La Santísima Virgen ha sido ya hecha Madre de Dios..., oye que Dios ha concedido a su prima un hijo... y ocultando su concepción milagrosa, corre a casa de su prima a felicitarla..., a congratularse con ella... y cuando se ve descubierta por Santa Isabel, que, inspirada del Espíritu Santo, prorrumpe en alabanzas de María, levanta ésta el corazón a Dios y a Él dirige, con su *Magnificat*, toda alabanza y toda gloria. — Ésa debe de ser nuestra conducta si vemos en el prójimo más bienes temporales o espirituales... que es más estimado y honrado..., que es preferido a nosotros..., que tiene más talento y más habilidades..., etc. — No nos entristezcamos, ni tengamos envidia de lo suyo...; corramos, como la Virgen, a felicitarle.... seamos los primeros en gozarnos sinceramente con él... y alabemos a Dios por los bienes que ha derramado sobre esa persona.

Igualmente hemos de ahogar todo sentimiento de odio..., de rencor..., de venganza contra nuestro prójimo. — Si nos ofenden en algo, hemos de ser generosos en el perdón..., no perdonando a medias..., sino muy de veras y muy de corazón. — No admitas esas expresiones de que «perdonas pero no olvidas»..., «que no guardas rencor, pero que no quieres nada con él»...; «que no pretendes vengar-te, pero te alegras de su mal»...; todo eso indica muy poca caridad..., muy poco espíritu de Cristo. — Él perdonó y hasta amó a sus enemigos..., disculpó a sus verdugos..., intercedió ante su Padre para que los perdonara. — María, al pie de la Cruz, tampoco se revuelve furiosa..., ni los insulta..., ni dirige palabras de desahogo contra aquellos desgraciados que destrozan a su Hijo...; los mira con lástima..., con pena... y también pide, como venganza, la conversión de ellos.

Cristo quiere que amemos a los enemigos..., a los que nos ofenden..., a los que nos desagradan. — Este es el amor sobrenatural propio de los cristianos. — Amar a quien nos ama..., querer a quien nos honra y nos estima..., tratar con cariño a quien nos resulta grato y atractivo por sus simpatías..., todo eso también lo hacen los paganos..., para eso no hace falta virtud. — Pide, pues, a la Virgen este amor de verdadera caridad, para con el prójimo, sufriendo sus defectos... y llevando con paciencia lo que en él te desagrade.

2.º *Juicios*. — Ésta es otra forma muy corriente de faltar a la caridad..., el dichoso juicio temerario, que por malicia nuestra... o por no pasar por tontos y ser engañados del prójimo, tan fácilmente hacemos de él... Expresamente nos lo tiene prohibido Dios, cuando nos dice: «no juzguéis y no seréis juzgados»... y San Pablo, añade: «¿quién eres tú para juzgar a nadie?»... Si cae o si está en pie, ¿a ti que te importa?, eso pertenece a su amo, o sea, a Dios.

El juicio temerario, es una ofensa contra el prójimo, pues le juzgamos sin razón verdadera..., sin fundamento cierto; y es una ofensa directa contra Dios, pues queremos usurparle su oficio de juez de vivos y muertos. — El nos juzgará a todos un día, y entonces aparecerá claramente lo que cada uno ha sido delante de Dios, y si somos dignos de alabanza o de vituperio en su presencia. — Piensa que lo difícil es saber juzgar con rectitud..., de suerte que esto sería una gran preocupación, si Dios nos hubiera mandado juzgarnos unos a otros...; es tan fácil engañar y engañarse..., dejarse llevar de las apariencias..., de las simpatías o antipatías... Pero si Dios nos manda lo fácil, que es no meternos a juzgar, y se reserva Él lo difícil, ¿por qué somos tan necios que nos empeñamos en lo contrario?

En fin, ya que nos metemos a juzgar, ¿por qué no lo hacemos con rectitud y con caridad?... ¿Por qué, al juzgar, no llevamos la prevención de echarlo todo a buena parte, en vez de ver en todo malicia?... ¿Por qué no nos ponemos nosotros en lugar del prójimo y nos juzgamos entonces?... ¡Ah, qué diferencia de juicios! — ¡Qué medida tenemos para nosotros y qué medida para los demás!... Lo nuestro lo disculpamos..., lo explicamos..., pero lo de los demás no admite atenuantes..., sino más bien juzgamos rigurosamente. — Pues bien, repite muchas veces: «Con la medida que midiereis, seréis medidos». — ¿Qué te parece que haría la Santísima Virgen?... ¿cuál sería su medida?... ¿cómo juzgó a San Pedro... a los Apóstoles cobardes, incrédulos, etc.? — Suplícala te dé esas entrañas de caridad, para que así, con esa medida, midas ahora y seas medido algún día.

3.º *Palabras.* — «El que no peca en palabras, dice Santiago, es varón perfecto»... Por eso hay tan pocos perfectos. — ¡Cuántos pecados de lengua! — San Francisco de Sales, quería ir con un carbón encendido purificando la lengua de los hombres, porque, ¡qué pocos habrá que no necesiten esa purificación! — Piensa en las conversaciones y visiteos, donde tanto se falta a la caridad... Parece imposible sostener una conversación si no es cebándose en el prójimo. — San Bernardo, dice que la murmuración es «una lanza de tres puntas, porque hiere a la persona de quien se murmura quitándola su fama..., hiere al que murmura haciéndole pecar..., hiere al que escucha, escandalizándole y haciéndole caer en el mismo pecado».

No olvides que la murmuración es un pecado de suyo más grave que el hurto, pues si éste roba los bienes temporales, la otra roba la fama, que vale mucho más. — No se habla aquí de la calumnia, porque eso no es pecado contra la caridad, sino contra la justicia..., por eso obliga a la restitución; sino de las críticas..., censuras..., murmuraciones..., etc. — ¡Cuánto se critica y murmura de los superiores..., hasta de las autoridades eclesiásticas..., de los iguales e inferiores!... es necesario hacer propósito de no hablar de nadie..., ni de escuchar con gusto conversaciones de esta clase...,

Cuando en tu presencia se murmure, corta la conversación si puedes..., huye de allí si te es fácil..., hábilmente desvía la conversación..., siempre demuestra desagrado para que no vuelvan ante ti a murmurar. — Detente a recordar la visita de la Santísima Virgen a su prima... Escucha su conversación... Medita sus palabras... ¡Qué modelo de visitas!... ¡Qué ejemplar de conversaciones!... Y ¿no sería así siempre?... ¿Concibes a la Virgen metida en chismes de vecindad..., hablando de todo el mundo?... Pues, ¿por qué no la imitas? ¿Por qué no la pides que te ayude a ser como Ella, en asunto tan hermoso y tan necesario como éste de la caridad con el prójimo?

MEDITACIÓN 15

OBRAS DE MISERICORDIA

1.º *Su necesidad.* — Son las obras de misericordia aquellas en las que prácticamente ejercitamos la caridad. — No basta tener caridad en los afectos..., en los sentimientos..., en los juicios... y en las palabras...; es necesario que también la tengamos en las obras. — Así dice expresamente San Juan: «Hijitos míos, no amemos sólo con la palabra y la lengua, sino con obras de verdad»... — Todos decimos, en lenguaje familiar, que «obras son amores y no buenas razones»... Por tanto, el amor más ha de consistir en las obras que en otras cosas.

Por otra parte, el haber practicado con espíritu cristiano las obras de misericordia y piedad, nos servirá de grandísimo consuelo algún día..., ya que ellas, según el mismo Jesucristo, decidirán nuestra suerte eterna: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y sed..., etc., y me disteis de comer»... Al contrario, dirá a los condenados: «Id, malditos, al fuego eterno, porque no me disteis de comer ni de beber»..., esto es, porque no quisisteis practicar las obras de misericordia. — Es, por lo mismo, un deber sacratísimo..., una verdadera obligación que Cristo nos impone, de compadecernos y socorrer a nuestros hermanos..., sean quienes sean.

Recuerda la parábola del Buen Samaritano, en la que al mismo tiempo que retrata su corazón divino, lleno de dulzura y compasión hacia los desgraciados, condena duramente a los que obran sin misericordia. — Si no obramos con misericordia, no la conseguiremos tampoco de Él algún día..., y como Él primero practicó y luego enseñó, fue en esto para nosotros modelo acabadísimo. — Toda su vida se redujo a estas palabras: «Pasó haciendo el bien a todos»... Esa es su historia..., ya está con eso dicho todo. — Y como discípula de tal Maestro y de tal escuela, la Santísima Virgen fue también la primera en cumplir con este precepto, y lo ejercitó durante toda su vida con gran perfección

San Vicente de Paúl, hablando de las obras de caridad, solía decir: «Pongamos delante de nuestros ojos, como nobilísimo ejemplar, a la

Madre de Dios y obremos conforme a tan digno y soberano modelo...» Y así, con ese modelo y con esa máxima, llegó el santo a ser el héroe infatigable de la caridad cristiana. — Pero descendamos a más detalles y veamos por partes las diversas obras de misericordia en que debemos ejercitarnos...

2.º *Obras espirituales.* — Estas obras de misericordia son, sin duda, las más importantes y las más excelentes, pues tienen relación directa con el alma..., con la salvación de la misma... y, naturalmente, todo esto es mucho más estimable que el cuerpo y la felicidad temporal, que es de lo que tratan las obras de misericordia corporales. — La Santísima Virgen, ejercitó y ejercita actualmente con las almas su misericordia maternal... No hablemos de los pecadores empedernidos, de los criminales y malvados..., de los que por Ella han obtenido la gracia de su conversión, porque esto algún día lo sabremos en el Cielo, ya que ahora es imposible calcularlo.

Recuerda tú los peligros que has tenido..., las ocasiones que te presentaba el demonio..., la lucha de las pasiones, a veces en forma imprevista..., cuando menos lo esperabas... ¿A qué debes no haber caído entonces? Quizá tú no vigilabas y el demonio trató de sorprenderte, y Ella fue la que te avisó..., la que te dio fuerza para reaccionar..., para vencer... ¿Quién te ha inspirado tantos buenos afectos..., tantos buenos propósitos, etc?... ¿Quién te ha dado luz para conocer la voluntad de Dios... y fuerza y alientos para seguirla sin vacilar, aunque fuera a costa de grandes sacrificios?

Sería cosa de no terminar, discurrir por este camino, pues fuera necesario para ello enumerar todos los santos del Cielo..., todas las almas que se han salvado..., todos los pecadores arrepentidos. — Mas si quieres, recuerda en su misma vida lo que nos dice la Sagrada Escritura... Ella acogió a los Apóstoles después de la Ascensión..., les preparó admirablemente para la venida del Espíritu Santo..., les alentó y confortó con su ejemplo..., con sus palabras y con sus virtudes... Fue la madre de la naciente Iglesia. ¡Con qué cariño recibiría a los nuevos cristianos!... ¡Cómo les informaría y confirmaría en la Fe!... ¡Qué admirable catequista!

Y cuando brotaron las primeras persecuciones... y los Apóstoles fueron encarcelados..., azotados..., perseguidos, ¿quién les aconsejaba y dirigía si no Ella?... ¿Adónde acudirían ellos, sino a la Virgen a buscar consuelo..., ánimo..., esfuerzo..., todo lo que necesitaban?... Aquí tienes, pues, la magnífica obra de misericordia que puedes ejercitar con el prójimo... Trabajar por su alma.. , cooperar con Dios a la obra de su salvación... ¿Hay algo más divino?... Cuando no puedas hacer otra cosa, ora..., sacrificate..., mortifícate por ellos..., ¡por todos!..., por los pecadores..., por los justos e inocentes..., por los herejes y cismáticos..., por los infieles, etc.

3.º *Obras corporales.* --Fácil es suponer cómo haría la Virgen

Santísima estas obras continuamente... Detente a considerar cómo recibiría a los pobres que fueran a pedirla limosna.. ¡Cuántas veces les daría de su misma pobreza quitando, no ya lo superfluo, sino lo más indispensable!.. ¡Qué alojamiento haría a los peregrinos, según la ley de la hospitalidad que regía en el pueblo judío!... ¡Qué visitas suyas a los enfermos de la vecindad!

En fin, si quieres dejar las suposiciones, aunque tan ciertas como estas, medita de nuevo en su intervención en el milagro de las bodas de Caná... y allí descubrirás una ternura maternal..., una diligencia activa..., una prontitud infatigable. — Ella es la única que nota la falta del vino y la turbación que iba esto a producir... ¡Cuán tiernamente sintió Ella el trastorno que iba esto a ocasionar a los invitados... y la vergüenza y confusión a los de la casa! — Su corazón se conmovió ante aquel apurado trance, y lo sintió como si fuera cosa propia.

Es, sin duda éste, uno de los actos de delicadeza más viva y singular de la Virgen... Por eso, decide prestar aquel favor y socorrer aquella necesidad con gran diligencia... Pone en juego sus palabras..., su caridad... su confianza y su influencia para con su Hijo... y fue un gran consuelo para su corazón dar a aquellos desposados lo que entonces podía darles... ¡Qué contento!... ¡Qué gusto!..., ¡Qué deleite más espiritual y más divino el que sintió la Santísima Virgen con aquella agradable sorpresa que les preparo!... Así nosotros hemos de buscar este gusto y este deleite, que sienten las almas buenas, cuando remedian alguna necesidad... ¿nunca lo has experimentado?...

La caridad es ingeniosa y activa...; por lo mismo ella buscará miles de medios y ocasiones a diario, para ejercitar las obras de misericordia corporales. — Mira, en el ejemplo de María, como se aprovecha de aquella ocasión..., no la desperdicia y eso que pudo muy bien haber disimulado y no darse por enterada. — La caridad no entiende de disimulos y busca y aprovecha cualquier oportunidad.

Recorre, una por una, todas las obras de misericordia espirituales y corporales..., examínate en todas ellas conforme a lo que has meditado... Avergüénzate y pide perdón de las veces que en ellas hayas faltado... Pide a la Santísima Virgen más corazón ante las desgracias ajenas..., que las sientas como las propias, y que te dé a gustar el placer inmenso de hacer bien por todas partes.

MEDITACIÓN 16

PRUDENCIA

1.º *Excelencia de esta virtud.* — Penetra, ante todo, en la gran excelencia y necesidad de esta virtud de la prudencia o discreción. — Bien comprendes que es la que da valor a todas las demás. — Todo acto de virtud hecho sin prudencia, deja de serlo por eso mismo. — Entre dos extremos viciosos, está la virtud siempre, y la prudencia es la que te enseña prácticamente ese justo término medio, donde la

virtud se asienta. — Hermosa y necesaria es la mortificación y penitencia..., pero practicada imprudentemente, es una verdadera tentación del enemigo... ¿Qué cosa más grande que el celo por la salvación de las almas? y, no obstante, ¡cuántos daños no ha producido el celo indiscreto!

La prudencia es la compañera inseparable de todas las virtudes... y más que una virtud es como la norma o guía de todas... Santo Tomás la llamó «el ojo del alma», porque quien obra sin ella, obra a ciegas como si no tuviera ojos. — San Bernardo, dice que «es como el timón o el piloto en un navío, sin el cual necesariamente ha de perecer o naufragar»... San Francisco de Sales, dice de ella que «el luz o antorcha de nuestra vida, que nos ilumina para no errar el camino... y sal que preserva de la corrupción a las demás virtudes». — La prudencia pues, es ese juicio práctico, que nos dice en cada caso, lo que conviene hacer o dejar de hacer... la que nos enseña los medios conducentes para el fin que pretendemos..., en fin, la que nos indica siempre *cuándo y cómo* debemos obrar. ¡Qué extraño que si es tan excelente y tan magnífica y tan necesaria esta virtud, sobresaliera tanto en ella nuestra querida Madre!... La Iglesia la llama *Virgen Prudentísima* y, en verdad, que lo fue, pero para mejor entenderla conviene que distingas dos clases de prudencia.

2.º *Prudencia del espíritu y de la carne.* — Así la llama San Pablo: la primera es vida y paz verdadera del alma..., es la verdadera prudencia... y la verdadera sabiduría..., la única que merecía llamarse así. — La segunda es una prudencia mala..., falsa..., enemiga de Dios..., contraria a la ley de Dios..., no tiene más motivos ni fundamentos que los que dicta la carne, y por eso lleva seguramente a la muerte. — Es la prudencia del siglo o del mundo, diametralmente opuesta al espíritu de Dios...; se confunde con el disimulo..., con la hipocresía..., con la astucia..., con el cálculo interesado y egoísta, que no mira más que para sí... y por eso, esta prudencia falsa es miedo..., temor... cobardía..., soberbia. — Mira cuán digna es de reprobación esta maldita prudencia y..., no obstante, oye a Cristo, que se lamenta de que sean más prudentes los hijos del siglo..., esto es, que son más... muchísimos más, los que siguen esta prudencia para sus negocios que los hijos de la luz, para la salvación eterna. — Por lo mismo, tanto nos inculca que seamos prudentes como la serpiente, y a la vez sencillos como las palomas..., es decir, que tengamos la prudencia santa, que está llena de sinceridad y de verdad.

Recuerda la parábola de las vírgenes fatuas y prudentes...; éstas, precavidas y vigilantes...; aquéllas, confiadas y desprevenidas. — Mira bien aquí, lo que es la prudencia verdadera: es luz..., es sabiduría..., es conocimiento práctico de las cosas... En cambio, la imprudencia es fatuidad..., necedad..., estupidez verdadera e ignorancia, junta con

soberbia y confianza en sí mismo. — El Espíritu Santo, dice: «Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría y es rico en prudencia.» El que es prudente, es, con toda verdad, un gran sabio.

3.º *La Virgen prudente.* — Aquí tienes, pues, por qué es tan prudente la Santísima Virgen. — Discípula aprovechadísima del que era «la luz del mundo y la sabiduría misma de Dios», siempre, y en todo instante, tuvo esta luz y esta ciencia de Dios, en la que veía clarísimamente todas las cosas, dando a cada una su peso y su medida... y, por lo mismo, acertando siempre con lo más conveniente y más práctico en cada caso. — No la cegaban las pasiones que a nosotros tantas veces nos hacen ver las cosas de modo distinto, y por eso juzgamos... y apreciamos mal...; la ambición..., los arrebatos de la ira..., la venda maldita del amor propio que tenemos ante los ojos..., la pereza y descuido de la oración, que es donde Dios comunica su luz y su ciencia a las almas..., la falta de vigilancia para ver cómo y por dónde nos ataca el enemigo..., ¿no es todo esto y otras razones semejantes a éstas, el fundamento y el por qué de nuestra intemperancia..., de nuestra indiscreción..., de nuestra tan repetida imprudencia?

María era humilde..., era pura..., era sencilla..., era fervorosa..., era vigilante...; nada la ofuscaba..., nada la apartaba los ojos de Dios..., todo lo veía en Él y a través de Él... con luz sobrenatural y divina..., con espíritu de fe..., con amor encendido de Dios... ¿Qué extraño, pues, que fuera tan prudentísima en todo?... ¿Qué extraño que siempre supiera elegir lo mejor y lo más agradable a los ojos de Dios? — De ahí aquella seguridad en su alma, que no se dejaba arrastrar por impresiones, si no procediendo siempre con moderación y firmeza a la vez..., seguridad ante Dios sabiendo que acertaba siempre con la divina voluntad, aún en sus más pequeños detalles..., estando cierta de que nunca dejaba de atender..., de escuchar..., de seguir las mociones e inspiraciones de Dios... seguridad ante los hombres a quienes juzgaba con una rectitud infalible, penetrando en sus corazones y leyendo en ellos sus intenciones.

Y juntamente con esta seguridad, una paz inalterable y dulce, acompañada de una íntima unión con Dios, a donde acudía a pedir luces..., buscar consejo... o solicitar el conocimiento y la sabiduría necesaria para acertar siempre en el cumplimiento de sus deberes. — Esta era la prudencia y madurez con que juzgaba y obraba la Santísima Virgen... y éstos los magníficos frutos que para su alma sacaba de la misma.

4.º *Tu prudencia.* — ¿Cómo estás en esta virtud?... ¡Ah, cuánto la necesitas!... Estás rodeado de dificultades que a veces es difícil vencer..., peligros y ocasiones que te acechan y que quizá desconozcas..., batallas rudas que te prepara el demonio, a lo mejor donde

menos lo esperas... Por otra parte, no conoces bien tu bondad y miseria, sobre todo si la comparas con las obligaciones que tienes que cumplir... ¿Qué hacer entonces?... ¿Cómo acertar con el camino más práctico para asegurar tu salvación y santificación?... ¡Cuánto, pues, necesitas de esta virtud para tu alma!

Pero también para los demás. — Si quieres ganarlos para Cristo, has de penetrar en su alma..., conocer su temperamento, carácter, pasiones, debilidades, gustos, etc..., y todo esto de tal modo, que no excites suspicacias..., recelos..., temores..., que no te crean que obras con curiosidad..., desconfianza..., que te gusta meterte en vidas ajenas... ¡Cuánta prudencia..., qué tacto no requiere todo esto!... Un movimiento..., un gesto..., una risa burlona..., una sola pregunta a veces..., ¡qué daño no pueden causar!... De hecho muchas veces lo han causado y se han malogrado, en un momento, frutos que ya casi se alcanzaban con la mano.

Pide a la Santísima Virgen humildad, pues el soberbio no puede ser prudente... Pídelo mansedumbre y paciencia, porque el impaciente y el iracundo proceden a ciegas... Pídelo pureza y castidad, pues sólo los ojos puros ven con claridad las cosas... En fin, pídelo trato con Dios, frecuente..., largo..., jugoso..., vida de oración y unión con Dios, para que en ella, te comunique su divina sabiduría..., su luz..., su conocimiento y su amor. En fin, que muchas veces, aún haciéndola grande y dulce violencia, invoques a la Santísima Virgen, sobre todo en las ocasiones en que puedas obrar más imprudentemente... o en las que veas que es más difícil el acertar, diciéndola, con la Iglesia: «Virgen prudentísima, ruega por nosotros.»

MEDITACIÓN 17

PRUDENCIA EN LAS OBRAS

1.º *Antes del Nacimiento de Jesús.* — Analiza un poco alguna de las obras de la Santísima Virgen y verás qué prudencia descubres en todas ellas... Mírala en el caso concreto de su voto de virginidad. — Humanamente hablando, eso era una imprudencia..., era romper con una tradición secular en aquel pueblo..., era salirse del camino común y ordinario que todas las mujeres hebreas seguían... Nadie lo había hecho todavía..., era una cosa completamente desconocida en la tierra. — Sin embargo, Ella no obra imprudentemente..., con la luz especialísima que Dios la ha comunicado mide la excelencia y los frutos de la virginidad..., penetra el amor que Dios tiene a esta virtud, tanto, que ya había anunciado que para su Hijo elegiría una Madre Virgen..., y después de verlo... y examinarlo todo delante de Dios, despacio y con calma..., confiando con seguridad en las gracias que Dios para ello la había de dar..., no duda ni vacila, ni teme..., con una firmeza y decisión admirable se sale de la regla común y general... y hace su voto muy niña aún, al Señor.

La verdadera prudencia no es cobarde ni miedosa..., piensa despacio, pero ejecuta con energía. — Así es la Santísima Virgen...; después de su voto escoge con acierto y practica con decisión, los medios más indispensables para conservar esta virtud... ¡Cómo si Ella tuviera miedo de perderla! — Para consigo misma un gran recogimiento..., una modestia singular..., una oración fervorosa..., una vigilancia continua. — Y para con los demás, un gran silencio..., un prudentísimo secreto, guardando su voto...; no lo dice a nadie..., no lo revela ni comunica a ninguna persona...; sabe que no la iban a comprender..., que iba a excitar murmuraciones y habladurías de quienes nunca llegarían a comprender la hermosura de esta virtud..., y por eso guarda su secreto para Ella y para Dios... ¡Qué prudencia tan admirable y tan simpática!

2.º *En la Anunciación.* — Escucha al ángel sus alabanzas..., oye su embajada..., medita y profundiza en lo que se la propone... y con gran serenidad decide. — No la ciega el brillo de la corona de la maternidad divina..., ni la seducen las palabras bonitas ni halagadoras..., ni se acobarda ante los sacrificios que bien veía Ella la iba a costar su aceptación...; no se adelanta presurosa..., ni corre precipitadamente a admitir lo que todas las doncellas estaban deseando. — Cualquiera de ellas no se hubiera podido contener de alegría y de gozo... Ella, sin embargo, ve al ángel..., le oye... y ante todo se turba...; esto es, se pone como en guardia y vigilante, como si temiera alguna tentación para su virtud... y cuando se da cuenta de la importancia de la embajada, expone sus dudas..., pide sencillamente explicaciones... y conocida claramente la voluntad del Señor, consiente con decisión y seguridad, entregándose a Dios como esclava suya.

Admira en esto mismo su prudencia... Ya es Madre de Dios..., ya es Reina y Señora... No obstante, Ella se coloca en su puesto..., en el único que cree que debe ocupar..., en el de las esclavas..., sin adelantarse a subir ni a colocarse en lugar más elevado...; eso lo deja para Dios... ¡Qué difícil es de imitar esta prudencia y, sin embargo, qué necesaria es!...

3.º *Durante la vida de Jesús.* — Tanto en la vida privada como en la pública, siempre aparece María en su puesto..., en el que Dios la coloca... ¡Qué oculta, qué recogida, qué silenciosa en la vida privada de Jesús!... ¡Qué bien sabe acomodarse al carácter íntimo y recogido de esta época de su vida! — Y cuando ya Jesús sale a predicar, ¡qué lejos está de entrometerse en las cosas de su Hijo!.. ¡Con qué gusto Ella le hubiera acompañado a todas partes!... ¡Qué alegría haber presenciado todos sus milagros y prodigios!... ¡Qué satisfacción haber escuchado todas sus predicaciones!... ¡Qué consuelo haber oído todas las alabanzas que dirigían a su Hijo!... ¡Qué cosa más natural que hubiera dicho a todo el mundo en esas ocasiones: «ese

es mi Hijo»!... — Pero no..., no era ese el puesto que la señalaba la voluntad de Dios...; su puesto era la oscuridad..., era su casa...; a Ella no se la llamaba a predicar a las muchedumbres..., no era esa su vocación y su oficio... Acepta gustosa esos renunciamientos que la impone el Señor..., se oculta prudentemente y apenas si se la nombra alguna vez y como de pasada en el Evangelio, durante este período de la vida de Cristo.

Y esto mismo se puede decir cuando sale, porque Dios se lo manda, de su oscuridad... y aparece junto a su Hijo en el Calvario... Mírala cómo asiste y qué parte toma entonces en la Pasión de Cristo. — Sufre horriblemente y, no obstante, no se revuelve airada y furiosa contra aquellos verdugos...; no dice palabras desesperantes..., ni da gritos desgarradores..., ni toma o adopta actitudes convulsivas o exageradas..., ni, en fin, se expone imprudentemente a las iras e insultos de aquel populacho enfurecido... Recatada de las turbas, asiste a aquella escena con un dolor profundísimo de su corazón, pero de tal modo, que pase inadvertida a la vez ante los demás...

4.º *Después de la Ascensión.* — Ella es la que recoge a los Apóstoles..., les anima y alienta y dispone para la venida del Espíritu Santo... Es Ella la Madre verdadera de la Iglesia naciente... Todo lo hace Ella... Es Ella, verdaderamente, el alma de todo con su ejemplo, con su fervor y virtud..., con su consejo..., con su oración... y, sin embargo, parece que no hace nada... ¡Qué prudentemente oculta toda su actividad!... Los Apóstoles son los que disponen... San Pedro, manda..., gobierna..., dirige... Ella, no se mete en nada..., es la primera en obedecer..., en acatar todo lo que mandan... No protesta..., no censura..., ni critica nada... Quiere ser la primera hija obediente de la Iglesia... y eso que es Ella la que alienta... y conforta a todos, siendo el ejemplo magnífico de los Apóstoles y de los fieles...

Aprende esta prudencia y pídesela así a tu Madre. — Que nunca salgas de tu puesto..., que te coloques donde Dios te pone... y allí trabajes sin desear meterte en lo que no te corresponde. — Sólo así no tendrás que llorar miles y miles de caídas que causó tu imprudencia.

MEDITACIÓN 18

PRUDENCIA EN LAS PALABRAS

1.º *Prudencia en su silencio.* — Bien merece la pena, aunque ya hemos concretado la prudencia de María en algunos casos de su vida, detenernos a considerar esta misma prudencia en el uso que particularmente hizo de su lengua. — ¡Qué prudente fue María en sus palabras!... ¡Qué prudentísima en su silencio! — Admirable es la prudencia del que habla con oportunidad y discreción siempre... no lo es menos cuando sabe callar... y a veces, ¡cuánto más difícil es

callar, que hablar a tiempo! — ¿No es verdad que la mayor parte de tus imprudencias las debes a tu lengua?... ¿Cuántas veces te ha pesado haber dicho lo que dijiste?... ¿Cuántas, si hubieras podido recoger las palabras que pronunciaste, lo hubieras hecho con gran alegría?...

Pues mira a María y aprende... Aprende precisamente a callar..., a no decir palabras necias..., aprende a medir lo que dices..., a pensar y darte cuenta de lo que dices..., a no hablar todo lo que te viene a la boca..., a no hablar a tontas y alocas... Tenía delante a Jesús, el Maestro elocuentísimo del silencio..., el que llegó en su Pasión a admirar a Pilatos con la elocuencia divina de su silencio... Y así fue María en esto como en todo, copia exacta de Jesús...

¡Qué reserva la suya tan discreta, en el secreto a Ella confiado sobre el misterio de la Encarnación!... Nadie pudo sospechar nada grande ni insólito en Ella. — Después de la embajada del ángel, la vieron tan sencilla..., tan modesta..., tan callada como antes... Dios se encarga de revelar su altísima dignidad a Santa Isabel..., a Simeón después..., a la profetisa Ana... Que lo diga y que lo revele Dios cuando quiera y a quien quiera...; pero Ella no descubrirá su altísimo secreto.

Ni una sola vez dejó de traslucir de alguna manera en su semblante..., en sus gestos..., en su conducta..., el menor indicio del grande acontecimiento obrado en Ella... ¿Cómo, pues, las gentes lo iban a adivinar?... ¿Cómo extrañarnos de las dudas y vacilaciones del Santo Patriarca, si su esposa callaba... y a nadie, ni aún a él mismo, le comunicó nada?

Medita este paso asombroso de María... Ella lo ve todo..., lo comprende todo... San José ve que su esposa virgen va a ser madre, y no lo entiende... La Santísima Virgen penetra en el corazón de San José y es testigo de sus horribles sufrimientos... ¡Qué confusión! ¡Qué desorientación la suya! Ella podía arreglarlo todo con sola una palabra... Su esposo castísimo, la creería sin vacilar... Por otra parte, el ángel no la prohibió de parte de Dios el que lo dijera... No era, pues, en este caso ninguna imprudencia el hablar...; con hablar iba a evitar gravísimos males... Ya San José planeaba el escaparse de aquella casa y abandonar a su esposa a la que no comprendía..., y a pesar de todo, Ella calla..., no se cree autorizada para hablar ni aún entonces... lo piensa bien..., lo medita delante de Dios... y decide seguir callando y dejar a Dios el desarrollo de los acontecimientos como El quisiera. — ¡Que silencio más heroico!... ¡Qué maravillosa prudencia la que nos enseña María callando!

2.º *En el hablar.* — No es, sin embargo, prudencia el callar siempre... Lo prudente es saber callar..., y también saber hablar a tiempo. — En esto María es otro modelo maravilloso. — Si quieres aprender discreción en el hablar, cosa tan difícil, estudia mucho a María. — No sólo podemos afirmar, en general, que nunca salió de su

boca una sola palabra de la que tuviera que arrepentirse..., sino que, además, podemos confirmar esto mismo, recorriendo las palabras que de Ella nos dejó, como recuerdo y como modelo, la Sagrada Escritura.

Son muy pocas, en verdad, pero por lo mismo podemos recordarlas con facilidad.

a) Las primeras son: *Con el ángel...* Ni siquiera se detiene en largos coloquios con él..., habla lo preciso, pero tampoco calla lo que tiene que decir... *¿Cómo ha de ser esto, sino conozco varón alguno?... Hágase en mí según tu palabra.* — Ni más, ni menos...; esto y sólo esto... Palabras no de mera curiosidad las primeras, sino de todo punto necesarias para conocer la voluntad de Dios... Palabras de sumisión completa y perfecta a la misma, las segundas, también necesarias para el misterio de la Encarnación. — Palabras siempre necesarias, empapadas en pureza..., virginidad..., humildad..., obediencia..., amor a Dios. — Estrújalas y verás cómo destilan todo eso... ¡Ah, si fueran así tus palabras!...

b) *Con su prima.* — Palabras de salutación, aunque no sabemos cuáles fueron... Palabras de cortesía que no es precisamente el frío e hipócrita cumplimiento... Palabras, sobre todo, de caridad, como llena de caridad era aquella visita que hacía..., y, por lo mismo, palabras de gozo y alegría en el bien ajeno... ¡Qué distintas son las palabras de la envidia!... Y, en seguida, las palabras más largas de María...

c) *Con Dios.* — Porque la que era tan corta en hablar con los hombres... y aún con los mismos ángeles, parece que no sabe acabar cuando habla con Dios... ¡Qué sublime y divino el *Magnificat* de María!... Ya en otra ocasión lo has meditado... Recuerda que era el himno de la gratitud... de la glorificación... del amor intenso a Dios. — Ésas son siempre las palabras de María...: palabras de caridad con su prima..., palabras de agradecimiento y amor a Dios en su canto...

d) *Palabras de Madre: Hijo mío, ¿por qué has hecho eso?... Tu padre y yo te buscábamos con gran dolor...* Son palabras de madre... y María era la más madre de todas las madres... y en el dolor más profundo que puede una madre tener, que es la pérdida de su hijo. — Era necesario que hablara así..., sino parecería que no era como las demás..., que no amaba ni sentía..., ni sufría como las otras madres. — Fueron palabras de intenso cariño maternal..., de queja amorosísima. — No es, ni puede ser, imprudencia el ir con nuestros sufrimientos a desahogarnos..., a quejarnos ante Jesús... Muy al contrario, esto es muy natural... El corazón necesita expansión..., ¿dónde expansionamos? Mira a María..., no dice nada a los hombres..., se expansiona con su Hijo..., con su Dios. — Haz tú lo mismo y verás qué diferencia hay de buscar consuelo en las criaturas a buscarlo en Jesús...

e) *Palabras de Madre nuestra: No tienen vino..., haced lo que El os diga.* — Era necesario que también María revelara, en sus palabras, que

era nuestra Madre..., que se ocupaba de nosotros..., que estaba dispuesta a remediar todas nuestras necesidades espirituales y aún materiales. — Mí ralo así en estas palabras. — Son palabras de amorosa compasión para con los esposos de Caná... y de una confianza y un poder asombroso para con su Hijo... ¡Qué convenientes eran estas palabras de María para excitar en nosotros la confianza en Ella y en Jesús!... Así fueron siempre las palabras de la Virgen... Sólo conocemos éstas que hemos indicado, pero todas las demás debieron ser semejantes...; palabras siempre dichas con modo y medida..., en su debido lugar y tiempo..., buscando únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas.

Pide a la Santísima Virgen que sea tu maestra en el hablar, para que sepas ser prudente en tus palabras y aprendas la ciencia difícil de saber hablar... y de saber callar cuando se debe.

MEDITACIÓN 19

JUSTICIA

1.º *¿Qué es?...* Una virtud moral que nos manda dar a cada uno lo suyo... Todos queremos que nos den lo que nos pertenece... o que respeten lo que es nuestro..., nuestra fama..., nuestra honra..., nuestros intereses... Pero, ¿nos gusta igualmente dárselo así a los demás?... ¡Cómo nos gusta exigir derechos más o menos ciertos o verdaderos que tenemos!... Pero, en cambio, ¡qué fáciles somos en quebrantar esos derechos de los demás!... Eso es la injusticia..., atropellar el derecho ajeno..., pisotear nuestros deberes. — Advierte que todo derecho supone un deber... Por tanto, si los demás tienen derecho a lo suyo, tú tienes el deber de dárselo o de respetárselo. — Eso es la justicia... y esa la obligación que nos impone. — Es decir, que esta virtud no es una virtud de consejo que sirve para adornar nuestra alma..., sino una virtud necesaria y obligatoria que a todos los hombres, y en todo momento, nos obliga... y nos exige su más exacto cumplimiento.

Ahora bien, podemos distinguir tres clases de obligaciones que nos impone la justicia: para con Dios..., para con el prójimo..., para con nosotros mismos... A todos hemos de dar lo suyo...; así nos lo dice Cristo, en aquella expresión: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios»... Esto es, dad a cada uno lo que le corresponde y eso es obrar con rectitud..., con sentido de justicia. — La Santísima Virgen tuvo que ser necesariamente modelo acabado en esto, ya que no sin razón, en la Sagrada Escritura, se confunde la justicia con la santidad... y se llama varón justo al que es santo... ¿Cuál sería, pues, la justicia que brilló en todos los actos de María, si fue tal su santidad?... La Iglesia no duda en llamarla Espejo de justicia donde se refleja la justicia... y a donde hemos de mirar para cumplir exactamente con ella. — Veamos, pues, esta justicia de la Santísima Virgen en sus diversas obligaciones...

y aprendamos sus enseñanzas.

2.º *Justicia para con Dios.* — Esta justicia se reduce a conocer a Dios como Señor nuestro... y a nosotros, como hechura de sus manos... Por tanto, El tiene un derecho completo..., total..., absoluto..., inalienable sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas..., y nosotros, la obligación de reconocerlo así y de vivir así, como algo que no nos pertenece a nosotros mismos..., sino que nos pertenecemos siempre, y en todo momento, a El.

Tenemos el deber de creer sus palabras..., porque es la Verdad infalible... y obedecer sus mandatos y seguir sus inspiraciones con docilidad, porque es infinita su omnipotencia... Debemos darle todo nuestro Corazón sin reserva alguna..., porque es la Bondad inefable y fuente de todo bien. — Es, en una palabra, obligación nuestra vivir para Él..., no para nosotros...; darnos totalmente a Él y a su divino servicio...; buscar en todo su gloria..., nunca la nuestra...; en fin, alabarle, servirle y amarle, sin limitación alguna.

Por tanto, cuando así lo hacemos..., cuando nos consagramos a Él en cuerpo y alma y nos ofrecemos a su servicio..., no hacemos nada de extraordinario..., estamos cumpliendo sencillamente con los deberes de la más estricta justicia..., y al contrario, siempre que de una o de otra manera vivimos para nosotros mismos... o nos buscamos a nosotros... o nos glorificamos a nosotros..., estamos abusando de Dios..., conculcando sus derechos..., faltando a nuestros deberes... y obrando con notoria injusticia.

La Virgen no fue así jamás... Claramente sintetizó Ella toda su vida en aquellas palabras: *He aquí la esclava del Señor...* Vivir siempre como esclava..., entregada al servicio de su Dios y Señor como una esclava..., hacer en todo la voluntad divina sin libertad ni voluntad propia, como una perfecta esclava... ese fue su ideal..., esa fue su vida... ¡Qué vida más llena de justicia y de rectitud y de santidad, la del que vive así esclavizado a Dios, como vivió María! — Esto es entender y practicar la justicia para con Dios... un cumplimiento exacto de sus deberes..., un rendimiento total de juicio..., una sujeción completa de la voluntad..., un holocausto perfecto y continuo de tu corazón y de tus energías... Esto es lo que te enseña tu Madre..., esto es lo que has de hacer siempre si quieres imitarla.

3.º *Para con el prójimo.* — Esta justicia nos obliga a dar a cada uno lo que le corresponde..., a no defraudar a nadie en cosa alguna..., a no desear lo que le pertenezca. — Hemos de respetar todo lo que es propiedad legítima del prójimo y ni con palabras..., ni con obras..., ni con deseos, podemos atentar contra ella.

Piensa ¡cuántas veces se falta en esto..., con juicios temerarios..., con palabras de crítica..., murmuración..., de ironía..., falsos testimonios..., con torcidas y maliciosas interpretaciones! — No es contra la caridad tan

sólo, ya que la mayor parte de los casos es contra la justicia, la falta que en esto cometemos...

Contempla la conducta de la Santísima Virgen con todos los que la rodeaban y mira cómo se colocaba en el puesto que la correspondía y respetaba el de los demás. — Ella era la Madre de Dios..., pero San José era la cabeza de la casa, el padre de familia... y María le rinde la más pronta, sumisa y perfecta obediencia... No discute..., no se rebela contra sus disposiciones... A Ella la toca obedecer, y obedece sin protestar, sea lo que sea: ahora a Belén..., luego a Egipto..., a Nazaret..., a Jerusalén... ¡Cuánto viaje..., cuánta fatiga!... ¿No podía ir él solo?... ¿O ir de otra manera?... María, calla y obedece; ese es su deber con San José y así lo cumple exactamente.

Y ¿cómo cumplió sus deberes de Madre de Jesús?... ¿No le consagró la más constante y tierna solicitud maternal?... ¿No vivió toda para El..., únicamente para Él? — Y así obró con sus parientes y conocidos... Recuerda cómo se portó con Santa Isabel... Admira y pide imitar esta exactitud en tus deberes..., en saber vivir en tu puesto... y en respetar los derechos de los demás.

4.º *Con nosotros mismos.* — Nos debemos a nosotros mismos, un amor bien entendido y bien ordenado..., pues lo triste es que nadie nos ama y nos quiere peor que nosotros mismos. — Debemos tenernos un amor conforme en todo, a los dictámenes de la razón y de la fe..., según los cuales, debemos dar, como antes decíamos, al «César lo del César y a Dios lo de Dios»... Pero resulta que entendemos bien lo primero..., ¡y ojalá sólo diéramos lo que debemos al César!... esto es, a las cosas temporales..., y a Dios, en cambio, ¡qué descuidado y abandonado le tenemos!

Piensa, por ejemplo, si das el mismo valor..., e importancia..., a una enfermedad corporal que á una espiritual..., si lo mismo cuidas del alma, que del cuerpo..., si te importa lo mismo lo temporal que lo eterno, etc..., y verás, con vergüenza, ¡qué diferencia tan notoria!... ¡Qué injusticia la sola comparación entre estas cosas tan distintas!... Pues, ¿qué será la preferencia que das a las bajas y terrenas sobre las cosas espirituales..., las de tu alma y las de Dios?

Mira a la Santísima Virgen amándose con este verdadero amor, con el que dirigía a Dios todos sus actos y hacía que todo contribuyera a mejor servirle y mejor amarle. — Siempre que te procuras algún bien espiritual..., algún aumento en la virtud, estás amándote de veras y cumpliendo en ti con la justicia..., y al contrario, ¡qué injusticia cometes contigo mismo cuando pecas..., cuando desprecias las gracias de Dios, etc...! Pide a la Virgen te lo de así a conocer.

MEDITACIÓN 20

FORTALEZA

1.º *Su importancia.* — Es mucha y muy grande la que tiene la fortaleza. — No es posible que se sostenga una virtud..., ni que la vida espiritual persevere en un alma sin la fortaleza... La prudencia, dijimos, es la luz y guía, es la norma reguladora de las virtudes..., pero la fortaleza es su apoyo y sostén. — La vida cristiana toda..., pero aún más la vida de perfección y santidad..., es vida de continua lucha de enemigos..., exteriores e interiores...; unas veces hay que defenderse de sus ataques..., en ocasiones tan terribles y tan frecuentes...; en otras convendrá tomar la defensiva y atacar y acometer al enemigo para restarle fuerzas y prevenir sus tentaciones... Hay que vigilar continuamente para no ser sorprendido.

Todo esto no se hace sin la fortaleza. — En esta lucha incesante fácilmente hay cansancios..., desalientos, sobre todo si ha habido caídas..., si hemos sufrido alguna derrota... ¿Qué será entonces del alma sin fortaleza?... ¿Cómo levantarse... y llenarse de ánimos para combatir de nuevo?... — Otras veces es Dios mismo quien no sólo consiente las tentaciones del enemigo..., sino que Él mismo nos prueba con tribulaciones..., dolores..., enfermedades..., cruces y sufrimientos... ¡Qué fácil es caer entonces, abrumados por una cruz que creemos de un peso insoportable... ¡Cuán necesaria es entonces la fortaleza que nos dé ánimos y nos sostenga, para llevar todo lo que Dios quiera enviarnos en bien nuestro!

2.º *Fortaleza de María en las luchas.* — María estuvo exenta por privilegio del Señor, de la lucha de la concupiscencia... Sus pasiones estaban en Ella perfectamente dominadas. — Sin embargo, Dios no la ahorró dificultades y contrariedades con las que se acrisolara más y más su virtud, y en las que demostró una energía grande..., una fortaleza extraordinaria... ¡Cuánta fortaleza no necesitó para aquella continua vigilancia que debió de tener en relación con la plenitud de gracias que había recibido del Señor, para conservarlas y para corresponder a la altísima vocación a que había sido llamada! — En las mismas circunstancias habituales y ordinarias que rodearon su vida, ¡cuánta fortaleza no demostró la Santísima Virgen!

Compárala a Ella con aquellas buenas mujeres de Nazaret... ¡Qué ideas..., qué afectos..., qué aspiraciones, qué modales tan distintos!... Y la Virgen, sin embargo, vive en aquel ambiente como si fuera el suyo propio..., derrochando amabilidad..., simpatía..., cariño por todas partes... ¡Qué violencia no tenía que hacerse para sostener en aquel ambiente tan poco propicio, su amor a la virginidad..., su pureza inmaculada..., su humildad y modestia..., su recogimiento constante..., su vida de oración y de unión con Dios!

Y más tarde, en la vida pública de su Hijo..., ¿qué violencia tuvo que hacer a su corazón para estar separada de su Jesús..., para no seguirle a todas partes..., para no verle..., oírle..., cuidarle..., consolarle?... ¡Qué fortaleza la suya en medio de las persecuciones y sobresaltos de la naciente Iglesia!... ¡Cómo Ella alentaba a todos..., consolaba a todos... y fortalecía a todos en la fe y en la confianza de Dios..., aceptando y viendo en todo los planes de la Divina Providencia!

3.º *Fortaleza en las pruebas.* — Y ¡qué pruebas tan fuertes y tan extraordinarias tuvo Ella que pasar! — Recuerda las dudas de San José, de que ya hemos hablado... Cómo mantiene, con una fortaleza admirable, aquel su silencio y cómo pasa por aquella humillación..., ¡la humillación y la prueba más dura para una esposa y para una virgen! — El viaje a Belén después, todo él sembrado de desprecios..., de incomodidades..., de molestias y privaciones sin cuento... La pobreza de la cueva..., las circunstancias todas del nacimiento de su Hijo..., son más que suficientes para dar por tierra con una virtud que no tuviera la fortaleza de María.

Más tarde, la circuncisión... Presencia la dolorosa ceremonia de desgarrar la tierna y delicadísima carne del Niño...; ve correr su sangre mezclada con las lágrimas que el sufrimiento y el dolor arrancan a Jesús... — Vete recorriendo las pruebas de la Purificación..., con la profecía de Simeón, que ya la amargó su vida para siempre...; la pérdida del Niño y el sufrimiento espantoso de aquellos días hasta que lo encontró...; las zozobras y angustias de su corazón, durante toda la vida pública de Cristo..., y, en fin, mira a la Virgen como la imagen ideal de la fortaleza al pie de la Cruz..., sacudida por la furia de aquella tempestad de dolores y sufrimientos, desatada contra Ella en el Calvario... Y, sin embargo, como la luz del faro en medio de las olas, sin vacilar..., sin titubear..., bebiendo, serena, gota a gota hasta las heces, aquel horrible y amarguísimo cáliz.

Acércate mucho a Ella..., ponte en contacto con su corazón y pídelo ese esfuerzo..., esa energía..., esa fortaleza varonil... para aceptar las pruebas que Dios te envía... y hasta para deseñarlas con santa ilusión, pues ellas te purificarán y acrisolarán dando un valor sólido y positivo a tu virtud.

4.º *Fortaleza en sus decisiones.* — No es la fortaleza pasiva que resiste las pruebas, las tribulaciones y las tentaciones..., es la fortaleza activa que acomete con energía y emprende con decisión. — El caso de María en este punto es verdaderamente admirable..., es sencillamente único..., incomparable.

Nada hay semejante a aquella fortaleza de aquella débil y delicadísima niña, de sólo tres años..., que decididamente se arranca de los brazos de sus padres para consagrarse al servicio de Dios, en el Templo...; la intrepidez con que sube las gradas del mismo... y la decisión, ciertamente

sobrehumana, con que hace su voto de virginidad al Señor... ¡Qué asombro debió causar entre los mismos ángeles del Cielo! — Y cuando consintió en ser Madre de Dios, sabiendo perfectamente los sacrificios crueles y heroicos que esto significaba, ¿dónde encontró bríos y fuerzas para acometer una empresa tan colosal como la de ser Corredentora del género humano?... Sencillamente en la fortaleza de su corazón. — La fortaleza, es la virtud que ha hecho los héroes y los santos.

Se ha dicho que la virtud no tiene de femenino más que el nombre..., pues siempre supone energía..., decisión..., valor..., fuerza... y todo esto, se lo da la fortaleza. — Pídesela a la Virgen. — Pídelo fortaleza para sostener y conservar y defender tu fe...; fortaleza para luchar con las tentaciones que vengan de fuera... y con las que vengan de ti mismo, que son peores aún...; fortaleza para vencer y dominar con energía la carne rebelde y así poder conservar tu pureza...; fortaleza para sufrir y para cumplir con tus deberes diarios...; fortaleza, en fin, para saberte santificar, sin retroceder..., sin desmayar..., sin desalentarte nunca..., crucificándote en la cruz de Cristo y allí permaneciendo sin bajar de la cruz, como Él.

MEDITACIÓN 21

TEMPLANZA

1.º *Virtud racional.* — Bien puede llamarse de este modo esta hermosa virtud. — Todas las virtudes son, sin duda, muy racionales..., pero la templanza es, en verdad, tan propia y exclusiva de la racionalidad..., en cuanto que por ella, el hombre obra como tal... y cuando falta a esta virtud, más parece un animal que un hombre.

Contempla al hombre destemplado en el comer y beber... ¿No es imagen exacta de los animales inmundos, que se revuelcan en su misma comida? Mira al destemplado en genio y carácter, dejándose llevar de la ira: ¿no parece más bien una fiera que se ceba en su víctima? — La templanza es una virtud que tiene gran unión con otras, como con la mansedumbre y dulzura... y en especial con la mortificación, hasta tal punto, que bien puede considerarse como una parte o un ejercicio de esta última. — Sin embargo, bien está que la consideremos separadamente, ya que la Santísima Virgen también es de ella modelo acabadísimo.

2.º *En la comida y bebida.* — Y ésta es la primera aplicación, que se hace de la templanza..., esto es, la moderación que se debe guardar en el comer y en el beber. — Mentira parece que sea necesario detenerse en esta virtud, aplicada a este punto..., pues parece incomprensible que el hombre pueda excederse en una cosa tan baja..., tan ruin..., tan degradante, como es el comer y el beber. — Esta necesidad de la naturaleza, es un verdadero castigo de Dios... y

todos sentimos la humillación de vernos en esto totalmente semejantes a los animales. — La bondad de Dios endulzó este castigo, dándonos el sentido del gusto, para con él saborear los manjares... y estimulando el acto de la comida mediante el apetito...; pero el hombre, ha trastornado el plan de Dios y como si ese fuera el fin de la comida, parece que no busca muchas veces más que el satisfacer ese gusto, con refinamientos y exquisiteces culinarias... o saciar el apetito comiendo y bebiendo con exceso.

Según eso, la templanza, en este punto, ha de moderar no sólo la cantidad, no permitiendo más que lo que sea conveniente..., sino también la calidad, desterrando todo sibaritismo en el preparar y presentar la comida... y hasta en el modo de tomarla con excesiva complacencia... o con modales que indiquen un ansia grosera e insaciable... ¡Qué aplicación tiene aquí aquel principio de que la educación y la verdadera urbanidad contribuyen poderosamente a la santidad!... En este caso van tan hermanadas la templanza y las reglas de la buena crianza, que se confunden la una con la otra.

Penetra en la casa de Nazaret y mira a la Santísima Virgen preparando y condimentando la comida de aquella casita... El condimento principal es la pobreza... y la frugalidad... y, sobre todo, el cariño y el amor con que la Virgen lo prepara y lo sirve todo. — Contempla aquella casita... y aquellos utensilios que emplean...; todo muy limpio, pero todo muy pobre. — Y, ¿cómo comerían aquellos tres personajes excelsos?... ¡Qué posturas... qué actitudes..., qué modales tan sencillamente correctos!... ¡Qué virtud de la templanza tan divinamente practicada en la casa de Nazaret!

Di a la Virgen que te la enseñe... y que te acuerdes de Ella, cuando te sientas a la mesa..., cuando te sirven algo que no te gusta, para que te venzas y lo tomes..., o cuando, por el contrario, es algo que te agrada muchísimo, para que te contengas y no te excedas... ¡Qué te acuerdes con la presencia de la Santísima Virgen, de sobrenaturalizar y dar un valor grande a este acto tan ruin y miserable, como es el de comer...; en fin, que nunca te levantes de la mesa, sin haber hecho alguna mortificación en honor de tu Madre querida...

3.º *En el dormir.* — Otro acto humillante..., otra necesidad triste de nuestra naturaleza... ¡Qué espectáculo tan degradante el de un hombre durmiendo!... Toda su vida racional y espiritual, está ausente por completo...; es la imagen más perfecta de un cadáver... A la muerte se la compara con el sueño, y se la llama del mismo modo... ¿No es, por tanto, una aberración lastimosa convertirlo en placer desordenado? — Bien está dormir lo necesario y lo conveniente, como es natural, pero no con exceso..., pues este exceso es altamente nocivo para el alma y hasta para el cuerpo mismo.

No sabemos el tiempo que daba al descanso la Santísima Virgen..., ni

cómo sería su lecho..., etcétera, pero ¿será mucho suponer que se levantaría con la aurora a cantar, antes de la salida del sol, el himno de la gratitud que en la alborada entonan las avejillas y la creación entera a Dios? — ¿No podremos afirmar que muchas..., muchísimas veces interrumpiría su sueño para orar... y que muchas más todavía acortaría notablemente el tiempo del descanso para hablar en la soledad de la noche con Dios... y aún que pasaría algunas noches enteras en su compañía?... ¿No lo hizo así Jesús con frecuencia, como lo indica el Santo Evangelio?... Pues, ¿cómo la Santísima Virgen dejaría de imitarle en esto, como en todo lo que le veía hacer?...

4.º *En otras cosas.* — En fin, la templanza se extiende a moderar todos los gustos y placeres que puede disfrutar el hombre, señalando claramente los límites de lo lícito e ilícito. — Piensa en las superfluidades de tu casa, quizá sólo por el bien aparecer y aún fomentando con ello tu espíritu de vanidad... Piensa en tu persona..., en el vestido y en el modo de arreglarte y componerte... ¡Cuán necesaria es aquí la moderación para dar en el justo medio! — ¡Qué bien sabe disfrazar el demonio, con razones aparentes, de que es necesario vestir así..., componerse así... para no llamar la atención...!, etc., y la razón verdadera es sencillamente la coquetería..., la vanidad... y el deseo de bien aparecer y agrandar a los demás.

En las recreaciones y diversiones, aún buenas y sanas..., completamente lícitas y convenientes..., piensa en el modo que las tienes y cómo en ellas se descubre la persona culta..., educada... y mortificada. — Moderación y templanza en el hablar..., en el reír..., en el bromear..., en todos los actos en fin, no buscando lo más cómodo..., muelle y afeminado... Así conseguirás disponer *tu cuerpo* para agrandar a Dios, viviendo vida de mortificación y sacrificio...; disponer *tu corazón* para la vida interior de oración y recogimiento..., y, en fin, disponer *tu alma* para las prácticas de las virtudes sólidas y perfectas.

Aplica estos puntos a la vida de la Virgen y verás qué perfectamente estuvo adornada siempre con la hermosura de esta virtud de la templanza. — Suplécala te conceda estos frutos tan excelentes de esta virtud para *tu cuerpo*..., para *tu corazón*... para *tu alma*... y examínate bien en ella, para corregir lo que debas en esto.

MEDITACIÓN 22

HUMILDAD

1.º *Humildad necesaria.* — Después de las virtudes teologales y de las cardinales, sin duda que corresponde la preferencia a la humildad. — Es aquella virtud de la que dice San Francisco de Sales, que «es necesaria en cada instante y para todos, aún para los más perfectos»...; la que es considerada por todos como el fundamento

del edificio de la santidad... y el primer paso que hay que dar en este camino. — La Iglesia repite con frecuencia, en el Oficio Divino, aquello de San Agustín: «¿Quieres levantar una gran fábrica de santidad?... Piensa primero en una sólida base de humildad..., porque cuanto mayor sea el edificio más hondos han de ser los cimientos.»

Es cosa clara que el árbol que no profundiza en sus raíces, no puede tener gran corpulencia..., ni resistir la furia del temporal. — Error muy lamentable es creerse muy adelantado en la perfección y no tener dominada la soberbia..., el orgullo..., el amor propio..., pues aunque lleves una vida de mucha piedad e intensamente espiritual, estás muy lejos del comienzo de la perfección si no eres humilde... Oye a Santo Tomás, que dice: «que aquel que no es humilde, aunque haga milagros, no es perfecto..., porque toda su virtud está falta de solidez». No dudes que si no has llegado ya a mayor santidad, es porque aún no eres profundamente humilde.

Examínate y verás que es el amor propio maldito, el que liga tus alas y no te deja volar a Dios y a las alturas de la perfección. — Dios se enamora por completo de las almas humildes y se comunica y se entrega a ellas sin reserva..., elevándolas a una altura de santidad, siempre proporcionada a su rebajamiento y a su humildad... «Dios resiste a los soberbios..., y a los humildes da su gracia», dice Santiago. — «Todo el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza humillado», según el Evangelio.

Repite despacio y vuelve a saborear el Magnificat de la Virgen en el que tan hermosamente canta Ella las excelencias de la humildad... Y, ¿cómo no?, si dice Santa Teresa, que «la humildad de la Virgen fue la que atrajo a Dios del Cielo a sus purísimas entrañas y con ella le traemos también nosotros de un cabello a nuestras almas».

Detente muy despacio a considerar la grandeza de María..., su excelencia casi divina..., su santidad a nuestros ojos perdiéndose de vista..., aquella su pureza, con todo el cortejo de virtudes que la acompañan, etc., y piensa: ¿cuál será el fundamento proporcionado a esa santidad? — Si en Ella, por ser la obra maestra de Dios, todo es armónico, ¿qué humildad será necesaria para hacer juego y guardar armonía con aquella celsitud?

A la verdad, que si Dios, a la vista de su humildad, tanto ensalzó a algunos santos..., ¿qué humildad vería en María cuando así la engrandeció sobre todos los demás?... Extasíate ante la virtud de tu Madre y condensa en su humildad toda su santidad, según aquello de San Agustín: «Si me preguntas cuál es lo primero y principal para la perfección, te diré: en primer lugar, la *humildad*...; en segundo término, la *humildad*, y en último caso, la *humildad*»... No porque se hayan de despreciar las demás virtudes..., sino porque teniéndola a ella de veras, se tienen a todas..., pues si la soberbia es madre de todo pecado..., la humildad es de toda virtud. — Medita esto, ante el ejemplo de tu Madre. Examínate mucho en esto..., avergüénzate... y pide...

2.º *Humildad verdadera*. — Pero advierte que todo esto se aplica únicamente a la humildad de veras o verdadera, no a la *aparente* y

fingida... Y, ¿cuál es la una y la otra?... La humildad verdadera es la respuesta sincera a esta doble pregunta: ¿Quién es Dios?... ¿Quién soy yo?... De este doble conocimiento brota, naturalmente, el conocimiento de nuestra bajeza en comparación de la inmensidad de Dios..., de nuestra miseria..., de nuestra nada..., de nuestra incapacidad para dar ni un solo paso en el camino de la santidad..., de nuestros pecados, que son todavía peor que la nada...; de nuestras continuas imperfecciones e ingratitudes con las que has echado a perder tantas veces las gracias de Dios... Mira tu cuerpo, ¡cuánta corrupción!... Mira a tu alma, ¡cuánta miseria!... Qué cosa más natural que la humildad ante este cuadro tan real y tan verdadero. — Por eso «la humildad es la verdad», según Santa Teresa.

San Francisco de Sales, sacaba de esta verdad estas consecuencias que debes meditar muy despacio:

a) Que no tenemos razón para estimarnos en algo, sino más bien hemos de tener un concepto bajo de nosotros mismos..., pues sólo debemos estimar y amar a Dios...

b) Que no debemos buscar ni aceptar alabanzas ni estima de ninguna clase..., pues esto es una injusticia, ya que esto corresponde únicamente al Señor...

e) Que nuestro amor debe ser por la oscuridad..., el menosprecio..., el olvido..., esto es lo que se debe a la nada y al pecado..., y si Jesucristo sin pecado ha sido el primero en hacerlo así, nosotros, cargados con tantos, con mayor motivo debemos hacer lo mismo.

Aplica todo esto, punto por punto, a la vida de la Santísima Virgen y verás qué fácilmente encuentras en Ella el modelo práctico de la verdadera humildad..., de aquella humildad, de la que decía Cristo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»... ¡Qué buena discípula fue la Santísima Virgen, pues aprendió tan perfectamente esta lección!... ¿Por qué no la aprendes tú también así?...

3.º *Humildad falsa.* — Por tanto, no es humildad verdadera la que consiste en meras palabras..., en acciones puramente exteriores... ¡Cuántas veces, a pesar de inclinar la cabeza..., llevar los ojos bajos..., buscar el último lugar..., decir bajezas de sí mismo, etc., se junta todo esto con un refinado amor propio, que no sufre la menor contradicción... y menos aún el verse pospuesto..., que no cede nunca..., que rehúye la sujeción y la obediencia..., que no es capaz de sufrir una corrección de un superior o un aviso saludable de una buena amistad..., que no sabe llevar una injuria o un desprecio..., que siempre anda con comparaciones o exigencias dictadas por la envidia, para no consentir preferencias de ninguna clase!..., etc. — Bien se ve que una humildad así, no merece este nombre, pues es humildad fingida y aparente..., puramente externa..., que no brota de

un corazón humilde de verdad.

También es falsa humildad, la que no quiere reconocer las gracias que ha recibido de Dios, y cree que el pensar en eso, es gran soberbia... ¡Qué distinta fue la humildad de María, cuando no dudó en publicar que había recibido cosas muy grandes del Señor, y que por ellas la llamarían bienaventurada todas las generaciones!... Pero de ahí, no sacaba otra conclusión si no la de la gloria..., alabanza y agradecimiento al Señor... Reconocer, no para envanecerse de lo que se tenga, sino para más alabar, servir y amar a Dios; ésta es la verdadera humildad.

En fin, es pésima humildad la que, considerando su bajeza y su miseria, deduce, como fruto práctico de ella, el desaliento..., la desilusión..., el abatimiento. — La fórmula de la humildad verdadera, es: «Yo por mí nada soy..., nada puedo, pero todo lo puedo en Aquél que me conforta.» — Todo, luego no hay nada imposible..., ni siquiera la santidad para el verdadero humilde. Pide a la Santísima Virgen luces para distinguir y conocer bien estas dos humildades y que, huyendo de la falsa, con su ayuda te afiances bien en la verdadera

MEDITACIÓN 23

HUMILDAD

1.º *El verdadero conocimiento.* — Como la humildad es la verdad..., se funda en la verdad... y es fuente de verdad, por eso es ella la que nos da nuestro verdadero y exacto conocimiento. — Mira qué bien se conocía a Sí misma la Santísima Virgen. — Nadie había recibido de Dios más gracias y privilegios más extraordinarios que Ella... Inmaculada en su Concepción..., llena de gracia, por lo mismo desde su primer instante..., más santa que todos los ángeles y santos juntos..., Reina del Cielo y corredentora de los hombres..., la bendita entre todas las mujeres..., en fin, con el título único que todo lo resumía: ¡Madre de Dios!...

Así se veía María, así se conocía a Sí misma, y, no obstante..., mírala ¡qué humildísima siempre! Sabía que toda esta grandeza estaba en Ella..., pero que no era de Ella...; todo era de Dios..., todo era porque se había dignado mirar el Señor a su esclavita con ojos de misericordia..., como lo cantó en su *Magníficat*...; todo lo atribuía a Dios..., tenía una conciencia perfecta de su nada... y así se consideraba delante de Dios, como la misma nada..., como la última de sus criaturas..., como la más indigna de las esclavas que le sirven... Así adoraba Ella a Dios..., así se anonadaba ante Él..., así se sometía *en todo y siempre* a su divina voluntad..., así estaba toda la vida recibiendo y practicando su fórmula sublime de humildad... el programa de vida del verdadero humilde: «He aquí la esclava del Señor... Hágase en mí según tu palabra.» — Y como tenía este conocimiento profundo de Sí misma... y obraba siempre con esta

conciencia y persuasión de su nada, así aparecía también ante los demás. — Es Reina de los ángeles..., pero no lo demuestra... ¡Con qué reverencia les trata!... Ve en ellos a los servidores... fieles de Dios... a sus emisarios y embajadores... y así se humilla ante ellos... La disgusta y la turba verse reverenciada y alabada por ellos.

Así trata también con los hombres... Fíjate, especialmente, en su porte humilde y respetuoso, para con sus padres..., para con los sacerdotes..., para con sus superiores..., para con San José..., en fin, para con todas aquellas aldeanitas de Nazaret... Mira cómo vive exactamente igual que una de ellas... como la humilde esposa de un humilde carpintero... y tan convencida estaba de lo que era en Sí misma..., que no aspiraba a otra cosa, creyendo que no tenía derecho a otro género de vida..., sino más bien contentísima por su suerte, y eso que era... ¡la Reina del Cielo!... ¡Qué ejemplo..., qué lección para nosotros!...

Haz aplicaciones prácticas a tu vida..., compárate con la Virgen en algunos de esos casos que tú perfectamente conoces de tu vida, y verás así claramente tu soberbia..., tu amor propio..., tu orgullo refinado..., tu falta de humildad... y, por lo mismo, tu falta de conocimiento verdadero de ti mismo.

2.º *La verdadera grandeza.* — Y ahora medita en la grandeza que brota de la humildad...; ésta es la única que merece este nombre... Todas las demás grandezas son mentira. — Nunca es el hombre más grande que de rodillas..., esto es, que cuando se humilla y se hunde en el polvo de su miseria... Así se hundió el publicano del Evangelio y se hizo un santo... Así se hundió San Pedro en su humilde arrepentimiento y mereció ser levantado a la altura del primer Papa... Así, sobre todos los santos y sobre todas las criaturas, se hundió la Santísima Virgen al confesarse públicamente «esclava del Señor» y fue elevada a la dignidad de ¡Madre de Dios!... ¡Qué grandeza más verdadera la de la humildad delante de Dios y hasta delante de los hombres!...

Recuerda a Luzbel en el Cielo..., a Adán en el Paraíso... y te convencerás de que no sólo no conduce a ninguna grandeza la soberbia..., sino que hace más terrible y espantosa la caída. — Una vez, los hombres quisieron hacerse famosos y levantaron una torre que llegase hasta el Cielo, para desafiar el poder de Dios y hacer casi imposibles los castigos de su justicia..., y lo único que hicieron fue el ridículo más espantoso..., hacerse dignos del desprecio y de las burlas de todas las generaciones.

Compara ahora con ésta, la conducta de María, que no quiere pasar de la condición de sierva y esclava..., pero no de palabra, sino de veras quiere ser tenida como tal... y vivir siempre así... Y Dios la ensalza tanto, que también Ella excitará la atención de todas las generaciones..., pero para admirarla y bendecirla sin cesar... ¡Qué bien cumple Dios su

palabra!... «El que se humillare será ensalzado»...

De la nada creó al mundo y sacó todas las cosas, y no parece si no que ahora también quiere sacar de nuestra nada toda nuestra grandeza... Por eso exige como condición indispensable, para hacernos grandes y santos, que tengamos ante nuestros ojos siempre la nada..., la purísima nada que somos y que podemos. — La humildad y únicamente ella, es la que levanta la torre altísima..., firme... y segura que traspasa las nubes y llega hasta los Cielos..., hasta el trono mismo de Dios.

3.º *La verdadera fortaleza.* — En fin, en la humildad se encuentra el resorte secreto para las grandes hazañas, para los grandes heroísmos. — El humilde descansa en Dios..., cuenta con el poder omnipotente de Dios, y no hay nada que se le oponga..., ni dificultades que no venza. — No es la humildad la virtud del apocamiento y encogimiento que nos hace cobardes..., miedosos y pusilánimes..., muy al contrario, es la virtud de los fuertes..., la que da y engendra la verdadera fortaleza. — Todo su valor varonil y su gran energía y decisión en obrar, hemos dicho que sacó la Virgen de su fortaleza..., pero esta fortaleza fue fruto precioso de su profunda humildad.

En su Purificación, pasa María por una de las mayores humillaciones de su vida...; era necesario, para apreciarla en toda su extensión, conocer el amor de la Virgen a su pureza inmaculada... — La dignidad de Madre de Dios la hubiera pospuesto a su virginidad... y ahora, tiene que pasar a los ojos de los demás como una mujer inmunda. — La azucena purísima, aparece como marchita ante los hombres... Sólo Dios conoce su candor e inocencia... Fácilmente el amor propio hubiera buscado pretextos en este caso para obrar de otra manera: el celo por la gloria de Dios..., la edificación del prójimo..., la alegría de aquel pueblo al saber que ya estaba entre ellos el Mesías, etc. — María no admite tales sugerencias..., obedece a la ley con tanto mayor gusto cuando es para Ella más humillante... Dios estima en este día, más su ofrenda que ninguna, porque ninguna se la ofreció con tanta humildad... — ¡Ah!, pero mira a la vez con cuánta fortaleza y entereza... María, en esta ceremonia, ofrece a Dios a su Hijo... y se entrega Ella misma a la inmolación..., al sacrificio...

Tú también necesitas generosidad..., entereza..., fortaleza para ofrecer a Dios tu sacrificio..., el que más te cuesta y el más necesario..., el de tu amor propio... Hazlo con generosidad y entereza...; la humildad te la dará... — Pide a la Virgen un conocimiento de ti mismo y de tus defectos..., el conocimiento de tu conducta. — ¿Cuál es tu reverencia en la oración..., con los ángeles y santos..., con tus superiores..., cómo piensas de ellos... y cómo te portas con ellos?... ¿eres respetuoso..., deferente..., sumiso a todo lo que te mandan?... ¿Cómo correspondes a las gracias de Dios?... — La humildad te enseñará todo esto... Pídesela así a la Santísima Virgen..., úrgela y hazla gran fuerza para que no te

niegue esta gracia.

MEDITACIÓN 24

POBREZA

1.º *La Pobreza actual.* — Es la pobreza real y efectiva, que consiste en la carencia de bienes de fortuna. — Puede ser *involuntaria* cuando por disposición de la Providencia, nos encontramos en ese caso..., o *voluntaria*, cuando el corazón se desprende de todo lo que posee y de hecho deja y renuncia a todo, para con mayor libertad, servir a Dios y darse de lleno a su amor. — Esta segunda o también la primera, cuando se acepta con gozo y alegría, constituyen la virtud de la pobreza actual. — Esta virtud, es fuente positiva de inmensos bienes y de grandes y verdaderas riquezas..., ya que San Pablo no duda en afirmar que la avaricia es la raíz de todos los males... Así lo prometió Cristo: «El que dejare su casa y hacienda..., recibirá cien veces más y luego la vida eterna»... Y Él mismo la exigió como el primer paso para la vida de la perfección...: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes..., dalo a los pobres... y ven, sígueme»...

He ahí por qué es uno de los votos esenciales en toda vida religiosa, la pobreza actual... y por qué todos los santos tanto empeño pusieron en practicarla y a veces en forma sumamente heroica. — Entre todos, descuella en esto el gran San Francisco, que de tal modo la constituyó como característica de su vida y de su espíritu, que no quiso ser otra cosa sino el *Pobrecito de Asís*... Y no es extraño, pues no quiso con esto, sino ser un imitador de Aquél de quien dijo San Pablo «que siendo inmensamente rico, se hizo pobre por nosotros a fin de hacernos a nosotros, ricos con su pobreza».

Tan esencial consideraban esta vida de pobreza los Apóstoles... y tan perfectamente la practicaron en la escuela de Cristo, que no dudaron imponérsela a los primitivos cristianos, y así todos se desprendían de sus bienes y los llevaban muy gustosos a los pies de los Apóstoles, viviendo una vida común e igual de pobreza y de caridad...

2.º *Pobreza de María.* — Pero contempla el ideal de la pobreza de la Santísima Virgen... María era pobre, no poseía más que lo de las pobres aldeanas de Nazaret... Si en su nacimiento no hubo una pobreza miserable..., y una carencia total de bienes, pues dicen que sus padres poseían alguna casita..., pero Ella se desprendió de todo..., lo repartió entre los pobres y muy pobremente vivió.

Detente a contemplar la casita de Nazaret antes y después de vivir con San José... ¡Qué casita más sencilla y más pobrecita!... Recorre todas las estancias..., curioseas santamente todos los muebles..., la vajilla para comer..., la mesa y los asientos..., la cama y los vestidos... El taller de San José era un pobrísimo portal, con cuatro herramientas, las más indispensables..., rústicas..., muy usadas y gastadas... Allí no hay más

entradas que lo que gana diariamente San José...; no siempre había encargos de trabajo, y entonces, la pobreza sería estrechísima y quizá algún día permitiera Dios que les faltara hasta su pobre comida.

Asiste a una comida en Nazaret... Todo está impregnado de pobreza..., de frugalidad. — Y esto era lo ordinario..., pero a veces tenían que sufrir, de manera más extraordinaria, las privaciones de la pobreza...; parece que Dios se recreaba en ella... — Recuerda el viaje a Belén... Probablemente San José había llevado al matrimonio algún ahorrito, que con ese fin había hecho... Aquello era toda su esperanza, para cuando naciera el Niño... ¡Con qué gusto iban a gastarlo todo, y más que tuvieran, por preparar una cunita regalada al Hijo de Dios..., pero el viaje a Belén trunca todas sus ilusiones..., desbarata sus planes..., sus pobres y pequeños ahorros los han de gastar en el viaje... y lo que es peor, en pagar el tributo cruel..., bárbaro..., injusto, al César..., y Jesús nacerá no en la pobreza, sino en la indigencia más extrema..., sin casa..., sin cuna..., apenas sin pañales..., sin nada.

Vuelven, por fin, a Nazaret y apenas San José, con su trabajo redoblado, logra otra vez reunir un pequeñísimo ahorro..., es otro viaje más duro..., más largo..., más penoso el que les espera, ¡el viaje a Egipto!... ; otra vez en las estrecheces de la indigencia... ¡Qué días pasarían al principio en Egipto hasta que fue dándose a conocer San José..., y comenzó a adquirir alguna parroquia...! Vivían de pura limosna.

En fin, cuando ya se han acomodado y ya pueden respirar un poco..., otra vez de viaje..., a Nazaret de nuevo..., a comenzar otra vez a buscar nuevos encargos y trabajos. — Mira a la Santísima Virgen, buscando trabajo para San José..., y es ¡la heredera de la corona de David!..., ¡la Emperatriz del Cielo!..., la Reina de ángeles y hombres!..., y, no obstante, ¡qué contenta..., qué satisfecha..., qué alegre está desposada con la pobreza!...

3.º *Consecuencia de esta pobreza.* — María no sólo vivió oculta y privadamente pobre..., sino que públicamente tuvo que aparecer siempre así en muchas ocasiones. — Acuérdate del misterio de la Presentación y de la ofrenda que entonces llevó... Ni siquiera tuvo para comprar un corderillo y tiene que contentarse con la ofrenda de los más pobres, un par de palomitas.

De aquí se derivaron, para Ella, muchos actos de virtud que tuvo que practicar... ¡Con qué desprecio, por ejemplo, la tratarían las demás que iban al Templo, con ofrendas más ricas!... ¡Qué poca consideración por parte de aquellos sacerdotes!... Como suele acontecer con los pobres, no les harían caso..., abusarían de ellos, haciéndoles esperar más de lo debido, por atender a otros a quienes les convenía más tener contentos... ¡Qué de humillaciones y desprecios causa la pobreza!... Por eso mismo, su trato había de ser con gente ignorante..., inculta..., grosera..., como suelen ser los pobres...; a Ella misma, así la tratarían, como una de tan-

tas..., y a su mismo Hijo, no pudo darle una educación más elevada..., quizá no la fue posible enviarle a aquellas escuelas de los rabinos..., sino emplearle en los recados de la casa y del taller... y en seguida, en ayudar a su padre a ganar de comer...

Así era conocido Jesús, como el hijo del pobre carpintero..., como el hijo de aquella pobre aldeana que se llamaba María... ¡Qué admiración debe causarnos todo esto!... ¡Qué deseos de estudiar los secretos que, sin duda, encierra la pobreza!... Pregunta a María: ¿por qué la amó tanto Ella? Dila que te enseñe la razón por la cual fue tan querida de Jesús y de Ella, que no se apartaron de esa virtud ni un momento... ¿qué será? — Medítalo muy despacio en compañía de tu Madre.

MEDITACIÓN 25

POBREZA

1.º *Pobreza de espíritu.* — Es evidente que la pobreza de espíritu o el espíritu de pobreza es lo que da valor y mérito a esta virtud... — No es virtud la mera carencia de bienes de fortuna... y así hay muchos pobres que no practican esta virtud, a pesar de no poseer nada... y, en cambio, puede darse verdadera pobreza de espíritu en medio de la misma opulencia.

Esta pobreza de espíritu, como la llama Jesucristo en sus bienaventuranzas, consiste en el desapego del corazón de toda riqueza, hacienda y bienes materiales..., de suerte que mi se ponga el alma en las riquezas..., ni las riquezas en el alma», como dice San Francisco de Sales. — La raíz de esto, brota de la profunda convicción que debemos tener, de que nada de cuanto existe es nuestro con dominio completo... total... y absoluto..., aunque lo poseamos con legítimo título y podamos decir con verdad «esto es mío»..., pues al fin, el único dueño y señor absoluto de toda la hacienda, es Dios.

Respecto de los bienes de fortuna, no tenemos nosotros otra relación que la de meros administradores de ese único y supremo Señor... y, por lo mismo, no podemos disponer de ellos a nuestro antojo, sino dentro de las órdenes y disposiciones de su legítimo dueño.

El abusar de las riquezas..., el apetecerlas y desearlas... y el trabajar por atesorarlas..., o si no se poseen, lamentarse de su carencia..., quejarse ante Dios y maldecir de su suerte..., al mismo tiempo que se fomentan afectos de envidia hacia los que tienen mucho..., todo esto, es contrario a la pobreza de espíritu.

Escucha, en cambio, a San Pablo, que dice: «Todo lo considero como basura, asquerosa y despreciable, en comparación de la única riqueza que es ganar a Cristo.» — Por tanto, el pobre de espíritu debe vivir contento con su indigencia, si Dios le ha puesto en ese estado..., comprendiendo que con eso tiene facilitado, en grado sumo el camino de la santidad..., y si tiene fortuna, la ha de emplear en bien de sus

hermanos, evitando la avaricia..., la ambición..., el deseo de atesorar y aumentar más y más sus caudales..., poniendo su corazón en los bienes eternos del Cielo... y no sepultándolo en los miserables y caducos de la tierra.

Ya hemos dicho que así fue la Santísima Virgen... Vivió siempre en pobreza actual, pero a la vez con un espíritu admirable de la misma... ¡Qué despegó el suyo! ¡Qué diferencia!... ¡Qué poco valor daba a todo eso que constituye los bienes de fortuna! — Sus bienes y su fortuna estaban reconcentrados en un solo objeto, ¡en su Jesús!... Eso era lo que ambicionaba..., lo que no quería perder... De ahí aquella avaricia santa de no desperdiciar ni una de sus palabras..., ni una de sus acciones..., sino que las guardaba todas en el secreto de su corazón, para luego a solas..., como el avaro con sus riquezas, recrearse en recordarlas..., meditarlas..., saborearlas. — Con Jesús no la importaba nada de lo de la tierra. — Los Magos la dan una respetable cantidad de oro...; lo acepta agradecida, pero según el sentir de los Santos Padres, lo repartió en seguida entre los pobres. ¡Qué desprendimiento y qué desprecio a la vez del oro!...

2.º *Sus ventajas inmensas.* — Tan inmensas y tan múltiples son, que es difícil sólo el enumerarlas. — Ante todo, la pobreza constituye el primer punto del sermón de la Montaña. — Es la primera de todas las bienaventuranzas, a la que Cristo promete solemnemente la posesión del reino de los Cielos. La pobreza constituyó uno de los temas más importantes de su predicación... ¡Cómo anatematizaba a los ricos!... ¡Qué difícil les puso la entrada en los Cielos!... Más que el paso de un camello por el ojo de una aguja.

Además, quiso darnos ejemplo acabadísimo de la pobreza *afectiva* y *efectiva*... ¿Quién le obligó a nacer..., a vivir..., a morir tan pobremente?... La joya preciosa con que quiso adornarse en su vida, fue la pobreza. — A los que dejaron todo por seguirle, les hizo apóstoles..., santos..., pero a los cobardes y apegados al dinero, no les dio nada. — El joven, del Evangelio a quien invita a ser pobre por Él, hubiera sido eso..., uno de sus apóstoles... o de sus discípulos..., quizás una gran figura en su Iglesia, y un santo grande en el Cielo..., pero no quiso dejar su posición y su fortuna, y ya no se habla más de él en el Evangelio...; lo perdió todo por no dejarlo todo voluntariamente.

La pobreza, además, lleva consigo un cortejo lucidísimo de otras virtudes...:

- a) Privaciones frecuentes y aún continuas en la comida, en el vestido, en el modo de vivir...
- b) Por lo mismo, es un ejercicio no interrumpido de mortificaciones exteriores y corporales... y también de las interiores del espíritu...
- c) Al pobre, no le faltarán abandonos..., desprecios..., humillaciones..., indiferencia..., ingratitudes y faltas de correspondencia,

por parte de los poderosos, que se desdeñarán en mirarle..., en alternar con él.

d) Con esta pobreza va unida la necesidad del trabajo corporal..., molesto y fatigoso..., pero a la vez, le hará confiar más y más en la Divina Providencia, de la que principalmente vive y de la que lo espera todo...

e) Por lo mismo, la pobreza engendra espontáneamente un gran espíritu de oración, pues nadie mejor que el pobre, siente su absoluta necesidad...

f) En fin, la pobreza hace al entendimiento más claro para comprender el verdadero valor de las cosas de la tierra..., y al corazón, más libre de apegos y preocupaciones, para poder volar mejor a Dios, sin nada que ate o ligue sus alas.

Medita bien en todo esto, para que estimes como se debe a esta divina virtud y verás cómo no te extrañará el amor que la tenía la Santísima Virgen y la alegría con que vivía abrazada a ella.

3.º *Tu pobreza de espíritu.* — Has de trabajar por adquirir esta virtud tan necesaria... si estás en posición desahogada, para ejercitar la virtud de la pobreza y de la caridad entre los pobres a quienes debes socorrer...; si Dios te da a sentir los efectos de la pobreza actual, para saber agradecer este beneficio y verte semejante a Cristo y a María, pobres por nuestro amor. — Que nunca olvides el ejemplo de un Judas, que por amor a las riquezas y por su avaricia, cayó en su negra y espantosa traición...; que aprendas de María a trocar el oro terreno de los Magos, por el oro preciosísimo de la caridad con el prójimo..., por el oro valiosísimo de la abnegación y del sacrificio.

¿No pensaría Cristo en su Madre..., en nuestro gran modelo, cuando proclamaba la dicha y la bienaventuranza de la pobreza?... ¿Te parece algo a Ella en esto?... ¿No tienes aspiraciones mundanas de brillo..., de alabanzas..., de deseo de figurar?... — ¿Piensas mucho en que el reino de los Cielos es para los pobres de espíritu y humildes de corazón?... ¿Tienes muy presentes las palabras de tu Madre, de que «Dios a los pobres les llena de bienes... y deja vacíos a los ricos del mundo»?... ¿Te complaces en visitar a los pobres..., tratarlos..., socorrerlos?... ¿Te avergüenzas, quizá, de alguno de tu familia por ser pobre o vestir pobre?... ¿Te gusta hacer alarde de nobleza y de riqueza entre los demás? — Pide a Cristo y a María su pobreza, que esa es su herencia.

MEDITACIÓN 26

OBEDIENCIA

1.º *Su excelencia.* — No es fácil adivinarla y comprenderla en todo lo que vale. — De la soberbia brota la rebeldía y la desobediencia... de la humildad, la obediencia. — En Cristo estaban ambas

íntimamente unidas, como dice San Pablo: «Se humilló y se hizo obediente.» — Esto mismo ocurría con la Santísima Virgen. — La obediencia es el distintivo y la característica del espíritu de Cristo...; la rebeldía es la del demonio, del mundo y de la carne.

Escucha las primeras palabras de Cristo: «Dios mío, he venido a hacer tu voluntad... y tu ley está en medio de mi corazón»... Luego, aquellas otras: «Mi comida y mi bebida es hacer la voluntad del que me envió»... Y así comprenderás con cuánta razón pudo decir luego el apóstol «que su obediencia fue hasta la muerte y muerte de Cruz»... ¡Cuántas veces predicó Él esta doctrina que practicaba: «El que a vosotros oye, a mí me oye..., el que os desobedece y desprecia a mí me desprecia.»

La obediencia no es virtud exclusiva de los conventos, sino que todos estamos obligados a obedecer a los superiores que nos mandan, en nombre de Dios, — San Pablo, dice: «Hijos, obedeced a vuestros padres. — Criados y siervos, servid y obedeced a vuestros señores, con respeto y temor. — Ciudadanos, vivid sometidos a los magistrados y autoridades y obedeced sus órdenes...; en fin, todos obedeced a vuestros superiores y preladados, ya que ellos velan por vosotros, como que han de dar cuenta a Dios de vuestras almas.» — Dios todo lo ha puesto bajo la obediencia; de suerte que nadie, ni aún los mismos superiores, están exentos de ella. El superior debe obedecer el primero...; nadie sabe mandar, si no sabe antes obedecer. — Ha de obedecer a los que sean superiores a él... y, en último caso, a Dios, pues de tal modo el superior debe representar a Dios, que todo lo que mande y ordene, sea conforme a lo que Dios le inspire y le comunique en la oración.

Piensa, si tienes que mandar, que no puedes hacerlo a tu gusto..., a tu capricho..., sino únicamente exponiendo a tus súbditos la voluntad del Señor, de la que debes ser fiel intérprete...; si no es así, ni tú tienes derecho a mandar, ni tus súbditos obligación a obedecer.

Mira cuán excelente es la obediencia, pues nos hace conocer y practicar sin miedo a equivocarnos, en cada caso concreto de nuestra vida, qué es lo que Dios quiere de nosotros entonces...

2.º *Sus frutos.* — Son también grandes y excelentes los frutos que produce la obediencia: 1.º Ese descanso y seguridad que da al alma, sabiendo que ciertamente..., infaliblemente..., mientras obedece acierta sin equivocarse jamás con la voluntad de Dios... 2.º Como consecuencia de esta seguridad, una paz en el alma y en el corazón... y un sosiego interior... verdaderamente imperturbable, pues excluye totalmente toda duda..., vacilación..., escrúpulo, etc... 3.º Una semejanza grande que el alma adquiere con Jesús y con la Santísima Virgen, que no vivieron sino siempre sometidos a las pruebas, a veces difícilísimas y heroicas de la obediencia... 4.º Un espíritu grande de sacrificio, que con ella, se adquiere y se practica..., ya que la obediencia es la oblación continua del amor

propio..., del parecer propio..., de la voluntad propia, que es lo que más cuesta y lo que más agrada a Dios...; «mejor es la obediencia que cualquier otro sacrificio».

5.º La obediencia purifica, por lo mismo, sin cesar, nuestra intención, pues por ella dejarnos de buscarnos a nosotros mismos, para buscar y encontrar indefectiblemente a Dios... 6.º Con ella se aumenta considerablemente el mérito y valor de nuestros actos, pues todos, aún los más insignificantes en sí, adquieren un grado insospechado de merecimientos delante de Dios..., al contrario de lo que ocurre cuando obramos independientemente o contra la obediencia...: como entonces buscamos nuestra satisfacción, ya tenemos en eso la recompensa de nuestros actos... 7.º Del mismo modo, con la obediencia crecen y se fortalecen considerablemente todas las virtudes... y se adquiere y se asegura con ella la victoria final, pues dice el Espíritu Santo «que el obediente cantará victorias...

8.º Por eso mismo, la obediencia nos da armas ofensivas y defensivas contra todos nuestros enemigos... ¿No te has fijado en el empeño del demonio cuando te tienta, en aislarte de tu confesor..., director... o superior?... Pues es por eso; bien sabe él que mientras obedezcas, no podrá nada contigo..., pero ¡ay de aquél que entonces se desligue de la obediencia y pretenda querer combatir él solo!... ¡Qué difícil es que triunfe!... 9.º En fin, el obediente tiene derecho a contar con el poder de Dios..., con la Providencia de Dios, que no puede menos de palpar íntimamente y más que nadie..., pues el obediente es el que prácticamente se arroja y se abandona en brazos de Dios..., renuncia a sí mismo, para ser todo de Dios... y, por lo tanto, todo lo espera y con razón, de El.

3.º *Mirando a María.* — A pesar de todas sus excelencias magníficas y de sus frutos tan ricos..., lo que más debe animarte a amar la obediencia y a ejercitarte en la práctica de la misma, es el ejemplo de la Santísima Virgen. — ¡Qué modelo de obediencia el suyo!... Siempre obedeció con rendimiento de juicio..., alegría de corazón... y prontitud en la ejecución.

Mira su obediencia ordinaria..., continua a San José, a quien ve como cabeza de aquella casa y representante directo de la autoridad de Dios. — No discute sus órdenes..., no contradice sus indicaciones..., no sigue otros consejos y orientaciones, aún en las cosas más pequeñas, sino las que él la da. — Mejor diremos que Ella nunca consideró como cosas pequeñas las que ordenaba la obediencia...; por eso, aquella sumisión total y completa a la voluntad divina, aún manifestada por un superior que bajo muchos aspectos era inferior a Ella...; no obstante, obedece como una *esclava*, es siempre la «esclava del Señor» y de sus representantes..., carece de libertad..., de voluntad..., de parecer propio...; no tiene derecho a pensar..., ni a enjuiciar...; menos a criticar y

a censurar lo que de parte de Dios la mandan...; si lo hiciera así dejaría de ser la «esclava»..., pues ésta ha perdido toda su personalidad... y María ama tanto a ese título, que lo ha constituido como programa de su vida...; ha renunciado libre..., espontánea... y generosamente a todos sus derechos..., a toda su libertad para esclavizarse totalmente a Dios.

Quien ha hecho voto de obediencia, vea a lo que se ha obligado... Éste es el modelo... No hay otro modo de cumplirlo, que ser... y vivir... *totalmente esclavizado* en su libertad..., en su voluntad..., en su mismo parecer, al de los superiores. A imitación de María, no podrá detenerse a examinar las razones... o los motivos de lo que se le manda...; sólo debe saber si está mandado o no, y obrar conforme a ello, sin dilaciones de ninguna clase. — Los que no tengan ese voto, vean también dónde está el ideal de esta virtud... y comparen su conducta con la de la Santísima Virgen. — Haz tú un examen muy detenido de este punto..., analiza bien tu obediencia..., ponla en parangón con la de María y deduce de aquí la consecuencia de lo que has de hacer.

MEDITACIÓN 27

OBEDIENCIA

1.º *Obediencia verdadera*. — Es la que consiste en la sumisión de la parte superior de nuestro ser, a las disposiciones del que manda..., esto es, puede ser que la parte inferior se rebele..., que se sienta al obedecer, repugnancia... o temor ante las dificultades que en algunos casos suponga la obediencia. — Cristo Jesús fue el primero en sentir esa repugnancia y esa debilidad en la parte inferior de su naturaleza, que se asustaba en el Getsemaní, ante aquella obediencia heroica..., ¡hasta la muerte!, ¡y muerte de Cruz!... a que iba a ser sometido. — Esto es muy humano..., muy natural...; lo contrario sería convertirnos en estatuas, con una indiferencia e insensibilidad antinatural... y además, esto restaría valor y mérito a nuestra obediencia.

El mérito está en sentir eso... pero a pesar de ello, decir, como Cristo, ¡adelante!, «no se haga mi voluntad, sino la tuya»..., sea lo que sea..., cueste lo que cueste... ¡Qué sacrificio tan precioso y tan agradable a los ojos de Dios el que entonces le ofrecemos!

Tampoco deja de ser verdadera la obediencia si exponemos a nuestros superiores, con sencillez y humildad, algunos motivos e inconvenientes que necesitan aclaración..., sin ánimo ni intención de protestar..., ni siquiera de disentir de lo ordenado..., sino simplemente de aclarar o consultar..., exponer, no es oponerse. — Recuerda el caso tan claro en este punto de la Santísima Virgen..., dispuesta a obedecer ciegamente... no obstante, pregunta al ángel..., expone sus dudas..., pide aclaración para saber mejor la forma en que ha de obedecer... y conocida ésta, ya no cabe más que una sola palabra: *Fiat*, hágase.

2.º *Obediencia perfecta*. — Aunque esa sea la verdadera

obediencia, sin embargo, ésta admite grados y así puede ser más o menos perfecta...

La obediencia perfecta es la que reúne las condiciones de la misma, ya expuestas en una de las meditaciones de la vida de Nazaret..., la que obedece con prontitud y alegría..., con espíritu sobrenatural, únicamente por Dios, no por motivos naturales de agrado o simpatía..., con rendimiento total de la voluntad y del entendimiento, no para obrar irracionalmente y en contra de nuestra razón, sino para no ver con los ojos de nuestro propio juicio y así hacer ciegamente lo que se nos manda.

En fin, la obediencia perfecta, obedece totalmente..., sin limitaciones de tiempo ni de cosas...; no obedece cuando tiene ganas... o cuando la agrada..., no mira las dificultades, sino que siempre, y en todo instante, cumple exactamente lo ordenado..., hasta en los más mínimos detalles. — Esta es la gran obediencia..., la tan alabada y recomendada por todos los santos. — ¡Qué cosas no dijeron de ella San Agustín, Santo Tomás..., Santa Teresa de Jesús..., San Ignacio de Loyola! — Toda la perfección la hicieron depender de la obediencia... Y el mismo Dios, ¡cuántas veces a almas que Él mismo dirigía e inspiraba directamente, las obligaba, después a dar cuenta a sus confesores y directores, para someterlo todo a la obediencia!

3.º *Perfección de María.* — Aplica todos estos puntos a la obediencia de la Santísima Virgen, y mira la perfección con que ejerció esta virtud. — Ayer meditábamos su obediencia ordinaria y cotidiana, de la que ni un momento de su vida prescindió... Mira, además, hoy su obediencia en los casos extraordinarios que a Ella... y a ti también a veces enviará el Señor.

No dudes, que el Señor tiene empeño en probar nuestra virtud... Puso a prueba la obediencia de los ángeles..., de Adán y de Eva..., de Abraham..., de Moisés..., etc., y también probó la de la Santísima Virgen..., no porque dudara de Ella, sino para hacerla resaltar más a nuestros ojos... y añadir más méritos a los que ordinariamente adquiría con su modo perfectísimo de obedecer.

Es verdad que una obediencia diaria..., constante..., siempre y en todo perfecta, deja de ser obediencia vulgar, para convertirse en obediencia extraordinaria y hasta heroica... ¡Qué gran heroísmo el de lo vulgar..., lo monótono..., lo de siempre igual todos los días! — Pues bien, María, aparte de este heroísmo y de esta perfección..., tuvo la de la obediencia puesta a prueba en ocasiones difíciles..., extraordinarias..., en las que podía caber, a nuestro modo de entender, alguna disculpa para dejar de obedecer. — Pero María nunca encontró esa disculpa.

Mira su obediencia a Dios que la inspira el voto de virginidad... Ella sola..., única..., sin precedente..., exponiéndose a la deshonra pública y a las burlas de los demás..., etc. — María no mira nada, y hace alegre y

prontamente lo que el Señor la inspira. — La inspira también la vida de retiro en el Templo... y es tal su prontitud, que a los tres años se arranca de sus padres, deja su casa y obedece la inspiración de Dios. — La mandan después los sacerdotes desposarse con San José, y les obedece como al mismo Dios. — Es el ángel, quien de parte de Dios la llama a ser su Madre, y aunque no entiende cómo ha de ser eso..., se sujeta a su voluntad y obedece... y luego, ya en la vida de Jesús, ¡qué obediencia la suya en los diversos viajes que Dios dispone..., en el cumplimiento de las leyes que a Ella no la obligaban... No tiene necesidad de ir al Templo..., no tiene que purificarse de nada... y, sin embargo, antes que faltar a la obediencia, prefiere obedecer en aquello que no tiene necesidad ni obligación.

En la vida pública de su Hijo, la inspira Dios que se retire y oculte..., y no aparece por ninguna parte... La dice que debe acompañar a su Hijo en la Cruz..., y allí va decidida sin pensar en el sacrificio tan enorme que esto iba a suponer para Ella. — Obediente hasta la muerte, como su Hijo.

4.º *La copia.* — Tú debes ser la copia de ese modelo perfectísimo. — Has de trabajar para que la obediencia sea en ti, también algo esencial en la vida de tu espíritu. — Debes obedecer en lo ordinario y en lo extraordinario. — Obediencia universal en todo y a todos: María obedece al ángel..., no dice «hágase en mí la voluntad de Dios», sino «tu palabra»..., de modo que aunque sea inferior, si representa a Dios, debes obedecer. — María obedece al César, vano y ambicioso..., obedece la ley humillante..., obedece a San José..., obedece a los Apóstoles y a sus sucesores o representantes.

Debes obedecer por Dios y a Dios, sea el que sea quien en su nombre te mande. — Debes entregarte de lleno..., sencillamente..., confiadamente a quien en su nombre y con su autoridad dirige tu alma...; sólo así lograrás ser verdaderamente obediente..., sólo así vencerás y dominarás tu soberbia..., tu orgullo, que bajo tantas formas se manifiesta y te domina...; sólo así serás copia exacta de tu Madre...

MEDITACIÓN 28

LA CASTIDAD

1.º *La virtud blanca.* — Es la virtud de la belleza..., de la blancura del alma. — Todas las virtudes son ornamento riquísimo del alma..., pero ninguna la adorna con tanta gracia y hermosura como ésta... «¡Oh, qué hermosa, dice el Espíritu Santo, es la generación casta y pura, llena toda ella de claridad...; qué apreciada es delante de Dios y de los hombres!»

Flores muy bellas de aroma encantador son las demás virtudes..., pero la castidad es la azucena de las mismas..., el lirio que recrea y enamora al mismo Dios. — Así lo canta la Iglesia en sus himnos, cuando dice que «Dios anda siempre entre lirios»... — También ha reservado una

bienaventuranza especial para ella: «Bienaventurados los limpios de corazón»... Y es que aunque todo pecado..., toda falta, es una mancha del alma..., parece que ninguna la mancha como la impureza...; ésta es, el pecado feo..., sucio..., vergonzoso, más que ninguno otro pecado. — Es el más aborrecido de Dios..., el que más ofende los ojos purísimos e inmaculados de nuestra Madre.

Para él reservó Dios sus mayores castigos, aún aquí en la tierra: diluvios de agua y de fuego, no dudó en enviar al mundo para purificarle de este vicio repugnante y abominable. — He ahí por qué el demonio, en su afán de vengarse de Dios, es el pecado que más procura que cometan las almas... y es, sin duda, el que más almas lleva al infierno.

La castidad es la virtud más delicada...; cualquier hábito de carne la empañá y marchita.

Es cierto que no se pierde esta virtud solo por sentir la tentación..., aunque sea ésta muy fuerte..., muy repugnante..., muy pesada. — Muchísimos santos, a pesar de su santidad, pasaron por la humillación de sentir estas tentaciones y no dejaron, por eso, de ser grandes santos... Se peca y se pierde la castidad, cuando se *consiente* libre y voluntariamente en cualquier cosa, por pequeña que sea... y aunque sea por poco tiempo. — Fíjate bien, aunque te parezca poca cosa...; si es impura, ya es pecado..., pues no existe, en este punto, la llamada «parvedad de materia» o materia leve... ¡Qué delicadísima es!... Todo cuidado y mimo es muy poco siempre...; nunca creas que en esto puedes pecar por exageración... Las almas más puras, como la de un San Luis Gonzaga, fueron las más exageradas en esta materia... ¿Cuál sería, pues, la delicadeza exageradísima de tu Madre querida, si tanto fue lo que Ella amó a esta flor bellísima?...

2.º *La virtud clara.* — Es la virtud de la luz... El alma casta, está envuelta en la claridad de la luz divina... Por eso, «los limpios de corazón son los únicos que ven y verán a Dios»... Luz para el entendimiento..., luz para el alma y el corazón... Los pensamientos puros son diáfanos..., claros más que la luz... Los amores puros, son los amores sinceros y verdaderos..., los únicos que merecen este nombre..., nunca se rebaja tanto el amor como cuando se asienta en la impureza... Eso ya no es amor..., es una pasión baja, llena de egoísmos groseros y de concupiscencias animales.

Es luz para nuestro entendimiento, puesto que la impureza es ceguera y oscuridad de espíritu, que priva al hombre del conocimiento:

a) De sí mismo..., esto es, de su dignidad..., de lo que es..., de lo que debe de ser..., de lo que se debe a sí mismo... Si al cometer el pecado se acordara el hombre de lo que es y de lo que va a ser después, no lo cometería. — San Pablo le llama (hombre animal), esto es, hombre carnal, incapaz de percibir las cosas de Dios. — San Bernardo dice, que en los demás pecados, por ejemplo, de avaricia..., de soberbia, etc., peca

el hombre..., pero en este pecado, peca el animal..., porque esa pasión es tan baja y rastrera, que le pone al nivel de las bestias. ¡Qué ceguera de sí mismo!

b) Pero también priva al hombre del conocimiento del pecado que comete..., pues se le conoce cuando no se ha cometido...; entonces es cuando se tiene miedo..., asco..., repugnancia a este pecado. — Pero cuando se le comete, este conocimiento se debilita..., se pierde el miedo y la vergüenza y se llega al escándalo..., al endurecimiento del corazón..., al cinismo desvergonzado.

e) En fin, priva al hombre del conocimiento de Dios. — La impiedad y la incredulidad y la misma apostasía, son casi siempre efectos de la impureza. — La idea de Dios, es algo que turba el placer del hombre carnal y para mejor entregarse a su pecado, reniega de Dios y se aparta de El... Esto hizo Salomón..., Lutero... y tantos otros,

3.º *La virtud noble.* — Toda nuestra nobleza y dignidad depende de nuestra parte espiritual..., pero ésta es la que cae vencida por la carne..., por la materia en todo pecado carnal. — Hay en nosotros una continua lucha entre el espíritu y la carne...; el primero aspira a subir hacia arriba..., hacia Dios, que es su modelo, ya que el alma es imagen suya...; la carne tiende a bajar..., a arrastrarse por el lodo y la tierra de donde brotó... He aquí la lucha constante que se sostiene en nuestro interior. — Si el espíritu sube, ha de ser triunfando de la carne...; ésta es la virtud de la pureza... Si se deja arrastrar por aquélla y es vencido por la carne, tenemos el pecado impuro.

De suerte que la pureza es el resultado de una victoria... y la impureza de una vergonzosa derrota. — Por eso es la virtud noble..., digna..., valiente..., propia también de los valientes...; es la virtud por excelencia viril..., enérgica..., que no admite la más pequeña claudicación o transigencia.

4.º *La virtud de María.* — Es, ciertamente, la más querida..., más buscada..., mejor custodiada por la Santísima Virgen. — María es toda blancura, sin mancha posible, pero menos aún mancha carnal... Concebida blanca, persevera en su blancura inmaculada hasta el fin de su vida. — María es la Reina de la luz..., que no tiene menguantes, como la luna..., ni ocasos, como el sol..., sino siempre luz..., toda luz, sin mezcla de sombra de ninguna clase.

Todas las almas, aún las más santas tuvieron alguna mancha..., alguna sombra... María es el único espejo purísimo de la luz indeficiente y eterna de Dios... ¿Cuál sería el conocimiento que tendría con esa luz, de Sí misma..., del pecado..., de Dios?... ¿Qué extraño que tanto ame a la pureza, si es la virtud de la claridad y de la luz?... ¿No ves cómo el impuro gusta de la oscuridad y de las tinieblas?... Ese es su ambiente...: oscuridad de infierno.

Por último, contempla a María acrisolando su pureza, no con luchas ni pruebas..., pues Dios no quiso que sintiera el aguijón de la concupiscencia..., pero trabajando..., vigilando..., orando..., mortificándose como si la sintiera y como si tuviera miedo de perder su virtud... ¡Qué energía tan simpática la suya para guardar y conservar aquella joya inmaculada!... ¿Por qué no eres tú así?

MEDITACIÓN 29

LA CASTIDAD

1.º *La flor virginal.* — Todo lo dicho de la blancura..., de la claridad y brillo... y de la nobleza y dignidad de la castidad, se ha de decir, sobre todo de la castidad virginal..., que es el grado más perfecto y más excelso a donde puede llegar esta virtud...; es el grado máximo que eligió la Santísima Virgen para su castidad. — Tanto más meritoria aparece la virginidad, cuanto es más libre y voluntaria en el hombre.

La castidad es obligatoria en todos los estados de vida que elijamos... Hemos de ser castos necesariamente en pensamientos..., deseos..., palabras y acciones...; a esto se reduce el fiel y exacto cumplimiento del sexto precepto de la ley de Dios. — Pero la virginidad es una virtud voluntaria..., a nadie obliga..., sino que libre y espontáneamente la abraza el que quiere.

Gracia muy grande de Dios es ésta, que supone una luz especial para que con ella se conozca la hermosura..., la belleza divina de la virginidad y así conociéndola no se pueda menos de enamorar de ella... y recibirla, no como una carga pesada, sino como un don excelentísimo que Dios concede... ¡Dichosas las almas que han recibido esta luz! — Si el mundo todo la recibiera... y conociera lo que encierra la virginidad, no habría nadie que la desechara. — Es, por tanto, el *tesoro escondido* del Evangelio, que el que lo encuentra, da todo lo que tiene por comprar su posesión y por no perderlo nunca.

San Pablo dice «que no tiene recibido de Dios mandato para imponer la virginidad, pero que la aconseja como el estado mejor»... Y da la razón. «El que no tiene mujer, dice, únicamente le preocupan las cosas de Dios y cómo ha de agradarle...; al contrario, el que se casa, ha de afanarse por las cosas de la tierra y se halla como dividido su corazón»... «Del mismo modo, sigue diciendo, la mujer que quiere ser virgen, sólo piensa en Dios para ser santa en cuerpo y alma..., mas la casada, piensa en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a su marido...; todo esto os lo digo para vuestro provecho..., no para echaros un lazo y engañaros, sino para exhortaros a lo más laudable y hermoso y a lo que da más facilidades para servir a Dios sin embarazo alguno.»

Y después de repetir estas ideas de diversas maneras, como para sellarlas con toda la autoridad, termina diciendo: «Y estoy cierto que todo

esto que digo, me lo inspira el Espíritu de Dios.» — Y así es, sólo Dios puede inspirar y dar a conocer la belleza incomparable de la virginidad...

2.º *La flor angélica.* — Virtud y flor angélica se llama a la castidad, pero singularmente estas palabras convienen a la virginidad..., porque esta virtud hace al alma virgen, semejante a los ángeles, ya que de tal modo dignifica y ennoblece al que la posee, que transforma..., eleva y espiritualiza su carne de tal manera, que la hace vivir como si su alma no estuviera encerrada en el cuerpo grosero y material..., como si fuera espíritu puro, cual los ángeles.

Muchos Santos Padres comparan a las almas vírgenes con los ángeles, y prefieren a aquéllas, antes que a éstos. — San Ambrosio, dice: «Los ángeles viven sin carne..., las almas vírgenes triunfan de la carne.» — San Pedro Crisólogo, añade: «Es más hermoso conquistar la gloria angélica, que recibirla por naturaleza...; la virginidad conquista en la lucha, y después de muchos esfuerzos, lo que los ángeles de Dios han recibido naturalmente.»

San Bernardo, exclama: «El alma virgen y el ángel, sólo se diferencian en que la virginidad del ángel es más dichosa, pero la del alma virgen es más valerosa y meritoria...» En fin, San Jerónimo escribe: «Apenas entró el Hijo de Dios en la tierra, se constituyó una nueva familia, nunca vista ni conocida hasta entonces: la familia de las vírgenes, para que Él, que en el Cielo era adorado por ángeles, lo fuera también por estos otros ángeles en la tierra...»

He aquí por qué esta virtud hace al hombre tan amable y querido para los ángeles...; porque los ángeles, como todos los seres, aman a sus semejantes... y así no pueden menos de amar a los que tienen esa carne angelizada, y que viven c ángeles en la misma naturaleza corpórea y material. — Por esta misma razón, la belleza de esta flor es perenne y eterna..., como es la de los ángeles..., pues no fundándose en razones canales y materiales que son corruptibles..., carece de principio de corrupción...; y así, cuando todo en la tierra se deshace y se desmorona... y se deteriora con el tiempo, que todo lo consume..., la carne virginal, aunque parezca que con la muerte también se deshace y corrompe, pero conserva como germen la incorrupción moral y física... y un como derecho a la inmortalidad. — Esta es la hermosísima y purísima generación de las almas vírgenes... Parece que es como una nueva generación, distinta de las demás, que conserva dichosamente, en el mundo, el recuerdo de aquel estado de inocencia y pureza, en que fue creado el hombre por Dios, en el Paraíso.

3.º *La flor de María.* — Ésta es, por antonomasia, la flor predilecta de nuestra querida Madre..., de tal suerte, que esa virtud es la que la denomina con el nombre de *la Virgen*. — Fíjate bien en ese nombre y la fuerza que tiene al llamar así a María... No la llamamos «la humilde..., ni la obediente»..., etcétera, aunque fue todo eso y modelo

acabadísimo de todas las virtudes...; en cambio, se la dice la «Virgen» y parece que ya está dicho todo con llamarla de esa manera.

Por de pronto, Ella no quiere otro título mejor que ése... y hubiera dejado el grandioso de Madre de Dios si fuera incompatible con el de su virginidad. — Ni en las tiendas de los Patriarcas, ni en el seno del pueblo de Dios, se conocía esta virtud... La esperanza de engendrar al Mesías, apartaba a todas las hijas de Israel de apreciar la virginidad... María no encuentra ni un solo modelo de este género en los libros santos, y es que Dios quería que el modelo fuera Ella... y así, con su abnegación sublime, renuncia a la posibilidad de ser Madre de Dios, con tal de seguir la inspiración divina que la inclina a la vida virginal. — Es decir, que en cierto modo renuncia a Dios mismo, para ser más agradable a Dios... ¡Qué extraño que ante este sublime ejemplo, miles de almas hayan querido formar en este ejército blanco, en el que María tremola la bandera purísima de la virginidad! — Sólo estas almas virginales son y serán eternamente las hermosas azucenas que, sin doblar su tallo, y siempre mirando al Cielo, enamoran a Dios... y le obligan a comunicarse con ellas de un modo más íntimo..., más amoroso..., más divino.

No es posible amar a María sin inundarse el corazón en los resplandores y aromas de su castísima y purísima virginidad. — Es Ella el principio de la virginidad... La mirada de María..., el trato y conversación con María, engendra virginidad..., la respira por doquier..., la derrama por todas partes..., como el lirio su fragancia... ¿Por qué no poner tú en la virginidad tu ideal? — Efectivamente, es un gran ideal..., magnífico ideal..., el ideal de María..., el ideal de Dios... Pues bien, el ideal vale más que la vida. — Todo debes sacrificarlo ante él..., todo dirigirlo y encaminarlo para sostener..., conservar..., defender ese ideal tan grande, que llevas en vaso de barro y que se puede quebrar...

MEDITACIÓN 30

LA CASTIDAD

1.º *El lirio entre espinas.* — Así se llama esta virtud, y con razón, pues sólo entre las espinas de la mortificación, que la guardan y la defienden puede crecer y desarrollarse. — No olvides que hemos dicho que es una flor delicadísima y muy mimosa...; cualquier cosita la puede marchitar..., que hay enemigos en todas partes dispuestos a presentar batalla, para hacernos caer...; que donde menos quizá lo pensamos, allí nos acecha el ladrón dispuesto a arrebataros esa joya, en cuanto pueda y aprovechar cualquier descuido...; en fin que el cofre que la guarda es de barro quebradizo y un golpe sólo puede saltarle y romperle.

Por eso, la castidad requiere un sacrificio constante..., en muchos casos equivaldrá a un verdadero martirio por lo duro..., por lo constante del sacrificio. — San Ignacio mártir, dice: «Que se de apreciar y estimar a

las almas vírgenes como a verdaderos sacerdotes de Cristo, que en su corazón y en su cuerpo, ofrecen sin cesar verdaderos holocaustos al Señor.» — Sólo Cristo podía hacer esta maravilla...; que la debilidad humana obtuviera este glorioso triunfo del espíritu sobre la carne. Sólo Él lo ha hecho... Gloria suya es la castidad..., la pureza..., la virginidad. — Fuera de Cristo..., fuera de la Iglesia, no se da esta flor. — Por eso, llegó a decir San Atanasio, que era «la virginidad una nota característica de la Iglesia verdadera»..., pues en ella y exclusivamente en ella se da este heroísmo.

Mas por eso mismo que es un heroísmo..., un sacrificio constante..., un holocausto total y perfecto de nuestro cuerpo y de nuestra alma al Señor, por eso requiere valor..., cuidado..., vigilancia..., en fin, la práctica y ejecución de los medios indispensables para triunfar en esta lucha. — También la Santísima Virgen es un modelo en esto... Ni un solo descuido, como ya se ha indicado; se portó siempre en la guarda de esta virtud como si tuviera miedo.... como si hubiera estado rodeada de grandes tentaciones y de ocasiones peligrosas..., y es que ama tanto a esta virtud, que nunca creyó hacía bastante para conservar la blancura del lirio de la castidad. — Mira, pues, a tu Madre...; recorre estos medios indispensables y medítalos despacito uno por uno.

2.º Medios negativos. — Son los que más bien podemos llamar preventivos... — ¡Cuánto mejor es prevenir que curar! — Pero, sobre todo, ¡cuánta verdad es esto en materia de castidad! — Hay caídas tan mortales, que parecen irremediables sin una gracia muy grande de Dios... y que después exigen una muy difícil reparación:

a) Lo primero, pues, es huir..., evitar las ocasiones...; esta fuga no es vergonzosa..., no es de cobardes, sino de prudentes y avisados. — Imprudencia y locura es acercarse al fuego y no quererse quemar...; necedad inexplicable sería pasar. junto a un león dormido y despertarle... ¿Quién sabe lo que pasaría después? — El Espíritu y Santo lo advierte con toda claridad: «Amar el peligro es perecer en él»... San Jerónimo, exclama: «¿Quién jamás durmió tranquilo junto a una víbora?»... Acuérdate de que no es la salud, sino la enfermedad la que se contagia... Por tanto, hay que huir del contagio..., hay que desconfiar de todo, muy prudentemente...

b) No transigir con nada que se relacione con esta materia... No andes bordeando el precipicio, ni viendo hasta dónde puedes llegar y hasta dónde no..., que es materia resbaladiza y es muy difícil, puesto ya en el resbaladero, detenerse y decir: «de aquí no paso». — Todas las grandes caídas vinieron por pequeños resbalones..., por descuidos insignificantes. — Hasta los paganos antiguos decían: *principiis obsta*... Da mucha importancia a los comienzos..., no transijas con un principio aunque parezca pequeño, de enfermedad...

c) Puede figurar entre estos medios negativos, la mortificación y

penitencia, pues su fin no es tanto castigar y reparar el daño cometido, como el de prevenirlo, quitando fuerzas a la carne y a los sentidos y así hacer que la tentación no encuentre terreno apto para su desarrollo... San Carlos Borromeo, dice: «Sin la guarda de los sentidos y las maceraciones corporales, nadie logrará el don de la castidad.» — Todos los santos obraron como San Pablo, castigando su cuerpo duramente y sometiendo, como San Jerónimo, a fuerza de ayunos, su carne para que no se rebelara. — La mejor garantía y seguridad de la castidad, es la mortificación... Como alguien ha dicho, es amarga como la quinina, pero fortalece y tonifica como ella. — Mortificar es matar, pero no los principios vitales que nos sostienen, sino los gérmenes de enfermedad y de muerte. Ama la mortificación, que es madre de pureza

3.º *Medios positivos.* — a) *La oración* es, sin duda, el primero y más principal... Por eso Cristo tanto insistió en ella para que no cayéramos en tentación. — La oración nos pone en contacto con Dios, todo pureza...; nos acerca a las cosas del Cielo y nos aparta de la tierra... Además, nos alcanza de Dios los auxilios necesarios para combatir y para triunfar. — La oración es necesaria para todo..., para toda clase de virtudes..., para impetrar todo género de gracias, pero mucho más indispensable lo es para esta virtud. — Dice Cristo en el Evangelio: «Hay algunos géneros de tentaciones que sólo con la oración y el ayuno se pueden vencer.»...

b) *Los Santos Sacramentos...*, la Penitencia para lavarnos y purificarnos..., blanquearnos..., es el Sacramento de la limpieza..., de la pureza. — Pero aún más, si a ésta se le añade la Comunión... Comunión, esto es, unión común, en una misma vida con Cristo... ¡Qué extraño que la Comunión sea fuente de castidad y de virginidad! — E] Inmaculado..., el Hijo de la Inmaculada..., el que se apacienta entre lirios y azucenas..., el Esposo de las almas vírgenes, hecho pan blanco para engendrar blancura de virginidad. — Es imposible comulgar bien, y no ser puro..., casto..., virgen...

c) Ejercitarse en otras virtudes, como la humildad, tan unida a la castidad, que, según San Francisco de Sales, «no es fácil ser casto sin ser humilde», y según otros santos dicen, que «Dios a veces castiga al soberbio, dejándole caer en la humillante impureza»... Asimismo, es muy importante la laboriosidad, pues en el campo de la ociosidad es donde mejor se da la impureza.

d) Por último, la devoción verdadera a la Santísima Virgen..., pero devoción de imitación... Mira cómo apreciaba Ella su pureza..., cómo la cuidaba con la vida retirada y silenciosa, sin aparecer en público más que cuando la caridad o el servicio de Dios lo exigían así...; cómo la conservaba con su vida de laboriosidad, evitando toda ociosidad y sustentándose con el trabajo de sus manos..., con la mortificación de sus sentidos, de su lengua, de sus ojos, de sus oídos, recogéndolos con el

más esmerado recato y la más pudorosa modestia..., con su oración continua, de suerte que jamás perdió la presencia de Dios... ni dejó de sumergirse y anegarse un momento en la fuente divina de pureza. — Mírala..., examínala muy despacio hasta saber de memoria todo lo que hacía por su pureza virginal — Invócala..., llamándola con frecuencia..., especialmente en las ocasiones..., en los peligros..., acude a Ella instintivamente y dila, con el corazón, mil veces: «Mírame con compasión..., ¡jino me dejes, Madre mía!!»

MEDITACIÓN 31

LA MODESTIA

1.º *Virtud encantadora.* — La modestia tiene tal parentesco y relación con la castidad, que es una parte de la misma... y así se asemeja a ella en la belleza..., en la hermosura y encantos divinos que la rodean. — La modestia, al igual que la pureza, es una virtud agradabilísima a los ojos de Dios a los ojos de los hombres también. — Mira qué repulsiva resulta a todos una persona atrevida..., desenvuelta..., descocada y desvergonzada. — Compárala con aquella otra, al parecer tímida y encogida quizá..., pero envuelta en ese velo celestial de modestia..., de sencillez..., de pudor... y de ruborosa y simpática vergüenza.

Es el complemento necesario e indispensable de un alma pura y más aún de un alma virgen. — San Pablo, nos anima a practicar la modestia, cuando dice: «Vuestra modestia sea vista y conocida por todos los hombres»... Y añade esta poderosa razón: «Pues el Señor está cerca de vosotros»... Esto es, si conserváis la presencia de Dios y os dáis cuenta de que Dios preside todos vuestros actos, seréis necesariamente modestos. — San Francisco de Sales, insiste en la misma razón y dice: que «en todos los actos nuestros debemos ser siempre muy modestos, pues siempre estamos en presencia de Dios y a vista de sus ángeles».

Mira claramente, cómo esta virtud recibe del Cielo mismo, todo su encanto, su dignidad y hermosura tan atractiva. — Y así comprenderás la razón de por qué tanto amaba a esta virtud la Santísima Virgen. — La reverencia que sentía hacia la Majestad de Dios, a quien veía y tenía presente en la persona de su Hijo..., el amor santo y la veneración y respeto profundo que sentía hacia la divinidad..., su perfectísima y continua presencia y conversación con Dios, fueron la causa de que Ella apareciera siempre como *la Virgen modestísima*...

¡Qué modelo, María, de encantadora modestia! — En su semblante..., en su mirada..., en sus modales..., en su compostura, aparecía una santa gravedad y seriedad, acompañada de inexplicable suavidad y de una dulzura celestial y divina. — Así era su modestia...: grave y simpática a la vez..., una modestia rigurosa que no admitía el más pequeño descuido, pero a la vez natural y sencilla..., sin violencias ni ridiculeces..., afable y

atractiva, sin ligerezas ni chocarrerías..., sin soberbias ni desconfianzas. — Todos los que la veían quedaban prendados de aquella modestia y recato que no tenía nada de ceñuda, ni melancólica. Jamás se vio en Ella la más pequeña inconveniencia..., la más mínima incorrección... ¡Qué belleza tan armónica en todo su ser, producida por esta tan encantadora modestia!

2. *Virtud protectora.* — La modestia es la virtud protectora de la castidad..., es su mejor defensa..., es el baluarte natural de la pureza. — No es posible tener un alma pura, si los sentidos todos no están enfrenados y encauzados por la modestia. — La vista, el oído, la imaginación, son otras tantas puertas que si se dejan abiertas... o si se abren deliberadamente a todas las impresiones que a ellos llegan..., fácilmente entrará por ellas el pecado y la muerte de la concupiscencia.

Además, la modestia nos aísla y separa de la vida del mundo y facilita la vida de fervor, evitando esa disipación que produce el derramamiento de los sentidos, convirtiendo al alma como en templo donde Dios habita y con el que trata con gran familiaridad. — Así amaba María a su modestia, como a la salvaguardia de su virginal corazón..., como al medio mejor de desprenderse de todos los atractivos exteriores..., como al modo más práctico de vivir toda y sola para Dios. — Y como manifestación de esta su inmensa modestia, contempla con fervor aquella vergüenza..., aquel rubor... más que angelical que aureola su semblante.

Mírala delante del arcángel en su Anunciación, sorprendida por la vista inesperada de aquel agraciado mancebo... y aunque María sabe que es un ángel... y aunque no puede temer nada..., sin embargo, se ruboriza..., se tiñe de carmín su rostro..., se turba... y rinde, con esa ruborosa turbación, un homenaje a su inmaculada pureza y a su virginal modestia. — Ah, qué simpática es esta vergüenza que así se asoma a la cara, de quien posee un corazón inocente..., delicado..., puro y modesto! — Mira a aquel niño que se llamó Estanislao de Kostka, ruborizarse..., avergonzarse de tal modo, ante la palabra inconveniente..., ante la expresión grosera o malsonante..., que su corazón envía toda su sangre a su rostro..., se queda sin vida y cae desmayado. — ¿De quién aprendió esa delicadeza..., esa exquisita sensibilidad, sino de su Madre?... ¿de Aquélla a quien no podía menos de amar porque *era su Madre*? — La modestia..., la vergüenza..., el rubor, es el distintivo del hombre... — Entre los animales no se da nada de esto..., ni tampoco entre los hombres que han llegado a ese estado de rebajamiento irracional, propio del pecado animal y sensual. — La modestia y la vergüenza es la barrera que se levanta entre el hombre y la bestia..., pero por eso la vergüenza, en presencia de la bestia, enrojece las mejillas con lo que se ha llamado la púrpura de la castidad y es el rubor. — Pide a tu Madre esta santa vergüenza..., este encantador rubor que demuestre al mundo todo, tu pasión por la pureza..., por la castidad..., por la modestia que la defiende...

3.º *Virtud edificante.* — ¡Qué hermosa y edificante aparece a los ojos de todos la modestia!... Es algo que arrastra..., que se impone..., que se pega a los demás... — Todos los pecados hechos en presencia del prójimo, pueden servirle de escándalo y de mal ejemplo..., pero entre todos, el pecado impuro es el que más sirve para escandalizar y el que con más razón lleva este nombre de escándalo.

Del mismo modo que todas las virtudes pueden servir de edificación al prójimo, pero la modestia se lleva la palma... ¿Qué hay de mayor edificación que una modestia en el hablar..., en el reír..., en el andar..., en todo el porte de un alma que así se nos muestra en el exterior? — Nadie miró a María que no se edificara y no se convenciera de que era aquella modestia virginal la que arrastraba a cuantos la contemplaban, a amarla... y excitaba en todos una grande y poderosa afición a la virtud y a la santidad.

Si se cuenta de San Francisco de Asís, que predicaba solo con su presencia humilde y modesta y que movía con su recogimiento y gravedad a devoción y a alabar a Dios y glorificarle..., ¿qué no se dirá de la Santísima Virgen? ¡Qué predicación la suya tan constante y tan eficaz!... Esa sería una de las obras de su celo apostólico en bien de las almas... Su ejemplo era, sin duda, la suave y delicada y a la vez irresistible manera de difundir y hasta de imponer a los demás, compostura y recato en palabras..., modales y ademanes, etc. ¿Quién se atrevería, en presencia suya, a obrar de otro modo? — ¿Por qué no la imitas en esto? — ¿Por qué no te impones para que también tú difundas a tu alrededor amor a la pureza y a la modestia..., y para que todo el mundo sepa que en tu presencia no se puede obrar... o hablar..., o presentarse en forma incorrecta e inconveniente?

MEDITACIÓN 32

LA MODESTIA

1.º *Interior.* — En general, la modestia es la virtud que regula todos los actos externos, dándoles la debida compostura y decoro... y presentándoles así a los ojos de los demás, como algo digno, noble y hermoso. — Pero la modestia exterior necesariamente ha de proceder de la interior que consiste en moderar y dirigir los movimientos desordenados del alma según la divina voluntad. La modestia exterior se puede fingir y será entonces un acto más de repugnante hipocresía... La modestia interior es la única que puede dar vida a la modestia exterior. — No debes, por tanto tratar de conseguir una apariencia de modestia... una modestia postiza y mentirosa, con posturas y ademanes externos que así lo indiquen... y luego dejar a tu corazón que sea víctima de las bajas inclinaciones de la concupiscencia.

Cuando la modestia verdadera existe, es tal la unión que se da entre la exterior y la interior que la una no va sin la otra, y las dos se ayudan mutuamente, de suerte que la compostura exterior debe proceder siempre de un interior perfectamente compuesto y ordenado... y la interior encontrará su mejor defensa y sostén en la exterior. — San Francisco de Sales, lo explica con esta comparación: «Como el fuego produce la ceniza... y la ceniza sirve admirablemente para sostener y conservar el fuego..., así sucede con estas dos modestias, que la interior produce la exterior, y ésta mantiene y conserva la interior de donde brotó.»

Esta modestia interior, es de dos clases: Una, que frena los movimientos de la concupiscencia y los actos internos del entendimiento..., de la imaginación y de la voluntad, que nos llevan al pecado de impureza..., y otra modestia es la que modera los movimientos del alma, que tienen relación con la soberbia y la vanidad... Así, cuando alabamos a una persona, decimos que no queremos herir su modestia... y otras veces admiramos la modestia de personas que por sus méritos..., sus virtudes..., su excelencia, podían darse más importancia. — Esta modestia, como se ve, prácticamente se reduce al ejercicio de la humildad verdadera...; por eso el alma humilde, necesariamente ha de ser modesta interior y exteriormente.

En cuanto a esta modestia, ya ves que nadie ha podido compararse con la Santísima Virgen; nadie con más méritos, virtudes, santidad, excelencia y grandezas divinas... No obstante, ¿quién más sencilla..., afable..., caritativa..., pobre y humilde que Ella? — Y, por tanto, ¿quién más modesta en cuanto al desprecio que hacía de la importancia de su persona y de su propia excelencia?... Y en cuanto a la modestia opuesta a la concupiscencia, ¿dónde encontrar un orden más completo..., una sumisión más perfecta de todos sus pensamientos, afectos y amores a la regla de la razón y ésta a la de la voluntad de Dios?...

2.º *Exterior.* — Pero veamos ya en concreto reflejada esta modestia interior en los actos exteriores de nuestro cuerpo y principalmente en los siguientes:

En las palabras: Imagínate cómo serían las de la Santísima Virgen, que estaba persuadida de no ser sino la última de las esclavas del Señor..., palabras de edificación y de modestia encantadora..., si considera, henchida de gozo, los beneficios inmensos que el Señor la ha hecho; a Él dirige su agradecimiento y sus alabanzas... y se espantará de que el Todopoderoso hubiese puesto sus ojos en la miseria de su esclava»... Ingenuamente..., firmemente estaba persuadida de la falta de méritos por parte suya y por eso ¡cuán lejos estaba en sus palabras, de atribuirse nada a Sí misma! — Aprende Ella esa modestia en el hablar..., tanto en el tono de la voz, no queriéndote imponer con gritos, ni con palabras nerviosas y excitadas..., como en la sencillez y caridad de tus expresiones.

A imitación de María, evita las palabras duras..., bruscas..., malsonantes. — Mira el lenguaje de tu Madre, todo tranquilo, afable, discreto, humilde de..., haciéndose simpática y atractiva por la dulzura de su voz..., por la bondad..., pureza..., caridad y hasta alegría santa de sus palabras. — Cuida, en especial, de las disputas y altercados, donde, aunque tengas razón, debes moderar tu juicio propio..., cediendo, sin ser pertinaz ni tener cabeza dura...; es mejor ceder y callar con modestia, que salir triunfante con terquedad y soberbia.

No está reñida con la modestia la sana alegría que en cuentos, chistes, pasatiempos y hasta bromas se manifiesta... Pero, ¡ah!, qué fácil es, en todo esto, pasar los límites de la corrección y de la modestia. — Recuerda lo dicho ya en otra ocasión de que las leyes de urbanidad y los principios de la buena crianza, están en completo acuerdo con lo que dicta, en estos casos, la modestia.

3.º *En el vestido y en la habitación.* — La pobreza de la casa de Nazaret, propia de una obrera, hace que en ella todo sea humilde y modesto en último grado... La sencillez y modestia de su vestido, mídela por la extrema necesidad de Belén y verás cómo ni en casa de María, ni en su ajuar y vestido, encontrarás nada que huelga a lujo..., a afectación de su persona..., a comodidad de ningún género.

En sus viajes no usará carruajes, ni aun los más modestos entonces... El Evangelio no dice más que fue, por ejemplo, a Judea, con gran prisa..., pues urgía la caridad... Esa era su preparación y su equipaje...: un pobre envoltorio de ropa y mucho amor de caridad, para con Dios y para con el prójimo... ¡Qué ejemplo de sencillez y modestia!

No es modestia la suciedad..., la falta de aseo..., el desarreglo en el vestido...; antes bien, puede darse la modestia en medio de una sobria elegancia, con tal que ésta sea conforme a tu estado..., a tu condición... y a las circunstancias que te rodean...; pero nunca será compatible con ella el lujo..., la vanidad de los trapos... y menos aún cualquier defecto, por pequeño que sea, en materia de honestidad.

Ten cuidado excesivo en este último punto y no olvides, que en la Iglesia y en la calle..., en público y en privado, debes vestir siempre modestamente. — Es intolerable el permitirse, para estar en casa, trajes impúdicos o al menos muy libres...; no hay pretexto ni razón que puedan autorizar esto... La modestia debe acompañarte en todos los instantes de tu vida.

4.º *En los modales.* — Esto es, en todos tus actos exteriores que realizas ante los demás... Modestia en el semblante y particularmente en tus ojos, no ya sólo para evitar las miradas pecaminosas..., sino aún esa excesiva curiosidad de quien todo lo quiere ver y atisbar... Modestia en las posturas al andar..., al sentarte, no buscando precisamente lo más cómodo, sino lo más conveniente... Modestia en todos tus movimientos, evitando todo lo que sea liviandad y

desenvoltura... y muchísimo más todo lo que sea decoroso y digno.

Acostúmbrate a esta modestia, aún estando a solas, para que así naturalmente la practiques ante los demás. — Es muy conocido el caso de San Francisco de Sales, quien observado cuando se encontraba solo en su aposento, guardaba, no obstante, los más pequeños preceptos de la compostura y de la modestia. — Siempre obraba como si le vieran los ángeles del Cielo y en presencia de Dios.

Mira especialmente todo esto en la Santísima Virgen y verás un conjunto admirable de todos sus actos ejecutados con aquella naturalidad..., sencillez..., franqueza... y a la vez delicadeza..., honestidad... y circunspección propias de la santa modestia. — Examínate un poco en esta materia, y pregúntate cómo guardas la modestia interior de tu corazón... y la exterior de tu cuerpo y de tus modales todos.

MEDITACIÓN 33 **MORTIFICACIÓN**

1.º *Externa*. — Es la llamada penitencia corporal y se reduce al castigo de nuestro cuerpo y a la mortificación de sus sentidos. — Es ésta una virtud tan infiltrada en todas las demás, que no es fácil separarla de la inmensa mayoría de ellas.

El ejercicio de la pobreza..., de la humildad..., de la castidad y modestia, etc., ¿no es un ejercicio constante de mortificación interior y de penitencia exterior? — No obstante, conviene estudiarla separadamente, por su inmensa importancia en la vida de nuestra alma.

Más que importante, es completamente necesaria, tanto para preservarnos del pecado, como para satisfacer por los ya cometidos... y para obtener del Señor abundantísimas gracias... ¡Cuántas luces e inspiraciones especiales... cuánta paz y alegría del alma..., cuánto amor especiales..., Dios..., no ha conseguido la penitencia a las almas santas! — No dudes que sin la penitencia, no hubieran llegado estas almas a las alturas de amor y santidad que llegaron... ¡Qué extraño que así amaran y se gozaran en la penitencia saboreándola como una cosa dulcísima!... — Recuerda a San Pablo castigando su cuerpo y gozándose de llevar en él las señales de la penitencia..., y a un San Juan de la Cruz, que decía: «Aunque viera hacer milagros a una persona, si no era penitente, no la creería»... y así todos los demás.

Pero mira, ante todo, el ejemplo de Jesús y de María. — Ya quiso Jesús que su Precursor se señalara en esta virtud, y así, se fue al desierto a ayunar y a comer manjares silvestres, vestido de pieles de camello..., que no era sino un muy áspero cilicio..., y eso que el Bautista ya fue santificado antes de nacer, y no tenía por qué hacer penitencia... Menos tenía que hacerla Jesús y María y, no obstante, ¡qué asperísima fue la que hicieron en su dura y austera vida de Nazaret..., de Belén..., de

Egipto..., del desierto..., de la Cruz!... Tanto más dura y dolorosa fue esta penitencia, cuanto que el organismo de Jesús y de su Madre eran delicadísimos y muy sensibles, por tanto, a todo sufrimiento y dolor. — Analiza un poco más y profundiza en estas penitencias y encontrarás lo que sigue:

2.º *Penitencias necesarias o impuestas...*, aquellas que Dios enviaba a la Santísima Virgen y que Ella, sin buscarlas, las recibía y acataba amorosísimamente, esto es, no sólo resignadamente, sino gustosísima y alegremente... Las infinitas molestias de aquellos viajes, en las circunstancias que Ella tenía que hacerlos...; la escasez de medios para afrontar las dificultades..., las enormes incomodidades de posadas..., caminos..., cabalgaduras, etcétera...; las inclemencias continuas del tiempo, abrasándose unas veces con aquel sol que en aquellas regiones tanto quema..., pasando fríos y enfermedades en otras... y siempre expuesta a mil peligros y sobresaltos, que aumentaban sin cesar la dureza de aquella mortificación.

No obstante, penetra en su corazón y verás cómo se goza en estas penitencias que Dios la envía..., con qué avidez y deleite verdadero, se abraza con las privaciones..., olvidos..., desdenes..., malos tratos, etc., es decir, con más gusto que tú buscas algo que te apetece... y te gozas cuando lo encuentras, así Ella se gozaba en estos sufrimientos y mortificaciones que la venían de manos del Señor. — Y tú, ¿cómo llevas o aceptas estas penitencias necesarias que Dios te da, y que quieras o no has de sufrir... las molestias y trabajos..., las incomodidades del tiempo..., el sufrimiento de una enfermedad, quizás larga..., crónica..., dolorosa..., el malestar de un viaje pesado y fatigoso..., de alguna cosa desagradable que te ocurra contra tu voluntad? — Mira entonces a la Santísima Virgen y pregúntate cómo lo llevaría Ella.

Piensa, además, que éstas son las mejores penitencias, pues en ellas no se puede pecar por indiscreto o imprudente..., ni por ostentación o espíritu de vanidad..., ni, en fin, por deseo de singularizarte y hacer cosas extraordinarias... No dudes, que en estas penitencias, agradarás mucho al Señor y sacarás un fruto inmenso para tu alma, si las haces con verdadero espíritu de mortificación y resignación.

3.º *Penitencias voluntarias.* — No hay duda que el ansia de sufrir en la Santísima Virgen a imitación de su Hijo, no pudo contentarse con aceptar aquello que Dios la enviaba, sino que Ella misma se imponía muy frecuentemente otras penitencias muy duras y ásperas... Aquella oración prolongada tantas veces durante la noche, a costa del descanso y del sueño que necesitaba después del trabajo incesante del día... ¡Cuántas noches las pasaría enteras en oración!... Aquella postura devotísima, de rodillas..., postrada..., y así horas y horas... Aquellos ayunos tan repetidos y tan rigurosos a pan y agua..., y a

veces ni esto... Pues qué, ¿no iba Ella a imitar el ayuno del desierto de su Hijo?... ¿Cómo pasaría Ella aquellos cuarenta días, puesto que no ignoraba la penitencia que Jesús estaba haciendo en el desierto? — Y aleccionada con este ejemplo, ¿cuántas veces lo repetiría Ella después, y se lo enseñaría a hacer a los Apóstoles..., a los discípulos..., a los primeros cristianos? — Si Judit..., Ester..., etc., y otras mujeres del Antiguo Testamento, se señalaron en sus vigílias..., ayunos..., en sus vestidos de saco y cilicio..., ¿qué no haría la Santísima Virgen, ya que aquéllas no fueron sino una sombra y figura de Ella? — A prende de tu Madre a castigar tu cuerpo y mortificar tu carne voluntariamente, ya que voluntariamente tantas veces has pecado...

Distingue en esto varias clases de penitencias que debes hacer: unas indispensables, son las que consisten en mortificar los sentidos y tenerlos a raya para que no sean puertas de tentación...; en una palabra, esta penitencia consiste en la abstención de todas las cosas ilícitas y prohibidas por la ley de Dios o que lleven más o menos directamente a quebrantarlas.

Pero debe parecerte esto muy poco: las otras penitencias son de consejo, es verdad, pero muy útiles y fructíferas, consisten en abstenerte también aún de lo lícito y permitido, mortificando tus sentidos en esas cosas para que cuando llegue la ocasión... o la sugestión diabólica, estén bien dispuestos a la lucha. — Y debes tener en cuenta, en esta materia, aquella admirable regla de San Ignacio, cuando dice: «Cuando nos abstenemos de lo superfluo, eso no es penitencia, sino templanza...; la penitencia verdadera, consiste en quitar o en abstenerte de algo conveniente y cuanto más y más se quite de esto, mayor y mejor será dicha penitencia. »

Por último, mira cómo además de estas penitencias que podemos llamar *negativas*, que consisten en negarse algún gusto lícito o ilícito..., hay otras positivas o aflictivas, que consisten en castigar

positivamente tu cuerpo causándole algún dolor..., alguna pena sensible... y son las penitencias ejercitadas por todos los santos y almas fervorosas, que quieren, con esto, demostrar su grande amor a Cristo, inventando mil medios..., ingeniándose de muchísimas maneras para mortificarse.

No olvides que eso debe de ser, en último término la penitencia, una manifestación de amor..., de desagravio y reparación al Señor por tus pecados y por los ajenos... y cuando se hace así la penitencia, por puro amor de Dios, sin mezcla de amor propio, es cuando tiene todo su mérito y eficacia... y es cuando puedes decir que imitas el amor purísimo y mortificadísimo de tu querida Madre la Santísima Virgen.

MEDITACIÓN 34

MORTIFICACIÓN

1.º *Interna de las pasiones.* — No se puede dudar de que es ésta la mejor y más necesaria penitencia. — Toda mortificación corporal que no fuera acompañada de esta interior de los afectos y pasiones del alma, sería cosa inútil... ¿De qué le valió al fariseo del Evangelio ayunar dos veces a la semana?... En cambio, el publicano que trituraba su corazón con el dolor humilde y con la contrición perfecta, se hizo un santo. — ¿No has oído que vale más un gramo de mortificación interior que muchos kilos de mortificación corporal?... ¡Cuál sería, pues, la mortificación interna de la Santísima Virgen, si juzgamos por su aspecto exterior tan humilde y mortificado!

En Ella, no había pasiones que dominar..., ni malas inclinaciones que arrancar..., ni afectos que ordenar...; todo estaba ordenado y dominado por una gracia especialísima de Dios, que no consintió en su Madre la rebeldía de las pasiones..., ni los estímulos de la carne..., pero aún sin esa gracia, el alma de María hubiera sido el modelo más acabado de esa armonía y de esa dulce paz, propia del corazón ordenado y mortificado.

No tenía que mortificar y se mortificó más que nadie... A la mortificación rigurosa de sus sentidos, que les tenía tan a raya como si también para Ella fueran puertas de tentación..., se unió la más dura y áspera mortificación de su interior, como si temiera que su carácter..., sus pasiones..., su corazón..., se desbordaran. — ¡Oh Virgen penitentísima y mortificadísima!... ¡Qué vergüenza mirarme a mí, después de haberte mirado a Ti. — Porque pregúntate, ¿cómo tienes tú tantas pasiones y entre ellas esa que es raíz y fuente de tantas caídas, la pasión dominante de tu corazón?... ¡Qué lástima de fuerza bien dirigida y encauzada la de esa pasión!

Mira a los santos qué grandes se hicieron con sus pasiones... Un Ignacio de Loyola encauzando su pasión de vanagloria y convirtiéndola en la pasión de la gloria de Dios... Un Javier, con su pasión tan ambiciosa, que bien dirigida a lo divino hace de él aquel ambicioso, que sueña con llevar al mundo entero a los pies de Cristo... Una Teresita, la santa que encauza la pasión más difícil, la del amor, y efectivamente se enamora de Dios de tal modo, que rápidamente sube a los altares. — Examina tus pasiones..., tu pasión dominante y encáuzala..., dirígela..., no la dejes desbordarse fuera de la ley de Dios, y no dudes que serás un alma santa. — Es difícil la empresa y costosa, pero... una mirada a la Virgen y continúa adelante. — Ella te enseñará..., te animará..., te dará las fuerzas que necesites.

2.º *El genio.* — Es, sin disputa, una de las pasiones más frecuentes, y una de las fuentes más ordinarias de nuestras caídas... Lo peor es, que solemos disculparnos diciendo: «soy asís...», «es mi modo de

ser»..., «es mi carácter»..., como si eso nos diera licencia ya, para dejar al genio y al carácter imponerse y dominarnos por completo, como suele acontecer. — El vencer o dominar el carácter nos parece algo imposible y es muy corriente tratar muy poco de mortificarlo. — Ante todo, debes de conocerte bien y saber cómo es el carácter dominante en ti... ¿Es tu genio colérico..., fuerte..., muy vivo..., o al contrario..., suave..., dulce..., manso y apagado?... ¿Eres de carácter triste y huraño... o expansivo..., alegre y comunicativo?... Nada de esto es malo, ni imperfecto, ni por lo tanto, pecaminoso...; cada uno tiene el genio y el carácter que Dios le ha dado... y no olvides que precisamente con ese mismo genio..., con ese mismo carácter que tienes, Dios quiere que te santifiques... y con ese y no con otro, puedes y debes santificarte.

Ese genio bien dirigido, será un instrumento para ello... Lo malo está en que él se sobreponga y te venza y te domine a ti, de tal modo que ya no seas tú..., ni tu corazón..., sino él, el que te dirija a ti..., de suerte que no hagas más que lo que el genio te pida o te exija... ¡Qué esclavitud tan vergonzosa!..., y a veces, ¡por qué cosas tan pequeñas te dejas dominar de él!... Una molestia..., un contratiempo..., un cambio en tus planes o proyectos..., a veces una dilación..., una dificultad con la que no contabas..., una contradicción..., etcétera, la cosa más insignificante, es muchas veces suficiente para que te descompongas y te dejes arrastrar por tu carácter. — En vencer y hasta cambiar su carácter a fuerza de mortificación, es un modelo San Francisco de Sales, quien siendo de suyo muy vivo y colérico llegó a ser el santo prototipo de la mansedumbre y de la dulzura...; por eso, pudo muy bien decir: «No hay carácter, por bueno que sea, que no pueda hacerse malo con los hábitos viciosos...; ni carácter tan malo, que no pueda domarse y vencerse con la gracia de Dios y con la industria y diligencia de cada uno.»

El carácter te acompañará toda la vida; por eso, si sabes aprovecharte bien, te dará materia abundantísima siempre, de continua mortificación. — Endúlzala con la presencia y el ejemplo de la Santísima Virgen. — Piensa en su genio..., en su carácter... ¿Qué haría Ella en las contradicciones..., en los contratiempos tantos y tan frecuentes que tuvo que sufrir?... ¡Qué dominio el suyo tan perfecto para no dar lugar a la más mínima impaciencia..., al menor nerviosismo!

3.º *Las potencias interiores.* — Y ahora contempla el campo tan extenso de mortificación, que te presentan tus facultades interiores:

a) *El entendimiento...*, con sus pensamientos malos..., inconvenientes y peligrosos..., inútiles e inoportunos..., el deseo de saberlo todo y curiosarlo todo... y más que nada la facilidad en juzgar temerariamente a los demás... y el deseo de imponer tu parecer por encima de los demás..., de suerte que siempre creas que tienes razón y exijas que te la den... ¡Oh dureza de juicio!... ¡Qué tenacidad a veces tan

irracional!... ¿Por qué no aplicar esa tenacidad y dureza a tu santidad?... ¿Por qué no empeñarte tenazmente en adquirir la santidad y no ceder nunca ante este pensamiento?

b) *La imaginación y la memoria.* — Qué misteriosa es esta facultad de la imaginación, tan poco conocida y tan importante para la vida espiritual... También ella debe ser objeto de estudio y de mortificación especial... Piensa cómo cambia las cosas la imaginación..., qué de ilusiones nos forja..., qué de juicios erróneos nos hace formar sobre el valor de las cosas..., cómo agranda y disminuye a su antojo lo que quiere..., dificultades que no existen y que ella sólo ve..., sufrimientos que finge..., goces y placeres que no se dan... ¡Cuánta vigilancia requiere esta dichosa «loca de la casa»!... La mayor parte de nuestra vida, la pasamos engañados por nuestra imaginación.

Tampoco puedes descuidar la memoria... Has de evitar todos los recuerdos que la memoria te traiga o toda representación de cosas pasadas, pero que son ilícitas y pecaminosas..., peligrosas o inútiles... que te disipan, que te hacen perder el tiempo..., que alteran la paz de tu alma... y que pueden arrastrarte a verdaderos pecados... No descuides, pues, tu imaginación ni tu memoria.

c) *La voluntad,* es la razón última de todo..., del pecado y de la virtud...; el que se condena y el que se salva..., el que es pecador o un santo, es sencillamente por su voluntad..., es decir, porque así lo quiere. — Mortificar la voluntad..., no hacer tu voluntad, sino la de Dios, manifestada por tus superiores...; quitar la voluntad propia..., dominar el amor propio..., todo eso, no sólo es virtud, sino que es ya santidad... y sin eso, no hay santidad. — San Bernardo, dice: »Quita la voluntad propia y ya no habrá infierno.« — Recorre la imaginación y la memoria..., el entendimiento y la voluntad de la Santísima Virgen..., examina..., estudia despacio este modelo de mortificación... ¡Qué piensa..., qué imagina..., qué determina..., qué desea!... Pídelo ayuda para imitarla en esta tan necesaria mortificación interior.

MEDITACIÓN 35

ESPÍRITU DE SACRIFICIO

1.º *En su virginidad.* — Penetra hoy en el corazón de la Santísima Virgen para que veas el gran espíritu de sacrificio que en él existe... Parece que no puede vivir sin sacrificio... Diríamos que Ella saborea el dolor como nosotros el goce. — Mira, por ejemplo, el sacrificio de su honra, en la guarda secretísima de su virginidad. — Nadie sabe su voto... ni lo entiende... El mismo San José lo ignora, y María, que sabe que es esa la voluntad de Dios, se abraza con el sacrificio que eso supondrá para Ella... Su esposo va a dudar de su fidelidad..., de su virtud... ¿Podría esperar nada más humillante y mortificante para Ella que el pasar por infiel en la virtud que Ella más apreciaba? —

Precisamente Ella, que era la Virgen de las vírgenes..., la que fue concebida inmaculada..., la que no tenía la más mínima mancha, sino siempre estuvo llena de gracia, como se lo dijo el ángel, y ahora, ¿va a pasar por esa deshonra?

Lo más terrible del sacrificio, era que tenía en su mano la solución... y una solución facilísima... Unas palabritas..., una pequeña explicación a San José de todo lo que ocurría... y todo quedaría satisfactoriamente arreglado. — Y, sin embargo, ve María la ocasión de hacer un gran sacrificio y no la desperdicia; se arroja en brazos de Dios y calla... y espera sin defenderse ni salir por su honra. — ¿Es así como tú obras?... ¿No sueles saltar en seguida y demostrar tu disgusto y enfado cuando te dicen algo?... ¿No te falta tiempo para defenderte y disculparte, siendo así que muchas veces no tienes razón y lo pones peor con tus disculpas?

Compara el espíritu de sacrificio de la Virgen con el tuyo. — Mírala cómo acepta este sacrificio y cómo lo repite con el mismo gusto varias veces en su vida..., por ejemplo, en la Purificación..., en la vida ordinaria de Nazaret..., en Belén y en Egipto..., en casa y en el Templo... ¿No pasaba María a los ojos de los sacerdotes y a los de sus convecinos como una de tantas..., como una mujer vulgar..., como una madre ordinaria que tenía necesidad de purificarse y de que el sacerdote pidiese al Señor por Ella?

Cada uno de estos pasos renovaba en Ella su sacrificio... y siempre encontraba su corazón igualmente dispuesto... No huye..., no se asusta por el sacrificio, cualquiera que sea. — ¡Ah, si siempre te encontrara con esta preparación la prueba que el Señor te envía!... Dios no quiere corazones divididos, ni sacrificios a medias... Confía tu honor y tu dicha a Dios, espera en Él, y aunque te pruebe, no temas... Contempla el sacrificio de María y la verás salir del mismo, más grande..., más hermosa..., más digna a los ojos de Dios... Así también ocurrirá exactamente contigo, si tienes ese amor y esa generosidad para el sacrificio como tu Madre...

2.º *En su maternidad.* — Los hombres hubieran concebido la maternidad divina, rodeada de homenajes y respeto exterior..., de un esplendor y de una magnificencia proporcionada a tal dignidad..., de delicias y consuelos interiores en el corazón de la Virgen..., y, no obstante, Dios quiere que en todo momento vaya acompañada del sacrificio. — Habrá consuelos, alegrías y gracias y privilegios para su Madre cuales no podemos soñar ni concebir..., pero tampoco llegamos a medir la profundidad de las penas..., la intensidad de los dolores que esa maternidad divina, costaría a la Santísima Virgen.

Dios hace sentir y gustar las delicias de su amor, a medida que va purificando a las almas, en las llamas del sacrificio... María ve en su Hijo al mismo Hijo de Dios..., al Mesías libertador..., pero por eso mismo ve a la vez en Él, al «varón de dolores e ignominias»..., al Cordero que se va

a inmolar por la salvación de los hombres»... Ella comprende mejor que nadie todo el sentido terrible de las profecías... y abarca con su mirada maternal el porvenir que espera a su Hijo, conforme a los planes de la bondad divina.

Le ve nacer pobremente en Belén, le contempla amenazado de muerte en su cuna ya..., le acompaña en su huida como prófugo en país extraño..., le mira humilde y despreciado por los suyos en su misma patria... y así pasa treinta años, amargando sus delicias maternas la espantosa espada de dolor que lleva atravesada en su corazón. — María fue la Madre dolorosa toda su vida... La previsión que tuvo de sus sufrimientos, no la alivió de ellos, sino más bien se los acrecentó, prolongando en todos los instantes, su martirio incesante....

Antes de llegar la hora de la consumación del sacrificio, Ella, generosamente, se adelantaba a ofrecerlo al Señor... Así debes obrar tú también..., no esperes a que el Señor te quite o te arrebatase algo que te pide en sacrificio...; adelántate, voluntariamente ofréceselo al Señor... Un sacrificio obligado, aun cuando lo aceptes al llegar, no tiene tanto mérito como el sacrificio voluntario que se adelanta a desprenderse de lo que Dios quiere que le entregues. — María sufre en la consumación del sacrificio..., pero ya antes se ha ofrecido sin limitación ninguna y se ha adelantado a dar a Dios en su corazón, lo que El después va a exigirla...

3.º *En su mismo Hijo.* — María encuentra en su mismo Hijo, el motivo de sus mayores sufrimientos..., de sus sacrificios más grandes... — Es el mejor de los hijos, Jesús... sin embargo, cómo sufre con El y por El... — No te extrañes, pues Jesús no ahorra sufrimientos a los que le siguen de cerca y le aman... ¡Qué sufrimiento proporciona a su Madre, cuando se queda en el Templo!.. Ni siquiera se ocupa después de consolarla con muestras especiales de cariño... La dice, secamente, que esa era la voluntad de su Padre y... nada más. — Sin embargo, a María la basta..., no hay consuelo para Ella mayor, como el saber que está haciendo la voluntad de Dios.

Y continúa el sacrificio aún mayor cuando se despide para la vida pública y deja su casa y a su Madre sola. ¡Qué soledad la de aquella casa sin Jesús!... Al comer..., al dormir..., al rezar..., en todos los momentos del día... ¿no se renovarían el sacrificio de la Virgen al quedarse sin su Hijo?... Y a esto, añade los dolores y sobresaltos con que desde lejos le acompaña. ¡Qué de privaciones continuamente para Ella, que tiene que contentarse con oír lo que dicen los demás, de sus predicaciones..., de sus milagros y curaciones..., de su simpatía arrebatadora!

Añade el sacrificio inmenso de la Pasión y muerte que ya has meditado en otra parte... Más costoso que el sacrificio de la propia vida, es el sacrificio y la pérdida de una persona amada. — Nadie ha amado como

María..., luego nadie ha hecho este sacrificio con tanta intensidad como Ella. — Finalmente, el sacrificio de la última despedida para subirse a los Cielos... Jesús se va y Ella se queda aquí, en este destierro, a seguir sufriendo..., a continuar el sacrificio..., a enseñarnos a nosotros prácticamente a cumplir «lo que en nosotros falta a la Pasión de Cristo»..., que es la aplicación de sus méritos, mediante nuestra incorporación a Él...; participando de su vida..., de su espíritu..., de su sacrificio..., de su amor a la expiación y a la reparación... ¿Son esos tus anhelos?... ¿Trabajas por unirte como María con Cristo crucificado..., atormentado y lleno de dolores? — Pide a la Santísima Virgen este espíritu en que Ella rebosa de amor y de sufrimiento, para poderte ofrecer como Cristo y con Cristo, como víctima de expiación por tus pecados y por los del mundo todo. — Trabaja, pues, por negarte a ti mismo en todo..., por tomar muy generosamente cada día tu cruz... y así, en ella crucificado, seguir a Cristo y a su Madre, que también es tuya, en el camino del sacrificio.

MEDITACIÓN 36

ORACIÓN

1.º *Excelencia.* — Varias veces se ha tratado ya este punto en las meditaciones de la vida de la Virgen..., pero es tan importante y tan grande su excelencia, que vamos a detenernos de nuevo y despacio en él..., tanto más, cuanto que en María tenemos el modelo más perfecto y la maestra más práctica, de todo lo que digamos sobre la oración.

Y así, primeramente detente a meditar algo sobre su excelencia... y la deducirás de su misma definición: «orar es levantar el corazón a Dios»... es ponerse en comunicación con Dios y conversar con Él..., es decir, que al orar estamos seguros de que hablamos con Dios..., que Él nos escucha y atiende... y a la vez Él nos habla..., nos enseña..., nos da luces e inspiraciones para conocer su santísima voluntad... ¿Qué te parece?... ¿Puedes imaginar algo más noble..., más digno y excelente..., más honroso para ti que el ser admitido al trato con Dios..., a la comunicación con Dios..., a hablar y tratar íntima y confidencialmente con Él?... ¡Qué de secretos te va a descubrir!... ¡Qué de cosas tan divinas te va a enseñar!...

La oración es un abismo de bondades por parte de Dios..., de grandeza y sublimidad por parte nuestra, pues nunca podríamos soñar con mayor grandeza y exaltación que la de ser admitido a la amistad íntima de Dios. — Esto es lo extraño e incomprensible. — ¡Cómo Dios no se desdeña, cómo no duda en rebajarse a hablar con los hombres!... ¡y cómo éstos no se aprovechan de esta ocasión para conseguir lo que quieren de Dios!... Porque la oración es la llave de oro que abre los inmensos tesoros de las riquezas infinitas de Dios... No hay arca, por muy cerrada y escondida que esté, en las alturas del Cielo, que no se abra con esa llave... En la

oración, la misma omnipotencia de Dios se pasa a nuestras manos y parece que el Señor tiene gusto, en dejarnos durante ella el cetro de su majestad infinita... Así es de grande..., excelente..., omnipotente la oración.

Si quieres saber algo de las excelencias de sus dulzuras y consuelos, pregunta a las almas de oración..., esto es, a todos los santos... pues todos los santos son almas de oración... y todas las almas de oración son santas... Míralas, embriagadas en esas dulzuras que no aciertan a dejar. — Un San Luis Gonzaga, que llega a orar siete horas seguidas... Un San Francisco de Borja, que después de ocho horas seguidas, pedía que le dejaran un poquito más..., y así todos los demás. — Y aunque después entraremos de lleno en la oración de la Virgen..., pregúntate ahora ya, ¿cómo sería esta oración?... ¿Cuáles serían sus dulzuras y consuelos?... ¿Cuántas las gracias que en ella recibiría?... ¿Cuánto tiempo duraría la oración de María?...

2.º *Necesidad.* — Pero antes, detente a ver un poco la necesidad de la oración. — Es algo completamente necesario e indispensable para la salvación y para la santificación. — Sin oración, no hay gracia..., sin gracia, no hay nada conducente para la vida eterna...; no hay Cielo, sin oración. — San Ligorio, dice categóricamente: «Todo el negocio de la salvación depende de la oración..., porque con la oración estaréis seguro de salvación... y si no oráis, vuestra condenación es cierta.»

Escucha al mismo Cristo, que tanto encareció esta necesidad hasta el punto de que fue uno de los temas más repetidos en sus predicaciones: «Velad y orad, para que no caigáis en la tentación»... «Es necesario orar siempre y no cansarse de orar»... «Orar en todo tiempo»... Y como lo que predicaba lo enseñaba a la vez con el ejemplo, de El dice el Evangelio que subía al monte a orar y a pasar allí la noche en oración... Y otras veces se dice, que «se retiraba a un lugar solitario y allí oraba»... De suerte que la oración era para El una ocupación frecuente y larga. — ¡Qué de extraño tendrá, sabiendo esto, que también la Santísima Virgen pasara gran parte de su vida en oración!... Ella era la dispensadora de todas las gracias, pero... quería que supiéramos que el medio ordinario... y universal... e infalible, de obtener esas gracias, era la oración.

Ya hemos dicho en otra parte, que los Evangelistas nos presentan a María muchas veces orando..., de suerte, que a pesar de los poquísimos detalles que de Ella narran, nos hablan repetidas veces de la oración de María... — La Anunciación y Encarnación tienen lugar durante la oración: de la Virgen... Sube al Templo, aún sin obligación ninguna, a orar... La Purificación y Presentación, son misterios de oración... Ora en el Calvario junto a la Cruz...; y en el Cenáculo, por espacio de ocho días seguidos, con los Apóstoles no hace sino orar... — Bien puedes decir que toda su vida fue de oración...

3.º *Tu vida de oración.* — Y tú, ¿sabes vivir esta vida?... ¿Estás convencido de la excelencia y necesidad de esta vida para tu alma?... Necesitas luz intensa que te haga conocer íntimamente a Dios..., lo que es para ti y lo que quiere de ti en cada momento..., luz que te enseñe los peligros que te rodean y los lazos que te tiende sin cesar el demonio..., así como los medios de defenderte y de triunfar..., luz que ilumine todo tu interior, para conocerte bien...; luz que te enseñe cuáles son tus inclinaciones y tu pasión dominante..., tus caídas y pecados con sus causas y raíces..., tus debilidades y defectos que te oculta el amor propio...; luz para conocer bien el amor de Cristo y sus sacrificios...; su obra redentora y santificadora..., su espíritu de humildad y obediencia..., su bondad y misericordia...; luz para penetrar en el corazón de tu Madre querida y allí ver su pureza..., su santidad..., sus virtudes todas... el amor maternal que te tiene..., la necesidad que tienes tú de Ella para todo, pues sin Ella no podrás hacer absolutamente nada.

Y a la vez que esta luz, necesitas fuerza para luchar sin cesar..., para sostenerte sin cansancios ni desalientos..., para alentar tu esperanza y confianza en el triunfo, en las sequedades..., en las tribulaciones..., en las dificultades..., en la falta de gana...; fuerza para romper y desarraigar y cortar con energía lo que sea necesario y Dios te pida..., para cumplir con tus deberes diariamente sin desfallecimientos..., para seguir, en fin, de cerca a Cristo y con El crucificarte en su misma cruz.

Todo esto es para ti de absoluta necesidad...; sin esta luz y sin esta fuerza serás incapaz de nada provechoso para tu alma... y, sin embargo, todo esto se te dará únicamente..., exclusivamente en la oración... y conforme a la medida de tu oración... A más oración, más luz, más fuerza... y, por tanto, más gracia y más santidad. — Pregúntate de nuevo: ¿qué importancia das a tu vida de oración?... ¿Cómo trabajas y te esfuerzas en ella?... Pide a la Santísima Virgen te conceda este don, de ser alma verdaderamente de oración.

MEDITACIÓN 37

ORACIÓN

1.º *Vocal.* — Es la primera manera de oración, la que consiste en dedicar a Dios el don hermosísimo de la palabra, empleándola en alabarle..., en darle gracias..., en pedirle mercedes. — Es la oración más natural y espontánea que brota del corazón que ama y sube a los labios..., ya que de la abundancia del corazón habla la boca.

Sin duda, pues, que esta oración no ha de ser de pura mecánica..., no ha de consistir en la mera pronunciación verbal de palabras, sino que éstas han de brotar del corazón..., han de ser la expresión externa de lo que interiormente se siente.

Fácilmente comprenderás que un disco de gramófono... o un animal

parlante, que repite con más o menos exactitud las palabras que no entienden, no oran. — Fíjate bien, has de entender lo que dices..., te has de dar cuenta de lo que pronuncias... o al menos, has de saber que estás hablando con Dios y honrándole con lo que dices, aunque no lo entiendas, como ocurre con las religiosas que rezan el Oficio Divino en lengua que desconocen.

De no hacerlo así, serás del número de aquellos de quienes decía Cristo: «Que le honran con los labios, pero su corazón está muy lejos de Él.» ¡Qué hermosa es la oración vocal hecha bien!... Parece que es el ensayo, aquí en la tierra, de las alabanzas que eternamente hemos de cantar a Dios en el Cielo.

A esta oración se refería Cristo, cuando mandaba a sus discípulos que orasen y cuando Él mismo les enseñó aquella fórmula divina del *Padre nuestro*, que es, sin duda, la oración vocal más perfecta y la que con mayor gusto y devoción debemos repetir. — La Iglesia nos recomienda sin cesar esta clase de oración con su ejemplo... ¡Cuántas oraciones vocales en su liturgia, tan preciosas y llenas de unción!... Mira cómo llega a imponer, bajo obligación grave, a sus sacerdotes, la oración vocal, diariamente, con el rezo del Breviario.

Pero detente a considerar esta oración en la Santísima Virgen. — Tenemos una prueba que nos dice muy claramente cómo sería la oración vocal de María. — Recuerda la oración sublime de su *Magnificat*... ¡Qué himno tan lleno de gratitud y amor a Dios, que rompe del corazón de la Virgen como una explosión que no puede ya contenerse y encerrarse en el interior... y naturalmente brota y se derrama profusamente al exterior! — Imagínate su actitud..., su atención..., su fervor..., cuando pronunció esta oración y aprende así a orar vocalmente, no de cualquier manera..., no atropellando las palabras..., no corriendo, ni con deseos de acabar cuanto antes, sino saboreando lo que dices y mirando al Dios con quien hablas.

Y cuando la Santísima Virgen se enteró del Padre nuestro que había compuesto su Hijo, ¡qué empeño pondría en aprenderlo y retenerlo en su memoria!... ¡Con qué gusto lo repetiría cientos y miles de veces!... ¡Con qué fervor lo meditaría y saborearía cuando las pronunciaba, todas y cada una de sus palabras!... Mira si éste es el aprecio que haces tú de esta sublime oración..., si así la rezas despacio y dándote perfecta cuenta de lo que en ella dices y pides al Señor. — Suplica a la Santísima Virgen te ayude en tus oraciones vocales..., especialmente en aquellas que rezas con más frecuencia, para que evites el rezar maquinalmente y así perder el gran fruto de la hermosa oración vocal...

2.º *Mental*. — Pero contempla especialmente a la Santísima Virgen en su oración mental..., en su meditación, no sólo diaria, sino tan frecuente en cada momento. — El Evangelio nos habla de esta oración de María también, en aquellas palabras: «María guardaba

todo esto en su corazón, meditándolo en él», como en el mejor libro donde podían escribirse. — Representate a María en esta oración, como mejor puedas...; atiende a todos sus detalles exteriores e interiores...», pregúntate muchas veces: ¿cómo meditaría la Santísima Virgen..., sobre qué..., cuáles serían sus afectos..., sus coloquios..., qué fruto sacaría de ella? — Tu alma responderá fácilmente a estas preguntas.

Repara en la importancia que la Virgen daba a la oración mental. — Todos los santos han seguido este ejemplo de María y se han empapado en la meditación de los misterios y enseñanzas de la vida de Cristo, y allí han aprendido, de ese modo, la santidad. — Así dice San Ignacio, que esta oración es el camino más corto para hacerse santo..., y San Alfonso de Ligorio, dice: «que muchas almas, a pesar de sus devociones y oraciones vocales o rezos, han caído en pecado y han continuado en él, pero que es completamente imposible meditar y pecar..., hacer con frecuencia esta oración mental y seguir pecando». — Conocido es el dicho de Santa Teresa de Jesús, que promete el Cielo a quien dedique un rato cada día a la meditación.

No creas, sin embargo, que meditar es estudiar..., es pensar mucho..., es romperse la cabeza discurriendo...; menos aún, es tratar de buscar ideas nuevas y originales..., de suerte que no digas que no sabes meditar, porque no se te ocurre nada nuevo. — Todo el mundo sabe meditar...; la vida racional del hombre es una continua meditación... Medita el hombre de negocios para buscar las mayores ganancias..., medita la joven mundana para encontrar la forma de agrandar más..., medita hasta el niño sus juegos y travesuras... y aún el hombre que corre tras un placer ilícito, medita su pecado y el modo de llevarlo a la práctica.

Te basta con reflexionar un poco sobre algo que has leído u oído..., seleccionando lo que más te conviene, pues no todo es para todos... Da mucha importancia a esa selección, de lo contrario perderás el tiempo... Aplica en seguida a tu vida y a tu conducta aquello que estás reflexionando, y verás cómo naturalmente brotarán de tu corazón afectos de vergüenza..., confusión..., arrepentimiento... o de agradecimiento..., de santa alegría e íntima satisfacción..., a la vez que formarás espontáneamente propósitos para evitar esto..., para no volver a caer en aquello, etc., y juntamente pedirás gracia a Dios..., ayuda a la Santísima Virgen, para este caso particular y concreto que has prometido y vas a cumplir..., y ya tienes con esto hecha una hermosa y práctica meditación,

Debes de hacer jugosa la meditación..., que no sea una consideración seca y fría.... Habla con Jesús y con María mucho..., desahógate con Ellos..., diles tus penas..., tentaciones..., caídas y miserias, etcétera. — Pregúntate si haces así la meditación..., si te cansas y la dejas o acortas con cualquier pretexto...; si la haces en compañía de tu Madre..., mirándola a Ella..., aprendiendo de Ella...

3.º *Lectura meditada.* — Es otro medio de oración muy relacionado con la oración mental. — Cuando te atormenta alguna gran preocupación..., alguna pena..., algo, en fin, que no puedas desecharte..., te es imposible recogerte..., no puedes pensar ni discurrir nada..., haz entonces, al menos, esta lectura reposada..., despacito..., detente en esa frase..., en ese pensamiento que parece se acomoda mejor a tu situación actual... y así, suple tu meditación con esa lectura meditada... Diez y ocho años meditó así Santa Teresa de Jesús, por no poder discurrir», dice ella «y muchas veces, añade, abriendo el libro ya no era menester más..., otras leía poco..., otras mucho..., conforme a la merced que el Señor me hacía». — Esto te enseña que no debes atarte al libro, sino saberte separar de él; cuando ya sientas alguna comunicación de Dios..., debes interrumpir en seguida la lectura y allí detenerte lo que puedas.

También en esto debes mirar como modelo a la Santísima Virgen. — ¡Cuántas veces tomaría en sus manos el rollo de las Sagradas Escrituras y se engolfaría en la lectura de las profecías... y cuántas veces empezando una frase, no la terminaría..., porque su entendimiento y su corazón la llevarían a terminarla a su modo, viendo a su Jesús y haciendo aplicación a su vida de lo que allí estaba Ella leyendo.

Eso debes hacer tú...; lee con sentido..., saborea despacio lo que lees..., haz tus aplicaciones a tu vida y esta lectura producirá en tu alma los efectos saludables de la oración mental..., pues no es una mera lectura en ese caso, sino una verdadera meditación... ¿Lo has hecho así?... ¿Has recurrido a este medio, antes que dejar la oración, cuando por enfermedad..., molestias..., disgustos..., etcétera, no podías hacer otra cosa? — Promete a la Santísima Virgen hacerlo así siempre... Todo menos el dejar la oración, ni un solo día, en la forma que sea.

MEDITACIÓN 38

ORACIÓN

1.º *Súplica.* — La oración de súplica o de petición es la que más propiamente entra de lleno en la definición de la oración, que es «levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes». — Es, además, la oración más indispensable...; no tenemos nada..., no somos nada..., no valemos ni podemos nada..., pues, a pedírselo al Señor, porque la oración es el medio universal y ordinario de obtener de Dios lo que necesitamos.

Es cierto que Dios ya sabe lo que nos hace falta y lo que nos conviene, aunque no se lo pidamos nosotros, pero quiere que sea así..., que nos humillemos y confesando nuestra nada le pidamos cuanto necesitamos. — Es admirable y consolador en gran manera lo que Cristo dijo sobre esta oración de súplica: «Pedid y recibiréis..., llamad, y se os abrirá...; cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá...; si tenéis fe, os

aseguro que cuanto pidáis en la oración os será concedido.» — Y luego la parábola del amigo inoportuno para enseñarnos a importunar a Dios, hasta cansarle, si podemos hablar así, y obligarle a que oiga y atienda nuestra oración. — En fin, recuerda aquellas dulcísimas expresiones del Evangelio: «Si vosotros, siendo malos como sois, no sabéis dar a vuestros hijos sino cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre celestial os dará las cosas buenas que le pedís?»

Atiende, en particular, a la conducta de la Santísima Virgen en este punto... ¿A quién acudía Ella en sus agobios y dificultades..., en sus pruebas y contradicciones?... ¿Dónde encontraba Ella la solución que buscaba..., el remedio, el consuelo, la fuerza para todo?... Las luces y las gracias que recibía en tan grande abundancia, ¿de dónde la venían, sino de la oración?... ¿No eran la respuesta que Dios enviaba a aquella oración de súplica y de petición con que constantemente iba la Santísima Virgen al trono de Dios, a depositar allí sus cuitas y sus necesidades, sabiendo que de allí la vendría el remedio infalible?

Trae a la memoria su oración; en la Expectación del parto..., ¡qué de súplicas... y de peticiones anhelantes..., llenas de gemidos inenarrables!... Así fueron de poderosas, que rasgaron los Cielos e hicieron descender al Hijo de Dios a su purísimo seno, adelantando la hora de la Encarnación. — Y qué de peticiones no haría a Dios en el Templo..., en sus viajes llenos de zozobras e inquietudes..., en su huida a Egipto..., viendo a su Niño buscado para la muerte...; en la pérdida de Jesús en el Templo...; en fin, en cada instante..., a cada paso..., para cualquier cosa, acudía a Dios... ¿No lo hizo así en las bodas de Caná?... ¿No pidió vino y no para Ella... y se lo dio en gran abundancia, como lo pidió y como lo quiso?... ¡Oh poder inmenso de la oración!... ¡Qué será, que Dios se deja vencer y dominar por ella y se pone a su servicio!... ¿Por qué no te convences de la necesidad que tienes de ella para tus males?... ¿Cuántas gracias pierdes por no pedir las?

Oye a Santo Tomás de Aquino, que dice: «Todos estamos obligados a orar, porque tenemos obligación de procurarnos los bienes espirituales, que no vienen sino de Dios y únicamente por la oración.»

2.º *Presencia de Dios.* — Bien podemos incluir entre las diversas clases de oración, a este ejercicio santo de la presencia de Dios. — Por de pronto, debe acompañar siempre a nuestra oración y tanto mayor será el fruto de ésta, cuanto más y mejor sepamos actuarnos en la presencia de Dios. — No descuides esto nunca, y ten muy presente su importancia en la oración. — Mas no solamente al comenzar y al proseguir la oración, sino con frecuencia durante el día, debes renovar esta divina presencia, si quieres conservar el fruto de esta oración y hacerle verdaderamente práctico.

Este ejercicio es el que San Francisco de Sales llamaba el «pan nuestro de cada día», porque así como el pan no falta en ninguna mesa y le

mezclamos con toda clase de comidas, así la presencia de Dios debe sobrenaturalizar todos los actos nuestros, aun los más insignificantes e indiferentes.

Si realmente vivimos teniendo a Dios delante..., comprendiendo que Dios nos ve y nos contempla en aquel caso..., que penetra hasta lo más secreto de nuestras almas, leyendo en el fondo de nuestro corazón todas nuestras intenciones..., afectos..., deseos..., pensamientos, sin que nada se le oculte..., si le viéramos siempre tomando nota de nuestros actos, para juzgarlos un día y premiarlos o castigarlos eternamente, ¿quién no sería santo?... ¿Sería posible tener delante a Dios y pecar?... ¿Si le viéramos así, sensiblemente, en figura corporal, a nuestro lado..., si se nos apareciera en los momentos críticos de la duda..., de la vacilación..., de la tentación..., ¿caeríamos..., nos atreveríamos a extender nuestra mano al fruto prohibido? — Y, sin embargo, esto no es suposición ni imaginación sino completa y verdadera realidad... Así estamos y así vivimos, rodeados de la presencia de Dios..., bajo la mirada de Dios..., pues si Él nos mira sin cesar, ¿por qué no mirarle nosotros a Él?

Y aquí ves, por qué esto, es ya una oración, puesto que esta presencia de Dios no es una cosa fría y seca, sino algo muy íntimo y fervoroso, que te pone en comunicación directa con Dios y te mueve a hablar con Él por medio de fervorosos afectos..., a la vez que te arrastra a cumplir con toda perfección tus deberes y todo lo que el Señor te pide.

En este punto, muy poco se puede decir de la Santísima Virgen, porque sería cosa de nunca acabar, el exponer algo siquiera de esta vida de presencia de Dios que tuvo Ella. — Excita tu imaginación y fácilmente te representarás a María en cualquiera de los actos de su vida y la verás en todos ellos, obrando siempre como si tuviera delante al mismo Dios. — Es verdad que le tuvo así, en la persona de su Hijo, pero antes y después de esta vida que vivió en compañía de Jesús, María vivió lo mismo, sin perder ni un instante la presencia de Dios. — Si esto se dice de muchos santos para alabar su santidad, que anduvieron siempre delante del Señor, ¿qué podemos decir de la Virgen?

3.º *Jaculatorias*. — Es otro modo de orar..., muy breve..., muy sencillo..., muy simplificado, pero muy práctico. — La jaculatoria es como una oración comprimida, pero muy encendida y de efectos rápidos. — Piensa lo que habrás conseguido con ellas, en tus tentaciones..., en tus apuros..., en tus grandes dificultades..., cuando no hay medios ni tiempo, ni facilidad de una larga oración... Entonces es la jaculatoria el gran recurso..., es el desahogo del alma con Dios. — Te digo lo que de la oración hemos indicado: no todas son para todos..., ni todas son para todos los momentos. — La jaculatoria ha de ser breve..., clara..., fervorosa..., oportuna. — La Iglesia tiene admitida y bendecidas e indulgenciadas muchísimas, pero elige unas cuantas..., pocas..., que puedas echar mano de ellas con facilidad...;

busca aquéllas que más te convienen..., que más dicen a tu corazón... y ya verás cómo la jaculatoria bien sentida es una magnífica oración...; inventa tú alguna que sea como un suspiro de tu alma..., un arranque de tu corazón... algo jugoso y agradable a tu corazón. — Imita a la Virgen, que renovaba su presencia de Dios sin cesar, con jaculatorias que más que de sus labios brotaban de su corazón y que eran como saetas y dardos de amor que se iban a clavar en el mismo corazón de Dios. — Repite mucho esta clase de oración, dirigida al Señor y también a tu Madre querida, de suerte que sean como continuas llamadas que haces a tu Madre, para que no te deje..., para que venga en tu ayuda..., para que te asista en tu vida y en tu muerte. — Dichosa el alma que muere con una dulce jaculatoria en sus labios.

MEDITACIÓN 39

ORACIÓN

1.º *Somos malos*. — Hoy detente a meditar muy provechosamente las cualidades de la oración para que ésta sea verdadera y práctica. — Recuerda aquello de San Agustín, de que nuestra oración suele ser inútil por una de estas tres razones o por que somos *malos*... o porque pedimos mal... o porque pedimos *cosas malas*. — Y efectivamente, somos malos..., somos pecadores..., somos ingratos a Dios. ¿Qué derecho tenemos de pedirle nada y por qué razón nos ha de conceder Él lo que le pedimos? — Sin embargo, los pecadores pueden y deben acudir a la oración...; ella será precisamente su salvación... Pero atiende bien, el pecador humilde..., el que se arrepiente y desea salir de su pecado..., no el que se gloria en él y está contento de sus pecados, sin ánimo de dejar de pecar..., ¿con qué cara se atreverá éste a acercarse al trono de Dios y pedirle mercedes?... No será esto una burla... un abuso incalificable..., un insulto verdadero?

Mira, pues, si hay algo de esto en ti..., si Dios te pide que dejes algo..., que te apartes de algún peligro u ocasión..., que rompas algún lazo que te ata..., que trabajes más por dominar tus pasiones..., por disminuir tus caídas..., por aumentar tu fervor, etc. — Pues sólo haciéndolo así, podrás orar con fruto...; de lo contrario, no te quejes de que Dios no te escuche, ya que eres tú quien primeramente no hace caso de lo que te dice Dios.

Además, aún supuesto esto, que no queramos eficazmente ser malos y trabajemos seriamente por dejar de serlo..., aun así, no tenemos méritos propios..., ni títulos suficientes para merecer ser oídos en nuestra oración. — Por eso, Cristo nos dio la solución al mandamos pedir todo en «su nombre»... esto es, apoyándonos en Él..., en sus méritos infinitos..., en su excelencia y dignidad divinas... Así la oración será infalible, porque ¿qué podrá negar el Padre a lo que se pida en nombre de su Hijo? — Fíjate bien en la práctica constante de la Iglesia...; jamás termina una

oración que no sea invocando este nombre y estos méritos de Jesucristo... «Por Jesucristo nuestro Señor, tu Hijo que contigo vive y reina», etc., es decir, que la Iglesia nos enseña con eso claramente que la oración hecha en nombre propio, sin ser confirmada con el nombre santo de Jesucristo, es cosa inútil por completo. — Nosotros somos malos, luego no merecemos que Dios nos oiga..., pero revestidos de Cristo, ¡ah!, entonces, ¡qué no conseguiremos!

Contempla a la Santísima Virgen orando...; su oración modelo, también nos enseña esto... Ella no era mala..., no podía serlo..., no entraba en este punto de nuestros defectos... Dios se gozaba en Ella... se complacía sin cesar en Ella... ¿Qué extraño, pues, que su oración consiguiera lo que consiguió?

Además, si todo lo hacía con Jesús y por Jesús, su queridísimo Hijo..., ¿cómo sería su oración sino hecha y dirigida al Señor por su medio? — Haz tú lo mismo, dirígete a la Madre para llegar por Ella al Hijo, y por el Hijo al trono del Padre.

2.º *Oramos mal.* — Esto es, oramos de mala manera..., con malas disposiciones..., de cualquier modo. — Mira al modelo de los modelos. Cristo Jesús, en su oración. ¡Qué fervor el suyo!... ¡Qué bien enseña prácticamente las cualidades indispensables de la oración! — Éstas, son las siguientes:

a) *Atención y recogimiento*, retirándose a los lugares más apartados de todo bullicio..., no ya sólo a su casita de Nazaret, sino dejando ésta misma se va a los montes..., al desierto..., en la soledad de la noche. — No se duerme..., no se distrae..., no pierde el tiempo...; reprende a sus Apóstoles porque duermen y no oran... Piensa mucho en esto y oye que Jesús quizá a ti también te reprende.

b) *Humildad.* Nos la enseña su postura..., de rodillas..., de pie, con los brazos extendidos..., postrado en tierra..., así cosido con el suelo... ¡Qué humildad tan profunda!..., y a la vez, ¡qué espíritu de mortificación tan grande!...

c) *Confianza.* Mira cómo empieza siempre su oración con el nombre dulcísimo de «Padre»... Así lo hace en el Huerto..., así en la Cruz..., así siempre... ¡Es Él su Hijo!..., pues ¿cómo ha de dudar de que su Padre le ha de escuchar?... Todo lo dice esa palabra llena de confianza: ¡Padre!

d) *Perseverancia.* Toda su vida perseveró en su oración... Pero recuerda cómo esta cualidad tan difícil, resalta admirablemente en el Huerto...; una..., dos..., ¡tres horas!..., sin prisa..., sin nerviosismos... Se encuentra agotado, física y moralmente y, no obstante, ¡tres horas largas se está orando!... Está en la agonía... y por lo mismo, dice el Evangelio, que oraba más prolijamente..., esto es, alargaba más y más esta oración... ¡Qué lección tan fuerte!...

Reconoce ahora estas cualidades de la oración así enseñadas por

Cristo y aplícalas a la oración de la Santísima Virgen y a la tuya... — La Virgen no desperdició esta lección... ¡Qué admirablemente copió en Sí misma, la conducta de su Hijo!... ¡Cómo sería su atención externa e interna..., su fervor y entusiasmo en la oración!... Contéplala en el rincón más recogido de su casita..., muerta por completo a todo lo que la rodea..., sin atender más que a Dios, con quien habla y conversa largamente y se comunica de modo inefable... Mírala, pegando la frente con la tierra, como si fuera una vil esclava que no se atreve a mirar a su Señor... Escucha sus palabras y en ellas verás la confianza e intimidad con que habla con Dios... Recuerda esta confianza especialmente en las bodas de Caná... a tanto llega..., ¡a mandar y ordenar al mismo Dios!... En fin, detente ante aquella perseverancia que Ella tiene siempre y que inculca a los Apóstoles... Allí la tienes días y días en el Cenáculo enseñándoles, sobre todo, la perseverancia en la oración, como dice el sagrado texto...

Ahora examina ante estos ejemplos tu oración... ¿Cómo es tu recogimiento?... ¿Cómo te preparas para prevenir y vencer las tentaciones y distracciones que te han de venir en ella?... ¿Con qué energía las rechazas?... ¿Trabajas de veras en la oración?... ¿Y cómo son tus posturas?... Y ¿cuál es la humildad de corazón que llevas a la oración?... ¿Qué haces ante las tentaciones de desaliento..., de desconfianza..., de desilusión..., de creer que te engañas..., que no consigues nada..., que es mejor dejarlo todo?, etc. ¿Confías, entonces, en Dios y perseveras en tu oración..., no omitiendo nada..., no acortando nada..., sino más bien alargando un poco más la oración, para mejor vencer y triunfar de todo?

3.º *Pedimos cosas malas.* — La Santísima Virgen no pedía más que el cumplimiento de la voluntad de Dios... Su oración se reducía a repetir el «hágase en mí según tu palabra»..., y como la voluntad de Dios era salvar al mundo..., a eso dirigía todas sus peticiones, a pedir porque se adelantara el momento de la redención..., a suspirar por el Mesías..., en fin, a hacer violencia a Dios para que estableciese su reino entre los hombres.

Esta es la petición que Jesucristo nos enseñó...; «Pedid el reino de Dios y su justicia»..., las cosas de Dios..., las del alma..., las de la salvación..., las de la eternidad..., esto es, lo que se debe de pedir...; lo demás se nos dará por añadidura.

Pero, ¡ah!, sólo pedimos con fervor..., con interés..., con insistencia, cuando algún mal grave, físico o moral, pero humano y terreno, nos amenaza...; entonces, todo nos parece poco... Si tuviéramos este interés por las cosas del alma, ya seríamos muy santos. — Pues bien, todo lo que no sea pedir esto, es como no pedir nada... Así dice Jesucristo a los Apóstoles: «hasta ahora nada habéis pedido»...; y, sin embargo, para entonces ya los hijos de Zebedeo le habían pedido los primeros puestos,

el de la derecha y el de la izquierda en su reino... Los demás, le habían hecho peticiones semejantes... y contesta: «Todo eso, no es nada»!... Porque ellos entendían el reino de Cristo como algo terreno y, por lo mismo, terrena y material era su petición.

No nos prohíbe el Señor pedir cosas de la tierra, pero en lugar secundario..., por añadidura... y subordinándolo todo a la gloria de Dios., a su reino, que es, lo que ante todo, hemos de pedir... ¿Lo haces así?... ¿lmitas en esto a tu Madre querida?... ¿Te interesa el bien de tu alma y el de la del prójimo, de suerte que pidas mucho al Señor por ellas?.. O, por el contrario, ¿te contentas sólo con las añadiduras y descuidas lo principal?... Mira bien si ésta será la razón o la causa del poco fruto de tu oración...

MEDITACIÓN 40

ORACIÓN

1.º *Continua.* — Así era la oración de María, sin interrupción... En todas las circunstancias de su vida, oraba y oraba sin cesar. — Detente a considerar y a imitar su oración: *En sus ocupaciones...* y tan grandes como Ella las tuvo... Generalmente en estos casos, nosotros no solemos orar...; decimos que no podemos, que es cosa imposible... Cuando una preocupación nos invade, de tal modo nos abruma, que ya no hacernos nada... ¿No te ocurre a ti así?

Pues mira a tu Madre... En sus grandes preocupaciones, Ella acude a la oración, como siempre...; podemos decir que más aún que en otras ocasiones... Redobra su confianza y alarga su oración, para en ella buscar y encontrar lo que entonces necesitaba. — ¿No oraría así cuando las dudas de San José..., cuando su viaje a Belén y a Egipto..., cuando la pérdida del Niño..., cuando ya vio acercarse la Pasión?

Entonces palpaba Ella la necesidad absoluta que en esos casos tiene el hombre de apoyarse en Dios..., pues entonces, más que nunca, ve y siente su nada... También lo veía la Virgen, pero por eso mismo se penetraba más y más de la bondad y misericordia de Dios, que en su amorosa Providencia, nos dejó para esos momentos el remedio de la oración... y por eso, a ella acudía, entonces precisamente..., cuando se encontraba abrumada e invadida como nosotros de la preocupación... y allí derramaba su corazón..., contaba sus cuitas al Señor..., se desahogaba con Él..., le pedía su luz y su fuerza... y se arrojaba por completo en sus brazos amorosísimos.

Y cuando la preocupación era tan intensa como fue la de Cristo en el huerto, que no era posible sobreponerse a ella..., ni aun entonces aflojaba su oración..., convertía su misma preocupación en materia de oración para exponérsela al Señor..., para confortar con ella su debilidad..., para animarse a hacer, con generosidad siempre creciente,

su sacrificio..., para hacer también entonces la voluntad de Dios..., o para alegrarse, en fin, por tener algo costoso que ofrecer al Señor... y para más imitarle en sus dolores y sufrimientos. — Así se levantaba de la oración, como Cristo en el Huerto..., animosa..., valiente..., decidida..., dispuesta a afrontar todas las preocupaciones y a beber, hasta lo último, el cáliz de la amargura.

Mírala así, no nerviosa y excitada, como tú te pones en esos casos..., serena, tranquila, dueña por completo de Sí misma..., segura de Dios..., confiada en El en todo momento..., y así, como Ella, lánzate a luchar contra la turbación..., el decaimiento..., la desconfianza que en tus preocupaciones sientes, pero es porque no buscas, como María, el remedio en la oración...

2.º *En sus ocupaciones y en sus descansos.* — Todo lo hacía acompañada del espíritu de oración... Oraba trabajando, de suerte que en sus ocupaciones no perdía la presencia de Dios y así, su misma laboriosidad se convertía en purísima oración... No tenía otro fin ni otra idea en sus ocupaciones que la de hacer la voluntad de Dios...; trabajaba en Dios, con Dios, para Dios...; no olvidaba que ésta era la fórmula de la esclavitud y Ella era ¡la esclava del Señor!

Y como tal esclava vivía y trabajaba..., porque en todo buscaba a Dios y en todo encontraba y veía a Dios... Así también descansaba, como quien busca en el descanso, el cumplimiento del plan de Dios, que dispone y ordena también nuestro descanso... No iba, pues, a darse una satisfacción, sino a dársela a Dios...; iba a buscar lo que necesitaba materialmente, para conservar su salud y las fuerzas, y volver luego al trabajo con más interés, con nuevos bríos..., trabajando y orando a la vez con grande alegría y contento... ¡Qué bien cumplía la Virgen aquello de «orad sin intermisión» de día y de noche..., en las ocupaciones y en los descansos... Hasta en su sueño mismo oraba Ella, pues de nadie, como de Ella, se puede decir aquello de que «yo duermo, pero mi corazón vela»...; el cuerpo descansaba en el lecho, pero su alma descansaba en manos de Dios...

3.º *En las sequedades y tentaciones.* — Entonces, precisamente, es cuando más hay que orar..., cuando el demonio tiene más empeño en que dejemos la oración, y valiéndose de nuestras sequedades, nos tienta para que la abandonemos... — Advierte que las sequedades pueden ser un castigo que Dios te da por tu poco fervor..., por el poquísimo empeño con que trabajas en la oración..., por las gracias que en ella desperdicias, etc., y en este caso ya ves que el remedio es otro..., a trabajar más..., a esforzarte cada vez más y más; pero si las sequedades son una prueba que Dios te envía para hacer más meritoria tu oración, mira a la Santísima Virgen y aprende lo que has de hacer...

¿Cómo oraba Ella en las sequedades?... — Como su Hijo en

Getsemaní..., con más intensidad..., con más reverencia y humildad..., con más prolija preparación..., con verdadera paciencia y fortaleza... y, en especial, con firmeza y perseverancia... ¡Qué oración más laboriosa la oración seca en la que no se sabe qué decir a Dios... y Éste parece que tampoco dice nada!...

Mira a Jesús en su oración pasarse ¡tres horas largas! repitiendo las mismas palabras... Tal era su tedio y sequedad, que no se le ocurría otra cosa y, no obstante, no deja por eso la oración..., hasta que no pasen las tres horas, su Padre no le enviará el ángel que le consuele... y durante ellas allí estará, víctima de la más espantosa sequedad, luchando y trabajando en su oración... ¡Qué modelo!... De él aprendieron todas las almas a vencer así sus sequedades... ¡Cuántas veces probó Dios a sus escogidos con sequedades largas ¡de años enteros! Y, sin embargo..., esas sequedades sólo sirvieron para poner más de relieve aquella santidad que se apoyaba entonces, más que nunca, en la oración... Así debes orar tú también.

María no tuvo grandes sequedades, como castigo de sus culpas, pues carecía totalmente de ellas..., pero sí que las debió de tener, como su Hijo, para mérito suyo y para servirnos de ejemplo a nosotros. — Acuérdate de tu Madre en estos casos..., mírala cómo triunfa de las sequedades con su doble trabajo y con el esmero especial que ponía..., y así su oración seca y árida, se convertía, en Ella, en fuente riquísima de gracias... ¡Qué aumento de ellas... y de amor... y de reverencia... y de sacrificio sacaba de esta oración!... ¡Qué fuerza tan grande..., qué violencia tan amorosa no hacían a Dios aquellas oraciones secas de María... y por lo mismo, ¡qué oración la suya tan eficaz!

Anímate con esto a sacar, como la Virgen, de tus arideces y sequedades, nuevos bríos y alientos para trabajar más y para orar mejor..., como esos corazones valientes, que en vez de acobardarse agrandan ante las dificultades que tienen que vencer...

4.º *En los consuelos.* — ¿Quién será capaz de describir esta oración de María?... ¿Cuáles serían sus éxtasis y arrobamientos?... ¿Cuáles las luces y revelaciones que entonces tendría?... Recuerda estas oraciones en otros santos, que de tal modo les arrebatában, que no parecían vivir en la tierra; pues... ¿cómo sería aquella oración dulce y extática de la Santísima Virgen, en la que su entendimiento se abismaba en la contemplación de la Divinidad... y su corazón se abrasaba en el mismo fuego en que se abrasa el corazón de Dios?

Admira y reverencia esta altísima oración que nunca llegarás a comprender cómo fue..., pero al mismo tiempo pide a la Virgen te dé gracia para aprovecharte de las luces, inspiraciones y consuelos cuando Dios se digne dártelos..., sin que por eso creas que es más perfecta y fervorosa y meritoria la oración, en la que recibes estas comunicaciones del Señor, que aquella otra en la que tú tienes que trabajar, porque no

sientes nada... En la primera, es Dios quien, por decirlo así, trabaja...; en la otra, eres tú quien debe trabajar y esforzarse...

De suerte, que ya sabes: con consuelos o sin ellos..., aprovechándote de esas dulzuras, si Dios te las da... o trabajando con firmeza y perseverancia cuando te las niega..., siempre a orar... con fervor... y a procurar sacar fruto en la forma que sea, de tu oración.

MEDITACIÓN 41

ORACIÓN

1.º *Crecimiento en el alma.* — Considera, en fin, algunos frutos que la oración de la Virgen producía en su alma santísima. — La oración, es verdadero alimento del alma y de ahí que su fruto primero sea el propio del alimento, dar vida..., fuerza..., crecimiento y desarrollo.

No es posible, por lo tanto, que un alma se desarrolle debidamente y crezcan en ella las virtudes, si no es mediante el espíritu de oración..., y así mira a la Santísima Virgen crecer y aumentar en ella prodigiosamente, la vida siempre robusta y fuerte de sus grandes virtudes. — En la oración aprendió Ella a obedecer exactísimamente los movimientos e impulsos de la gracia...; en la oración, conoció la voluntad de Dios, aún en sus más mínimos detalles, e inmediatamente, considerándolos como un precepto gravísimo, los ejecutaba fidelísimamente...: a veces eran cosas duras..., humillantes..., dolorosas.

Penetra en su corazón y mira, en algunas ocasiones, qué fuerte y qué duro era el sacrificio que Dios la pedía..., y, no obstante, en la oración se sometía a todo..., aceptaba todo y se levantaba de ella dispuesta a obedecer en todo, costara lo que costare, sin detenerse nunca por ello. — Por ese mismo deseo de cumplir en todo la voluntad divina, nunca tomaba por Sí misma una determinación o resolución...; aún lo más pequeño e indiferente al parecer, lo cotejaba en la oración con la voluntad de Dios, para luego hacer lo que Él la inspirase... ¡Qué magnífica y perfecta obediencia la que así se apoya y crece en la oración! — ¿Haces tú algo semejante?

Con ella, a la vez, crecía su compañera inseparable, la *humildad*. — María aprendió en la oración a conocer a Dios y a conocerse a Sí misma... y como ya hemos dicho otras veces que de este doble conocimiento brota espontáneamente la humildad..., allí veía Ella, clarísimamente, su nada..., su distancia infinita de Dios..., su necesidad de acudir a Él..., de esperarlo todo de Él... y como definitivamente se convencía que todo lo recibía de El, le tributaba, agradecida, sin cesar sus alabanzas y ardía en deseos de que todas las criaturas le conocieran y le alabaran como Él se merecía... ¡Qué *Magnificat* más sublime entonarían a cada paso en su oración la Santísima Virgen!... ¡Qué deseos los suyos de convertir su vida en un continuo y perpetuo *Magnificat* de gratitud..., de alabanzas... y de humildad perfectísima... Muy alta y

sublime era su oración, pero cuanto más alta y más elevada, más profunda se hacía su humildad. — Piensa en la necesidad que tienes de esta virtud y vete a buscarla en la oración..., y en ella, sin duda, encontrarás los cimientos hondos en que ella se asienta.

También crecía en su oración su amor grande y su reverencia a Dios..., porque allí, al mismo tiempo que aumentaba en conocimiento del Señor, se empapaba, cada vez más, en el amor infinito de Dios a sus criaturas, y en particular el que había tenido con Ella, ¡su esclava!... Allí aprendía a apreciar mejor los dones con que la había enriquecido y las gracias y privilegios de que la había dotado.

Ante esta consideración, su agradecido corazón ardía y se consumía cada vez más, en nuevo fuego siempre creciente de amor, y de deseos de corresponder a aquella Majestad, que así se dignaba poner sus ojos en Ella. — Imagínate cómo se la iría, por así decirlo, el alma tras de aquella hermosura y santidad divina..., tras de aquella luz dulcísima y amabilísima que derramaba..., tras de aquel Señor todo bondad..., todo amor a los hombres.

Efectivamente, amamos muy poco a Dios porque no le estudiamos..., no le conocemos... y este estudio y este conocimiento no se adquiere si no es en la oración..., no en el estudio frío de los libros.

Los mismos santos, aún los más sabios, como un Santo Tomás, no fue sino en la oración donde aprendieron a estudiar la ciencia de Dios... ¡Ah, y cuántas almas indoctas e incultas, según el mundo, han tenido también esta divina ciencia! — Mira pues, si la falta de tu amor, no brotará de la falta de este conocimiento..., de esta ciencia, que se da en la oración.

2.º *Disminución de faltas y pecados.* — Es consecuencia natural del primer punto... A mayor fuerza en la vida sobrenatural..., a mayor crecimiento en virtudes, ha de corresponder, en nuestras almas, más y mayor carencia de faltas y defectos. — La Santísima Virgen no pudo, ciertamente, obtener, en rigor de la palabra, este efecto y este magnífico fruto en su oración...

Ella no tenía pecados que quitar, ni defectos que corregir... No obstante, en cierto sentido, también participó Ella de este bien de la oración..., porque en ella adquirió y aumentó cada vez más, su conocimiento de lo que era el pecado..., de lo muchísimo que ofendía a Dios por pequeño que a nosotros nos parezca... y espontáneamente brotaba y se acrecentaba en Ella, el deseo de repararlo, aún a costa de los mayores sacrificios... ¿Qué no estaría Ella dispuesta a hacer por evitar ese mal espantoso del pecado? — Ella, que veía tan claramente el daño que el pecado hace a las almas y el dolor y pena que causa al corazón de Dios..., ¡cómo admiraría la bondad y misericordia del Señor al esperar..., al llamar..., al buscar a los pecadores..., al ofrecerse Él mismo para sacarles de ese estado tan lastimoso..., al sacrificarse por ellos!

Y penetraría en el castigo del pecado, muy justo, en verdad, pero

infinitamente horrible...; el apartamiento para siempre de Dios..., la separación eterna..., la condenación del alma... ¿Cómo concebiría la Virgen estas ideas en su corazón?... ¿Qué efecto causarían en Ella?... ¡Qué dolor, qué lástima y compasión hacia los pobrecitos desgraciados que viven en pecado!... ¡Cómo sentiría Ella el deseo de ser Madre de los pecadores, para cooperar, con su Hijo, a esa obra divina de su salvación!...

Aquí tienes este fruto tan precioso de la oración..., tan utilísimo y necesario para ti. — Tú también, en la oración, debes crecer en conocimiento del pecado..., para aumentar tu odio práctico hacia él..., tu deseo de evitarlo a todo trance..., de repararlo sea como sea..., de lanzarte con ansias apostólicas a salvar almas..., la tuya primeramente... y luego las de los demás... Lánzate a declarar la guerra al pecado..., a esforzarte por evitar las faltas más insignificantes que deliberadamente y frecuentemente cometes y así estar muy lejos de pecados mayores. — No te olvides de que éste será siempre uno de los mayores frutos de tu oración.

3.º *Aumento de santidad.* — A esto se reduce, en fin, lo que puedes pensar sobre el fruto de la oración... María acrecentó, en grado casi infinito, su santidad con el crecimiento incesante de sus virtudes... La «llena de gracia* veía aumentarse ésta considerablemente en su oración... La que era tan aceptada y agradable a los ojos de Dios, se hacía cada vez, más y más agradable...; cada vez, le daba más gloria...; cada vez, se perfeccionaba más... y era mejor instrumento para los planes que el Señor tenía sobre Ella, con relación a la obra grandiosa de la Redención.

Ella había de ser la Corredentora de los hombres..., la Madre de los pecadores..., la Omnipotencia suplicante... y por eso se ejercitaba y se preparaba para estos fines altísimos y divinos con su fervorosa oración. — Consideraba la oración como una parte necesaria e indispensable para el desempeño de su vocación de Madre de Dios y Madre nuestra.

Por eso oraba con tanto fervor..., con tanto interés..., con tanto gusto..., con tanta frecuencia y con tan admirable constancia y perseverancia...; por eso encontraba todo lo que quería en la oración.

Aquí tienes el ejemplo que has de seguir... También tu vocación, cualquiera que sea, te pide oración... La perfección y santidad propia de tu estado, te obliga a orar... También tú debes acostumbrarte a buscarlo todo..., a esperarlo todo..., a conseguirlo todo en la oración. — Todas las virtudes se arraigarán profundamente en tu alma y te elevarás insensiblemente a una altura insospechada de santidad, si sabes ser alma de oración.

Tus vencimientos del amor propio, del genio o del carácter que has de reformar...; tus desasimientos de las cosas de la tierra..., todos los movimientos santificadores de tu alma..., todos tus proyectos y empresas de

apostolado..., toda la eficacia de tus súplicas en bien tuyo propio o de los demás..., la conversión de pecadores..., el remedio de escándalos que pretendas evitar..., la unión de las familias..., la salvación de tus seres queridos... y hasta tus cosas temporales, sobre todo en cuanto que se relacionan con la vida del alma..., todo eso, llévalo a la oración..., négócialo en la oración... y ya verás el resultado..., especialmente si haces tu oración mirando a María..., en compañía de María..., por intercesión de María.

MEDITACIÓN 42

LABORIOSIDAD

1.º *La ley del trabajo.* — El trabajo es una ley dada por Dios con fuerza obligatoria universal... Por tanto, no exceptúa de ella absolutamente a nadie..., viene a ser una ley connatural y propia del hombre, pues dice el Espíritu Santo: «El hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar»... Aún, en el Paraíso, Adán trabajaba... y todos hubiéramos trabajado aunque no hubiera pecado Adán. — Empápate en esta idea fundamental de la necesidad y de la racionalidad del trabajo y, por tanto, cómo el holgazán, no cumple ni siquiera con su condición de hombre.

Ahora mira a la Santísima Virgen... Ni Ella se exime..., ni Dios la dispensa de esta ley. — Mírala cómo trabaja y en qué trabaja... ¡Qué trabajo el suyo!... No es el trabajo cómodo..., gustoso..., agradable..., por pasatiempo..., para no aburrirse..., es el trabajo rudo, áspero, monótono..., el que cansa y molesta y fastidia y, por lo mismo, tanto nos cuesta. — María trabaja no por recreo y distracción, sino por ayudar a su Esposo y a su Hijo, a comer el pan ganado con sus manos y amasado con sus sudores..., se emplea en cosas viles propias de criadas, de esclavas, no de señoras..., y así trabaja como esclavita del Señor...

Contéplala cómo barre..., friega..., hila y repasa las pobrísimas ropas de San José y el Niño..., cómo hace el pan casero y prepara la comida..., va por agua a la fuente..., etc. — Mira aquellas virginales manos encallecerse y ponerse ásperas a fuerza de trabajar... Contempla aquella frente purísima bañada, a veces, con gotas de sudor...

Mírala cómo se cansa..., cómo se fatiga con el trabajo vulgar, como una mujer cualquiera..., igual que aquellas aldeanitas, sus convecinas. — Se acabaron ya las revelaciones y los portentos...; ya no recibe mensajes del Cielo..., ni bajan los ángeles a servirla y a ayudarla...; es Ella la obrera de Nazaret..., la Esposa de un pobre carpintero y, no obstante, es la ¡¡¡Reina y Emperatriz del Cielo!!!

Y a pesar de eso, Dios no la exime de la ley penosa del trabajo... Pudo Dios hacer que lloviera sobre aquella casita un maná milagroso...; pudo hacer que la tierra espontáneamente brotara y les ofreciera sus frutos...; pudo, en fin, sustentarles de muchísimas maneras sin necesidad de

acudir al trabajo..., pero no quiso ahorrar a la familia de Nazaret, ninguno de los sufrimientos y penalidades que lleva consigo la vida de trabajo. — María, por lo mismo, veía en el trabajo un deber sagrado que tenía que cumplir para hacer la voluntad de Dios.

2.º *La virtud del trabajo.* — Ella supo admirablemente explotar esa necesidad, convirtiéndola en fuente de virtudes y de grandes merecimientos. — El trabajo, además de una ley natural al hombre, es un castigo impuesto por Dios al pecado.

La naturaleza parece que se rebela contra la ley de la creación y sólo a fuerza de trabajo logrará el hombre vencer esa resistencia y dominarla... ¡Cuántos secretos..., cuántas fuerzas ocultas..., cuánta riqueza no encierra la naturaleza! Pero todo eso servirá al hombre si éste la trabaja... ¡Qué castigo más humillante para nuestra soberbia!... ¡Tener que comer, pero no poder satisfacer esta necesidad, si no es por el trabajo!

Pero admira la bondad de Dios en el mismo castigo, aunque parezca tan duro..., porque de tal modo endulza y suaviza ese castigo, que le hace apetecible y agradable al ver el hombre los muchísimos bienes que del trabajo puede sacar para su cuerpo y para su alma. — Y como si fuera esto poco, aún lo endulza más con el ejemplo santificador que Él mismo nos dio.

Cristo quiso ser un trabajador, e hijo de pobres trabajadores... y de tal modo santificó el trabajo, que ya desde entonces ni es castigo..., ni es humillante..., ni es penoso... Porque, ¿quién se quejará viendo de este modo a su mismo Dios? — Ante ese ejemplo aprendió María a trabajar... Mira a la Virgen cómo trabaja: *exteriormente, con diligencia y actividad incesante*; sin admitir nada de esa dejadez y flojera, propia de la holgazanería..., con *gran constancia*, aún en medio de su cansancio natural, venciendo y rechazando ese disgusto y ligereza de los que se cansan de todo...; *con paz y tranquilidad*, sin esos agobios y apuros de los que quieren acabar cuanto antes, y para eso trabajan inquieta y atropelladamente...; con *gran compostura y recato*, evitando toda ligereza y esa libertad de movimientos con que obran las almas disipadas, y que se cuidan poco de su modestia y recogimiento... *Interiormente*: con una *alegría* grande y una satisfacción inmensa..., siempre contenta con su suerte, sin envidia de nada, sin ansia de otros trabajos más cómodos, más lucrativos, más brillantes... Parece como si hubiera nacido para esos trabajos rudos y ásperos...; tan contenta y tan bien se encontraba entre ellos.

Mira, además, cómo trabaja por *obediencia*; ésa es la voluntad de Dios, y Ella la cumple exactísimamente... como una «esclavita» que es suya... y a la vez, trabaja por *mortificación*, pues sin duda que el trabajo es una de las más grandes mortificaciones. — Pero al mismo tiempo pone en su trabajo la nota dulcísima del *amor*... Está trabajando por amor a Dios...,

por amor a su Esposo..., por amor a su Hijo..., y así santifica su trabajo..., así lo endulza de tal modo, que nada la parece costoso. — Así, en fin, lo convierte en un acto continuo de oración, pues el trabajo de este modo, no sólo no disipa, sino que acerca más y más el alma a Dios.

3.º *El premio del trabajo.* — Dios premia generosamente a ese trabajo, con la gran paz que da al alma, al ver la voluntad de Dios cumplida...; con la ausencia de ocasiones y disminución de tentaciones de pecado. — Es evidente que el demonio se aprovecha de la ociosidad para ello...; además, con la gran facilidad que da, cada vez mayor, para darse a Dios en la oración..., con los frutos inmensos que se siguen de toda obra de mortificación, como es el trabajo.

Mira bien si tu trabajo es así y si consigues de él estos frutos. — No confundas el trabajo con la ocupación... Si te ocupas en cosas que te agradan..., si tu trabajo es ese ir y venir..., ese coger y dejar una cosa..., en fin, si trabajas por tu gusto y capricho aunque estés muy ocupado, no dudes que no trabajas..., no cumples la voluntad de Dios..., no le buscas a Él, sino a ti mismo.

Compara tu trabajo y tu modo de trabajar con el de María, y dime en qué se parece..., y eso que para ti es aún más necesario que para Ella... Necesitas trabajar para bien de tu cuerpo, para su desarrollo..., para su salud..., para emplear bien los talentos y cualidades que Dios te ha dado...; lo necesitas para bien del alma..., para formar tu carácter..., para dominar tus pasiones..., para vencer tu amor propio..., para la misma oración, en la que perderás el tiempo sino trabajas...; para rechazar las tentaciones, pues el trabajo te dará medios...; para defenderte de la ociosidad..., de la mundanidad..., de las conversaciones frívolas... o pecaminosas contra la caridad, etc.

Pide a la Santísima Virgen que te dé un poco de su espíritu de trabajo, para que así también se convierta para ti en fuente de muchas y grandes virtudes..., y en el medio más fácil y seguro de reparar y satisfacer al Señor por tus pecados...; que siempre trabajes en compañía de María, sin perder ni un instante su presencia santificadora.

MEDITACIÓN 43

PACIENCIA Y RESIGNACIÓN

1.º *Paciencia en los sufrimientos.* — Ya hemos dicho y estamos convencidos, de que no podemos vivir sin sufrimientos... La cruz nos espera dónde y cuando menos lo esperamos. — Es inútil y ridículo, el tratar de huir..., el querer arrojarla de nuestro lado..., en empeñarnos en evitar el dolor y el sufrimiento... Penas, dolores, angustias, humillaciones, contratiempos, etc., sin cesar nos aguardan. — Por tanto, lo único racional... lo único cristiano, es saber sufrir..., buscar el modo de convertir el dolor en fuente de merecimientos..., en causa y principio de grandes y verdaderas alegrías...

Y todo esto ya está buscado..., ya está enseñado prácticamente por Jesús y por María...: esto es, la paciencia y resignación... Mira a Jesús cómo lleva los rigores de su pobreza..., la fatiga de su trabajo..., la persecución de sus enemigos. — Llovieron sobre Él las calumnias, las acusaciones, las envidias...; todos los males cayeron sobre Él..., todos los dolores y sufrimientos del cuerpo y del alma hicieron presa en Él... El cielo, la tierra, el infierno..., hasta su mismo Padre..., todo parecía que se había conjurado contra Él..., y, sin embargo, ¿cómo sufre todo esto?... Admira su silencio..., su resignación..., ¡su paciencia inalterable!

¿Y la Santísima Virgen?... Recuérdala en el día de su viaje a Belén..., el viaje áspero..., la estación cruda..., su situación delicada... Ella sin recursos, sufriendo las privaciones de la indigencia... posadas y casas cerradas para los Santos esposos...; ¡sólo un establo desabrigado e inmundo ha de ser el palacio real para su Hijo!... ¡Qué dolor..., qué sufrimiento para su corazón!... Y, no obstante, tranquila..., resignada..., paciente..., abraza lo que Dios la envía. ¡Qué lección para nuestras quejas e impacencias!

Mírala en la noche triste del destierro... Todo hay que dejarlo...: su casita..., sus parientes..., sus amistades..., la tranquilidad y dulzura de aquella vida...; todo..., todo... y de repente... y de noche... y huyendo... ¿Qué hace María?... ¿Te imaginas que se disgustó..., que dijo ni una palabra de asombro o de inquietud..., de temor..., de enfado?... ¿Tú no la hubieras dicho?... ¿No dices, no una sino muchas, por motivos infinitamente menores? — Piensa..., medita y avergüénzate de tus impacencias..., de tu falta de resignación. — Y eso que tú eres culpable y, por lo mismo, todo lo que sufres es muy merecido... ¿Por qué, pues, quejarse, si siempre mereces más..., mucho más de lo que Dios te castiga?...

2.º *En su trato con el prójimo.* — He aquí otra fuente de nuestras impacencias. — ¡Qué mal solemos llevar las adversidades y flaquezas de nuestro prójimo! — Queremos que nos toleren a nosotros..., que nos aguanten en nuestras genialidades o rarezas..., ¡pero qué poco nos gusta tolerárselas a los demás..., cómo queremos que disimulen nuestros defectos y nosotros no sufrimos los del prójimo!... Más aún, creemos que nosotros no somos así..., que no hacemos eso..., que no obramos de esa manera como obran los demás..., es decir, que no vemos la viga atravesada en nuestros ojos, aunque veamos la pajita más pequeña en los del prójimo. — ¿No es ésta la razón muchas veces de nuestros enfados, de nuestras inquietudes, de nuestros disgustos?

Compárate con la Santísima Virgen, en su trato con los demás... ¿Cómo trató a aquellos parientes y amigos que la cerraban las puertas en Belén?... ¿Qué quejas, qué insultos, qué palabras de desprecio o de venganza o de ira rencorosa les dijo? Y allá, en el Calvario..., ¿qué dijo a

los verdugos cuando atormentaban y crucificaban a su Hijo?... ¿Se quejó de su crueldad..., de su barbarie..., de su ingrata e injusta conducta?... ¡Cuánto no tuvo que sufrir la Santísima Virgen con la ignorancia de aquellos discípulos..., con la grosería de aquellas gentes..., con la dureza y terquedad de los mismos Apóstoles..., con las envidias de los judíos y de los sacerdotes que no descansaban en su persecución contra Cristo!... ¡Qué paciencia con todos!... ¡Qué dulzura en su trato con todos!... ¡Cuánta bondad..., cuánta condescendencia tan maternal y cariñosa!...

En alguna ocasión, hasta su mismo Hijo parece que la contesta fría y desdeñosamente. «¿Para qué me buscabais?», la dice cuando se queda en el templo... «Mujer, y a ti y a mí, ¿qué nos importa de esto?», así la contesta en las bodas de Caná... «¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de Dios, ese es mi madre», etc., así dice a los que le advierten que su madre le está esperando... ¡Qué respuestas!... Por mucho menos, tú te has resentido y disgustado con tus prójimos... En cambio, María, con la serenidad y dulzura de su rostro, demuestra que no se enfada, ni se disgusta...; todo lo guarda en su corazón para luego a solas meditarlo y aprovecharse del sentido misterioso de esas respuestas.

¡Ah!, si tú en todo vieras también ese misterio..., el de la voluntad de Dios que te quiere probar o castigar, ¿cómo recibirías las respuestas que te dan?... ¿No trabajarías más para santificarte en tu trato con el prójimo?... ¿Cómo respondes a tus superiores..., iguales... e inferiores? — Recuerda aquello de San Agustín: «Si tú no sufres a los demás, ¿quién te sufrirá a ti?»... Por eso San Pablo nos dice: «Sed pacientes con todos»... ¡Cuántos disgustos te ahorrarías si fueras humilde con los que te rodean y llevaras con espíritu de caridad y con paciencia todo lo que en los demás te desagrade!...

3.º *Paciencia en el fervor.* — Hasta en el fervor y en el celo entra la paciencia... Has de ser paciente contigo..., no queriendo hacer todas las cosas en seguida y de repente...; no podrás vencer una tentación..., dominar una pasión..., evitar una caída, como tú quieras... No te apures, ten paciencia...; no te desalientes..., sigue trabajando, cada vez con nuevos bríos..., con mayor desconfianza en ti..., pero confiando en la gracia de Dios.

Tampoco seas precipitado en tus obras de apostolado... Nunca podrás igualar en fervor a la Santísima Virgen, y, no obstante, mírala a Ella con qué paciencia va trabajando en las almas de los primeros discípulos..., de los primeros hijos de la naciente Iglesia... ¡Qué de pequeñeces y miserias!... ¡Qué de durezas e ignorancias no encontró en ellos!... Y, sin embargo, con paciencia les va preparando y formando poco a poco... Al fin, había sido Ella la discípula más aprovechada de Aquel que dijo: «Aprended de mí» precisamente esto, la mansedumbre..., la paciencia...

¡Qué paciencia la de Jesús con sus enemigos mismos... y hasta contigo y con todos!... ¿No está años y años aguardando..., esperando... a las puertas de los corazones?... ¿No se debía ya haber cansado y habernos abandonado a todos?... — Aprende esta paciencia..., practica, en la vida espiritual contigo y con los demás, esa paciencia, de la que dice el apóstol «que es la que perfecciona la obra»... — Toda obra sin paciencia, por buena y hermosa que sea, queda con eso completamente estropeada... Las obras de Dios no se hacen con precipitación... Da tiempo al tiempo y espera a que llegue el momento dispuesto por el Señor... Examínate mucho en esta materia y suplica a la Santísima Virgen te dé parte de su paciencia, para que así la imites en aquella paz inalterable de que Ella siempre gozó, aún en medio de las mayores pruebas y tribulaciones.

MEDITACIÓN 44

MANSEDUMBRE

1.º *En qué consiste.* — Es compañera inseparable de la paciencia...; a veces es una consecuencia de ella... y hasta llega a confundirse con la misma.

La mansedumbre es la virtud opuesta a la ira...; el nerviosismo... o el enfado que tenemos en muchísimas ocasiones, cuando no salen las cosas a nuestro gusto..., cuando Dios tuerce nuestros planes..., cuando nos contrarían y tratan de imponerse a nosotros... y así, en particular, nos enfadamos y airamos contra nosotros mismos por nuestras faltas..., por nuestras culpas..., por nuestros desaciertos..., por nuestras grandes miserias...; contra Dios, por las tribulaciones..., contratiempos..., reveses de fortuna..., desgracias..., quizá hasta por las sequedades y pruebas que nos envía...; en fin, contra nuestros prójimos, por los malos tratos o persecuciones de que nos hace objeto.

Todo esto lo refrena y domina la mansedumbre haciéndonos juzgar..., hablar... y obrar con bondad y con dulzura. — No nos pide la mansedumbre que seamos insensibles o recibamos con indiferencia todos esos acontecimientos que nos suceden, y nos exasperan..., sino que sepamos entonces dominarlos de tal modo que seamos nosotros los que nos enseñoreemos de esos afectos y no ellos de nosotros.

No es, ni mucho menos, contra la mansedumbre, el dejarse llevar de la ira alguna vez, con justa causa y con justo modo, sin traspasar los límites de la razón..., como lo hizo Cristo cuando a latigazos purificó el Templo... o Moisés cuando rompió las Tablas de la Ley contra el suelo.

Ésta es aquella ira santa alabada en las Sagradas Escrituras, cuando dice: «Airaos y no pequéis»... Esta ira es hija del celo de la gloria de Dios, muy distinta de la otra ira, que se opone a la mansedumbre y que brota de la impaciencia..., del carácter y del amor propio... — Sin embargo, aún la misma ira santa, es muy difícil en la práctica..., pues

para ello sería necesario tener a raya nuestras pasiones para que entonces no se desborden, como suele acontecer...

¿No tienes experiencia de esto?... — Creías que debías cortar ese abuso..., hacer esa corrección..., etcétera, pero te excediste en la forma... y lo que empezaste con razón, terminaste con pasión. — No olvides, pues, que es muy difícil saberse encolerizar cuando conviene... y, por tanto, que aún entonces..., aún cuando tengas teóricamente razón para ello..., prácticamente debes abstenerte de las formas airadas y obrar siempre con afabilidad y bondad. — Es muy conocido aquello que dice San Vicente de Paúl, de que «él solo usó tres veces de palabras fuertes y duras para reprender con razón y siempre se arrepintió por el mal éxito.» — Si así hablan los santos, ¿qué deberás hacer y proponer tú?...

2.º *La mansedumbre de María.* — Penetra en la casita de Nazaret y trata de sorprender a la Santísima Virgen en alguna de sus ocupaciones. — No creas que la faltaría a Ella materia abundantísima de disgustos... ¡Cómo chocaría sin cesar su carácter y su manera de ser, con la rudeza de aquella pobre gente de Nazaret..., con aquellos ídólatras de Egipto, llenos de falsedades y de supersticiones..., con las colonias judías que allí existían, empapadas de soberbia, egoísmo, avaricia y hasta lujuria!...

Sin embargo, Ella no pierde su sonrisa bondadosa..., su trato afable..., su serenidad imperturbable... — ¿Será mucho suponer que en alguna ocasión irían con quejas al taller de San José, poniendo tachas a los encargos ejecutados por el Santo Patriarca, exigiendo quizá la devolución del dinero... o escatimando el precio ya convenido... o dándole de muy mala gana?... ¿No ocurrirían abusos en esto, precisamente porque María y José nunca se enfadaban, y algunos explotarían esta bondad para estrujar más su trabajo y no pagarles lo que les debían?...

Y así puedes seguir imaginando esas escenas tan frecuentes, sobre todo entre la gente grosera y sin cultura de ninguna clase... ¡Cómo sentiría la Virgen ciertas faltas de la más elemental delicadeza, sobre todo si eran dirigidas contra su Santo Esposo o contra su Hijo divino!... ¡Qué ganas no sentiría de quejarse..., de expansionarse con sus vecinas..., con sus parientes, contándoles lo que les pasaba!... etc. ¿No es esto lo que a ti te ocurre?... ¿No es esto lo que tú crees, muchas veces, completamente natural?... ¿No te escudas, miles de veces, en la necesidad, que dices que sientes, de un desahogo?... Y así, hasta que no dices todo lo que te viene a la boca..., hasta que no das unos cuantos gritos o dices cuatro palabras descompuestas..., hasta que no vas con el cuento a los demás, contando las cosas, claro está, como a ti te conviene, para que te den la razón..., aunque sea a costa del prójimo, no te quedas del todo satisfecho.

Pues bien, cuando hagas eso, levanta los ojos y mira a María... ¡Qué

poco te pareces a ese modelo..., a ese ideal!... Jamás obró María así..., jamás se creyó con derecho para esos desahogos.

Mira bien todos sus modales..., graba esa imagen bendita en tu corazón...; nunca la verás agria..., áspera..., dura..., airada...; siempre la encontrarás llena de bondad..., de compasión..., de caridad..., de misericordia..., de amor...; es, en fin, el modelo acabado de la mansedumbre.

3.º *Consecuencias*. — Contempla ahora las consecuencias de una y de otra conducta. — La mansedumbre engendra simpatías..., atractivos espirituales en las almas..., se sobrepone a todo y todo lo vence y subyuga. — Mira a una persona apacible y bondadosa...; todo el mundo la quiere..., sus consejos son siempre seguidos..., sus correcciones son siempre eficaces... Suavemente y como quien no hace nada, se arrastra a las almas tras de sí..., vive en un ambiente de paz que encanta..., tiene un corazón grande, con el que ama a todos, sean quienes sean, y todos la aman y la quieren a su vez.

El alma llena de bondad y mansedumbre, parece que no quiere ver la malicia que la rodea en su trato con los demás...; todo lo echa a buena parte..., todo lo disculpa..., todo lo interpreta bien..., admite de buen grado las disculpas que se la dan, si es que ella misma no se adelanta a disculparlo todo.

La mansedumbre así, ensancha las almas y los corazones...; no puede existir más que en corazones grandes..., no en corazones llenos de ruindad. — Por el contrario, examina a una persona iracunda..., impaciente..., rencorosa... ¡Qué antipatía la rodea!... Se tiene miedo en tratar con ella..., hay que andar con miles de miramientos..., sin franquezas de ninguna clase en su trato para no herirla..., para no excitarla... ¡Cuánto daño produce!... ¡Cuánto bien deja de practicar!... ¡Cuántas cosas estorba precisamente por ese carácter..., por ese modo de ser tan difícil..., tan quisquilloso. — Todo la ofende..., todo la hace daño..., en todo ve misterios..., segundas intenciones..., en fin, no sabe regirse a sí misma y es incapaz de regir a los demás...; está imposibilitada para mandar..., para aconsejar..., para corregir. — Mira, para terminar, cómo practicas esta virtud..., en qué grados te encuentras de ella...; quizá tengas mucho que corregir... Con la ayuda de María, ánimo..., corrígete..., véncete...

MEDITACIÓN 45

DULZURA

1.º *Belleza incomparable*. — Bellísima es, sin duda alguna, esta virtud de la dulzura, que tiene tanta relación con la mansedumbre... Ordinariamente se la confunde y prácticamente viene a ser una misma cosa. — Se ha llamado a la dulzura «la flor de la mansedumbre»..., porque viene a ser como su complemento o su

corona... y así puede uno tener la mansedumbre que reprima y domina los ímpetus de su genio airado..., pero quizá su rostro sea duro y sus palabras secas, estando, por lo mismo, muy lejos de la dulzura. — Sólo el que posea la mansedumbre perfecta y totalmente, al mismo tiempo que sujeta su pasión, sabe poner en sus actos..., en sus gestos..., en sus palabras sobre todo, esa suavidad que caracteriza a la dulzura... ¡Ah, y qué sublime y hermosa es esta virtud. ¡Qué atractivo el suyo tan encantador!... ¡Cómo arrastra a todo el mundo!... Resulta algo imposible resistir y contrariar a una persona dotada de la dulzura...

A ella, más que a nadie, la cuadra la bienaventuranza de Cristo: «Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra»... La mansedumbre y la dulzura, se hacen dueñas de todos los corazones. — No hay nadie que se resista ante su fuerza de rosa. — Hasta las mismas fieras se ablandan y se rinden con la dulzura... Gráfica y expresivamente lo decimos en lenguaje familiar, «que más moscas se cazan en una gota de miel que en un barril de vinagre».

Es la virtud tan amada de Cristo, de quien se dijo «que no quebraría la caña cascada, ni acabaría de apagar la mecha humeante»...; quiso ser representado en la figura del corderito, que se deja trasquilar dulcemente y hasta sacrificar sin queja ni protestas. — Su dulzura se extendió a los pecadores, a quienes suavemente recibía y amorosamente absolvía...; fue duro con el pecado, pero no con el pecador...

Hasta a sus mismos verdugos trató con aquella dulzura que le hizo perdonarles..., disculparles y hasta abogar por ellos... — Recuerda todas sus palabras en la Cruz..., todas son miel dulcísima...; hasta para quejarse de su sed abrasadora y del desamparo de su Padre, lo hace dulcísimamente.

Copia exactísima de esta dulzura de Cristo, fue la Santísima Virgen..., en Ella todo es dulce, y por eso es tan atractiva..., no hay nada que repela..., que asuste..., que retraiga. — Su nombre, sólo es comparable en dulzura al de Jesús... ¿No has saboreado miles de veces el dulcísimo consuelo de que llena a las almas el nombre de María? — Pero parece que Dios quiso que se reuniera en Ella, toda la dulzura posible y por eso quiso que apareciera bajo la figura de Madre... Ya está dicho todo...; decir madre, es decir ternura, cariño, mimos, abrazos, besos..., pero todo dulcísimo, como sola y únicamente puede serlo una madre. — Eso fue María, la dulce Madre de Jesús...; eso es María, la dulcísima Madre nuestra... Bellísima virtud..., encantadora virtud... ¿Por qué no enamorarte de sus inmensos atractivos?...

2.º *Dulzuras falsas.* — Pero ¡ah!, no te engañes y te equivoques confundiendo la virtud con el vicio. — También hay dulzuras falsas. — Es muy falsa esa dulzura empalagosa y pegadiza, que busca expresiones lisonjeras y que no tiene más fin que el de agradar...; la

dulzura afectada e indiscreta, y hasta peligrosa, que prodiga caricias para mendigar afectos terrenos...; la dulzura puramente mundana, de las sonrisas exteriores y de las palabras azucaradas, que alaba y adula por delante y critica por detrás...; la dulzura de mera cortesía, que tanto se usa en la vida de sociedad, donde todo es falso y postizo... ¡Qué repugnante es esta dulzura!... ¡Qué distinta de la verdadera que brota del corazón bondadoso..., del corazón que ama y se compadece de verdad..., del corazón bueno que comunica esta bondad al exterior de una manera delicada, sencilla y sin violencia.

También es falsa la dulzura, que se confunde con la blandura y debilidad de carácter..., que es débil y condesciende con todo, aún con lo que no debe...; que es cobarde y pusilánime, y todo lo deja pasar y calla a todo, por comodidad..., por no meterse en líos..., por no molestarse... o quizás por respetos humanos.

La dulzura santa es suave en las formas, pero fuerte, enérgica, decidida, en el fondo. — Se propone algo y va con empeño, sin vacilaciones, al fin que pretende..., pero eso sí, sin herir, sin exasperar, insinuándose en las almas y penetrando suavemente y sin ruidos como el aceite... — Por esta falta de decisión, por esta falsa dulzura, Dios castigó a Helí. — En cambio, el mismo Espíritu Santo nos dice que esta otra dulzura santa, es la dulzura con que obra la misma Providencia divina..., fuerte y suavemente..., llegando hasta el fin con una firmeza inquebrantable, pero por medios tan suaves, que a veces nos son imperceptibles y nos parecen cosas puramente naturales.

En fin, tampoco es dulzura verdadera, la dulzura ocasional o de temporada..., sino la que persevera en ella y siempre en ella se mantiene. — Es fácil ser dulce cuando se está contento...alegre..., cuando todo sale bien..., pero, ¿y luego en la contrariedad?... Entonces es cuando se prueba el valor y el temple de una dulzura que resiste todas las pruebas. — Mira a tu Madre querida..., examina ante sus ejemplos estos caracteres de la verdadera y falsa dulzura... y la verás ¡como siempre, modelo acabadísimo..., dechado perfectísimo ,de ella...

3.º *Tu dulzura.* — Examina, pues, tu dulzura y los medios que has de emplear para adquirirla o aumentarla... y así tratar de parecerte algo a tu querida Madre. — Si eres de natural dulce y apacible..., de temperamento quieto y sosegado, procura sobrenaturalizar esa dulzura, que es en ti natural, realizando actos no maquinalmente, sino con entera deliberación de que quieres así imitar a la Santísima Virgen... y dala gracias de que tan fácilmente puedas hacerlo.

Si al contrario, eres de carácter fuerte, vivo, nervioso..., quizá colérico e iracundo..., no olvides que así fue San Francisco de Sales y de tal modo se llegó a dominar, que fue y es el santo por antonomasia de la dulzura... Escucha estas palabras tuyas, tan conformes con su conducta: <Sed lo más dulce que podáis; si se ha de faltar por algún extremo, que sea por

el de la dulzura...; la dureza todo lo echa a pique, agria los corazones y engendra odios...; hay que atraer a las almas como los perfumes nos atraen a nosotros con la suavidad de su olor»..

De modo que ámate y esfuérzate a vencer poco a poco, con la gracia de Dios, tu genio natural... y no renuncies a la posibilidad de la dulzura, por mucho que te cueste el ejercicio de la misma..., pues aquí también debes aplicar aquello de que «lo que cuesta es lo que vale». — Examina, pues, tu dulzura y procura unir esos dos extremos en los que se funda: la firmeza y la suavidad.

Pide a Jesús y a María con frecuencia esta gracia...; acuérdate de tu Madre en las ocasiones sobre todo, y entonces pregúntate: ¿Qué haría Ella ahora..., qué diría?... Y obra tú de ese modo..., vigila los movimientos de tu amor propio, que es el que se rebela siempre y te hace caer...; lleva con firmeza y energía el examen particular sobre este punto, hasta que notes que has conseguido un gran dominio sobre tu carácter.

MEDITACIÓN 46

DULZURA EN LA FAMILIA

1.º *Verdad triste.* — Todo lo dicho de la dulzura en la anterior meditación, debe, como es natural, aplicarse a los actos de la vida familiar...; parece que en ellos es donde más debe aparecer esa dulzura y bondad de nuestro trato...; pero, ¿no es verdad que desgraciadamente ocurre lo contrario?

Es muy corriente que la misma confianza e intimidad de la vida de familia, engendre desahogos que no se tienen con los de fuera, y es muy triste reconocerlo, pero es verdad, que muchísimas veces se tiene más cuidado con los extraños que con los de casa... ¡Cuántas personas que por no faltar a la cortesía social son en su trato con los de fuera afables, cariñosos, indulgentes, dulces y suaves... y para los de casa guardan el desahogo de su mal humor, de sus disgustos, de sus contratiempos!

El hogar, que debía ser la sede del amor y de la dulzura, es muchas veces el asiento de la aspereza y del enfado que engendran riñas y disensiones, que constituyen el tormento y la cruz de todos sus moradores. — Un santo decía: «que hay muchos que parecen ángeles en la calle y son demonios en su casa»... — Y esto puede decirse también de la vida de amistad... y hasta de la vida común religiosa... ¿No es una verdad muy triste que no falta quien con su genio mal contenido..., con su carácter poco mortificado..., se expresa a veces con palabras, con gestos, con movimientos o actos poco edificantes y que sirven para hacer sufrir a sus hermanos?... «¡Qué hermoso es el ver a los hermanos viviendo juntos como si fueran una sola cosa!» Así decía el Salmista..., pero esto no será así, si en ellos no reina la caridad y la dulzura, que cuando es verdadera virtud, procede de esa misma caridad...

2.º *El ejemplo.* — Mira el ejemplo de esta dulzura familiar, verdaderamente incomparable, en la Santísima Virgen... ¡Qué lejos estaba Ella de amargarles la vida a San José y al Niño!... La pobreza en que vivían..., la indigencia que le hacía carecer de muchas cosas. necesarias o convenientes, podían haber excitado en Ella las impacencias, los disgustos, el mal humor, y con todo eso, haber prorrumpido en quejas..., en palabras de cansancio de aquella vida..., en reproches a su Esposo..., en riñas a su Hijo, etc., exactamente como ocurre en la mayor parte de las casas... y, no obstante, María es el ángel de la paz..., de la alegría, que todo lo llenaba con su dulzura..., con su cariño..., con su amor..., todo bondad y suavidad...

Una vez, se creyó en el deber de reprender a su Hijo... El dolor había apretado de tal modo su corazón, que necesitaba un desahogo... Pero medita bien sus palabras..., atiende a sus expresiones..., fíjate en sus modales... Dulcísimamente le dice: «¡Hijo mío!, ¿por qué has hecho esto con nosotros?»... Todos hubiéramos disculpado a una madre que en esa ocasión reprendiera a su hijo ásperamente..., le hubiera dicho palabras fuertes... y, en fin, hubiera desahogado su dolor con formas descompuestas... Ponte tú en ese caso... ¿qué hubieras hecho con una persona de tu familia que te hubiera hecho algo semejante?... ¿te hubieras contenido al verla?... ¿no te hubieras dejado llevar de tu nerviosismo?... ¿te contentarías con decirle únicamente esas palabras de María a su Hijo... y con la misma dulzura y suavidad que Ella las pronunció?...

Pues si aun entonces, cuando tuvo mayores motivos para el enfado y el disgusto así obró la Virgen, ¿cómo obraría en los demás actos de su vida familiar?... — Refiere un Santo Padre, que los demás niños de Nazaret solían decir del Niño Jesús: «vayamos a la suavidad y a la dulzura», porque así se manifestaba sin cesar su divina bondad y mansedumbre... También tú puedes decir lo mismo de María; di muchas veces, mirándola a Ella: voy a acercarme a la suavidad y a empaparme en la dulzura, pues sin duda que allí la encontrarás.

3.º *Virtud obligatoria.* — Fíjate bien en esto... Qué bien puede decirse sin exagerar que esta virtud de la dulzura familiar es una virtud obligatoria..., que tienes que trabajar por adquirirla y por aumentarla..., porque por una parte es el ejercicio mismo de la caridad, que debemos tener con el prójimo, pero principalmente con aquel que es nuestro prójimo más allegado como son los miembros de la familia..., los de la amistad..., los de la comunidad en que se vive... ¡Qué responsabilidad, por tanto, para ti, si por tu culpa..., si por tus intemperancias y salidas de tono, hicieras imposible y difícil la vida de los que te rodean..., si por ti se rompiera el equilibrio y la paz que produce la caridad!...

Pero además, te obliga por otra parte y es sencillamente, porque sin

esa dulzura familiar, será imposible que cumplas bien con la Ley que Dios te impone en su cuarto mandamiento... Recorre los diversos puestos que puedes ocupar en esa vida de familia y lo verás. — Si eres superior y mandas a otros, de cualquier forma que sea, mira cómo es tu modo de obrar y disponer las cosas..., piensa cómo te gustaría que te mandaran a ti y compáralo con tu conducta... ¿Dónde está ese amor que debes tener a tus súbditos si pareces quizá un déspota en tus palabras y ademanes?...

Si tienes que corregir algo, ¿no será entonces cuando más sales de tono y lo haces a voces como si no consiguieras nada, no siendo con gritos y amenazas? — En especial haz un poco de examen de tu trato con los que están a tu servicio..., su misma incultura y falta de educación debía servir para disculpar más sus deficiencias y tratarles con mayor cariño..., y así, suave y dulcemente, irles enseñando lo que necesitan... — Según algunos, la Santísima Virgen tuvo también una esclavita o criadita a su servicio... Pues imagínate el trato que la daría..., cómo la mandaría..., cómo la corregiría en lo que hiciera mal... Compárate con Ella y procura imitarla.

Si eres inferior y es a ti a quien toca obedecer, mira cómo lo haces... ¿Te pareces en algo a la Virgen cuando obedecía a San José?... ¡Qué ademanes, qué protestas, qué de quejas en tu conducta!... Si te contrarían sobre todo y te mandan algo que te cuesta, ¿por qué no bajas dulcemente la cabeza y obedeces con alegría?...

Y con tus iguales, con tus hermanos, con tus amistades, ¿cómo les tratas?... ¿Eres la causa de su desunión?... ¿Les hablas con frialdad..., con indiferencia o desdén..., con altivez..., con palabras llenas de arrebatos..., de injurias..., de despecho..., de ira?... — Examínate hoy bien en esta• dulzura familiar y propón lo que sea necesario para cumplir tus obligaciones con ella, como te lo impone el cuarto mandamiento... Da buen ejemplo de esta hermosísima virtud a todos y así habrás contribuido a que en tu casa... en tu familia..., en tus amistades..., en tu comunidad, reine aquella paz..., aquella felicidad dulcísima que se respiraba en la casita de Nazaret.

MEDITACIÓN 42

LA CONDESCENDENCIA

1.º *En qué consiste.* — Es una virtud que puede parecer insignificante y, no obstante, es de un elevadísimo valor práctico..., que, aunque parezca fácil en ocasiones, es muy difícil sostenerla en otras. — Fíjate bien en la misma palabra, que es muy expresiva.

Condescender es *descender con*, esto es, descender de la altura de tu amor propio, de tu soberbia para acomodarte con el parecer ajeno... Esta es la explicación etimológica de la palabra, pero ¡ah!, qué costoso es ese descenso..., tan bien nos encontramos en las cumbres de nuestra

soberbia, que cuando un golpe humillante de la amorosa Providencia de Dios, nos empuja hacia abajo, nos hace sufrir enormemente... ¿Pues qué será emprender voluntariamente esa bajada?... — Condescender es ceder ante la voluntad..., ante el criterio..., ante el gusto de los otros... y esto bien sabes, por experiencia, lo costoso que te ha resultado siempre.

No queremos que nadie coarte nuestra libertad..., que nadie se oponga a nuestros planes..., que no se nos contradiga en lo que decimos o pensamos... y la condescendencia nos invita a obrar de modo diametralmente opuesto...: que demos la razón a los demás..., que no nos empeñemos en triunfar y en salir con la nuestra..., que sacrifiquemos nuestro gusto y comodidad en aras de la paz, de la dulzura, de la caridad.

Naturalmente que hay cosas en las que no se puede ni se debe transigir...; ceder en esos casos, no sería virtud..., sino el pecado de la cobardía o respeto humano. — ¡Cuántos pecados no se cometen por esta mala y perversa condescendencia! — El pecado mismo de Adán en eso [consistió...; no tuvo energía suficiente para oponerse a las dulces insinuaciones de su mujer...; cedió y transigió en lo que no debía, y pecó... Examina tus caídas y verás cuántas han sido producidas por esta maldita condescendencia. — No puedes, por tanto, ceder ni un ápice...yo debes condescender lo más mínimo con nadie..., ni con amistades íntimas..., ni con padres ni hermanos..., en cosas contra la ley de Dios, aunque sea en materia leve..., en todo lo que sea de algún modo ofensa al Señor... o se siga de ello algún daño al prójimo.

Pero fuera de esto, trabaja por vencer la terquedad de tu carácter, para adquirir esa hermosa y simpática flexibilidad que se acomoda a todo y a todos..., que se goza en dar gusto y complacer a los demás en lo que no sea ni malo ni peligroso..., eso es practicar la gran virtud de la condescendencia...

2.º *Sus frutos.* — Riquísimos y sazonados son los que produce el ejercicio constante de esta virtud... — Ante todo, un aumento que será siempre creciente, de la reina de todas las virtudes, la caridad... Es bien claro, que ésta no podrá existir en familias, amistades, comunidades, etc., donde no se practique, sin cesar, la condescendencia. — La causa y raíz de todas las desavenencias, es siempre ese deseo que todos tenemos de salir con la nuestra... y como esto que tú sientes, lo sienten los demás; de ahí esos choques frecuentes y nada edificantes, en los que siempre sale tan mal parada la caridad.

En cambio, el ceder y acomodarse al parecer ajeno, condescendiendo con sus gustos, es fuente de amor recíproco..., de paz y de caridad..., contribuyendo eficazísimamente al bienestar y tranquilidad de una casa..., de una comunidad..., de una familia o amistad. — La mutua condescendencia, es la que produce en ellas, la cordialidad y fraternidad

junto con una franca y espiritual alegría.

Otro fruto de esta virtud, es la práctica continua de la mortificación interior..., que, como ya se ha dicho, es, en ocasiones, verdaderamente difícil y hasta heroica. — Como todas las virtudes, la condescendencia no consiste, en algunos actos aislados, sino en el hábito frecuente que se manifiesta en la constancia de esos actos. — El vencerte alguna vez..., el ceder y callar hoy..., el condescender en esta ocasión determinada, no es lo difícil ni lo meritorio..., sino el hacerlo siempre..., el habituarte a ello de tal modo, que nunca te dispenses de eso... y esto es lo que supone un ejercicio grande de mortificación.

Piensa en lo que te ha ocurrido ya quizá alguna vez... ¡Cómo te costó ceder, si es que cediste entonces, cuando te sobraba la razón..., cuando tu parecer era el más justo y racional..., cuando por estar en público o presencia de otros, era para ti tan humillante el ceder y el callar... y hasta dar la razón a quien te contradecía!... ¿No es verdad que en esas ocasiones es cuando se ve claramente al alma mortificada y dueña de sí misma?

Con esto ya está indicado otro fruto de la condescendencia, cual es el afianzamiento, cada vez más profundo, en la santa humildad. — Si estrujas un poco el acto de la condescendencia, verás que casi se reduce a esto..., a un acto de humildad... No eres condescendiente porque no eres humilde..., porque el amor propio se enciende y se rebela..., porque la soberbia te ciega... Luego, cuanto más condesciendas con los demás, más pisotearás tus pasiones y más humilde serás.

Es muy claro, además, que con esta virtud practicas a la vez la mansedumbre y la dulzura... y educas y diriges como debes tu carácter. — Ordinariamente hablando ésa será la forma más común de ejercitarte en la dulzura, ya que también de ordinario, la mayor parte de tus asperezas brotan de la falta de condescendencia..., por no ceder..., por triunfar y salir con la tuya.

En fin, con esta preciosa virtud, te dispones admirablemente para la vida de obediencia... ¡Qué le costará obedecer al que está acostumbrado a ceder!... Si niega su voluntad por someterla al parecer de los otros..., ¡qué fácilmente la someterá a las órdenes y disposiciones de los superiores! — Mide, pues, la importancia y hermosura de esta virtud, por los frutos que produce y por el cortejo de virtudes que la acompaña...

3.º *La condescendencia de María.* — Deduce de aquí, cuál sería la condescendencia de María, si tan excelsa fue en la caridad, en la humildad, en la dulzura, y en la obediencia. — Dedúcelo, ya que no tenemos datos concretos en el Evangelio, de la condescendencia de su divino Hijo... ¡Cómo condesciende con los apóstoles cuando le piden algo..., con los discípulos todos y el pueblo mismo, obrando, por condescender con ellos, grandes milagros!... Con los judíos, fariseos y publicanos y pecadores..., en todo lo que no hubiera falta o

pecado, ¡qué condescendencia tan humilde la suya! — Mírale con los pobres..., con los necesitados, con los niños... Recuerda su conducta en las bodas de Caná, condescendiendo con su Madre, hasta llegar al portentoso milagro que allí obró, a pesar de no haber llegado aún su hora.

Deduce, repito, de aquí cuál sería la condescendencia de la Virgen, si así era la de Jesús. — Imagínate fácilmente la escena de los pastorcillos en Belén... o la de los Magos y allí la verás condescender con ellos, en todo..., hasta llegarles a dar a Jesús... y dejar que le abrazasen y acariciasen y lo besasen... — Toda su vida, ¿no fue un continuo acto de perseverante condescendencia con San José y con su Hijo?... ¿Es posible que ni una sola vez siquiera se diera un gusto a costa del de Jesús o de su Esposo?... Eso, ni dudarlo...; su gusto era el complacerles y atenderles en todo. — Ése debe ser también tu gusto: el acomodarte al gusto de los demás...; ésa tu complacencia, el complacer a todos...; así es como ganarás a todos..., así te habrás hecho todo para todos, menos para ti...; así, en fin, habrás logrado imitar, en esta tan preciosa virtud, a tu querida Madre.

MEDITACIÓN 48

LA GRATITUD

1.º *Digno, justo y saludable.* — Todos los días, en el prefacio de la Misa, canta el sacerdote la hermosura y la necesidad del agradecimiento, cuando dice: «verdaderamente que es cosa digna..., justa... y saludable..., el que seamos siempre y en todo momento agradecidos al Señor»... ¡Qué simpática es la gratitud!... ¡Qué horriblemente antipática la ingratitud!... ¿Puede haber algo que más hiera a una persona que tiene dignidad, que llamarla ingrata?... — Cuando has pasado por ello, ¿no ha sido lo que más te ha hecho sufrir, el ver que te pagaban tus favores o tus servicios con ingratitudes?... Mira, pues, cuán indigno es este proceder, aún tratándose de hombres entre sí. — Pues, ¿cuál será la indignidad del hombre que es ingrato para con Dios?...

Además, la gratitud es una parte de la justicia; por lo mismo, falta a ella y obra injustamente el ingrato. — Te han dado un beneficio, debes tú dar algo en recompensa...; de modo que tu gratitud debe pesar en un platillo de la balanza, tanto cuanto pesa en el otro el beneficio que te han hecho. — Precisamente, por la injusticia que supone la ingratitud, es por lo que tanto nos irrita y nos descompone, cuando la vemos en los demás... — El bienhechor tiene derecho al agradecimiento; luego al no dárselo, se conculca ese derecho... y, por lo mismo, se falta a la justicia, que consiste en respetar los derechos del prójimo dando a cada uno lo suyo...

En fin, es cosa conveniente y saludable..., es decir, que hasta por egoísmo, debíamos saber ser agradecidos..., porque el agradecimiento

es causa de nuevos beneficios. — San Bernardo dice que la ingratitud es viento abrasador que seca y mata la fuente de todos los favores y beneficios...; pero la gratitud, en cambio, es lo que más estimula al bienhechor para continuar aumentándolos sin cesar en favor nuestro...

Bajo cualquier punto que lo consideres, te convencerás que es lo más irracional que puede existir, el hombre ingrato, por lo indigno..., por lo injusto que es su proceder... y hasta porque de ese modo se hace daño a sí mismo. — Aplica estos puntos a tu conducta para con Dios, y si te empapas en estas ideas, te admirarás de cómo el hombre..., de cómo tú has podido alguna vez llegar a ser así de ingrato para con Él... y, sin embargo, no sólo alguna vez..., a diario se puede decir que así obramos con el Señor...

Lo extraño es que no se haya cansado ya mil veces de nosotros... y a pesar de nuestra ingrata conducta aún siga dándonos nuevos y mayores beneficios... — Es decir, que su generosidad va cada día en aumento... y parece que nosotros queremos aumentar también, de día en día, nuestra ingratitud..., pues cuanto mayor es su bondad, mayor es nuestro desagradecimiento... — Mentira parece que así pueda ser el corazón del hombre, sobre todo para con Dios, de quien no recibe más que beneficios sin fin...

2.º *De dónde brota.* — Considera ahora de dónde procede y cómo brota la gratitud para que así, a la vez, comprendas las causas del desagradecimiento. — La gratitud brota de la nobleza y generosidad de corazón del que recibe un beneficio, de tal modo, que por su grado de agradecimiento, solemos medir la delicadeza mayor o menor de su corazón.

El corazón agradecido en el momento mismo de recibir un don, siente como una necesidad de corresponder al bienhechor, y hasta que no satisface esa necesidad, no encuentra reposo..., más aún, sufre porque siempre quisiera ir más allá en su correspondencia y agradecimiento... y goza lo increíble cuando encuentra el modo de demostrarlo.

A la vez que esta delicadeza de corazón contribuye necesariamente a la gratitud, la reflexión. — No hay duda de que ésta es la causa de nuestra ingratitud para con Dios... Aquello de que «no saben lo que hacen», se puede aplicar a todos... Si reflexionáramos un poco, no podríamos menos de emplear toda nuestra vida y todas nuestras fuerzas, en dar gracias a Dios por lo que Él hace sin cesar con nosotros. — Necesitamos la reflexión para conocer bien al Dador..., a nosotros mismos... y al número y calidad de dones que nos da..., ya que el agradecimiento es proporcional a estas tres condiciones.

Hemos de conocer y debemos trabajar por aumentar cada vez más el conocimiento de la persona que nos hace beneficios..., de su amor para con nosotros..., de su nobleza y dignidad..., de su bondad y generosidad..., de su superioridad y grandeza, a pesar de lo cual no se

desdeña de ocuparse de nosotros y regalarnos con sus beneficios... ¿No ves claramente lo que contribuye este conocimiento a la gratitud?... Mucho más si lo comparas con el conocimiento propio de tu pequeñez..., de tu ruindad..., de tu gran indignidad y falta de méritos personales para tales beneficios..., hasta de tus ingratitudes pasadas que hacen mayor el cariño y el amor que tuvo que necesitar el bienhechor para darte nuevos favores.

Conocimiento, por último, de estos mismos favores en los que quizá muchas veces, ni siquiera se repara..., por lo menos cuando de Dios se trata es lo más ordinario... ¡Cuántas cosas recibimos de Él que ni hemos pedido..., ni hemos, por supuesto, merecido..., ni siquiera habíamos reparado en ellas!... ¿Cómo las íbamos a agradecer entonces?... Trabaja mucho por adquirir este conocimiento triple del que depende la estima y amor que debes tener al Señor... y verás cómo así «instintivamente», brotará de tu corazón la correspondencia de la gratitud hacia El...

3.º *La Virgen.* — ¡Qué admirable fue este conocimiento en la Santísima Virgen!... Penetra, si puedes, en esa idea que Ella tenía de Dios..., de su grandeza y majestad..., de su santidad y hermosura... Así era la estima que Ella hacía de todas las cosas de Dios, aún de aquellas más pequeñas e insignificantes, si es que hay algo que pueda llamarse pequeño y que tenga relación con Dios.

Mira cómo con este conocimiento crecía y aumentaba sin cesar en María su respeto y admiración..., su amor con todo su ser..., con toda su alma..., con todas sus fuerzas al Señor... y a la vez contéplala toda empapada en su nada..., en la pequeñez de su persona, como lo dice en el *Magnificat*, en donde se admira de que Dios haya mirado la pequeñez de su esclava.

Y en verdad, que el corazón nobilísimo de María, inundado de esta admiración, se encendía en afectos de gratitud..., de amor..., de ansias insaciables de corresponder, lo mejor que pudiera, a un Dios que así ponía en Ella los ojos..., que la amaba con un amor eterno e infinito..., de predilección sobre todas las criaturas..., sobre los mismos ángeles del Cielo..., hasta los más encumbrados serafines. — Tan metida y empapada estaba en estas ideas, que no las podía apartar de su entendimiento un instante...; se las repetía a cada paso a su corazón..., no podía vivir sin esa expansión de la gratitud.

Recuerda las estrofas del *Magnificat* y verás lo que pensaba..., lo que sentía la Virgen sobre los beneficios del Señor... ¿Por qué no imitarla tú en esto?... Fíjate bien que todo se reduce a que tengas cabeza y corazón..., reflexión y sentimiento..., y teniéndolo quizá para las delicadezas humanas, no lo tienes para las infinitas de Dios. — Quieres que la tengan contigo y vas a negar esa gratitud a quien la merece más que nadie. — Pide a la Santísima Virgen que no seas así, sino que la imites en su eterno agradecimiento al Señor...

MEDITACIÓN 49

LA GRATITUD

1.º *Para con Dios.* — Desciende a detalles interesantísimos de esta hermosa gratitud de María para con el Señor. — Hubo en el Cielo una criatura bellísima, adornada de grandes gracias y maravillas que Dios en ella acumuló, pero esa criatura no supo agradecer a su Criador lo que de El había recibido, y con soberbia e ingratitud se rebeló contra su divino Bienhechor... — Ésta es la historia de Luzbel..., el ángel caído y convertido en demonio por su soberbia..., por su ingratitud.

Algo semejante sucedió con el hombre en el Paraíso... También la soberbia le cegó y le hizo ingrato para con Dios... ¡Qué frutos tan amargos los de la ingratitud!... De un ángel hace un demonio..., de un rey, como era el hombre, un esclavo desgraciado.

Pero mira la conducta diametralmente opuesta de María. — Favorecida por el Señor con riquísimos dones..., elevada a una dignidad incomparable, no se engríe..., no se rebela..., no cae en la ingratitud... Su corazón, henchido de agradecimiento a su Dios, rebosa en su *Magnificat*, que es como el programa de su vida..., ya que su vida fue eso, un *Magnificat* constante de gratitud con los labios..., con el corazón..., con sus obras todas..María, la criatura más agradecida..., más humilde..., es elevada a la dignidad de Madre de Dios... y la que no aspira más que a ser su última esclava, ocupa el primer trono del Cielo... ¡Qué agradable es a Dios el corazón agradecido!... ¡Qué odiosa ha de ser para El la ingratitud!

Y ¡qué dones tan ricos los que Dios reservó para María! — La única elegida entre todas las mujeres de la tierra para ser su Madre..., y, por lo mismo, la única concebida sin mancha..., la única saturada de gracia en tal plenitud, que es saludada por el ángel como la llena de gracia..., la única que había de entrar, en cierto modo, en los secretos de la Trinidad augusta y vivir en íntima comunicación y teniendo relaciones muy trascendentales con la misma Divinidad. — Y todo esto, ¿por qué?... ¿Por qué a Ella sola todos estos privilegios inmensos?... ¿Qué méritos había hecho Ella para merecerlos?...

Estas preguntas se hacía a Sí misma María, y la respuesta era deshacerse en agradecimiento a su Dios. — Cada gracia que recibía..., cada don nuevo, encendía más y más el corazón delicadísimo de la Virgen y enajenaba y enardecía continuamente su alma, con afectos perennes de la más sentida gratitud y del más puro y abrasado amor...

2.º *Con los ángeles.* — Y esto mismo, con todas las criaturas que estaban puestas por Dios para servirla... — Representate como mejor puedas su gratitud inmensa para con el Ángel de la Anunciación. — Es cortesía obligada remunerar al criado que de parte de su amo nos lleva un presente... Pues, ¿qué haría la Virgen con este criado del Señor cuando, con el regalo divino de la Encarnación del Verbo, se

presentó ante Ella?... ¡Con qué reconocimiento recordaría Ella la escena de la Anunciación y las palabras de saludo del ángel!...

Y ¿cuál sería su gratitud para con los ángeles del Nacimiento?... Cuando veía que nacía Jesús desconocido y despreciado de los hombres..., ¿cómo agradecería a los ángeles que entonces bajaron a adorarle y a desagraviarle por aquella frialdad con que el mundo le recibía?... — Igualmente agradecería, con todo su corazón, cualquier servicio que de ellos recibiera..., bien en su viaje a Egipto, según cuenta la tradición..., bien en la vuelta su casita de Nazaret. — Si es cierto que tenía trato frecuente con los ángeles..., imagínate cómo les agradecería sus visitas y cómo ellos quedarían encantados y satisfechísimos de estas pruebas de gratitud que de María recibían.

Pero, sobre todo, considera su agradecimiento para con el Ángel de la Anunciación..., para con el Ángel de su Guarda... — También Dios puso un ángel a la Virgen, como nos lo ha puesto a todos..., para que la guardara y custodiara... ¡Dichoso ángel que le cupo en suerte ser el Guardián y el Custodio de este tesoro!... ¡Cómo cumpliría su oficio!... — Después del oficio que tenía en el Cielo de adorar y alabar eternamente a la Majestad de Dios, no podía hacer nada más grande..., ni ejercer un oficio más sublime, que el de guardar y acompañar, en su vida, a la Santísima Virgen.

Pero este oficio no pasaba desapercibido para María... Si otros ángeles se la aparecían... y gozaban en conversar con Ella, ¿no lo haría especialmente con el de su Guarda? — A muchos santos, su Ángel Custodio se les ha hecho visible...: ¿No se haría, con mayor razón, a la Virgen?... Y ¿no sería esto un motivo más, para que su corazón agradeciera a Dios primero, y a su Ángel después, estos servicios y estas finezas?...

Haz un poquito de comparación y mira qué devoción y qué gratitud guardas tú para con los ángeles en general... y para con el de tu Guarda en particular... ¿No serás ingrato con él muchas veces..., despreciándole..., no haciendo caso de sus inspiraciones... o al menos no acordándote de darle gracias por lo que hace contigo y por lo fielmente que te sirve?...

3.º *Con los hombres.* — Y ahora mira esa gratitud de María, hecha bondad y cortesía, no de cumplimiento falso y mundano..., sino verdadera y sincera, con los hombres..., con las personas de quienes recibía algún favor... — Recorre brevemente su vida y párate a considerar el amor y agradecimiento de María para con sus padres... ¡Qué ejemplo de gratitud para los que tanto se han afanado y sacrificado por nuestra existencia..., por nuestro sustento..., por nuestro desarrollo!, etcétera. — Para Ella nada pasaba desapercibido y cualquier trabajo y sacrificio de sus santos padres, quedaba grabado, para agradecérselo siempre, en su corazón.

Más tarde, en el Templo, su gratitud se manifestaría a cada paso con

aquellos sacerdotes que la instruían en las Sagradas Escrituras..., con aquellas otras doncellitas con las que vivía... No es posible que dejara escapar ni un solo detalle..., ni una sola de las delicadezas que tuvieran con Ella, sin que hallara eco en su alma agradecida.

Recuerda las escenas de Belén con los pastores primero... y con los Magos después... ¡Qué profundo y qué verdadero, pero sin exageraciones tontas y ridículas..., sin palabrerías de cumplimiento..., sería su agradecimiento para aquellos adoradores de su Hijo!... ¡Qué les diría, para agradecerles sus presentes y regalos!... Y ¡qué contentos se irían todos, haciéndose lenguas, del corazón agradecido de la Virgen!...

Mírala en su vida ordinaria de Nazaret, con aquellas pobres gentes que constituían su vecindad... si la hacían algún obsequio..., algún favor... ¿qué haría Ella para recompensárselo?... ¡Cómo las agradecería las caricias y alabanzas que tenían para su Jesús!... ¡Qué agradecimiento el suyo para aquellas otras que le proporcionaban trabajo a San José, y con él, el sustento para su casita!

Y más tarde, cuando ya su Jesús salió a predicar, ¡qué gratitud tan grande la suya sería con aquellas personas, como Marta y María y las otras piadosas mujeres, que tanto cuidaban de su Hijo..., con aquellos apóstoles que fielmente le seguían..., con aquellas buenas gentes que iban entusiasmadas tras de Él y escuchaban su doctrina..., ponderaban su santidad..., pregonaban sus milagros por todas partes!... En fin, mira a la Santísima Virgen en su agradecimiento a San José... ¡Cómo le agradecería sus servicios!... — Él, que era el guarda de su virginidad y de su honra..., el obrero que trabajaba y sudaba por Ella y por su Jesús..., el compañero fiel, sacrificado y humilde, que compartía con Ella su pobreza, sus privaciones, su oscuridad... ¡Qué miradas las tuyas!... ¡Qué palabras!... En fin, en todo, ¡qué agradecimiento!... ¡Cómo se entregaría de lleno a la gratitud y a dar muestras de ella lo mejor que podía!...

Si tanto arrastra la gratitud, ¿cómo no te arrastra a ti este ejemplo tan hermoso de tu Madre, para agradecer como debes a Dios lo que de Él has recibido... y estás en cada instante recibiendo..., para agradecer a los ángeles y a tu Ángel de la Guarda, lo que sin cesar hace contigo... y, por último, para extender esta tu gratitud a todos los hombres..., a todos los que te hacen algún bien espiritual o temporal?

MEDITACIÓN 50

LA GRATITUD

1.º *Gratitud verdadera.* — El mismo Cristo nos da ejemplo admirable de esta gratitud. — Él nos promete pagar generosamente un vaso de agua, que se dé en su nombre... Nada quedará sin recompensa de lo que por Dios hayamos hecho o padecido y sufrido... ¿No lo hemos visto miles de veces aún aquí, en la tierra, donde tan generosamente

nos paga el más pequeño servicio que le hagamos? Así fue... y así continúa siendo también su Madre. — Un obsequio nuestro..., una florecita de abnegación, de sacrificio que la ofrezcamos, ¡cómo nos lo agradece!, y ¡cómo nos lo premia!

También tú debes ser, de este modo, generoso en tu gratitud para con Dios y para con todos. — Advierte que en esta generosidad está una de las características de la verdadera gratitud... Porque, ¿qué agradecimiento tan falso es aquel que se mezcla con el egoísmo y con el interés?... Y ¡cuánto hay de esto desgraciadamente!... ¡Qué agradecimiento tan miserable el de aquellos que, acostumbrados a recibir bienes y favores..., se cansan de agradecerlos... y se creen con tales derechos a estos beneficios, que hasta los exigen y se quejan si no se les dan...

¡Qué agradecimiento tan falso es el de aquel otro, que con una pequeña ofensa que reciba, o que él se imagina que recibe de su bienhechor, echa en olvido todo lo que de él ha recibido... y no olvida ni perdona el agravio, real o aparente, que le ha causado!... ¡Ah!, qué humano es todo esto... y qué fácilmente los hombres, obrando de este modo, no recuerdan que con la medida que midieren serán medidos. — Si Dios obrara así con nosotros y a la más pequeña falta nuestra ya no nos perdonara, ni nos diera más gracias y beneficios..., ni agradeciera ni premiara nuestras buenas obras, ¿qué diríamos?... ¿y no es así cómo nosotros medimos a nuestro prójimo y nos portamos con él ordinariamente?

En fin, otros agradecimientos falsos existen también, y son aquellos que a fuerza de recibir mucho y muchas veces, llegan ya a no sentir nada, ya no les hace impresión lo que se hace por ellos. — Al principio comenzaron a ser agradecidos, pero se cansaron de ello y de tal suerte se acostumbraron a recibir..., que no se ocupan de dar, porque les parece la cosa más natural y corriente el que todo el mundo les dé a ellos. — ¡Qué distinta fue la gratitud de la Santísima Virgen!... La continuidad de los beneficios no hacía sino acrecentar más y más su agradecimiento... Agradecía cada beneficio como si fuera el primero..., como si fuera algo nuevo..., grande..., inesperado..., inmerecido... y así cada vez, empujaban más esos beneficios a su corazón generosísimo, a deshacerse en gratitud y reconocimiento..., en deseo de recompensar y corresponder con la entrega total de todo lo que Ella era y tenía al Señor...

2.º *Frutos*. — La gratitud produce en el alma que la practica frutos riquísimos..., parece que ensancha su corazón y le ennoblece de modo admirable. — Recuerda el cántico del *Magníficat* de la Santísima Virgen y mira cómo allí se descubre este corazón grandioso, de una capacidad casi infinita... Es el corazón de la Madre de todos los pueblos, de todas las gentes...; el corazón de la Reina

del universo todo... y por eso, no sólo en ese cántico agradece al Señor lo que ha hecho con Ella, sino sus misericordias para con toda la humanidad.

Éste es el modelo del corazón agradecido, así dilatado por la gratitud... Donde ve un beneficio, sea en sí, sea en los demás, en seguida lo agradece lo mejor que puede. — Otro fruto es el de afianzar al alma más y más en la humildad... El que recibe un beneficio y así lo reconoce, demuestra, a la vez, su inferioridad con relación al que se lo da..., pero no sólo no se ofende por esa humillación, sino que gustosamente la acepta.

En especial, esto tiene lugar con los beneficios de Dios... Aceptarlos y agradecerlos es reconocernos pobres, miserables, inútiles para todo...; sólo la bondad y generosidad de Dios con sus grandes bienes, nos puede remediar... Por eso, el corazón agradecido es, necesariamente humilde... — También la gratitud nos hace más reflexivos, haciéndonos caer en la cuenta de cada gracia que recibimos... y al mismo tiempo nos facilita con esto, el que estas gracias no sean inútiles en nuestro corazón..., como ocurre muchas veces que por no reparar en ellas, ni las apreciamos, ni nos aprovechamos de las mismas... y así inutilizamos tantas gracias del Señor... Por eso, en el corazón agradecido, las gracias producen siempre un fruto abundantísimo.

Por otra parte, como ya hemos indicado, la gratitud excita el corazón de Dios para nuevas prodigalidades, pues nunca se cansa el Señor de seguir dando más y más gracias, cuando éstas son agradecidas y correspondidas. — Así lo hizo con la Santísima Virgen... ni un instante cesó de multiplicar en Ella, sus gracias y beneficios, porque a ellos se hacía acreedor el corazón agradecidísimo de María. — La gratitud también engendra en el alma mayor sumisión..., mayor confianza en Dios..., mayor descanso en su divina providencia..., pues entonces el alma no puede dudar de que un Dios tan generoso la pueda dejar y abandonar cuando más necesita de sus gracias.

En fin, la gratitud es una fuente de simpatía tal, que hace sumamente amables a los ojos de todos al corazón agradecido... No hay medio mejor de ganar los corazones, ni de unirlos en lazo apretado y fuerte, que el agradecimiento.

3.º *Tu gratitud.* — Pues bien, con todas estas ideas que has meditado de esta hermosa virtud, penetra ahora en tu interior y examina tu conducta en este punto.

Mira a la Santísima Virgen, agradeciendo desde el Cielo la flor más insignificante que en su honor la ofreces. — Mira a Cristo quejarse de la ingratitud de los hombres, como una de las cosas que más le desagradan... Se queja en su vida de la ingratitud de Jerusalén, que despreció sus gracias y no llegó a conocer el «don de Dios»...; se queja ahora, enseñando su Corazón y diciendo: «Mira este Corazón que tanto

ha amado a los hombres, y de ellos no recibe más que ingratitudes»... ¡Cómo le duele a Dios la ingratitud!... ¿Cómo eres tú de agradecido?... ¿Cómo sigues esos ejemplos de Jesús y de María que tanto te agradecen... y tanto te premian lo poquito que por ellos haces?... ¿Cómo recibes tú y cómo correspondes a lo muchísimo que ellos te dan?

Mira qué deuda tienes tan inmensa de gratitud para con Dios y hasta para con los hombres... ¡Cuántos beneficios del Señor en el orden natural y en el sobrenatural... ¿Quién les puede contar siquiera?... ¿cómo agradeces al Señor la gracia de la fe..., de la vocación..., de los Sacramentos que recibes?, etc..., ¿cómo agradeces el amor y el desinterés con que tus padres te criaron y educaron, quizá con grandes sacrificios por su parte, gastando sus sudores, sus energías y su salud por ti?... ¿Has reparado en esto y reflexionado lo que a ellos les debes?... ¿cuándo y cómo se lo has agradecido?

Piensa seriamente lo que debes a tus superiores, que con tanto desvelo te cuidan...; a tus maestros, que con tanto trabajo te enseñan...; a tus amistades, que sufren tu carácter y soportan tus impertinencias... ¿cómo tomas y agradeces sus avisos y correcciones?... ¿cómo correspondes a todos?... Pide a la Santísima Virgen que te dé un poco de su reflexión para que aprecies los beneficios que te hacen y, sobre todo, para que sepas vivir agradeciendo mucho los que recibes de Dios...; que la imites en su humildad para recibirlos y en su generosidad para apreciarlos, correspondiendo, como Ella, con toda tu alma.

Pídelo luz para conocer lo que la ofende a Ella y a Jesús la ingratitud... y cómo Dios retira muchas veces sus gracias a los que no saben o no quieren ser agradecidos y se las da a los que más y mejor las saben estimar...; que no seas tú así..., que la Santísima Virgen no consienta que por tu falta de agradecimiento, pierdas la gracia que el Señor quería darte... y que no sólo con palabras, sino con obras, tengas siempre un corazón agradecido..., viviendo sin cesar la vida de la gratitud... y haciendo que tus palabras y tus obras sean un continuo *Te Deum*..., un perpetuo y sentido *Deo gratias*.

MEDITACIÓN 51

CORRESPONDENCIA A LA GRACIA

1.º *La vida de la gracia*. — Terminábamos la anterior meditación, recordando que Dios da sus gracias a medida que el alma corresponde a ellas, y que a veces por no corresponder o no saber apreciar y agradecer estas gracias, Dios las retira y se las da a otras almas más generosas. — Ya merece este pensamiento tan terrible, que se le dedique una meditación para empaparnos bien de esta obligación que tenemos de corresponder a la gracia del Señor, de la que depende totalmente la vida del alma.

Porque la vida del alma es precisamente esa, y no otra, la vida de la

gracia...; es su única vida..., su vida verdadera..., de suerte que si se pierde, se pierde la vida... y, por tanto, sin ella estará muerta. — Es una vida excelentísima y nobilísima... Bien podemos llamarla divina..., puesto que a eso se reduce..., a participar nada menos que de la misma vida de Dios. — Es una participación completamente sobrenatural y gratuita, que Dios nos concede, ya que nuestra alma, por sí misma, por su sola naturaleza, nunca tendría motivos ni derecho alguno para aspirar a esta vida...; nunca, por muy perfecta que fuera, tendría méritos suficientes para merecerla... ¡Qué vida tan excelente y tan magnífica!

Compárala con la vida del cuerpo, que es una vida baja, rastrera, puramente animal...; mira de qué se alimenta y cómo se sostiene esta vida del cuerpo...: de cosas de la tierra..., de carne de animales. — Pero la vida del alma así sobrenaturalizada, no se alimenta ni se sostiene más que con Dios mismo..., con su gracia, sus sacramentos, su mismo Cuerpo y su misma Sangre divina en la Comunión... ¡Esto es lo que alimenta al alma!... ¡Éste es el manjar que la vivifica y la sostiene!... ¡Qué vida más divina la de nuestra alma!

Como ves, Dios quiere con ella meternos en lo más profundo de su Corazón, y allí producir en nosotros esa sublime transformación por la cual el alma, sin dejar de ser lo que es, una pura criatura en su naturaleza..., parece, sin embargo, como que se diviniza y se hace como Dios..., algo así como el hierro metido en el fuego, sin dejar de ser hierro, parece, sin embargo, un carbón encendido, porque de tal modo se ha asimilado la vida del fuego, que tiene sus mismas propiedades: brilla como él..., quema y abrasa como él... Pues así somos nosotros por la gracia: hombres y criaturas pero parecemos dioses, pues nos hemos asimilado, la vida de Dios. — Somos en todo semejantes a El..., ya nuestros actos adquieren un valor que (le suyo no tenían, pero ahora así sobrenaturalizados por la gracia... adquieren tal mérito que podemos aspirar a la vida del Cielo..., y esto como un derecho que se nos debe de justicia..., en virtud y como premio a esos actos sobrenaturalizados por la gracia.

Al contrario, todos los actos, por muy grandes que sean, aunque supongan sacrificios heroicos, si no se hacen en gracia..., si no van informados y vivificados por la gracia, son actos meramente naturales..., que para Dios y para la vida de la eternidad, no tienen ningún valor, ningún mérito... ¡Qué hermosa la vida de la gracia!... ¡Qué sublime la vida divina!...

2.º *María*. — Mira esta hermosura y esta sublimidad de vida en la Santísima Virgen... Ella sola es un mundo nuevo, lleno de prodigios y de milagros sin número, por la gracia tan excelsa y tan abundante que Dios en Ella acumuló. — Toda la gracia que Dios repartió en las demás criaturas, se reunió en Ella y aún mucho más todavía... y esto ya desde el primer instante de su ser.

Recuerda las palabras del Ángel en la Anunciación: «llena de gracia»... ¡Qué admiración en el Ángel al verla así con esa gracia tan exuberante! — Parece como que le corría prisa publicar esta grandeza de su gracia... y por eso, en cuanto la ve, es lo primero que dice. — O más bien, si te parece, imagínate que el Ángel, que ya sabía lo que era María, al verla de cerca, no se pudo contener y rompió en esas palabras como en una explosión o desahogo de su admirado espíritu... ¡Cómo sería esa gracia de María!

Los Santos Padres no dudan en emplear palabras que parecen exagerar. — San Bernardino de Sena, dice «que la gracia, de María fue *increíble*»... San Buenaventura, la llama *inmensa*... Santo Tomás de Aquino, *infinita* y aunque es verdad, que estas palabras no son ciertas tomadas en su significado estricto y riguroso..., pues nadie, sino Dios, es infinito..., pero nos dicen claramente lo que ellos sentían de la magnitud de la gracia de la Santísima Virgen..., que fue tan grande y copiosa, que nosotros no podemos calcularla ni siquiera aproximadamente..., ni darnos una idea de lo que fue en realidad... y por eso, para nosotros, como si realmente fuera infinita e inmensa.

Pero no es esto lo más admirable, sino lo que más debe llamarnos la atención es, que a pesar de ser tanta y tan hermosa la gracia que la Virgen recibió del Señor, no se dio por contenta, sino que se esforzó en trabajar y cooperar con esa gracia, de tal modo que la fuera aumentando prodigiosamente sin cesar, hasta el fin de su vida. — Esto sí que es admirable... ¿No estaba ya «llena de gracia»?... Pues, ¿para qué quería más?... — ¿Por qué no darse por contenta con el tesoro riquísimo que tenía sin aspirar a más?... ¿No parece esto una ansiedad que termina en verdadera avaricia? — Así es, en verdad, pero ¡divina y sublime avaricia!... ¡Qué bien nos enseña María a conocer..., a apreciar..., a aumentar la vida de la gracia! — Si conociéramos el don «de Dios» que es la gracia, obraríamos como María!... — Todo nos parecería poco para conseguir un grado más de esa vida de Dios en nuestras almas...

3.º *Nuestra obligación.* — Pero considera, además, que esto es una verdadera obligación... No podemos permanecer inactivos con la gracia que el Señor nos da. — María nos enseña prácticamente que la gracia es un magnífico y riquísimo capital que Dios nos ha dado, pero no para enterrarlo..., ni para tenerlo ocioso o parado..., sino para negociar con él y aumentarlo.

María, con su ejemplo, nos dice que cuanto mayores sean estas gracias y dones que Dios nos hace, mayor es la obligación que tenemos de trabajar con ellos, para que rindan más fruto... y que el que no trabaja por aumentar esa vida, vendrá a morir..., porque la gracia que se le dio se le quitará en castigo de su pereza y negligencia. — Eso se hizo con aquel siervo que enterró su talento y no trabajó con él..., que en castigo se le quitó hasta ese único que tenía y se quedó sin nada... San Agustín,

exclama: «El que en este trabajo dice basta, está perdido.» Y San León, añade: «El no trabajar y aumentar, es perder y retroceder»...

A todos, pues, se nos aplican las palabras del Amo del Evangelio: «Trabajad y negociad mientras yo vuelvo»... Y cuando el Amo vuelva, ¡qué felices serán los que negociaron y trabajaron... y consiguieron duplicar su capital!... ¿Es así cómo obramos nosotros en este asunto tan importante?... — Si hubiéramos aumentado la gracia bautismal..., la gracia que a raudales recibimos en los Santos Sacramentos, especialmente en la Comunión..., si algo siquiera hubiéramos trabajado y correspondido a tantas gracias y dones como el Señor nos ha dado, ¿cuál sería ahora nuestra santidad? — María, en el primer instante de su vida, recibió la plenitud de la gracia..., trabajó, cooperó, correspondió como debía a ella y así cada instante..., cada hora..., cada día, centuplicaba, hasta lo infinito, su caudal... ¿Cuál sería el cúmulo de gracia?... ¿cómo sería esta gracia al fin de la vida de la Santísima Virgen?...

Y ¿por qué nosotros no la hemos de imitar en esto?... ¿Por qué exponernos a morir a esta vida del alma por no trabajar como debemos?... — ¿Es así como obramos en la salud y la vida del cuerpo?... ¿No procuramos conservarla, recuperarla, aumentarla?... ¡Qué vergüenza que no demos siquiera esta misma importancia a la vida del alma!..., Mira a María y decídate a seguir su ejemplo..., a trabajar de tal modo, que puedas al fin de tu vida, como San Pablo, dar gracias a Dios porque «su divina gracia no ha sido estéril en ti».

MEDITACIÓN 52

LA VIDA DE LA GRACIA

1.º *Su conservación.* — Tenemos obligación de cooperar a la vida de la gracia..., trabajar con ella y así conseguir que esta vida divina aumente de día en día en nuestras almas. — Este era el pensamiento práctico anterior, pero es claro que lo primero que debemos hacer es cuidar de tal modo de esta vida, que no la perdamos..., que sepamos vencer las dificultades y las tentaciones..., vigilando, con esmero y cuidado, su conservación. — En esto también nos sirve de modelo acabadísimo la Santísima Virgen.

La gracia que Dios concedió a María fue tal, que no sólo excluyó en Ella toda mancha de pecado original..., sino también de pecado actual..., es decir, que sin destruir su libertad, la ponía, sin embargo, en un estado de impotencia moral para cometer pecado alguno por pequeño que fuera. — La gracia de María era una gracia inamisible..., no la podía perder..., no podía pecar. — Es natural que el mismo Dios, que tuvo cuidado de preservar la del pecado de origen que todos contraemos al nacer... le tuviera también de preservarla de los demás pecados y faltas que todos cometemos. — Sin embargo, María, a pesar de que sabía bien esto,

obraba como si realmente no fuera así. — Parece que temía perder esa vida..., que las criaturas la robaran alguna partecita de su corazón..., que cayera alguna mancha en la vestidura inmaculada de su alma purísima.

Es impecable y vive preparada y apercebida como si pudiera pecar...; su gracia es inamisible y, no obstante, evita los peligros como si en ellos pudiera perder su hermosura divina...; en fin, se halla confirmada en gracia y cuida de ella, con tal esmero, como si fuera una criatura frágil que se la deja fácilmente robar.

Ella no necesitaba para nada ocuparse de la conservación de la vida de su alma... Dios lo hacía por Ella... Sin embargo, obra de ese modo para darnos una hermosísima lección, para servirnos de ejemplar admirable que debemos estudiar e imitar. — ¿Por qué no obramos nosotros de esta manera?... ¿No dice San Pablo que llevamos este tesoro en vasos de barro..., que por lo mismo fácilmente podemos caer y romperlos y perder entonces el tesoro que se nos ha confiado? — ¿No tenemos experiencia de estas caídas y sus funestas consecuencias? — ¡Ah, qué necesidad teníamos de un modelo que nos enseñara a ser menos imprudentes... menos temerarios y confiados de lo que ordinariamente solemos ser!...

2.º *La vigilancia.* — Para ello, es indispensable una gran vigilancia. — Mira a María... Atraviesa las montañas de Judea para visitar a Santa Isabel y va con apresuramiento..., sin detenerse en ninguna parte..., evitando el contacto con el mundo, como si tuviera miedo de contaminarse. — Va a Belén protegida y guardada por San José...; a Caná de Galilea, a donde acude por caridad, lo hace en compañía de su Hijo...; hasta al mismo Calvario, no quiso subir sola, sino en compañía de las piadosas mujeres... ¿No te parece que casi a nuestros ojos parece exagerada esta vigilancia de María? — Pues, ¿cómo debemos vigilar nosotros y con qué cuidado tratar este vaso fragilísimo de nuestro cuerpo, con tantos sentidos como tiene, que son otras tantas puertas por donde penetra la tentación?

Nuestra vida gracia no es inamisible como la de María... No tenemos extinguida la concupiscencia como Ella... Nuestras pasiones no están sometidas y esclavizadas a la razón, como lo estaban en la Santísima Virgen. — En fin, no somos impecables... muy al contrario, echa una mirada a tu interior y verás que eres de condición muy frágil..., muy inconstante para el bien..., con mucha inclinación al mal. — ¿No sientes los estímulos de la carne, como San Pablo?... ¿No ves cómo tus pasiones aumentan cada vez más y son, de día en día, más exigentes?

Pues bien, ahora examina tu conducta..., como si estuviera tu alma confirmada en gracia..., como si fueras impecable, vives con tanta tranquilidad..., con tanta seguridad en tus fuerzas y en tu virtud..., que te metes imprudentemente en los mayores peligros..., no te asustan las ocasiones, si ya no es que las buscas voluntariamente... ¡Qué pobre es tu vigilancia y circunspección!... ¡Qué pequeña y débil la mortificación de

tus sentidos!... Aprende de María a huir del mundo..., a apartar las ocasiones..., a quitar al demonio materia para sus tentaciones... ¡Ah!, y pueda ser que luego te extrañes de tener tentaciones y tan fuertes quizá. — Si no vigilas..., si no obras como María, ni te extrañes de tus tentaciones..., ni menos aún te extrañes de tus caídas.

Sólo con una vigilancia extrema y exquisita como la de la Santísima Virgen, se puede asegurar y conservar tranquilamente la vida del alma.

Mira la historia de todos los pecados y te confirmarás en esto. — El ángel, en el Cielo...; Adán, en el Paraíso...; María, en Nazaret..., fueron sometidos a la misma prueba de ensalzamiento y encumbramiento grandioso y excepcional..., y efectivamente, el ángel cae de su altura..., Adán cae de la suya...; ambos se precipitan en el abismo 'de su soberbia, al pretender ser como dioses.

La prueba de María aún fue mayor que la de Luzbel y la de Adán... Su encumbramiento fue más alto..., su ensalzamiento más grande... A aquellos no se les dijo de parte de Dios y por boca de un ángel las palabras que se dijeron a María en su Anunciación... y, sin embargo, María sabe mantenerse en las cumbres sin resbalar..., sin caer en el desvanecimiento de la soberbia...; mejor dicho, también Ella cae..., pero es en un abismo sublime de humildad que enamora al mismo Dios... y acrecienta, hasta lo infinito, su santidad y su vida de gracia... y se eleva a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres a una altura cada vez mayor. — María supo vigilar..., supo estar prevenida... y cuando llegó la ocasión y vino la prueba, salió victoriosa de todo... ¿Has entendido bien la lección?... ¿Podrás tú decir algo semejante?...

3.º *Tu vida de la gracia.* — Debes, pues, convencerte de la necesidad que tienes de ser fiel a esta vida de la gracia de tu alma..., de la obligación que te incumbe de trabajar por conservarla..., que son muchos los peligros..., que las ocasiones se multiplican sin cesar, a veces donde menos lo esperas..., cuando menos lo pienses...; que el demonio no descansa y te conoce y te estudia en todo momento para atacarte...; que aprovecha ;cualquier descuido en daño tuyo... y, por tanto, que no puedes dormirte, ni descansar, ni descuidarte lo más mínimo.

De hecho, ya has pagado otras veces bien caro este descuido perdiendo esta vida, o al menos amortiguándola en tu corazón con tus caídas..., con tus imprudencias..., con tu fragilidad y miseria. — Fíjate bien cómo se guarda y se esconde un tesoro..., con qué cuidado y solicitud se le lleva si es que hay que trasladarle de una parte a otra. — ¡Qué precauciones no tomarías tú si ese tesoro fuera toda tu hacienda y tuvieras que llevarlo por caminos llenos de enemigos y de ladrones!... ¿No sería locura incalificable llevarlo a la vista..., abrir el cofre donde se guarda, para que todo el mundo lo viera..., descuidarlo en medio de los ladrones y echarte tranquilamente a dormir... o entretenerte entonces en

juegos y pasatiempos?

Pues mira cuál es tu locura cuando así obras con el tesoro de la vida de la gracia que llevas en tu alma. — Vigila con constancia. — A la puerta del Paraíso, Dios puso un querubín con una espada desenvainada para guardarlo y vigilarlo, y no dejar allí entrar a nadie... así, así has de estar tú a la puerta de tu corazón..., así es como conservarás intacto el tesoro de la gracia. — Pide ayuda y protección, para conseguirlo, a la Santísima Virgen... Dila que no permita que nadie te robe y te despoje de la vestidura nupcial de la gracia..., que siempre conserves intacta esta joya riquísima, que el mismo Dios te ha dado... y que para eso te conceda la entereza y energía suficiente para rechazar cualquier tentación que pueda ocasionar algún menoscabo en tesoro de tanto valor.

MEDITACIÓN 53

FIDELIDAD A LAS DIVINAS INSPIRACIONES

1.º *La obra de Dios.* — Así podemos llamar a la obra de la salvación y santificación de las almas. — Tan propia de Dios es, esta obra, que es completamente exclusiva de El... Si El no la hace, nadie la podrá hacer..., ni la Santísima Virgen, a pesar de su santidad, hubiera podido por Sí misma y prescindiendo de Dios, hacer absolutamente nada, para aumentar un grado siquiera de su santidad. — Es conocida la frase de los Santos Padres, que dicen que ésta es la obra más divina que Dios puede hacer.

Es verdad que pide nuestra cooperación, y que sin ella tampoco se conseguiría nada..., porque Dios respeta la libertad del hombre y quiere que él voluntariamente trabaje en su salvación y santificación... De modo que, como decía San Agustín, «Dios, que no contó contigo para crearte..., que lo hizo cuando quiso y como quiso..., no te salvará, sin embargo, ni te santificará, sino cuando tú quieras y como tú quieras». — Todo el que se salva, es porque quiere...; todo el que se condena, es porque también lo quiere así. — Por lo mismo, todo el que se hace santo, es porque se empeña en ello.

Según eso, Dios y yo hemos de hacer esta gran obra... Piénsalo y dítele a ti muchas veces... Mira qué bien cumple Dios la parte que le corresponde a Él. — Además de la gracia santificante..., de la gracia que permanece habitualmente en las almas constituyendo su vida, Dios nos da otro sin número de gracias actuales..., pasajeras..., que son como su aliento y su sostén..., entre ellas están éstas que llamamos divinas inspiraciones, que de tantos modos y tan frecuentemente usa Dios para encaminar y dirigir las almas. — Es, sin duda, una dignación inmensa de Dios que se ocupe de ese modo de nosotros..., que venga a ser nuestro Maestro..., nuestro guía..., nuestro director... y esto tantas veces..., con tanto cuidado..., con tanta paciencia y mansedumbre..., con tanta dulzura como la que emplea para insinuarse en nuestras almas.

Es como «el silbo del aura tenue», según frase de las Sagradas Escrituras..., es como Él mismo dice en el Evangelio, el divino sembrador que a todas horas está arrojando en el campo de las almas la semilla de las divinas inspiraciones... ¿Cuántas cosas no te dice Dios, al cabo del día, si le quieres escuchar?... ¿Cuántas cosas te sugiere para hacer unas y para no hacer otras?... Unas veces te reprende..., otras te alienta y consuela..., otras te incita y arrastra...; en todas te llama hacia Él, que es el fin y término de todas esas inspiraciones y mociones interiores.

Y ¡cuánta paciencia gasta en esa labor!... Día y noche trabaja contigo y por ti...; miles de veces te ha llamado y ha esperado inútilmente la respuesta..., porque no le hacías caso... o le cerrabas la puerta del alma... o no le entendías ni querías entender lo que te decía... ¡Qué pena tan grande!... ¡Cuánto tiempo perdido!... ¡Cuántas gracias inutilizadas y despreciadas!...

2.º *Dios y María.* — Si quieres ver cómo inutilizas la gracia, esto es, el grado de santidad a donde podías llegar si dejaras al Señor conducir tu alma libremente... y siguieras exactamente sus inspiraciones, mira a María... — Esa es la Santísima Virgen en pocas palabras..., a eso puedes reducir brevemente toda su santidad y el secreto de la misma..., a que fue fidelísima en seguir hasta las más pequeñas inspiraciones de Dios..., a que fue prácticamente, su esclavita y se dejó en sus manos hacer lo que El quiso... y así salió la obra..., como hecha por Dios..., sin que la criatura la atara las manos en lo más mínimo. — ¡Ah, cuántas..., cuantísimas veces se las atas tú!

María no desperdió ni inutilizó una sola de las gracias que el Señor la dio... Todas las inspiraciones del Señor hallaron siempre eco en el corazón de María... y por eso produjo en su alma santísima el ciento o el mil por uno. — Así dice Cristo en aquella parábola: la semilla cae en muy diversas tierras..., la semilla es siempre la misma..., es la palabra de Dios..., es la inspiración de Dios..., es la que santificó a María..., es la que elevó a los altares a todos los santos..., es la que ha justificado a tantas almas... Esa misma es la que te da a ti... y, por lo mismo, la que santificará tu alma.

Por parte de la semilla no queda...; ella no ha perdido su eficacia...; podrá variar en la intensidad de la siembra..., en el grado en que Dios la derrama..., pero esencialmente es la misma en todos... La diferencia, pues, está en las tierras donde cae...; unas son caminos abiertos a todas las impresiones...; allí entra todo..., de suerte que aunque se oye la voz de Dios..., también se oyen las razones del mundo..., del demonio y aún de la carne... ¿Qué extraño que esa simiente no produzca nada? — Con tanto ruido y alboroto de los que pasan por el camino de tu alma, no se oye bien la voz de Dios.

Otras, son duras como las piedras... Jesús llama..., ya le ven, ya le

oyen, ya saben lo que quiere y lo que pide..., pero no quieren... y más y más se endurecen sus corazones, cuanto más y más El llama.

Otros aceptan lo que Dios les inspira y/quieren seguirle..., pero las espinas de las pasiones brotan con fuerza..., con exigencias tiránicas...; no hay energía para vencerlas y las espinas sofocan el brote de la buena simiente.

Sólo la tierra buena que recibe, abraza y esconde en su interior esta semilla divina, llega a producir frutos como las almas de los santos..., como el alma de María... — Detente ante esta consideración..., abímate ante la santidad incomparable de María... y mírala como fruto de su fidelidad exactísima a las gracias e inspiraciones de Dios... ¡Qué cosas hizo Dios con María!... ¡Qué cosas no haría en ti si tú quisieras!... ¡si tú le dejaras!

3.º *Tu preocupación.* — Debe ser ésta... Así, preocuparte santamente hasta llegar a convertir esta idea en una obsesión, que no puedas ni sepas apartar de ti... «Yo puedo ser santo», debes repetir muchas veces...; «yo puedo imitar a mi Madre y llegar a ser como Ella..., parecido a Ella..., una copia de Ella»... — Yo no tengo que hacerlo, sería ésta, sin duda, labor sobrehumana. — Lo hará Dios..., pero solo no..., aunque no necesite nada de nadie, pide y exige tu ayuda. — ¿Has visto en el punto anterior lo que hicieron Dios y María?... ¿Por qué no hacer la prueba y ver lo que podéis hacer Dios y tú?

Acuérdate, acuérdate del milagro de la multiplicación de los panes y peces... Dios quiso y exigió que se le dieran aquellos panes y aquellos peces para hacer con ellos el milagro. — Pudo hacerlo sin ellos, pero no quiso... Es que aquello, aunque poco y miserable, era lo que el hombre podía dar..., era la cooperación del hombre a la obra de Dios... y por eso, la exigió, y se hizo el milagro.

También a ti te pide y te exige lo mismo..., lo tuyo, aunque valga poco..., que así El pondrá luego lo suyo... y el milagro se hará. — No le niegues tu cooperación..., nadie debe tener más interés que tú...; el fruto que de ello consigas, será para ti... ¡Cuánto fruto se ha perdido hasta ahora por esto... por tu culpa!

Si ahora, el pensarlo seriamente delante de Dios, debe darte pena, ¿qué será el día de tu muerte, cuando te veas con tan poco fruto y sólo porque tú no quisiste?... No consientas a tu corazón que siga por ese camino...; decídate, de una vez, a ser muy fiel a las inspiraciones del Cielo en cualquier forma que el Señor te las mande... No apagues la luz que Él enciende para iluminarte, porque caminarás a oscuras... Así lo has hecho muchas veces y Dios misericordioso la ha vuelto a encender y la luz ha reaparecido... — Mira que algún día esas mismas inspiraciones que ahora rechazas se levantarán contra ti para acusarte... ¿Qué responderás entonces?... No abuses de ellas, pues su número está

contado y ¿quién sabe si la que estás sintiendo en esta meditación es la última?... ¿Quién te asegura que no es éste el último llamamiento de Dios?... No endurezcas tu corazón..., responde con presteza y acude fielmente al llamamiento... Pídeselo así a la Santísima Virgen.

MEDITACIÓN 54

FIDELIDAD EN LO PEQUEÑO

1.º *Grandeza de lo pequeño.* — He aquí uno de los engaños más funestos en la vida espiritual, el despreciar algunas cosas y no darlas importancia porque las juzgamos pequeñas..., creemos que no valen para nada... ¡Qué bien explota este engaño en contra nuestra el demonio!... No nos acordamos de que nadie de repente se hace grande, ni en lo malo ni en lo bueno. — Todos los santos deben su grandeza a un conjunto de pequeñeces, que ellos supieron admirablemente aprovechar. — Al contrario, todas las grandes caídas han tenido su origen en cosas tan pequeñas e insignificantes, que pasaban inadvertidas... y, sin embargo, esto es de fe y comprobado con la más vulgar y cotidiana experiencia que «el que desprecia lo pequeño poco a poco caerá».

Hasta en la vida natural, ocurre esto mismo... ¿Qué es un granito de arena..., una gota de agua..., un átomo de polvo?... Pero el conjunto de esas pequeñeces, ¿no forma las playas y los desiertos, o los ríos y los océanos?... ¿Qué caso se hace de un insecto..., de un microbio que no se ve?... Y, sin embargo, ¡qué daños no pueden llegar a producir si se multiplican!... ¿No repetimos a cada paso que muchos pocos hacen un mucho muy grande?

Pues esto, en la vida espiritual, es aún más cierto. — Toda ella no es más que eso..., un conjunto de pequeñeces que, sin embargo, nos labrarán o nuestra felicidad o nuestra ruina para siempre. — No tendremos ocasiones abundantes..., ni ánimos o fuerzas para acometer empresas grandes, heroicas, hazañas estupendas... Pero no precisamente en los hechos extraordinarios, sino en la fidelidad y exactitud de nuestros pequeños deberes diarios, está nuestra perfección... Así es como se forman las virtudes sólidas y macizas que hacen santos, con la práctica constante de los actos pequeños de las virtudes ordinarias... esos actos son casi siempre de muy poca apariencia, es verdad, pero no por eso son de poco valor.

La fidelidad en lo poco será la causa, algún día, de la posesión sobre lo mucho... Así lo dice Cristo en el Evangelio: «Porque fuiste fiel en lo poco..., esto es, en lo pequeño..., en lo que al parecer no tenía importancia..., yo te constituiré sobre lo mucho»... ¡Qué generosidad la de este Señor!... Él nos pide lo *poco*, para luego darnos lo *mucho*... ¿Quién no se animará a dar este *poco*..., a ser fiel en este *poco*..., si de eso ha de depender luego el premio de lo *mucho*?... — Claro está que un

poco que vale tanto, ya no es poco..., ya no es una cosa pequeña y despreciable... y por eso te convencerás una vez más, de que no se puede llamar pequeño a nada de lo que tenga relación con nuestra alma... con nuestra salvación o santificación... ¿Cómo va a ser pequeña una cosa de la que depende otra tan grande?... Luego tampoco puede ser pequeño el interés que en ti despierte..., no puede ser pequeña tu fidelidad para cumplir con lo que ella te exige...

2.º *Fidelidad de María.* — En la vida de la Virgen, mejor que en ninguna otra parte, podemos aprender esta fidelidad. — Toda esta vida preciosísima, no es más que un conjunto de pequeñeces constantes, acompañadas a veces de cosas grandes y heroicas en sumo grado. — María no quiso ocupar en la tierra ningún lugar preeminente..., no se distinguió a los ojos de los hombres, de las demás doncellitas o de las otras aldeanitas de Nazaret... Era necesaria la mirada inescrutable de Dios, para descubrir lo que bajo aquella sencilla apariencia se encubría..., para conocer el valor y el mérito de aquellas pequeñas y vulgares acciones que ordinariamente ejecutaba la Virgen.

Porque ¿qué importancia, ni qué valor podía tener el guisar la comida..., el coser y remendar..., el barrer y fregar..., el lavar, limpiar, hilar..., arreglar la pobre y humilde casita..., hacer algunas pequeñas compras, etc., en fin, ocuparse en los quehaceres propios de una obrerita y de una esposa de un jornalero? — Todas estas menudencias, tan triviales, constituían la vida de la Santísima Virgen y fueron los actos que más comúnmente ejecutaba..., y lo extraño es, que con ellos se hizo tan grande..., tan santa..., tan divina...

Porque levanta un poco el velo que cubre esas pequeñeces y verás que en la fidelidad y constancia a las mismas, se oculta una fuente verdadera de sacrificios, que son los que dan el valor a esos actos.

El atender con perfección y exactitud a esas cositas tan insignificantes, de tan poco brillo..., tan frecuentes y ordinarias que todos los días y a todas horas has de tener que cumplir..., no cansarse de hacerlas bien..., con toda perfección... con el mismo celo, ardor y entusiasmo que si se tratara de cosas grandes y magníficas..., todo eso supone un ánimo muy grande..., una voluntad muy firme..., un espíritu de sacrificio y de abnegación inmenso...; un día, dos..., un mes y otro mes, todavía se explica que se pueda hacer con relativa facilidad... pero siempre..., toda la vida..., eso es un verdadero martirio...; no hay mortificación, no existe penitencia más fuerte y dura que ésta...

Aquello que decía San Juan Berchmans, es una verdad que podemos comprobar todos, de que da mayor penitencia es la vida común*, la vida ordinaria llena de cien mil pequeñeces y menudencias, que se han de hacer todas con fervor..., con diligencia..., con todo esmero y cuidado.

Esa es la vida de María..., una vida que no tiene cosas llamativas: ni fue

elocuente, ni fue poderosa, ni brilló por su ingenio, ni siquiera hizo milagros estupendos, ni maravillas extraordinarias..., pero todo lo hizo con la intención purísima de cumplir la voluntad de Dios... y, por eso, todo lo hacía con toda perfección... y Dios se complacía y gozaba en Ella...

3.º *Tu resolución.* — Aquí no caben dudas y vacilaciones..., no es posible excusarse con nada. Tenemos que cumplir con la voluntad de Dios... y Dios, de ordinario, no nos pedirá más que esas pequeñeces de cada día. — Tienes que tomar la resolución de complacer a Dios todos los días, cumpliendo exactamente esa su santísima voluntad... — Para Dios todo es pequeño...; las acciones más grandes, más llamativas de los hombres no valen, delante de Él, más que las otras pequeñas y vulgares.

Todos son juegos de niños en su presencia..., batallas que se ganaron..., imperios que se conquistaron..., inventos que se descubrieron..., fama y laureles que se granjearon..., todo eso, para El, igual que nada. — Lo que vale es el corazón..., la intención con que hacemos nuestros actos..., la manera como los ejecutamos..., el fin que perseguimos.

Si en tus obras pones tu corazón y la fuerza de tu amor, la obra así hecha es la que vale de veras y la que agrada al Señor, aunque en sí sea o aparezca pequeña. — Para Dios sólo vale la grandeza del corazón..., la intención recta y pura del que obra. — No te ocupes, pues, de otra cosa, en tus actos, que de purificar tu intención y de hacerlos todos por Dios, y de ese modo todos ellos, por triviales y bajos que parezcan..., el mismo comer y dormir y descansar..., pueden ser actos nobilísimos de grande gloria para Dios y de no escasos méritos para nuestras almas.

Además, que la fidelidad en estas cosas pequeñas, suele tener la seguridad de no perderse en ellas el mérito que tengan, por miedo a la vanidad o a la vanagloria, como fácilmente puede ocurrir con los actos de brillo y de relumbrón... ¡Cuántas veces la práctica de esos actos extraordinarios y de una virtud heroica y resonante, queda convertida en un poco de humo de soberbia, que echa a perder por completo todo el valor que de suyo podría tener!...

Pues bien, ama mucho el ejercicio de esas virtudes pequeñitas, que más que fama y estimación, te servirán para formarte en la humildad..., sencillez y mortificación... y así es como acostumbrándote a este dominio en las cosas más pequeñas, estará tu alma bien templada y preparada para las cosas grandes si Dios así lo quiere. — Así se preparó, en la humildad de Nazaret, María, a ser el asombro de fortaleza en el Calvario... Imítala en lo primero, si quieres llegar a ser semejante a Ella en su segundo heroísmo.

MEDITACIÓN 55

DE LA VIDA DE DETALLES

1.º *Suma importancia de ella.* — Íntimamente relacionada con la anterior meditación, y como una continuación o consecuencia de la misma, es esta «Vida de detalles»... Si no podemos despreciar las cosas pequeñas, antes bien, hemos de ser fieles y constantes en ellas, luego necesariamente hemos de vivir esta vida de detalles. — Todas las acciones del hombre están rodeadas de detalles, a veces de tal importancia, que de ellos depende el mayor o menor mérito de las mismas... — No se pueden despreciar..., muchos los despreciaron y ésa fue la razón de sus lastimosas caídas...

Piensa bien, para convencerte de la importancia de esta vida, que nosotros mismos juzgamos ordinariamente de las cosas y las apreciamos conforme a los detalles que las acompañan... Miramos una obra de arte y lo que más nos llama la atención son los minuciosos detalles en que se fijó el artista... Oímos un concierto musical, y su belleza dependerá del detalle de los matices que tengan los ejecutantes... El detalle, es el que constituye estas filigranas de arte, que tanto nos deleitan y seducen... ¿Concebimos una obra perfecta, bien terminada y rematada, si no está perfectamente detallada?... Una obra sin detalles, es una obra sin acabar..., está esperando la última mano que la retoque..., que la dé ese *quid* final que la termine... y ese *quid* es el último detalle.

Todo esto debe aplicarse, sobre todo, a las obras de amor... El amor se goza..., el amor vive de detalles. — Un regalo..., un obsequio que te hacen..., una prueba de cariño que recibes, la aprecias según los detalles que la acompañan. — Fue algo hecho para ti..., pensando en ti..., adivinando tus gustos..., queriendo sorprenderte... Se hizo costosamente, a fuerza de paciencia..., de trabajo..., de sacrificios quizá... ¡Ah, cómo se agradece entonces ese obsequio!... No es su valor material lo que entonces apreciamos, quizá sea esto muy pequeño..., es el modo..., es lo que supone..., es el detalle que le acompaña lo que nos arrastra y encanta.

No lo olvides, el amor es esencialmente detallista. — ¡Qué detalles no pone una madre al criar a su hijo..., al vestirle..., al alimentarle..., al acariciarle. — Pues bien, la santidad..., la perfección del alma..., es toda vida de amor..., obra de amor..., exclusivamente de amor. — La santidad es la unión del alma con Dios por medio del amor. — Por tanto, si el amor gusta de detalles..., la santidad consistirá en esos detalles del amor... la santidad es, por consiguiente, obra de detalles.

2.º *Detalles de María.* — Y así la vida de María, vida de santidad y de amor, está llena de estos preciosísimos detalles, que son precisamente los que más debemos nosotros estudiar, conocer e imitar en Ella. — María se consagra a Dios y se entrega a su servicio...

Esto lo han hecho otras muchas almas también, antes y después de María..., pero ninguna como Ella. — A los tres años abandona su casa y se va a vivir al Templo. ¿Qué detalle éste de la prontitud en obedecer al Señor!... ¡Qué prisa la entra por seguir las divinas inspiraciones!...

En el Templo, al consagrarse a Dios, hace voto de virginidad... También otras muchas almas lo harían después..., sí, después, porque Ella es la primera..., la única que entonces hace este voto..., a las otras doncellitas las hubiera parecido una locura...; a Ella no la importa lo que puedan juzgar las demás y así..., ¡¡¡la primera!!! ... , ¡¡¡la única!!!, es Ella, la que hace este voto al Señor... ¡Qué detalle éste de su virginidad tan sublime, tan encantador!... Como que el primero que se encanta y se enamora de él, es el mismo Dios y por eso la busca y la elige para Madre.

El Ángel se la aparece para ello y la encuentra en *su casita...*, *recogida...*, *en oración...* Anota esos detalles que te enseñan cómo ha de ser la vida de un alma virgen..., sólo así..., en el recogimiento..., en la soledad..., en el trato y unión con Dios por la oración, se puede conservar lozana la flor de la virginidad. — Se desposa con San José...; le hace saber su voto, para que él solo sea el guardián y el custodio de su virginidad, pero nada le dice de su concepción..., lo que es de absoluta necesidad... lo demás, aunque fuera conveniente, si no es necesario, se lo calla..., lo deja al cuidado de Dios confía en Él y nada más...

Sigue anotando estos detalles de *silencio...*, *de prudencia...*, *de confianza en Dios...*, de profunda *humildad...* ¡Qué detalles más ricos en merecimientos delante de Dios! — Nace el Niño Jesús, y los pastores, avisados del Cielo, le encuentran en el portal, envuelto en pañales y acompañado, naturalmente, de su Madre... Parece, por lo natural insignificante este detalle y, sin embargo, ¡que importante es!... A Jesús siempre le encontraremos con María y por María... y con Ella y por Ella se nos dará a nosotros y vendrá a nuestros corazones...

Y en la vida privada, ¿qué de detalles no podemos considerar?... ¿Cuáles serían los que la Virgen pondría al preparar la comida al Niño..., al hacerle sus vestidos..., al cuidarle en todo momento... Deja a tu imaginación que corra santamente a su antojo por todos los años de esta vida de María y verás qué de detalles descubres.

Mírala, en fin, en el Calvario... Se ha ocultado en la vida pública de Jesús... Ella no ha figurado para nada..., pero ahora sale de su oscuridad... y allá va con su Hijo generosamente al sacrificio... ¡¡¡Qué detalle!!!... Oculta durante la parte gloriosa de esta vida... y patente y a la vista de todos

durante la parte dolorosa... ¿Qué te dice este detalle de María?...

María se queda en su casita, no se mueve de allí. ¿Por qué no va con las piadosas mujeres y las acompaña al sepulcro?... Es el detalle de su fe y de su esperanza. — Cree y espera confiadamente en la palabra de

su Hijo... Jesús ha de resucitar. ¿A qué, pues, buscarle en el sepulcro?... ¡Oh, qué vida más repleta de magníficos y preciosos detalles!... Pide a la Virgen te los dé a conocer...

3.º *Tu vida de detalles.* — Así tienes tú que ser también. — Debes detallar tu vida. — En todos tus actos, atenderás al detalle que les da valor y vida. — Si obedeces, no sea de cualquier manera... no pongas el detalle de tu amor propio, haciéndolo cómo y cuándo quieras...; has de hacerlo con el detalle de la *prontitud...*, *alegría...*, *ciegamente...*, *sobrenaturalmente.* — En tus mortificaciones, buscarás el detalle de lo que más molesta..., lo que más cuesta..., lo que más hiere a tu amor propio... y entonces lo harás con otro nuevo detalle con *decisión...*, *energía...* con gran *constancia*, sin cansancio ni titubeos. — No consentirás el detalle de mortificarte cuando tengas ganas..., cuando no te humille la mortificación..., cuando te cueste poco, etc. Compara detalles con detalles y verás qué distinta es una acción hecha de un modo o de otro...

En el dominio de las pasiones, tendrás cuidado que no te falte el detalle de la *resolución y prontitud*, para cortar en seguida cualquier desbordamiento de ellas. — En tu vida toda pondrás *amor*, mucho amor. — Detalla muy bien tu vida..., detalla tus deseos y tus propósitos. — Los propósitos generales y sin detallar, son completamente inútiles. — Cuanto más los concretas y detalles más minuciosamente, más prácticos serán... Quizá sea ésta la razón de lo mal que les has cumplido hasta ahora..., porque no supiste detallarles bien. — Mira al modelo..., contempla a María y copia con todo *detalle* sus líneas hermosísimas.

MEDITACIÓN 56

VIDA DE FERVOR

1.º *Su necesidad.* — Para la vida de perfección y santidad, es el fervor absolutamente necesario... Sin él no puedes agradar jamás a Dios, ni conseguir de Él lo que deseas... La oración resulta una cosa inútil e infructuosa...; las virtudes se secan y terminan por morir y desaparecer por completo...; la vida de piedad, se convierte en algo exterior y rutinario...; la mortificación, resulta penosísima e intolerable...; todo, en fin, se hace cuesta arriba...; faltan las fuerzas y el aliento para todo... y la carga del Señor llega a parecer un yugo penosísimo que abrumba con su peso, que asusta y ahoga.

Todo esto ocurre al que le falta fervor... ¡Qué facilidades, en cambio, encuentra en su vida el alma fervorosa! No la faltarán dificultades..., contratiempos..., tentaciones, pero en el fervor encuentra facilidades para todo... Todo la cae bien..., todo la parece poco... y se encuentra, contando con la gracia de Dios, con ánimos suficientes, como San Pablo, para desafiar al infierno entero y a todas las criaturas juntas, pues está cierta que ninguna de ellas podrá apartarla del amor de Dios.

Sólo, pues, con el fervor, podrás agradar al Señor..., sólo con él tu alma se santificará. — Si quieres saber cuánto agrada a Dios el fervor, recuerda sus palabras sobre la tibieza, que es todo lo contrario del fervor... ¡Qué palabras más duras en boca del dulcísimo Jesús!... ¡Cómo le repugnará la tibieza, cuando así le hace hablar a su corazón!

La compara a la higuera estéril, que sólo produce hojas y ramas, pero que no llega a dar fruto... y, por tanto, el dueño, cansado de su inutilidad, decide arrancarla para que no ocupe un lugar que mejor aprovecharía otra planta... ¡Qué castigo, Dios mío, qué sentencia más espantosa!... No puede haber nada más terrible que esta amenaza... Parece como que el tibio agota la paciencia de Dios... y Dios le arroja de su presencia... y le niega sus gracias, que dará mejor a otras almas... Así claramente lo asegura el Señor cuando dice: «Porque no eres frío ni caliente, sino tibio, te arrojaré de mi boca, como se arroja con asco y náuseas un manjar intolerable»... ¿Qué será, pues, la tibieza?... Y ¿qué será el fervor?... Si es todo lo contrario, sus efectos serán también diametralmente opuestos... ¡Qué consuelo! ¡Qué satisfacción tan grande no dará el alma fervorosa al divino Corazón de Cristo!...

2.º *Fervor de María.* — Míralo en la Virgen. ¡Qué fervor el suyo!... Por eso, ¡qué agradabilísima siempre y en todo momento fue al Señor! Nunca hizo nada a medias..., nunca obró con cansancios y desalientos..., jamás se dejó llevar de la falta de ganas, para ejecutar sus actos de cualquier manera y acabar cuanto antes. — Y esto en todo, pero en sus actos espirituales..., en su vida de piedad, fue insuperable el fervor... ¡Qué oración aquella!... ¡Cómo hablaba con Dios!... ¿Qué fruto no conseguiría con ella?

Recuerda aquel fervor en su oración, antes de la Encarnación del Verbo que llegó a acelerar la hora de la Redención... ¡Qué fervor el suyo al dejar el mundo, en edad tan tierna..., en abandonar su casa a pesar de no tener peligros de ninguna clase, sólo por entregarse a Dios! — Mírala subir rápidamente, según cuentan algunos expositores sagrados, sin volver la vista atrás, los escalones del Templo, a pesar de que sabía 'que allí, al pie de esos escalones, quedabais sus padres, tristes y doloridos profundamente, al separarse de su Hijita querida... — Pero María sólo atiende a la voluntad de Dios... Él lo quiere, y gustosamente y fervorosamente cumple en todo con su divina voluntad.

Y así siempre..., así toda la vida... — Ayer veíamos los detalles de la vida de María... Sin duda, entre todos destaca éste de fervor. — Éste sí que es detalle importantísimo... Y ¿cuál fue su fervor en el Calvario al acompañar a su Hijo, y allí abrazarse a su Cruz, y con Él crucificarse?... ¿Y aquel otro fervor con que acompaña a los Apóstoles y les prepara para la venida del Espíritu Santo, teniéndoles en oración durante aquellos días, que Ella misma presidía y dirigía?... ¿Cómo se animarían todos ante el ejemplo fervoroso de la Virgen?... Si ahora a nosotros nos

ocurre muchas veces, oír o ver a alguna alma santa, y parece que sentimos que su fervor se nos pega y contagia con su compañía y trato, ¿qué pasaría con los Apóstoles en aquellos días de trato continuo y tan íntimo como el que tuvieron con la Santísima Virgen?...

En fin, abísmate ante la consideración de aquellos deliquios amorosísimos y fervorosísimos..., ante aquellos coloquios divinos entre María y Jesús, cuando la Virgen recibiera en su corazón el Cuerpo de su Hijo en la Comunión... ¿No te parece que esto ha de sobrepasar toda medida de fervor?... ¡Ay, si tus comuniones se parecieran en algo a las de María!... ¡Si imitaras a la Virgen en ese fervor con que comulgaba Ella!...

3.º *En qué consiste el fervor.* — Y advierte *qué es y qué no es* el fervor, pues es algo que fácilmente se ignora... y de tal manera se confunden estas nociones, que muchas veces se cree que hay fervor donde no existe, y viceversa. — El fervor, por de pronto, rió consiste en el gusto sensible por las cosas espirituales..., ni en los consuelos y satisfacciones que a veces Dios da en ellas. — En muchas ocasiones el Señor quiere probar a las almas y las priva de esos consuelos y de esos gustos, pero no por eso pierde el alma su fervor.

En medio de grandes sequedades, que duraron años enteros, y en las que no sentía *nada*, ni se la ocurría *nada*, Santa Teresa de Jesús supo conservar su vida llena de gran fervor. — Esto mismo sucedió a Santa Magdalena de Pazzis, cuando en ocasión semejante, lejos de desanimarse, se abrazaba a su crucifijo y le pedía padecer sin morir... Puede, pues, darse gran fervor, junto con una gran desolación y hasta con tedio, disgusto y repugnancia.

Recuerda el ejemplo del mismo Cristo, cuando en el huerto sentía aquel cansancio..., aquella desgana..., aquel pavor y tedio grande..., cuando estaba tan seco y desolado que no se le ocurría otra cosa en su oración, y se pasó tres horas seguidas repitiendo una y mil veces las mismas palabras... y, sin embargo, ¡qué fervor el suyo!... ¡Qué esfuerzo el de este fervor divino, que llega a hacerle sudar sangre! — El fervor, pues, no es necesario sentirle..., aunque se pueda sentir o pueda ir acompañado del gusto sensible..., sino que es «el deseo práctico de trabajar por negarse y vencerse a sí mismo, en todo momento, sin *desalientos y desconfianzas*, pero sí con gran *humildad*».

Fíjate bien en esas palabras: es un *deseo práctico*, no un deseo estéril, sino algo que se ejecuta con esfuerzo y trabajo... y a mayor esfuerzo, mayor fervor, aunque creas que no haces nada, ni consigues nada. — El alma fervorosa no ha de mirar precisamente al fruto, sino al trabajo...; no al premio, sino a la lucha..., y cuanto más haya que trabajar y luchar, aún sin ganas, mejor para la vida de fervor. — ¿Has entendido hasta ahora de este modo el fervor?... ¿Te has desalentado cuando no tenías gusto ni consuelos?... Y cuando los sendas y no te costaba nada el hacer las

cosas y las hacías sin trabajo y sin esfuerzo y quizá algo rutinariamente..., ¿creías que entonces tenias mucho fervor?

No vivas, pues, equivocado en punto tan importante. — A trabajar con esfuerzo y a servir a Dios con verdadero fervor..., pues no consiste en hacer muchas cosas ni en servirle muchos años, sino en servirle con fervor. — Acuérdate de los últimos que fueron a trabajar a la viña y con su fervor merecieron igual paga que los que estuvieron todo el día. — Que la Santísima. Virgen te dé un poco de su fervor. — Pídeselo hoy así especialmente.

MEDITACIÓN 51

NOBLEZA DE PENSAMIENTOS

1.º *Nuestra dignidad.* — No es ciertamente un pensamiento soberbio y ambicioso el que nos recuerda la alteza de nuestra dignidad, tanto por ser hombres como por ser cristianos... Muy al contrario, es pensamiento muy saludable que el demonio tiene buen cuidado de apartar lo posible de nosotros, para que no sirva de apartarnos del pecado... Porque el pecado, ¿qué es sino un olvido total de esa doble dignidad de *hombre* y de *cristiano*..., para rebajarnos al nivel de las bestias?... ¡Qué grande! ¡Qué sublime es nuestra dignidad!... — Somos de raza de Dios..., somos de Dios..., venimos de Dios..., vamos a Dios..., seremos de Dios..., terminaremos por poseer totalmente algún día a Dios.

Aun bajo el punto (le vista puramente natural, ¡qué grande es la dignidad del .hombre!... Ya lo decía David: »Le hiciste un poco, sólo un poco menor que los ángeles«... Todo lo puso Dios bajo sus pies, para que fuera verdadero rey deba creación... — Nuestro destino es ser reyes..., nacemos reyes y nos criamos aquí, en la tierra, para eso, para ser reyes y príncipes algún día en el Cielo...; no podemos contentarnos menos que con una corona y un trono que no tendrá fin...

Pero aún es mayor nuestra dignidad bajo el punto de vista de la gracia... Ya lo hemos dicho, con esa vida no somos reyes, somos dioses...; la imagen más perfecta y completa de Dios es un alma en gracia. — Pues bien, todo nuestro proceder y toda nuestra manera de ser, debe revelar esta nobleza real y divina de que estamos investidos... — Nunca debemos consentir, no ya en perderla..., sino ni aún rebajarla lo más mínimo. — Nuestros pensamientos han de ser altos y levantados, como corresponde a esa dignidad...; han de ser dignos..., de una gran firmeza y constancia, como fueron siempre los de la Santísima Virgen. — De Ella sí que podemos decir que fue grande y divina en su dignidad..., que fue destinada para Reina y Emperatriz... y que, efectivamente, todos sus pensamientos siempre estuvieron en conformidad con esta nobleza altísima suya...

Aprendamos en la Escuela de María... Ella nos enseñará prácticamente

a tener esas miras elevadas..., esos sentimientos nobles y dignos. — Tenemos que educarnos para ser Reyes y Príncipes..., pues vayamos a aprender en la Escuela de la Emperatriz...

2.º *Ideas levantadas.* — Y esto es lo primero que hemos de aprender de María..., a elevar las miradas de nuestra inteligencia, para que no engendre más que pensamientos levantados... ¡Qué necesidad tenemos de esto hoy día!... ¡Cuántos pensamientos bajos..., ruines..., torpes y miserables por todas partes!... Unos, sólo piensan en diversiones...; otros, en riquezas y comodidades...; aquéllos, en negocios y asuntos temporales...; éstos, en placeres y devaneos... Por todas partes un grosero materialismo..., un estúpido naturalismo, que sólo da valor a lo de aquí abajo..., a lo que se ve con los ojos..., a lo que se palpa con las manos..., a lo que se puede contar en cifras y números. — Hoy día sólo triunfa «el Debe y el Haber»..., todo se mira bajo ese prisma...; lo demás, no vale para nada.

Y así, esa vida moderna tan apartada de Dios y de su vida divina..., la vida sobrenatural..., la vida de la gracia. — Así, esa vida de tanto egoísmo y tan refinado por todas partes...; así esa frivolidad en todo..., hasta en las devociones mismas... ¡Qué modo de vivir más extraviado! — Y conforme a esta vida, son los pensamientos que les dominan: pensamientos locos..., ridículos..., lamentables... ¡Qué pocas ideas nobles y levantadas..., qué pocos pensamientos serios y dignos!...

Y este ambiente, más o menos puede influir, y de hecho influye, hasta en la vida de perfección..., en las mismas personas consagradas a Dios..., en las casas de recogimiento y oración. — Es muy difícil aislarse de esta atmósfera, y no contaminarse con ese aire viciado que viene de fuera.

Para así conseguirlo, mira a tu Madre..., estudia a la Santísima Virgen... ¡Qué pensamientos los suyos tan distintos del mundo! — Por eso, en cuanto le conoció, le aborreció y huyó de él, como si temiera contaminarse con su hálito pestífero y envenenador... ¿Quieres no ya adivinar, sino escuchar los mismos pensamientos que ocupaban a diario a la Santísima Virgen?... De nuevo repite y medita sus palabras en el inagotable *Magnificat*... No te canses de repetirlo y meditarlo, que es fuente de riquísimas enseñanzas.

De la abundancia del corazón habla la boca..., pues por esas palabras conocerás lo que Ella pensaba y lo que Ella sentía..., pensamientos de alabanza a Dios, estimando sus dones por la importancia y grandeza de los mismos..., por la bondad del Señor que se los daba..., por la pequeñez de quien los recibía..., por el amor con que Dios se los prodigaba. — Mírala cómo acepta de corazón todos esos dones, no para engreírse, sino en obsequio del mismo Bienhechor y para más y más glorificarle.

Por lo mismo, no se calla, sino que publica esos dones recibidos, con humildad pero con fervor..., para que todas las generaciones se unan a Ella a dar gracias a Dios y a enaltecer su nombre santo. — Desea pagar y corresponder a tantos beneficios, sirviéndole con santidad y en justicia, todos los días de su vida... y agradeciendo a Dios no sólo los beneficios particulares, sino todos los que ha hecho a los hombres..., pero en especial el inmenso beneficio de la Redención, cumpliendo todo lo que Dios había prometido a Abraham y a su descendencia...

Éste es el sublime *Magnificat*..., éstos los pensamientos que la Virgen nos descubre en él... ¡Qué pensamientos más dignos..., más nobles..., más santos!... En esas palabras, María nos enseña cuál es el verdadero fin y el objetivo principal de nuestra vida; esto es: conocer..., alabar..., servir y glorificar a Dios en todos nuestros actos, palabras y pensamientos... Ésos deben ser nuestros pensamientos dominantes..., eso debemos sacar de todo..., de nuestras cruces y alegrías..., de nuestra vida y hasta de nuestra muerte, ¡la gloria de Dios!... ¡Que toda nuestra existencia se transforme en ese himno de amor y gratitud constante a nuestro Criador!... ¿Lo haces así?... ¿Te domina ese pensamiento de la gloria de Dios?... ¿No te parece que eso es lo único digno..., grande y elevado que debe ocupar tu pensamiento?...

3.º *Ideas firmes*. — Pero no basta esto... Es necesario dar firmeza y estabilidad a estas ideas..., a estos sublimes pensamientos. — Es necesario que las ideas sean sólidas de verdad..., que no sean flor de temporada, sino que arraiguen en ti de manera constante..., como sucedió con la Santísima Virgen. — Ella, una vez, pronunció su *Magnificat*, pero miles de veces..., más aún, toda su vida, lo vivió...; su vida entera fue una continuación, una consecuencia lógica..., ininterrumpida de su *Magnificat*...

¡Cuánta volubilidad no ves que existe hoy en las ideas!... ¡Cómo se cambia de parecer a cada paso!... Es natural, dada la frivolidad de la vida. — Si no hay ideas serias..., no puede haberlas sólidas, firmes y constantes... Parece que vivimos, como decía San Pablo, «siempre fluctuando y dejándonos llevar y mover de todo viento de doctrina». — El barco que no lleva el lastre suficiente, también fluctúa y es juguete de las aguas. — Por eso hay tantas defecciones..., tantos verdaderos naufragios... en todo: en la fe..., en el espíritu de piedad..., en las costumbres..., hasta en la vida religiosa a veces. — Y a veces, después de épocas de grandes fervores y de mucha santidad. — Todo por falta de solidez y firmeza.

No es necesario tener muchas ideas...; pocas y muy firmes. — Un solo pensamiento..., una sola idea bien arraigada..., con firmeza y solidez sentida, ¡qué de cosas no ha producido!... Cuántos genios..., cuántos santos fueron dominados por una de esas ideas grandes, profundamente..., sólidamente grabada en su inteligencia y en su

corazón.

Haz tú lo mismo..., aprende de María esa idea y esa firmeza y constancia. — Que sea esa idea la del servicio de Dios..., de la mayor gloria de Dios..., la que te ocupe sin cesar..., la salvación de las almas..., de la tuya y de los demás en lo que puedas. — Mete muy profundamente..., arraiga hasta lo más íntimo de tu ser, esta idea grande..., elevada..., la única digna de ti... y pide a la Virgen su ayuda para sentir siempre esta idea..., para vivir esclavo de ella todos los días de tu vida.

MEDITACIÓN 58

VIDA DE CIELO

1.º *Pensamiento de Cielo.* — Ideas y pensamientos elevados pedíamos en la precedente meditación y, sobre todos ellos, concretábamos la elevación y dignidad de nuestros pensamientos en el de la mayor gloria de Dios. — Pero es bien claro que junto con este pensamiento tan sublime, y como una continuación o complemento del mismo, está el de la salvación de nuestra alma y la posesión, por tanto, de Dios en la eternidad. — Así dice San Ignacio, en sus *Ejercicios*: «El hombre es criado para alabar..., hacer reverencia... y servir a su Divina Majestad... y mediante esto, salvar su alma»...

¡¡El Cielo!! ... , qué poco pensamos en él... y, sin embargo, qué digno es de que nunca le perdamos de vista... Si pensáramos más en él, no tendríamos que temer a los pensamientos bajos, rastreros y frívolos del mundo... Es algo inexplicable que nos absorban tanto las cosas de la tierra y nos atraigan tan poco las del Cielo... Le vemos tan lejos, que vivimos como si nunca hubiera de llegar el día de acercarnos a él...; nos parece una cosa tan alta, que prácticamente obramos como si no fuera cosa nuestra y para nosotros.

Pero esa es, no obstante, la dulcísima realidad. Hemos sido creados para el Cielo..., no para la tierra...; ésta, aún antes del pecado, hubiera sido una cosa pasajera y transitoria..., nunca el lugar de nuestro fin y el término de nuestra existencia. — Pero menos aún después del pecado..., pues éste, convirtió al Paraíso Terrenal en un destierro..., en un valle de lágrimas y miserias... y a pesar de eso vivimos en este mundo, sin anhelar el momento de la liberación de esta cárcel..., contentos con nuestras cadenas, no apetecemos la libertad...; esto es un absurdo inconcebible, pero es verdad.

No podemos ni imaginarnos siquiera cómo un preso no desee dejar la cárcel, sobre todo si ésta fue durísima... y, sin embargo, así es nuestra conducta... No lloramos por la otra vida que es la vida verdadera..., más bien lloramos porque la hora se acerque tan pronto... No suspiramos por la posesión de Dios, sino más bien por poseer a las criaturas... No nos seduce lo inmortal..., lo infinito..., lo eterno..., sino que nos preocupamos,

sobre todo, por lo caduco..., por lo que no tiene consistencia ni valor alguno... Es horrible y espantosa esta locura..., esta puerilidad necia y estúpida en la que vivimos..., pero al fin, es una triste realidad.

No es el pensamiento del Cielo, como debía de ser, el que sostiene nuestro ánimo desalentado y cansado de la lucha diaria..., no es el punto central adonde deben converger nuestras miradas..., no es el que nos guía y nos mueve a obrar en nuestros actos. — Bien merecíamos que Dios nos castigara con la privación de un bien que no queremos estudiar..., conocer..., apreciar..., desear...

2.º *El Cielo en María.* — En cambio, mira qué distinto fue este pensamiento en la Santísima Virgen... Su vida fue siempre vida de Cielo...; vivía en la tierra con el cuerpo, pero su alma..., su pensamiento..., su vida toda, estaba más arriba..., siempre en el Cielo. — Acostumbrada al trato y comunicación con Dios en su continua y fervorosa oración..., conversando frecuentemente con los ángeles que la servían y que se gozaban en acompañarla..., teniendo primero en su seno purísimo al mismo Dios... y contemplando y teniendo a su vista constantemente después, los ejemplos y la presencia real de su divino Hijo..., ¿qué otro pensamiento podía ocuparla ni satisfacerla, sino lo que con Jesús se relacionara?... Y por tanto, ¿cómo había de ser su vida terrena, sino una vida totalmente celestial?...

Pero especialmente acompaña a María en el momento de la Ascensión de su Hijo a los Cielos. — Según la Tradición Sagrada, María asistió a aquella solemne despedida de Jesús en el monte de las Olivas...; sus ojos maternos, igualmente que los de los discípulos, vieron subir al Señor..., le contemplaron elevarse de la tierra... y mientras pudieron divisarle, siguieron y permanecieron fijos y clavados en aquella nube gloriosa y resplandeciente que le cubrió y le apartó ya de las miradas de este mundo... ¡Qué gozo sentiría la Santísima Virgen al ver este tan glorioso triunfo de su Hijo!... Ya subía a su trono, ya entraba en posesión de su Reino... y este Reino ya no tendría fin..., ya nadie podría discutirsele ni arrebatarle...

Pero estos pensamientos tan gloriosos y tan alegres para la Virgen, iban acompañados de otro, que para Ella era una nueva espada de dolor... ¡Ya no vería más a su Hijo!... ¡Ya no podría gozar más en su presencia...; ahora iba a vivir en una absoluta soledad...; nada ni nadie podía suplir a su Jesús...; ahora comenzaba a conocer más que nunca que esta vida es una cárcel, es un destierro... ¿Cuáles, pues, serían desde este momento sus ansias por la Patria..., por el Cielo?...

Si Ella no podía vivir sin ver a Jesús..., sin pensar en Jesús..., sin tener continuamente presente a Jesús..., ¿cómo aumentarían ahora esos anhelos suyos de unirse con Jesús..., a la vista de los lazos corporales que tan fuertemente la retenían aquí en la tierra y no la dejaban volar con su Hijo?... Si hasta entonces también fue su vida de Cielo, ¿cómo sería

ahora?... ¿Cómo vería Ella, en estos últimos años, todas las cosas de la tierra?... ¿Qué había en ésta que la pudiera importar, ni interesar lo más mínimo?...

Contempla así a la Virgen Santísima..., resignadísima a vivir separada de su Jesús todo el tiempo que lo dispusiera la divina voluntad..., pero a la vez suspirando sin cesar por el Cielo..., por su Hijo y por su Dios..., por la reunión y posesión eterna del objeto de sus pensamientos, de sus deseos y de su amor. — Empápate en estas ansias tan vivas..., en estas esperanzas tan ardientes..., en esta aspiración tan continua hacia el océano del amor divino, que en esta época constituyeron la parte más esencial de la vida de María... y pídelas que te enseñen a conocer... y a desear... y a sentir los encantos del Cielo, para que nada te atraiga y te seduzca en la tierra en que vivimos.

3.º *El Cielo en ti.* — Así, pues, debe ser tu vida en este mundo..., una vida de paso..., «una mala noche pasada en una posada»..., un viaje rapidísimo que terminará pronto en la vida verdadera..., en la vida sin fin del Cielo... y ¡qué vida aquella! — La vida del Cielo es la vida de Dios...; el Cielo, es Dios..., es la visión beatífica de la divinidad..., es el conocimiento de Dios..., es el amor de Dios inundando..., esclareciendo y glorificando al alma.

Este conocimiento y este amor, no se pueden ni aun soñar, mucho menos concebir en esta vida...; nos lo impide el cuerpo material y de barro que tenemos..., pero cuando el alma le deje y se desprenda de él, ya no habrá nada que lo impida... ¿Entiendes bien lo que significa esto? — La vida del Cielo exige necesariamente *desprenderse* de la carne que te arrastra por la tierra... Cuanto más gusto des a tu cuerpo..., cuanto más vivas la vida corporal y te apegues a ella, menos te acercas a la vida del Cielo. — A la par que el espíritu se vigoriza... y que domina y mortifica a la materia... y sujeta al cuerpo al que está encadenado..., se acerca a la vida de la bienaventuranza..., vive más la vida del Cielo...

Piensa mucho en esto... El Cielo..., el reino de Dios está dentro de nosotros mismos..., en nuestras manos está anticiparlo...; cuanto más vivas la vida del espíritu, más sentirás esa paz y bienaventuranza que constituye la vida del Cielo... — Éste es el pensamiento y el deseo que más debe dominarte...: convertir esta vida de destierro y de lágrimas, en un anticipo del Cielo... y a la vez en una preparación del mismo.

Levanta los ojos hacia arriba..., no los arrastres tanto por la tierra... y cuando vengan los trabajos..., los sufrimientos..., las enfermedades... y todo lo que sirve para amargar la vida y hacerla insoportable, acuérdate del premio..., piensa en el Cielo que te espera y sentirás tal fuerza y tan gran consuelo, que desafiarás a todos los contratiempos que te sucedan, pues, como decía San Pablo, «no son dignas de comparación todas las penas de este mundo con el más pequeño de los consuelos y goces de la otra vida». — Encomiéndate a la Santísima Virgen..., invócala como

Puerta del Cielo que es, y dila que te dé a sentir ahora algo de aquella vida..., para que viviéndola así ahora, la asegures algún día en la eternidad.

MEDITACIÓN 59

SERVIR A DIOS

1.º *Con prontitud.* — Es nuestro destino aquí en la tierra, *servir a Dios*, si es que queremos conseguir el *gozar de Dios* algún día en la posesión del Cielo... ¡Ah, y qué sublime y magnífico es este destino! — Los mismos ángeles no tienen otro..., ni desean otro que el estar eternamente al servicio de Dios.

Todo lo que tiene de penoso un servicio cuando se hace a un amo cruel y tiránico, resulta de dulce y agradable cuando se hace por amor. — ¿No has caído en la cuenta de lo gustoso que te resulta el hacer un servicio a quien amas..., no es verdad que es uno de los mayores contentos el saber que te empleas en su servicio... y que con él puedes ser útil a esa persona... y que por lo mismo la agradas muchísimo con el servicio que la prestas? Pues si esto no lo haces con Dios..., si no lo sientes así cuando se trata de servir a Dios, la razón es bien clara, es... porque no le amas.

Dios nos pide y exige que le sirvamos, pero esta servidumbre es toda de amor...; hemos de servirle con amor y por amor. — Pudiera Él obligarnos a ello y hacer que a la fuerza le sirviéramos como los condenados en el infierno..., pero no, no quiere forzados a su servicio..., sólo admite voluntarios que entren a servirle, cuándo y cómo ellos quieran. — En nuestra mano, pues, está el fijar estas condiciones de nuestra servidumbre para con Dios.

Fijémoslas, y sea la primera la prontitud. — La prontitud es indicio de interés y de buena voluntad. — Cuando alguien nos sirve a nosotros con indolencia y perezosamente, no le aguantamos...; es señal clara de que lo hace todo de mala gana... y tanto nos fastidia y disgusta, que preferimos hacerlo nosotros y no consentimos que siga haciendo nada de ese modo. — Pues, ¿no pasará lo mismo con Dios?

Mira a la Santísima Virgen, ¡qué prontitud la suya!... ¡Qué prisa!... ¡Qué rapidez!... En seguida, a los tres años, corriendo se va al Templo, ¡a servir a Dios! — Podía haber tomado las cosas con más calma...; tiempo tenía, andando los años, de haberse entregado así al servicio de Dios... Así lo hacían y lo habían hecho otras...; pero María, no atiende a razones que dicta la prudencia de la carne...; se trata de servir a Dios y hay que hacerlo sin demora...; para eso, nunca es demasiado pronto...; cuanto antes, mejor.

Al Señor le agradan sobremanera las primicias que se le ofrecen, porque ellas demuestran la generosidad y nobleza del corazón... A nosotros mismos también nos complace saber que lo primero fue para

nosotros..., ¡cómo agradecemos el que se nos obsequie con las primeras flores que brotaron en el jardín! — En el Antiguo Testamento, y hasta en las leyes de la Iglesia, aparece esto como un precepto: «dar a Dios las primicias»... Pues bien, a imitación de la Santísima Virgen, las primicias de nuestra vida, para Él deben ser... ¡Qué agradable le será al Señor recibir la ofrenda de un corazón tierno y limpio..., de una imaginación virgen..., de unos ojos puros..., de un alma inocente.

Si así no lo hicimos ya en nuestra niñez y juventud, lejos de desanimarnos, veamos en esto una mayor obligación de correr cuanto antes a entregarnos a Dios. — Si perdimos el tiempo primero de nuestra vida, no perdamos el que después nos ha concedido el Señor..., ya que tiempo que no se ha empleado en servirle a Él, es desgraciadamente tiempo perdido por completo.

2.º *Sin reserva.* — Y a Dios hay que servirle no sólo con prontitud, sino sin reserva de ninguna clase. — No vayamos a servirle con condiciones... o con restricciones. Nuestra entrega y nuestra consagración a su servicio, ha de ser *total y completa...*, con *toda* nuestra alma..., con *todo* nuestro cuerpo..., con *toda* nuestra vida...; *todo* es suyo..., *todo* de Él lo hemos recibido, *todo* se ha de poner a sus pies, para que Él, de un modo absoluto, disponga de todo. — Bien sabemos cómo exige necesariamente esta condición. — No admite servidores a medias..., no quiere corazones partidos.

Bien claramente lo indica en sus mandamientos... El primero y el más fundamental de todos, es «que amemos a Dios y sólo a Él *con todo nuestro corazón..., con toda nuestra mente..., con toda nuestra alma*»... En fin, con todo lo que somos y tenemos. — Advierte bien la fuerza de esa palabra todo... y verás cómo no es posible servir a Dios si te reservas algo para ti. — Nuestro corazón es de tal suerte y de tal modo está hecho para Dios, que solo Él le puede llenar y contentar... Será, pues, un absurdo pretender dividirlo y dárselo a Dios y al mundo... o a las pasiones a la vez... — Bien claramente lo advirtió el Señor en Su Evangelio: »Nadie puede servir a dos señores«... quien así lo pretenda, se engaña miserablemente, pues Dios no admitirá ese servicio a medias, que se le hace.

Así fue como se consagró y sirvió al Señor la Santísima Virgen... Nunca se le ha hecho a Dios una oblación más grande, fuera de la de su propio Hijo en la Cruz, que la de María... Nadie ofreció más, ni ofreció mejor, que Ella. — A todo renunció..., no hubo cosa, por amada que fuese para la Virgen, que no la ofrendara al Señor...; ningún trabajo, por humilde..., difícil..., penoso y mortificante, rehusó...; nada, por costoso que fuera, que no lo sobrellevara con ánimo y decisión...; ninguna obra, por ardua que pareciera, que no la abrazara y llevara a cabo por amor a su Dios y Señor... ¡Qué buena sierva!... ¡Qué excelente esclava de Dios, fue María!... ¿Quién, ni en el Cielo ni en la tierra, la habrá servido mejor que

Ella?...

Aprende también de la Virgen esta condición. — Por María y con María lánzate decididamente a servir a Dios, con todo tu ser, sin reservas... ni merzas... ni restricciones... ni tacañerías de ninguna clase. — Ten por cierto que nadie jamás se ha arrepentido de haberse dado, a imitación de María, al servicio de Dios entera y gustosamente.

3.º *Con constancia.* — Pero, además, esta consagración a Dios debe ser perpetua... ¿Puede haber nada más desagradable que la inconstancia?... ¿Agradecemos nosotros los cariños y las muestras de afecto cuando no son constantes?... ¡Qué desagradable no nos resulta este defecto en nuestras amistades!... Y, sin embargo, ¡qué ordinario es encontrar esto en el corazón humano!

La ofrenda de María no fue así..., no fue fruto de un entusiasmo momentáneo y transitorio..., Ni un instante siquiera de su vida retrocedió y volvió hacia atrás en el camino comenzado... y no sólo no dio pasos hacia atrás, sino que no dejó de adelantar ni un momento siquiera. — Jamás tuvo una negligencia..., jamás un descuido..., jamás aflojó sus fervores... Lo que prometió un día, lo cumplió con exactitud todos los de su vida con perfección..., con asiduidad..., con constancia irrevocable... — Así debe de ser, y no puede ser de otra manera, la servidumbre de amor...

Pero precisamente será ésta quizá la condición que más te cueste..., no en prometerla, ciertamente, pero sí en practicarla. — Muchísimas veces has prometido al Señor servirle y amarle para siempre..., hasta el último momento de tu vida..., pero después tu inconstancia te ha dejado en mal lugar... y quizás hasta te ha desalentado. — No es esa la consecuencia que has de sacar...: jamás el desaliento..., jamás la cobardía... — Apóyate en la Virgen..., confía en Ella y lánzate a prometer a Dios que tu alma será *para siempre* suya..., para siempre desde ahora, si hasta ahora no lo ha sido...; para siempre en cualquier circunstancia de tu vida...; para siempre sin permitir que ni un momento vivas sin la esclavitud de María, que te asegure el servicio de Dios.

Suplica fervorosamente a la Santísima Virgen que te admita en el número de las almas que practican esta santa esclavitud, para que así practiques también la vida de oblación generosa..., absoluta... y perpetua al Señor, para que sirviéndole así..., goces después..., ya que Él se encargará de cumplir en ti aquello de que «servir a Dios, es reinar».

MEDITACIÓN 60

EMPLEO DEL TIEMPO

1.º *Su valor.* — Es realmente incalculable...; en apariencia, nada más baladí que el tiempo...; es una cosa insegura..., inquieta. — Nadie puede asegurarse ni un momento determinado del mismo...; te acuestas y no sabes si amanecerás...; empiezas un trabajo, e ignoras

si lo terminarás...; tras muchos afanes, consigues algo que deseabas y puede ser que llegues a gozarlo.

Es evidente que no puedes contar como cierto y seguro más que el momento actual, que el instante presente...; el pasado ya no es tuyo, ya no te pertenece...; el futuro es incierto e inseguro...; sólo, pues, te resta el actual. — Pero es tan inquieto el tiempo..., es tanto lo que corre..., que este momento actual y presente es casi una quimera..., una verdadera ilusión... Cuando lo nombras y dices *presente*, ya ha dejado de serlo..., ya es algo pasado... — De donde resulta que nuestra vida no cuenta, como cierto, más que el instante que prácticamente resulta una ilusión... ¡Qué poco vale el tiempo!... ¡Qué cosa más rápida y fugaz!...

Y, por tanto, el mismo valor tienen todas las cosas que dependen del tiempo..., o se miden con el tiempo... — Todo lo de la tierra, es así de caduco..., así de pasajero...; corre y se deshace con el tiempo...; todo pasa, y por eso, es una ilusión también... — Las horas alegres y las amargas..., los días buenos y los malos..., los placeres y los sufrimientos..., ¡qué rápidamente se deslizan!... ¡Qué preocupaciones más irracionales las que tiene el hombre por cosas de tan poco momento!...

Y, no obstante, el tiempo es una moneda de un valor infinito...; con ella se compra la eternidad..., se compra el goce y la posesión de Dios...; cada minuto, vale siglos... y el último de nuestra vida, ¿cuánto vale?... Es el momento aquel, de suyo fugacísimo, pero del que dice el Espíritu Santo «que está pendiente la vida de la eternidad». — El tiempo es lo más precioso que podemos tener y desear...; si él falta, todo falta...; cuando él se acaba, todo se acaba a la vez... — El tiempo será algún día el don más pedido y el más deseado... ¿Quién no deseará, al fin de su vida, tener un día más..., unos instantes siquiera más?... Y, sin embargo, ¡qué poco aprecio hacemos ahora del tiempo. No obró de este modo la Santísima Virgen. — Ella, apreció mejor que nadie, el valor del tiempo y por eso lo aprovechó tan admirablemente. — Cada día y cada instante corresponden a un anhelo más..., a un fervor más..., a una prueba de amor más..., en fin, a un paso más hacia la santidad. — Ella, tan santa, no se cree con derecho a desperdiciar ni un minuto tan solo... y todo lo aprovecha para el bien de su alma y para el bien de los demás.

Cuando ya su Hijo subió a los Cielos, se dedicó a trabajar y a ser útil a la Iglesia naciente... y en efecto, la que había empleado tantos años en cuidar a su Jesús..., ahora emplea los últimos de su vida en bien y provecho de su obra... ¡Ah, y qué fructuosos fueron para la Iglesia estos últimos años de la vida de la Santísima Virgen!... ¡Qué vida la suya tan llena de merecimientos! Fue una vida larga, según la Tradición, pero sobre todo fue una vida bien aprovechada..., porque fue superabundante en gracia de Dios y en méritos suyos. — También a nosotros nos gusta y deseamos, más o menos, una vida larga... Pero ¿para qué?... Si fuera como la de María, se explica..., pero si sólo ha de servir para aumentar la

cuenta y hacer mayor nuestra deuda, ¿por qué lo deseamos así?

2.º *Pérdida del tiempo.* — Piensa, pues, con cuanta facilidad perdemos el tiempo... ¡Qué bien sabe engañarnos el demonio!... Siempre nos seduce con el mañana», que no llega nunca. — Nos inspira Dios una santa resolución...; estamos convencidos de que debemos obrar así, y obedecer a Dios...; hasta proponemos practicarlo..., pero en seguida, viene el fatídico *mañana...*; *hoy, no...*, *no hay que correr...*, *no hay que tomar las cosas así...*, *hay tiempo para todo*, etc..., y así lo dejamos sin hacer hoy, como lo dejamos ayer... y como lo dejaremos mañana... ¡Qué engaño más corriente éste, y qué bien lo maneja y explota el demonio en daño de las almas!...

Es una locura inmensa perder, no ya un tesoro, sino una mina..., una fuente de tesoros, como es el tiempo. — No olvides que con cada hora que transcurre, el Señor te concede nuevas y nuevas gracias... y, que por lo mismo, al perder el tiempo, estás a la vez despreciando esas gracias de Dios. — He ahí por qué hemos de dar estrechísima cuenta al Señor de todos los instantes de nuestra vida..., uno por uno..., desde que comenzamos a perder el tiempo, con el uso de nuestra razón, hasta el fin de nuestra vida.

Primero le perdimos casi sin malicia..., de una manera infantil..., pero con los años creció la malicia, porque ya nos dábamos cuenta de lo que hacíamos y lo que perdíamos... y, no obstante, no hacíamos caso y seguíamos así. — Sin duda, que éste será uno de los mayores remordimientos al fin de nuestra vida... y, lo que es peor, uno de los mayores tormentos de los condenados en el infierno... ¡El tiempo que perdieron y con el que tan fácilmente se pudieron salvar!... ¡Ah!, si a un condenado le concediera el Señor ahora un día..., una hora más de vida, ¿qué haría?...

Pues ya que eso no es posible, ¿por qué no aprovechar las que te da el Señor en los días que dure tu existencia?

Y con ser tan espantosa la pérdida del tiempo y acarrearlos males tan grandes y responsabilidades tan enormes..., aún hay otro mal mayor y es el «malgastar el tiempo». — Si al fin, el tiempo se pierde en tonterías sin importancia, es un mal menor..., pero si se malgasta, esto es, si se gasta mal..., si se emplea positivamente en hacer mal..., ¿qué diremos entonces? — Y ¿no crees que tú has llegado a eso? — Pues el tiempo que empleaste en pecar y ofender a Dios... y el tiempo que permaneciste en tus pecados, ¿qué fue?... Eso no fue sólo perder, sino emplear mal..., muy mal..., en daño tuyo, el tiempo que tan generosamente te daba el Señor.

Aprende de la Santísima Virgen a ser avaro del tiempo... y con él, bien aprovechado, aumentar las virtudes..., la vida de la gracia de tu alma, como sucedía con Ella. — Ponte en su presencia y piensa cuántas veces

has «perdido el tiempo»..., has «matado el tiempo»..., has llegado a «malgastar el tiempo».

3.º *Redimir el tiempo*. — Pero aunque esta mirada a tu alma, en relación con el tiempo que has perdido y malgastado, sea muy triste y desoladora..., no te desalientes..., no está todo perdido..., aún hay remedio... y es éste que con palabras tan expresivas dice San Pablo: «redimamos el tiempo». Podemos redimir el tiempo perdido y malgastado..., no haciendo volver a los años que pasaron, que esto ya es imposible, sino aprovechando bien el que aún nos resta de vida...; con esto conseguiremos no sólo no perder más el tiempo, sino que Dios nos perdone y que no nos castigue por el pasado que perdimos.

Vida de nuevo fervor..., de nuevo esfuerzo..., de nuevo trabajo..., empleándolo todo lo que nos reste de vida en servicio de Dios..., en bien de nuestra alma y del prójimo. — No parece sino que esa fue la última lección de la Santísima Virgen. — Aunque parezca mentira, también en esto puede y debe servir de modelo. — Es cierto que Ella no tenía que redimir ningún momento perdido en su vida interior..., pero como si tuviera que redimirlo...; los últimos años de su vida aún se esforzó por aprovecharlos con mayor fervor en bien de las almas.

Hasta entonces, la Santísima Virgen había cuidado muy poco de los Apóstoles y discípulos...; éstos tenían a Jesús y les bastaba..., pero ahora que Jesús ya había subido al Cielo, Ella le suple y con sus palabras y ejemplos les anima..., consuela y dirige...; no descansa aunque ya es anciana..., no puede perder un solo minuto, y todo lo emplea en trabajar por aquella Iglesia que a Ella, como a Madre, se la ha confiado... ¡Qué otra cosa hubiera hecho si tuviera que redimir, como decía San Pablo, el tiempo perdido!

Pues bien, si Ella no, nosotros sí que tenemos que redimir, y mucho... Pues a imitarla..., a trabajar por nosotros y por los demás... ¿No redimieron así el tiempo que malgastaron los santos? — Recuerda a San Pablo..., la Magdalena..., San Agustín..., San Ignacio..., Javier, etc., ¡cuánto tiempo perdieron!... Pero, ¡qué bien lo redimieron después! — Anímate con estos ejemplos a hacer tú lo mismo... Pide ayuda y protección a estos Santos, y singularmente a la Santísima Virgen... Haz propósitos decididos y firmes... y arrójate en brazos de tu Madre, para que con Ella aproveches bien todos los días que te restan de vida..., quizá sean muy pocos ya..., los que sean, sin perder ni uno solo... y así, con el tiempo, llegar a asegurar tu eternidad.

MEDITACIÓN 61

SENCILLEZ EN LA VIRTUD

1.º *Vida de sencillez*. — Es un error colocar la vida de perfección en una montaña de cosas extraordinarias, que la complican enormemente...; muy al contrario, es una cosa verdaderamente

sencilla...; como que santidad y sencillez suelen ir tan unidas, que a veces son una misma cosa. — El proceder con sencillez y llaneza, es lo que más contribuye a levantar el espíritu a las alturas de la perfección.

La sencillez es el candor..., la ingenuidad de aquél que procede rectamente y que, por lo mismo, es incapaz de admitir intenciones torcidas o interesadas. — Las almas sencillas no tienen más que una sola cara..., sin doblez de ninguna clase...; con sólo mirarlas a los ojos, parece que por ellos se escapa toda su alma...; con sólo tratarlas y oírlas hablar, ya se adivina y se lee perfectamente el rondo de su corazón...; su alma es cristalina, y como las aguas de un lago tranquilo y puro, dejan ver todo lo que hay en el fondo. — El alma sencilla, tiene un don de simpatía y de amabilidad irresistible...; no hay quien no se enamore y encante de ella.

Decía San Francisco de Sales: «La belleza de la sencillez me arrastra y daría con gusto cien serpientes por una sola paloma.»... Esto decía, aludiendo al texto del Evangelio, que nos manda «ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas»... Y después, sigue diciendo: «Diga lo que quiera la prudencia del siglo, yo prefiero más ser bueno y sencillo que astuto y malicioso.»

La característica de Santa Teresita, no fue otra sino la sencillez infantil de su espíritu, que tan rápidamente la elevó a los altares... En sus primeros fervores, creyó que Dios la llamaba a cosas grandes y brillantes, de esas que sólo ejecutan las almas heroicas... y así trató de imitar, de alguna manera, a Santa Juana de Arco. — Pero bien pronto Jesús la hizo comprender que su vocación era la sencillez del niño, y que en la práctica de esa virtud, propia de las «*almas pequeñitas*» que caminan por el camino de la infancia..., en la que nada sale de lo ordinario..., estaba su santidad... Y efectivamente, convencida de ello, solía exclamar: «Jesús no necesita de nosotros para nada..., ni en nosotros busca grandes cosas...; no es la inteligencia ni los grandes talentos los que le enamoran..., sino la sencillez...; por eso El mismo quiso llamarse la *flor del campo*. Y ¡qué cosa más sencilla y amable que una flor!...»

Y en verdad que es tanto lo que Jesús ama a esta virtud, que en toda su vida destaca sobremanera: el rodearse de niños..., de pobres..., de gente de pueblo..., de pastorcitos... No hay duda que tenía pasión ardiente y decidida por la vida de sencillez.

2.º *María*. — Y ¿qué diremos de la Santísima Virgen?... La misma Santa Teresita había cantado esta sencillez de María, en sus poesías. — Comprendiendo y estudiando a fondo el inefable modelo de *sencillez* que Ella nos dio, nos anima a todos a formar en las filas de esas almas sencillas, cuya Madre y guía es la Virgen. — Y la decía con corazón lleno de agradecimiento: «Con la práctica fiel de las virtudes más humildes y sencillas, has hecho, Madre mía, visible a

todos el camino recto del cielo.»

No hay sino entrar una vez en la casita de Nazaret antes y después de ser Madre de Dios... y aunque es cierto que allí está la escuela de todas las virtudes... y que no es posible saber cuál es la que más destaca y brilla, porque todas nos deslumbran con fulgores divinos e infinitos... pero ¿no es la sencillez lo primero que se nos mete por los ojos al ver a aquella Señora..., Reina y Emperatriz..., en la figura de una simple aldeanita..., ocupada en las labores más sencillas y comunes..., hablando y tratando con todo el mundo, con esa misma encantadora sencillez? — Todas esas sus excelsas virtudes, ¿no están bañadas y empapadas de tal barniz y sencillez que a primera vista esto es lo único que aparece?... ¿Quién iba a adivinar las virtudes grandes..., magníficas y hasta heroicas en aquella Niña..., en aquella joven..., en aquella Madre en todo igual a las demás?

Mira su sencillez para con Dios, cómo hablaba y trataba con Él como a su Padre bondadosísimo..., no teniendo otra mira ni otra preocupación que la de agradarle en todo..., la de conocer, en cada momento, su santísima voluntad y cumplirla exactamente, sin rodeos ni interpretaciones de ninguna clase... Su única pretensión era ésa, arrojarse en brazos de Dios y descansar confiadamente en el seno de su bondad paternal..., como el niño chiquitín descansa y se confía tranquilamente en los brazos de su madre... ¡Qué admirablemente cumplió y vivió la Santísima Virgen esta esclavitud filial y amorosa..., esta verdadera infancia espiritual tan propia de la vida de sencillez!

Además, su sencillez se ejercitó en el trato con los demás..., no digamos nada en su trato con San José... ¿Cómo iba Ella a tratar al Santo de la sencillez por excelencia como es San José, de otra manera? — Tampoco es necesario encarecer esta virtud en el modo con que trataba a su Jesús, pues al fin, aunque Dios y Señor suyo, era también su Hijo.

Pero, además, esta sencillez en su comunicación con el prójimo, sin ser jamás indiscreta y callando lo que debía de callar, era a la vez noble y sincera... ¡Cuán lejos de sus palabras la astucia... la mentira..., el cumplimiento falso..., la afectación!... Y cuán lejos de sus juicios sobre los demás, la malicia..., la duda..., la suspicacia... — Allí no había esos fingimientos y artificios que tanto se usan en las modernas relaciones sociales, donde se dice una cosa y se siente, y, por lo mismo, se quiere significar otra... Allí todo era sinceridad..., ingenuidad..., claridad..., franqueza... ¡Qué extraño que todo el mundo quedara encantado de la Virgen sencilla!...

3.º *Frutos*. — Son muchos y muy preciosos... Dice la Sagrada Escritura que «el Espíritu Santo no habita en un corazón fingido y doble»... Luego, por el contrario, habitará gustosamente en el corazón sencillo. — ¿No fue la doblez e hipocresía de los fariseos, lo que más en cara daba a Cristo..., lo que le arrancó las expresiones más

duras para condenarles? — Este es, pues, el primer. fruto; hacer tu alma agradable y acepta al Señor que se complace en derramar sus gracias sobre las almas sencillas...

En segundo lugar, la sencillez nos facilita extraordinariamente el ejercicio y el desarrollo de todas las demás virtudes y la ascensión a la cumbre misma de la santidad..., ella todo lo allana..., para ella no hay dificultades..., como no busca cosas extraordinarias, ni caminos raros y difíciles, de un modo casi insensible va llevando al alma a su más alta perfección. — Mira, por ejemplo, qué fácil es para el alma sencilla la virtud de la humildad..., la de la obediencia..., la misma caridad. — Como la sencillez huye de todo artificio y singularidad, no busca la admiración de los demás, ni el aplauso de los hombres; de ahí que la sencillez sea compañera inseparable de la humildad...

Por otra parte, la sencillez va directamente a Dios..., le ve claramente en sus superiores, y en su voz oye la voz de Dios... y ya no atiende a más..., el alma sencilla no duda..., no discute..., no interpreta lo que se la manda...; obedece ciegamente y nada más... ¡Qué bien obedece el alma sencilla!

En fin, la sencillez no es compatible con los juicios del prójimo, esto es, no juzga mal a nadie; cree lo que se la dice..., prefiere que la engañen a engañarse a sí misma al juzgar a los demás... Eso de juzgar a otros, es cosa muy difícil para el alma sencilla, que todo lo ve bien..., todo lo echa a buena parte... y sin pecar de tonta, no llega a ser jamás ni suspicaz ni maliciosa. — Por eso, esta caridad que brota de la sencillez, tanto agrada a Dios... y tanto enamora a los hombres...

Pon mucha sencillez en toda tu vida..., trabaja por adquirirla..., pide ayuda a la Santísima Virgen..., mira bien su ejemplo y trata de imitar ese modelo y verás cómo adquirirás esa santa libertad de espíritu para tratar con Dios..., para comunicar con el prójimo..., para la práctica de todas las virtudes.

MEDITACIÓN 62

LA ALEGRÍA SANTA

1.º *La virtud de la alegría.* — Es la que se opone y combate a la pasión de la tristeza, tan perniciosa para nuestra vida espiritual. — Es verdad que puede haber tristezas buenas y santas, como la que siente el alma movida a penitencia, que se deshace de dolor y arrepentimiento, a vista de sus pecados...; ésta es la tristeza que bendice Cristo, cuando dice: «Bienaventurados los que lloran»...

También es buena la tristeza que el corazón compasivo siente a la vista de los males del prójimo y que desea remediar..., sobre todo si a pesar de este deseo bueno, nada puede hacer en su favor...

Finalmente, también es buena la tristeza que brota en el alma por

alguna cosa natural, pero muy legítima...: la muerte de alguna persona querida..., una desgracia grande..., una pérdida irreparable. El mismo Cristo nos dio ejemplo de esta tristeza, llorando ante la tumba de Lázaro.

Pero aún estas mismas tristezas, precisamente porque son buenas, han de ir moderadas por la resignación cristiana, que en medio del dolor producirá esa paz y tranquilidad..., ese consuelo divino de que goza el que sabe ver, en todo, la mano de Dios.

Pero aparte de esta tristeza, está la tristeza mala..., que se apodera del alma y la quita las ganas y las fuerzas para todo..., la turba y la llena de inquietud..., de temores y disgustos... y engendra hastío y disgusto a la vida de piedad... y hace que se tenga mal humor y un mal carácter, lo que resulta antipático y repulsivo para todos.

Contra esta tristeza que así abate el ánimo, se levanta la virtud de la santa alegría que, por el contrario, anima..., alienta..., conforta el espíritu de tal manera, que aún en medio de las tribulaciones, inunda el alma de consuelo, como decía San Pablo que «rebosaba en gozo y alegría» a pesar de sus sufrimientos.

No es la virtud de la alegría, esa alegría externa y falsa de los mundanos, que sólo consiste en la imaginación y en los sentidos, pero que no llega al fondo del corazón...; más aún, ordinariamente, a pesar de su apariencia de gozo y felicidad, tienen en su alma una tristeza..., un peso..., que no pueden soportar...; tienen los remordimientos que necesariamente han de turbar sus alegrías...

Esta alegría mundana, fugaz y pasajera, a la vez que mentirosa y engañadora, es la que Cristo condenaba con aquellas duras palabras: «Ay de vosotros los que ahora reís, porque algún día lloraréis»... — La alegría verdadera, es la alegría del espíritu..., la que procede de un corazón recto y tranquilo..., la que da una buena conciencia que sabe cumplir con la voluntad de Dios... ¡Qué alegría tan pura y tan intensa brota del cumplimiento exacto del deber!... Es la fuente de los mayores goces.

Esta alegría es uno de los frutos más hermosos del Espíritu Santo, que tanto contribuye a facilitar el camino de la perfección y el ejercicio de todas las virtudes. — No es posible llegar a comprender el grado de alegría tan santa que inundaría sin cesar el corazón de la Santísima Virgen. — Es verdad que fue un mar de amargura, pero también fue océano inmenso de paz..., tranquilidad y gozo en el Señor. — Piensa en las purísimas alegrías que inundaron el alma de la Virgen en Belén..., en Nazaret..., en toda la vida pública y privada de Jesús..., sus encantos y gracias infinitas de niño..., sus predicaciones y milagros portentosos después..., su Resurrección gloriosa y su aparición a su Madre..., su misma Asunción triunfal a los Cielos, ¿no la haría morir de alegría si Dios no la sostuviera?...

2.º *La alegría de la Virgen.* — Ésta es la razón, por la cual si la

alegría es una virtud, a la vez toda virtud es fuente de alegría. — Un santo, un alma llena de virtud, no puede menos de ser alegre. — La virtud verdadera, no puede vivir en la tristeza. — Todos los santos rebotaban, en su interior, esta alegría que les producía su vida de santidad, aunque ésta fuera muy elevada y su vida muy austera. — No está reñida la austeridad..., ni la penitencia..., ni el dolor del corazón... y la tristeza santa que produce nuestros pecados, con esta alegría...; antes al contrario, nadie tiene más derecho y mayor razón para alegrarse y gozarse, que el tima penitente..., el corazón conrito y humillado..., pues junto con su dolor, siente la satisfacción inmensa de ver que el Señor, por sus penitencias y contrición..., le ha perdonado y le ha admitido le nuevo en su Corazón divino... Y de allí..., de ese Corazón divino, se transfunden a su alma esas dulzuras inefables que sólo las almas santas saben gustar... ¡Quién lo diría!... Si hasta en la misma Cruz..., hasta en sus mismos tormentos, los santos y los mártires llegaron a descubrir una mina riquísima de felicidad, que nadie podía imaginar ni soñar...

Y no lo dudes, allí, como la miel en el panal, en la Cruz de Cristo está escondida la fuente inexhausta de placeres y goces, y alegrías, que no se parecen en nada a las de la tierra..., pero que como son ciertas y verdaderas, llenan y satisfacen por completo el corazón del hombre...

Es muy conocida y celebrada la santidad alegre de Santa Teresa de Jesús... y cómo la mandaba a sus religiosas y comunicaba a cuantas personas trataba, alegrando, con su buen humor y con sus gracias y ocurrencias oportunas y dignas, su atractiva conversación... y eso, a pesar de sus sufrimientos inauditos..., de sus trabajos..., enfermedades..., persecuciones y amarguras sin cuento que tuvo que devorar. «Un santo triste, solía decir, es un triste santo».

Santa Teresita se esforzaba por sufrir con tanta alegría, que quería llegar hasta engañar al mismo Jesús, para que no conociera su sufrimiento. — Con razón decía San Francisco de Asís: «Al demonio y a sus servidores les toca estar tristes..., pero a nosotros de ninguna manera, sino alegrarnos siempre en el Señor...» ¿Qué mayor alegría que la nuestra, por haber sido escogidos para amar y servir a Dios? ¿Por qué hemos de estar tristes?... No, no hay que hacer triste a la virtud, que esto es ardid de Satanás para hacerla repulsiva... — La virtud también, bajo este aspecto, debe presentarse como es..., con el atractivo de la alegría santa y verdadera de que está siempre revestida. — No te fíes, pues, de virtud y santidad que no „lleve esta nota tan característica de ella.

3.º *La causa de nuestra alegría.* — Así llama la Iglesia a nuestra querida Madre... y en verdad que es Ella la causa y la razón de nuestra alegría... Por Ella nos vino la verdadera alegría..., pues Eva, con el pecado, no pudo traernos más que tristezas y amarguras mortales... ¡Qué gusto pensar que la razón y la causa de nuestro

contento y alegría está en manos de nuestra Madre!... ¿Cómo dudar de que nos la dará abundantemente... y repartirá con gran generosidad?... ¿No lo hemos experimentado así?... ¿No hemos sentido, a los pies de la Virgen, alegrías y satisfacciones indefinibles?... ¿No nos hemos sentido felices y satisfechos a su lado?

Recuerda alguna fecha particular..., quizá alguna fiesta de María..., a la salida de unos ejercicios, cuando la ofrecías tus propósitos..., cuando la hiciste aquella promesa..., aquel voto..., aquella consagración quizá... ¿Dónde podrás encontrar goces y satisfacciones semejantes a éstas? — Busca esas alegrías que son las únicas que merecen este nombre, y nunca se te ocurra envidiar las del mundo... ¡Pobrecitas esas almas que no entienden de otras alegrías más que éstas!

Afiánzate bien en estas ideas para que así sepas distinguir unas alegrías de otras. — Nunca olvides que la alegría espiritual de la virtud, no es una alegría externa y pasajera...; por lo mismo no se manifiesta en palabras descompuestas..., en risas exageradas..., menos aún en chistes y gracias de mal gusto..., bajos y groseros... o en bromas pesadas y mortificantes..., sino que al exterior ha de rebosar en forma moderada y sencilla..., amante de la ingenuidad y del candor...; ha de ser sincera y bondadosa..., de suerte que edifique a los demás..., que les haga ver la hermosura y simpatía de la virtud, a la vez que ponga de manifiesto los frutos de la alegría santa, que son: suavizar los trabajos y allanar las dificultades..., animar y consolar al alma ahuyentando los miedos y las turbaciones que tanto la acongojan..., dar más claridad al entendimiento, pues cuando ella falta, no hay luz para ver bien y discernir las cosas...; aumentar las fuerzas y la confianza, para luchar y vencer las tentaciones...; en fin, asegurarnos en nuestra fe y esperanza... y acrecentar notablemente nuestros méritos..., pues los actos hechos con una santa alegría agradan sobremanera al Señor.

Sé, por tanto, muy alegre..., pero con la alegría sana y santa de la virtud... Da atractivo a tus virtudes, haciéndolas amables por medio de la alegría... Comunica esa alegría a los demás que te rodean y especialmente a los miembros de tu casa, con quienes habitualmente vives... Encomiéndate a la *Causa de nuestra alegría*, para que con Ella puedas entrar algún día a gozar de la alegría eterna que reina en el Cielo.

MEDITACIÓN 63

IGUALDAD DE ÁNIMO

1.º *En qué consiste.* — Es la virtud que nos sostiene inalterables a pesar de las dificultades que nos pueden sobrevenir..., nos hace dueños de nuestras pasiones y afectos..., nos hace conservar la misma paz y tranquilidad en el alma..., el mismo humor..., la misma

serenidad y alegría..., la misma caridad en nuestro trato con los demás..., en fin, el mismo ejercicio de las virtudes que estamos practicando sin desanimarnos y sin echarlo todo a un lado...

Es una virtud sumamente necesaria porque la experiencia nos dice que muchas veces, por desgracia, es la causa de nuestras caídas... Ésa es la razón de nuestras extravagancias..., de nuestras salidas extemporáneas..., hasta a veces de nuestras resoluciones funestas... ¡Cuánto daño nos ha hecho esta falta de dominio de nuestro modo de sed... Quizá íbamos caminando muy tranquilamente por la senda de la virtud..., nos parecía que todo era fácil y hacedero...; de repente, se turbó esa paz, vino la tormenta con las tentaciones que el demonio desencadenó y todo o casi todo naufragó...; cambiamos por completo..., nos pareció que era imposible ya y que esa vida no era para nosotros.

En otras ocasiones estábamos trabajando por la gloria de Dios..., todo salía a satisfacción..., hasta los demás nos aplaudían y admiraban..., pero de pronto hubo un cambio..., brotaron dificultades donde no las esperábamos y ya desanimados y desilusionados dejamos aquello con desaliento. — Hasta nuestro mismo trato ordinario con las personas que nos rodean, conforme a los sentimientos o a las impresiones que tenemos, así los solemos tratar...: unas veces con afabilidad y cariño..., otras con displicencia y enfado..., ya con tristeza y amargura..., ya con alegrías y bromas.

Si todo nos sale bien, parecemos los más felices...; si alguna cosa se trastorna o nos disgusta, ya nos falta la resignación debida para sobreponemos a nosotros mismos y llevarla con alegría... ¡Qué volubles y variables somos!... ¡Qué distintos unos días de otros!... ¿Quién no ha pasado por esas crisis y experimentado esas mudanzas en sí y en los demás...? ¿Cuántas veces no hemos visto esto en algunas personas y lamentamos que sean tan desiguales en su trato..., en su genio..., en su humor?

Hay días que aparecen sumamente atractivas y simpáticas..., todo las parece poco..., se dan y se entregan sin reserva...; otros, en cambio, resultan insufribles..., no hay quien las aguante..., con un temperamento excitado y vidrioso que no es posible acercarse a ellas... ¡Qué falta tan grande de esta virtud hermosísima de la igualdad!... ¿Puede haber nada más encantador que una persona que sabe estar siempre igual, en medio de los sucesos que la sobrevienen y de los acontecimientos que la rodean?...

2.º *Consecuencias.* — Y mira qué distintas son las consecuencias y los efectos que se derivan en uno y en otro caso. — El alma que carece de esta igualdad, es ordinariamente un alma incapaz de salir adelante con nada...; nunca llevará a feliz término una empresa de alguna importancia. — Su virtud será muy superficial y todo lo bueno que haga un día, lo echará a perder al siguiente por su falta de igualdad, que supone, evidentemente, una gran falta de dominio y de

mortificación... — No saben estas almas triunfar de sí mismas..., menos podrán triunfar de las demás dificultades que de fuera las vienen. — Así se las ve empezar una cosa, quizá hasta con exagerado interés y empeño... y por menos de nada, cansarse y dejarla a medio hacer... son víctimas de la volubilidad y caminan o se detienen sin rumbo fijo y sin dirección fija, pues la última impresión es la que les domina... ¿Reciben una buena noticia?... se alegran y gozan como nadie... ¿Es algo desagradable lo que se cuenta?... pues ya están deprimidas sin poder hacer nada...

Estos caracteres impresionables que no se dominan a tiempo, son incapaces de terminar bien una cosa que se les confíe, pues no sirven para nada serio y de importancia... ¡Cuántos talentos y cuántas habilidades enterradas e inutilizadas por esa perniciosa desigualdad!...

Por otra parte, otra consecuencia fatal para ellos es llegar a hacerse despreciables de todos... y a veces de tal modo hacen el ridículo con sus veleidades, que excitan a la risa del prójimo. — En cambio, las consecuencias del alma que sabe guardar su ecuanimidad, de suerte que aparezca igual y constante siempre, son completamente distintas... ¡Qué simpatía la rodea!... ¡Qué confianza no inspira!... — Parece que se ve a través de su rostro tranquilo y de su mirada serena, la paz imperturbable de su alma, donde Dios está sosteniéndola..., confortándola..., dirigiéndola... — No es una estatua insensible..., ni es esto lo que nos pide la virtud de la igualdad...; eso sería irracional..., absurdo..., completamente antinatural e imposible.

La igualdad no quita la sensibilidad, sino que modera de tal modo, que en medio de las impresiones que recibe y aunque muy frecuentemente la exciten, sabe sostenerse, como se sostiene el barco que lleva mucha carga, fácilmente en medio del oleaje...

Esto y no otra cosa te pide esta virtud, que entre los diversos acontecimientos que te ocurran..., dulces y agradables o amargos y desagradables..., no pierdas tu cabeza y tu soberanía, de suerte que sean esas impresiones las que manden en ti y no tú en ellas... Esto es lo justo..., lo racional..., lo digno y lo meritorio. — Las almas, pues, siempre iguales, son capaces de todo..., nada las asusta...; son almas grandes..., superiores a todas las cosas...; son las verdaderamente dominadoras..., las que se llevan tras sí los corazones que saben buscarlas y descansar en ellas. ¡Qué paz!... ¡Qué consuelo!... ¡Qué ambiente de serena tranquilidad no difunden en su derredor estas almas!...

3.º *El ideal.* — Y como siempre, nuestro ideal le tenemos en la Virgen querida. ¡Qué ecuanimidad la suya!... ¿Quién pasó por trances y acontecimientos más fuertes y diversos que Ella?... Y, sin embargo, ¿quién supo mantenerse como Ella tan igual y tan serena, a pesar de las impresiones de su delicadísima sensibilidad y de su aún más delicado corazón?... ¡Qué impresión no recibiría en la Anunciación del

Ángel al verse elegida por Dios para ser su Madre!... ¡Y en el momento de la Encarnación, cuando ya sintió en su purísimo seno la presencia real de la Divinidad!... — Tan grande fue esta impresión, que la hizo prorrumpir delante de Santa Isabel, en aquellas palabras tan sublimes del *Magnificat*...

Pero aprende en esa Virgen y en esas palabras, no a ser insensible como Ella no lo fue..., no a recibir con frialdad e indiferencia los grandes acontecimientos y más aún los numerosos beneficios de Dios, que eso no es la igualdad..., sino a no perder la cabeza... y el dominio de tu imaginación... y de tu voluntad, en medio de esos acontecimientos, por muy grandiosos y extraordinarios que sean...

¡Qué temple el del alma de María!... ¡Qué bien preparada estaba para soportar todos los oleajes que iban a inundar su corazón..., unos dulcísimos, como los del nacimiento del Niño... ¡Qué impresión aquella al ver al Hijo de Dios hecho Hijo suyo!..., otros llenos de zozobra e incertidumbre, como el de la huida a Egipto y la pérdida de Jesús en el Templo de Jerusalén...; otros horriblemente espantosos y dolorosísimos, como los de la Pasión, Crucifixión y muerte tan afrentosa de Jesús... No hay roca en el mar más azotada por las olas, que lo fue el alma de María por la diversidad tan extrema y extraordinaria de los acontecimientos que la sobrevinieron... ¡Qué ejemplo para ti!...

Desde luego, que Dios no te pedirá tanto..., no te expondrá a pruebas tan duras y tan fuertes. ¿Por qué pues, no trabajas por mantenerte con igualdad y serenidad a través de las cosas que te pasen o te sobrevengan? — Pide a la Virgen Santísima más espíritu de fe..., más conocimiento de la Providencia de Dios, que es la que todo lo dispone...; más resignación y abandono en sus manos, para que Ella haga lo que quiera y cumpla los planes y designios que tiene sobre ti. — De esta fe..., de ese conocimiento..., de ese abandono, brota natural y espontáneamente la virtud de la igualdad. — Vete a la raíz y cuando no tengas esa virtud, examina a ver cuál de esos tres fundamentos te faltan y procura afianzarte en ellos con la ayuda de María.

MEDITACIÓN 64

LA PERSEVERANCIA

1.º *Lo difícil*. — En todas las cosas de la vida, esto es realmente lo difícil y costoso..., no el empezarlas, sino el continuarlas y llevarlas con constancia hasta el fin..., sobre todo si después de empezadas, se multiplican las dificultades... ¡Qué ordinario es entonces cansarse y dejarlo todo! Pero esto singularmente ocurre con las cosas del espíritu..., con nuestra propia santificación especialmente.

El demonio tiene buen cuidado en aumentar cada vez más y más las dificultades... No se cansa en la lucha...; a una tentación sigue en seguida otra..., y siempre está aprovechando el más pequeño descuido

para conseguir lo que desea..., que el alma se canse y no persevere. — Hacer muy buenos propósitos..., tener muy santos deseos y hasta empezar con gran empeño la vida de la perfección y la santidad..., no es difícil. — ¿Cuántas veces no has hecho tú esto?... Y ¿cuánto tiempo tardaste en cansarte? — Unas veces más y otras menos...; El hecho es que muy pronto lo dejaste y no supiste perseverar... Recuerda tus días de ejercicios... o tus días de retiro...; siempre que miras hacia atrás en tu vida y te examinas un poco..., ¿no es esto lo que encuentras..., una falta grande de perseverancia?...

Si hubieras perseverado en aquel propósito..., en aquella virtud..., en el desarraigo de aquel defecto... o en el vencimiento de aquella pasión..., ¿dónde estarías ahora?... ¿No estarías ya en las alturas de la santidad?... — Reconoce, pues, que el punto negro de tu vida y, por lo mismo, lo verdaderamente difícil, es el no cansarte..., el saber perseverar hasta el fin...; tan difícil, que es una gracia muy grande de Dios, sin la cual es imposible que consigas nada.

La gracia de la santa perseverancia es la gracia de las gracias que debes pedir sin cesar al Señor, para no desmayar..., para imitar la difícil constancia de Cristo y de su Madre querida... — Porque no dudes, que difícil fue, sin duda, para el mismo Jesús y para la misma Virgen bendita... Oye las palabras de Cristo en Getsemaní... y verás también en Él esa lucha que tú sientes..., esa repugnancia a beber hasta lo último el cáliz de la amargura... y, no obstante, allí está en oración, y en oración de agonía..., luchando contra su naturaleza que se resistía, y haciéndose tal violencia, que llega a sudar sangre... Piénsalo bien; hasta ahí hay que llegar si es preciso, para no desalentarse..., no desmayar..., no dejar lo comenzado. — Y en la Cruz, ¿qué hace?... ¿No le invitan sus enemigos a que baje de ella y hasta le tientan con su misma conversión?... Si baja, creerán en Él... y, no obstante, no baja..., allí se queda perseverando hasta morir...

Mira junto a Él a la Santísima Virgen... Toda su vida tuvo clavada en su corazón la espada de Simeón...; nada hizo para evitar su dolor...; pudo no haber ido en busca de Jesús al Calvario..., sabía lo que iba a pasar..., lo que tenía que sufrir... y, sin embargo, allí va..., allí está con su Hijo..., perseverando con Él en el sacrificio y en el dolor..., es decir, persevera cuando más difícil es la perseverancia... — ¡Ah!, no olvides que María dijo un día una palabra: «Hágase en mí la voluntad de Dios»... y esta palabra se repitió sin cesar...; aceptó todo lo que significaba y todas las consecuencias que suponía... y heroicamente perseveró fiel a su palabra..., sin cansarse jamás..., sin desear que se acabara la prueba..., sin sentir desalientos de ninguna clase. — Mucho..., muchísimo tuvo que costar a María esta fidelidad..., esta constancia..., esta perseverancia... ¿Qué extraño, pues, que sea lo que más te cueste a ti también?

2.º *Lo importante.* — Y a la vez, esta virtud es la que más nos

importa... — Por muy difícil que sea, debe hacérsenos fácil si pensamos en su importancia y enorme trascendencia. — Porque, ¿qué se adelanta con empezar y no terminar?... ¿Qué vale una vida de fervor y de santidad por algún tiempo, aunque sea mucho, si no se persevera en ella?... «No debe tener en cuenta, decía San Jerónimo, el cristiano, sus comienzos, sino su término y su fin»... Porque, efectivamente, lo importante no es empezar, sino acabar bien..., pues al fin de cuentas, al que se premia es al que ha acabado bien. — San Bernardo solía decir: «A los que empiezan se les promete el premio..., pero no se da sino a los que terminan.»

Recuerda las palabras de Cristo, aún más claras y terminantes: «Nadie que ponga la mano en el arado y vuelva la vista atrás... (esto es, nadie que empiece y no persevere)... será apto para el reino de los cielos»...; pues sólo el que persevere hasta el fin, se salvará». — Ya ves, por tanto, qué desgracia la de aquel que habiendo hecho muy buenas obras..., habiéndose ejercitado en virtudes heroicas... aunque hubiera llegado hasta hacer grandes milagros... y hubiera tenido oración altísima y extática..., si no persevera, todo perdido. — No se tendrán en cuenta para nada ninguna de sus buenas obras, pues, como dice el Profeta, serán «como tesoros arrojados en un saco roto, que se perdieron por completo»...

Y esto no es un caso teórico, sino muy práctico, que de hecho ya se ha dado y muchas veces... — La historia de Judas, que empieza muy bien..., que lo deja todo por seguir a Cristo con gran fervor..., pero que luego termina vendiéndole traidoramente, se repite con frecuencia en el interior de las almas... — La historia del Antiguo y del Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia, en todos los tiempos, nos cuentan muchos ejemplos de éstos... ¡Cuántos herejes!... ¡Cuántos apóstatas!... ¡Y en almas consagradas a Dios..., sacerdotes y religiosos!... — Por tanto, hay que temer por una parte, es cierto..., pero a la vez, confiar en el Señor... y trabajar convenciéndose cada vez más y no perdiendo nunca de vista, que esto es lo único importante..., que esto es lo que más nos debe interesar, el sabernos conservar hasta el fin..., el trabajar sin descanso..., sobre todo cuando el trabajo sea más duro y doloroso... Acordémonos de esto y todo nos parecerá muy poco con tal de asegurar esta nuestra perseverancia.

3.º *Lo meritório.* — Esta es la virtud más recompensada, porque es la que más vale y más mérito tiene. — San Pablo dice: «Que el premio que se propone a los corredores sólo se da al que llega a la meta»..., no a los que se retiran o se quedan en el camino... — Pues este premio es el Cielo..., es la corona que el Señor teje a tus buenas obras..., pero que no tendrán consistencia alguna si las falta la perseverancia. — Ésta es, pues, la que da valor a las demás virtudes..., de tal manera, que una virtud, por pequeñísima que sea, sólo por ir acompañada de la perseverancia, ya vale lo indecible...;

pero al contrario, la virtud más grande, pierde su mérito todo si no va unida a ella...

Sé fiel, pues, dice el Apocalipsis, hasta la muerte y entonces «te daré la corona de la vida»... ¡Qué premio más magnífico para esta virtud!... Tan magnífico, que no es otro que el mismo Dios... «Yo seré tu recompensa grande en demasía.» Esto es, tan grande, que nunca lo llegaremos a comprender e imaginar... — Por el contrario, el castigo de los que no perseveran será horroroso... ¿Qué remordimiento será el suyo viendo eternamente lo que dejaron y abandonaron por cobardía... y, por lo mismo, cuán fácilmente, con las mismas gracias, si hubieran perseverado, hubieran adquirido el premio eterno?

San Pedro llega a decir en una de sus cartas, «que era preferible que nunca hubieran comenzado bien, ni conocido el camino de la santidad, que no dejarlo a la mitad después de conocido y comenzado»... Y es natural, pues el pecado entonces es mayor y sin disculpa de ninguna clase.

Por eso, debes examinar tu conducta seriamente y asegurar tus pasos en este camino..., para que no des ni uno siquiera hacia atrás..., sino que perseveres y continúes en tus fervores, cada día avanzando y aumentando más y más..., como la Santísima Virgen hizo en los días de su vida y en las pruebas a que Dios la sometió. — Pídelas la gracia de la perseverancia en la fe..., en la vocación..., en la vida de fervor..., para que así merezcas la gracia de la Perseverancia final, la última y la más importante de todas las gracias.

MEDITACIÓN 6 5

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Objeto doble.* — No hay duda que el objeto de esta devoción, del Corazón purísimo de la Santísima Virgen, puede considerarse de dos maneras: su objeto material... y su objeto formal..., de suerte, que así como el hombre consta de dos elementos, uno material y visible, que es su cuerpo, y otro espiritual e invisible que es su alma... y así como sólo de la unión de estos dos elementos resulta el hombre total y completo..., del mismo modo, en esta hermosísima devoción, si no distinguimos y conocemos bien, para luego juntarlos y no separarlos nunca, los dos elementos que la forman, no llegaremos jamás a penetrar en lo que es y vale, esta devoción al Corazón Inmaculado de la Virgen.

Pues bien, estos dos elementos son: el primero, material, que es el mismo corazón físico..., real..., palpitante..., de la Santísima Virgen..., un corazón de carne..., un corazón humano..., un corazón en todo semejante al de los demás hombres...

Y el otro elemento, el formal..., el invisible e inmaterial y que consiste en el amor..., en la caridad de la Virgen, encerrada... y simbolizada en

ese purísimo Corazón. — Si separamos estos dos elementos, destruimos esta devoción... o tendremos una devoción parcial e incompleta del Corazón de María.

Por tanto, siempre que hablemos..., pensemos..., meditemos... o tengamos alguna devoción a este purísimo Corazón, entendamos que lo hacemos para honrar el amor de la Virgen..., pero encerrado en su corazón, como en un vaso precioso... Su amor es la joya, pero su corazón es el cofre que lo encierra...

2.º *Objeto material.* — Y ahora piensa...: a tal joya, tal cofre...; a tal perla, tal concha... ¿Cuál y cómo sería el Corazón de la Santísima Virgen? — Ya hemos meditado y considerado, la hermosura física de María...; ya hemos dicho que Dios debió hacerla, aun en su cuerpo, la más hermosa de todas las criaturas..., pues iba a ser la Madre del «más hermoso de todos los hijos de los hombres»... Pero, ¿no te parece que aún debió serlo más en su corazón?... ¿no te imaginas fácilmente esa belleza y hermosura como condensada en aquel Corazón Inmaculado?... Y, por tanto, ¿no te parece que si todo el purísimo cuerpo de la Virgen es digno de devoción, mucho más aún, debe serlo su Corazón?...

Los cuerpos de los santos..., sus reliquias..., especialmente en algunos, como en Santa Teresa de Jesús, su corazón..., ¡qué apreciados son de las almas devotas!... Y ¿qué comparación puede haber entre esas santas reliquias..., entre la veneración que se merece el corazón de los santos y el de la Santísima Virgen?... — Tanto más, cuanto que todo acto de culto que tributes a este Corazón de María, es un acto que redundará en toda la persona de la Virgen.

Besas la mano de un superior..., el pie al Padre Santo... y sabes que no es a su pie tan sólo, sino a toda su persona a la que quieres con este acto demostrar respecto..., afecto y amor..., pues así piensa, que al honrar al Corazón material de María, es a toda la grandeza de su persona... a todas sus virtudes..., a toda su pureza y santidad, a la que quieres venerar y honrar.

3.º *Objeto formal.* — Y esto ya es el objeto formal...; esas virtudes..., esa santidad..., ese amor sobre todo que brota y se asienta en ese Corazón nobilísimo. — Deja a un lado esas disquisiciones sobre si efectivamente el corazón material del hombre influye o no en su amor...; no nos interesa eso. — Lo que sí es verdad, es que todos los afectos repercuten en el corazón humano y le impresionan...; la tristeza..., la alegría..., el miedo..., la cólera..., etc., todo se registra en el corazón y aceleran o retardan... y a veces hasta paran en seco sus movimientos... Evidentemente, que entre la vida física del corazón y la afectiva del alma, hay una unión muy íntima.

Quizá por eso, todo el mundo ve en el corazón la causa..., la razón..., la

sede..., al menos el símbolo del amor. — Y en este sentido vulgar y corriente, hemos de tomarlo nosotros también.

Mira, pues, si en todo hombre lo que más nos interesa es su corazón... y por tanto su amor... ¿cuánto más debe interesarnos el amor del Corazón de la Virgen?... — El hombre, todo lo que es, lo es por su corazón...; toda su ciencia..., toda su habilidad y astucia..., todo su ingenio, ¡qué poco valen si se encuentran en una persona de la que se puede decir que «no tiene corazón»... ¿Puede haber nada más antipático?

Al contrario, piensa en el gusto..., la simpatía... y el afecto que inspira la persona de corazón grande..., noble..., digno... — Todo está dicho y explicado con eso..., con decir que tiene corazonas. — Pues ahora, mira a tu Madre...; no olvides que es la Madre de Dios también... ¿Qué corazón habrá puesto en Ella?... ¿Qué corazón la hubieras dado tú, si de ti hubiera dependido?... De ti ciertamente que no dependió, pero sí de Dios, el que la Madre de su Hijo..., la Madre de los hombres tuviera éste o aquél corazón. — Si Él se lo dio, ¿cómo sería?... y ¿cómo amaría este Corazón? — Si tenía que amar a Dios y a los hombres con un amor sólo inferior al de Dios..., ¿cómo sería el corazón que encerrara este amor?...

4.º Devoción dulcísima. — Y puesto ya en este punto, comprende cuán dulce es a tu corazón seguir por ese camino..., penetrar en su Corazón..., estudiar sus movimientos..., conocer sus latidos..., darte cuenta de su amor... — Sólo cuando entres de lleno en él, podrás comenzar a conocer a tu Madre. — A la Virgen hay que entenderla..., hay que conocerla en su Corazón...; cuanto más estudiemos su amor, más conoceremos a María. — ¡Qué dulce es este pensamiento!... ¡Qué dulcísima esta devoción!... El mismo Dios así conoce también a la Virgen..., así la aprecia y estima..., por el amor de su Corazón.

Y no sólo a Ella, sino a todos los hombres. — Los hombres nos conocemos mirándonos a la cara... y por eso tantas veces nos engañamos... ¡Somos todos tan hipócritas!... ¡Qué maña nos damos para poner una cara y sentir otra cosa en nuestro interior... — Pero, ¡ah!, a Dios no se le engaña... Dios no se fía de apariencias..., no se fija en exterioridades..., no nos mira a la cara..., sino que penetra hasta lo más íntimo del corazón... y allí lee lo que somos..., al leer los afectos y cariños de nuestro corazón.

Mira a Dios, penetrando con esa mirada en el Corazón de María...; ¿qué verá allí?... ¿qué complacencia..., qué gusto..., qué satisfacción no encontrará en esa mirada?... — Y cuando mire a tu corazón, ¿qué sentirá?... ¿gusto?... ¿tedio?... ¿repugnancia y asco?

Pide al Señor un poco de esta luz, con la que Él penetra en tu interior... y con esa luz divina trata de mirar al Corazón de tu Madre... y después a tu propio corazón... y al ver la diferencia, avergüénzate..., pídelo gracia para imitarla en algo..., para parecerle en algo a Ella... para tener un corazón en todo semejante al suyo.

MEDITACIÓN 66

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Excelencia de esta devoción.* — Penetremos más en particular en los motivos que deben movernos a tener esta devoción tierna y encendida al Purísimo Corazón de la Santísima Virgen... y sea el primero lo excelente que es en sí misma esta devoción preciosa. — En cuanto a su objeto material..., ¡el Corazón mismo de la Virgen!..., salta a la vista cuán digno es de Ella...; es el instrumento del que se valió el Espíritu Santo principalmente para la obra de la Encarnación... De aquel Purísimo e Inmaculado Corazón, brotó la sangre preciosísima de la que se formó el cuerpo sacrosanto y hasta ¡el mismo Corazón Sacratísimo de Cristo!... De allí tomó el Señor aquella sangre que había de ofrecer en la cruz por la salvación de la humanidad.

Era aquel Corazón el centro y el foco de la vida de la Santísima Virgen...; todos sus latidos y pulsaciones..., todos sus más mínimos movimientos, participaron de los méritos incalculables que, en cada instante de su vida, mereció María.

Recorre los pasos principales de esta vida y contempla a la vez al Corazón de la Virgen acusando todas sus impresiones... ¡Cómo se estremecería en la Anunciación cuando lanzó la sangre a colorear aquellas mejillas que se turbaron ante la presencia del Ángel y al escuchar sus palabras!... ¡Qué emoción en la Nochebuena, cuando contempló el rostro de Jesús por primera vez!... ¡Qué encogimiento y ahogo en los sobresaltos de la huída a Egipto!...

Y cuando el anciano Simeón la clavó aquella espada de dolor, ¡qué latidos tan apresurados no daría aquel corazón!... Y ¡cómo aún hubieron de acrecentarse estos latidos en la pérdida del Niño... y sobre todo en la Pasión y muerte de su Hijo!...

Es claro que no podemos concebir ningún misterio de la vida de la Virgen, sin que a la vez veamos cómo repercuten y cómo corresponden en este corazón nuevos latidos..., nuevos movimientos... ¡Ah! y ¡cuántas veces se hubiera parado y hubiera dejado de sostener a aquella preciosísima vida contraído y apretado por la fuerza de la alegría unas veces... o por la violencia del dolor otras... si Dios no la hubiera sostenido y a veces hasta llegando a echar mano milagrosamente de su omnipotencia para conservar una vida que, naturalmente, no se podía sostener!... ¿No te parece que todo esto es más que suficiente para hacer amable y excelente a esta devoción?...

Y, sin embargo, sube de punto este razonamiento, si contemplas al Corazón de la Virgen, como al órgano sensible de su amor..., como al instrumento que recibía todas las impresiones de su cuerpo y de su alma para convertirlas en amor..., para encenderse y abrasarse más y más en

el fuego del amor. — Esto sí que es difícil que lo puedas conocer..., mejor será sentirlo... — Penetra en aquel abrasado Corazón y suplica a la Virgen te encienda en él y abraza también el tuyo..., que tu corazón participe, algo al menos, de aquel amor en que el Purísimo Corazón de María rebosa...

2.º *La voluntad de Dios.* — No hay una expresión explícita de esta voluntad de Dios que nos mande o nos invite a honrar al Corazón de la Virgen... De todos modos, es evidente que Dios así lo quiere y ardientemente lo desea... ¿No sabemos que su voluntad es de que vayamos a El por medio de María?... ¿No es, por otra parte, cierto, que nos invita a entrar y a fijar nuestra morada en su divino Corazón?... Y ¿cómo hemos de ir a ese Corazón?... ¿Quién nos abrirá la puerta y nos introducirá en él sino la Santísima Virgen?...

La devoción al Corazón Inmaculado de María, es el mejor camino..., la mejor preparación para llegar a practicar la devoción al Corazón de Jesús. — Pues bien, la voluntad de Dios de que honremos a su divino Corazón, es clara..., terminante...; luego también es clara, aunque implícitamente contenida en aquélla, la voluntad divina de que honremos al Corazón Inmaculado de su Madre. — «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres»..., dice Jesús, para lanzarnos a su amor... Idénticas palabras podemos decir de la Virgen. Después del de Jesús, ningún Corazón nos ha amado como el de María..., ningún corazón nos ha enseñado a amar a Jesús como el de la Virgen..., ningún corazón puede servirnos de modelo como el suyo.

En esa queja amorosísima del Corazón de Jesús, en la que manifiesta lo que le hace sufrir el desamor y la ingratitud de los hombres..., en esa queja, repito, entramos todos sin excepción. — Al pronunciar esas palabras el Corazón de Jesús pensaba en todos nosotros..., a todos nos las aplicaba..., a la conducta de todos se refería... ¿no es verdad?... ¿no te dice tu corazón que, efectivamente, así es por lo que respecta a ti?...

Pero mira, el Corazón de María no es así..., es el único en el que no pensaba Jesús al lanzar esa queja de amor... Jesús no tiene ninguna queja del Corazón de su Madre... ¡Qué gusto!... ¡Qué satisfacción para nosotros mirar..., estudiar..., aprender ese modelo, para aprender con ese Corazón y por su medio, a amar al Corazón de Cristo!... ¿No ha de querer Dios esto..., no nos lo ha mandado?... ¿Pero es que hacía falta mandar una cosa como ésta?...

Tu corazón debe encerrarse en el de Jesús...; luego debes encerrarle antes en el de tu Madre. La devoción, por tanto, al Corazón de Jesús, te exige una devoción tierna al Corazón de la Santísima Virgen... Esta es la voluntad de Dios.

Pero hay más, y es que esta voluntad del Señor se ha manifestado especialmente y precisamente en estos tiempos actuales...; la vida de estos tiempos se caracteriza por el egoísmo...; el corazón humano ha ido

cada vez más reconcentrándose en sí mismo..., buscándose a sí mismo..., olvidándose de Dios y del prójimo... ¿Quién se sacrifica hoy día por amor de Dios y de las almas?... ¿Qué ideales persigue el mundo moderno?... Aun las almas que practican la vida de devoción y que se creen quizá muy buenas y muy santas, ¿qué amor de caridad tienen?... ¿No las ves cómo buscan su provecho..., su utilidad..., en fin, su egoísmo en todo?... ¡Qué asco!... ¡Qué repugnancia tiene que causar esto al Corazón sacratísimo de Jesús!

Él busca el corazón del hombre..., le pide su corazón y su amor y... no encuentra más que egoísmos por doquier. — Por eso ha esperado a estos tiempos... para curar al mundo de esta falta de amor...; por eso rasga su pecho..., le muestra su Corazón... y le invita al amor con el ejemplo de ese mismo Corazón.

La devoción al Corazón de Jesús, es la solución..., el remedio que Dios tenía reservado para curar las enfermedades actuales del corazón humano. Pues bien, convéncete: la devoción al Corazón de María, es de una actualidad urgente..., es de una necesidad perentoria...; no podemos ni debemos desperdiciar estos momentos..., ni desperdiciar este llamamiento que al corazón del hombre hace el Señor, por medio de su Corazón y el de su Santísima Madre...

3.º *Hasta el egoísmo.* — Bien entendido, el egoísmo es una excelente virtud... ¿No decimos que la caridad bien ordenada debe empezar por uno mismo?... ¿No es cierto que en el terreno de la salvación y santificación, hemos de mirar antes por nuestra propia alma que por las de los demás?

Pues eso es egoísmo..., pero egoísmo santo..., egoísmo, además, completamente necesario... — Y ese egoísmo santo debe moverte a esta devoción preciosa de los Corazones de Jesús y María. — Porque al fin, el fruto de ella, ¿para quién será?... Y ¡qué frutos!

Recuerda las palabras del Corazón de Jesús a Santa Margarita: «Te prometo, le dice, que mi Corazón se ensanchará para repartir abundantemente las riquezas de su divino amor entre aquellos que le honran y procuran que le honren los demás»... Y piensa que esos tesoros y riquezas, son infinitos..., y que, como añadía la misma Santa..., «son tan grandes, que no sé cómo ponderarlos».

Claro es, que el mayor premio es el amor mismo..., que el Corazón de Jesús te admita a amarle... y te dé entrada en Él, es lo que más puedes apetecer... ¡Qué mayor premio que amarle y saber que le amas! — Y; no obstante, rodea a este amor de tales promesas, que efectivamente, hasta por negocio..., hasta por egoísmo debías lanzarte a Él... ¿Por qué no te has lanzado ya?... ¿Quién tendrá empeño y trabajará para que no te lances?... ¿No será el demonio tu enemigo que tiene puesto todo su interés en ello?...

Examina bien las causas de esa tu apatía y cobardía en asunto tan

importante... y mira si no será quizá, porque no has sabido ir antes al Corazón de la Santísima Virgen. — Recuerda que todo eso que promete el Corazón de Jesús, te lo dará por medio del Corazón de su Madre... Vete, pues, a Ella..., enciértrate en su Corazón..., lánzate y piérdete allí..., que quien se pierde en el Corazón de María, se encuentra en el Corazón Sacratísimo de Jesús.

MEDITACIÓN 67

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Fuentes de gracias actuales.* — Penetremos, pues, un poco más en el interés santo que debe movernos a practicar esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús por medio del Inmaculado de María. — Para eso, recuerda las grandes promesas que el Corazón de Jesús tiene hechas a sus devotos... ¡Cuán dignas son de que las conozcas y medites muy despacio! — Reduzcámoslas a tres grupos: a las gracias actuales..., a la gracia santificante... y a la gracia final o la que ha de merecernos la posesión de Dios en el Cielo.

Todas las almas, aún las más santas, necesitan de esos auxilios divinos, llamados gracias actuales, sin las que no es posible practicar acto alguno sobrenatural y meritorio. — Estas gracias son, sin duda, un regalo cariñosísimo de la bondad divina..., pues sin merecerlas el hombre, Dios se las da abundantemente y generosamente.

La fuente de donde brotan, es el mismo Corazón Divino de Jesús, que de este modo nos manifiesta, sin cesar, el amor que nos tiene... y el canal por donde descienden, es siempre la Santísima Virgen, en cuyo purísimo Corazón se encuentran todas esas gracias, como represadas y depositadas..., para luego repartirlas entre las almas. — ¿Comprendes bien a dónde has de ir a buscar estas gracias?... No al trono de la justicia, pues de justicia nada se te debe..., sino al trono de la bondad y misericordia del Corazón mismo de Dios; pero... ese trono, ¿cuál es?... ¿dónde está?... ¿dónde encontrarlo fácilmente?... Es evidente, que en el Corazón Inmaculado de tu Madre querida.

Todo, pues, depende de ti..., el que sepas y quieras ir a esa fuente..., a ese depósito, a buscar esas gracias que necesitas... y que Dios está deseando darte... y te las da en miles de ocasiones aún sin tú pedirselas.

Pero mira, medita bien en este punto. — Dios siempre te concede *suficientísimas* gracias actuales conforme a tu estado y condición..., de suerte que por parte suya, nunca queda el que tú te salves o te condenes..., te santifiques o te endurezcas en el pecado...; esto depende *únicamente* de ti..., porque tú, con tu conducta..., con tus correspondencias a esas gracias, puedes hacer que sean o eficaces o ineficaces... y aún totalmente inútiles. Nunca olvides que esto *sólo* depende de ti... sólo a ti se te imputarán algún día tus caídas y pecados...; sólo a ti se te pedirá cuenta estrechísima del uso o del abuso..., del aprecio o desprecio

que hiciste de tales gracias... ¿Quién no querrá, pues, convertir en eficaces y aprovechables las gracias que Dios le concede?...

He aquí el interés principal de esta magnífica devoción... — La devoción al Corazón de Jesús por medio del Corazón de María te facilita... y en cierto modo te asegura esto...: si tu alma sabe encerrarse en esos Corazones de Jesús y de María..., no hay duda que sabrá aprovecharse de las gracias riquísimas que se la concederán..., no porque se la quite el uso de su libertad, sino porque el Corazón de Jesús multiplicará sus gracias y la dará precisamente aquellas a las cuales, Él sabe que mejor el alma ha de corresponder.

¿No es esto lo que salta a la vista al leer las promesas del divino Corazón?... ¿No te has fijado en la multitud y variedad de gracias que allí se prometen, como si así quisiera el Corazón de Jesús asegurar su eficacia?

Recuerda las promesas que hace para los pecadores..., aún los más endurecidos..., para las almas tibias y frías..., para las fervorosas que aspiran a la santidad..., para los seglares..., para las Comunidades religiosas..., para los individuos y familias y naciones..., para los sacerdotes y apóstoles...; a todos promete, no ya sólo una lluvia abundantísima de gracias, si no lo que es más importante, la eficacia de las mismas.

Él hará que para sus devotos, esas gracias no sean inútiles y vacías... ¡Oh! ¿Puedes pensar nada más importante..., nada que tanto interese a tu alma como esto?... ¿Cómo no lanzarte hasta por ese interés a tener esta verdadera y sólida devoción?... — Suplica al Corazón de la Virgen que así te la enseñe..., que allí aprendas a conocer y a amar al Divino Corazón de Jesús.

2.º *La gracia santificante.* — Es como una consecuencia del punto anterior. — A esas gracias actuales convertidas en eficaces por esta devoción, ha de corresponder necesariamente en las almas, un aumento grande de su vida espiritual, que es lo que se llama la gracia habitual..., la gracia permanente..., la gracia santificante.

Ya hemos visto, en otras meditaciones, algo sobre ella..., pero nunca habrá sido demasiado. — Por eso recuerda lo ya dicho, que esta gracia es ciertamente la vida del alma..., que sin duda es un rico tesoro..., más aún, es tu capital..., es tu fortuna personal..., la única que posees..., la única que te valdrá y te acompañará algún día ante el tribunal de Dios.

Él te concedió la primera gracia en el santo Bautismo..., fue como el capital inicial que puso en tu alma, para que lo aumentaras con tus buenas obras... y singularmente con la recepción amorosa de los Santos Sacramentos... ¿Y qué has hecho tú?... ¿Cómo está ese capital en tu corazón?... ¿perdido?... ¿parado?... ¿o está produciendo el interés debido que le aumenta sin cesar?

Dichosa de tu alma si es así... Desgraciada de ella si es al contrario. — La devoción al Corazón de Jesús y al de María, asegura esta vida..., este crecimiento del alma... — La práctica fundamental de esta devoción, es el amor..., es un puro ejercicio de amor de Dios... y el amor de Dios es el que lleva... y conserva... y aumenta la gracia en el alma.

Decía Santa Catalina: «Que si una gota de amor de Dios pudiera caer en el infierno, le convertiría en Cielo... y a todos los demonios los transformaría otra vez en ángeles... — Pues ¿qué no hará en un alma la práctica del amor en la que consiste esta devoción? — ¿Qué extraño será que se cumplan en ella sus promesas dulcísimas que así lo aseguran? — A un asfixiado, se le devuelve la vida restableciendo el movimiento de su aparato respiratorio...; a un enfermo cardíaco se le inyecta una sustancia que acelere e impulse a aquel corazón que se para...; eso hace esta dulcísima devoción...: te inyecta amor de Dios..., te devuelve la vida del alma... o te la aumenta y te la acelera e impulsa, al restablecer en ella el ejercicio del amor de Dios. — Por eso, los pecadores encontrarán aquí, ciertamente, el perdón...; los justos, su santificación...

3.º *La gracia final.* — Y éste es el broche de oro de las gracias y promesas del Divino Corazón. ¡La perseverancia o la gracia final!... ¡La gracia de la buena muerte!... ¿A quién no preocupa este problema?... ¿Quién puede mirar con tranquilidad y serenidad el paso de la eternidad, dada su incertidumbre?... ¿Cuándo y cómo lo daremos?... Y ¿qué diferencia el darlo de un modo o de otro?... Esa eternidad que le sigue, ¿a quién no espanta?... ¡Siempre feliz o siempre desgraciado!... Es, en verdad, alternativa terrible.

Y lo más espantoso es, que en ese paso nadie te puede ayudar...; le dará tu alma solita, sin que nadie la vea ni la acompañe...; ella sola..., única mente ella lo ha de dar..., quiera o no..., esté bien o mal preparada... — Ponte ahora en este momento, en el que tan ciertamente algún día te has de ver... y al asomarte tan sólo a la eternidad con la consideración, temblarás... ¿Qué será, no cuando te asomes, sino cuando caigas de lleno en ella?...

¡Oh devoción dulcísima!... El Corazón de Jesús sabe esto..., comprende esto... y quiere ayudarte... ¡Qué ayuda!... Quiere facilitarte ese paso espantoso... y ¡qué bien lo facilita! — Sólo te pide que le ames ahora..., que ahora le des tu corazón por medio del Corazón de la Virgen..., que te entregues de lleno a esta devoción de los Corazones sacrosantos de Jesús y de María... ¿Puede haber nada más fácil?... ¿Nada más justo y racional?... Y Él, en cambio, te promete..., te asegura el triunfo final..., la victoria completa..., el premio y la corona eterna...

Escucha..., graba en tu alma..., saborea en silencio, estas dulcísimas palabras: *Mi divino Corazón se tornará para ellos en asilo seguro de aquella última hora...*

Y efectivamente, Dios enviará a la Santísima Virgen a ayudar..., a consolar..., a recibir el alma de sus devotos, para que la Virgen las lleve a morar ya eternamente dentro del mismo Corazón de Jesús... — ¡Vivir y morir dentro de este Divino Corazón!... ¿Puede haber nada más hermoso?... Pues esto conseguirás si así sabes encerrarte por completo en el Corazón purísimo de tu Madre. — Prométela, una vez más, hacerlo así...; pídelas perdón de no haberlo hecho hasta ahora...; dala tu corazón de un modo permanente... y pídelas que le acepte aunque tan miserable, recibéndote en el número de sus verdaderos devotos.

MEDITACIÓN 68

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Excelencia de este Corazón.* — Y ya entremos a considerar algunas de las grandes maravillas que Dios quiso encerrar y acumular en el Corazón de su Madre y de nuestra Madre... y ante todo detengámonos a considerar su excelencia... — La excelencia del Corazón de la Santísima Virgen depende de su unión con el Corazón divino de Jesús... y, por lo mismo, con el Corazón de Dios... ¡Qué unión tan íntima y verdadera con la misma divinidad!

María, por su dignidad de Madre de Dios, había sido introducida a participar, en cuanto es dado a una pura criatura, del mismo Dios. — Hubo un tiempo de su vida en el que realmente la vida de Dios era la vida de María...; la vida de Dios hecho hombre, dependía de la vida de María...; el Corazón de Dios, latía y palpitaba a impulsos del Corazón de María... y por eso era tal la unión entre los dos Corazones, que vivían una vida común a ambos.

El Corazón de María, siempre continuó con esta vida de unión con el Corazón de su Hijo... Aquel Corazón amaba y quería y odiaba, lo mismo que el Corazón de Jesús...; de suerte que era siempre el Corazón de María, como un eco que respondía fielmente al Corazón de su Hijo.

De aquí parte toda la excelencia de este purísimo Corazón de María... Así es como este Corazón pudo amar a Dios más que todas las demás criaturas juntas de la tierra y del Cielo... Así es como Dios se complacía en este Corazón y en este amor, más que en todos los otros de ángeles y de hombres. ¡Qué hermoso hubiese sido que todos los hombres, después de la caída de Adán, ya no hubieran pecado más!... Y que todos los corazones de los hombres se entregaran, desde entonces, al amor de Dios sobre todas las cosas... y, sin embargo, esto hubiera sido muy poca cosa..., esto hubiera sido un amor indigno de un Dios.

El único Corazón que ama a Dios con un amor cual Él se merece, es el Corazón sacratísimo de Jesús... y después de Él, pero juntamente *con Él* y *por Él*, el purísimo Corazón de María... — Éste es el corazón y el amor en el que Dios tiene, ciertamente, sus complacencias.

Pero todo parte de ese principio..., de la unión de este Corazón de

María con el Corazón de su Hijo divino. — ¡Sublime unión!..., por la cual la vida de Dios, así se transfundía y así era vivida por el Corazón de la Virgen...

2.º *Santidad*. — Y de esta misma unión perfectísima entre estos dos Corazones, brotaba la grandiosa y maravillosísima santidad del Corazón de María. — La santidad consiste en la participación de Dios..., en el amor que transforma el alma en Dios..., en llegar a ser una verdadera imagen y copia de Dios... ¿No es ese el fin que se propuso el Señor al crear al hombre y formar su corazón? ¿No quiso que fuera una imagen y semejanza del suyo?

Pues por eso, cuando en efecto el corazón humano llega a ser verdadera imagen..., llega a formar en sí una semejanza del Corazón de Dios..., llega a aquello de «ya no soy yo, sino Él quien vive en mí» mediante la transformación del amor..., entonces es cuando ha llegado a su perfección..., ha llegado a la santidad.

Y ¿qué corazón podrá, en esto, compararse con el de María?... ¿Quién más cerca..., más unido..., participando más de la vida de Dios que el suyo?... ¿Quién más confundido y transformado en Dios?... ¿Quién podrá decir con más verdad que es «imagen y semejanza de Dios» que este Corazón que es espejo purísimo..., sin sombras ni manchas, que reproduce fielmente y retrata perfectísimamente la misma santidad de Dios?...

Repite, ante el Corazón de María, aquellas palabras de «ya no vivo yo»... y verás, como ni en el corazón de un San Pablo..., ni de ningún otro santo... pudieron tener mejor aplicación que en el de María.

Detente, pues, a considerar las perfecciones más importantes de Dios... y véte las aplicando a la Santísima Virgen, y las verás todas admirablemente reproducidas en su Corazón..., en virtud de esta unión • y comunicación inefable con el Corazón de Dios. — Haz como un resumen de todas las meditaciones precedentes, en las que has ido viendo por todas partes las virtudes de la Virgen y... míralas ahora todas juntas..., formando un conjunto admirabilísimo en su mismo Corazón.

Este Corazón es el tabernáculo de la divinidad..., es su templo vivo..., donde Dios ha bajado a habitar y a fijar su morada... y allí quiere permanecer para siempre, pues... ¿cómo será su santidad?

Todo, en este Corazón, es santo...; no hay nada en Él, ni el movimiento más imperceptible, que no lo sea...: pensamientos..., deseos..., amores..., palabras..., obras..., *todo*..., *todo* santo...

Ante este cúmulo maravilloso de santidad..., ante este «espejo sin mancilla», contempla tu corazón y compara...; vete recorriendo sus virtudes y perfecciones y en cada una de ellas, irás descubriendo un vicio..., una falta..., una imperfección en el tuyo... — Estudia mucho el Corazón de tu Madre y de este estudio provechosísimo, sacarás un

aumento grande de aprecio y de amor hacia él... y a la vez un aumento también de desprecio y aborrecimiento de tu corazón..., de las imperfecciones y faltas que así afean tu corazón...

3.º *Hermosura*. — Naturalmente, que esta santidad hace a este Corazón purísimo, hermosísimo a los ojos de Dios y de todas las criaturas..., ángeles y hombres que le contemplan. — Si el Corazón de la Virgen es santo con la santidad participada del mismo Dios..., es también hermosísimo con la hermosura de Dios...

¿Qué cosa habrá más bella y hermosa que el seno de la divinidad..., que el Corazón de Dios, si es Él la fuente y la causa y origen de la hermosura?... Si el sol desaparece, todas las cosas de la tierra pierden su hermosura...; no se concibe belleza alguna, sin la luz del sol... Así es la belleza y hermosura de las almas...; sin Dios, no habría belleza ni material ni espiritual... pero sobre todo la belleza sobrenatural de las almas.

¿Cuál será, pues, la belleza y hermosura del Corazón de la Virgen, participando de la misma de

Dios, de tal manera, que a nuestros ojos parece que se confunde con El mismo?... Y como la belleza y hermosura verdadera, son las del corazón..., porque la hermosura exterior es un reflejo, un mero resplandor de lo interior..., mira toda esa hermosura repartida por toda la persona de María..., reunida y acumulada en su Corazón... ¡Qué espectáculo más encantador y sublime!

La Iglesia, embelesada, la aplica las expresiones todas de la Sagrada Escritura que hablan de belleza y hermosura...: «Qué hermosa eres, qué hermosa..., tan hermosa, que eres toda bella, sin mancha que afee esta hermosura...; tan hermosa, que con ella has llegado a herir el Corazón del Esposo divino...; tan hermosa, que te vieron las hijas de Sión y bendijeron y alabaron tu hermosura... la gracia y el encanto se ha difundido y rebosa por tus labios... y por eso, Dios te bendijo desde la eternidad...; con el esplendor de tu belleza sin par, camina prósperamente y domina los corazones como reina de la hermosura»...

4.º *Tu corazón*. — Haz ahora aplicación de todo lo dicho a tu corazón. — Dios quiere hacerte partícipe de esa excelencia..., de esa santidad..., de esa hermosura, con que adornó el Corazón de su Madre...; quiere que tu corazón sea, también, semejante al suyo..., porque también quiere en ti tener sus complacencias.

Del Hijo de María, pudo decir: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tanto me he complacido»... También lo quiere decir de ti...; quiere que seas, como Jesús, hijo de María e hijo suyo por adopción..., por gracia... y mediante esta filiación, establecer contigo esta unión..., esa comunicación que tuvo con el Corazón de la Virgen... y así hacerte partícipe también de su misma vida divina.

El Espíritu Santo quiere que tu corazón sea *templo y santuario suyo...* y para eso le da su gracia, que le hermosee y le haga digno de ello... ¡Dichoso el corazón que es elegido por la Trinidad Beatísima, para trono suyo!... ¡Dichoso mil veces el corazón que sabe corresponder a esta altísima dignidad!... — Y tu corazón, ¿es esto?... ¿Te das cuenta de que, efectivamente, así debes mirar y cuidar tu corazón?... ¿Sabes conocer el don de Dios que te llama a participar de esta su vida divina?...

Piensa y medita mucho en este punto. — Examina tu conducta si se conforma a este plan ideal, concebido por la sabiduría y amor de Dios, en bien tuyo... Examina si efectivamente trabajas por dirigir y unificar tus intenciones..., tus deseos y afectos..., tus cariños y amores con el Corazón Sacratísimo de Jesús, por medio del Corazón de María. — Mira si, en verdad, este Corazón Inmaculado es tu modelo al que tratas de copiar e imitar..., si efectivamente te esfuerzas en asemejarte a El en esa unión y comunicación inefable con Dios, que fue la fuente y la raíz de su excelencia..., de su santidad..., de su hermosura...

Suplica a la Santísima Virgen sea Ella tu perfecta Mediadora en esta entrega de tu corazón a Jesús... Dáselo primeramente a Ella, totalmente..., seriamente..., de una manera eficaz y permanente... y dala libertad para que haga lo que crea más conveniente, hasta llegar a adaptar tu corazón al de Jesús, de suerte que sea semejante al suyo.

MEDITACIÓN 69

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Orden perfecto.* — Aquí tienes otra perfección maravillosa, que de un modo extraordinario adornaba el Corazón Inmaculado de María y que tiene íntima relación con la belleza y hermosura del mismo... — El orden es un elemento esencial en la hermosura. — San Agustín, llega a definir la belleza, diciendo que es «el esplendor del orden».

El orden, en el corazón, ha de consistir en moderar y dirigir todos sus movimientos, conforme a la regla y norma que Dios le ha impuesto...; en todo orden es necesaria una norma... Piensa, por ejemplo, de qué manera más distinta colocarás y ordenarás los libros de una biblioteca según que la regla o la norma sea el tamaño..., la antigüedad..., las materias de que tratan..., la encuadernación o presentación que tienen, etc.

Todo orden, pues, depende de esa norma, que es, al fin, la que verdaderamente ordena y coloca a cada cosa en su sitio debido. — Pues también el corazón tiene su norma... y la voluntad y el entendimiento y los sentidos y todas las potencias del hombre han de someterse a la regla que las sujeta a la voluntad de Dios... y así habrá orden en el entendimiento, cuando someta sus juicios al juicio de Dios... y conforme sus pensamientos con los pensamientos de Dios..., y en la voluntad, el orden consistirá en amar cada cosa según ella se merece..., pero

siempre con un amor inferior al que tiene a Dios..., pues la regla del amor es que le ame a Él sobre todas las cosas..., y la regla o norma que ordena los sentidos, exigirá a éstos que se sometan a la razón... y que nunca se dejen arrastrar de sus caprichos..., pues éstos, ni son ni pueden ser nunca norma de orden verdadero...

En fin, habrá orden en el corazón y en el hombre todo, cuando éste siga la voluntad del Señor, manifestada interiormente por los impulsos de la gracia y las inspiraciones divinas. — ¡Qué hermosa vista, qué espectáculo más atractivo el del orden!... ¿no lo has admirado muchas veces en las obras de la naturaleza?...

Mira el cielo estrellado y pásmate, al ver aquellos globos gigantes moviéndose con velocidades vertiginosas, a pesar de sus masas ingentes, y cómo todo está tan perfectamente moderado, que no hay choques, ni rozamientos que puedan producir verdaderos cataclismos...

Todo, en la naturaleza, aparece así, con este orden maravilloso que le dio la sabiduría infinita. — Sólo el hombre..., sólo el corazón humano abusando del poder de su voluntad... y del don de su libertad... parece que se goza en conculcar ese orden divino... y en vivir en continuo desorden... ¡Qué triste es que sea así... y, sin embargo, por muy seductor y sublime que sea el espectáculo de la Naturaleza tan sabiamente ordenada, no hay nada tan magníficamente bello como un corazón bien ordenado..., un corazón en el que todos sus movimientos vayan dirigidos por Dios y para Dios... ¿Es así como ves tu propio corazón?... ¿O más bien, tienes que ver con tristeza que el desorden es el que reina en él?...

Y quizá un desorden completo..., absoluto..., total..., desolador. — Desorden en las pasiones desbordadas..., en los sentidos no mortificados... Piensa, por ejemplo, en tu lengua..., en tus ojos..., en el desorden de tu corazón con tantos malos deseos..., con tanta corrupción..., con tantas perversas inclinaciones..., con tantos cariños y amores peligrosos, si no son ya pecaminosos.

Si todo pecado..., toda falta e imperfección es un desorden, ¿cuál será el que reina en tu corazón, siendo tantas las faltas y pecados que anidan en él? — No olvides que la ley suprema para ordenar tu vida y tu corazón, es ésta: «El hombre ha sido creado para alabar..., hacer reverencia... y servir a su Divina Majestad»... ¿Cómo cumples esta regla?... La respuesta a esta pregunta te á dar una noción clara del orden de tu vida Y, por tanto, de tu perfección. — Examínala bien delante de Dios y de la Santísima Virgen...

2.º *Simplicidad absoluta.* — Y la causa de este desorden puede ser, sin duda, esa continua agitación de la vida, en que actualmente vivimos... ¡Cuántos objetos exteriores y sensibles..., cuánto ruido y movimiento en el mundo exterior..., cuánta solicitud y ansiedad en nuestro interior por las pasiones..., por los cuidados de la vida..., por las tormentas del alma..., por las impresiones que tanta mella

producen en nuestro corazón!... Es decir, vivimos en una vida de una variedad tumultuosa, de sucesos y acontecimientos, que nos afectan en demasía y nos complican y absorben toda nuestra actividad. — Nos falta la virtud de la simplicidad, que simplifica y da unidad a todas esas impresiones y agitaciones del corazón...

¡Qué bien nos enseñó Cristo esta simplicidad en el caso de Marta y María... Marta, es el ejemplo de la actividad tumultuosa..., de la agitación y turbación constante, producida por la variedad inmensa en los actos en que quiere multiplicar su actividad... María, en cambio, es el modelo de la simplicidad..., el modelo de las almas que tienen grabadas en su corazón aquellas palabras: «Sólo una cosa es necesaria»... y esta sola cosa es la que da tal unidad y simplifica de tal modo la variedad de los acontecimientos prósperos o adversos de la vida, que parece que nada la impresiona..., que todo la tiene sin cuidado..., atenta únicamente a no perder «la mejor parte» que ha elegido.

Si quieres ordenar tu corazón, es indispensable que practiques esta simplicidad en tus pensamientos..., en tus afectos..., en tus intenciones y operaciones. — Simplifica tus *pensamientos* con el pensamiento de la presencia de Dios..., que veas a Dios en todas partes... y que a Él, como a último fin, encauces y dirijas y hasta sacrifiques, si es necesario, cualquier otro pensamiento. — Si tuvieras este pensamiento fijo en tu corazón, ¿te turbarían otros y otros que te traen sin cesar el mundo, el demonio y la carne?...

La simplicidad en el *afecto*, dará unidad maravillosa a los que agitan tu corazón, tratando de apegarle desordenadamente a alguna criatura... ¡Qué difícil! ¡Qué imposible será a un corazón que se deje arrastrar por toda clase de afectos, sostenerse sin caer!

Por el contrario, el corazón que sólo se dirige a Dios..., que guarda para Él su amor, amándole sobre todas las cosas... y a todas las cosas amándolas en El y por El, es un corazón perfecto..., es un corazón santo.

Y, finalmente, la simplicidad de *intención* te pide que no pongas por fin de tus actos a otro que a Dios..., que trabajes y te fatigues por Él, que es el único fin y objeto digno de tu solicitud..., de tus cuidados..., de toda tu actividad.

Echa una mirada al mundo y pregúntate: ¿Cuántas almas practican esta triple simplicidad *de pensamientos...*, *de afectos...*, *de intenciones?*... Así es como sacan las almas tan poco fruto hasta de sus obras buenas y de su devoción..., ya que también en éstas entra esta agitación tan contraria a la simplicidad y sencillez del corazón. — Mira también al tuyo y pregúntate si también se agita y se afana quizá inútilmente porque no tiene simplicidad..., porque se olvida de que sólo una cosa es necesaria...: el amor y el servicio a Dios..., por quien únicamente debe trabajar y esforzarse.

prácticamente difícil o irrealizable...; quizá el demonio te lo haga ver así para desanimarte... Vence esta tentación poniendo delante de tus ojos al purísimo e inmaculado Corazón de la Santísima Virgen. — Ahí tienes toda esa teoría realizada prácticamente y de un modo maravilloso... Ahí tienes el modelo, que Dios te da, no sólo para que le admires, sino para que le imites.

Porque, efectivamente, muy imitable es el Corazón de la Santísima Virgen... en el orden perfectísimo... y en la absoluta simplicidad que en él reinó. — Mira a la Virgen como un resumen admirable del orden más armonioso, de suerte que sus pensamientos..., deseos..., miradas..., hasta el más leve e insignificante movimiento de su cuerpo..., todo estuvo en Ella maravillosamente ordenado.

Si hemos dicho que toda imperfección y falta es un desorden, es bien claro que si en su Corazón no pudo haber la más pequeña y levisima falta, no pudo tener ni sombra de desorden. — Vete recorriendo todas las facultades de la Santísima Virgen: su entendimiento..., su voluntad..., su memoria..., sus sentidos..., todo en Ella está sometido a la regla y a la norma suprema que ordena el corazón del hombre... — ¿Cómo cumplió Ella aquello de que «el hombre es criado para alaban?», etcétera...

Compara la mirada que echabas antes sobre tu corazón, con esta vista del Corazón de María. Quizá no haya desorden que más o menos no esté en tu corazón...; en cambio, en el de María..., ¿no la podremos aplicar aquel reto de Cristo a sus enemigos: «¿quién me argüirá de pecado?»... ¿Quién podrá echar en cara a la Virgen algún desorden en su Corazón?... ¿Por qué no trabajar en imitarla en esto?

Y en cuanto a la simplicidad y unidad, ¿dónde encontrar otro modelo semejante?... — Unidad de pensamiento..., de afectos..., de intenciones... siempre y en todo, unidad y simplicidad... en todo, unido a su Corazón con el de Jesús...; ésa era su única intención..., su único fin en todos sus actos.

El Corazón de Jesús aconsejó a Santa Margarita que uniera sus intenciones a las de su divino Corazón, ya que entonces las acciones más pequeñas la merecerían torrentes de gracias... Pues, ¿qué insinuaría a su Madre?... Y ¿cómo cumpliría Ella este deseo de unificar su vida..., sus intenciones..., su Corazón con el de su Hijo?... — Luego si de Él se dijo que *todo lo hizo bien*, ¿no se diría igualmente de la Virgen y precisamente por esta simplicidad..., por esta unidad? — Ruega a la Santísima Virgen que la imites en esta unidad, para que tu corazón todo entero vaya sin desparramarse por las criaturas... a unirse por medio de la Virgen al Corazón Sacratísimo de Jesús.

MEDITACIÓN 70

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Sufrimientos y penas.* — El corazón es la sede, hemos dicho, o

el símbolo al menos del amor... y, por lo mismo, ha de serlo también del dolor. — El corazón que ama, es el que sufre..., hasta el punto que la medida del amor más fiel, y seguro, será siempre la intensidad de sus dolores y sufrimientos.

El Corazón de la Virgen había de ser un corazón de Madre, pero de *Madre Dolorosa*... y por eso su Corazón aparece siempre traspasado con una cruel y penetrante espada. — ¡Cuánto sufrió este Corazón benditísimo!... ¿Quién lo puede rastrear siquiera?

Antes de la Pasión, como conocía perfectamente todo lo que los profetas habían dicho de su Hijo y habían anunciado grandes padecimientos para salvar a los hombres, su Corazón se encontraba siempre inundado de dolor. — Ya, en la cuna de Belén, al ver la pobreza y miseria de la misma, junto con el desconocimiento y desprecio que por parte de los hombres acompañó al nacimiento de su Hijo..., ¡qué dolor tan profundo sentiría su delicado corazón maternal!... Sigue los misterios de la vida de Jesús y verás cómo a cada uno de ellos, corresponde un nuevo dolor en el Corazón de la Virgen.

Las inquietudes de la huida y del destierro en Egipto..., la pérdida del Niño... y antes su Presentación en el Templo, con la profecía de Simeón..., todo esto, ¿no era el preludio terrible y penosísimo de las angustias espantosas de la Pasión?... — Cuando ésta llegó, es cuando aquel Corazón fue convertido en un océano inmenso de aguas amarguísimas... fue entonces la realización de la profecía de Simeón, por la que la espada del dolor penetró en él como en ningún otro corazón humano.

Síguela, aunque ya lo hayas hecho en otras meditaciones...; síguela muy de cerca..., penetra en su Corazón y trata de percibir algo de aquel sufrimiento espantoso de la Virgen, cuando vio a Jesús en la columna de la flagelación hecho una llaga a fuerza de azotes...; al contemplarle como Rey de burlas con la corona de espinas, la caña y la púrpura andrajosa...; al escuchar los gritos de aquel pueblo..., ¡el pueblo de Dios!..., ¡el pueblo escogido que venía suspirando siglos y siglos por el Mesías!

Acompaña a la Virgen en su subida al Calvario... ¡Qué generosidad la suya!... Pero, ¡qué dolor!... Ella ha de presenciar las más crueles y espantosas escenas..., las repetidas caídas bajo el peso de la Cruz..., los martillazos horripilantes para atravesar aquellos pies y aquellas manos... la erección de la Cruz con la imagen desfigurada por el dolor y sufrimiento de su Hijo...; luego, las tres horas largas de agonía. — ¿No has visto muchas veces, cuando se alarga la agonía de un ser querido, cómo se llega a desear que acabe y muera cuanto antes, porque el corazón no puede resistir aquel espectáculo de agonía prolongada?... Pues, ¿qué sería el Corazón de la Virgen en la agonía de su Hijo?

Y después, al escuchar sus palabras..., al darse cuenta de aquel trueque que hacía de hijos..., dejando al hijo divino por el hijo ingrato y pecador, cuya

Madre comenzaba a ser...; al verle expirar..., al contemplar con horror la escena de la lanzada... y ver cómo se rompía aquel divino Corazón, rompiéndose, a la vez, el suyo por la fuerza del dolor...; en fin, cuando ya le tuvo en sus brazos y por última vez le apretó contra su Corazón y se retiró en la tristeza espantosa de aquella noche a llorar su soledad, ¿qué inteligencia... ni qué corazón será capaz de abarcar y comprender cuánto fue aquel sufrimiento del Corazón de la Virgen? — Detente mucho en esta consideración y trata tú de medir algo siquiera la magnitud de este dolor...

2.º *Sus causas.* — La primera de las causas que más contribuyeron a atormentar el Corazón de la Virgen, fue su amor ardiente a Dios..., el deseo tan grande y eficaz que tenía de procurar su gloria y de que todos los corazones de los hombres se la diesen... y, por lo mismo, el horror tan espantoso que la causaba todo pecado, viendo en él un enemigo de Dios y de las almas... que además del daño que a éstas producía, trataba de producirse también a Dios, atacando todas sus perfecciones.

No llegaremos nunca a comprender bien lo que todo esto atormentaría el Corazón de la Virgen, porque es muy distinto nuestro amor al suyo... y por eso, unas veces somos nosotros mismos los que pecamos y así ofendemos a la Majestad de Dios..., otras vemos los pecados de los demás, con cierta indiferencia, sin lanzarnos a reparar y desagraviar... o, si podemos, a trabajar con todas nuestras fuerzas para evitar o disminuir al menos esos pecados..., y, finalmente por falta de ese verdadero amor a Dios, no nos entregamos a su servicio y a su gloria, como debiéramos... y no le damos nuestro corazón con generosidad.

No entendemos cuál sería el dolor y el sufrimiento del Corazón de la Virgen al ver entonces y después los corazones de los hombres posponiendo la misma gloria de Dios a sus caprichos y pasiones.

Otra causa fue el amor que nos tenía a todos... y porque nos amaba con un amor semejante al que tenía a Dios mismo, el deseo ardentísimo que tenía en nuestra salvación y santificación. — Mira lo que hicieron algunos santos..., podemos decir que todos, por la salvación de sus hermanos... Recuerda a un San Pablo padeciendo y sufriendo tanto en sus viajes apostólicos y llegando a desear ser maldecido y anatematizado si fuera necesario, por la salvación de las almas... A un San Agustín que de un modo semejante, escribe: «Yo no quiero mi salvación si vosotros no os salváis»... A un Javier, a quien todo sufrimiento le parecía nada con tal de salvar un alma... Y así todos los apóstoles..., todas las almas santas... Pues, ¿cuál sería el amor de la Virgen que conocía mejor que nadie el valor de un alma..., el amor que Dios la tiene y, por lo mismo, que Ella también la había de tener, amándola con un amor sólo inferior al de Dios, pero muy superior al de todos los santos y apóstoles.

Semejante a esta causa o derivándose de ella, viene la tercera, que fue el conocimiento que tenía de la vida, pasión y muerte de su Hijo... ¡Para cuántas almas iba a ser inútil la Redención!... ¡Qué pocas iban a

santificarse con la sangre tan generosamente derramada por el Cordero Divino!... Y vería cómo habían de pasar los siglos, como han pasado ya veinte hasta ahora, y aún la mayor parte del mundo sería pagano... y el mismo mundo cristiano y católico, viviendo casi en su totalidad paganizado... y hasta las almas consagradas especialmente al servicio de Dios, serían muchas veces las que más herirían el Corazón de su Hijo... ¿Cómo no había de sufrir con todo esto el Corazón de la Santísima Virgen?... ¿Y para eso, diría, ha derramado mi Jesús toda su sangre..., para que siga triunfando el paganismo..., el odio a Dios..., la indiferencia y la frialdad por sus cosas..., el egoísmo y la sensualidad y el amor propio por todas partes?...

3.º *Su gravedad.* — Y ahí tienes indicadas también las razones de la gravedad extrema..., de la acerbidad infinita, en cierto modo, de los sufrimientos del Corazón de María. — Sufría como Madre de Dios y Madre de los hombres..., como Corredentora del mundo...; por eso su dolor no era un dolor humano..., por eso no podemos nunca llegar a entender ni a imaginar la profundidad y extensión de este dolor.

Jesús, según el Profeta, debía ser el «Varón de dolores..., convertido en un gusano despreciable..., en el deshecho de los hombres»... Así debía ser el Redentor..., de este modo debía de llevar a cabo su obra... Pues, ¿cómo sería la Corredentora?... ¿No había de ser, necesariamente, la «Madre del dolor»?... Ella no había de sufrir en su cuerpo tormentos físicos..., pero por eso mismo todos los sufrimientos necesariamente habían de acumularse en su Corazón...

Ya hemos dicho, como dicen los Santos Padres, que todos los padecimientos que Jesús sufrió en su Cuerpo Sacrosanto, Ella los sufrió todos, uno por uno, en su Inmaculado Corazón. — Este Corazón, traspasado tan cruelmente por durísima espada, será siempre el modelo de las almas que sufren... y a la vez el dulce consuelo y el divino bálsamo que las anime y aliente en sus dolores.

Aprende a mirar, en tus sufrimientos, a este dolorido Corazón... ¡Cuántas cosas puedes y debes estudiar y aprender allí!... — Muchas veces verás que tú has sido la causa de sus padecimientos..., que en tu conducta indigna y miserable miles de veces clavaste esa espada en el Corazón de tu Madre. — Debes ver también la obligación que tienes de expiar, con tus sufrimientos, tus pecados y los de los demás... — María no pecó y, sin embargo, expió... ¿Pues tú, qué debes hacer?... Quizás huyes del dolor..., rebelándote contra Dios cuando justamente te castiga... ¿no huyes siempre de la Cruz? — En fin, mira cómo has de sufrir... y si sabes mirar bien a ese Corazón traspasado, esa mirada endulzará todas tus penas y sufrimientos, pues entonces comprenderás lo *dulcísimo* que es el sufrir por Dios en compañía y a imitación del Corazón de la Santísima Virgen.

Pídela muy seriamente y fervorosamente, no que te quite el sufrimiento,

sino que te enseñe a ennoblecer..., a divinizar tus penas, comunicándote los méritos de las suyas...

MEDITACIÓN 71

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Corazón de Madre.* — Otro de los simbolismos que acompañan a la imagen del purísimo Corazón de María, es el fuego o las llamas que le rodean... Está todo este Corazón envuelto en una atmósfera ardiente y abrasada que rompe en llamaradas de un incendio divino que le consumen interiormente, y que se manifiesta al exterior, como queriendo propagarse y prender en otros corazones...

Es evidente, que estas llamas y este fuego han de significar el ardentísimo amor encerrado en el inmaculado Corazón de la Virgen. — Y ante todo, considera que este amor es un amor de Madre..., y con uso está dicho todo lo que acerca del amor natural de María puede decirse... ¿Qué cosa más grande..., más sublime que el corazón de una madre?... ¿Dónde encontrar, en la tierra, un amor que merezca mejor este nombre?... ¿Dónde habrá un amor que más se parezca al amor de Dios?... Ya hemos dicho que el hombre es lo que es, por su corazón... y que, por lo mismo, su amor retrata y resume todo lo que es el hombre... Pues también podemos decir que todo lo que es amor en la tierra, está resumido en el corazón de una madre... y que el corazón de madre, es la obra maestra salida de las manos del Creador.

El mismo Dios, cuando quiere hablar de su amor a los hombres... y que éstos conozcan hasta dónde llega este amor..., se compara a una madre, y nos dice: «Pues qué, ¿puede quizá una madre olvidar a su hijo»? — El corazón de una madre es como un océano de amor que no tiene límites...; por eso, no hay nada que pueda compararse con él.

He aquí por qué la naturaleza nos ha dado muchos amigos..., muchos hermanos y parientes que nos amen y nos quieran entrañablemente..., pero no nos ha dado más que una sola madre, porque nadie nos amará como ella... ¡Cuántas maravillas ha encerrado Dios en el corazón de una madre!... Pues ¿qué habrá hecho con el Corazón de María?... ¿No es Ella Madre?... Y ¿quién más madre que la Virgen?... Si es ¡Madre de Dios!... y ¡Madre de todos los hombres!..., ¿qué será entonces ese Corazón?... ¿Qué amor habrá en él?... Detente a hacer esta dulcísima consideración sobre el Corazón de la Madre de Dios... y el de la Madre de los hombres...

2.º *Corazón de Madre de Dios.* — Parece que da miedo meterse en las profundidades de este grandioso y sublime misterio... ¡¡¡María Madre de Dios!!! ¡Qué cosa más grande y más incomprensible!... Tanto de parte de Dios, que haya querido tener a una mujer por Madre suya verdadera..., como por parte de María, para llegar a ser ciertamente la Madre de Dios. — Abísmate en este pensamiento que encierra infinitas maravillas. — Según él, María fue el principio de la vida terrena de Dios, pues eso es ser madre..., dar vida a otro ser...;

luego María tuvo que dar la vida humana al Hijo de Dios, que, por lo mismo, comenzó a ser verdadero hijo suyo.

San Agustín, pensaba en esto y se extasiaba con esta idea... y trataba de comprender cómo podía ser esta dulcísima realidad de que «la carne de Cristo fuera la carne de María», como él decía.

Y, efectivamente: su carne..., su sangre..., su vida..., su corazón fueron, en verdad, la carne, y la sangre, la vida y el corazón de Dios... ¡Un solo corazón para la Madre e Hijo!... ¡Un solo corazón dando la misma vida a Dios y a la Virgen!... ¿No es esto el colmo de las maravillas y de las grandezas de María?

El Hijo de Dios era *exclusivamente* Hijo suyo..., sin intervención de ninguna otra paternidad más que la de Dios...; por eso es más madre que ninguna otra madre... — Dios y Ella., y nadie más intervino en esta sublime maternidad. — Ninguna madre puede decir con más razón que Ella, estrechando entre sus brazos a su hijo: «Tú eres mío y todo mío»...

De suerte, que comprende bien que si Cristo fue hombre verdadero..., si tuvo un cuerpo pasible capaz de padecer y sufrir como el nuestro..., si tuvo un corazón humano semejante a nuestro corazón, capaz de enternecerse y sentir como propias nuestras penas y miserias..., fue por María.

Y aún podemos añadir que todo esto fue por el Corazón Inmaculado de María, pues, como el mismo San Agustín dice, «María es Madre de Jesús..., Madre de Dios..., mucho más según el espíritu que según la carne»... María, por tanto, concibió a Jesús en su Corazón.

Mira, por consiguiente, qué relaciones más admirables las del Corazón maternal de María y las del Corazón del Niño Dios. — Tan grandes e incomprensibles son estas relaciones, que cuando pensamos en ellas, parece que la humanidad de María desaparece para fundirse en la misma divinidad...; parece, a nuestros ojos, que se borra la distancia infinita que separa a Dios de su criatura...

3.º *Corazón de Madre de los hombres.* — Y con este mismo amor, verdaderamente divino, nos ama a nosotros la Virgen Santísima. — No puede ser de otra manera... ¡Somos sus hijos!... ¡Ella es, en realidad, nuestra Madre!... ¿Cómo no ha de tener este Corazón de Madre para con los hombres?...

El Corazón de María nunca, ciertamente, estuvo apartado en su amor de su Hijo divino... — Él primeramente fue el objeto de su amor... ¡Era su Primogénito!... Y, en sentido propio y estricto, ¡era su único hijo!... Pero en Él y con Él, y en un sentido también cierto y verdadero, éramos nosotros sus hijos. — María nos veía así, como hijos desgraciados de Adán, que nos había conducido a la muerte y a la ruina..., pero que por la gracia y misericordia de Dios, habíamos sido regenerados en Cristo... y habíamos vuelto a la vida de Cristo..., pero por medio suyo... y por eso

éramos y seremos siempre *¡hijos de María!*... ¡Qué Madre tenemos! ¡Qué amor el de su Corazón maternal para con nosotros!... Evidentemente, que ese Corazón se abrasa y se consume en una atmósfera de fuego divino, semejante a la que abrasa al Corazón sacratísimo de Jesús...

Y ese amor de Madre le manifestó claramente al consentir esta maternidad que acompañaba a la maternidad divina, ofrecida por el Ángel de la Anunciación...; con su *fiat*, María acepta el ser Madre de Dios y Madre nuestra...; sabe que ésa es la voluntad de Dios y no repara ni hace distinción entre una y otra maternidad...; no acepta la primera y rechaza la segunda. — Su Corazón amantísimo se abraza con las dos: grandiosa..., sublime la primera...; triste..., penosa y difícil la segunda...

Mira, pues, a aquel Corazón que fue la causa decisiva de la encarnación del Verbo..., de la salvación de los hombres..., de que Ella fuera nuestra Madre... Todo brotó de aquel amantísimo y maternal Corazón.

Fíjate bien en otra prueba o manifestación de ese amor maternal... Es junto a la Cruz...; allí cumple lo que prometió..., allí se realiza su *fiat*..., pues allí es donde queda pública y solemnemente convertida en nuestra Madre... ¡Mas cuánto la costó esto!... ¿Quién podrá adivinarlo?... Aquella Madre tanto ama a sus hijos, que no duda en sufrir y en sacrificarse por ellos. — Mira, por consiguiente, en el Corazón de la Virgen el amor más grande de una Madre hacia sus hijos..., porque en ese Corazón se realizó el sacrificio más heroico en bien de ellos.

4.º *Tu corazón filial.* — Si has de corresponder al plan de Dios..., si no has de ser una nota discordante en este conjunto armónico de la obra más divina de Dios, la Redención y salvación de las almas..., tienes que tener un corazón filial para con esa Madre que Dios te ha dado...; sería un contrasentido y el mayor absurdo, el que exigiríamos a la Virgen que nos amara con corazón de Madre porque ese era el plan de Dios... y nosotros no la amáramos con amor de hijos..., y mucho más todavía si la razón de no amarla así, fuera la falta de generosidad..., esto es, que este amor nos pidiera algún sacrificio... y tuviéramos la desvergüenza de negárselo... ¿Qué palabras pudiéramos encontrar para calificar esta conducta?...

Y, sin embargo, por muy monstruosa que sea esta suposición..., lo espantoso y horrible es que verdaderamente así es..., que no es una suposición, sino una realidad. — Mira a tu corazón y esa mirada te confirmará esta triste verdad... Un corazón que no ame a su madre de la tierra, se le considera como algo monstruoso... Y ¿no lo será así el que no ame a su Madre del Cielo?...

Haz examen detenido de tu corazón y mira si ese monstruo de la ingratitud anida en él..., si prácticamente obras así aunque con la boca digas otra cosa...; mira bien si por amor a tu Madre está tu corazón dispuesto a cualquier sacrificio... o si tienes que llorar muchas cobardías

y faltas de generosidad en este punto...

Pídela perdón y... anímate..., acércate a esas llamas..., a ese fuego del Corazón de la Virgen... y allí caliéntalo... y abrázate..., consume todo amor propio..., toda sensualidad..., toda pasión que te aparte de ese amor... San Pablo, decía: «Si alguien hay que no ame a Jesucristo, sea maldito.» ¿Y no podemos decir algo semejante de la Virgen?... Evidentemente que sí... Maldito de Dios y eternamente, será el corazón que no ame con amor filial a la Virgen..., que prácticamente renuncie a la maternidad dulcísima de María...

MEDITACIÓN 72

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *Corona de flores.* — Al contemplar la imagen del purísimo Corazón de María no podemos menos de fijarnos en la corona de flores que la circundan y en el simbolismo que tiene esa corona. — Ante todo resalta la diferencia tan grande de la corona que rodea a la imagen del Corazón sacratísimo de Jesús..., toda ella tejida de agudas y durísimas espinas... y esta otra de flores y rosas del Corazón de María.

Sin embargo, no hay tal diferencia. — Ya hemos dicho que los latidos de estos dos Corazones sacratísimos eran al unísono...; los sentimientos del uno hallaban eco perfectísimo en el otro... y, por lo mismo, las espinas del Corazón de Jesús, no podían menos de lacerar el Corazón de su Madre. — La diferencia única está en el diverso simbolismo que se ha querido expresar con esas coronas... Corona de espinas que significa la ingratitud del hombre para con el amor de Jesús... La corona de rosas y flores que simboliza la hermosura encantadora de las virtudes de la Virgen, que precisamente en su mismo Corazón tienen su asiento. — Pero repara en que ni aquella corona de espinas se da sin flores..., ni ésta de rosas sin espinas.

Todas las almas santas que han querido generosamente abrazarse con el Corazón de Jesús, sin asustarse por las durezas de sus espinas, se han quedado sorprendidas al ver que éstas han perdido su aspereza...; el amor divino las ha suavizado de tal modo, que precisamente esas espinas se convertían en flores riquísimas de aroma y perfume embriagador... No lo dudes... y si dudas, haz la prueba..., entrégate generosamente al amor de Jesús..., trata de introducirte en su divino Corazón... y a pesar de la cruz y las espinas que le rodean, sentirás dulzuras insospechadas..., una dicha y felicidad desconocida.

Ése es el «Tesoro escondido»..., tesoro infinito que enriquece y hace felices a las almas..., pero está escondido tras de esas espinas y de esa cruz. — Desgraciadamente las almas que se acobardan y se asustan ante su vista..., nunca llegarán a paladear la miel riquísima que allí se encierra...

Pues, por lo mismo, el Corazón de la Virgen está rodeado de flores. — Nadie como Ella se abrazó con las espinas del Corazón de su Hijo... y esas espinas se convirtieron en flores y rosas encantadoras de las más sublimes virtudes. — ¿Has entendido bien, entonces, lo que todo esto significa prácticamente para ti?...

Abrázate con las espinas del amor de Cristo y tu corazón se verá inmediatamente florecido con las flores que más adornen tu alma. — A la vista, pues, del Corazón de María, di: ¡Ah, cuántas espinas interiores encierran esas flores..., cuántas punzadas lacerantes en el corazón han costado todas y cada una de esas flores... y al ver al Corazón de Jesús, di a tu alma: esas espinas se las clava tu indiferencia..., tu tibieza..., tu falta de correspondencia a su amor... Por eso, no a Él, sino a ti deben punzarte esas espinas...

Basta de espinas para Jesús..., todas para ti... y esa generosidad en abrazarte con ellas por su amor, será lo que llene de flores tu corazón, a semejanza del de la Virgen.

Así lo hicieron todos los santos. — Recuerda, si quieres, a la santita de las flores y de las rosas... a Santa Teresita del Niño Jesús... ¡Cómo se enamoró ella de las flores del Corazón de la Virgen!... Pero, ¿quién podrá calcular el número de espinas..., esto es, de sufrimientos, de mortificaciones..., que cada rosa exterior le costaba en el interior de su corazón?... Pide a la Santísima Virgen que seas como esta santita, muy amante de las flores y de las rosas, no del mundo, que para nada valen... y aunque parezcan hermosas son flores de apariencia nada más..., sino de las flores verdaderas..., de las únicas hermosas..., que son las que brotan en el corazón rodeadas de las espinas del sacrificio que exige siempre el amor.

2.º *La azucena virginal.*—Y entre todas esas flores que forman la corona del Corazón de María, destaca una que se eleva en el centro y sobresale por encima de ese mismo Corazón. — Es una azucena blanquísima...: su simbolismo es claro. — Si las flores de esa corona significan las virtudes del Corazón de la Virgen, ¿qué querrá decir esa azucena que así brota con más pujanza y lozanía en el centro mismo de su Corazón?... El pueblo cristiano ha respondido a esto llamando al Corazón de la Virgen *purísimo e inmaculado...*; son las palabras con que siempre le califica. — ¡Su pureza inmaculada!... Esto es lo más característico de María...; esto debía de serlo también de su Corazón.

Ya hemos hablado, en varias meditaciones, de esta virtud preciosa y del amor que la Virgen la tenía, pero no es posible meditar sobre el purísimo Corazón de María y no volver a detenerse en esta materia tan hermosa e importante a la vez.

Tan hermosa es esta pureza inmaculada de la Virgen, que la Iglesia no duda en aplicarla las mismas palabras que las Sagradas Escrituras dicen

de la inmaculada pureza de la sabiduría divina...; así dice de Ella que es resplandor de la luz eterna..., la imagen de la bondad de Dios..., el espejo sin mancha de la santidad infinita»...

De dos maneras podemos concebir esta pureza del Corazón de la Santísima Virgen: una *negativa* en cuanto que significa negación de toda clase de pecado... y así María aparece bajo este aspecto ante nuestros ojos sin la más pequeña mancha..., sin la más leve sombra..., sin la más insignificante imperfección...

Aún las almas muy santas no pudieron verse libres de estas pequeñas miserias, hijas de nuestra debilidad...; no quita nada a su santidad el que tuvieran esos defectos, muchas veces involuntarios, que nacen y mueren con el hombre..., pero no fue así en el Corazón de la Santísima Virgen...; ni faltas involuntarias siquiera..., ni accidental o casualmente cayó jamás sobre aquel Corazón algo que lo mancillara y lo hiciera ni por un instante desagradable a los ojos de Dios... El Señor la defendía para que el enemigo nada pudiera contra Ella... ¡Qué Corazón el suyo tan hermoso..., tan limpio..., tan cándido e inmaculado!

Pero aún penetra más en la raíz de esta pureza encantadora..., y esta raíz es la otra manera de concebirla..., es la que llamamos *pureza positiva*, porque no consiste en algo negativo..., en la mera ausencia de manchas..., sino en la participación positiva de la misma pureza de la divinidad. — La carencia de pecado es condición necesaria para que Dios se complazca, en un alma..., pero lo grande..., lo maravilloso..., lo divino para esa alma será cuando Dios se entregue a ella..., se comunique a ella... y la haga partícipe, por medio de la gracia, de su misma vida.

La gracia santificante inundando al alma, es la belleza positiva..., es la pureza verdadera que refleja limpia y claramente la imagen de Dios. — Piensa, pues, en la Virgen y en su pureza..., cómo sería aquel Corazón que «Dios poseyó desde el principio»... — Comprende el alcance de las palabras del Ángel: «El Señor está contigo.» — Dios mora y vive permanentemente en el Corazón de la Virgen y por eso ese Corazón es Purísimo e Inmaculado negativa y positivamente...; no tiene sombras..., no tiene manchas..., en cambio tiene la «plenitud de la gracia de Dios»..., tiene positivamente la misma pureza de Dios..., tiene a Dios mismo.

Todavía hay más..., mucho más...; no concibas esta pureza únicamente como una gracia recibida de Dios, de tal suerte que María se portara exclusivamente de una manera pasiva...; no fue un espejo muy limpio y muy claro, pero muerto, que se limita a reflejar los rayos muchos o pocos que caen sobre él. — María recibía los rayos de luz..., de gracia..., de santidad que la enviaba Dios y a cada uno de ellos correspondía, en su Purísimo Corazón, con un nuevo acto de amor de Dios..., de suerte, que este Corazón maravillosamente activo, era el que al recibir cada gracia, excitaba con su amor, siempre en aumento, al

Corazón del mismo Dios... ¿Comprendes bien la parte que correspondió al Corazón de María en la adquisición y conservación de su pureza inmaculada?...

3.º *Tu corona.* — Ésa es la corona que debes buscar para tu corazón..., corona de espinas por el sacrificio..., por la mortificación de tus pasiones que alejen de él todo pecado... y así adquirirás la pureza negativa, que será la primera rosa que brotará de esas espinas. — Y Dios al verte así..., al contemplar tu corazón con esa pureza... y, por lo mismo, con esa preparación necesaria e indispensable para darse y comunicarse..., se dará y comunicará gustosa y generosísimamente a tu corazón.

Corresponde a ese amor de Dios con tu trabajo..., con tu esfuerzo..., con tu cooperación y serán entonces innumerables las rosas que de aquellas espinas brotarán..., innumerables las virtudes que cada día más sólidamente arraigarán en tu corazón... y así, finalmente, tu corazón será semejante

al de Jesús por las espinas del sacrificio del amor..., y al de María por las rosas de sus virtudes que has copiado en tu alma.

Y todo esto lo conseguirás por la pureza *negativa*, con la que, a imitación de la Virgen, arrojaste al pecado muy lejos de tu corazón...; por la pureza *positiva*, llenándole de la gracia de la vida de Dios..., y por la pureza *activa*, por la que tu corazón correspondió fielmente a esa misma gracia. — Examínate en estas tres clases de pureza delante de la Virgen Santísima...; mira cuál de ellas es la que más falta hace en tu corazón... y pide y suplica con gran insistencia a tu Madre querida, que si en todas las virtudes quieres parecerte a Ella, pero muy especialmente en ésta de la pureza inmaculada..., que quieres una corona de rosas de virtudes como la suya..., pero sobre todas ellas, apeteces la flor de la azucena que se eleva en medio de su Purísimo e Inmaculado Corazón.

MEDITACIÓN 73

EL CORAZÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

1.º *La Misericordia.* — Es el atributo más dulce de Dios..., el que más arrastra nuestro corazón y le infunde aliento y confianza. — Si fuera Dios únicamente un juez justísimo que nos juzgara sólo con justicia..., quién no temblaría ante ese Señor?... — Pero si además y sobre todo es un Padre... amantísimo..., dulcísimo..., con entrañas llenas de compasión y misericordia..., ¿quién no confiará?

Pues bien, una de las mayores pruebas de que esto es verdad..., la tenemos en el Corazón misericordioso de la Santísima Virgen...; ese Corazón es un efecto de la bondad y del amor de Dios a los hombres...

Todos así lo hemos experimentado..., de tal suerte, que uno de los aspectos bajo el cual más nos gusta ver y representar a los Sacratísimos

Corazones de Jesús y de María, es la misericordia... ¡Tenemos tanta necesidad de ella!... Difícilmente encontraremos nada que mejor entendamos..., y más apreciemos, que esta cualidad de la misericordia... Un corazón compasivo que siente como propias las necesidades y miserias ajenas..., un corazón misericordioso que llora con los que lloran... y sufren con los que sufren..., ¿a quién no encanta y seduce?... ¿Puede haber nada más avasallador?... ¿Quién se resiste ante ese corazón?...

Y si además de sentir así las desgracias ajenas como si fueran propias..., se esfuerza y trabaja..., quizá a fuerza de sacrificios y privaciones, por remediarlas..., mucho más aún... ¡Esto sí que es bondad y misericordia!... — Pues así, y en un grado de intensidad verdaderamente divina, fue el Corazón de la Santísima Virgen. — Su Corazón estuvo adornado de todos los caracteres de la más perfecta y sublime misericordia...; su Corazón fue el más compasivo de todos los corazones... y cualquier desgracia o tribulación que viera a su alrededor hallaba eco perfectísimo en él... En las bodas de Caná se ve claramente lo que era este Corazón... Aún no sufrían aquellos corazones de los esposos y... Ella ya estaba sufriendo...; se adelanta a su dolor para remediarlo... — Los esposos ni se daban cuenta de lo que pasaba, y el Corazón de María ya estaba solucionándolo todo y adquiriendo de su Hijo una gracia milagrosa que ellos ni siquiera se la hubieran pedido...

¡Qué maravilloso caso de bondad es éste!... ¡Qué admirablemente retrata la compasión y misericordia de su Corazón!... ¡Cuántas veces habrá hecho con nosotros algo semejante!... ¡En cuántos casos habrá intervenido la Santísima Virgen en favor nuestro consiguiéndonos de Jesús algo que nos hacía falta..., algo que nos venía muy bien y que nosotros ni nos ocupábamos de pedirlo... por ignorar el peligro..., por tibieza... o por malicia de nuestro corazón!...

2.º *Misericordia de Madre.* — Y es que la misericordia de María, como su Corazón de donde brotaba, era de una Madre...; ésta es la razón suprema que explicaba esa bondad y misericordia. — Ya puede un hijo ser un desgraciado..., ya puede estar plagado de miserias físicas y morales..., ya puede ser el deshecho de todos..., aunque a los demás inspire más bien repulsión..., asco... y repugnancia..., pero el corazón de su madre... sentirá palpitar sus entrañas con nuevo cariño..., con nuevo y más encendido amor, cuando vea más y más desgracias y miserias en su hijo...

El corazón de una madre nunca desmaya..., ni se cansa..., siempre espera..., siempre confía poder remediar la situación de su hijo. — Y no es que se engañe y se ciegue..., es que tiene una luz..., una clarividencia e intuición de corazón, que ve más allá de los demás... donde ya no se espera cosa alguna, sino males y miserias irremediables, el corazón de una madre ve rasgos o indicios..., ve sedimentos que aún pueden

levantar y dignificar el corazón de su desgraciado hijo... Una madre será capaz, por la fuerza de su ternura..., por la bondad de su corazón, de reanimar sentimientos al parecer extinguidos..., levantar un corazón que todos creían muerto..., resucitar una conciencia endurecida por el pecado y las pasiones. — Pregunta sobre esto a un San Agustín..., dile que te diga lo que puede el corazón compasivo... piadoso..., misericordioso de una madre.

Y ahora penetra en el Corazón de la Virgen, más Madre que ninguna otra madre..., con una bondad y misericordia, resumen de todo lo que Dios derramó sobre todas las demás madres de la tierra... ¿Cómo sería y cómo será actualmente su Corazón?...

Por otra parte, no es ésta una compasión estéril, como tiene que ser muchas veces la de una madre que quiere, pero no sabe o no puede remediar a su hijo. — María posee la omnipotencia del mismo Dios... y toda ella la emplea generosamente para socorrer a sus hijos. — ¿No lo hizo así en las bodas de Caná haciendo que Jesús obraría su primer milagro?... — ¿No obró de ese modo con los Apóstoles los días de desolación y de desconcierto?... Ella, olvidándose hasta de sí misma, fue su única esperanza, su fuerza y su consuelo... y los Apóstoles, animados con esta bondad efficacísima de Madre, se agruparon en torno de Ella. Y entre todos, ¿no fue San Pedro el que más experimentó la misericordia de su dulcísimo Corazón?... — Sin duda que a Ella acudió el santo cuando lleno de dolor por su triple negación, abandonó la casa del Sumo Sacerdote. — A los pies de María debió San Pedro derramar sus primeras lágrimas..., allí hizo la primera confesión de su cobarde apostasía... ¡Qué suerte la suya al encontrarse con el Corazón de la Santísima Virgen!... ¿Qué hubiera sido de aquella alma sin este Corazón?..., quizá un Judas..., podía ser, motivos tenía tantos o más que aquél para desesperarse...

Pero a los pies de la Virgen..., ante su Corazón, no es posible desesperarse..., ni desalentarse siquiera... Pedro se levantó de sus pies, seguro de su perdón..., por eso no sólo no se desesperó como Judas..., ni huyó como Adán al pecar...; se quedó allí aguardando..., esperando la resurrección de Jesús con el corazón lleno de la dulcísima confianza que había recibido de la Santísima Virgen. — ¡Qué misericordia más de Madre!...

3.º *La Madre del Cielo.* — Y lo maravilloso es que esta misericordia maternal de la Virgen no se terminó como termina naturalmente la de la madre de la tierra con su muerte...; ahora que está en el Cielo, su Corazón es el mismo. — A pesar de la elevación de su trono tan cercano al de Dios..., a pesar de que ya en el Cielo no hay lágrimas ni miserias ni sufrimientos de ninguna clase..., Ella no se olvida de sus hijos miserables...; si hay algún cambio en el Corazón de la Virgen, es para ser aún, desde el Cielo, más compasiva..., más

clemente y misericordiosa... y para aprovecharse mejor de su Corazón de emperatriz en bien de los desgraciados de aquí abajo...

En el Cielo, su misericordia es activísima..., trabajando sin cesar por las almas..., inclinándola unas veces a pedir e interceder por nosotros..., derramando otras, con sus manos piadosas, torrentes de gracias sobre nuestros corazones... — Los más infelices, los más desgraciados..., los más pecadores..., son el objeto principal de su bondadosa intercesión... Ella presencia desde el Cielo los ataques furibundos que a las almas hace el demonio, para inspirarlas alientos..., y comunicarlas la gracia para vencer... y singularmente, en el ataque último..., en la batalla final, allí acude solícita con su misericordioso Corazón a sacar triunfante de esta vida las almas de sus devotos... ¡Cuántas veces los ángeles del Cielo habrán sido los mensajeros de paz..., de consuelo..., de esperanza que la Virgen enviaba a los que en la lucha la invocaban!

Pregunta al Ángel bendito de tu Guarda de dónde te vienen tantas inspiraciones..., tantos toques al corazón..., tantos impulsos y te confesará que es su Señora y su Reina la que le manda sin parar..., la que no le deja descansar..., sino que siempre le está incitando a trabajar más y más con tu alma..., con tu corazón.

4.º *Confianza y amor.* — Por tanto, al llegar aquí debes encenderte en un amor grande..., inmenso..., loco hacia la Virgen...; debes arrojarte, con una confianza ilimitada, en su Corazón Maternal... «No os digo estas cosas, decía San Juan hablando de la bondad de Dios, para que pequéis más fácilmente»... No, de ninguna manera puede ser esa la conclusión que saques de estas meditaciones sobre el Corazón Inmaculado de María... y particularmente sobre ésta de la bondad y misericordia de su Corazón...; no puede ser que eso te sirva para abusar de su bondad..., para lanzarte con más seguridad a pecar..., a dar rienda suelta a tus pasiones...; esto no tendría nombre..., tu corazón sería algo monstruoso.

Pero tampoco consientas que el demonio te engañe con el desaliento..., con la desconfianza..., con el temor...; cualquiera que sea tu conducta pasada..., por muy grande que haya sido el abuso de las gracias que Dios te ha dado..., por muchas que hayan sido las veces que hayas recaído y faltado a tu palabra..., no importa, ve a los pies de la Virgen..., ante su bondadosísimo Corazón no caben temores ni desconfianzas... ¡Si precisamente para eso la dio Dios ese Corazón!... ¿No dijo El que no quería la muerte del pecador?... Pues el Corazón de la Virgen te está diciendo claramente que esas palabras son una realidad...

Ya en otras meditaciones has sacado, como fruto esta confianza y este amor a la Virgen..., pero en ninguna como ésta, debes tanto insistir en este dulcísimo fruto... ¡A confiar en la bondad de la Virgen!... A amar, con locura, a su bondadosísimo Corazón... ¡Qué nada ni nadie te arranque esta dulcísima esperanza! ¡¡¡Oh Clementísima..., oh Piadosísima..., oh

Dulcísima Virgen María!!!

MEDITACIÓN 74

LA OMNIPOTENCIA SUPLICANTE

1.º *Sus fundamentos.* — Más de una vez habrá brotado de nuestros labios y de nuestro corazón este título con que es llamada la Santísima Virgen... ¡*La Omnipotencia Suplicante!*... y este título debe servir para consolidar siempre nuestra confianza en la Santísima Virgen. — Porque aquí aparece la Virgen como Reina verdaderamente soberana y poderosa, que dispone de todo... y exclusivamente en favor de sus hijos.

María es Omnipotente..., con una omnipotencia no natural, no esencial en Ella como es la de Dios..., sino comunicada o participada de Él...; no omnipotente por naturaleza..., sino por gracia... — Y esto, ¿por qué?... Pues por su dignidad. — María ha sido elevada a la dignidad más alta... y si el poder ha de estar en relación con la dignidad..., corresponde a María un altísimo poder...

Por tanto, la razón decisiva de la omnipotencia de María es su dignidad.

Y ¿en qué consiste esta dignidad?... Sencillamente en ser Madre de Dios... Eternamente la Virgen puede, mirando a Jesús, repetirle las mismas palabras que le dice el Padre Eterno: tú eres mi Hijo... Yo te engendré... Y por eso, eternamente María tendrá *un derecho y un amor* de Madre para con el mismo Hijo de Dios...; así está, por dos razones, como *sujeto y encadenado* el poder de Dios a la voluntad de María... — ¿No lo estuvo por espacio de treinta años en la casa de Nazaret? Y ¿por qué aquella sumisión total y perfecta de Jesús..., esto es, de Dios a la Virgen?... Pues porque ésta era Madre de Dios... y sus derechos de Madre... y su purísimo amor de Madre, le obligaban a obedecerla en cuanto Ella mandara... y si bien es verdad que en sus actos como Redentor no dependía ni podía depender de nadie..., pero de hecho El quiso que hasta en estos actos tomara parte su Madre y en cierto modo a su voluntad se sometiera como lo hizo en su primer milagro de Caná... ¡Qué dulce pensamiento!... Todo el poder de Dios está en manos de su Madre..., ¡que también es tuya!...

Pensando en esto los Santos Padres de la Iglesia, han dicho cosas admirables de la Santísima Virgen y de su omnipotencia...: Medita y saborea estas expresiones: «¡Oh Virgen!, exclama San Agustín, todo lo que Dios puede por su voluntad..., lo podéis Vos por vuestra oración»... Y San Antonino, dice: «La oración de la Madre de Dios, tiene carácter de mandato...; por lo tanto, no es posible que no sea oída.»

San Pedro Damiano, escribe: «Te aproximas, ¡oh Virgen!, al altar de oro del perdón no para rogar..., sino para mandar como Reina..., pues en tus manos están todos los tesoros de la misericordia de Dios»... — San Buenaventura, no teme afirmar: «Que nadie entra en el Cielo... si no es

por medio de María»...

El gran San Bernardo, nos dará este consejo: «Acudid a María..., os lo digo sin titubear...; Ella será siempre escuchada, por razón de su dignidad...; el Ángel la dijo que había hallado la gracia y efectivamente María siempre halla gracia»...

Y, en fin, son conocidas estas expresiones de San Bernardino de Sena: «Al mandato de María, todo el mundo obedece..., ¡hasta el mismo Dios!...; basta con que la Virgen quiera y todo se hará»... ¡Sublime obediencia y sumisión la de Dios a su criatura!... Pero no menos sublime y admirable la dignidad de ésta al ser colocada en tal altura, que pueda disponer y ordenar al mismo Dios.

He aquí, pues, la razón inmovible de esta omnipotencia: el *derecho* y el *amor* de Madre. — Una madre tiene derecho a mandar a su hijo... y éste, por lo mismo, la obligación de obedecerla en todo. — Una madre ama entrañablemente a su hijo... y éste, si es buen hijo, no puede menos de amar, y, por lo tanto, dar gusto siempre y en todo a su madre. — Aplica esta regla a la Virgen y a su Hijo divino, y comprenderás entonces algo de la omnipotencia de María...

2.º *Su universalidad*. — Y esta omnipotencia tiene una universalidad ilimitada...; no se aplica en una época determinada..., a una clase escogida de almas..., en un orden concreto de gracias y auxilios, para cierta clase de peticiones y súplicas. — No, nada de eso..., es infinita esta universalidad..., no reconoce limitación de ninguna clase..., todos somos hijos de María..., pues a todos ayudará, porque a todos amará sin excepción posible..., a todos y en todo, sea espiritual o temporal...; no habrá necesidad que Ella no socorra y atienda...; sus manos no se cansan de hacer bien..., sus gracias no pierden con los siglos su eficacia...

Si a otros hizo santos..., si a muchas almas dio la vida resucitándolas a la gracia..., si a otros, oyes decir, que en esto o en lo demás allá, le ayudó la Virgen..., todo eso también puede suceder contigo..., tu alma también puede alcanzar el perdón..., la gracia..., la vida..., la santidad.

Desde que se cometió el primer pecado, el demonio se apoderó del mundo... y en él entró a fijar su crono con carácter universalísimo... y desde entontes se apodera de todas las almas desde que nacen..., a todas procura tentar..., a todas las excita sus pasiones para encadenarlas... ¡Qué espantoso es este imperio del demonio!... ¡Qué universal es!... ¿Quién no lo ha experimentado así?... Sólo la Virgen, únicamente María en su Concepción purísima e inmaculada, no esclavizada por el demonio...; es la que le sujeta..., la que le ata... y le domina y esclaviza... y le sigue por doquier para vencerle siempre y dominarle siempre... Universal es el dominio del demonio..., por eso universal será la omnipotencia de María..., para que universal y eterna sea su victoria.

No triunfa María por Sí tan sólo..., sino por todos y para todos. — Nadie acude a Ella y confía en Ella, que no triunfe con Ella...; todos los santos..., todos los que han vencido al demonio..., todos los que han conservado su inocencia, ha sido por Ella... y sin Ella sus esfuerzos hubieran sido inútiles.

Así aplican a la Santísima Virgen varios santos Doctores, aquellas palabras del Salmista: «En vano trabajan los que edifican la casa, si Dios no la edifica...; en vano vigilan y guardan la ciudad, si el Señor no la guarda y la defiende»... Y ¿quién es esta guardiana y defensora de la casa del Señor sino la Virgen?... El Señor guarda la ciudad, pero por medio de María... y está tranquilo porque bien guardada y defendida está... ¿A quién temerá el que esté bajo su manto protector?...

Bien lo sabes tú, no puedes por menos de haberlo experimentado... ¿No es también tu alma un testigo de aquellas palabras del «Acordaos» de que «ni uno solo acudió a Ella que fuera desamparado»?... ¡Qué bien lo conoce Satanás!... ¡Cuántas veces ha tenido que confesar con rabia infernal, que no puede hacer nada con los verdaderos devotos de María!...

Así ha reconocido la universalidad de su omnipotencia, la piedad de todos los siglos y la llamaron: «la Puerta del Paraíso»..., «la escala del Cielo»..., «el refugio de los pecadores»..., «el trono del Rey eterno»..., «el Propiciatorio», donde todos somos oídos y atendidos...

Repite con cariño y detente en cada una de estas expresiones, que de una o de otra manera confirman esta consoladora universalidad de su poder: María es la esperanza de los pecadores..., el camino de la vida..., el puerto de salvación..., la salud del mundo..., la fuente de la gracia..., la estrella del mar..., la medianera entre Dios y los hombres..., la llave del Cielo..., la esperanza de los pecadores..., la confianza de los caídos..., la fuerza de los justos..., la alegría de los ángeles..., la Reina de los cielos..., etc.

Inventa también tú palabras semejantes... Di a tu corazón que te las dicte y no temas perder el tiempo diciéndoselas, como una amorosa letanía, a tu Madre.

3.º *Demos gracias a Dios.* — Al llegar aquí parece que no se puede hacer otra cosa sino levantar el corazón a Dios y darle gracias... Diariamente, en voz alta, el sacerdote, en la Misa, da gracias al Señor... e invita a todo el pueblo a que así lo haga... por los muchos e innumerables beneficios que de su mano sin cesar recibimos... Pues, ¿qué otra cosa podemos hacer ante este beneficio universal..., ante esta fuente de beneficios infinitos que con su Madre querida nos ha dado?... Eternamente hemos, sin duda, de estar bendiciendo por ello al Señor...; pues bendigámosle ya desde ahora...

Y esta acción de gracias, no debe ni puede consistir en meras palabras de alabanza y agradecimiento... Lo que Dios desea, más que nada, es la

correspondencia práctica de todas nuestras obras a sus beneficios...; ésta es la mejor alabanza... éste el himno más hermoso de la gratitud...

Pues bien, la correspondencia en este caso, debe consistir en el afianzamiento, como se decía en la meditación precedente, de tu confianza en la Santísima Virgen, para nunca admitir cansancios..., desalientos..., cobardes desilusiones en el camino de la vida espiritual...

Insiste mucho en esto, porque el demonio también insiste en esta tentación... ¡A cuántas almas ha engañado logrando meter en ellas el desaliento... y a veces hasta la desesperación! — Jamás, jamás esto... Júralo así a los pies de la Virgen... Dios te la ha dado por Madre para que como hijo, aunque hayas sido muy ingrato, acudas a Ella... y con *derecho filial* la pidas y la exijas un amor de Madre..., una compasión de Madre... y a la vez una omnipotencia de Reina... Para eso la hizo Reina y Madre a la vez...

El trono de Dios está rodeado de justicia y de bondad. El de María, sólo de bondad y misericordia... Si te asusta, y con razón, la justicia de Dios., ¿qué puedes encontrar que te asuste ante el trono de la Virgen?...

Por otra parte, Ella lo está deseando...; no sólo no la molesta que se acuda a Ella con confianza..., sino que lo que la ofende, lo mismo que a Jesús, es la desconfianza... ¿No has oído que en el Cielo hay más fiesta por un pecador que se arrepienta que por cien justos que perseveren?... Pues es la Virgen la primera que se alegra y hace gran fiesta, porque aquel hijo suyo pródigo se había perdido y lo ha encontrado...; estaba muerto... y ya ha resucitado... — Sea, pues, tu lema y tu divisa: «nunca desconfiar..., nunca desalentarte... ni desanimarte»..., Aun que creas que no adelantas nada ni consigues nada..., mucha confianza en la Virgen y... ¡adelante!..., a trabajar cada vez más.

MEDITACIÓN 75

LA SANTIDAD

1.º *La voluntad de Dios.* — Hemos llegado al término de estas meditaciones... y éste no puede ser otro que el de animarnos a trabajar por nuestra santificación..., el aumentar de día en día la santidad de nuestra alma... «Ésta es la voluntad de Dios, dice San Pablo, que os santificuéis.» — Ésta fue su divina voluntad en la Santísima Virgen y lo es en todos nosotros... Nada, pues, mejor podemos tratar como corona y resumen de todas estas meditaciones que el tema de la santidad.

Todas las virtudes de la Virgen forman la corona gloriosa de su santidad. — La hemos visto como modelo acabadísimo..., como maestra incomparable en todas y cada una de las virtudes... Veámosla, para terminar, como modelo y maestra por tanto. de la santidad... ¡Qué tema más dulce y hermoso y a la vez qué difícil, el de la santidad de María!...

Para hablar de esto sería necesario conocer esa santidad..., abarcarla... y esto sólo Dios puede hacerlo. — No obstante, es necesario meditar mucho en esta materia para conocer, algo siquiera, de lo que encierra el alma santísima de la Virgen... y para lanzarnos así a imitarla y seguirla muy de cerca... — Porque, repitamos y no olvidemos nunca, que ésta es la voluntad de Dios..., «que tenemos que santificarnos», que la santidad es un deber, no un consejo, que tenemos que cumplir.

Todos queremos salvarnos..., pero ¿queremos santificarnos?... Y si bien se mira, ¿se pueden separar estas dos cosas?... — Sólo el que asegura la vida de la gracia en su alma, se salvará..., pero si eso es la santidad..., la gracia es la santidad...; naturalmente que tiene muchos grados, según sea mayor o menor esa gracia..., pero sin esta gracia no se entra en el Cielo...; sin la santidad, que podemos llamar elemental, nadie se salva...

Por consiguiente, repite y medita esto: »Sólo el que es santo, se salva«... — Luego, trabajar por asegurar tu salvación, es trabajar por tu santificación. — Insiste en este pensamiento, porque es conveniente en la vida espiritual distinguir entre salvarse y *santificarse*... y mientras hay muchos que aspiran a lo primero, creen que lo segundo es sólo para algunas almas predilectas y escogidas. — Error funesto, opuesto claramente a la voluntad de Dios que no distingue de personas, y a todas llama a santificarse..., a todas impone esta obligación, al menos en su grado elemental de la gracia... y después también a *todos* invitan a seguir subiendo a los grados más superiores de la perfección sin que en esta subida existan límites de ninguna especie.

La santidad supone la gracia de Dios..., es la obra maestra de Dios..., la más divina de sus obras, como ya hemos dicho con los Santos Padres de la Iglesia... Pero también es la obra maestra del hombre...; nada puede hacer éste más grande..., más digno..., más importante que trabajar en esta obra grandiosa de la santidad. — Si viéramos un alma en estado de gracia..., en estado de santidad..., veríamos en ella al mismo Dios..., pues su hermosura y encanto es la hermosura de Dios... y a mayor santidad en el alma..., mayor y más íntimo ha de ser ese contacto con Dios..., esa participación de las perfecciones de Dios.

2.º *La voluntad de Dios en María.* — Esta fue la voluntad de Dios en la que había de ser su Madre..., que fuera Ella resumen y a la vez modelo y fuente de toda santidad. — En el mismo instante de su concepción milagrosa, María quedó inundada de gracia santificante... y consciente de sus actos..., con pleno conocimiento y con plena posesión de Sí misma, se lanza ya entonces, con todo el ímpetu de su Corazón, a Dios.

Contempla este espectáculo maravilloso y divino...; nunca se había dado..., nunca se volvería a dar nada semejante a esto... Dios, inundando el alma de María con el torrente de su amor y de su vida..., y María,

serviéndose de toda la gracia que recibe, sin despreciar lo más mínimo de ella, para encauzar y dirigir su amor, lleno de gracia y de gratitud, hacia Dios.

Esto es, en María la *reacción* fue igual a la *acción*... ¿Entiendes esto?... Mucho recibí..., pero otro tanto di... La primera acción de Dios sobre el alma de María, fue poderosísimamente amorosa y por eso llenó toda la capacidad de su alma con la gracia santificante... y así, semejante a esta acción divina, infinitamente amorosa..., corresponde en el alma de María la reacción, si podemos hablar así, también infinitamente amorosa, para darse sin limitación alguna a Dios y amarle con todas las fuerzas de su ser...

Y esta gracia santificadora..., esta acción primera de Dios, sigue aumentando sin cesar y se desarrolla prodigiosamente, en forma siempre creciente, en el alma inmaculada de María... y esta alma sigue respondiendo en forma siempre adecuada..., sigue siempre aumentando en su *reacción* hacia a Dios..., creciendo de manera inexplicable en su amor a Él... y por lo mismo en los grados de su santidad... ¿a dónde, pues, llega esta santidad?...

Ya hemos dicho que sólo Dios puede conocer la respuesta a esta pregunta..., porque sólo Dios sabe a dónde llegó esta *acción* suya y esta *reacción* o correspondencia de la misma, del alma de la Virgen.

Penetra aún más en este pensamiento y distingue dos clases de santidad...: la *santidad real* y la *santidad moral*... La primera, es la santidad de las cosas que especialmente se dedican o consagran a Dios...; la santidad de un Templo donde Dios habita..., la santidad de los vasos y cosas que se emplean directamente en su culto..., y en el hombre puede considerarse como santidad real la de un niño recién bautizado, en cuya alma vive por la gracia..., y la *santidad moral*, que es la santidad de los actos que corresponden a la gracia de Dios, por la que libre y voluntariamente un alma se entrega totalmente al amor divino.

María es santísima con santidad *real* y con santidad *moral*. — Por la santidad real, su alma es concebida con una unión estrechísima con la Santísima trinidad. — Dice Santo Tomás, que esta unión es la más estrecha y fuerte que puede darse entre la criatura y el Creador; por eso la santidad real de María es la más grande que puede existir. — A esta santidad real, inmensa, de María, ha de corresponder una santidad *moral* armónica, que consiste en aprovechar todas las gracias que del Señor recibe, sin disipar ni inutilizar ni una siquiera y así poder decir, con más razón que san Pablo, que la gracia de Dios no fue vacía e ineficaz en Ella»...

En una palabra, por esta santidad moral, su correspondencia a los favores divinos fue cual debió ser..., cual Dios deseaba y esperaba..., perfectísima en todos los sentidos. — Aquí tienes la norma para juzgar de la santidad de la Santísima Virgen. — Comprende a la vez por qué se

dice que la santidad es el amor..., porque el amor es la fusión de dos corazones..., es la transformación mutua del uno en el otro... y aquí tienes, en la santidad real, a Dios amando a la criatura, y por amor dándola a participar con la gracia, de su misma vida divina... y el alma entregándose a Dios..., amándole..., transformándose en El por este amor... y así, correspondiendo como Dios quiere a sus gracias y divinos amores.

Luego, siempre en la santidad ha de haber este amor de los dos corazones...; necesariamente se han de dar estos dos elementos: el Corazón de Dios y el del hombre...; por eso, en fin, la santidad es santidad de Dios y santidad del hombre. — ¿Cuál sería también bajo este aspecto la santidad de María?... ¿Cómo la amó Dios?... ¿Y Ella, cómo le amó a Él?... Toda su vida no fue sino amor...; el amor ordenó..., dirigió..., fue la causa única de todos sus actos...; la perfección de su amor, fue la perfección de su santidad.

3.º *Tu santidad.* — Mira ahora muy en serio y muy despacio cuál es tu santidad...; quizá no has llegado a preocuparte de ella, como si esto no fuera la voluntad de Dios también para contigo. — Graba bien en tu corazón esta verdad... Dios lo quiere formalmente..., seriamente..., eficazmente..., que te santifiques... ¿Y tú, lo quieres?... Teóricamente, sí...; muchas veces lo has dicho..., ahora mismo lo estás repitiendo... ¿Cuándo llegará el momento en que lo digas de una manera eficaz?... — Dios lo quiere..., te lo demuestra bien claramente en los beneficios y gracias que para ello te concede...; te lo demuestra en esa santidad real que te ha concedido... Tu alma ya ha sido santa con esa santidad de Dios...; lo fue en el Bautismo..., lo es en la confesión, cuando debidamente recibes la absolución sacramental...; lo es, sobre todo, en la Comunión, donde Él se te da y se te entrega *totalmente*... Y tú, repito, ¿quieres también santificarte?... ¿Lo demuestras así en la santidad moral de tu corazón..., de tus actos..., de tu correspondencia a su amor?... ¿Amas a Dios así de ese modo..., con ese amor verdaderamente transformador y santificador?...

Convéncete de que depende de ti... y únicamente de ti...; comienza a trabajar con interés..., continúa con gran entusiasmo esta obra grandiosa, que algún día verás, si perseveras en ese favor, lo que te valió trabajar... y sacrificarte por tu santificación...

Has visto a la Virgen como modelo de todas las virtudes..., la has podido imitar en alguna de ellas para parecerte algo a tu Madre... Mírala hoy coronada de esa aureola divina de su santidad... Es también tu modelo..., no en cuanto a la gracia extraordinaria que Dios la dio, sino en cuanto a la santidad suya, la que Ella adquirió..., la que Ella mereció con su correspondencia a la gracia... Mírala como fuente u origen de santidad..., allí ha juntado Dios toda la que repartió entre los demás

santos... Suplícala te dé participación también en esa santidad... Que con Ella y por Ella, si sabes mirarla..., estudiarla..., copiarla..., si sabes acudir a Ella..., si sabes amarla y ser fiel y constante en ese amor..., ciertamente te salvarás..., ciertamente te santificarás.

APÉNDICE

PARA EL MES DE MAYO

NOTA: Con el fin de que este libro pueda servir para el Ejercicio de las «Flores», del mes de Mayo, se pone a continuación un modo práctico de hacerlo, añadiendo dos meditaciones especiales para el día primero y para el día último del mes.

EJERCICIO DEL MES DE LAS FLORES A LA SANTÍSIMA VIRGEN

ORACIÓN PREPARATORIA

¡Oh Virgen Santísima, Madre y Señora nuestra!, a tus plantas vengo en este mes a ofrecerte las flores de virtud que al calor de tu devoción han brotado en el jardín de mi alma.

Bien quisiera que fueran flores bellas, sin manchas y sin espinas, pero no ignoras, Madre querida, cuánta es mi pobreza y miseria. Mírame, pues, con ojos de lástima y compasión y riega y cuida Tú misma este jardín que todo entero te lo entrego a Ti, para que con tus cuidados produzca las flores y frutos que Tú deseas y que tienes derecho a esperar de mi alma. Amén.

(Ahora hágase o léase algunas de las meditaciones precedentes.)

DEPRECCACIONES A LA SANTÍSIMA VIRGEN¹

Madre mía querida; ya que Tú eres mi Madre, haz que yo sea siempre tu hijo. (Ave María...)

Amor y amor verdadero te pido, porque es lo que necesita mi alma para amarte a Ti, después de Dios, sobre todas las cosas. (Ave María...)

Reina y Soberana Señora de nuestros corazones, demuestra tu poder en ayudarme a vencer siempre al demonio, mi enemigo, y tenerle, como Tú, a mis pies. (Ave María...)

Imitarte quiero, Virgen bendita, en la variedad y hermosura de tus virtudes, con las que llegaste a enamorar al mismo Dios. (Ave María...)

Alabanzas te sean dadas siempre por mi alma y por la creación entera como a Dueña y Señora que eres de ella. (Ave María...)

¹ Estas Deprecaciones son a manera de un acróstico en el que se hacen resaltar las consonantes del Nombre de María (la M y la R) que recuerda los títulos de la Virgen (Madre y Reina), mientras que las vocales (la A I A) nos dicen lo que debemos hacer con ella: Amarla, Imitarla. Alabarla.

ORACIÓN FINAL

Antes de terminar este día quiero, Virgen Inmaculada, ofrecerte el obsequio o flor espiritual de hoy. Es cierto que muy pobre y pequeño es este obsequio en comparación de lo que Tú mereces y también de lo que yo quiero darte. — Recíbelo, sin embargo, como una prueba de mi fidelidad a tu amor. Juntamente con esa flor quiero entregarte todo mi ser con todas mis palabras, obras y pensamientos, para que siempre, pero especialmente en los días de este mes, sea un florido homenaje a tu purísimo Corazón. — Dame tu bendición para que con ella pueda cumplir mejor, lo que hoy para la mañana te prometo y así pueda ofrendarte una flor más bella y más hermosa que la de hoy. — Ayúdame, Madre querida, para que mi alma sea más generosa en el sacrificio y aumente así cada día más y más en el amor que te quiero profesar. Amén.

Cuando el ejercicio se hace por la mañana, esta oración se cambiará en la siguiente forma:

ORACIÓN FINAL

Al dar comienzo a este día quiero, Virgen Inmaculada, ofrecerte el obsequio o flor espiritual que Tú misma me inspires (*aquí se pensará y se concretará cual es el obsequio que durante este día se va a hacer*).

Es cierto que muy pobre y pequeño es en comparación de lo que Tú mereces y también de lo que yo quiero darte. — Recíbelo, sin embargo, ya desde ahora, como una prueba de mi fidelidad a tu amor. Juntamente con esa flor quiero entregarte todo mi ser, con todas mis palabras, obras y pensamientos para que siempre, pero especialmente en este día, sea un florido homenaje a tu Corazón. Dame tu bendición para que con ella cumpla mejor lo que te prometo y así pueda hoy ofrendarte una flor más bella y hermosa que la de ayer.

Ayúdame, Madre querida, para que mi alma sea más generosa en el sacrificio y aumente así cada día más y más en el amor que te quiero profesar. Amén.

MEDITACIÓN PREPARATORIA AL MES DE MAYO

1.º *Venid y vamos todos.* — Recuerda este hermoso cántico que es una invitación a este mes. ¿Cuántas veces ha sonado en tus oídos? — Piensa en los meses de mayo que han pasado en años anteriores. — ¿Han sido fervorosos, tiernos, delicados?... Recuerda algún mes de mayo que especialmente se grabara en tu corazón. — ¿Fue en tu niñez, quizá?... Y después, ¿cómo sentías aquellas emociones..., cómo hacías aquellos obsequios que con tanto cariño infantil ofreciste algún día a tu Madre? — Recuérdalo todo... y avergüénzate.

Si cada mayo hubieras quitado alguna espina, una mala yerba..., si hubieras dado un pasito más en tu santificación, ¿te encontrarías ahora donde te encuentras en el camino de la santidad?

No hay duda — muchos meses de mayo han pasado casi o sin casi ningún provecho — , meses de mayo perdidos. — ¡Qué pena tan grande...! Por eso, hoy debes recoger esa invitación que se te hace. — Es la Iglesia la que invita a todos, en este mes, a honrar a María. — Siempre se la *puede* honrar, pero en este mes se la *debe* honrar. — La Iglesia dedica este mes entero a eso. — El pueblo cristiano así lo entiende y lo canta: «Venid y vamos todos» — todos — sin excluir a nadie — . Luego tú también debes ir, pero, ¿cómo?...

2.º *Con flores a porfía...*, así, a porfía, esto es, no dejándote ganar por nadie. — Es una porfía santa, es una emulación divina. — Es de cobardes quedarse atrás. — Tú no debes consentir que en este camino del amor a María, nadie te adelante.

Mira el desfile de las almas buenas ante el altar de María. — Cuántas son y cómo corren y se esfuerzan... Piensa hasta en las almas frías y menos y menos devotas, cómo en este mes quieren también hacer algo por la Virgen. — Pues tú, ¿qué has de hacer? — ¿En qué grupo quieres figurar? No se puede ni dudar de esto; eso no sería amor.

Promete ser el primero. — Si en otras cosas no te gusta que nadie te gane..., nadie lo haga mejor que tú. — menos en esto. — Que la Virgen te vea llegar *diariamente*, en este mes, el primero ante sus plantas para obsequiarla. — Prométeselo así...

3.º *Con flores a María.* — Y en esta carrera a porfía, no hay que llevar las manos vacías. — Hay que ir con flores. — Piensa en las flores que gustan a María. — No son las flores materiales. — Éstas son para adornar su imagen. — Pero para la realidad que está dentro de tu corazón, ¿qué flores llevarás?...

Unas negativas. — Sí, flores negativas, que son las más indispensables. — Consisten en quitar, arrancar, extirpar aquello que en tu corazón no agrada a María. — Ella quiere gozarse en el jardín de tu alma, pero... si hay allí algo desagradable..., algo que María no puede mirar con gusto..., debes, generosamente, arrancarlo.

Pero aún más. — Todo no lo podrás quitar. — Es mucha la maleza que hay en este jardín. — Pero María es tan buena, que se contenta con que quites una sola cosa. — Una sola yerba mala. — Examínate y mira cuál sea esa *sola* cosa que María te pide, y en este mes arráncala en su honor...

Otras positivas. — Son los obsequios diarios, tiernos, delicados pero prácticos, que sirven para ejercitar alguna virtud. — También piensa cuál es la virtud que más necesitas. — ¿El fervor..., la constancia..., la fidelidad..., la esclavitud..., la humildad?... Elige las flores que más gustan a María, no las que te gustan a ti más..., no las que no te cuesten..., sino las que suponen mayor sacrificio. Es el mes de María. — Por tanto, no hagas un mes de Mayo tuyo y para ti..., sino de María y para María... Medita mucho en esto, para no ilusionarte y engañarte.

4.º *Que Madre nuestra es.* — Es la razón dulcísima de todo... La Madre de Dios es tu Madre. Esto debiera bastarte. — Esto encierra dos razones: una de cariño y amor. — Es la principal. — ¿Quién no querrá demostrar su amor a su Madre? — Y ¡a tal Madre! Nada más dulce, ni más natural para un hijo...Luego, si no lo haces como debes, no eres digno hijo de María.

Segunda razón, es la del santo egoísmo. — Nunca la ganarás en generosidad... Si la das flores..., si la haces obsequios..., si la das amor..., ¿Ella, que te dará?... ¿Cuántas caricias y mimos maternos hará Ella a los que, en este mes, la amen de veras? — ¿Qué cariño guardará para ellos en su Corazón? — ¿Por qué no trabajar tú con este dulcísimo pensamiento de llegar a merecer las caricias y el cariño de esta Madre?

Hoy estás muy a tiempo. — Empieza el mes..., empiézalo con generosidad, continúalo así... y promete así acabarlo. — Pide a Jesús que te ayude en esta amorosa empresa. — El también es Hijo de María. — El también la honrará en este mes. — ¿Cómo la obsequiará Él? — Pídele que te lo enseñe. — Los dos juntos..., como dos buenos hermanos..., a honrar, en este mes, a vuestra Madre común la Santísima Virgen.

MEDITACIÓN PARA EL DÍA ÚLTIMO DEL MES DE MAYO

1.º *Ha sido el mes de las flores.* — ¿De veras lo ha sido para ti? — Hoy es el día de pensarlo y examinarlo bien. — La Iglesia dedica este mes, el más hermoso del año, a la Santísima Virgen. — Es Ella la flor de las flores. — Ninguna la gana en belleza, en aroma, en perfume celestial y divino. Justo es que el mes de las flores fuera para la Reina de todas ellas. — Y como a Reina de las flores, ¿cuántas no la habrán ofrecido las almas durante este mes?... Flores naturales para su altar... ¿Quién podrá contar las que han colocado estos días, manos devotas y amorosas, a las plantas de María?

Pero, sobre todo, flores espirituales del corazón. — ¡Qué encantador es pensar que durante este mes todos los corazones han amado más a la Virgen! — Pero tú, ¿qué has hecho?... ¿Cómo has correspondido a aquella invitación del primer día?

¿A aquel *venid y vamos todos?* Y, sobre todo, ¿cómo has cumplido aquello de *con flores a porfía?* ¿Es verdad que no has dejado que nadie te ganara en esta porfía encantadora?

Si la Virgen quisiera premiar a los que en este mes se han distinguido más en trabajar por obsequiarla, ¿serías tú de los premiados? Y ¿qué premio merecerías?... ¿De los primeros o de los postreros?... No trates de engañarte con optimismos, ni en este punto te contentes con poco. — Sé sincero contigo mismo y respóndete: ¿Has dado a María todo lo que te ha pedido, sin negarle nada?... ¿Está francamente, de este mes de

Mayo, satisfecho tu corazón?... ¿Sientes que también lo está de ti la Santísima Virgen?...

No corras en hacer este examen que es para ti tan importante, pues te dará el grado de tu amor y devoción a María. — En el número y calidad de esas flores que las almas han ofrecido a María, se conocen los quilates de su amor. — Detente a contemplar los tuyos. — Recuerda, una por una, las que has hecho. — Míralas bien y di francamente si son vulgares o hermosas..., si muchas o pocas..., si duraderas o pasajeras...

2.º *Es el mes de las espinas.* — Donde hay flores, hay espinas. — ¡Qué pena que así sea! — Pero así es... y si esto es cierto en las flores de la naturaleza..., también lo es en las del alma..., en las flores del orden espiritual... ¡Cuánto también se habrá ofendido a la Santísima Virgen en este mes! ¡Cuántas cosas la habrán disgustado en las mismas almas que iban a ofrecerla flores!...

También debes examinarte en este punto y preguntar a la Virgen si tú también la has llevado espinas..., si han sido muchas..., si fueron tan duras que la punzaron muy amargamente... De esto último no lo dudes. — Si las tienes, tus espinas tienen que herir mucho el Corazón de la Virgen... Que otras almas la ofrezcan espinas, tiene que dolerla mucho, pero... que tú también lo hagas..., tiene que dolerla muchísimo más. — No olvides nunca este pensamiento: «Mis espinas son las que más laceran el corazón de mi Madre.» — Porque suponen más ingratitud, en quien tanto de Ella ha recibido...

No te desanimes, sin embargo, de esto; porque ¿qué haces tú cuando al coger una hermosa flor te pinchas con sus espinas? — ¿Arrojar la flor?... ¿O más bien, quitar con cuidado las espinas y quedarle con la flor?... Díselo así con gran confianza: «Madre mía, no arrojes las flores porque tengan espinas o insectos en su interior..., no arrojes y desdeñes las mías, que en este mes te he ofrecido... y si tienen insectos y espinas, límpialas tú misma, Madre mía, para que con tu contacto, purificadas y hermoseadas..., sean más dignas de formar la guirnalda que hoy te ofrezco»...

3.º *El mes de los frutos.* — A la flor sigue, naturalmente, el fruto — No puedes quedar contento de este mes si no han cuajado esas flores en algún fruto. — Mira si habrá sido esa la razón que en el primer día de mayo meditabas, de la inutilidad práctica de tantos Mayos como ya llevas pasando en la tierra. — Hoy estás a tiempo. — Hoy es el día. — Determina y concreta, bien el fruto de este mes en algo sólido..., algo, aunque pequeño, que sea permanente.... La permanencia, la constancia es la característica del fruto. — Las flores se marchitan..., se ajan..., caen..., pero el fruto queda..., se saborea y agrada mucho más.

María, como la Esposa de los Cantares, hoy te dice: «Coronadme de flores y rodeadme de frutos, que desfallezco de amor»... No rechaza las

flores, pero... pero busca más que nada los frutos duraderos. — ¡Qué lástima que Mayo termine! — Un mes así de hermoso, no debía terminar nunca. En tu mano está el vivir en un Mayo perpetuo. ¿Por qué no ha de ser así?... Esto mismo te lo facilitará ese fruto constante y permanente que desde hoy has de cuidar, para regalar con él a María. — Elígele bien y... con generosidad, aunque te cueste mucho... Por último, piensa que si María es la flor de las flores, Jesús es el Fruto de esa pura y blanca flor. — Si has honrado a la Flor en este Mayo, no es justo abandonar el fruto en el mes dedicado a honrarle. — Promete hoy hacer todo lo que hiciste en Mayo por María, durante el de Junio, por el Corazón Sacratísimo de Jesús.

NOVENAS A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Pueden hacerse en los nueve días que preceden a una fiesta de la Virgen para prepararse a celebrarla mejor.

Son días que deben servir para aumentar nuestra devoción a Ella: a cada novena que hagamos a la Santísima Virgen, debe corresponder un paso más adelante en este camino de amor e imitación a nuestra querida Madre.

Por eso la Novena no ha de consistir en unas cuantas oraciones nada más que se recitan en unos instantes, sino que debe durar todo el día; es decir, una Novena deben ser nueve días íntegros, con sus veinticuatro horas cada día y con todos sus trabajos y ocupaciones, sufrimientos, etc., consagrados espiritualmente a honrar a la Santísima Virgen.

Para ayudarte en esta labor tan provechosa puedes comenzar cada día de la siguiente manera:

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

¡Oh Beatísima Trinidad, que tanto amáis a la Santísima Virgen distinguiéndola como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, elevándola sobre todas las criaturas y coronándola como Reina de ellas! Concededme la gracia de que yo acierte a amarla cada vez más y a copiar en mi alma, cada día con más semejanza, sus excelsas virtudes, para que así logre con Ella y por Ella aumentar en mi corazón el amor a vuestra hermosísima y misericordiosísima divinidad.

Concededme para ello que en esta novena que la dedico a la Santísima Virgen en su advocación (o Misterio) de... (*aquí se nombra el Misterio o la Advocación de que se trate*) logre obsequiarla y honrarla como Ella se merece y como yo deseo, y especialmente en este día que todo él quiero pasarle encerrado en su Corazón purísimo y para mejor conseguirlo ayudadme a hacer muy fervorosamente este rato de oración que toda ella quiero consagrar a vuestra mayor gloria, a la mayor honra de mi Madre Inmaculada y al mayor crecimiento espiritual de mi alma. Así sea.

Léase después o mejor hágase una de las meditaciones precedentes que tengan relación con el Misterio o la Advocación de que se trate. Y terminada esta breve meditación se hace la petición particular de la Novena y se termina con el rezo del MAGNÍFICAT, en la siguiente forma:

MAGNÍFICAT O CÁNTICO DE NUESTRA SEÑORA

Mi alma glorifica al Señor.

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque puso sus ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Pues ha obrado grandes maravillas en mi el que es Todopoderoso y cuyo nombre es Santo.

Su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen.

Mostró el poder de su brazo y desbarató a los soberbios en su mente y en su corazón.

Arrojó de su sede a los poderosos y ensalzó a los humildes.

Llenó de bienes a los hambrientos y dejó vacíos a los ricos.

Tomó a Israel, su siervo, bajo su amparo acordándose de sus misericordiosas promesas.

Las que había hecho a Abraham y a nuestros antepasados y a toda su descendencia por los siglos de los siglos.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

MEDITACIONES PARA LAS FIESTAS LITÚRGICAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

(Es decir, para las fiestas generales que la Iglesia celebra en honor de algunas Advocaciones de la Virgen, además de aquéllas en las que conmemora alguno de sus misterios.)

VIRGEN DEL CARMEN

(16 DE JULIO)

Es difícil encontrar una advocación más popular que ésta. — Parece que el pueblo cristiano tiene un gusto especial en invocar a la Virgen con el título del Carmelo... y hasta los más apartados de las prácticas piadosas que llevan una vida poco edificante y nada conforme a su título de cristianos, no renuncian a tener, a su modo, claro está, alguna devoción a su Virgen del Carmen..., y es que este título es...

1.º *Muy venerable* por su antigüedad... Son dignas de conocerse y meditarse las palabras que la Iglesia emplea en las lecciones del Oficio Divino de este día...; dicen así: «En el sagrado día de Pentecostés, cuando los Apóstoles inspirados por el Cielo hablaban diversas lenguas, e invocando el nombre de Jesús obraban estupendos milagros, muchos santos varones siguiendo la vida y el espíritu de Elías y Eliseo, y preparados por la predicación del Bautista, abrazaron en seguida la fe evangélica, comenzaron con singular afecto a la Santísima Virgen, a venerarla de tal modo, que por primera vez en el mundo la consagraron una capilla en aquel mismo lugar donde Elías había visto levantarse la misteriosa nubecilla, imagen de María... por lo cual comenzaron a llamarse Hermanos de la Virgen del Carmelo.»

Con esto la Iglesia parece confirmar la tradición ya admitida por varios Pontífices en sus Bulas, de que los Carmelitas..., esto es, aquellos descendientes de los profetas que vivían en el Carmelo, practicando una vida de pobreza, oración y mortificación... honraban ya a la Santísima Virgen aun antes de que Ella viniera a este mundo... y que así como esperaban y honraban a Jesús aún antes de su encarnación y nacimiento, esperaban y honraban a la par a su Madre benditísima.

Fácil es, según eso, suponer el cariño y amor con que la Virgen miraría a aquella comunidad que tan prontamente había comenzado a honrarla..., y cómo seguirá mirando, del mismo modo, a los que continúan esta tan venerable y antigua tradición.

Resulta, por lo tanto, de la misma: a) que la devoción a la Virgen del Carmen es la más antigua de todas las que después se habían de multiplicar a través de los siglos para satisfacer el amor que a la

Santísima Virgen siempre han profesado las almas fervorosas; b) que los primeros Carmelitas, como premio de esta devoción, recibieron la gracia del bautismo de Juan y después el de Cristo, contribuyendo de este modo a extender y propagar desde sus mismos comienzos la Iglesia Católica; c) que es realmente sorprendente el que a pesar de su antigüedad no haya envejecido esta devoción, antes bien, con el tiempo ha ido creciendo y aumentando sin cesar; d) lo cual bien claramente indica que la Santísima Virgen mira con singular gusto este título del Carmelo y que desea en él ser honrada especialísimamente.

Contempla estas razones y mira si no son suficientes para lanzarte de lleno al amor a la Virgen del Carmen... y piensa si efectivamente así la has amado hasta ahora.

2.º *Título de amor.* — Pero quizá más te convenza y más te incite a este amor el ver en este título del Carmen una prueba singularísima del amor de María a sus devotos. Podemos concretar la prueba de este amor en el Santo Escapulario.

El Escapulario es el vestido de la Virgen que amorosísimamente se digna Ella traer del Cielo y regalársele a sus hijos. Siempre fue el regalo del vestido considerado en las Sagradas Escrituras como símbolo de amor... Jacob amaba con predilección a su hijo José. y para manifestarle este amor le regaló una túnica tejida de varios colores... Ana amaba con cariño de madre a su hijo Samuel y todos los años, como señal de amor, le llevaba al templo un vestido nuevo... Jonatás amaba con delirio a David y por eso un día no sólo le regaló su arco y su espada, sino su misma túnica y cambia con él los vestidos que llevaba... y ¿no vemos diariamente con qué cariño las buenas madres gozan de hacer o preparar por sí mismas los vestiditos que a sus hijos han de poner?... ¿No nos dice la tradición esto mismo de la Santísima Virgen, que no quiso que otras manos sino las suyas purísimas tejieran aquella túnica inconsútil que su Hijo había de vestir hasta la Cruz?... Pues mira ahora el Santo Escapulario y al verle como un vestido que la Virgen te regala, trata de apreciar el amor maternal que en él ha encerrado tu querida Madre.

Recuerda cómo Rebeca vistió con los vestidos de Esaú a su hijo Jacob para que así consiguiera las bendiciones de Isaac..., pues ¿cuánto mejor conseguirá las bendiciones de Dios el que se vista con el vestido de la Virgen?... Porque fíjate bien, que el hábito del Carmen es el vestido de María... no sólo porque Ella nos le dio..., sino porque Ella misma le vestía cuando se aparecieron a San Simón Stock... ¡Qué dulce pensamiento pensar que nuestra Madre quiere despojarnos de nuestro vestido..., el nuestro..., el del amor propio..., el de las pasiones..., el de las tibiezas..., el del pecado..., y revestirnos del suyo...: el de la blancura..., el de la pureza..., el de la santidad! — ¿Quién no querrá dejar gustosamente sus propios harapos para adornarse con este vestido de hermosura

incomparable?

Es natural que los hijos de familias nobles, de los grandes y príncipes se distingan por la riqueza y esplendor de sus vestidos..., pues así ha querido la Virgen que sus hijos se distingan por el escapulario... Así le dijo a San Simón: «Recibe, amado hijo, este escapulario como signo de confraternidad»... Fíjate bien, es «signo de *confraternidad*»..., luego también lo es de *maternidad*; si somos hermanos... luego somos hijos de la misma Madre...y la señal y el distintivo de tales... ¡el bendito escapulario!... ¡cuánto lo debes amar!... ¿lo has amado así siempre?, ¿has visto en él esta delicadeza del amor maternal de la Santísima Virgen?... y sobre todo, ¿has tratado de corresponder a esa delicadeza amorosa como te lo pedía y exigía tu agradecido corazón?...

3.º *Sus Privilegios*. — Y esto debía bastar ciertamente..., pero para estimularte aún más a la devoción de la Virgen del Carmen y a su santo escapulario, recorrer brevísimamente algo de lo muchísimo que sobre sus privilegios se puede decir y meditar... y verás cómo hasta por conveniencia..., hasta por santo egoísmo, no podrás menos de apreciarle en lo que vale... Recordemos las palabras de la Virgen al hacer la entrega del mismo.

a) *Ecce salus in periculis*. Es el escudo fortísimo contra todas las asechanzas de los enemigos... y la salvaguardia segura de toda clase de peligros. — Antiguamente los guerreros iban a las batallas cubiertos de cotas de malla acerada y abrazando escudos donde todos los dardos enemigos se estrallaran... y si hoy ya han caído en desuso estos medios de defensa, es por la inutilidad ante los medios de ataque tan mortíferos y poderosos que existen. — Pues bien, el escapulario es el escudo que no pierde su eficacia... ni cae en desuso... y eso aunque los enemigos inventen nuevos modos de ataque... él será la barrera infranqueable para todas las asechanzas de Satanás... «No puedo nada con esa persona», se ha visto obligado más de una vez a confesar el demonio, porque lleva el escapulario..., «no puedo ni acercarme a ella...; arrancádselo y será mía»... Piensa si más de una vez el demonio no habrá podido repetir esas palabras contigo... y por tanto cómo debes apretar el escapulario contra tu corazón.

b) *Ecce foedus pacis et pacti sempiterni*. — Es, además, prenda de paz y de alianza eterna. — Parece recordarnos estas palabras las que dijo el Señor cuando extendió el Arco Iris sobre las nubes del Cielo después del Diluvio... María es este arco iris de paz y de reconciliación entre Dios y los hombres... y este oficio suyo nos quiere recordar con su escapulario, como si quisiera decirnos...: «no temáis, que yo soy la nubecita del Carmelo que se interpone entre Dios y los hombres... como las nubes entre el sol y la tierra... y si Dios quiere descargar sus iras, yo templaré sus ardores... como las nubes los del sol... y yo os regalaré con la lluvia fecundante de la gracia, como las nubes con sus aguas refrescan y

fecundizan la tierra... y como señal externa de que así es... y para que nunca lo olvides, ahí tenéis mi escapulario.»

c) Pero sobre todo es *Signum salutis* — prenda segura de salvación — . «Todo el que vista el santo escapulario por singular privilegio, no caerá a la hora de la muerte en el fuego eterno.» — Estas son sus palabras, que no necesitan comentario..., pero que debes meditarlas despacio y saborearlas a placer. Piensa en aquel momento del que depende la eternidad..., en el que tú solo..., sin ayuda de nada ni de nadie te has de ver, para jugarte eternamente tu dicha o tu desgracia... y mira la seguridad, no ya sólo la esperanza, que te da la Santísima Virgen para aquel instante, si sabes llevar el escapulario.

4.º *Saberlo llevar*. — Porque eso sí... hay que saber llevar el escapulario...; no olvides que no es un amuleto, o un talismán... ni menos un salvoconducto para pecar más fácilmente, creyendo que con sólo llevarle ya irás al Cielo. — El escapulario según el Beato La Colombière y S. Antonio Claret, es una ayuda muy grande..., más grande y más segura que en otras devociones, pero nada mas. — Por eso se ha de llevar no sólo exteriormente sobre el pecho..., sino interiormente en el corazón.

San Antonio María Claret llega a afirmar que a los que abusen del escapulario la Santísima Virgen..., como ya lo ha hecho en algunos casos..., hará que a última hora se lo quiten y mueran sin él. — Teme, pues, el abusar de este modo de una prueba tan singular de amor de tu Madre y más bien prométele vestir su uniforme con honra..., es decir, honrándote tú de llevarle... y honrándola a Ella al llevarle.

San Buenaventura exclama: «Revestíos de María los que de veras la amáis... y entonces sí, cuando el escapulario sea eso, una manifestación exterior del amor interior que tienes a tu Madre... podrás esperar de Ella las gracias y los frutos riquísimos que en el mismo quiso acumular. — Gracias para evitar el pecado..., el infierno..., la muerte eterna... el mismo purgatorio. — No termines sin hacer un examen de tu vida en relación con lo que te pide el escapulario: vida de austeridad..., de pureza..., de fervor..., de amor. — Pide a la Santísima Virgen que con su vestido externo te dé el interno de sus virtudes y gracias con el que te parezcas en todo a tu Madre y Virgen bendita del Carmelo.

VIRGEN DE LAS NIEVES

(5 AGOSTO)

Muy interesante es su historia: según la tradición un matrimonio sin hijos, en Roma, quiso dejar por heredera de sus bienes a la Santísima Virgen y Ella, aceptando esta piadosa manda, les invitó en sueños a edificar una iglesia en el lugar donde al día siguiente vieran una copiosa nevada, en la cumbre del monte Esquilino. — Verificado el milagro a

pesar de los calores tan intensos en Roma durante el mes de agosto, se edificó la magnífica Basílica en honor de la Santísima Virgen, que hoy se llama Santa María la Mayor... y esto es lo que conmemora la Iglesia en la fiesta de la Virgen de las Nieves o la Virgen de la Blanca, como se la denomina en otras partes.

1.º *Generosidad con la Virgen.* — Esto es lo primero que resalta en este caso prodigioso... y en lo que particularmente hemos de fijar más nuestra atención...: la generosidad de este matrimonio para con la Santísima Virgen al hacer la entrega de todos sus bienes... fue, en verdad, una ocurrencia peregrina..., pero que suponía un amor grande a María en aquellos dos corazones; mucho debían ciertamente amarla cuando de común acuerdo procedían de esa manera... ¡Qué simpática se nos hace la actitud de estos dos esposos, quienes sin duda alguna recibieron esta inspiración de la Santísima Virgen como premio al amor que la venían profesando!... No lo dudes, cuanto más ames a la Virgen, más gracias e inspiraciones recibirás de Ella, con las que consigas aumentar más tu amor. — Y así se ve claramente con lo que sucedió después.

No sólo se digna aceptar sus bienes y el título de «heredera» suya..., sino que les inspira en qué han de invertir su capital... y hasta para indicar el gusto con que lo recibía, hace un milagro tan extraordinario, como el de una nevada en pleno agosto... ¡Qué bondad la del Corazón de la Santísima Virgen!..., ¡cómo corresponde a la generosidad de aquellos esposos con una generosidad aún mayor!... — ¡Cuándo te convencerás de que es imposible ganar en esto a tu Madre!...; siempre te ha de dar Ella infinitamente más que lo que tú la puedas dar. — ¡Cómo no animarse uno a la vista de este ejemplo a ser muy generoso con María!... Si la entrega de los bienes de fortuna, en este caso, fue tan del agrado de la Virgen..., ¿qué será si la entregas toda tu alma y tu corazón..., todo tu cuerpo y tus sentidos..., toda tu libertad y voluntad..., todos tus bienes materiales — espirituales..., toda tu salud y tu vida..., todo, en fin, lo que eres y posees... y hasta todo lo que puedes llegar a poseer en el tiempo y en la eternidad?... En verdad que a una madre como ésta, no corresponde sino una entrega así de absoluta..., total y eterna., confiando ciegamente en sus manos amorosísimas todos nuestros bienes de la tierra y del Cielo — Haz la prueba y verás cómo también tú sentirás la satisfacción..., el gozo y alegría celestiales que sintieron, sin duda, aquellos esposos cuando vieron la aceptación que la Virgen hacía de sus bienes.

2.º *Blancura de nieve.* — Fíjate, en segundo lugar, en la señal que elige la Virgen para demostrar su deseo...: ¡la nieve!... ¡Qué bien se acomoda con la Virgen inmaculada la blancura de la nieve!... Cuando queramos imaginarnos una cosa muy blanca..., muy blanca... parece que no se nos ocurre pensar más que en blanca..., nieve..., como si

en aquella blancura quisiéramos encerrar todas las demás que conocemos..., pues aún es María infinitamente más blanca..., más pura que el sol y más blanca que la nieve..., porque todas las blancuras de lirios, azucenas, armiños y nieve son nada en su comparación.

No nos ha de extrañar que eligiera la nieve para este milagro..., es el color que más la agrada..., el que nunca se hartan de mirar sus ojos... Y tú..., ¿eres también así?... ¿es también tu color predilecto?... ¿aborreces lo oscuro..., lo sucio..., lo manchado..., sobre todo, claro está, lo que mancha el color blanco de la inocencia..., de la pureza de tu corazón?

Contempla hoy mucho a la Virgen bajo esta advocación tan poética y tan simpática *de las Nieves*... y al verla a Ella venciendo con esplendente blancura a la misma nieve..., avergüénzate al mirar tu alma... al ver la diferencia que hay en este punto entre tu alma y la Virgen... y pídelo... mucho... muchísimo... con gran insistencia... hasta llegar a conseguirlo... un amor de imitación grande a tu Madre querida ..., pero sobre todo en esta pureza..., en este candor..., en esta blancura inigualada... y con deseo de trabajar con esfuerzo e interés inmenso, por evitar todo aquello que aun de lejos pueda mancharte. — Que sea tu lema aquel tan conocido «antes morir que mancharse».

3.º *Singular contraste*. — Es el que ofrece la aparición de la nieve en medio de los calores abrasadores del verano. — No es compatible, naturalmente, la nieve con el calor...; se necesita un milagro para que se conserve sin derretirse... ¿Qué te dice esta vulgarísima observación si la aplicas a la blancura de nieve que quieres que tenga tu alma?... ¿podrás conservarla en medio del calor de las pasiones..., en medio del fuego de la concupiscencia desbordada?... ¿no será pretender y exigir de Dios un milagro al querer conservar la blancura de tu alma con el halago a tu cuerpo?... No te empeñes en ello, que eso es tentar a Dios..., abusar descaradamente de las gracias de Dios... si es natural que la nieve se conserve lejos del fuego... y hasta del calor..., así es de natural que la pureza se dé no sólo lejos del fuego sensual..., sino hasta del calor..., esto es, de los peligros y de las ocasiones... No tienes más remedio que vigilar éstas y prevenir aquéllas, para que no salte la chispa del fuego del pecado impuro que dé al traste con tu inocencia y con tu pureza.

Pero además hay otra observación que brota fácilmente de este contraste que ofrece la nieve en medio del verano...; parece que quiere simbolizar la pureza, que también en medio del verano debía darse en las almas... ¡También en el verano...!, ¿qué significa esto?... Bien lo sabes, que hay muchas almas que creen que en verano se pueden permitir más libertades..., más desvergüenzas... y por lo mismo se meten en más peligros voluntariamente... ¡Cuántas almas naufragan en el

verano y, sobre todo, en el veraneo!..., ¡cuántas que se convierten en esta época del año en piedras de escándalo..., en verdaderos apóstoles de Satanás!... ¡Cuánto tienen que sufrir los Corazones sacratísimos de Jesús y de María por los pecados de impureza del verano...

Pues bien, no sólo a evitarlos tú..., a decidirte a no ser de este número..., sino al contrario, en medio de tanta impureza..., de tanta liviandad, a conservar intacta tu pureza..., ser apóstol de la pureza, precisamente durante el verano..., a desagraviar con tu pureza y tu amor delicado a la castidad por todo lo que contra ella hagan sufrir a Jesús y a María los hombres..., a sembrar azucenas por todas partes..., a hacer, en fin, que en medio de los calores del verano se conserve intacta la blancura de nieve de tu corazón...; que así te lo consiga la Virgen Blanca..., la Virgen de las Nieves...

VIRGEN DE LAS MERCEDES

(24 SEPTIEMBRE)

Esta advocación nos recuerda la manera amorosísima que tuvo la Santísima Virgen de libertar en los tiempos pasados a los cautivos cristianos que gemían en las mazmorras sarracenas, llegando para ello a fundar una Orden Religiosa con este nobilísimo y caritativo objeto. — Pero no creamos por eso que ha pasado la actualidad de esta advocación. — La misma Iglesia así lo reconoce al conservar esta fiesta y al indicarnos el espíritu de la misma en la oración litúrgica del día.

1.º *Esclavitud corporal.* — Es el estado más triste que puede decirse...; la libertad es el don que todos más apetecen..., sin ella no se concibe la alegría, la paz, la felicidad. — Un esclavo no parece un hombre..., es una cosa de la que dispone su dueño a su antojo. — Pero aún mucho más negra será la esclavitud de un bárbaro tirano que se complace en hacer sufrir y en atormentar a sus esclavos. — Éste era el caso de la esclavitud cristiana con los sarracenos. — Cogidos o más bien robados muchas veces por los piratas en alta mar, eran conducidos como bestias a los mercados, donde eran comprados por amos que los arrojaban en oscuros calabozos, de donde les sacaban para hacerlos trabajar bárbaramente bajo el látigo del castigo, o para hacerles morir cruelmente, si es que no morían extenuados entre los barrotes de su prisión. Detente a contemplar este cuadro e imagínate que te encuentras tú en caso semejante sin tu familia..., sin tu casa..., sin tus amistades..., sin tu libertad...

Y así comprenderás la *corazonada* de aquella Madre de Dios y de los hombres, que no puede sufrir el ver así a sus hijos y trata de enviarles un alivio, una solución, inspirando a los fundadores de la Orden de la Merced los actos heroicos de caridad en favor suyo. — ¿Qué sentirían aquellos pobres cautivos cuando vieran en medio de la lobreguez de sus mazmorras, la luz de la libertad..., la dicha de volver a su patria..., la

alegría inmensa de regresar a sus casas y todo... por medio de la Santísima Virgen?... ¿Qué amor tan grande,... qué gratitud no brotaría en sus corazones para aquella Madrecita que así les auxiliara en sus sufrimientos?... Alégrate tú también con ellos y da gracias una vez más al Señor por tener una Madre como ésta

que así siente como tuyas las penas y los sufrimientos tuyos. — ¡Qué ternura debe inspirarnos este rasgo tan maternal que caracteriza el título de *las Mercedes*.

2.º *Esclavitud espiritual*. — Pero si no has probado lo duro que es la esclavitud corporal..., no podrás decir seguramente lo mismo de la espiritual de tu alma. — Ésta, como todas las cosas del alma, al no entrar por lo sentidos, parece no nos llama tanto la atención..., no nos impresiona tanto... y lo que es peor, la damos mucha menos importancia. — Y no obstante, ésta sí que es verdadera esclavitud..., negra esclavitud..., espantosa, indigna, denigrante esclavitud. — Es aquélla de la que habla el mismo Jesucristo cuando nos dice: «el que comete un pecado se hace esclavo del pecado».

Naturalmente, que el pecado que totalmente esclaviza al alma y la reduce al estado más triste y lamentable es el pecado mortal..., pero también en cierto modo esclavizan al alma los pecados veniales deliberados..., cotidianos o al menos frecuentemente cometidos...; las pasiones..., las malas y perversas inclinaciones..., la maldita concupiscencia...! ¡cuántos tiranos para nuestra pobre alma!. Y cuántas veces nos creemos libres y somos cautivos de alguno de ellos.

Y además piensa, ¡qué tiranos! — ¡Quién no tiene experiencia de sus exigencias brutales e insaciables!... Mira un poco tus pasiones..., especialmente tu pasión dominante y te convencerás de ello. — ¿Quién nos libertará de esta esclavitud vergonzosa?... ¿dónde encontrar la libertad dulce y amada de los hijos de Dios?... No lo dudes, en la devoción a la Santísima Virgen la encontrarás.

La Iglesia, en la oración de la Santa Misa, te lo dice. — Escucha y medita: «Oh Dios, que por la gloriosísima Madre de tu Hijo, para librar a los fieles cristianos de la esclavitud pagana quisiste aumentar en tu Iglesia una nueva familia religiosa, os suplicamos nos concedáis vernos libres de todos los pecados y de la cautividad del demonio por los méritos e intercesión de Aquélla a quien piadosamente veneramos como Fundadora de tan grande obra.»

Ahí lo tienes claramente..., no por tus méritos..., sino por los de la Virgen... y a la vez por su intercesión... serás libre del cautiverio del demonio y de su obra, el pecado. — Pero por eso exige de tu parte amor y oración. — Amor, para apropiarte sus merecimientos... y oración para suplicarla interponga su poderosa intercesión. — Pídeselo así..., como esta Madre tan dulce y cariñosa se merece.

3.º *La santa esclavitud.* — Oportunidad extraordinaria te da esta festividad de la Santísima Virgen, para volver a insistir en la vida de la santa esclavitud... y especialmente para que te examines sobre ella. — No olvides que ésta es la verdadera devoción a la Virgen..., que toda devoción y consagración a Ella debe incluir de un modo o de otro esta dulcísima y amorosísima esclavitud. — Recuerda que no es posible darte y entregarte a la Virgen sino es renunciando a tus cosas..., a ti mismo... y que tanto más prácticamente la amarás cuanto más la entregues la llave de tu voluntad..., cuanto más pongas en sus manos tu libertad... y, por tanto, más te esclavices a su purísimo Corazón. Detente mucho en esto y no pases por alto este punto..., antes bien, con toda calma y con toda sinceridad, haz este examen de la práctica de tu esclavitud mariana. — Sin duda que muchas veces se lo habrás dicho y prometido a la Santísima Virgen..., pero la esclavitud no es cosa de palabras... sino de hechos y obras. — Insiste en contemplar el modelo, que es Ella misma..., ¡cómo se esclavizó de palabra y de obra al Señor!...; la *Esclava del Señor* era su título y el programa de su vida..., por eso siempre vivió aquello de que «hágase en mí según tu palabra»... ¿Tú también lo vives?... ¿también es tu ideal acomodarte a la voluntad del Señor y cumplir su palabra y sus deseos como tu Madre? Pídelo que sea éste el fruto grande de esta fiesta..., el que sepas renunciar a toda esclavitud vergonzosa... para vivir siempre esta esclavitud de amor a Dios por medio de María.

VIRGEN DEL ROSARIO

(7 DE OCTUBRE)

Otra advocación eminente popular y además eminentemente española. — Tan arraigada está en nuestras antiguas y santas costumbres, que no se concibe una familia cristiana de veras donde no se rece diariamente el Santo Rosario. — Se ha llamado al Papa León XIII, el Papa del Rosario, por las muchas Encíclicas que dedicó a propagar esta devoción. Meditemos algunas de sus consideraciones.

1.º *El salterio de la Virgen.* — Así llama el Papa al Rosario, y dice que otros Romanos Pontífices también le dieron este nombre. — Todos los días los sacerdotes han de rezar gran parte del salterio y con esta oración cumplen con la obligación sacerdotal de orar por los fieles...; su oración es oficial..., es la Iglesia misma quien por su medio ora... y por lo mismo es una oración de eficacia extraordinaria. — Aplica todo esto al Santo Rosario y verás cómo en la debida proporción así es el Rosario en el pueblo cristiano. — Es su oración, que podemos llamar oficial... parece en cierto modo como que el Rosario deja de ser en el pueblo cristiano una devoción meramente particular y privada, para adquirir la dignidad de oración pública y oficial.

Por eso, es también su eficacia tan grande. — Precisamente (y son palabras del Papa) porque las plegarias públicas son mucho más excelentes que las privadas..., tienen una fuerza impetratoria mucho mayor...; por eso no es fácil encontrar una oración que en esta eficacia, aventaje al Santo Rosario.

Añádase a esto que así como el Salterio de los sacerdotes es oración excelentísima, por ser todo él inspirado por Dios..., así el Santo Rosario no sólo en cuanto a su estructura fue inspirado por la Santísima Virgen..., sino que además está compuesto de las mejores oraciones que pueden darse: el Padre nuestro..., el Ave María..., el Gloria Patri. — El mismo Jesucristo..., el Arcángel San Gabriel..., la Santísima Virgen..., la Santa Iglesia son los autores de estas oraciones... ¿Se podrá encontrar algo comparable con ellas?...; ¿no se podrá decir, también bajo este aspecto, que realmente es una oración oficial y pública en la Iglesia de Dios?

Por esta misma razón en las mismas funciones litúrgicas de la Iglesia encaja perfectamente el Santo Rosario... Si parece que no se concibe la solemnidad de una Bendición y Reserva del Santísimo Sacramento, si antes no ha precedido el rezo del Santo Rosario.

2.º *El gran peligro.* — Pero como en todas las cosas excelentes, puede haber un peligro que inutilice casi por completo esta magnífica oración... y es la maldita rutina. — Ciertamente la rutina es la polilla de todas las devociones...; a todas, aún a las mejores y más eficaces, echa a perder por completo. — Y esto tiene aplicación mayor al Rosario..., precisamente porque se han de repetir tantas veces las mismas oraciones, en particular el Ave María..., es muy fácil que el demonio haga que las reces mecánicamente..., tan rutinariamente que no te des cuenta de nada... y te distraigas todo el tiempo o casi todo el que empleas en rezar el Rosario... ¿No te ha pasado esto más de una vez?...; si examinas los Rosarios que rezas, ¿no te podrás aplicar todo esto de la rutina y mecánica?...; ¡qué lástima que así sea!..., ¿qué extraño que sean tan pocos los frutos de esta oración en ti si lo rezas de este modo?...

Pero en el mismo Rosario encontrarás la solución de esta dificultad..., porque no consiste en rezar muchas veces el Ave María..., sino en aquella admirable trabazón de los misterios de la vida del Señor que pone ante nuestra consideración y meditación, con el rezo de las oraciones vocales. — ¡Qué fácil es al que así junte la meditación interior y el rezo exterior, evitar esa rutina mecánica... tanto más, cuanto que los misterios se van sucediendo con tal variedad que sirven a la vez para evitar el cansancio que un rezo monótono podría producir... Fíjate bien en este punto y haz también examen de cómo meditas los misterios y si te esfuerzas de este modo por hacer fructífero para tu alma el Santo Rosario.

3.º *Frutos admirables.* — Y es que ciertamente rezado así... son

admirables sus frutos. — Basta saber que es una corona riquísima de alabanzas y súplicas a la Santísima Virgen... y con esto adivinaremos algo de las muchas gracias que Ella ha de conceder a quien así la honra.

El Papa no duda en poner en el Rosario el remedio para todos los males actuales...; los reduce a tres: a) El hastío de la vida modesta y trabajadora... y naturalmente la consideración de los misterios gozosos..., los ejemplos y las lecciones de Belén y Nazaret... serán suficientísimos para remediarlo todo... La vida doméstica y familiar cambiaría radicalmente con esta frecuente meditación. — b) La resistencia al dolor y la huída a todo lo que sea cruz... Ya se ve que si se consideran los misterios de dolor..., con todo el amor que Cristo demuestra al sufrimiento y a la Cruz por nosotros..., no puede por menos de arrastrar a las almas a seguir sus huellas ensangrentadas y a sufrir y a padecer con El y por El. — c) El olvido de la vida futura y el desprecio de los bienes del cielo... y así se ve cómo los hombres hoy día, perdiendo por completo la idea de la eternidad..., sólo atienden a la vida presente... y llegan a caer (como dice el Papa) en el castigo espantoso de que Dios les deje gozar de los placeres de la tierra... olvidándose por completo de los bienes eternos. — Este peligro se evitará meditando atenta y frecuentemente en los *Misterios Gloriosos*...; en ellos se adquiere aquella luz necesaria para ver y apreciar los bienes que no entran por los ojos... pero que el Señor prepara a aquellos que le aman.

4.º *Insistencia de la Virgen.* — Así se explica la insistencia con que pide la Santísima Virgen el rezo del Rosario... para hacer así desaparecer los males que sufre nuestra época... y alejar los castigos de la justicia divina. Es ciertamente digno de pensarse cómo tanto la Virgen de Lourdes como la de Fátima han insistido en esta devoción. — Ella misma, cual si quisiera darnos ejemplo, se aparecía con el rosario en la mano... y excitaba a los niños a rezarlo... y hasta se complacía en añadir nuevas y regaladas promesas a sus devotos.

Recuerda las palabras que dice en Fátima para prometer la perseverancia final a los que en los cinco primeros sábados recen y mediten los Misterios del Rosario. — Y allá, en Lourdes..., es el Rosario el rezo continuo de los enfermos... y de todos los peregrinos... y hasta la magnífica Basílica allí levantada, a la Virgen del Rosario está consagrada.

Suplica a la Santísima Virgen que tengas esta devoción constante..., fervorosa..., filial... y por lo mismo llena de amor a tu Madre..., que nunca te canse el rezo del Rosario..., que cuando puedas lo reces completo en sus quince misterios... y así la Virgen te concederá que algún día tus manos trémulas sostengan el Crucifijo con el Santo Rosario entrelazado... ya que éstos serán los objetos que mayor consuelo te podrán dar en aquella hora... en la hora de la verdad..., en la que verás

qué valen todas las cosas de la tierra ante un Crucifijo y un Rosario.

LA DIVINA MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(11 DE OCTUBRE)

En el año 1931 el Papa Pío XI, al celebrar el decimoquinto centenario de la proclamación dogmática de la Divina Maternidad de María hecha en el Concilio de Éfeso contra Nestorio y sus secuaces, determinó que esta fiesta de la Divina Maternidad se celebrara en todo el orbe católico con gran solemnidad el día 11 de octubre. — Con este motivo se compuso un precioso Oficio Litúrgico, del que tomamos las siguientes ideas que vamos a meditar.

1.º *Alegría universal.* — Así quiere la Iglesia que se celebre esta fiesta..., con alegría universal... porque esta Maternidad Divina ha traído el gozo verdadero a toda la creación. Y así es..., gozo infinito y eterno en el mismo Cielo... ya que por esta maternidad, María es lo que es. — Toda su dignidad y grandeza brotan de ella... si en cierto modo María al ser Madre de Dios parece que deja de ser una pura criatura... y aunque no se convierte en una divinidad... pero adquiere tales relaciones con

Dios... que se sale de la esfera de lo creado para meterse en la región de lo infinito.

Esto es lo que la Iglesia misma reconoce prácticamente al tributar a María un culto especial..., el culto de hiperdulía..., distinto, es cierto, del de latría que se debe a solo Dios... pero también elevado y separado del culto ordinario, que se reserva a los demás santos. — Ella sola, aparte, porque Ella sola es la Madre de Dios. — Mira, pues, el gozo y la alegría que eternamente producirá en todo el cielo..., en el mismo Dios..., en la Santísima Virgen..., en todos los Ángeles y bienaventurados... Párate a imaginarte como puedas esta alegría del Cielo.

Y la de la tierra, ¿no debe ser mayor...? Esta Maternidad, sigue diciendo la Iglesia anunció el gozo verdadero a todo el mundo..., porque de ella brotó el sol de justicia, Cristo nuestro Señor... Sin María..., sin su Maternidad Divina... no habría razón ni fundamento para el gozo ni la alegría en esta tierra miserable..., sería sólo un mar de lágrimas..., un valle de amarguras..., un erial lleno de espinas y abrojos. — Si cambia totalmente la faz de la tierra, es por ese Sol que la alegra y que brotó como fruto riquísimo de esa Maternidad de la Santísima Virgen. — Mira, pues, con cuánta razón podemos decir que es María la «Causa de nuestra alegría»..., pero fíjate que esta causa es solamente por esta Maternidad.

2.º *Su excelencia.* San Bernardo, en las lecciones del tercer Nocturno, se detiene en profundizar en lo excelsa que es la Virgen por ser Madre de Dios. — ¿Qué Ángel, dice él, por muy elevado que

sea, se atreverá a llamar con el nombre de hijo a Dios?... Si los Ángeles se dan por muy contentos con ser los espíritus puestos al servicio del Señor... y nada más... ¿cómo se va a comparar ninguno... ni todos juntos con aquélla que al Dios y Señor del Cielo le llama con toda verdad hijo suyo?... Y sigue diciendo: Por tanto, si es hijo, a su madre estará sometido..., a su madre obedecerá como lo hacen los buenos hijos... y así es, aunque parezca mentira, que Aquel a quien obedecen temblando los ángeles... esté sujeto y sometido a obediencia a su Madre. — ¿Qué admiraremos aquí más... la dignación del Hijo o la excelsitud de la Madre?... Por ambas partes el estupor y el milagro inaudito... ¡¡¡Dios obedeciendo a una mujer!!! No hay humildad como ésta... ¡¡¡Una mujer elevada sobre el mismo Dios!!! No hay sublimación comparable con ella... Si para todas las Vírgenes habrá una excelsitud especial en el Cielo..., ¿cuál será la reservada a la que va delante de todas..., a la Virgen de las Vírgenes?...

3.º *Admirable conjunto*. — Es el que según San Bernardo se da en este grandioso misterio..., conjunto de humildad..., de virginidad..., de fecundidad. — Una virginidad singular..., única..., no reñida, sin embargo, sino unida íntimamente a otra singularísima... y también única fecundidad... Y uniendo a ambas... o como el fundamento de las mismas una humildad también singular..., también única. — Y todo esto es la Maternidad de María.

Detente muy despacio a considerar cada uno de los elementos de este bellissimo conjunto...: aquella virginidad que el Señor exige en la que ha de ser su Madre..., el amor de María a esta virtud que tantas veces has considerado ya..., el modelo que en esta virtud ha servido a tantas almas que por María y con María han conocido... y se han enamorado de esta virtud. — ¿Quién más Virgen que María?... y no obstante, ¿quién más fecunda que Ella?..., ¿quién más Madre que la Virgen?... y a la vez, ¿quién más humilde que esta Virgencita que es elevada a esta dignidad tan excelsa... y que Ella la recibe con tanta humildad?... Dime, sigue diciendo el Santo, ¿qué crees que es más digno de admiración en este tan admirable conjunto... la estupenda fecundidad de esta Madre..., la integridad de esta Virgen..., la sublimidad de su prole... o la humildad que se junta con tanta sublimidad?... Cada una de estas cosas era suficiente para que no cesáramos de admirarla... — Pues ¿qué será el conjunto de todas ellas?...

Por tanto, si Dios es admirable en todos sus actos, ¿qué será en su Madre, donde se dan cita todas las virtudes y todas las grandezas y sublimidades de la santidad?... Abísmate ante esta figura de María Madre de Dios... Gózate y alégrate en ella..., dala la enhorabuena y dásela a toda la creación, pues toda ella participa de los frutos de esta Divina Maternidad.

4.º *Tu imitación.* — También en este misterio puedes sacar motivos de imitación a la Virgen. — A la vista de ese conjunto que acabas de meditar piensa si tú deseas ser y tener en tu alma un conjunto que se asemeje a ese de María... ¿Qué conjunto hay en ti de humildad..., de pureza y castidad..., de fecundidad en obras de perfección y santidad?... ¿Te das cuenta de que en ti también esta fecundidad ha de depender de aquel conjunto..., esto es, que no darás frutos de virtud y santidad si no adquieres antes una pureza delicada y exquisita?...

Suplica a la Santísima Virgen que te dé la gracia especial en este día, al celebrar con tanto gozo su Maternidad excelsa... de imitarla en esas virtudes con las que tú también llegues a engendrar espiritualmente en tu corazón, a Aquel que sólo se goza en nacer..., vivir y morar en las almas humildes..., puras y castas.

VIRGEN DEL PILAR

(12 DE OCTUBRE)

Comienza por recordar la historia del Pilar de Zaragoza con la venida de la Santísima Virgen cuando vivía en la tierra, a visitar al Apóstol Santiago, tal y como todos los españoles hemos oído desde niños y tantas veces hemos repetido en aquella jaculatoria: «Bendita sea la hora en que la Virgen del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza.»

1.º *Bendita sea la hora.* — Así lo hemos dicho miles de veces..., así lo repiten las familias cristianas y españolas a la antigua, al dar la hora del reloj... y por mucho que lo digan nunca será demasiado para bendecir a aquella hora. — ¿Por qué?... Detente bien a considerar lo que significa para España esta hora... y con ella esta visita de la Virgen...

El sagrado Evangelio nos habla de una visita que la Virgen hizo una vez...; fue aquella en la que santificó al Bautista y llenó de alegría y bendiciones celestiales la casa de su prima Santa Isabel... Recuerda el recibimiento que ésta hizo a la Virgen..., aquellas palabras tan divinamente inspiradas: «¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mi casa?»... Detente despacito..., sin prisa... a contemplar esta escena tan hermosa...; trata de comprender y abarcar de algún modo la lluvia de gracias que Dios derramó en aquella casa con la presencia de la Virgen... y ahora haz una aplicación de todo esto a la visita que nuestra Madre amantísima quiere hacer a España.

Ningún español bien nacido, puede dudar de esta dulcísima tradición, que nos asegura la verdad de esta visita de la Virgen..., pero creo que para afianzarnos más y más en la misma, basta recordar las gracias que sin cesar ha derramado y está derramando el Señor sobre nosotros... Es porque con nosotros está siempre la Virgen..., es porque Ella vino una vez a España y no se ha querido marchar... y por eso nos llamamos y

somos el pueblo de María... y lo proclamamos como la mayor de nuestras glorias..., como la causa y razón de todas las que han llenado tantas veces las páginas de nuestra historia.

Alégrate de haber nacido en esta tierra bendita..., da gracias a la Santísima Virgen por habernos elegido para ser el pueblo de su predilección... y prométela corresponder como se merece este tan magnífico beneficio.

2.º *Reinaré en España.* — ¿No te vienen, al pensar en esto, sin querer, a tu memoria estas memorables palabras del Corazón divino?... Es la Gran Promesa hecha por el Sacratísimo Corazón de Jesús al Padre Hoyos... Él quiere reinar en todas partes..., en todo el mundo sin excepción de razas y naciones..., pero con mayor veneración..., con más verdad..., en nuestra España... ¡Qué palabras tan regaladas!..., ¡cómo sonarían en el corazón del Padre Hoyos!..., ¡cómo las han escuchado todos los amantes del Corazón del Rey Divino! — Y en tu corazón, ¿cómo han sonado?... ¿tú qué has sentido y qué has hecho para contribuir a su realización en ti y en los demás?...

Pues bien, contempla la relación tan íntima entre estas palabras del Corazón Sacratísimo y las de la visita de la Santísima Virgen a Santiago... ¿no te parece que son un eco unas de otras?... Si la Virgen promete a Santiago una ayuda singularmente eficaz a su apostolado..., si le asegura que la fe en España no ha de faltar porque se asentará sobre aquel Pilar fortísimo que Ella le trae..., si, en fin, le dice que España será el pueblo de su predilección..., ¿no es esto anunciar ya la Gran Promesa de su Hijo?...

Si el reinado de Jesús ha de venir por María..., ¿no son estas palabras y esta visita de la Virgen el anuncio de este reinado?... ¿no se puede y se debe decir que el cumplimiento de la Gran Promesa comenzó ya el día de la visita de la Santísima Virgen a nuestra Patria?... Entusiásmate de veras ante este pensamiento... al ver a María en su Pilar como la precursora de la Promesa del Sagrado Corazón en San Ambrosio de Valladolid... y así comprenderás, si visitas el Santuario de la Gran Promesa de esta ciudad, el grandioso altar que en él se dedica a la Virgen del Pilar... Examina tu devoción a esta Virgen bendita y mira bien si has comprendido el gran alcance que tiene y cómo con ella puedes contribuir tan eficazmente a extender el reinado del Sagrado Corazón en tu casa..., en tu familia..., en tu pueblo o ciudad..., en toda España.

3.º *Correspondencia agradecida.* — No hay duda que tan señaladísimo beneficio exige de todos y cada uno de los españoles una correspondencia llena de gratitud y de amor intenso a nuestra Madre... ¿Qué hubiera sido de España sin Ella? Toda la vida de nuestra fe..., toda la religiosidad de nuestra nación está empapada de amor a María... porque todo lo que somos, lo que hemos sido... y lo

que seremos, a Ella se lo debemos. — ¿Qué era España antes de venir la Santísima Virgen?... ¿qué hubiera sido sin Ella?... Responde a estas preguntas... y al ver a esos millones de infieles que aun pueblan la tierra..., a esos también millones que viven en naciones sumidas en la herejía o en el cisma... o a esos otros pueblos cristianos en alguna época de su historia..., pero caídos hoy día en la indiferencia, en el laicismo..., en un naturalismo y materialismo asolador..., vuelve a preguntarte: ¿por qué no es así España?... ¿por qué, si en ella ha habido también sacudidas y combates fieros que parecían iban a dar al traste con su fe y religiosidad... España ha salido airosa de todos los peligros... y en lugar de sucumbir se ha levantado siempre triunfante sobre sus enemigos... y ha continuado fiel a su tradición legendaria de heroicidad y de catolicidad... y ha sido siempre la tierra de los santos y de los héroes?...

Pues no te canses en buscar otras salidas que respondan a estas preguntas..., una mirada al Pilar de Zaragoza... y a la Virgencita que sobre él se asienta y sabrás explicar satisfactoriamente el misterio que aquí se encierra. — La liturgia de esta festividad no duda en repetir estas palabras que tú debes saborear meditándolas bien... uno ha hecho nada semejante con otras naciones»...

Por tanto, la conclusión tiene que ser que ninguna otra nación aventaje a la nuestra en corresponder con su amor a esta fineza de su Madre. Haz aplicaciones más particulares y concretas a tu alma. — ¿Agradeces a Dios muchas veces el don de la fe que de la Virgen has recibido?... ¿Piensas mucho y agradeces más el que te haya hecho nacer en esta verdadera tierra de promisión..., en este pueblo escogido de su Corazón?...

Pide a la Santísima Virgen que no descuides este deber dulcísimo..., que a la vez es tan necesario para conservar la fe en tu alma..., la vida de fervor y de la santidad en tu corazón. — Diariamente agradece estos tan inmensos beneficios al Señor y a la Santísima Virgen y repite con verdadera deleite sin cesar: «Bendita sea la hora en que la Santísima Virgen del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza.»

ORACIONES DIARIAS

Con el fin de ayudarte a pasar todo el día con la Santísima Virgen, te pongo a continuación estos actos para comenzar y terminar el día con tu querida Madre.

OFRECIMIENTO DE OBRAS

¡Oh Dios mío!, al dar comienzo a este nuevo día no puedo menos de daros gracias por todos los beneficios que me habéis hecho hasta ahora y en especial por haberme criado, redimido, hecho cristiana, conservado hasta hoy y muy en particular por haberme dado por Madre a vuestra misma Madre, que me ama con un amor semejante al que a Vos os tiene.

Os ofrezco, Señor, a la mayor gloria vuestra, todos los pensamientos, palabras y sufrimientos de este día, deseando ganar cuantas indulgencias pudiere, rogándoos por las intenciones del Romano Pontífice y aplicándolas por las almas del purgatorio.

No consintáis, Dios mío, que yo os ofenda en este día deliberadamente ni que haga nada desagradable a vuestros ojos divinos y a los de mi querida Madre, en cuya compañía quiero pasar santamente este día. Libradme para ello de las ocasiones de pecado y dadme fuerza para vencer sobre todo mi pasión dominante y mi carácter. Quiero, Señor, que todos mis merecimientos de hoy, unidos a los de mi querida Madre y a los vuestros, se apliquen en conseguir para mi alma un aumento grande de fervor, la perseverancia en la vida de la gracia y santidad, y una unión cada vez más íntima con la Santísima Virgen. Asimismo deseo los apliquéis por la salvación de los infieles, por la conversión de los pecadores, especialmente si los hubiera en mi familia, y por las benditas almas del purgatorio. Amén. (Padre nuestro.)

A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh Señora mía!, ¡oh Madre mía!, yo me ofrezco del todo a Vos y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser; ya que soy toda vuestro, ¡oh Madre de bondad!, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén. (Ave María).

AL ÁNGEL CUSTODIO

Ángel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor con amorosa bondad, a mí, que soy vuestro encomendado, guardadme hoy, regidme y gobernadme Amén. (Gloria Patri, etc.)

ORACIÓN PARA PEDIR AL SEÑOR LA SANTA PERSEVERANCIA

¡Oh Dios mío!, todos los días de mi vida son vuestros. Dondequiera que me encuentre me estáis mirando. En todas partes y en todo momento sois mi último fin.

¡Señor!, a quien tantas veces he prometido ser fiel, no permitáis que tenga la desgracia de ser inconstante y abandonaros a Vos que no os cansáis de mí ¡Ay de mí, si por el respeto humano o mi capricho o mi carácter perdiese vuestra amistad y afligiese el corazón hermoso de mi tierna Madre María que tanto me ama!

Reconozco, mi Dios, que un solo paso que dé imprudentemente puede arrastrarme por muchos años y quizás para siempre por el camino de la perdición y como ha sucedido a otras almas que eran mejor que yo, no sólo pueda perder mi fervor, sino hasta la fe, la piedad, la inocencia y el pudor.

Reconozco también que no soy digno de la gracia de la perseverancia que ahora os pido, que miles de veces al cansarme yo de Vos, he merecido que Vos os canséis de mí para siempre y que estas gracias y favores que a mí me concedéis hubieran sido mejor correspondidos por otras almas... Sin embargo, no por mis méritos, sino por los vuestros y los de mi Madre querida, os pido una vez más que apiadado de mi miseria no sólo no me dejéis, sino que me ayudéis a amaros tanto, que merezca de Vos el ser fiel a vuestro amor y al de mi Madre Inmaculada la Santísima Virgen hasta la muerte y así merezca, en compañía de mis padres, hermanos, y todos los de mi familia, sin que falte ninguno, la gracia de ser coronado por Vos en la eternidad de la gloria con la corona prometida a los que fielmente perseveren hasta el fin. Amén.

MÉTODO PRÁCTICO PARA EL EXAMEN MARIANO

1.º *Acción de gracias.*

¡Dios y Señor mío!, creo firmemente que estáis aquí presente; os adoro y amo sobre todas las cosas. Gracias os doy por los beneficios de creación, redención, conservación, recepción de los Santos Sacramentos, por las gracias especiales de este día y singularmente por haberme dado una Madre tan buena y cariñosa como la Santísima Virgen. Amén.

2.º *Petición de luz.*

Dadme ahora luz para conocer las faltas de este día y gracia para detestarlas de todo corazón. Ayudadme, Virgen María, a conocer bien las ingratitudes e infidelidades que hoy he cometido.

3.º *Examen.*

Por los puntos que se ponen a continuación.

4.º *Dolor.*

¡Señor!, perdón. Me pesan de veras estos pecados o faltas no sólo por el Cielo y por los grados de gloria que he perdido ni por el infierno o purgatorio y demás castigos que con ellas he merecido, sino sobre todo por lo bueno que Vos sois, por lo mucho que me amáis y por lo mucho que os quiero yo amar y además por lo que habrán disgustado a mi querida Madre Inmaculada.

5.º *Propósito.*

Por eso, ¡Dios mío!, propongo no volverlas a cometer nunca jamás. Dadme, Señor, vuestra gracia y Vos, Madre mía, vuestra ayuda y bendición para que mañana me porte mejor y consiga disminuir mis faltas. Amén. (Ave María.)

EXAMEN MARIANO

- 1.º Al despertar, ¿ha sido mi primer pensamiento para María?
- 2.º ¿Me he levantado con prontitud para obsequiar a la Santísima Virgen?
- 3.º ¿He oído la misa y he comulgado en unión de María?
- 4.º En mis ocupaciones, ¿cuántas veces he pensado cómo las haría María para imitarla?
- 5.º ¿He negado muchas veces mi propia voluntad y mi amor propio para dar un gusto a María?
- 6.º ¿Me he atrevido a negar alguna cosa a mi Madre aunque me costara mucho?
- 7.º ¿He hecho hoy con fervor alguna penitencia o mortificación para obsequiar a la Santísima Virgen?
- 8.º ¿He renovado la presencia de Dios y de la Virgen?
- 9.º ¿He hecho la visita diaria al Santísimo y a María?
10. ¿He rezado devotamente el Santo Rosario?
11. ¿Hice bien la meditación en compañía de la Santísima Virgen?
12. ¿He hecho bien la lectura espiritual dedicándosela antes a la Virgen?
13. ¿He llevado con exactitud el examen particular?
14. ¿He sido fiel a mi distribución pensando que así agradaba a mi Madre?
15. ¿Me he ejercitado en la obediencia ciega a mis superiores y en especial a mi confesor, oyendo su voz como si fuera la de la Virgen?
16. ¿He hecho hoy algo por adelantar en la vida mariana y vivir mejor la santa esclavitud?
17. ¿Me he acordado de las almas de los infieles y he hecho algo por ellas pensando que también son hijos de la Virgen?

18. ¿Cómo he cumplido hoy los propósitos de los santos ejercicios?
19. ¿He cumplido bien con las obligaciones de mi estado a imitación de la Santísima Virgen?
20. ¿He faltado en pensamientos, palabras u obras a la virtud de la pureza tan querida de mi Madre?
21. ¿Mis conversaciones han sido modestas y caritativas como eran las de la Virgen?
22. ¿Al acostarme me duermo en brazos de María y besando el crucifijo?